III

LA ESPAÑA MOSLÍMICA

NUNC COGNOSCO EX PARTE

TRENT UNIVERSITY
LIBRARY

LA ESPAÑA MUSULMANA

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/laespanamusulman0000unse

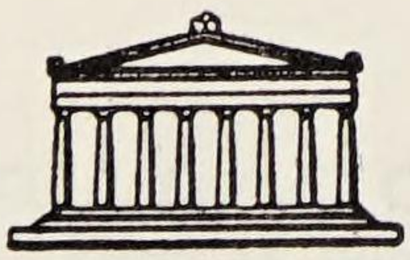
CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ

LA ESPAÑA MUSULMANA

Según los autores islamitas y cristianos medievales

SEGUNDA EDICIÓN CORREGIDA Y AUMENTADA

TOMO I



LIBRERIA "EL ATENEO" EDITORIAL

BUENOS AIRES - LIMA - RIO DE JANEIRO - CARACAS
MONTEVIDEO - MEXICO - BARCELONA

PRIMERA EDICIÓN
Agosto 1946

SEGUNDA EDICIÓN
Julio 1960

IMPRESO EN LA ARGENTINA
Queda hecho el depósito que previene la ley. © 1960. "El Ateneo" Pedro García S. A. Librería, Editorial e Inmobiliaria, Florida 340, Buenos Aires

ONULP

A LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

DE LA

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

PRIMERA DE AMÉRICA QUE HA INICIADO LA ENSEÑANZA

Y LA INVESTIGACIÓN DE LA

HISTORIA DE LA CULTURA ESPAÑOLA

AGRADECIDO A LA CONFIANZA QUE ME HA OTORGADO

AL CONFIARME LA NUEVA CÁTEDRA Y EL NUEVO INSTITUTO.

56145

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

La España islámica ha constituido, desde hace muchas, muchas décadas, uno de los polos de atención de los historiadores, de los estudiosos y aun de los meros interesados por el pasado del pueblo español y por el pasado de todo el Occidente. Sigue viva la imagen romántica y brillante de los árabes hispanos que, desde hace muchos, muchos años, seduce a gran número de lectores de uno y otro lado del Atlántico. Hundidos en el prosaísmo de sus vidas, tratan de escapar a él refugiándose en irisadas Alhambras de ensueño. Desconocedores de la auténtica silueta de la morería española, se la imaginan aureolada por luces extrañas, fantasmagóricas, en un escenario cuyo exotismo, frente a la pobre morada de su existir diario, aumenta la magia de su símbolo.

La tradicional hostilidad de grandes masas de occidentales contra la falsa imagen de la España hegemónica de los siglos XVI y XVII acuñada por nuestros rivales y enemigos, había contribuido a crear un vago sentimiento de simpatía hacia los musulmanes hispanos. Se había llegado a hacer coincidir causalmente la eclosión de nuestra supuesta singular barbarie y de nuestra supuesta singular intransigencia con el triunfo de la cristiandad sobre el Islam en la Península. Y también por ese camino se había despertado interés por el conocimiento de las gentes a quienes se atribuía la forja de una España culta, industriosa, de exquisita sensibilidad y de vivacísima tolerancia; de la España aplastada por la ignara brutalidad de los cristianos españoles. "Si los moros hubiesen ganado la partida...", pensaban muchos al norte y al sur del Pirineo y a uno y otro lado del Atlántico, seducidos por las viejas ideas todavía circulantes acerca de la España negra y cerrando los ojos a la situación en que se hallaban en el mundo los pueblos todavía musulmanes.

Las evidentes diferencias que apartan las estructuras funcionales de España y de los otros pueblos de Europa atrajeron también hacia el conocimiento del Islam peninsular a muchos estudiosos y pensadores españoles y no españoles. Creyeron, o creímos, y no sin razón, que en esa etapa del pasado hispano, singular en la historia de Occidente, podía hallarse la clave de la peculiar contextura vital de España. Y unos se consagraron, o nos

consagramos, a estudiar esa época de nuestro pasado, y otros se interesaron por conocerla mejor para poder alzar sobre ese conocimiento sus personales construcciones teoréticas.

Una más justa valoración de las fuerzas que hicieron el medioevo en general y en particular el medioevo hispano, ha atraído, asimismo, la atención de muchos historiadores y de muchos interesados por los grandes problemas del pasado, hacia la historia de la España musulmana. Porque incluso quienes antes habían mostrado desdén hacia el papel desempeñado por el Islam en la integración de la Edad Media occidental, acabaron reconociendo que el entrecruce de islamismo y cristiandad había sido decisivo en la acuñación de la vida espiritual, de la vida material e incluso de la vida política y social de Occidente. Y todos volvieron sus ojos hacia la acción que en ese contacto vital y cultural desempeñó la España islámica; acción más dilatada y perdurable y no menos incisiva que la provocada en otros puntos de aproximación o de choque —Sicilia o Siria por ejemplo— por los contactos pugnaces o pacíficos entre cristianos y muslimes.

Y por último el renacimiento del Islam en las últimas décadas, por su secuela de grandes y pequeñas proyecciones culturales y políticas, no ha dejado de hacer volver el ánimo de algunos hombres de pensamiento y de algunos hombres de acción —de entre éstos, unos sacudidos por auténtica curiosidad intelectual y otros con miras a torpes maniobras políticas a la postre fracasadas— hacia la civilización y vida de la lejana pero nunca olvidada España musulmana.

Porque no se han extinguido sino que se han avivado la mayor parte de las motivaciones del atractivo singular que la historia islámica ejerció sobre los hombres de antaño; el interés por ella ha crecido en vez de decaer en el curso de los doce años transcurridos desde la primera aparición de esta obra. Lo acredita el aumento de los centros consagrados a su estudio, de los eruditos que se han dedicado a su investigación, de las obras y revistas donde se tratan temas a ella concernientes, y el creciente favor de los lectores por cuantas publicaciones les permiten informarse del ayer de nuestra España mora.

Ello explica que desde la aparición de esta obra en 1946 haya avanzado no poco el estudio de la historia hispano-musulmana. Aparte de mis monografías sobre diversos choques entre cristianos e islamitas, durante los siglos VIII y IX, y de una segunda edición de la Histoire de l'Espagne musulmane *de Lévi-Provençal, han continuado estudiando la vida política, las letras, el pensamiento y el arte de Al-Ándalus muy acuciosos investigadores. Para el conocimiento de la historia política de la España islamita han sido muy provechosas las ediciones y a veces las ediciones y versiones de algunas crónicas, desde la anónima de Abd al-Rahman III en adelante. De entre ellas merecen especial mención la traducción por Huici de un tomo del* Bayan al-Mugrib *y de otros textos de interés para conocer las dominaciones almorávide y almohade en España.*

Algunas obras del mismo Huici y de otros arabistas españoles nos permiten conocer mejor que antes la historia de tales señoríos; trabajos de Seco de Lucena y de otros estudiosos, la del reino de Granada. Debemos a los PP. Morata y Alonso y a otros notables eruditos estudios sobre diversos pensadores hispano-árabes y sobre la proyección de la filosofía arábigo-española en la de algunos filósofos cristianos medievales. García Gómez ha traducido y estudiado El Collar de la Paloma *del polígrafo cordobés Ibn Hazm, cuya figura sigue ascendiendo en el firmamento de la vida espiritual del Medioevo. Terrase, Gómez Moreno y sobre todo Torres Balbás han continuado ahondando en el conocimiento del arte hispano-musulmán mediante una larga serie de monografías y de libros. Y algunos autores extranjeros —aludo a Paul Nwyia— han discutido algunas de las teorías de los viejos arabistas hispanos; por ejemplo la de Asín sobre la influencia de la mística islámica andaluza en la de San Juan de la Cruz.*

Creo sin embargo que esa serie de magníficos avances en el examen de nuestra historia islámica han sido superados por dos descubrimientos de importancia extraordinaria: me refiero al hallazgo y edición del Libro de la Escala de Mahoma *por Muñoz Sendino y a los hallazgos, ediciones, versiones y estudios de muchas docenas de jarchas o estribillos en romance que ponían fin a muwaxxahas hispano-hebreas o hispano-árabes. Ambos descubrimientos han venido a comprobar dos tesis de dos grandes maestros del arabismo español, Ribera y Asín.* El libro de la Escala de Mahoma, *traducción latina, castellana y francesa de las leyendas sobre el viaje del profeta por las regiones de ultratumba, ha confirmado la teoría de Asín sobre la escatología musulmana de la Divina Comedia, puesto que ha mostrado en qué textos pudo Dante inspirarse directamente al idear la arquitectura de su obra. Y después del estudio de las jarchas por Stern, Cantera, García Gómez..., romanistas y arabistas están de acuerdo en reconocer la existencia de una lírica hispano-romana vulgar que se perpetuó en la lírica mozárabe o muladí de la que surgió un tipo de poesía hispano-árabe luego difundida por el mundo islámico. Es decir que Ribera había intuido con éxito el proceso genético, hasta hace poco no comprobado y ahora ya indudable, de la lírica popular andaluza.*

Y desde la aparición de la primera edición de este libro se han publicado dos obras que han revuelto profundamente los problemas eternos de los contactos e influencias entre la Cristiandad y el Islam en la Península. Aludo a España en su historia *de Américo Castro y a mi* España, un enigma histórico. *Hasta 1948, muy avanzado ya el camino de su vida, Castro no había concedido importancia a la acción de lo hispano-islámico en el cuajar de nuestra contextura vital española; había incluso rechazado mis tesis sobre ella. De pronto, como he dicho en otra parte, nuevo Saúl y también en el camino de Damasco, Castro se convirtió a la fe que había combatido y con la pasión ciega del neófito hipertrofió desmesuradamente los posibles frutos de los contactos entre las dos Españas y supuso a lo español, resultado de la simbiosis entre lo cristiano, lo islámico y lo hebreo.*

Ante tal desmesura yo, que siempre me había sentido propicio a registrar las proyecciones culturales y vitales del enfrentamiento de cristianos e islamitas españoles durante el medioevo, en defensa de la verdad me vi forzado a salir al paso de las fantasías y errores del converso y hube de fijar los límites precisos de la acción y reacción de lo hispano-islámico sobre lo hispano-cristiano, partiendo del hecho, para mí seguro, de que los musulmanes españoles fueron en verdad hispanos islamizados que habían conservado viva y actuante su herencia temperamental premuslim.

No he podido abrir las páginas de esta segunda edición de mi España Musulmana *a las teorías que he ido desarrollando lentamente en mi* España, un enigma histórico. *El fin que me propuse al publicar la obra que hoy reedito y la naturaleza de la misma, no me permiten interferirla con la referencia frecuente a las tesis de mi incógnita España. No pocas de mis ideas sobre ésta se han basado, a la inversa, sobre textos reproducidos en la primera edición de este libro. Los lectores de mis dos obras podrán comprobar este aserto.*

He procurado, sí, completar las fuentes arábigas reunidas en la primera edición con algunas de las traducidas de nuevo; con todas las que me ha parecido oportuno intercalar a fin de dar al público noticias del avance realizado por la historia hispano-muslim en el curso de la última década.

Si los arabistas españoles y no españoles fuesen menos celosos en la ocultación de los textos de que disponen y más generosos en la versión de los que han ido publicando, habría podido renovar mucho más de lo que me ha sido dable hacer el contenido de esta segunda edición. Ese doble celo me ha impedido disponer de algunos pasajes muy importantes de Ibn Hayyan, Ibn Bassam, Ibn Idari, Ibn al-Abbar e Ibn al-Jatib entre otros. Ello no obstante, esta obra sigue siendo de consulta indispensable para cuantos sientan interés por la historia hispano-musulmana y aun por la historia de España en general y lo va a seguir siendo por bastante tiempo.

La muerte de Lévi-Provençal, al poner término a su gran empresa de historiar de nuevo la España islámica —no ha pasado de la caída del califato—, y la consagración de los más de los arabistas españoles a temas de historia cultural, va a retrasar por muchos años la aparición de una historia completa del Islam peninsular. Este retraso, que soy el primero en lamentar, durante largo plazo va a hacer de esta España Musulmana *en que he dejado hablar a islamitas y cristianos, la única obra de conjunto que abarque el pasado completo del Islam español.*

Claudio Sánchez-Albornoz

INTRODUCCIÓN

La España musulmana —Al-Ándalus en el mundo de lengua árabe— no ha ocupado una postura tangencial en la historia española. España es hija de los reinos cristianos que lucharon con ella durante muy cerca de ocho siglos (28 de abril del 711 a 2 de enero del 1492). Está hoy de moda negar la existencia no interrumpida de ese gran duelo guerrero. Pero una rigurosa cronología de los hechos de armas de la multisecular contienda obliga a rechazar la nueva y equivocada tesis. A lo largo de tan dilatado período de tiempo, el Islam hispano ejerció influencias culturales de gran trascendencia en los pueblos cristianos que convivieron con él en el solar peninsular. Ideas, formas literarias y artísticas, modas y costumbres han circulado siempre por cualesquier caminos entre los países vecinos, aunque se hayan combatido con saña de continuo. En el curso de esos ocho siglos de casi permanente batallar, se produjeron, además, varias emigraciones en masa, hacia tierras cristianas, de las minorías de signo religioso idéntico que vivían en Al-Ándalus; y fueron conquistándose por la España europea comunidades urbanas de importancia, habitadas por gentes de los dos credos y de las dos culturas. Y aquellos desplazamientos migratorios y estas conquistas hubieran bastado, de por sí, para provocar fecundos contactos culturales entre las dos Españas, con el natural predominio, en ellos, de la más avanzada y vital.

Pero con haber sido trascendentales los frutos de la influencia espiritual de Al-Ándalus en los reinos cristianos españoles, fueron mucho más decisivas las consecuencias del multisecular contacto pugnaz entre las dos Españas. La España europea había nacido en el fragor de los combates y ese batallar acentuó viejas modalidades de la Hispania primitiva, castró otras y creó no pocas nuevas. Lo he apuntado más de una vez [1] —y habré de desarrollar pronto mi breve esquema—: España, con sus grandezas y sus defectos, es el resultado de esa lucha de ochocientos años. En vano se ha intentado explicar de otra manera y por otros caminos el enigma hispano. La clave de la psicología, del estilo temperamental y de las instituciones españolas está ahí, en la pugna de ocho siglos de la España cristiana con Al-Ándalus. En esa lucha se forjó el alma hispana y se talló el torso de la España actual. Vivimos aún de las consecuencias funestas de las singularidades de nuestra Edad Media. El Islam o, para decir mejor,

la reacción contra el Islam peninsular, engendró la excepcional y desconcertante comunidad humana que ha sido y es España. Y como por obra de las peculiaridades de nuestra vida medieval, España fundó veinte pueblos a este lado del Océano, los cuales, mal que les pese y para su fortuna —en la historia los siglos pasan pronto y es siempre prematuro, por ello, juzgar del porvenir de una cultura y de una raza— han recibido la herencia psíquica y temperamental española, he aquí por qué puede afirmarse que la España musulmana ha desempeñado papel activo y no marginal en el pasado de Hispania, es decir, de la Península y de sus hijas de América.

La historia de la España musulmana nos envía, además, vibrantes y dramáticos mensajes. Lo he dicho, también, más de una vez: la historia no es la ciencia de los muertos sino de la vida, porque el hombre no es al cabo sino historia. Dentro de la limitada libertad con que hombres y pueblos se mueven en el curso de los siglos, actúan empujados por su estilo peculiar que es corolario obligado de su pasado. Por ello los hasta ahora desoídos hirientes mensajes de la historia son tan imperativos, a las veces, como las leyes físicas y su quebrantamiento acarrea traumatismos de consecuencias mucho más graves que los desafíos a los mandatos de la naturaleza, porque son pueblos, y a veces hasta continentes enteros, los sujetos que se enfrentan con los mandatos de la historia.

Si Al-Ándalus o la España musulmana hubiera estado habitada por hombres de raza no española y sin acción directa en la vida de la España moderna y de la actual, siempre sus mensajes serían preceptivos para nosotros. Pues cualquiera que sea la ascendencia étnica y cultural de un pueblo, su experiencia histórica brinda a todas las comunidades humanas, no ya consejos magistrales, sino esas órdenes, cuya violación engendra males de incalculable alcance. Pero los musulmanes de España descendían, en su inmensa mayoría, de españoles convertidos al Islam y, en consecuencia, la historia de Al-Ándalus tiene para los hispanos de allende y de aquende el Atlántico, el valor de todas las otras páginas del pretérito común.

*

* *

No existe ninguna moderna y cabal historia de la España musulmana. La escribió en el siglo XVII un historiador magrebí, Al-Maqqarí, y Gayangos la tradujo y la anotó hace más de cien años [2]; pero no obstante el celo de ambos, las fechas de la redacción y de la versión y anotación de la obra, merman considerablemente el valor de la misma. No mucho después que Gayangos anotara a Al-Maqqarí, el gran orientalista holandés Dozy [3] consagró una obra admirable al período de la historia hispano-árabe comprendido entre la invasión islamita de la Península y la conquista almorávide de Al-Ándalus. Fuera de esa época (711-1110) quedaron los largos siglos de las dominaciones africanas y del reino granadino (1110-1492). Un notable arabista español, Lafuente Alcántara [4],

había escrito poco antes —también hará pronto una centuria— una historia de Granada. No es parejo el mérito de ambos libros, aunque no sea en modo alguno tan distinto como su muy desigual nombradía podría hacer sospechar. Pero ni los dos abarcan toda la historia de la España musulmana, ni al cabo de un siglo puede conservar sus viejos valores ningún género de estudios históricos, ni siquiera los que como la historia de Dozy, sigan siendo, por siempre, monumentos imperecederos del ingenio y del saber de un gran historiador.

Las obras históricas envejecen muy de prisa y un siglo es muy largo plazo, para que en torno a cualquier página del pretérito de un pueblo no se haya producido un doble cambio: fruto, de una parte, de la ininterrumpida ampliación del panorama de la historia, mediante el sucesivo examinar de nuevas facetas de la vida humana; y fruto, de la otra, del perdurable crecer del caudal de las fuentes históricas, que va alimentando con aguas nuevas el río de nuestro conocimiento del pasado.

Ese doble fenómeno historiográfico se ha dado intensamente, en relación a la historia de la España musulmana, a lo largo del siglo que tienen ya o que van pronto a cumplir las obras de Gayangos, Dozy y Lafuente Alcántara. Durante él ha surgido y ha florecido la gran escuela del arabismo español, y sus miembros —y con ellos varios arabistas no españoles, alguno de gran mérito— han trabajado con éxito sobre los temas más diversos y más atrayentes del pasado de Al-Ándalus. Y en el curso de esos cien años se han abierto a los estudiosos muchos archivos y bibliotecas del Norte de África y, especialmente en los de Marruecos, se han realizado hallazgos que, sin hipérbole, podemos calificar de sensacionales.

Tras Codera, cuyos méritos principales estriban en la publicación de diversos textos inéditos y de numerosas monografías breves sobre temas de historia política [5] y en el adoctrinamiento de los grandes maestros Ribera y Asín, éstos han dado un impulso decisivo a los estudios arábigos. Debemos al primero monografías de gran valor científico sobre la lengua, la literatura, la enseñanza, la música y las instituciones de la España musulmana [6]. Ha revolucionado el segundo el conocimiento de la filosofía y la mística hispano-árabes. Ambos han descubierto horizontes insospechados sobre las influencias culturales de Al-Ándalus en el Occidente europeo [7]. Sus discípulos, ya maestros a su vez, han continuado su labor por las sendas que ellos abrieron y han abierto otras nuevas, por lo que hace al arte, a la poesía, a la filología, al derecho... de la España islamizada [8]. Y fuera de la Península, sobre todo Lévi-Provençal, ha llevado a cabo una tarea de proporciones extraordinarias y de celo y profundidad tales, que su nombre merece situarse junto al de Dozy en el campo del arabismo hispanizante [9].

Las búsquedas del grupo español en los inagotables fondos árabes de la Biblioteca del Escorial, de la Biblioteca Nacional de España y de la Biblioteca de la Academia de la Historia de Madrid han enriquecido de modo asombroso las fuentes aprovechables para escribir la historia com-

pleta de la cultura hispano-árabe. Y han contribuido mucho también al acrecentamiento de las mismas, las investigaciones del grupo francés en los archivos y bibliotecas africanos, y singularmente los maravillosos hallazgos de Lévi-Provençal en la Biblioteca de la Mezquita del Qarawiyín de Fez, donde se han guardado durante cerca de siete siglos los libros enviados por Sancho IV al sultán meriní, en 1285.

En el curso del siglo transcurrido desde la aparición de la obra de Gayangos, la historia de la España musulmana ha alcanzado por tanto, vertical y horizontalmente, un desarrollo que cabe calificar de enorme. Por las fechas de todas, por haberse limitado las más modernas de Lafuente Alcántara y de Dozy a dos períodos del islamismo peninsular y por abarcar sólo la del último la historia política, hace tiempo que urge la redacción de una nueva gran historia del Islam hispano, que presente un cuadro exhaustivo de lo mucho de nuevo que hoy sabemos sobre él [10]. Son los arabistas españoles e hispanizantes los llamados a escribirla. La empresa es ardua y de gran aliento. Por lo que tiene de revisión general de un enorme caudal de fuentes, a veces ni siquiera publicadas, y de un caudal no menor de monografías muy varias y muy dispersas. Y, porque requiere un talento singular para la síntesis y una pluma bien cortada. Comprendo, por ello, que los arabistas vacilen en acometer la magna y difícil empresa, y mi insatisfacción perpetua por los resultados de las investigaciones de la especialidad que cultivo, me hace adivinar que la misma postura científica atajará a los arabistas en el camino hacia la redacción de la obra que están obligados a escribir. Pues ellos tienen, como yo, no el orgullo sino la humildad de los investigadores, que juzgan siempre precisos nuevos estudios monográficos para ver más claro el panorama general del pueblo y del período que aspiran a conocer.

Pero de vez en vez, sin abandonar las investigaciones monográficas, es indispensable hacer un alto en el camino y lanzarse a la aventura de la síntesis. Las historias generales escritas por diversos colaboradores que en numerosos países del mundo han aparecido en los últimos tiempos, o que están en curso de publicación, han venido a coordinar la doble necesidad de dar a la estampa obras sintéticas y de que sean redactadas por especialistas. Brindo desde aquí la idea a los arabistas españoles. Si es que no se disponen a realizarla participando en la gran Historia de España que dirige Menéndez-Pidal. Mas a juzgar por el ritmo con que ésta se publica —la planeamos juntos en 1926 y han visto la luz hasta ahora dos tomos— es probable que pasen muchas décadas antes de que pueda aparecer la apetecida historia de la España musulmana. He aquí por qué he sucumbido yo a la tentación de brindar al público de habla castellana, si no la obra integral de moderna factura que sólo los arabistas españoles e hispanizantes podrían preparar en largos años de labor, otra, de naturaleza diferente, pero capaz de ofrecer una visión panorámica del Islam hispano, tal como nos es hoy conocido.

*
* *

He explicado varias veces mi deslizamiento hacia el estudio de la historia de la España arabizada. El gran maestro de la historia de las instituciones medievales españolas, Eduardo de Hinojosa, despertó mi vocación por tal género de estudios y a ellos me consagré desde muy temprano. Para encuadrar el problema de los orígenes de las instituciones castellano-leonesas en el marco de la historia política, dediqué atención a los comienzos de la Reconquista. Al investigarlos tropecé con las fuentes árabes indispensables para estudiar el pretérito del reino de Asturias y hube de examinarlas con detención. Ellas me brindaron una visión del ejército islamita del primer siglo de la dominación musulmana en España, en flagrante contradicción con la que servía de base a la tesis del gran historiador del derecho germánico, Brunner, sobre los orígenes del feudalismo. Me sentí arrastrado a examinar tal cuestión, y al hacerlo hube de profundizar mis contactos con las crónicas e historias arábigas. Fruto de ellos han sido diversas obras consagradas a tales fuentes y a los primeros tiempos de la organización militar de la España musulmana [11]. Y como consecuencia de tales investigaciones, heme dejado atraer, poco a poco, hacia el estudio de la historia del Islam peninsular.

No descubro ninguna intimidad al declararme ajeno a la escuela del arabismo español. Con humildad lo reconozco y proclamo. Pero esa confesión me autoriza a hacer la orgullosa afirmación de que, fuera de ella, soy el profano que más atención ha consagrado a la historia de la España musulmana, y a declarar, con la sonrisa en los labios, eso sí, que confío en recibir un día de los miembros de ese grupo el título de arabista honorario.

Estas palabras y las dichas sobre las dificultades que cierran el camino a la redacción de una historia de la España islamita, bastarán para justificar la modalidad singular de esta obra. No me cabía libertad de opción. Puesto que los arabistas no se atrevían, con razón, a acometer la gran aventura de escribir una historia general de la España musulmana, menos podía yo lanzarme a tal empresa en Buenos Aires: por las fallas de mi preparación y por la falta de elementos con que aquí hubiese tropezado para llevarla a término. Y como, sin embargo, juzgo urgente ofrecer al público hispano-americano una visión integral de la España arabizada —por el interés esencial que esa visión tiene en sí misma, según queda probado, y por el interés, no sé si justificado pero indudable, que en la América española inspira el pasado muslim de España— heme aquí dispuesto a brindar a los lectores del Nuevo Mundo no una historia cabal de Al-Ándalus, es decir de la España musulmana, pero sí una excepción pormenorizada de esa historia que permita a los lectores conocer el panorama actual del pretérito del Islam español.

Para no acometer la loca aventura de escribir la historia de la España arabizada y trazar, sin embargo, una visión detallada de la misma, no me cabía sino una posibilidad: la de dejar hablar a los cronistas, historiadores, compiladores, príncipes, gobernantes, alfaquíes, poetas, filósofos, místicos, juristas y hombres de ciencia musulmanes y cristianos, que en el curso de los siglos medievales han ido trazando intencionadamente la historia del Al-Ándalus o que nos han descubierto, en sus obras, las ideas, las instituciones, las costumbres, la ciencia... en una palabra: la vida toda de los islamitas españoles. Mi labor no ha sido tan ardua y arriesgada como la que me hubiese requerido la redacción de una historia integral del Islam español, pero no ha sido fácil. Porque ella ha implicado una cuidadosa búsqueda y una cuidadosa selección de los pasajes históricos, literarios o científicos que mejor pudieran presentar el panorama pormenorizado de la España mora [12]. Y porque, para valorizarlos y enlazarlos, me ha sido a la postre indispensable trazar, en verdad, un anticipo de la historia que no me atrevía a escribir.

Estoy seguro de no haber podido ofrecer una perfecta selección de textos. Nunca un hombre, cualquiera que sea su preparación y su ingenio, es capaz de realizar una obra perfecta y menos aún una perfecta selección de fuentes. Sin remedio influyen en la discriminación de las mismas sus gustos y sus inclinaciones personales. En Buenos Aires y en estas horas de incomunicación —hoy, aunque parezca paradoja, es más difícil que durante la guerra hacer venir libros de España— me ha sido, además, imposible encontrar algunas ediciones de diversas obras que hubieran podido brindarme pasajes luminosos para dar a conocer matices de la psicología y de la vida de la España musulmana. Y por ello he debido de reemplazarlos por otros, tomados de los textos que me ha sido dable consultar.

Sería insincero, sin embargo, si no declarase con orgullo que he agotado todas las posibilidades de selección y que estoy satisfecho de no haber dejado ningún claro en la detallada visión de conjunto del Islam hispano que me propuse trazar. El lector echará tal vez de menos, en algunos siglos, noticias sobre diversos temas que le hubiera interesado conocer. No debe olvidar que me he visto forzado a limitarme a dejar hablar a los autores islamitas y cristianos, y que éstos por desgracia han guardado silencio muchas veces, a lo menos muchas más de las que desearíamos, sobre múltiples cuestiones del más vivo interés. Y debo recordar que, pese a los asombrosos hallazgos realizados en España y en África en lo que va del siglo, es enorme —y no hay hipérbole en el calificativo— el caudal de fuentes arábigas perdidas. El continuo avance de la Reconquista hacia el sur, la expulsión final del Islam, del solar peninsular, y la posterior persecución de los últimos vestigios étnicos y culturales de los islamitas hispanos, devoraron inmensos tesoros bibliográficos. Me atrevo a afirmar que poseemos mínima parte de la producción histórica, literaria, filosófica o científica de los musulmanes de España, y nos faltan, por tanto, muchedumbre

de noticias sobre muchedumbre de temas diversos del pasado de Al-Ándalus.

Las que he podido reunir de entre las salvadas y de entre las que me han sido accesibles en Buenos Aires, me parecen bastantes, sin embargo, para que pueda formarse una idea cabal de la España islamita tal como la conocemos hoy, y no sólo en su costra cortesana, política y militar, como se ofrece en las obras de Dozy y Lafuente Alcántara, sino en su entraña misma, en su enjundia más íntima y recatada. Los cronistas e historiadores musulmanes que escribieron la historia del Islam peninsular fueron, en efecto, tan parleros, tan amigos de la anécdota y del detalle, que su lectura nos permite mirar muy hondo en los entresijos de la sociedad hispano-árabe. Y como sus prosistas, sus poetas, sus filósofos, sus místicos, sus juristas y sus políticos no fueron nada herméticos, sino que abrieron con facilidad las válvulas que aprisionaban su propia intimidad, no es difícil adentrarse a campo traviesa en el alma colectiva del pueblo hispano-islamita, y descubrir los pliegues más recónditos de las almas individuales de muchos musulmanes españoles. Y por ello esta obra mía va a compensar, por cauces peculiares, lo que le falte de orgánica reconstrucción de la historia de Al-Ándalus.

*
* *

La historia cabal de cualquier pueblo o nación, o de cualquier hombre o período, debe procurar aprisionar no sólo la superestructura individual o colectiva sino también la subestructura de la masa o del héroe cuya vida se intenta estudiar. Y los auténticos historiadores se esfuerzan, por eso, en descubrir los misterios del íntimo yo del pueblo o del personaje que pretenden hacer revivir, para ofrecérselos a los frecuentadores de sus obras históricas. En ésta voy a ensayar un nuevo sistema. No voy a dar ya totalmente elaborada la papilla histórica, y perdóneseme la atrevida metáfora. Busco la colaboración del curioso lector y le invito a acometer la intrépida aventura de explorar y de descubrir por sí mismo los entresijos y la entraña misma de la sociedad hispano-musulmana y de sus grandes individualidades de excepción. Procuro, eso sí, ofrecerle la frágil nave o el brioso corcel con que poder cruzar el ignoto mar o la lejana tierra virgen, mediante prologuillos, de factura diversa, que enlazan los textos, preparan a su lectura, o los anotan y explican. Aspiran ellos a suplir la falta de los pasajes que no han podido ser reproducidos y las fallas de los publicados, e intentan llenar el vacío histórico que podría quedar entre los reproducidos. Pero tienden, ante todo, a descubrir al lector el mejor rumbo que puede seguir en la exploración individual a que le incito.

Al asomarse a toda obra histórica, todos apetecen satisfacer un deseo diferente y se detienen en una meta diversa. Unos buscan sólo llenar de modo placentero una velada invernal o una calurosa jornada veraniega. Otras procuran aprender, instruirse, mejorar su cultura, y leen con calma

o con avidez pero sin intención crítica. Los menos intentan superar estas dos cimas y las completan con una inquisitiva, y a veces incisiva, finalidad crítica y con un bucear inteligente y agudo en el cogollo de la sociedad o del personaje cuya historia paladean. No ha de faltar a los primeros ocasión para satisfacer sus gustos en las páginas que siguen. Y los segundos van a hallar en ellas, como en ninguna historia conclusa, campo fértil para su propia cosecha de juicios críticos y de hallazgos y descubrimientos. Porque van a encontrarse ante las fuentes mismas de la historia, frente a relatos de contemporáneos o frente a narraciones en ellos inspirados. Van a poder leer no las interpretaciones de tales fuentes por un hombre moderno, de raza, fe, ideas y psicología muy diversas de los hispano-musulmanes, sino las palabras mismas de los místicos, historiadores, poetas, escritores, pensadores u hombres de ciencia o de gobierno de la España islamita. Van a oír hablar a sus políticos y a sus guerreros, a sus alfaquíes y a sus santones, a sus magnates y a sus jueces, y con ellos, a mujeres de toda condición, e incluso a hombres de turbia o de exaltada sensualidad. Van a asistir a batallas y a fiestas cortesanas, a reuniones literarias y a noches de orgía, a las oraciones en la mezquita y a la agitación de los mercados, al silencio de las bibliotecas y al bullicio de las calles, a las sesiones de la curia del cadí y a las intrigas de los harenes de los príncipes. Van a escuchar todas las hablas de Al-Ándalus, a ver aflorar la idiosincrasia peculiar del mosaico de razas que en él habitaban y a presenciar los actos más heroicos y guerreros, y los más crueles y perversos. Van a ver desfilar la más compleja galería de tipos humanos y a leer las páginas más varias sobre temas religiosos, científicos o literarios...

Entre los hechos históricos y nosotros se interponen siempre numerosos filtros en los que van quedando jirones de la realidad, y la verdad histórica va matizándose de subjetivismos a medida que atraviesa por ellos, es decir, a medida que es vista por ojos de hombre y que es comentada por cerebros humanos. En esta obra se suprime la mayoría de esos filtros y se coloca al lector ante esa realidad y esa verdad histórica. El espectáculo quizá sea desconcertante para algunos. Quienes se sientan perdidos o ciegos ante él, pueden acudir al lazarillo de mis prologuillos. Pero confío en que muchos, en cambio, se dejarán arrastrar por la tentación de acometer la aventura a que les invito, de enfrentarse con la palabra misma de los autores islamitas o cristianos medievales [13]. No será vano ese esfuerzo. A su costa, podrán hacer suyo directamente, sin desfiguraciones subjetivas, el secreto de la España musulmana.

* * *

Mas antes de abandonarles en el puerto o en la plaza de donde han de partir en su navegación o en su camino, en busca de la imagen polifacética de la España islamita, quiero descubrirles la última meta de la em-

presa, porque difícilmente podrán alcanzarla los más sin mi ayuda. Al-Ándalus, lo he dicho al principio, no fue una fuerza tangencial en la Edad Media. Las dos Españas, cristiana y musulmana, vivieron sí al margen de la Europa que nacía, pero desde él influyeron decisivamente en ella y de tal modo que podría calificarse a la Península de clave del mundo medieval.

Estoy seguro de que esta afirmación sorprenderá a la mayoría de los lectores americanos habituados a la lectura de las obras de historia no españolas, por las que España pasa como una sombra fantasmagórica, unas veces torva y cruel otras, pero siempre pálida y borrosa. Es asombrosa, y sería increíble si no fuere real, la ignorancia, doblada de desdén, que padecen los más de los escritores europeos y americanos, y aun muchos de los auténticos historiadores, sobre la Edad Media hispana. Cuando tenga vagar bastante y humor suficiente para ello, habré de hacer un registro de los disparates que he leído en autores que siguen sin enterarse de las investigaciones de los estudiosos españoles o que las desprecian desde el Sinaí de las suyas.

España cumplió durante los siglos medievales una doble y ardua misión. Fue a la par rodela y maestra de Europa; rodela porque mientras Europa se transformaba y creaba la civilización abuela de la nuestra, la España cristiana velaba las armas por ella frente al Islam y vivía en guerra permanente contra Al-Ándalus y contra África, que de vez en vez descargaba en la Península nuevos torrentes de barbarie. Y maestra de Europa, pues por el cauce de esa España cristiana, la España islamita irradió su luz a una Europa ignorante y torpe.

Adivino la objeción. Si Al-Ándalus pudo iluminar las tinieblas de Occidente ¿cómo pudo prestar servicio a Europa la España cristiana al guerrear contra ese país desbordante de cultura? No es difícil la respuesta. Ni los avances de las especulaciones filosóficas, literarias, científicas o técnicas son todo en la vida de los hombres o de los pueblos, ni excluyen de la sociedad que las goza formas de vida política o espiritual que implican la estrangulación del íntimo ímpetu vital, sólo por el libre despliegue del pensamiento y del querer facilitado. Y ese Al-Ándalus que supo recibir y transformar la cultura arábiga, hija de la griega, la persa y la hindú, recibió con ella también las concepciones espirituales y políticas de Oriente —el Islam ortodoxo concebía al hombre como un ser libre y directamente responsable ante Dios, pero su régimen político se orientalizó muy pronto— en que la libertad humana sucumbe y se anula ante la autoridad absoluta de gobernantes que tienen la unción de lo ultraterreno. Oriente puede comprender la igualdad, la igualdad ante la suprema potestad tiránica, pero no la libertad; puede crear esplendorosas civilizaciones, pero de frágil vida, porque nunca descansan sobre sociedades basadas en el libre juego de las fuerzas intelectivas y volitivas del hombre. Y por ello, no obstante la inmensa superioridad cultural de la España islamita, el porvenir era de aquella Europa ignara, en la que el régimen feudal primero y el urbano después,

garantizaron sucesivamente, frente a los detentadores del poder supremo, los derechos de la aristocracia laica y clerical, el uno, y las libertades de las comunidades ciudadanas, el otro; y abrieron a la par anchos cauces a la libre iniciativa de las minorías directrices que, en pugna o en colaboración, habían de gobernar hasta hoy a las naciones europeas.

Pero al maestrazgo de Al-Ándalus sobre Europa, a través de los reinos cristianos españoles, alcanza a compensar, por su trascendencia, el daño que la batalla multisecular con el Islam peninsular acarreó a una fuerza humana de la importancia de España en el cuajar de la modernidad. Ese maestrazgo se extendió al arte, a las letras, a la filosofía y a la ciencia. La detenida exposición del ámbito y de la profundidad del mismo requiere un libro, pero importa apuntar aquí sus principales frutos.

Es un arqueólogo francés, Lambert [14], quien ha probado el origen hispano-musulmán de las bóvedas de crucería, elemento arquitectónico fundamental del estilo gótico u ojival. Ha conseguido descubrir la evolución que condujo desde las bóvedas de arcos entrecruzados de la mezquita de Córdoba hasta las primeras crucerías ojivales inglesas y francesas. Ha logrado fijar la ruta geográfica seguida por las formas intermedias a través de la España musulmana y cristiana y de la Francia cruzada por los peregrinos a Santiago. Y ha alcanzado a establecer con claridad el nexo que une los eslabones extremos de la cadena evolutiva.

Cada día va siendo aceptada por mayor número de estudiosos —y si no fuera de paternidad hispánica habría sido ya admitida sin contradicción— la teoría del maestro Ribera [15] sobre el origen hispano-árabe de la música medieval de los trovadores y de los minnesinger. El gran patriarca del arabismo español ha ido marcando los cambios que los andaluces introdujeron en la música oriental —la transformaron de monódica en coral y trocaron y vivificaron su tonalidad, su ritmo y su armonía— y ha ido señalando sus contactos con la música de aquende y de allende el Pirineo y las sendas por donde pudo llegar la arábigo-hispana hasta Provenza.

Otra tesis del mismo Ribera [16], sobre el origen andaluz de la lírica europea, ha sido reforzada por los estudios de Nykl [17] y ha sido demostrada en los últimos tiempos por un romanista de la talla de Menéndez Pidal [18]. Muqáddam el ciego de Cabra (840-920), creó una poesía coral popular, el "zéjel", que alcanzó gran boga en Al-Ándalus y que cultivó en su día el gran poeta andaluz Ben Guzmán. Fruto de la mezcla de las dos culturas que convivían en la España musulmana: la árabe y la románica, se difundió pronto por Oriente y pronto también cruzó los Pirineos y penetró en el solar ultra-pirenaico de la romanidad. Conocemos hoy los caminos y las fechas de esta última expansión, los nombres de los intermediarios y el ámbito geográfico de su rápida difusión.

Con las formas poéticas y musicales, la España islámica transmitió a Europa la concepción lírica y caballeresca del amor que había de triunfar en Provenza y que había de constituir la temática del *dolce stil nuovo*.

Fruto también de los contactos de las culturas musulmana y cristiana en Al-Ándalus, como creyó Dozy, o transformación andaluza de concepción *udrí* o del casto amor —nacida en el Oriente islámico por influencia del cristianismo— como pretende Asín [19], este gran maestro del arabismo ha defendido la imitación de ese ideal amoroso allende el Pirineo, y ha reforzado su prueba, desde el campo del romanismo, Menéndez Pidal [20].

Todavía tropieza con opositores —¿cómo podía obtener fácil asenso una tesis española?— la teoría de Ribera [21] sobre el origen hispano-árabe de la épica medieval. La apoyan sin embargo los muchos contactos y similitudes indudables que aproximan los cantares de gesta ultrapirenaicos, con las "archuzas" andaluzas, verdaderos poemas épicos, que no hallan antecedente en la poesía árabe oriental y que son por tanto de pura estirpe hispana. Y es lo cierto que cuando las "chansons" aparecen en Francia se refieren a temas de la ya remotísima e infausta lucha de Carlomagno con los musulmanes. Y lo es también que, como reconocen los estudiosos de la epopeya francesa, la geografía de la Chanson de Roland no conoce sino los nombres de poblaciones del camino de Santiago, seguido por los peregrinos al acudir a Compostela, para cumplir sagrados votos u obtener el perdón de sus pecados, y otra vez al regresar de España, saturados ya de las ideas y de las concepciones artísticas y literarias de aquende el Pirineo.

No puede dudarse de que a través de la España musulmana pasaron a Europa: las matemáticas y la astronomía árabes que ya estudió en Córdoba en el siglo X Gerberto de Auvernia, luego Papa con el nombre de Silvestre II; el juego de ajedrez del que hay piezas españolas anteriores al año mil y noticias documentales hispánicas poco posteriores; los apólogos orientales recogidos y traducidos ya a principios del siglo XI por Pedro Alfonso en su *Disciplina clericalis* —difundida pronto por todo Occidente— y luego en el XIII al ser vertidos del árabe los cuentos indios de *Calila e Dimna*; el arte de la fabricación del papel conocida en Al-Ándalus desde el siglo X y que asombró a Pedro el Venerable, Abad de Cluny, durante su viaje por la España cristiana, durante el XIII; muchas técnicas de las más varias artes industriales: marfil, cerámica, sedas, tapicería, etc.; probablemente el uso de palomas mensajeras, empleadas en Al-Ándalus mucho antes de que las hallaran en Oriente los primeros cruzados... y otras diversas creaciones e inventos —grandes y secundarios— del mundo islamizado [22].

La reconquista de Toledo (1085), donde habían convivido, desde la invasión árabe, cristianos, judíos e islamitas, puso a disposición de los conquistadores importantísimos tesoros bibliográficos y les suministró al mismo tiempo un gran equipo de peritos en la lengua y las letras arábigas y de estudiosos conocedores de la cultura hispano-islamita. El arzobispo don Raimundo (1126-1151) [23], supo comprender los frutos de bendición que podía obtener, de esa feliz coincidencia, para la transformación cultural de la cristiandad y creó la llamada escuela de traductores de Toledo. Parejas de conocedores de las lenguas árabe y latina vertieron en ella,

a esta última, todo el saber de los musulmanes de Oriente y de España [24]. Durante el califato de Bagdad y en especial en el curso del siglo IX habían sido traducidas al árabe muchas famosas obras filosóficas y científicas de los griegos, que fueron ignorados a lo largo de centurias por los cristianos de Occidente. Sobre tan firme base los musulmanes orientales y españoles, en colaboración o en competencia, habían levantado el edificio de la cultura arábiga. Pronto se difundió por Occidente la fama de la Escuela toledana y se adivinaron las inmensas perspectivas que brindaban sus versiones para el conocimiento del pensamiento y de la cultura helénica y arábiga. Desde temprano acudieron a la ciudad del Tajo estudiosos de todas las tierras de la Europa cristiana. Abelardo de Bath, Roberto de Chester, Alberto y Daniel de Morlay, Daniel Escoto, Rodolfo de Brujas, Hermann el Alemán, Hermann de Dalmacia, Hugo de Santalla, Platón de Tivoli y Roberto de Cremona, se encuentran entre ellos. Estos sabios ingleses, escoceses, flamencos, alemanes, italianos o dálmatas, volvieron a sus patrias respectivas con un riquísimo caudal de traducciones de las más varias obras de filosofía, matemáticas, astronomía, medicina, química, ciencias naturales... de los más célebres autores griegos, orientales e hispanomusulmanes. Volvieron conmovidos y dominados por la emoción y la alegría de sus magníficos hallazgos, pero a la par tan hinchados de vanidad por ellos, que llegaron a olvidar de propósito los nombres de los cristianos, musulmanes o judíos hispanos, a quienes debían las versiones de los tesoros bibliográficos de que eran portadores [25]. Quizá no por primera vez, mas en todo caso como muchas otras veces, los nombres de los estudiosos españoles han sido por ello olvidados [26], con excepción de Domingo González, Juan de Sevilla y Marco de Toledo —debemos a los dos primeros, además, obras filosóficas de gran envergadura [27]— que de milagro se han salvado del silencio de la historia. Pero al cabo Renán afirmó que la labor de la escuela de Toledo divide la historia científica y filosófica de la Edad Media en dos épocas enteramente distintas [28]; y nadie puede negar —y nadie niega— que a esa escuela de Toledo, durante un siglo ombligo del mundo culto occidental, debe Europa su primer renacimiento del siglo XIII.

En éste, Alfonso el Sabio prosiguió la labor de los traductores de Toledo. Se rodeó de un grupo de musulmanes, judíos y cristianos, y acometió la versión al romance de crónicas, apólogos y libros científicos orientales e hispano-árabes. En la Primera Crónica General que se redactó por su orden, se incluyó, por ejemplo, una traducción de la historia arábiga de Ben Alqama. Las versiones realizadas por sus colaboradores: de *Calila e Dimma*, *Bocados de Oro* y *Poridad de Poridades* fueron muy eficaces en el movimiento literario nacional y en el ultrapirenaico. Y las de muy varios tratados de diversos astrónomos islamitas españoles —de Maslama de Madrid, del llamado "Azarquiel" y de Ali ben Jalal entre otros [29]— y de algunos naturalistas, fueron básicas para las dos grandes obras de su escuela: los *Libros del saber de Astronomía* y el *Lapidario*. Entre los primeros destacan el *Libro de las tablas alfonsíes*, fruto de celosas y muy

continuadas observaciones hechas en Toledo. Y las *Tablas alfonsíes* y el *Lapidario* han sido utilizados en Europa durante siglos [30].

Y la acción de la cultura hispano-musulmana llegó aún más lejos y subió aún más alto: ascendió hasta las altas cumbres del pensamiento y de la filosofía medievales: Santo Tomás y Dante, y hasta la excelsa cima de la mística española, San Juan de la Cruz. No se discute hoy, en efecto, la influencia del gran pensador cordobés Averroes en el primero; es segura, pese a los gestos indignados de algunos dantistas, la del místico musulmán Ben Arabí en el segundo, y aunque asombrosa, parece probable la de Ben Abbad de Ronda en el tercero. El gran arabista español Miguel Asín ha definido y demostrado las tres tesis. El parentesco entre lo esencial de las doctrinas de Averroes y de Tomás de Aquino, y los claros contactos de diversos aspectos de las mismas no pueden ser casuales, y excluyen la independencia de la *Summa contra gentiles* frente al *"Kitab al-falsafa"*. Uno de los nexos que les unieron fué la *Pugio fidei adversus mauros et judeos* de Raimundo Martín. Dominico como Santo Tomás y, aunque de más edad, su contemporáneo, perteneció a la escuela que la Orden creó en Murcia y en Túnez. Poseía una gran cultura filosófica islamita. En su obra ha hallado Asín evidentes citas del *"Kitab al-falsafa"* y del *"Tahafut"* de Averroes. En la *Pugio* pudo informarse Tomás de Aquino de las doctrinas del gran filósofo de Córdoba y, como en ella, pudo hallarlas también en los tratados del discípulo indirecto de Averroes, el judío Maimónides, también cordobés [31].

Asín ha probado, asimismo, los préstamos tomados por Dante de las *"hadices"* o tradiciones islamitas sobre el *"mirach"* o viaje nocturno de Mahoma a las regiones de ultratumba, para idear la *Divina Comedia;* ha demostrado que el gran poeta italiano, por su teoría sobre la luz divina, se vinculaba a la escuela filosófica "iraqí" o iluminista, iniciada en Al-Ándalus por el cordobés Ben Masarra y transmitida luego por el místico murciano Ben Arabí; y ha establecido el parentesco que une al "Cancionero" y al "Convivio" de Dante con el "Intérprete de los amores" y "El tesoro de los amantes" del último pensador hispano-árabe citado. La difusión entre los cristianos peninsulares de la escatología musulmana, que reproducen diversos autores españoles del siglo XIII, y el gran apetito de saber del autor de la *Divina Comedia* y su enorme cultura, hacen fácil de explicar su conocimiento de las leyendas y de las concepciones poéticas hispano-islamitas. San Pedro Pascual, que recogió las primeras en su libro "Impunaçion de la seta de Mahomath", estuvo en Roma poco antes que Dante acudiera a ella como embajador de Florencia. Y el poeta florentino tuvo relación de amistad y trabajó con Brunetto Latini, que utilizó fuentes árabes para escribir su "Tesoreto" y su "Tesoro" y que visitó a Alfonso el Sabio en su corte como enviado del partido güelfo [32].

Y el mismo maestro del arabismo español, Asín [33], ha demostrado también las coincidencias que aproximan las concepciones y las doctrinas del místico musulmán Ben Abbad de Ronda a las de San Juan de la

Cruz. No difieren en su tesis fundamental: para lograr la unión con Dios hay que renunciar a todo lo que no sea Dios. Esa renuncia aparece ejemplarizada bajo símbolos que se reflejan en tecnicismos estrechamente emparentados. Son afines sus doctrinas sobre la anchura y la apretura del alma, y los simbolismos que los dos utilizan al exponerla. Con avisos, en forma de reglas de conducta, concretan ambos místicos su teoría del amor a las tribulaciones. Coinciden en el léxico. La idea simbólica de la noche oscura del alma les es común. Y podrían ampliarse sus aproximaciones a otros temas de la ascética y la mística de los *sadilíes* islamitas y de la escuela carmelita. Asín explica tan extrañas coincidencias y parentescos por la presencia en el escenario geográfico donde alentó San Juan de la Cruz —Arévalo, Medina, Salamanca, Granada, Alcalá, Ávila, Toledo—, de masas numerosas de moriscos recién convertidos al cristianismo, que no podían haber olvidado la tradición religiosa islamita en temas que no concernían al dogma y que eran comunes a las dos religiones: la mística y la ascética [34].

*

* *

Y ha llegado la hora, lector amigo, de emprender la aventura a que te invito. Ahí está ante tus ojos la realidad de la España musulmana. Nada se interpone entre ella y tu curiosidad intelectiva. Ningún filtro objetivo la desfigura. Puedes contemplarla a tu placer, tal como la vieron los propios islamitas. Pudieron éstos engañarse al pretender aprisionar su historia, o a lo menos pudieron dejarse arrastrar al escribirla o al aludir a sus contemporáneos, por sus pasiones partidistas, por sus amores o por sus odios. Dispónte a filtrar tú mismo esos objetivismos. En la razón humana está el contraveneno de las humanas flaquezas. Prevente contra el espíritu cortesano de muchos cronistas, contra la saña de los musulmanes hacia los cristianos y de los cristianos hacia los musulmanes, contra el eterno abultar de las propias victorias y el perpetuo atenuar o callar las ajenas, contra el desdén de los orientales dominadores frente a los españoles sometidos y contra el rencor de éstos hacia sus señores islamitas. No olvides que los cronistas e historiadores en lengua arábiga, latina o romance no disfrutaron de libertad para exponer sus propios pensamientos, pues vivieron bajo regímenes despóticos en que les amenazaba a cada paso la prisión o la muerte, y habitúate a leer sus juicios entre líneas, a adivinar sus guiños de ojos confidenciales y a descubrir las críticas sutiles que ocultan a veces sus lisonjas. Ponte en guardia frente a los odios de raza de los primeros tiempos y frente a los choques de ambiciones de todos, para echar agua al vino de los ditirambos o de las diatribas. Ten en cuenta que algunas memorias personales se escribieron durante cautiverios o exilios o con el propósito de defender la cabeza o la honra que se hallaban en peligro, o con la intención de vencer al adverso destino. Eres hombre, ausculta tus flaquezas y tus pasiones, tus fervores y tus sañas, tus temores y

tus esperanzas, y adivina por ellas las que pudieron mover a escribir a los cronistas, alfaquíes, gobernantes, pensadores y poetas islamistas y cristianos, a fin de que puedas salvar el apasionamiento de sus juicios al leerles. Haz, en una palabra, lo que debemos hacer los historiadores al enfrentarnos con los textos. Con ello ganarás una doble victoria: sobre el ayer, al conocer el pasado de un pueblo que influyó decisivamente en el que dio su vida al tuyo; y sobre el mañana, al habituarte a la crítica serena de los hombres y de sus hechos, que se convertirá al cabo en autocrítica. De la primera sacarás una singular agudeza de oído para recibir los hirientes e imperativos mensajes de la historia; y de la segunda, una lucidez y una fortaleza que han de serte útiles para el recto juicio de los otros hombres y para el autodominio de tu propia voluntad. De ambos nace el amor a la libertad y la devoción por la tolerancia, virtudes cardinales que no excluyen la ilusión por las grandes empresas humanas ni el celoso fervor por los grandes ideales, pero que han sido, son y serán premisa indispensable del eterno avance de la civilización.

¿Eterno? Sí, eterno, pese a los pesimismos de las tenebrosas horas de crisis. Lo he dicho muchas veces: al reptar trabajosamente por la espiral sin fin de la historia, los pueblos atraviesan por zonas de luz y de sombra, avanzan rápidos o se detienen fatigados, encabezan la caravana de los humanos o se dejan arrastrar por ellos; pero nunca retroceden, como no pueden volver hacia sus fuentes las aguas de los ríos. Ya directamente, ya volcándose en los anchos cauces de los más grandes o caudales, esas aguas —lentas o rápidas, mansas o turbulentas, avanzando en línea recta o curvándose en meandros complicados— corren siempre hacia los anchos mares. Así también los pueblos y aun las razas y los continentes, sin poder retrogradar hacia etapas pretéritas, marchan siempre hacia una meta lejana de libertad y de cultura, y nunca mueren aunque a veces se viertan en comunidades históricas más amplias, en comunidades de mayor vitalidad y de mayor dinamismo.

Ésa es la historia de la España mora. En la magnífica espiral del destino los invasores musulmanes realizaron, raudos, las brillantes jornadas de la conquista de la Península. Fueron detenidos en su avanzar histórico por las horas oscuras y torvas de las guerras civiles, que ensangrentaron en seguida a los conquistadores durante largas décadas. Volvieron a cruzar zonas de luz con los Omeyas, que iniciaron pronto la reorientalización intensiva de Al-Ándalus. La gran rebelión de los españoles sometidos y el despertar que ella provocó, rápidamente, de las ambiciones de la aristocracia, de origen oriental, hizo penoso el reptar de la España islamita hacia la eterna meta. Brilló de nuevo el sol del poder guerrero y de la grandeza cultural durante el califato. La dictadura ilustrada de Almanzor produjo la gran crisis —siempre tras la dictadura, la anarquía— que tuvo como corolario las revoluciones cordobesas y el fraccionamiento del antes poderoso imperio hispano-musulmán. Tras esa crisis, Al-Ándalus alcanzó cimas nunca escaladas hasta allí por España en la

vida del espíritu. La debilidad política y las flaquezas humanas de los reinos de Taifas trajeron el siglo de doble señorío africano. Los bárbaros conquistadores fueron —como siempre— conquistados espiritualmente por los cultos vencidos y la civilización arábigo-andaluza cruzó el Estrecho e hispanizó el *Magrib*. Mas la España musulmana se había desvitalizado al verter sus energías en puras tareas intelectivas y al habituarse al señorío extraño, y fue arrollada por la más fuerte y más ruda, pero más libre, España cristiana. Nuevos zarpazos del chacal africano amenazaron por igual a las dos Españas durante algunos decenios. Y pasada la nueva tronada, el Islam hispano agonizó lentamente en las serranías granadinas, mientras la cristiandad peninsular caía en la impotencia, por las discordias fraternas que enfrentaron a los cuatro reinos de Hispania y por las querellas civiles que sacudieron a todos.

Pero como queda dicho hace poco, los pueblos y las culturas no se extinguen, se vierten en otras más vitales, y eso ocurrió con el Islam hispano al concluir la Reconquista. Había llegado el año decisivo de la historia de España, el año en que, a poco de terminar una gran empresa, el pueblo español había de iniciar una mayor. Al morir la España mora iba a nacer la España del nuevo continente. El Islam había desviado a España de las rutas del Occidente europeo, porque la lucha, ocho veces centenaria, entre las dos Españas, cristiana y musulmana, había engendrado una España singular, sacudida por un gran ímpetu guerrero, calentada por fervores de cruzada, ávida de aventuras y habituada a la conquista de la riqueza a botes de lanza y no en lentas jornadas de trabajo: una España sin feudalismos, sin burguesía, de caballeros labradores y de villanos caballeros. Y porque los ocho siglos de contacto pugnaz con el Islam habían creado ese pueblo, a la sazón único en Europa, España descubrió y conquistó América. En el Real de Santa Fe, frente a Granada, se firmaron las capitulaciones entre los Reyes Católicos y Colón. Hasta geográficamente se enlazan por tanto el ocaso y la aurora de las dos magníficas empresas españolas. Y por lo que tuvieron de parejas la reconquista y la repoblación del solar europeo de España y la conquista y la colonización del solar hispano de América, y porque ambas aventuras proyectaron en la vida económica y social de España ingratos corolarios semejantes, no cabe terminar una visión de la España mora, cualquiera que ella sea, sin lanzar el pensamiento en veloz cabalgada hacia las nuevas jornadas españolas de este lado del mar. Fruto de la larga batalla de que había nacido la común patria hispana, iban a prolongar, por siglos, sus grandezas y sus flaquezas, de ayer, de hoy y de mañana [35].

1. — La última en mi *España, un enigma histórico*, Buenos Aires, 1956.
2. — *The history of the mohammedan dynasties in Spain*, Londres, 1840-1843.
3. — *Histoire des musulmans d'Espagne jusqu'à la conquête de l'Andalousie par les almoravides* (711-1110), Leiden, 1861.
4. — *Historia de Granada*, París, 1852.

5. — Me refiero a las fuentes árabes publicadas en la *Biblioteca Arábigo Hispana* y a las monografías reunidas o anunciadas en sus *Estudios críticos de historia árabe española. Colección de Estudios Árabes*, VII a IX.

6. — La mayoría de ellas han sido reunidas en sus *Disertaciones y Opúsculos*, 2 vols., Madrid, 1928.

7. — Es inmensa la producción de Asín. Ha sido reseñada en *Al-Ándalus*, IX, 2.

8. — Se hallan agrupados en el instituto de investigación llamado Escuela de Estudios Árabes, a cuya fundación contribuí con entusiasmo desde el Rectorado de la Universidad de Madrid y a cuyo patronato me honró pertenecer. Tienen como órgano periódico *Al-Ándalus, Revista de las Escuelas de Estudios árabes de Madrid y Granada*. En ella publican sus investigaciones y en ella anuncian las obras de mayor envergadura que dan a la estampa.

9. — No conozco una bibliografía exhaustiva de las obras de Lévi-Provençal. He aludido a algunos de sus estudios al reseñar en *Logos* (*Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, IV, Buenos Aires, 1943) su libro *La Péninsule Ibérique au Moyen Âge d'après le Kitāb ar-Rawd al Mi'tār fī Habar al-Aktār d'Ibn 'Abd al-Mun'im al-Himyarī*.

10. — González Palencia ha publicado hace muchos años una *Historia de la España Musulmana* y una *Historia de la literatura arábigo-española*, pero las dos son breves manuales que no reemplazan a la gran obra apetecida y están ya, también, envejecidos.

11. — *En torno a los orígenes del feudalismo*, II: *Fuentes de la historia hispano-musulmana del siglo VIII*, y III: *La caballería musulmana y la caballería franca del siglo VIII*, Mendoza, 1942.

El 'Ajbār Maŷmū'a. Cuestiones historiográficas que suscita. Buenos Aires, 1944.

La Crónica del moro Rasis y la Continuatio Hispana. Boletín de la Universidad de Madrid, Letras, Madrid, 1934.

Rasis fuente de Aben Alatir, Bulletin Hispanique, Burdeos, 1939.

Fuentes latinas de la historia romana de Rasis. Publicaciones del Instituto Cultural Argentino-Hispano-Árabe, Buenos Aires, 1942.

San Isidro, Rasis y la Pseudo Isidoriana. Cuadernos de Historia de España, IV. Buenos Aires, 1945.

12. — Al pie de cada texto he registrado el nombre del autor, el título de la obra de donde procede y el traductor de la misma. Cuando la fuente utilizada ha sido vertida al castellano, me he limitado a reproducir la versión publicada, bajo la responsabilidad del arabista a quien la debemos. Si la obra de donde he seleccionado el pasaje se halla escrita en latín o ha sido traducida del árabe a una lengua moderna, he trasladado en persona el fragmento al castellano. Debo, sin embargo, numerosas versiones del francés a mi esposa Delia Casco, la del pasaje relativo a las campañas de Abd al-Rahman III a mi discípulo G. Guitarte, la del fragmento de Al-Maqqari sobre la ciudad de Córdoba a la Srta. Mercedes Ortega y otras traducciones del mismo autor a mi auxiliar en la Universidad de Madrid, la Srta. Muedra Benedito. Y he podido ofrecer a los lectores versiones directas del árabe —todavía inéditas— de no pocos textos, gracias a la generosidad de Melchor M. Antuña (†), Lévi della Vida y Osvaldo Machado, según me he cuidado de consignar en cada caso. En los tres grupos de traducciones he unificado las grafías de los nombres árabes conforme al sistema actual de la Escuela de Estudios Árabes de Madrid, pero prescindiendo de los signos diacríticos por exigencias imperiosas de la impresión de este volumen. Por ello me he visto forzado a acudir a las viejas prácticas de los arabistas españoles y he reemplazado la *š* por *x*, la *y* por *ch*. Y me ha parecido indispensable sustituir la *ṯ* por *th* y la *ḏ* por *dh*, en lugar de emplear simplemente también la *t* y la *d* en tales casos por proximidad fónica. El lector no debe olvidar la fonética especial de la lengua árabe y que en ella se aspiran las haches.

13. — Quien desee conocer la data y el valor de las fuentes árabes, latinas y romances de donde proceden los textos que integran esta obra puede acudir a los siguientes estudios: Pons y Boigues: *Ensayo biobibliográfico sobre los historiadores y geógrafos arábigo-españoles*. Madrid, 1898.

Brockelmann: *Geschischte der arabischen Litteratur*. I y II. Weimar-Berlín, 1898-1902. I-III Supp. Leiden, 1937-1939.

González Palencia: *Historia de la literatura arábigo-española*. Madrid-Buenos Aires, 1928.

Encyclopédie de l'Islam. Dictionnaire Géographique et Ethnographique des peuples musulmanes publiée... por M. Th. Houtsma, A. J. Wensinck, E. Lévi-Provençal, T. W. Arnold y W. Heffening, I-IV.

García Gómez: *Poemas arábigo-andaluces.* Buenos Aires-México, 1940.

Sánchez Alonso: *Historia de la historiografía española.* Madrid, 1941.

García Gómez: *El libro de las banderas de los campeones de Ibn Sai'd al-Magribí. Antología de poemas arábigo-andaluces.* Madrid, 1942.

Sánchez-Albornoz: *Fuentes de la historia hispano-musulmana del siglo VIII (En torno a los orígenes del feudalismo,* III. Mendoza, 1942).

Sánchez-Albornoz: *El 'Ajbār Maŷmū'a. Problemas historiográficos que suscita.* Buenos Aires, 1944.

García Gómez: *Cinco poetas musulmanes.* Buenos Aires-México, 1945.

Pueden consultarse, además: la bibliografía registrada sobre cada autor, o cada obra en las aquí citadas, los estudios aparecidos sobre algunos en *Al-Ándalus,* a cuya completa colección remito una vez por todas, y las noticias, a veces muy notables, con que acompañan a la versión que tomo o traduzco de cada texto, sus traductores arabistas.

14. — *Les voûtres nervées hispano-musulmanes du XI siècle et leur influence possible sur l'art chrétien, Hespéris* VIII, 1928; *L'art hispano-mauresque et l'art roman, Hespéris* XVII, 1933; *Les premières voûtes nervées françaises et les origines de la croisée d'ogives, Revue Archéologique,* 1933. Ha reseñado y ampliado tales estudios: Torres Balbás: *La progenie hispano-musulmana de las primeras bóvedas nervadas francesas y los orígenes de las ojivas, Al-Ándalus* III, 1935.

15. — *La música de las Cantigas. Estudio sobre su origen y naturaleza, con reproducciones fotográficas del texto y transcripción moderna,* Madrid, 1922, y *La música árabe y su influencia en la española,* Madrid, 1927. Véanse también: *Valor de la música de las Cantigas, La música medieval en Europa* y *La música de los minnesinger y sus relaciones con la popular española* en *Disertaciones y opúsculos,* II, págs. 3-88. Un resumen de su tesis puede verse en la *Introducción* con que ha prologado Asín las *Disertaciones y Opúsculos* de Ribera.

16. — *El Cancionero de Abencuzmán. Disertaciones y opúsculos,* I. págs. 5-93.

17. — *El Cancionero de Aben Guzmán.* Madrid, 1933 y *La poesía a ambos lados del Pirineo hacia 1100, Al-Ándalus* I, 1933.

18. — *Poesía árabe y poesía europea. Bulletin Hispanique,* XL, 1938, páginas 337-423.

19. — *Abenházam de Córdoba y su historia crítica de las ideas religiosas,* I, Madrid, 1927. págs. 49-65.

20. — En el estudio citado en la nota 18.

21. — *Épica andaluza romanceada, Disertaciones y opúsculos,* I, pág. 93-190.

22. — Aunque se refiere en general y de modo sintético a la influencia de la civilización islamita en la Edad Media, interesa conocer el estudio de González Palencia: *El Islam y Occidente,* Madrid, 1931. Y aunque podrían hacerse considerables reparos al papel que se atribuye a España en la transmisión a Occidente de la cultura islamita, debo remitir a *El legado del Islam.* Ed. por Th. Arnold y A. Guillaume con la colaboración de diversos arabistas no españoles. En la ed. española (Madrid, 1945) el traductor ha sucumbido al temor y ha suprimido mi nombre al verter al castellano el pasaje en que J. B. Trend recogía mi tesis sobre *España y el Islam.* Información más amplia puede verse en Suter: *Die araber als Vermittler der Wissenschaften in deren Uebergang vom Orient in der Occident,* 1895; Duhem: *Le système du monde. Histoire des doctrines cosmologiques de Platon à Copernic,* París, 1913-17, T. III; Lyon Thorndike: *History of magic and experimental science during the first thirteen centuries of our era,* Londres-New York, 2 vols.; Haskins: *Studies in the history of medieval science,* Cambridge, 1924, vol. XXIV de los *Harvard historial Studies;* Sarton: *Introduction to the history of science,* I, Washington, 1927, y Mieli: *La science arabe et son rôle dans l'évolution scientifique mondiale,* Leiden, 1938, libro cuya parte relativa a la ciencia hispano-árabe ha merecido justos reproches a Millás Vallicrosa, gran conocedor de la misma.

23. — González Palencia: *El arzobispo de Toledo don Raimundo,* Madrid, 1942.

24. — Jourdain: *La escuela de los traductores de Toledo,* París, 1843; Menéndez y Pelayo: *Historia de los heterodoxos españoles,* 3ª ed. Buenos Aires, 1945, III, págs. 122 y sigts.; y Sarton: *Introduction to the history of science,* Washington, 1927, I. págs. 282 y sigts.

25. — Rogerio Bacon acusó ya a Miguel Scoto de haberse apropiado de las traducciones de su intérprete, un judío converso de Toledo llamado Andrés, y lanzó igual acusación contra Hermann el Alemán.

26. — Basta con remitir a las numerosas páginas de *El Legado del Islam* —451 y sigts., entre otras— en que se da noticia de algunas de las obras traducidas en Toledo.

27. — Debemos a Domingo González: *De immortalitate animae* y *De processione mundi* (Ed. Menéndez y Pelayo: *H. de los heterodoxos*, 3ª ed. III. págs. 466-500).

28. — *Averroès et l'Averroisme*, París, 1861, pág. 201.

29. — Millás Vallicrosa: *Estudios sobre Azarquiel. Anales de la Universidad de Madrid*, Letras, 1932 y *Un ejemplar de la Azafea árabe de Azarquiel, Al-Ándalus*, IX, 1944.

30. — Remito a la cuidadosa bibliografía reunida por Sánchez Alonso sobre la obra científica y literaria de Alfonso X en sus *Fuentes de la Historia de España*.

31. — Asín: *El averroísmo teológico de Santo Tomás de Aquino. Homenaje a Codera*, Zaragoza, 1904. Véanse también las numerosas monografías del mismo autor sobre diversos filósofos musulmanes registradas en la bibliografía general que acompaña a su necrología: *Al-Ándalus*, IX-II.

32. — Asín: *Mohidín: Homenaje a Menéndez y Pelayo* II; *La psicología según Mohidín Abenarabí*, París, 1901; *Abenmassarra y su escuela*, Madrid, 1914; *La escatología musulmana de la Divina Comedia*, 1ª ed., Madrid, 1919 y 2ª ed., Madrid, 1943; *El murciano Abenarabí*, I-III, Madrid, 1925-1926 y *El Islam cristianizado*, Madrid, 1931. Véase también Nardi: *L'Averroismo del "primo amico" di Dante* (Guido Cavalcanti), *Studi Danteschi*, XXV.

33. — *Un precursor hispano-musulmán de San Juan de la Cruz, Al-Ándalus*, I, 1933.

34. — No queda agotada la serie de las influencias posibles del Islam en la cultura occidental. Véanse por ejemplo: Ribera: *Orígenes de la filosofía de Raimundo Lulio: Disertaciones y Opúsculos*, I. pág. 151.

Asín: *Huellas del Islam*, Madrid, 1941, que contiene los siguientes estudios: *El averroísmo teológico de Santo Tomás de Aquino; La teoría de las dos verdades según Ibn 'Arabi de Murcia; La tesis de la necesidad de la revelación en el Islam y en la Escolástica; El original árabe de la "Disputa del asno" de Fray Anselmo de Turmeda; Los precedentes islámicos del "Pari de Pascal" y Un precursor hispano-musulmán de San Juan de la Cruz.* González Palencia: *Precedentes islámicos de la leyenda de Garin. Al-Ándalus*, I. 1933.

35. — Quiero agradecer a las Srtas. Castagnino, Isola y Edelberg, la ayuda que me han prestado en la corrección de las copias originales y de las pruebas de esta obra; a mi esposa, Delia Casco, muchos de los mapas y planos que la ilustran; a las señoritas Laguzzi el titulado "Al-Ándalus en la época califal", y a la señorita Abuín el referente al "Teatro de las gestas de los Beni Casi". Agradezco también a "La Prensa" el préstamo de muchas de las láminas que han sido reproducidas en esta obra. Aprovecho la alusión a las mismas para salvar las erratas Timad por Itimad (Inscripción) y Valencia por Palencia (Arqueta), el error de llamar capilla del mihrab a la de San Fernando de la mezquita de Córdoba y la inclusión fuera de su lugar de la reproducción de algún objeto. Y termino estas advertencias haciendo constar que siempre he alterado conforme a mi leal saber y entender los mapas en que he inspirado los míos y he adoptado sus grafías o la de los arabistas españoles.

I

LA CONQUISTA Y LAS GUERRAS CIVILES
AL-ÁNDALUS SEPARADO DEL CALIFATO

CONQUISTA DE ESPAÑA POR LOS ÁRABES

Un estado envejecido, en lucha con una sociedad que pugna por nacer. Una nueva aristocracia surgida en torno del gobierno y que le ha hecho prisionero. El poder supremo moviéndose entre la arbitrariedad y la impotencia. Para distraer la atención del país hacia cuestiones laterales se inventan peligros contra la seguridad de la nación y se persigue a los judíos. Las clases inferiores se agitan en la desesperanza y en el odio. Las gentes han perdido el gusto por batirse y en vano uno de los postreros reyes dicta leyes drásticas a fin de castigar la tibieza en el cumplimiento de los deberes militares. Frenéticos apetitos del poder que otorga innúmeras mercedes y a cuya sombra se medra y se enriquece. Electiva la más alta magistratura de los godos, las facciones disputan encarnizadamente por encaramar hasta su altura a uno de los suyos. Intrigas, zancadillas, odios. Ambiente de guerra civil. Y entretanto, al otro lado del Estrecho avanza un pueblo de guerreros, recién convertido a una fe novísima, a una fe que es a la par un dogma y una doctrina política, una religión y una organización estatal; un pueblo que ama la lucha y la rapiña, un pueblo ebrio de entusiasmo y de pasión, que acaba de conquistar un imperio gigantesco. He aquí la situación en que se hallaba la monarquía visigoda cuando, a la muerte de Vitiza sin dejar sino hijos menores, Rodrigo es elegido rey por el Senado y, con la espada, se apodera del reino, en lucha con los partidarios de los jóvenes príncipes. Tal cambio agudo en la vida política arrebata el poder a quienes venían detentándolo por decenios. No se conforman con perderlo. Por tres veces, en la historia hispanogótica, las facciones habían solicitado la intervención extranjera a fin de vencer a sus enemigos interiores. Los hijos de Vitiza acuden a los árabes, que dominaban África, en demanda de socorros para reconquistar el trono de su padre. Lleva su voz cerca de los musulmanes de allende el Estrecho, Julián, señor o gobernador de Ceuta y de Tánger y fiel o vasallo de su progenitor. Se había sostenido en su último refugio de Ceuta con la ayuda de España, hasta que la muerte de Vitiza, al privarle de socorro, le había obligado a capitular ante Musa ben Nusayr. Transmitió a éste la petición de ayuda de los príncipes. "Muza" consultó al califa, tanteó el terreno con Tarif y envió un ejército de bereberes a las órdenes de su liberto Tariq para decidir la discordia civil española. Los traidores vitizanos se pasaron a sus filas en la batalla decisiva, dada en

las márgenes del Guadalete. Invasores y vitizanos avanzaron raudos hacia la capital del reino, apoyados por la facción interior que les era favorable y por los judíos. Pero la facilidad de la empresa hizo surgir en los muslimes la idea de transformar la intervención en conquista y ésta se logró tras largo y porfiado batallar. Ni de los antecedentes de la invasión ni de los pormenores de la misma tenemos un relato puntual y de fiar. Es preciso reconstruir aquéllos y éstos examinando con atención todas las muchas fuentes disponibles. Algún accidente de la guerra civil entre Rodrigo y los vitizanos fue, acaso, transformado en la leyenda de la hija de Julián, para disimular la traición de quienes habían solicitado la ayuda militar de los árabes y la de éstos, al trocar en conquista la intervención pactada. La mayoría de las fuentes arábigas recogen tal leyenda y no ofrecen un cuadro exacto de la invasión de España. El de "Ajbar Machmua" tiene sobre los otros tan sólo la ventaja de su relativa sobriedad, pues el realismo español había podado ya, hacia el año mil, los ingenuos relatos primitivos de mucha parte de la yedra legendaria que había enmascarado la auténtica historia de la conquista durante tres siglos. Le he completado con una noticia de un compilador tardío, indirectamente derivada de un historiador cordobés de la primera mitad del siglo X: "Rasis".

ANTECEDENTES LEGENDARIOS

Dirigióse Musa contra las ciudades de la costa del mar, en que había gobernadores del rey de España, que se habían hecho dueños de ellas y de los territorios circunvecinos. La capital de estas ciudades era la llamada Ceuta, y en ella y en las comarcas mandaba un infiel, de nombre Julián, a quien combatió Musa ben Nusayr, mas encontró que tenía gente tan numerosa, fuerte y aguerrida como hasta entonces no había visto; y no pudiendo vencerla, volvióse a Tánger y comenzó a mandar algaras que devastasen los alrededores, sin que por eso lograse rendirlos, porque entretanto iban y venían de España barcos cargados de víveres y tropas, y eran además amantes de su país y defendían sus familias con grande esfuerzo.

Murió en esto el rey de España, Gaitixa, dejando algunos hijos, entre ellos Abba y Sisberto, que el pueblo no quiso aceptar; y alterado el país, tuvieron a bien elegir y confiar el mando a un infiel, llamado Rodrigo, hombre resuelto y animoso, que no era de estirpe real, sino caudillo y caballero. Acostumbraban los grandes señores de España a mandar sus hijos, varones y hembras, al palacio real de Toledo, a la sazón fortaleza principal de España y capital del reino, a fin de que estuviesen a las órdenes del monarca a quien sólo ellos servían. Allí se educaban hasta que, llegados a la edad núbil, el rey los casaba, proveyéndoles para ello de todo lo necesario. Cuando Rodrigo fue declarado rey, prendóse de la hija de Julián y la forzó. Escribiéronle al padre lo ocurrido, y el infiel guardó su rencor y exclamó: "Por la religión del Mesías, que he de trastornar su reino y he de abrir una

fosa bajo sus pies". Mandó en seguida su sumisión a Musa, conferenció con él, le entregó las ciudades puestas bajo su mando, en virtud de un pacto que concertó con ventajas y seguras condiciones para sí y sus compañeros, y habiéndole hecho una descripción de España, le estimuló a que procurase su conquista. Acaecía esto a fines del año 90 [20-XI-708 a 8-XI-709]. Musa escribió a Al-Walid la nueva de estas conquistas y del proyecto presentado por Julián, a lo que contestó (el califa) diciendo: "Manda a ese país algunos destacamentos que le exploren y tomen informes exactos, y no expongas a los muslimes a un mar de revueltas olas". Musa le contestó que no era un mar, sino un estrecho, que permitía al espectador descubrir desde una parte la forma de lo que al opuesto lado parecía; pero Al-Walid le replicó: "Aunque así sea, infórmate por medio de exploradores". Envió pues, a uno de sus libertos, llamado Tarif, y de cognombre Abu Zara, con 400 hombres, entre ellos 100 de caballería, el cual pasó en cuatro barcos y arribó a una isla llamada Isla de Ándalus, que era arsenal (de los cristianos) y punto desde el cual zarpaban sus embarcaciones. Por haber desembarcado allí tomó el nombre de isla de Tarif (Tarifa). Esperó a que se le agregasen todos sus compañeros, y después se dirigió en algara contra Algeciras; hizo muchos cautivos, como ni Musa ni sus compañeros los habían visto semejantes, recogió mucho botín, y regresó sano y salvo. Esto fue en Ramadan del año 91 [julio de 710].

RODRIGO Y TARIQ

Cuando vieron esto (los musulmanes) desearon pasar prontamente allá, y Musa nombró a un liberto suyo, jefe de la vanguardia, llamado Tariq ben Ziyad, persa de Hamadan —aunque otros dicen que no era liberto suyo, sino de la tribu de Sadif—, para que fuese a España con 7.000 muslimes, en su mayor parte berberiscos y libertos, pues había poquísimos árabes, y pasó en el año 92 [29-X-710 a 18-X-711] en los cuatro barcos mencionados, únicos que tenían, los cuales fueron y vinieron con infantería y caballería, que se iban reuniendo en un monte muy fuerte, situado a la orilla del mar, hasta que estuvo completo todo su ejército.

Al saber el rey de España la nueva de la correría de Tariq, consideró el asunto como cosa grave. Estaba ausente de la Corte, combatiendo a Pamplona, y desde allí se dirigió hacia el mediodía, cuando ya Tariq había entrado, habiendo reunido contra éste un ejército de cien mil hombres o cosa semejante, según se cuenta. Apenas llegó esta noticia a Tariq, escribió a Musa pidiéndole más tropas y dándole parte de que se había hecho dueño de Algeciras y del Lago, pero que el rey de España venía contra él con un ejército que no podía contrarrestar. Musa, que desde la partida de Tariq había mandado construir barcos y tenía ya muchos, le mandó con ellos 5.000 hombres, de suerte que el ejército acaudillado por Tariq llegó a 12.000. Había ya cautivado muchos e importantes personajes, y con ellos

estaba Julián, acompañado de bastante gente del país, la cual les indicaba los puntos indefensos y servía para el espionaje.

Acercóse Rodrigo con la flor de la nobleza española y los hijos de sus reyes, quienes, al ver el número y disposición de los muslimes, tuvieron una conferencia y dijéronse los unos a los otros: "Este hijo de la mala mujer se ha hecho dueño de nuestro reino sin ser de estirpe real, antes bien, uno de nuestros inferiores: aquella gente no pretende establecerse en nuestro país; lo único que desea es ganar botín: conseguido esto, se marcharán y nos dejarán. Emprendamos la fuga en el momento de la pelea, y el hijo de la mala mujer será derrotado." En esto quedaron convenidos. Había dado Rodrigo el mando del ala derecha de su ejército a Sisberto, y el de la izquierda a Abba, hijos ambos de su antecesor Gaitixa, y cabezas de la conspiración indicada. Aproximóse, pues, con un ejército de cerca de 100.000 combatientes, y tenía este número (y no otro mayor) porque había habido en España un hambre, que principió en el 88, y continuó todo este año y los del 89 y 90, y una peste durante la cual murieron la mitad o más de los habitantes. Vino después el año 91 [9-XI-709 a 28-X-710], que fue en España año que por su abundancia recompensó los males pasados, y en el cual se efectuó la invasión de Tariq.

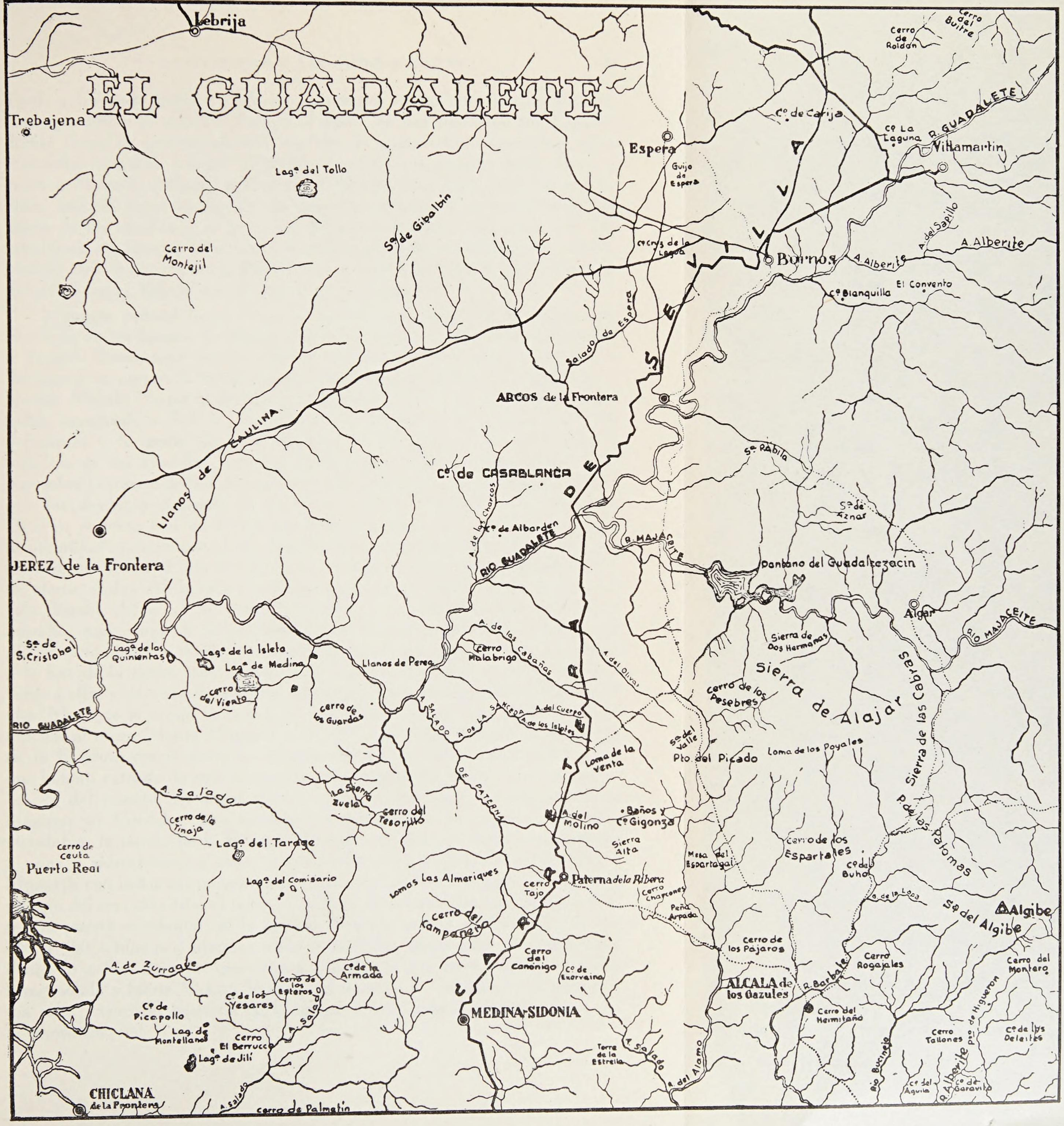
Encontráronse Rodrigo y Tariq, que había permanecido en Algeciras, en un lugar llamado el Lago, y pelearon encarnizadamente; mas las alas derecha e izquierda, al mando de Sisberto y Abba, hijos de Gaitixa, dieron a huir, y aunque el centro resistió algún tanto, al cabo Rodrigo fue también derrotado, y los muslimes hicieron una gran matanza en los enemigos.

Rodrigo desapareció, sin que se supiese lo que le había acontecido, pues los musulmanes encontraron solamente su caballo blanco, con su silla de oro, guarnecida de rubíes y esmeraldas, y un manto tejido de oro y bordado de perlas y rubíes. El caballo había caído en un lodazal, y el cristiano que había caído con él, al sacar el pie, se había dejado un botín en el lodo. Sólo Dios sabe lo que le pasó, pues no se tuvo noticias de él, ni se le encontró vivo ni muerto.

CONQUISTAS DE TARIQ Y SUS TROPAS

Marchó en seguida Tariq a la angostura de Algeciras, y después a la ciudad de Écija: sus habitantes, acompañados de los fugitivos del ejército grande, salieron al encuentro, y se trabó un tenaz combate, en que los musulmanes tuvieron muchos muertos y heridos. Dios les concedió al fin su ayuda, y los politeístas fueron derrotados, sin que los musulmanes volviesen a encontrar tan fuerte resistencia. Tariq bajó a situarse junto a una fuente que se halla a cuatro millas de Écija, a orillas de su río, y que tomó el nombre de fuente de Tariq.

Infundió Dios terror en los corazones de los cristianos cuando vieron que Tariq se internaba en el país, habiendo creído que haría lo mismo que


EL GUADALETE
Lebrija
Trebajena
Espera
Guijo de Espera
Cº de Carija
Cº La Laguna
R. GUADALETE
Villamartin
Cerro de Roldan
Cerro del Buitre
Lagª del Tollo
Sª de Gibalbin
Cerro del Montejil
Cº Cruz de la Laguna
Bornos
A. Alberite
A. del Sapillo
Cº Blanquilla
El Convento
Salado de Espera
ARCOS de la Frontera
Llanos de CAULINA
Cº de CASABLANCA
A. de los Charcos
Cº de Albarden
RIO GUADALETE
Sª Rabila
Sª de Aznar
R. MAJACEITE
Pantano del Guadalcezacin
JEREZ de la Frontera
Algar
RIO MAJACEITE
Sª de S. Cristobal
Lagª de las Quinientas
Lagª de la Isleta
Lagª de Medina
Cerro del Viento
Llanos de Perea
Cerro Malabrigo
A. de las Cabañas
A. del Olivar
Sierra de Dos Hermanas
Sierra de Alajar
Cerro de los Pesebres
Sierra de las Cabras
Cerro de los Guardas
A. SALADO DE PATERNA
A. de la Sanceda
A. del Cuerpo
A. de los Isletes
Sª del Valle
Pto. del Picado
Loma de la Venta
Loma de los Poyales
A. Salado
La Sierra Zuela
Cerro del Tesorillo
A. del Molino
Baños y Cº Gigonza
Cerro de la Tinaja
Lagª del Tarage
Cerro de Ceuta
Puerto Real
Sierra Alta
Mesa del Espartagal
Cerro de los Espartales
Cº del Buho
P. de las Palomas
Lagª del Comisario
Lomas Las Almeriques
Cerro Tajo
Paterna de la Ribera
Cerro Charcones
Peña Arpada
Sª del Algibe
Algibe
Cerro del Campanero
Cerro del Canonigo
Cº de Exorvaina
Cerro de los Pajaros
Cerro Rogajales
Cerro del Montero
A. de Zurraque
Cº de la Armada
Cerro de los Esteros
Cº de los Yesares
Cº de Picapollo
Lag. de Montellano
Cerro El Berrucco
Lagª de Jili
MEDINA-SIDONIA
ALCALA de los Gazules
R. Barbate
Cerro del Hermitaño
Cerro Tallones
Cº de los Deleites
Torre de la Estrella
A. del Alamo
Rio Bucinejo
Cº del Aguila
Cº de Garavito
CHICLANA de la Frontera
Cerro de Palmetin

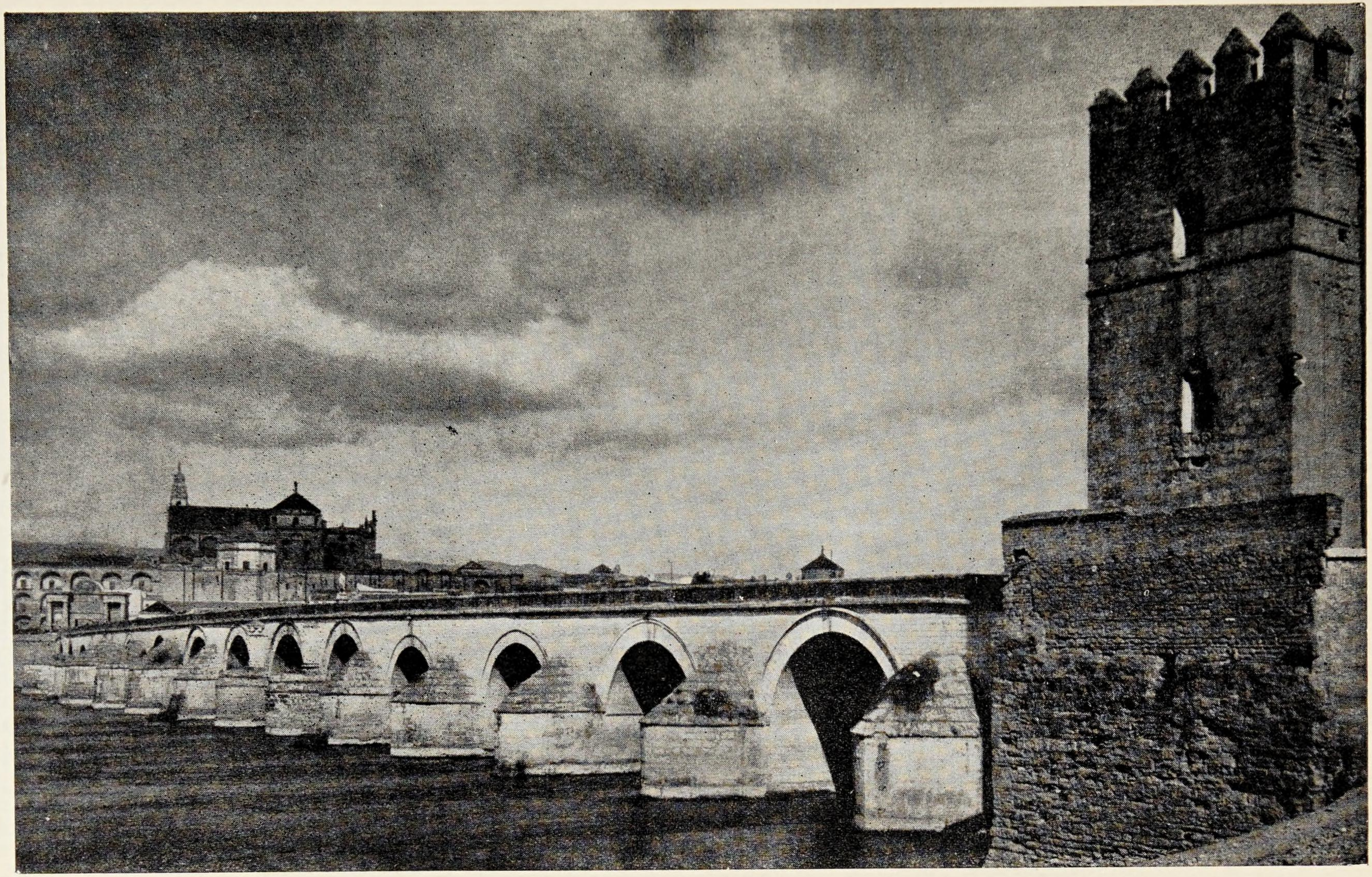
Tarif; y huyendo hacia Toledo, se encerraron en las ciudades de España. Entonces Julián se acercó a Tariq y le dijo: "Ya has concluído con España: divide ahora tu ejército, al cual servirán de guías estos compañeros míos, y marcha tú hacia Toledo." Dividió, en efecto, su ejército desde Écija, y envió a Mugath al-Rumi, liberto de Al-Walid ben Abd al-Malik, a Córdoba, que era entonces una de sus mayores ciudades, y es actualmente fortaleza de los muslimes, su principal residencia y capital del reino, con 700 caballeros, sin ningún peón, pues no había quedado musulmán sin caballo. Mandó otro destacamento a Rayya, otro a Granada, capital de Elvira, y se dirigió él hacia Toledo con el grueso de las tropas.

Mugaytz caminó hasta llegar a Córdoba y acampó en la alquería de Secunda, en un bosque de alerces que había entre las alquerías de Secunda y Tarsail. Desde aquí mandó algunos de sus adalides, quienes cogieron y llevaron a su presencia un pastor que andaba apacentando su ganado en el bosque. Pidióle Mugayth noticias de Córdoba, y dijo que la gente principal había marchado a Toledo, dejando en la ciudad al gobernador con 400 defensores y la gente de poca importancia. Después le preguntó por la fortaleza de sus murallas, a lo que contestó que eran bastante fuertes, pero que sobre la puerta de la Estatua, que es la del puente, había una hendidura, que les describió. Llegada la noche, se acercó Mugayth, y favoreciendo Dios su empresa con un fuerte aguacero, mezclado con granizo, pudo con la oscuridad aproximarse al río, cuando los centinelas habían descuidado la guardia por temor al frío y a la lluvia, y sólo se escuchaban algunas voces de alerta, dadas débilmente y a largos intervalos. Pasó la gente el río, que sólo distaba del muro 30 codos, o menos, y se esforzaron por subir a la muralla; mas como no encontrasen punto de apoyo, volvieron a buscar al pastor, y habiéndole traído, les indicó la hendidura, que si bien no estaba a la haz de la tierra, tenía debajo una higuera. Entonces se esforzaron por subir a ella, y después de algunas tentativas, un musulmán logró llegar a lo alto. Mugaytz le arrojó la punta de su turbante, y por este medio treparon muchos al muro. Montó Mugayth a caballo y se colocó delante de la puerta de la Estatua, por la parte de afuera, después de haber dado orden a los que habían entrado de que sorprendieran a la guardia de esta puerta, que es hoy la del puente: en aquel tiempo estaba destruido, y no existía puente ninguno en Córdoba. Los muslimes sorprendieron, en efecto, a los que guardaban la puerta de la Estatua, llamada entonces de Algeciras, mataron a unos y ahuyentaron a otros, y rompiendo los cerrojos, dieron entrada a Mugayth con todos sus compañeros, espías y adalides. Mugayth se dirigió al palacio del rey; mas éste, al saber la entrada de los musulmanes, había salido por la puerta occidental de la ciudad, llamada puerta de Sevilla, con sus 400 ó 500 soldados y algunos otros, y se había guarnecido en una iglesia dedicada a San Acisclo, que estaba situada en esta parte occidental y era firme, sólida y fuerte. Ocupó Mugaytz el palacio de Córdoba, y al siguiente día salió y cercó al cristiano en la iglesia, escribiendo a Tariq la nueva de la conquista.

El destacamento que fue hacia Rayya la conquistó, y sus habitantes huyeron a lo más elevado de los montes; marchó en seguida a unirse con el que había ido a Elvira, sitiaron y tomaron su capital, y encontraron en ella muchos judíos. Cuando tal les acontecía, en una comarca reunían a todos los judíos de la capital, y dejaban con ellos a un destacamento de musulmanes, continuando su marcha el grueso de las tropas. Así lo hicieron en Granada, capital de Elvira, y no en Málaga, capital de Rayya, porque en ésta no encontraron judíos ni habitantes, aunque en los primeros momentos de peligro allí se habían refugiado.

Fueron después a Tudmir, cuyo verdadero nombre era Orihuela, y se llamaba Tudmir del nombre de su señor (Teodomiro), el cual salió al encuentro de los musulmanes con un ejército numeroso, que combatió flojamente, siendo derrotado en un campo raso, donde los musulmanes hicieron una matanza tal que casi los exterminaron. Los pocos que pudieron escapar huyeron a Orihuela, donde no tenían gente de armas ni medio de defensa; mas su jefe Tudmir, que era hombre experto y de mucho ingenio, al ver que no era posible la resistencia con las pocas tropas que tenía, ordenó que las mujeres dejasen sueltos sus cabellos, les dio cañas y las colocó sobre las murallas de tal forma, que pareciesen un ejército, hasta que él ajustase las paces. Salió en seguida a guisa de parlamentario, pidiendo la paz, que le fue otorgada; y no cesó de insinuarse en el ánimo del jefe del ejército musulmán, hasta conseguir una capitulación para sí y sus súbditos, en virtud de la cual se entregó pacíficamente todo el territorio de Tudmir, sin que hubiese que conquistar poco ni mucho, y se les dejó el dominio de sus bienes. Conseguido esto, descubrió su nombre, e hizo entrar en la ciudad a los musulmanes, que no encontraron gente de armas ninguna, por lo cual les pesó lo hecho; pero cumplieron lo ya estipulado, y después de haber puesto en noticia de Tariq las conquistas alcanzadas, y de haber dejado allí algunas tropas con los habitantes, marchó el grueso del destacamento hacia Toledo para reunirse con Tariq.

Mugayth permaneció tres meses sitiando a los cristianos en la iglesia, hasta que una mañana vinieron a decirle que el cristiano (principal) había salido huyendo a rienda suelta en dirección a la sierra de Córdoba, a fin de reunirse con sus compañeros en Toledo, y que había dejado en la iglesia a sus soldados. Mugayth salió en su persecución solo, y le vio que huía en su caballo alazán en dirección a la aldea de Catalavera (sic). Volvióse el cristiano, y así que vio a Mugayth que aguijaba su caballo para alcanzarle, turbóse y abandonando el camino, llegó a un barranco, donde su caballo cayó y se desnucó. Cuando llegó Mugayth, estaba sentado sobre su escudo y se entregó prisionero, siendo el único de los reyes cristianos que fue aprehendido, pues los restantes, o se entregaron por capitulación o huyeron a Galicia. Después volvió Mugayth a la iglesia, hizo salir a todos los cristianos y mandó se les cortase la cabeza, tomando entonces esta iglesia el nombre de iglesia de los prisioneros. El cristiano principal permaneció preso para ser conducido ante el emir de los creyentes. Reunió Mugayth en Cór-



Córdoba. Puente sobre el Guadalquivir.

El río Guadalete desde Arcos de la Frontera.

doba a los judíos a quienes encomendó la guarda de la ciudad, distribuyó en ella a sus soldados, y se aposentó él en el palacio.

Tariq llegó a Toledo, y dejando allí algunas tropas, continuó su marcha hasta Guadalajara, después se dirigió a la montaña, pasándola por el desfiladero que tomó su nombre, y llegó a una ciudad que hay a la otra parte del monte, llamada Almeida (La Mesa), nombre debido a la circunstancia de haberse encontrado en ella la mesa de Salomón, hijo de David, cuyos bordes y pies, en número de 365, eran de esmeralda verde. Llegó después a la ciudad de Amaya, donde encontró alhajas y riquezas y volvió a Toledo en el año 93 [19-oct.-711 a 6-oct.-712].

"MUZA" EN ESPAÑA

Sabedor Musa ben Nusayr de las hazañas de Tariq, y envidioso de él, vino a España en Ramadan del año 93 [julio-agosto 712] con buen golpe de gente, pues traía, según se cuenta, 18.000 hombres. Cuando desembarcó en Algeciras, le indicaron que siguiese el mismo camino de Tariq y él dijo: "No estoy en ánimo de eso". Entonces los cristianos que le servían de guías le dijeron: "Nosotros te conduciremos por un camino mejor que el suyo, en el que hay ciudades de más importancia que las que él ha conquistado, y de las cuales, Dios mediante, podrás hacerte dueño". Esta nueva le llenó de alegría, porque le pesaba lo que había hecho Tariq. Condujéronle, pues, a Medina Sidonia, que conquistó por fuerza de armas, y después a Carmona. Ésta era una de las ciudades más fuertes de España, y cuya conquista podía esperarse menos por asalto ni por asedio, por lo cual, cuando se dirigió a ella, dijéronle que únicamente valiéndose de alguna estratagema podría ser entrada. Entonces mandó a algunos cristianos de los que habían pedido y obtenido de él carta de seguridad, como Julián, de quien acaso eran camaradas, y se presentaron armados, como si fuesen fugitivos, siendo recibidos en la ciudad; mas por la noche abrieron la puerta llamada de Córdoba a la caballería que Musa mandó al intento, y sorprendiendo a la guardia, se apoderaron los musulmanes de Carmona.

Después marchó Musa a Sevilla, que era la mayor y más importante de las ciudades de España, notabilísima por sus edificios y monumentos. Antes de la invasión de los godos había sido capital del reino, hasta que, vencedores éstos, trasladaron la sede a Toledo, quedando, sin embargo, en Sevilla, la nobleza romana y los jurisconsultos y sabios en letras sagradas y profanas. Después de algunos meses de sitio fue conquistada por Musa ben Nusayr, con la ayuda de Dios, huyendo los cristianos a Beja. Confió Musa la guarda de la ciudad a los judíos, y se dirigió a la ciudad de Mérida, donde residían algunos grandes señores de España, y que también tenía monumentos, un puente, alcázares e iglesias que exceden a toda ponderación. Cercó la ciudad, y la guarnición salió contra él, trabándose un fuerte combate a una milla de distancia de las murallas. En tanto descubrió Musa una cantera de piedra,

en la cual ocultó por la noche infantería y caballería, y al día siguiente, al amanecer, cuando fue contra ellos, y salieron a rechazarle como el anterior, atacáronles los musulmanes que estaban emboscados e hicieron en ellos una gran matanza, refugiándose los que escaparon en la ciudad, que era muy fuerte, y tenía unas murallas como no han hecho otras los hombres. Por espacio de algunos meses continuó el cerco, hasta que fabricaron los muslimes una máquina para acercarse al muro, y cubiertos con ella, llegaron a una de las torres, de la cual arrancaron un sillar; mas encontraron en el hueco un macizo, que en lengua española se llama laxamaxa (argamasa), que resistía a sus barras y picos, y mientras se hallaban ocupados en este trabajo, cargaron sobre ellos los cristianos y perecieron los musulmanes bajo la máquina, por lo cual la torre se llamó de los Mártires, nombre que aún hoy conserva, aunque son pocos los que saben esta anécdota. Al cabo fue conquistada la ciudad en Ramadan del año 94, el día de la fiesta del Fitr [30 junio 713] del modo siguiente: Cuando sucedió lo de los mártires, dijeron los cristianos: "Ya hemos quebrantado las fuerzas del enemigo; si hemos de concertar la paz, ningún día más favorable que éste". Salieron con tal intento, y encontraron a Musa con la barba blanca; empezaron a insinuársele, exigiéndole condiciones en que él no convenía, y se volvieron. Tornaron a salir la víspera de la fiesta (del Fitr), y como no hubiese alheñado la barba y la tuviese roja, dijo uno de ellos: "Creo que debe ser de los que comen carne humana o no es éste el que vimos ayer". Por último, vinieron a verle el día mismo de la fiesta, cuando ya tenía la barba negra, y de regreso a la ciudad dijeron a sus moradores: "¡Insensatos! estáis combatiendo contra profetas, que se transforman a su albedrío y se rejuvenecen. Su rey que era anciano, se ha vuelto joven. Id, y concededle cuanto pida". Ajustaron, en efecto, la paz, a condición de que los bienes de los que habían muerto el día de la emboscada, y los de aquellos que habían huido a Galicia fuesen para los muslimes, y los bienes y alhajas de las iglesias para Musa; con lo cual, el día de la fiesta del Fitr del año 94 le abrieron las puertas de la ciudad.

Los cristianos de Sevilla tramaron en tanto una conjuración contra los musulmanes que había en la ciudad, y habiendo acudido desde la ciudad llamada Niebla y la que tiene por nombre Beja, mataron a ochenta hombres. Los restantes huyeron a Mérida, donde se hallaba Musa ben Nusayr, el cual, dueño ya de esta ciudad, mandó a su hijo Abd al-Aziz a Sevilla con tropas, y éste la reconquistó, regresando en seguida.

A fines de Xauwal [fin julio 713] salió Musa de Mérida para Toledo, y apenas supo Tariq su próxima llegada, salió a recibirle para ofrecerle sus respetos, y le encontró en el distrito de Talavera, en un lugar llamado... Al divisarle, apeóse de su caballo y Musa le dio con su látigo un golpe en la cabeza, reprendiéndole agriamente por lo que había hecho contra su parecer, y llegado a Toledo le dijo: "Preséntame todo el botín que hayas recogido y la mesa". Presentóla, en efecto, falta de un pie, que le había arrancado, y como le preguntase Musa dónde estaba, respondió: "Nada

sé; la encontré de esa manera". Musa mandó que se le hiciese un pie de oro y una caja de hojas de palma, dentro de la cual fue colocada. Después marchó a conquistar a Zaragoza y demás ciudades situadas en esta parte.

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 18).

LA CONQUISTA DEL NOROESTE

Tenía Musa ben Nusayr vehementes deseos de penetrar en la comarca de Galicia, asiento de los infieles, y hacía preparativos para ello cuando vino Mugayth Al-Rumi, enviado por Al-Walid ben Abd al-Malik, de quien era cliente, para intimar a Musa la orden de que saliese de España, abandonando sus excursiones, y se presentase al califa. Disgustóle sobremanera esta orden, que destruía todos sus planes, precisamente cuando no quedaba en España más comarca que la Galicia que no estuviese en poder de los árabes, y tenía vivísimos deseos de entrar en ella. Procuró ganar con palabras afectuosas a Mugayth, enviado del califa, y le rogó le esperase hasta cumplir su designio de ir allá, expedición a la cual podía acompañarle, y tomar su parte en las ganancias y presas. Mugaytz consintió, y con él fue hasta llegar hasta los ásperos pasajes del Norte; conquistó los castillos de Viseo y Lugo, y allí se detuvo mandando exploradores que llegaron hasta la peña de Pelayo, sobre el mar Océano. No quedó iglesia que no fuese quemada, ni campana que no fuese rota. Los cristianos prestaron obediencia, se avinieron a la paz y al pago del tributo personal, y los árabes se establecieron en los pasos más difíciles. Los árabes y berberiscos, cuando pasaban por un pasaje que les parecía bien, fundaban allí un pueblo y se establecían en él. El Islam extendió su zona por España, y disminuyó la de los politeístas.

Cuando Musa se encontraba en el colmo de su victoria y lleno de esperanzas, vino un segundo enviado del califa, llamado Abu Nasr, que Al-Walid había enviado en pos de Mugaytz cuando vio lo que Musa tardaba en marchar, y al cual encargó que le hiciese salir por fuerza de España. Le hizo, en efecto, volver desde Lugo, ciudad de Galicia, regresando por el desfiladero llamado de Musa. Tariq, que volvía de Aragón, se le agregó en el camino, y caminaron juntos, con todos los que quisieron regresar a Oriente. Los que prefirieron permanecer en España quedaron en las ciudades que habían fundado y habitado. Los dos enviados del califa, Mugaytz y Abu Nasr, iban también con Musa, el cual, cuando llegaron a Sevilla, dejó en ella establecido como gobernador de España a su hijo Abd al-Aziz, habiendo preferido esta ciudad por capital, por su proximidad al mar y al Estrecho. En Dzu-Hicha del año 95 (agosto-septiembre de 714) pasó Musa el mar para ir a Oriente, en compañía de Tariq, que había estado en España antes de la venida de Musa un año, y después de la entrada de éste, dos y cuatro meses. Llevaba Musa consigo muchos despojos y 30.000 prisioneros, así como la mesa tan celebrada, y muchos tesoros, joyas y muebles precio-

sos, de indecible valor. Iba, sin embargo, pesaroso por no poder continuar la guerra, y triste porque le apartasen de ella cuando esperaba atravesar todo el país de Francia e internarse en el continente, hasta volver con sus tropas a la Siria, creyendo poder abrirse camino por estas tierras, y conseguir que los muslimes de España pudiesen ir y venir a Siria por tierra y sin tener que embarcarse.

Del *Nafh al-Tib* de AL-MAQQARI (Trad. Lafuente Alcántara, 192).

CAPITULACIONES

La traición de los vitizanos, el espíritu acomodaticio de muchos grandes, el deseo de otros de conservar su situación y acaso el noble intento de algunos de evitar los desastres de la guerra a sus gobernados, cuando toda resistencia llegó a ser inútil, movieron a numerosos jefes godos a capitular sin combate o tras su derrota. Unos firmaron con los conquistadores capitulaciones, más o menos duras o más o menos honrosas, pero que implicaban su sumisión a la soberanía plena de las autoridades islamitas —pactos de tipo "suhl"—; y otros consiguieron un acuerdo más favorable, en que les era reconocida la autonomía política —pactos de tipo "ahd"—. En ambos casos los cristianos quedaban obligados al pago de la chizia *o capitación y al del* jarach *o contribución territorial. He aquí el texto del que suscribió Teodomiro, gobernador de Orihuela, y de otras seis ciudades —en copias del mismo, diversas de la reproducida ahora: Baltana, Alicante, Mula, Villena, Lorca y Ello— con Abd al-Aziz, hijo del conquistador "Muza". Constituye el documento auténtico más viejo de la historia del Islam peninsular. Ésta le supone rubricado tras la legendaria defensa de Orihuela por sus mujeres.*

"En nombre de Dios clemente y misericordioso. Escritura (otorgada) por Abd al-Aziz ben Musa ben Nusayr a Theodomiro ben Gobdux. Que éste se aviene o se somete a capitular, aceptando el patronato y clientela de Alá y la clientela de su Profeta (con quien Alá sea fausto y propicio) con la condición de que no se impondrá dominio sobre él ni sobre ninguno de los suyos; que no podrá ser cogido ni despojado de su señorío; que ellos no podrán ser muertos, ni cautivados, ni apartados unos de otros, ni de sus hijos ni de sus mujeres, ni violentados en su religión, ni quemadas sus iglesias; que no será despojado de su señorío mientras sea fiel y sincero, y cumpla lo que hemos estipulado con él; que su capitulación se extiende a siete ciudades, que son: Orihuela, Valentila, Alicante, Mula, Bigastro, Eyyo y Lorca; que no dará asilo a desertores ni a enemigos; que no intimidará a los que vivan bajo la protección nuestra, ni ocultará noticias de enemigos que sepa. Que él y los suyos pagarán cada año un dinar, y cuatro modios de trigo, y cuatro de cebada, y cuatro cántaros de arrope, y cuatro de vinagre, y dos de miel, y dos de aceite; pero el siervo sólo pagará la mitad".

Lo cual firmaron como testigos Uthman ben Abi Abda al-Quraixi y Habib ben Abi Ubaida al-Fihri y Abd Allah ben Maisara al-Fahtimi y Abu-l-Qasim al-Udhaili.

Escribióse a cuatro de Rachab del año 94 de la Héjira [5 de abril del 173 de J. C.].

Del *Bugyat al-multamis fi-l-tarij ahl al-Ándalus* de AL-DABBI
(Trad. Simonet, Historia de los Mozárabes, 798).

INGRATITUD CALIFAL

Han sido muchos los casos de grandes conquistadores caídos en desgracia de sus reyes o de sus pueblos. "Musa" fue uno de ellos. ¿Mereció su suerte? Cuando había sido recaudador del impuesto territorial en Basora fue acusado del delito de malversación de fondos y gracias a la intervención del gobernador de Egipto, hermano del califa, sólo fue condenado a pagar cien mil monedas de oro. ¿Se apropió en España del quinto del botín reservado al califa y fue por ello castigado legalmente? ¿Incurrió en la cólera de Sulayman por haber llegado a Damasco poco antes de morir su predecesor Al-Walid, con lo que correspondió a éste la parte señalada de las riquezas tomadas en la Península? ¿Influyeron en su suerte adversa rivalidades u odios de tribu? En todo caso la fortuna le volvió la espalda al llegar a Oriente, después de haberle favorecido con la conquista del "Mogreb" occidental y de España.

"MUZA" CASTIGADO

Dícese que cuando Sulayman sucedió en el califato a su hermano Al-Walid, estaba furiosamente irritado contra Al-Hachach y contra Musa, y había concebido grande enemistad contra ellos por cosas que sería demasiado largo enumerar; había, por eso, jurado crucificarlos dondequiera que viniesen a parar a sus manos. En efecto, cierto día Sulayman mandó llamar a su hermano Umar, hijo de Abd al-Aziz, y le dijo: "Mañana irremisiblemente crucifico a Musa". Por eso, Umar inmediatamente envió a llamar a Musa, y al tenerlo en su presencia le dijo: "¡Oh hijo de Nusayr! Te quiero por cuatro motivos: 1º, por las hazañas dignas de alabanza que has llevado a efecto por la causa de Dios y de la religión y las brillantes victorias contra sus enemigos; 2º, por el cariño que profesas a la familia de nuestro profeta; 3º, por la afección y aprecio que has mostrado siempre a Iyad ben Uqba, a quien tú sabes la consideración que yo le guardaba, pues era virtuosísimo y religioso, y 4º, por el favor que siempre has disfrutado de mi padre Abd al-Aziz y los muchos beneficios que te otorgó, y quiero ahora seguir su ejemplo añadiendo un nuevo favor a la suma de sus favores. Obligado por estas razones, he de decirte que en este momento acabo de oír al Emir de los Creyentes que tiene intención de crucificarte mañana, y vengo a advertirte el peligro para que discurras el modo de librarte, pues te incumbe

ponerte a salvo". "Ya lo tengo pensado; mi resolución está tomada; en tus manos me pongo enteramente". "Está bien, replicó Umar; si el perdón puede obtenerse para ti, deberáse a mi influencia; aquellos a quienes quiero pueden seguramente confiarse a mí". Musa entonces se retiró y fuese a casa; al amanecer se lavó y perfumó y estuvo sentado esperando pacíficamente que le mataran, pues no le cabía duda que aquel día había de ser crucificado. Era verano y el calor intenso; al llegar a mediodía, cuando el sol estaba en su cenit, entraron los oficiales de Sulayman y le condujeron a la presencia del califa. Musa era hombre de mucha edad y corpulento y afectado del asma, que le molestaba mucho. Llegado a la presencia del califa, tomó una actitud humilde, y Sulayman comenzó a injuriarle y hacerle reproches. Musa contestó: "¡Voto a Dios! ¡Oh Emir de los Creyentes! ¿Esto es lo que merezco? ¿Es ésa la recompensa de un hombre cual yo, que ha sido tan meritorio en el servicio de Dios, y que ha sido causa, por su diligencia, de que fluyese prosperidad sin límites a los musulmanes, de un hombre que ha servido tan fiel y honradamente a tus antecesores?" Sulayman, entonces, le dijo: "¡Mientes! ¡Dios me haga morir si no te mato y crucifico!" Después de mucho hablar por ambas partes, Musa exclamó: "¡Voto a Dios! Aquellos que están debajo de la tierra (en el sepulcro) me son más queridos que los que están encima". "¿A quiénes quieres decir?", replicó Sulayman en un arrebato de cólera. "Quiero decir, repuso Musa, a tus hermanos Marwan, Abd al-Malik, Al-Walid y a tu tío Abd al-Aziz". Al oír esto Sulayman estuvo a punto de estallar de rabia. Entonces repitió otra vez: "¡Dios me haga morir, si no te mato!" Musa dijo: "¡Mi destino en manos de Dios está!; no espero gracia alguna del Emir de los Creyentes. Si Dios, por ventura, hubiese decretado que yo viviera, sería inútil toda tu ira". "¡Miserable!", dijo al fin Sulayman. En seguida dio orden para que Musa fuese expuesto, y se le expuso a un sol abrasador, hasta que se calentó su sangre y sus fuerzas se agotaron. Un rato después volvióse Sulayman hacia Umar, hijo de Abd al-Aziz, y le dijo: "¡Umar! No quedaré satisfecho, a no ser que tú salgas y veas si mis órdenes se han fielmente cumplido". Umar aprovechó la ocasión y salió, como en otra parte se ha referido, porque dijo él a la persona que me contó esto: "A mí me repugnaba incitar contra mí la mala voluntad de las gentes no interviniendo con empeño en su favor". Así que cuando volvió Umar, dijo al califa: "Perdónale, ¡oh, Emir de los Creyentes! Es un anciano débil, agobiado por la fatiga y el asma que sufre; si permanece más tiempo en ese estado, me figuro que he de encontrarle muerto cuando vuelva". Estas palabras causaron alguna impresión en Sulayman, el cual, volviéndose hacia los consejeros que estaban sentados a su lado, dijo: "El que quiera ejecutar la orden de libertar a Musa de su situación presente se ha de comprometer a conseguir que renuncie todos sus tesoros". Entonces Yazid, hijo de Muhalab, dijo: "Yo me comprometo, ¡oh Emir de los Creyentes!" "Hazlo, pues, dijo Sulayman; te concedo su vida; pero piensa que no llevo la intención de renunciar al castigo de sus dos hijos, Marwan y Abd al-Lula". Yazid salió con la orden del califa, y después de haber soltado

a Musa le hizo montar en su propio caballo y le condujo a su casa, donde le trató bondadosamente y le administró los medios que necesitaba. Entonces le dijo: "Tú eres libre con arreglo a esas condiciones; pero deja lo demás a mi cargo, que yo dejaré satisfecho al Emir de los Creyentes, respecto al edicto que a ti te toca y a tus dos hijos: dame las instrucciones que te parezcan y yo seré el portador de tu contestación". Musa le dijo: "Puesto que tú has sido el encargado de este asunto y has salido fiador mío, de ninguna manera me opondré a los arreglos que tú hagas con el Emir de los Creyentes: si alguien que no fueras tú hubiera manejado esto, de buena gana habría muerto y entregado mi alma a Dios antes que dar un solo dirhem de mi peculio; pero ya que las cosas vienen de esta manera, estoy dispuesto a consentir con lo que tú convengas". Volviéndose entonces a sus dos hijos, que estaban en la misma habitación, les dijo: "¡Hijos míos, preparaos a sufrir! ¡Dios quiera ayudaros a vosotros y a vuestro padre!" Ellos contestaron: "Estamos dispuestos".

A la mañana siguiente, Yazid, hijo de Almuhalab, se fue a palacio y dijo a Sulayman que Musa había consentido aceptar su sentencia. A Musa, entonces, se le ordenó que se presentara ante el califa, y al ser recibido a su presencia dijo a éste: "¿No te dije yo que si el Todopoderoso no lo hubiese decretado, no podrías llevar a efecto mi muerte?" A lo cual Sulayman repuso: "Tú y tus dos hijos estaréis en mi poder hasta que la sentencia pronunciada contra ti esté completamente cumplida, y el total de la multa en manos de mi tesorero". Musa le dijo: "Sea como tú quieras, ¡oh Emir de los Creyentes!: concédeme sólo cuatro cosas y todas mis riquezas sean tuyas". "¿Cuáles son?", preguntó Sulayman. "Primeramente, repuso Musa, no destituir a mi hijo Abd Allah del gobierno de África del Este y comarcas adyacentes, en el término de dos años, a contar desde hoy; en segundo lugar, no remover a mi hijo Abd al-Aziz del gobierno de España; en tercer lugar, que el botín tomado a los infieles por mis dos hijos no les ha de ser confiscado, sino que se me ha de dar a mí, y, por fin, el que se me entregue la persona y bienes de mi liberto Tariq. Con estas condiciones estoy dispuesto a aceptar tu sentencia y a poner en tus manos todos mis tesoros". Sulayman replicó entonces: "En cuanto a tu exigencia de que yo permita a tus dos hijos, Abd Allah y Abd al-Aziz permanecer en el gobierno que cada cual ocupa por espacio de dos años, concedo; pero en cuanto a poner en tus manos a tu liberto Tariq, para que dispongas libremente de su persona y bienes, no puedo acceder, pues sería una triste recompensa a un hombre que se ha portado tan honradamente con el Emir de los Creyentes. ¡No! Tú no le castigarás, ni yo te haré dueño de sus tesoros". Musa entonces pagó en dinero contante las sumas pedidas por Sulayman, y, después de haber recibido un documento de descargo, se le permitió ir donde quiso.

LA SENTENCIA PRONUNCIADA CONTRA "MUZA"

"Ésta es la sentencia dada por el siervo de Dios Sulayman, el Emir de los Creyentes, a Musa, el hijo de Nusayr, que dice: El dicho Musa pagará a Sulayman o a sus recaudadores la suma de 4.030.000 dinares de oro en buena moneda. El Emir de los Creyentes ha recibido ya 100.000 dinares a cuenta de la citada suma; pero, como lo restante está aún por pagar, el Emir de los Creyentes concede a Musa un plazo para que pueda enviarse un mensajero a España, a fin de obtener la dicha suma de su hijo Abd al-Aziz; el mensajero presentará la orden a Abd al-Aziz y esperará un mes para su cumplimiento; al expirar este término, sin esperar un día más, volverá con o sin el dinero, e irá a África y hará lo mismo con su hijo de Abd Allah. Musa no considerará como parte para el pago de la multa las sumas que hubiese recaudado en sus diversos gobiernos, desde la subida al trono de Sulayman, ya procedentes de capitación pagada por los infieles, ya del rescate de las ciudades amenazadas con la espada, ya de algunos despojos adquiridos en el campo de batalla, porque todas estas sumas el Emir de los Creyentes las tiene como propias suyas y toma posesión de las mismas. Cuando el dicho Musa haya pagado las sumas especificadas en este escrito, que para su completo pago el Emir de los Creyentes le concede un mes, como se dice arriba, al dicho Musa se le dejará libre, así como también a sus hijos, parientes y deudos; ellos no serán de ningún modo molestados, ni multados, ni inquietados; al contrario, se les permitirá establecerse y residir donde más les plazca. Cualquier cosa que hubiese llegado a poder de Musa y sus hijos procedente de los gobernadores nombrados por él, al tiempo de la llegada del mensajero enviado por el Emir de los Creyentes, no se les pedirá cuenta por ello. El Emir de los Creyentes no intervendrá, en ninguna manera, cualquiera que fuese, entre Musa, hijo de Nusayr, y sus parientes y deudos, y ninguna queja contra Musa, de los mismos, será atendida; pero ni la persona de su liberto Tariq, ni otras cosas de su propiedad serán entregadas a Musa.

Testigos: Ayyub, hijo del Emir de los Creyentes; Dawud, hijo del Emir de los Creyentes; Umar ben Abd al-Aziz ben Al-Walid, Hixam ben Abd al-Malik, Said ben Jalid, Yahix ben Salama, Jalid ben Al-Rayan, Umar ben Abd Allah, Yahya ben Said, Al-Abas ben Al-Walid, Hixam ben Abd al-Malik, Amar ben Yazid, Abd al-Aziz ben Abd Allah, Abd Allah ben Said. Escrito por Chaafar, hijo de Uthman en el mes de Chumada del año 97."

Cuando Musa hubo cumplido la sentencia, y el montante de la multa fue pagado al tesoro real, para cuyo cumplimiento Yazid, hijo de Al-Muhalab, le dió 100.000 dinares, Sulayman dió órdenes para que ni Musa, ni sus hijos, en su seguridad personal fuesen molestados en lo más

mínimo. En cambio por su regalo, Musa dió a Yazid una sandalia bordada con perlas, que, cuando vino a evaluarse, resultó apreciada en 300.000 dinares.

Del *Imamat wa-l-Siasat* del SEUDO BEN QUTAIBA (Trad. Ribera, 136).

DE LA LEYENDA DE "MUZA"

Rara vez ha dejado de florecer la leyenda en torno a los grandes personajes de la historia y en derredor de los grandes acontecimientos de la misma. Así ocurrió en relación con la conquista de España por los musulmanes, como ya queda dicho, y así también por lo que hace a su conquistador, cuyos hechos maravillosos abultó hasta rozar los contornos del mito. De esa leyenda son estas palabras, en las que se pone en sus labios el juicio que merecieron a los árabes los pueblos por ellos sometidos.

Dícese que Sulayman, en cierta ocasión, hizo a Musa las siguientes preguntas: "¿Qué te hizo tan intrépido cuando atacabas a los enemigos de Dios?" "La confianza en su poder y las oraciones para obtener su ayuda, ¡oh Emir de los Creyentes!", contestó Musa. "¿Te fortificabas en castillos o rodeabas tus campamentos con trincheras?" "Nada de eso", replicó Musa. "Entonces, ¿qué hacías?", volvió a preguntar Sulayman. "Siempre fijé mis tiendas en las llanuras, a fin de poder juzgar mejor de la valentía o cobardía de mis hombres; nunca tuve otra fortificación que mi espada, ni otra ayuda que la del Todopoderoso, a quien nunca cesé de suplicar e implorar que me concediese la victoria". "¿Cuáles, entre las tribus árabes que han servido a tus órdenes, creíste que son los más bravos soldados?" "Los árabes de Himyar", contestó Musa. "¿Y qué caballos los más ligeros y mejores?" "Los bayos". "Dime: ¿qué naciones, de las que has conquistado entre tus enemigos, eran las más formidables en la batalla?" "Esto no lo puedo decir, ¡oh Emir de los Creyentes!, porque he guerreado contra innumerables pueblos, todos los cuales eran bravos en el campo de batalla". "Dime acerca de los griegos", insistió Sulayman: "Los griegos, dijo Musa, son leones dentro de sus castillos, águilas en sus caballos, mujeres en sus barcos; si ven una ocasión favorable, la aprovechan en seguida; pero si la suerte les es adversa, son como cabras en trepar a sus montañas, y tan rápidos en correr, cuando van en huída, que apenas ven la tierra que pisan". "Dime acerca de los berberiscos". "Los berberiscos, ¡oh Emir de los Creyentes!, son entre todos los pueblos extranjeros los que más se parecen a los árabes en ímpetu, fuerza corporal, sufrimiento, ciencia militar y generosidad; pero son ¡oh Emir de los Creyentes! la gente más pérfida de la tierra". "¿Y qué me dices de los españoles?" "Son señores lujuriosos y disolutos, pero caballeros que no esconden la cara al enemigo". "¿Y los francos?" "Los francos ¡oh Emir de los Creyentes!, son numerosos, tienen recursos, fuerza y valor". Musa

aún añadió: "Entre las naciones que acabo de describir hay hombres de honor y probidad; también los hay traidores y pícaros; unos valen para la paz, otros para la guerra; a unos los hemos subyugado, a otros concedido condiciones; unos observan fielmente los tratados, otros los violan; pero a cada cual le hemos hecho frente según su carácter". "Pero dime, replicó Sulayman, en tus batallas con ellos, ¿ha sido tu ejército derrotado alguna vez?" "Nunca, Emir de los Creyentes, nunca huyó bandera mía, ni tropa bajo mis órdenes ha mostrado la espalda al enemigo; mientras yo he mandado a los musulmanes jamás han sido derrotados, nunca desde que tuve cuarenta años hasta la hora presente que tengo ochenta". Al oír esto, Sulayman sonrió desdeñosamente y observó: "¿Dónde está, pues, la bandera que llevabas en la batalla de la pradera de Rahit, bajo Adahac ben Quaiz?" "Aquélla era bandera de Zubayr, y ahora hablábamos de las de los Banu-Marwan", replicó Musa. "Tienes razón", dijo Sulayman, grandemente asombrado de la sagaz contestación de Musa.

Del *Imamat wa-l-Siasat del* Seudo Ben Qutaiba (Trad. Ribera, 138).

BOTÍN

Los españoles han gustado siempre de las ricas alhajas. Lo acreditan ya los abundantes hallazgos de joyas pre-romanas y las que aparecen adornando las esculturas ibéricas. Esa tradición prehistórica ha llegado hasta hoy. Los bereberes y árabes que invadieron España amaban, además, el botín sobre todas las cosas, al punto de que su codicia por lograrlo había figurado decisivamente entre las fuerzas psíquicas que llevaron a los musulmanes a la conquista de su imperio. La gran cosecha de riquezas que hicieron en la Península, explica la deleitación con que se refieren a ella los cronistas árabigos y la leyenda que surgió en torno al botín conseguido en España. Ningún autor deja de hablar en especial de la llamada Mesa de Salomón, que pudo en verdad proceder del templo de Jerusalén, porque las joyas del mismo fueron llevadas a Roma por Tito y en Roma tomadas por Alarico, cuyos sucesores fundaron el reino hispano-godo.

LAS DIADEMAS DEL PALACIO DE TOLEDO

Luego Musa marchó a través del país, hasta que llegó a la ciudad de los reyes, Toledo, donde encontró un palacio llamado la "mansión de los monarcas", denominado así por la circunstancia de haberse hallado allí veinticuatro diademas de oro, una por cada uno de los reyes que habían reinado en España. Cada diadema tenía una inscripción que decía el nombre del rey al cual había pertenecido, el número de hijos que había dejado, el día de su nacimiento, el de la subida al trono y el de la muerte; porque había la costumbre, entre los soberanos godos de España, que

la diadema usada por cada uno de ellos durante su vida debiera, después de muerto, ser depositada en aquella mansión. Además de estos tesoros, encontró Musa en el mismo palacio una mesa en la que estaba el nombre de Salomón, hijo de David (sobre ambos sea la paz) y otra mesa de ágata. Cuando Musa vio estos objetos, los puso inmediatamente bajo la custodia de personas de confianza, elegidas por él, y los ocultó a los ojos de los suyos, pues tal era el valor de éstos y otros preciosos objetos encontrados al tiempo de la invasión de España por los musulmanes, que no hubo un solo hombre en el ejército que pudiera (ni aun aproximadamente) apreciar su valor; así respecto a la plata, el oro, brocados y otros artículos de vestir o muebles, ningún hombre, por hábil que fuera, pudo llegar a calcularlos.

Del *Imamat wa-l-Siasat* del SEUDO BEN QUTAIBA (Trad. Ribera, 109).

LEYENDAS

Abd al-Rahman, con referencia a Yahya ben Buqair, y éste apoyado en Al-Laith ben Saad, cuenta que cuando la España fue conquistada por Musa ben Nusayr, éste tomó la mesa de Salomón, hijo de David, y la corona. Dijéronle a Tariq que la mesa estaba en un castillo llamado Farás, a dos jornadas de Toledo, y que su gobernador era un hijo de la hermana de Rodrigo. Tariq le ofreció carta de seguridad para él y su familia, y habiendo aceptado, se presentó y fue recogido por Tariq, como le había prometido. Éste le pidió la mesa y la entregó. Tenía tanto oro y aljófar, como no se había visto cosa igual. Tariq le arrancó un pie con el oro y perlas que tenía, y le mandó poner otro semejante. Estaba valuada en 200.000 dinares, por las muchas perlas que tenía...

Los soldados adquirieron allí muchas presas de oro y plata. Abd al-Rahman, con referencia a Abd al-Malik ben Muhammad, y éste apoyándose en la autoridad de Al-Laith ben Saad, dijo que encontraron un tapete tejido con hilo de oro y enlazado con un cordón de oro adornado de perlas, rubíes y esmeraldas. Los berberiscos le encontraron varias veces, pero no pudieron llevárselo hasta que trajeron un hacha, y habiéndole partido por la mitad, uno se llevó una parte y otro otra, seguidos de la multitud, mientras que los soldados estaban ocupados en otra cosa.

Nos contó Abd al-Rahman con referencia a Abd al-Malik, que lo sabía de Al-Laith ben Saad, que cuando los musulmanes conquistaron la España, se presentó a Musa un hombre y le dijo que si mandaba con él algunos soldados lo guiaría a un tesoro. Mandó con él algunos hombres, y les dijo: "Romped aquí"; rompieron, y cayó sobre ellos una lluvia de esmeraldas y rubíes, como jamás habían visto. Admiráronse, y dijeron: "No nos va a creer Musa"; mandaron, pues, por él y lo vió.

Del *Kitab Futuh Misr* de BEN ABE AL-HAKAM (Trad. Lafuente Alcántara, 211 y 212).

LA MESA DE SALOMÓN

Cuenta Ben Hayyan que aquella tan famosa mesa que se dice proceder de Salomón, según cuentan los cristianos, no perteneció a éste, y que su origen es que en tiempos de los reyes cristianos había la costumbre de que cuando moría un señor rico dejase una manda a las iglesias, y con estos bienes hacían grandes utensilios de mesas y tronos, y otras cosas semejantes de oro y plata, en que sus sacerdotes y clérigos llevaban los libros de los Evangelios, cuando se enseñaban en sus ceremonias, y que las colocaban en los altares en los días de fiesta, para darles mayor esplendor con este aparato (o adorno). Esta mesa estaba en Toledo por tal motivo, y los reyes se esforzaban por enriquecerla a porfía, añadiendo cada uno alguna cosa a lo que su predecesor había hecho, hasta que llegó a exceder a todas las demás alhajas de este género, y llegó a ser muy famosa. Estaba hecha de oro puro, incrustado de perlas, rubíes y esmeraldas, de tal suerte, que no se había visto otra semejante. Se esforzaron tanto por enriquecerla, porque, como allí estaba la capital del reino, no querían que hubiese en parte alguna más bellas alhajas ni muebles más preciosos que allí. Estaba colocada sobre un altar de la iglesia de Toledo, donde la encontraron los muslimes, volando la fama de su magnificencia. Ya sospechaba Tariq lo que después sucedió de la envidia de Musa, por las ventajas que había conseguido, y que le había de ordenar la entrega de todo lo que tenía, por lo cual discurrió arrancarle uno de los pies y esconderlo en su casa, y ésta fue, como es sabido, una de las causas de que Tariq quedase vencedor de Musa en la disputa que después tuvieron ante el califa sobre sus respectivas conquistas.

Del *Nafh al-tib* de AL-MAQQARI (Trad. Lafuente Alcántara, 190).

EL PRIMER CRIMEN POLÍTICO EN LA ESPAÑA ÁRABE: ASESINATO DE ABD AL-AZIZ

La ingratitud de los soberanos suele a veces convertirse en miedo, en miedo de que los perjudicados por ellos, o sus familiares, se alcen despechados contra su autoridad. Juzgan a los demás con sus propios módulos y el temor les lleva a decretar el crimen. La serie de los ordenados o consentidos por los déspotas —despotismo, saña y temor suelen brotar, juntos, de raíces enlazadas— es enorme. El califa Sulayman, temeroso de que Abd al-Aziz, hijo de "Muza" y gobernador de España, rebelándose, vengase a su padre, envió a la Península a algunos jefes árabes para que le asesinaran. Abd al-Aziz se había casado con Egilona, la viuda de Rodrigo, y vivía con ella en Sevilla, en un palacio contiguo a la mezquita de Robina, que antes había sido, probablemente, iglesia bajo la advocación de Santa Rufina. Allí le mataron los enviados del califa (marzo 716). Pero éste era un Omeya y cuando la dinastía a que pertenecía logró reinar en España, los cronistas

hispano-musulmanes no siempre declararon la verdad de los hechos y, para salvar la memoria del soberano de Damasco, algunos inventaron, acaso, la leyenda que refieren diversas fuentes arábigo-españolas. Egilona habría inducido a Abd al-Aziz a usar una corona y le habría movido a conseguir, mediante un ingenuo ardid, que se prosternaran ante él sus visitantes; tales gestos mayestáticos habrían escandalizado a algunos nobles árabes y les habrían decidido, por su cuenta y riesgo, a concluir con él. He aquí el relato antagónico que de tales sucesos nos ofrece un cronista, biznieto de uno de los hermanos del valí asesinado; relato coincidente con el de muy autorizados historiadores hispano-musulmanes.

Refiérese, por autoridad de Muhammad ben Abd al-Malik, que Musa permaneció en la corte de Sulayman impetrando el perdón, hasta que el califa se lo concedió completo y cabal y extensivo también a sus dos hijos, Abd Allah y Abd al-Aziz, permitiendo al primero que conservase el gobierno del África del Este, Tánger y el Sus, y al segundo el de España, como es sabido. Sin embargo, cuando Abd al-Aziz tuvo noticia de los malos tratos que Sulayman había dado a Musa, comenzó a hablar con desprecio de su soberano, y manifestaba, en todas las ocasiones que se le ofrecían, su resentimiento por los agravios que a aquél se le habían inferido. Habiéndosele esto referido a Sulayman, éste concibió miedo de que Abd al-Aziz se separase de su obediencia y se sublevase. Con este motivo escribió a Habib ben Abi Ubaida, a Ben Wala al-Tamimí, a Said ben Uthman ben Yasir, a Umar ben Mula al-Yahsubi, a Umar ben Qatir y a Umar ben Xarachil, todos ellos oficiales superiores del ejército de África, diciéndoles lo que sabía de Abd al-Aziz y que se le había dicho que se tramaba una sublevación. Informóles también de que había escrito a Abd Allah ben Musa, ordenándole que les mandara a todos ellos a España, al lado de Abd al-Aziz, y diciéndole que no se extrañara de quedarse privado de los mejores jefes de su ejército, pues eran de mayor necesidad en la tierra de la otra parte del mar, donde tenían más enemigos que combatir. Al propio tiempo, Sulayman dio a cada uno de los arriba citados instrucciones secretas con orden de matar a Abd al-Aziz, prometiendo que el que lo llevase a efecto sería elegido como sucesor. A Abd Allah le escribió en estos términos: "El Emir de los Creyentes tiene entendido que tu hermano Abd al-Aziz tiene enfrente un enemigo contra el que se ha de desplegar necesariamente todo el valor y energía posibles. Ha averiguado y sabido que a tus órdenes sirven muchos valientes y expertos, como fulano y zutano; envíalos todos a España, para que tu hermano Abd al-Aziz los emplee contra el enemigo común". A Abd al-Aziz escribió otra carta de la manera siguiente: "El Emir de los Creyentes se ha informado de la clase de los enemigos con que tienes que batallar y de la necesidad en que te hallas de hombres expertos y de valor; sabiendo, pues, que hay ahora en el África del Este, a las órdenes de tu hermano Abd Allah, algunos de esa calidad, ha escrito a él que te los mande, a fin de que les des empleo en tu ejército y les elijas para los puestos de confianza

cerca de tu persona o en las fronteras". Otra carta se les expidió a los conspiradores, diciendo: "Os mando órdenes escritas obligando a la gente de España a obedeceros en todo caso, y absolviéndoos de la muerte de Abd al-Aziz. Estas cartas las leeréis, dondequiera que estéis, a todos los musulmanes que estén bajo vuestras órdenes, para que puedan conocer y entender cuáles son mis deseos y mandatos; cuando os hayáis hecho un partido bastante fuerte entre los soldados, os levantaréis y mataréis a Abd al-Aziz, si tal es la voluntad de Dios".

Cuando Abd Allah, el gobernador de África del Este, recibió la carta del califa arriba indicada, se apresuró a cumplimentar sus órdenes e inmediatamente preparó la marcha a España de los hombres mencionados en el despacho, los cuales, apenas llegados y presentadas sus credenciales a Abd al-Aziz, fueron por él muy bondadosamente recibidos y tratados, y hasta les dijo que eligieran ellos mismos las provincias de su gobierno en las que prefirieran establecerse, o las fronteras donde deseasen ser empleados. Los conspiradores, en vista de eso, reuniéronse en consejo y uno de ellos se levantó y dijo: "Si las órdenes del Emir de los Creyentes han de ser cumplidas, no debéis aceptar la proposición de Abd al-Aziz, pues si cada uno de vosotros va primeramente al destino que se le ha asignado, y después ha de volver aquí, recelo que nunca podréis llevar a efecto lo que os manda; el ejército, en su mayoría, está a su favor; tiene abundancia de dinero, gran poder y numerosos deudos y parciales adictos a su persona. Creo mejor plan el quedarnos aquí y deshacernos de él secretamente; hay muchos hombres en este lugar (Sevilla), que, si ayudasen en esta empresa, asegurarían el éxito. Uno de ellos es Ayyub ben Habib, el hijo de la hermana de Musa; os aconsejo que le veáis y comuniquéis las instrucciones del califa". Aceptado este plan como el más oportuno, los delegados fueron a ver a Ayyub y a ofrecerle en nombre del califa el gobierno de España, si les ayudaba en la empresa. Habiendo consentido Ayyub en la muerte de Abd al-Aziz con estas condiciones, ellos le prometieron obediencia en caso de éxito. Los delegados fuéronse inmediatamente después a ver a Abd Allah ben Abd al-Rahman al-Gafiqi, que era la persona más eminente y conspicua del ejército, por sus talentos, generosidad y virtudes; le leyeron las cartas de Sulayman y le enteraron de todos sus planes. Abd Allah, no obstante, no se mostró inclinado al asesinato de Abd al-Aziz; al contrario, les dijo lo siguiente: "Vosotros sabéis que la mano de Musa os ha hecho beneficios a todos, grandes y pequeños. Si el Emir de los Creyentes ha sido informado, como dices, se le ha dicho lo que no es verdad. Abd al-Aziz jamás ha dejado de ser obediente a su señor, ni ha soñado en sublevarse contra él. El califa, a la distancia en que está, no puede ver si Abd al-Aziz es culpable o inocente del crimen que se le imputa; pero vosotros lo podéis ver, y por consiguiente, os toca decidir si merece la muerte o no. Seguid mi consejo, abandonad vuestro propósito y escribid al califa que no podéis ejecutar sus órdenes". Los delegados no hicieron caso de estas palabras y siguieron adelante en sus propósitos, por amor al califa. Algún tiempo

después volvieron a reunirse y decidieron su muerte, que llevaron a efecto de la manera siguiente: se pusieron a la puerta del palacio, esperando que fuera a la mezquita para asistir a las oraciones de la mañana. Abd al-Aziz, al amanecer, abandonó el palacio y se dirigió hacia la mezquita; entró en la alkibla y comenzó a leer el Corán. No bien había acabado de leer el capítulo primero cuando de repente se oyó un gran tumulto y confusión, pues uno de los conspiradores, Habib ben Abi Ubaida, se había arrojado sobre Abd al-Aziz y dádole un golpe en vago. Los oficios fueron interrumpidos, y Abd al-Aziz, abandonando la alkibla donde se hallaba, buscó refugio en medio de la gente de la mezquita; allí fue seguido por Ben Wala al-Tamimí, que le mató. Cuando la noticia de la muerte de Abd al-Aziz se esparció por la ciudad, los habitantes quedaron sorprendidos y consternados. Los conspiradores, sí que es verdad que sacaron entonces las cartas y órdenes del califa Sulayman, pero inútilmente; la gente no quiso escucharlas y eligió a Abd Allah ben Abd al-Rahman al-Galiqi, por sucesor del asesinado. Habib ben Abi Ubaida y sus compañeros fuéronse a Damasco con la cabeza de Abd al-Aziz ben Musa.

Del *Imamat wa-l-Siasat* del Seudo Ben Qutaiba (Trad. Ribera, 146).

REPARTO DE TIERRAS ENTRE LOS CONQUISTADORES

A la par que el botín en joyas y en esclavos los conspiradores se repartieron las tierras ganadas con la espada, es decir, las de quienes no se habían sometido al Islam por capitulación que les garantizase el derecho de propiedad. Como de las alhajas y los siervos, correspondía al califa el quinto de las mismas —los reyes castellanos imitaron a los emires y el derecho al quinto se aplicó en América— mas es dudoso que los invasores de España hicieran un reparto legal y respetaran el jums del califa. Con la ocupación del suelo muchos colonos y siervos hispanos cambiaron el señor godo-romano por el señor árabe o bereber, pero muchos hombres libres cayeron entonces también en la servidumbre de los conquistadores. Y ningún testimonio histórico apoya la afirmación de Dozy sobre la mejoría de condición de las clases rurales españolas como consecuencia de la invasión muslim.

Una vez acabada ya de conquistar España, Musa ben Nusayr al-Bakri al-Tabi, dividió el territorio de la península entre los militares que vinieron a la conquista, de la misma manera que había distribuido entre los mismos los cautivos y demás efectos cogidos como botín. Entonces dedujo también el quinto de las tierras y de los campos cultivados, del propio modo que lo había antes deducido de los cautivos y objetos muebles. De los cautivos escogió 100.000 de los mejores y más jóvenes y se los mandó al emir de los creyentes Al-Walid ben Abd al-Malik; pero dejó los otros cautivos que estaban en el quinto, especialmente campesinos y niños,

adscriptos a las tierras del quinto, a fin de que las cultivasen y diesen el tercio de sus productos al tesoro público. Eran éstos la gente de las llanuras y se les llamó los quinteros, y a sus hijos los hijos de los quinteros.

En cuanto a los otros cristianos que estaban en lugares inaccesibles y en los montes elevados, Musa ben Nusayr les dejó sus bienes y el uso de su religión, mediante el pago de un tributo, quedando dueños de una parte de sus bienes en la tierra del Norte, pues ellos capitularon con condición de ceder el resto y pagar un tributo por las tierras de árboles frutales y de sembradura, según lo hizo muy bien aquél a quien se debe imitar (Mahoma) con los judíos de Jaibar, respecto a sus palmerales y tierras labrantías. Excepción hecha de tres distritos, Santarén y Coimbra en el Occidente, y Ejea en el Oriente de España, Musa distribuyó entre sus soldados las tierras de todas las comarcas conquistadas a viva fuerza, después de haber deducido el quinto para el tesoro. Esta división se llevó a efecto ante los tabíes Hanax, Al-Sanani, Al-Habali y Ben Rabah, que se hallaban en el ejército de Musa; desde entonces estas tierras han venido a trasmitirse por herencia de padres a hijos. Cuando la gente y los sabios mencionan la tierra conquistada a la fuerza, entiéndase que se trata entonces del quinto. Los territorios que se sometieron por capitulación son los del Norte, donde los cristianos conservaron la propiedad de las tierras y arbolado, pero no el de los otros bienes. Algunos sabios antiguos dicen, hablando de España, que la mayor parte de ella se sometió por capitulación, excepto algunos lugares bien conocidos, porque después de la derrota de Rodrigo todas las ciudades capitularon; de aquí que los cristianos que las habitaban continuaron poseyendo sus tierras y demás propiedades con el derecho de venderlas.

Según otra tradición, cuando Musa fue llamado a la corte aún no había realizado de una manera completa y acabada la división de tierras entre sus soldados y el tesoro. Él pidió al califa Al-Walid que acabara lo que había comenzado; pero esto no tuvo efecto hasta el califato de Umar, que dio el gobierno de España a Al-Samah ben Abd al-Malik al-Jawlani, ordenándole que dedujera el quinto de lo que quedaba por deducir. Éste lo hizo, enviando a las diversas comarcas personas que se encargaran de llevar a cabo la operación. Algunos de los que habían conquistado a España a las órdenes de Musa y Tariq fueron a la corte de Al-Walid, el cual les confirmó los derechos a las tierras que les habían cabido en suerte por medio de documentos. Respecto a los que posteriormente vinieron a España, les dio en feudo muchas tierras que pertenecían al quinto del Estado.

Dice Abd al-Malik ben Habib: "Cuando en el año 100, en el califato del Emir de los Creyentes Umar ben Abd al-Aziz (Dios le haya sido propicio), fue nombrado gobernador de España Al-Samah ben Malik al-Jawlani, las tropas que le acompañaban quisieron tener participación en lo que poseían los primeros militares que vinieron a la conquista; pero entonces algunos de éstos se fueron a Umar ben Abd al-Aziz y le dijeron que Musa había dividido entre ellos las tierras, después de haber asignado el quinto al Tesoro, y que Al-Walid les había confirmado en sus derechos, como lo

probaban los documentos que éste les había expedido. El Emir de los Creyentes Umar Abd al-Aziz entonces les confirmó a su vez los derechos que les había concedido Al-Walid, hijo de Abd al-Malik, expidiéndoles otras cédulas reales parecidas a las anteriores; además escribió a Al-Samah, hijo de Abd al-Malik, una carta en que le recomendaba que se respetase lo dispuesto en esas cédulas y se llevase a efecto lo que ordenaba en favor de los peticionarios. Éstos volviéronse muy regocijados alabando la generosidad y justicia del califa, el cual ordenó a Al-Samah que diera en feudo a los soldados que le habían acompañado a España tierras del quinto".

Otro sabio dice lo siguiente: "Las propiedades pertenecientes al quinto en España no dejaron de ser bien conocidas y cultivadas en beneficio del tesoro público durante la época de los gobernadores o emires; luego, durante el imperio de los Banu Umayya, se las cultivó a nombre suyo, hasta que por todas partes se les sublevaron jefes insurrectos y acreció la guerra civil; de modo que por largo tiempo y a través de diversas dinastías subsistieron cultivándose conocidamente. Después de todo, Dios es el heredero de la tierra y de los que la habitan; no hay duda que es el mejor heredero.

Ahmad al-Razi (Rasis), en su crónica, da otra versión acerca de la autenticidad de la deducción del quinto de lo adquirido en España por los musulmanes. Es la siguiente: Dice Abd al-Malik, hijo de Habib, haciendo derivar la noticia de algunos tabíes que vinieron a España, que los califas Banu Umayya tenían la costumbre, cuando habían de llegar a sus manos los tributos de los distintos territorios de sus dominios, de ordenar que fueran juntamente con ellos diez habitantes del país, de los más honrados y principales, a fin de que no entrara en el Tesoro público un solo dinar ni dirhem hasta que estos diez diputados juraran por Alá, aquel que no hay otro Dios sino él, que no había un solo dinar o dirhem que hubiese sido tomado fuera de derecho y sin mediar violencia con sus hijos y mujeres. Sucedió, pues, que vino una diputación de África en los últimos tiempos de Sulayman a traer los tributos, y cuando se les ordenó que prestaran juramento, sólo juraron ocho: dos de ellos se abstuvieron; eran éstos Ismail ben Ubayd Allah, liberto de los Banu Majzun y Al-Samah, hijo de Malik al-Jawlani. A Umar, hijo de Abd al-Aziz, aquello le chocó; y al subir al califato se los adscribió a su propio servicio, y una vez convencido por experiencia de la religiosidad y virtudes de ambos, dióles, respectivamente, el gobierno de África a Ismail ben Ubayd Allah y a Al-Samah ben Malik, el de España. A este último le ordenó que dividiese en cinco partes la tierra que allí quedaba por dividir y los bienes muebles, y que sacara el quinto que al tesoro público religioso correspondía, dejando las poblaciones en manos de sus señores. Le mandó además que les escribiera dando noticias de lo que España era, de sus mares y ríos, y la forma o manera de hacer la travesía para ir a ella, pues tenía el pensamiento de hacer que la abandonaran los musulmanes, porque, estando a la otra parte del mar, se hallaban demasiado alejados de los países musulmanes. Al-Samah se fue a España, y, por orden del Emir de los Creyentes Umar, la separó del gobierno de

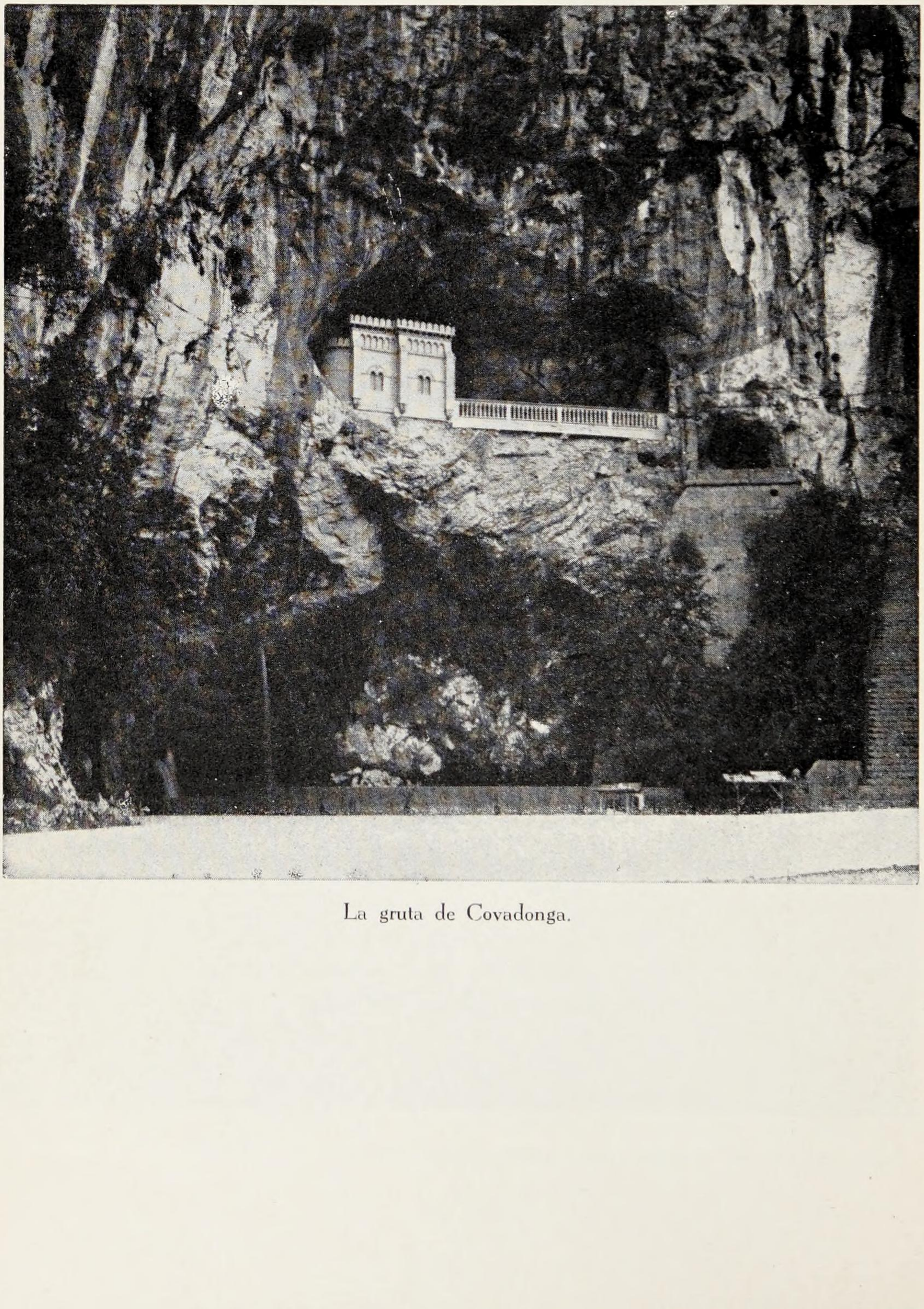
África. Para deducir más correctamente el quinto, hizo distinción entre el territorio conquistado a la fuerza y el que se había sometido pacíficamente. Al llegar a sacar el quinto correspondiente a Córdoba, hizo salir a los comisionarios de la manera que... fue adjudicado el delicioso valle conocido por "La Musala", al Sur de Córdoba, como correspondiente al quinto. Una vez que llevó a efecto Al-Samah lo que se había propuesto, escribió al Emir de los Creyentes dándole noticia de lo que había hecho, ya en el territorio conquistado a la fuerza, ya en las comarcas del Norte, que habían sido sometidas a la buena. Los habitantes de estas comarcas habían capitulado, obligándose a pagar una capitación y un tanto de los productos de sus tierras; unas habían de pagar el tercio, otras el cuarto de sus productos, según la calidad y fertilidad de las mismas, conforme lo había hecho el mensajero de Dios en Jaibar. Al-Samah en la misma carta pidió permiso al califa para construir el puente (sobre el Guadalquivir) utilizando la piedra de las murallas de Córdoba, pues no se conocía en esta comarca cantera de donde sacarla. La contestación afirmativa del Emir de los Creyentes Umar, hijo de Abd al-Aziz, llegó diciendo: "Que el valle que había resultado como quinto al sur de Córdoba se convirtiera en cementerio de los musulmanes." Asimismo se llevó también a cabo la construcción del puente.

De la *Risala* del Embajador Marroquí (Trad. Ribera, 172 y 176).

LA PRIMERA DERROTA MUSULMANA EN ESPAÑA

El mismo año de 717 en que la escuadra árabe sitiaba Constantinopla, huía de Córdoba a Asturias un antiguo espatario de Rodrigo, Pelayo, y en la misma época en que la flota del califa Sulayman fracasaba en el Bósforo, los feroces astures reconocían el caudillaje del jefe fugitivo y se alzaban contra el Islam en las estribaciones de los Picos de Europa. Años después, en 722 según lo más probable, mucho antes de que en 732 Carlos Martel derrotara a los musulmanes en Poitiers, Pelayo venció a los islamitas en Covadonga y comenzó la Reconquista. Como de ordinario, los vencedores abultaron su triunfo y los derrotados disimularon su vencimiento, pero por cima de las contradicciones de sus relatos, cabe destacar su coincidencia, al reconocer, unos y otros, que habían quedado invictos los astures. Los musulmanes de Occidente iban a hallar en los fieros habitantes del Norte de España sus peores enemigos, y la cristiandad occidental, su rodela más firme. Gracias a los reinos herederos del astur, que mantuvieron ocho siglos el choque contra Al-Ándalus, pudo Europa cumplir sus destinos y pudo gestarse el mundo moderno. Covadonga es, por ello, algo más que un combate regional: es una batalla de trascendentes consecuencias en la historia del mundo.

Vista parcial del valle de Covadonga.



La gruta de Covadonga.

EL RELATO CRISTIANO

Por aquellos tiempos era prefecto de Asturias, con residencia en León, Munuza, compañero de Tariq. Durante su gobierno, cierto espatario de los reyes Vitiza y Rodrigo, llamado Pelayo, oprimido por el señorío de los ismaelitas, entró en Asturias con su hermana. El prefecto Munuza envió a Pelayo a Córdoba con el pretexto de una legación, pero en verdad, con ocasión de su interés por su hermana. Antes de que regresara el antiguo espatario, Munuza, mediante cierto artificio, se unió en matrimonio con la hermana de Pelayo; mas cuando volvió éste, en ninguna manera quiso consentir el tal enlace, sino que se apresuró a hacer con gran osadía lo que ya meditaba acerca de la salvación de la Iglesia. Entonces, el nefando Tariq envió soldados a Munuza para que apresaran a Pelayo y lo llevasen a Córdoba encadenado. Llegados a Asturias, quisieron cogerle por engaño, y en una aldea llamada Brece supo Pelayo por cierto amigo la decisión de los caldeos. Mas como los sarracenos eran muchos, viendo que no podía ofrecerles resistencia, se apartó de ellos despacio, comenzó de repente a correr y llegó a las orillas del Piloña, que encontró desbordado, pero mediante un adminículo natatorio ganó la otra orilla sobre el caballo en que cabalgaba y subió a un cerro con lo que los sarracenos cesaron de perseguirle. Dirigiéndose hacia la tierra montañosa, arrastró consigo a cuantos encontró camino de una asamblea y con ellos subió a un gran monte llamado Aseuva y se refugió en la ladera de dicha montaña, en una cueva que sabía era segura y de la que mana un gran río por nombre Deva. Desde ella envió mensajeros a todos los astures, que se congregaron en una junta y le eligieron príncipe.

Enterados de lo ocurrido los soldados que habían venido para prender a Pelayo, regresaron a Córdoba y manifestaron a su rey que se había sublevado el denunciado por Munuza. Cuando el rey oyó tal noticia, conmovido por furiosa ira, mandó salir contra el rebelde una hueste innumerable, reclutada en toda España; puso al frente del ejército a Alqama, su socio, y ordenó que fuese con éste y sus tropas a Asturias, Oppas, obispo de Toledo, hijo de Vitiza, por cuya traición habían perecido los godos. Alqama recibió orden de su compañero de que si Pelayo no quería aceptar la propuesta del obispo, le apresase por fuerza de armas y le llevase a Córdoba, y entró a Asturias con un ejército de 187.000 soldados.

Pelayo estaba con sus compañeros en el monte Aseuva, y el ejército de Alqama llegó hasta él y alzó innumerables tiendas frente a la entrada de la cueva. El predicho obispo subió a un montículo situado ante la cueva de la Señora y habló así a Pelayo: "Pelayo, Pelayo, ¿dónde estás?". El interpelado se asomó a la ventana y respondió: "Aquí estoy". El obispo dijo entonces: "Juzgo, hermano e hijo, que no se te oculta cómo hace poco se hallaba toda España unida bajo el gobierno de los godos y brillaba más que los otros países por su doctrina y ciencia, y que, sin embargo, reunido todo el ejército de los godos, no pudo sostener el ímpetu de los

ismaelitas, ¿podrás tú defenderte en la cima de este monte? Me parece difícil. Escucha mi consejo: vuelve de tu acuerdo, gozarás de muchos bienes y disfrutarás de la amistad de los caldeos". Pelayo respondió entonces: "¿No leíste en las Sagradas Escrituras que la Iglesia del Señor llegará a ser como el grano de la mostaza y de nuevo crecerá por la misericordia de Dios?" El obispo contestó: "Verdaderamente, así está escrito". Pelayo dijo: "Cristo es nuestra esperanza; que por este pequeño montículo que ves sea España salvada y reparado el ejército de los godos. Confío en que se cumplirá en nosotros la promesa del Señor, porque David ha dicho: "¡Castigaré con mi vara sus iniquidades y con azotes sus pecados, pero no les faltará mi misericordia!" Así, pues, confiando en la misericordia de Jesucristo, desprecio esa multitud y no temo el combate con que nos amenazas. Tenemos por abogado cerca del Padre a nuestro Señor Jesucristo, que puede librarnos de estos paganos". El obispo, vuelto entonces al ejército, dijo: "Acercaos y pelead. Ya habéis oído cómo me ha respondido; a lo que adivino de su intención, no tendréis paz con él, sino por la venganza de la espada".

Alqama mandó entonces comenzar el combate, y los soldados tomaron las armas. Se levantaron los fundíbulos, se prepararon las hondas, brillaron las espadas, se encresparon las lanzas e incesantemente se lanzaron saetas. Pero al punto se mostraron las magnificencias del Señor: las piedras que salían de los fundíbulos y llegaban a la casa de la Virgen Santa María, que estaba dentro de la cueva, se volvían contra los que las disparaban y mataban a los caldeos. Y como Dios no necesita las lanzas, sino que da la palma de la victoria a quien quiere, los cristianos salieron de la cueva para luchar con los caldeos; emprendieron éstos la fuga, se dividió en dos su hueste, y allí mismo fue al punto muerto Alqama y apresado el obispo Oppas. En el mismo lugar murieron ciento veinticinco mil caldeos, y los sesenta y tres mil restantes subieron a la cumbre del monte Aseuva y por el lugar llamado Amuesa descendieron a la Liébana. Pero ni éstos escaparon a la venganza del Señor; cuando atravesaban por la cima del monte que está a orillas del río llamado Deva, junto al predio de Cosgaya, se cumplió el juicio del Señor: el monte, desgajándose de sus cimientos, arrojó al río los sesenta y tres mil caldeos y los aplastó a todos. Hasta hoy, cuando el río traspasa los límites de su cauce, muestra muchas señales de aquéllos.

De la *Crónica de Alfonso III* (Según el texto, ed. Gómez Moreno, Bol. Ac. Ha. C., 1932, 612).

LA NOTICIA MUSULMANA

Cuentan algunos historiadores que el primero que reunió a los fugitivos cristianos de España, después de haberse apoderado de ella los árabes, fue un infiel llamado Pelayo, natural de Asturias en Galicia, al cual tuvieron los árabes como rehén para seguridad de la gente de aquel país, y huyó de

Córdoba en tiempo de Al-Hurr ben Abd Al-Rahman Al-Thaqafi, segundo de los emires árabes de España, en el año sexto después de la conquista, que fue el 98 de la hégira [716-717]. Sublevó a los cristianos contra el lugarteniente de Al-Hurr, le ahuyentaron "y se hicieron dueños del país, en el que permanecieron reinando, ascendiendo a veintidós el número de los reyes suyos que hubo hasta la muerte de Abd Al-Rahman III".

Dice Isa ben Ahmad Al-Razi que en tiempos de Anbasa ben Suhaim Al-Qalbi, se levantó en tierra de Galicia un asno salvaje llamado Pelayo. Desde entonces empezaron los cristianos en Al-Ándalus a defender contra los musulmanes las tierras que aún quedaban en su poder, lo que no habían esperado lograr. Los islamitas, luchando contra los politeístas y forzándoles a emigrar, se habían apoderado de su país hasta llegar a Ariyula, de la tierra de los francos, y habían conquistado Pamplona en Galicia y no había quedado sino la roca donde se refugió el rey llamado Pelayo con trescientos hombres. Los soldados no cesaron de atacarle hasta que sus soldados murieron de hambre y no quedaron en su compañía sino treinta hombres y diez mujeres. Y no tenían qué comer sino la miel que tomaban de la dejada por las abejas en las hendiduras de la roca. La situación de los musulmanes llegó a ser penosa, y al cabo los despreciaron diciendo: "Treinta asnos salvajes ¿qué daño pueden hacernos?" En el año 133 murió Pelayo y reinó su hijo Fáfila. El reinado de Pelayo duró 19 años y el de su hijo 2. Después de ambos reinó Alfonso, hijo de Pedro, abuelo de los Banu Alfonso, que consiguieron prolongar su reino hasta hoy y se apoderaron de lo que los musulmanes les habían tomado.

Del *Nafh al-tib* de Al-Maqqari (Trads. Lafuente Alcántara: Col. Obr. Ar. Ac. Ha. I, 230; y M. Antuña; Sánchez-Albornoz. Fuentes de la ha. hisp. mus, siglo VIII, 232).

FIN DEL AVANCE MUSULMÁN ALLENDE EL PIRINEO: POITIERS

Después de Covadonga, Poitiers. De la victoria astur nació España; basta con el reconocimiento de tal realidad para que no sea preciso acudir a la hipérbole, a fin de destacar la trascendencia histórica de la derrota musulmana al pie de los Picos de Europa. Pero los contemporáneos del desastre no podían calcular sus consecuencias multiseculares y los invasores no interrumpieron tras él sus empresas en las Galias. Los aquitanos habían ya sostenido los primeros choques y hubieron de proseguir resistiendo las nuevas embestidas. Eudes, duque independiente de Aquitania, buscó la alianza de un berberisco rebelde, Munuza, para librarse de los ejércitos musulmanes; pero al hacerlo atrajo contra él la gran tronada. Vencido, solicitó la ayuda de Carlos Martel, y éste consiguió detener en Poitiers la marea islamita. Se ha vinculado a tal batalla nada menos que la salvación de Occidente y el origen de la caballería medieval y del feudalismo. Confío en haber enterrado estas últimas hipótesis, y por lo que hace a la primera

es preciso no olvidar las derrotas de Toulouse en 721 y de Covadonga en 722, e importa recordar que los sarracenos invadieron de nuevo varias veces las Galias después de la victoria del primer carolingio. Fueron los moros africanos quienes salvaron la cristiandad occidental al iniciar en 739, con su levantamiento, la serie de discordias civiles que redujeron a la impotencia por dos decenios a los conquistadores islamitas de la Península.

Abd al-Rahman, hombre batallador, en la era 769 [931], a los doce años y seis meses del imperio (de León), en el 113 de la hégira [15 marzo 731], en el octavo año de Hixam, se apresura alegremente hacia el poder y se distingue sobre todos durante un trienio. Como se hallaba dotado de valor y de gloria, uno de la gente de los moros llamado Munuza, oyendo que los suyos eran oprimidos en los confines de Libia por la temeraria crueldad de los jueces, hace sin tardanza paz con los francos y se prepara a luchar tiránicamente contra los sarracenos de España; y como era hombre muy aguerrido, cuando se supo esto, se conturbó el ánimo de todos en el palacio. Pero no muchos días después, preparada una expedición por Abd al-Rahman, persiguió sin misericordia al rebelde antes mencionado y, encontrándole al fin en la fortaleza de Cerritania, lo combatió y lo sitió apretadamente. Munuza, después de permanecer algunos días encerrado dentro de los muros, tuvo que huir abandonado... mas no encontrando a dónde huir, preparado a morir en cuanto le encontrase el ejército, permanece refugiado en diferentes escondrijos. Y porque el duque franco Eudes, por obtener su alianza y por evitar la persecución de los árabes, le había entregado a su hija para que se uniese con ella en matrimonio, mientras se retarda en librarla de las manos de sus perseguidores, prepara su alma para la muerte, y al ser perseguido por el ejército, desde una altura se precipita, ya herido, en la hendidura de unas rocas, y muere. Cuando encontraron su cadáver, le cortaron la cabeza y la presentaron al rey, juntamente con la hija del ya dicho duque Eudes.

Entonces Abd al-Rahman, viendo llena la tierra con la multitud de su ejército, atraviesa las montañas de los vacceos, pasa lo mismo por los terrenos llanos que por los abruptos, entra en el territorio de los francos y penetra tanto, castigándolo con la guerra, que en el combate que le presenta Eudes, más allá del río Garona y de la Dordoña (?), le hace huir y sólo Dios sabe el número de los muertos y de los moribundos. Mientras se detiene en destruir la iglesia y los palacios de Tours e intenta saquear las iglesias (del país), se encuentra en el interior de Francia con Carlos, cónsul de Austria (sic), hombre belicoso desde su infancia y muy versado en asuntos militares, de antemano advertido por Eudes. Durante siete días uno y otro dudan en presentar combate y al fin se despliegan en batalla y pelean duramente. Algún tiempo, las gentes septentrionales permanecen inmóviles como una pared o como si las mantuviese unidas un cinturón de hielo y pasan a cuchillo a los árabes. Pero cuando la gente de Austria, sobresaliente por la robustez de sus miembros y por su brazo de hierro, se

abrió paso esforzadamente hasta encontrar y dar muerte al rey, la noche interrumpe al punto la batalla, y (entonces) levantan las espadas y se reservan para la lucha del día próximo, al ver los enormes campamentos de los árabes. A la mañana siguiente, levantándose al amanecer, los europeos desenvainan sus espadas al divisar las tiendas y los tabernáculos de los árabes, ordenados en el campo, ignorantes de que estaban totalmente vacíos y creyendo que dentro de ellos se hallaban las falanges de los sarracenos preparadas para combatir. Enviaron exploradores y ellos averiguaron todo: que los ejércitos islamitas habían huido y que durante la noche, calladamente, en una apretada columna regresaron hacia su patria. Los europeos, temerosos de que el enemigo no les fuera a preparar por las sendas, con engaños, alguna celada, asombrados recorren en vano los alrededores en todas direcciones y, no cuidando de perseguirles, se contentan con repartirse los despojos y el botín convenientemente, y vuelven alegres a sus patrias.

De la *Continuatio mozárabe de San Isidoro del 754* (Según la ed. lat. de Mommsen: Monumenta Germaniae Historica, Auct. Antqs., XI, 361).

CÓMO SE NOMBRÓ A UN GOBERNADOR DE LA ESPAÑA MUSULMANA

Después de la conquista, España, que pronto fue llamada Al-Ándalus por los conquistadores, fué gobernada por un "valí" nombrado de ordinario por el gobernador o emir de África (Ifriqiya). Por excepción algunos valíes fueron designados por su antecesor o elegidos por los musulmanes de la Península en circunstancias anormales. A partir del estallido de la guerra civil, sólo Abu-l-Jattar vino a España, enviado por el gobernador de África, a pacificar el país. Después, todos los valíes de Al-Ándalus fueron designados por una facción y se impusieron por la violencia de sus partidarios. Uno de los valíes de acción más decisiva en la organización del gobierno y de la hacienda musulmana de la Península, Al-Samah, fue nombrado directamente por el califa Umar; y otro, el más famoso y guerrero, Uqba, fue designado por el gobernador de Egipto, que temporalmente había recibido autoridad sobre Ifriqiya y sobre Al-Ándalus. He aquí cómo.

Hixam ben Abd al-Aziz mandó de gobernador de Egipto a Ubayd Allah ben Al-Habhab ben Al-Harith, cliente de los Banu Zalul, de la tribu de Qays, y le encomendó los asuntos de Ifriqiya y España. Dejó éste en su gobierno de Ifriqiya a Bixr ben Safwan, y para España nombró a Uqba ben-Al-Hachchach, que era su patrono, porque Al-Hachchach había manumitido a Al-Harith (abuelo de Ubayd Allah). Cuando fue nombrado gobernador de Egipto, estando en la cumbre de la gloria y del poder, llegó a él Uqba, su patrono, al cual hizo sentar en su propio estrado. Tenía Ubayd-Allah hijos que se estimaban en mucho y eran estimados de los de-

más; y cuando le vieron sentado con su padre, se alteraron y reconvinieron a éste, diciéndole: "Has tratado con tal deferencia a un beduino, y le has sentado contigo, teniendo a tu alrededor a los nobles Quraixíes y árabes; y vive Dios, que esto les hará una impresión cuyos efectos te serán muy desagradables. Tú eres ya anciano, y no tendrás que sufrir las funestas consecuencias de esto, porque quizá te arrebate la muerte antes de que pueda dañarte la enemistad de alguno; mas tememos que el oprobio recaiga sobre nosotros. Además no estamos seguros de que si esto llega a oídos del Emir de los Creyentes no reciba enojo de que hayas engrandecido a ese hombre, menospreciando a los de Qurayx". El padre les contestó: "Lleváis razón, hijos míos; no había pensado en ello, y no lo volveré a hacer". Por la mañana dispuso que viniese toda la gente, y la hizo sentar; mandó en seguida que buscasen a Uqba, le dio el asiento preferente, y se sentó él a sus pies; y cuando hubo reunido gran número de personas, dio orden de que viniesen sus hijos, los cuales quedaron muy sorprendidos, comprendiendo que el anciano iba a hacer alguna cosa en su daño. Ubayd-Allah se levantó, alabó a Dios, y pidió la paz para el Profeta, y después de haber referido las palabras de sus hijos, prosiguió: "Pongo a Dios y a vosotros por testigos, aunque para testigo sólo Dios basta, de que éste es Uqba, hijo de Al-Hachchach, y de que Al-Hachchach dio libertad a Al-Harith, y de que mis hijos son juguete de Satanás, que los ha llenado de soberbia. Quiero declararme públicamente exento ante Dios de toda impiedad e ingratitud para con él y con éste (mi patrono); pues he temido que mis hijos llegasen a renegar de los preceptos de Dios, desconociendo el derecho de patronato en este hombre y su padre, y que incurriesen en la maldición divina y en la de los hombres, pues me han contado que el Profeta de Dios dijo: Maldito aquél que se gloría de pertenecer a una familia que le es extraña; maldito aquél que desconoce a su bienhechor; y que Abu Bakr al-Sidik dijo: Impío es quien reniega de sus parientes, por remotos que sean; impío quien presume de pertenecer a una familia extraña. Mirando por vosotros tanto como por mí mismo, he querido, hijos míos, evitaros la maldición de Dios y de las gentes; y en cuanto a lo que dijisteis de que incurriría en el enojo de los creyentes por lo que hago, lejos de eso, el Emir de los Creyentes, cuya vida Dios prolongue, es sobrado magnánimo y sabedor de los decretos de Dios y observador de sus mandamientos, para que lo lleve a mal, como suponéis; antes recibirá por ello complacencia". La reunión celebró sus palabras y le aplaudió, quedando sus hijos confundidos y avergonzados. Después se levantó, y dijo a Uqba: "Tus mandatos serán cumplidos; ya ves el extenso territorio que el Emir de los Creyentes me ha confiado: dime lo que quieres y te complaceré. Te daré, si así te parece, el gobierno de Ifriqiya, y mandaré a España al gobernador actual de aquella región, si así lo quieres; si lo prefieres, te nombraré gobernador de España". Uqba eligió a España, diciendo: "Me agrada la guerra santa, y aquél es su palenque".

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 36).

SARA, LA GODA

Por su sincera fe musulmana, un historiador cordobés que descendía del penúltimo rey godo, Vitiza, no tuvo reparo en confesar la traición de los hijos del mismo, en favor de los islamitas invasores. Lejos de abochornarle, se sentía orgulloso de ella. Y lo estaba también de las andanzas de su abuela Sara. Había reencarnado en ella todo el ímpetu y la decisión de los guerreros godos de su estirpe, y gracias a su audacia logró rescatar sus grandes señoríos. Era heredera de una parte de los dominios de la corona visigótica, que, como prenda de su traidora conducta, habían recibido su padre y sus tíos en lugar de la corona misma que Muza y Tariq les habían prometido antes de desembarcar en la Península. Para que su gran riqueza no llegara a constituir una fuerza política hostil a los muslimes, primero el califa de Damasco, Hixam, y después Abd al-Rahman, el primer emir Omeya de Córdoba, la casaron con nobles musulmanes de su confianza. Con sus dos matrimonios comenzó la innumerable serie de enlaces mixtos que engendraron el pueblo hispano-árabe. De los de la nieta de Vitiza nacieron algunas de las más poderosas familias de la aristocracia de Al-Ándalus. La mayoría de sus descendientes se sentían dos siglos después transidos de orgullo por su estirpe oriental y procedían, sin embargo, de una hispano-goda, y le debían su fortuna y su poder. No fue distinto el caso de los más altaneros magnates de la España islamita. Árabes o sirios por su estirpe masculina, eran españoles por sus madres y por sus abuelas, como los nietos de Sara la Goda. Sí, quede dicho de una vez para siempre: los musulmanes de España o eran españoles por los cuatro costados, nietos de conversos a la religión de los conquistadores o primaba en sus venas la vieja sangre hispana, por ser fruto de repetidos mestizajes.

Al presentarse a Tariq (los hijos de Vitiza) le preguntaron: "¿Eres tú el jefe supremo, o hay otro de quien dependes?" Tariq contestó: "Yo dependo de otro que a su vez tiene superior". Luego concedióles permiso para pasar a África a tratar con Musa ben Nusayr y arreglar aseguradamente el asunto, dándoles, a petición suya, una carta en que se le informaba del negocio pendiente y de aquello que Tariq se había comprometido dar.

Fuéronse, pues, llevando la carta de Tariq en que se consignaba la sumisión aceptada de una parte y las condiciones aceptadas por la otra, en busca de Muza, al cual hallaron en las proximidades de los países de los berberiscos, a tiempo en que se dirigía a España. Musa ben Nusary (a su vez) los mandó al califa Al-Walid ben Abd al-Malik, el cual les ratificó el convenio con Tariq, mandando redactar un documento para cada uno de ellos, en el cual se ordenaba: "Que a nadie hubieran de hacer acatamiento ni al entrar ni al salir de su presencia".

De vuelta a España continuaron así las cosas hasta que murió Alamundo, dejando una hija que se llamó Sara la Goda y dos hijos menores, uno de los cuales fue metropolitano de Sevilla y el otro Oppas, el que murió en

Galicia. Artobás ensanchó sus posesiones arrebatando las de sus sobrinos, allá por los principios del califato de Hixam ben Abd al-Malik [724-743]. Sara la Goda se hizo construir un barco en Sevilla, que era la ciudad donde había fijado su residencia su padre Alamundo, pues (se ha de saber que) las mil aldeas que le correspondían las tenía en la parte occidental de España, (así como a) Artobás le tocaron en la parte media, entre Oriente y Occidente de la Península, y vivía constantemente en Córdoba. Entre sus descendientes figura Abu Said el Conde. Del mismo Artobás se refieren hechos suyos, que le acaecieron con Abd al-Rahman ben Muawiya y con los siríacos que vinieron a España en compañía de los Omeyas y de los árabes, los cuales demuestran su buen juicio. Ya los referiremos, si Alá quiere, en su lugar correspondiente, conforme nos los han comunicado los sabios. A Rómulo le correspondieron mil aldeas en el Oriente de España, habiendo elegido, por lugar de residencia, Toledo. Entre sus descendientes figura Hafs ben Alvaro, juez de los cristianos.

Después (de haber construido el barco, según íbamos diciendo), Sara la Goda navegó con sus hermanos el rumbo de Siria, hasta desembarcar en Ascalón, y continuó viajando hasta que vino a parar a la puerta (del palacio) de Hixam ben Abd al-Malik. (Una vez allí) hizo que éste supiera su llegada y se le informara del compromiso adquirido por Al-Walid en favor del padre de ella, con las quejas que le presentaba contra la injusticia cometida por su tío Artobás. El califa la recibió a su presencia y (en aquella ocasión) vio ella a Abd al-Rahman ben Muawiya, que era un joven que estaba delante del califa. Esto se lo solía recordar Abd al-Rahman I en España, cuando Sara iba a Córdoba y le dejaban entrar en palacio a visitar la familia de ese monarca. Hixam, por favorecer a Sara, escribió a Hanzala ben Safwan al-Kalbi, gobernador de África [742-747], mandando que cumpliese la disposición de Al-Walid ben Abd al-Malik y se transmitiera (al efecto) la orden al gobernador (de España) Al-Husam ben Dirar, llamado ordinariamente Abu-l-Jattar al-Kalbi [742-744], que fue quien cumplió la disposición.

El califa Hixam (además) la casó con Isa ben Muzahim, el cual fue a España con ella y recobró la posesión de sus aldeas. Este Isa fue el abuelo de los Banu Al-Qutiya. De este matrimonio hubo dos hijos, Ibrahim e Ishaq.

El mismo año que vino a España Abd al-Rahman ben Muawiya [755] ella enviudó y a porfía la pretendieron Haya ben Mulamis al-Madhichi y Umair ben Said; pero Thaalaba ben Ubaid al-Chudami intercedió por Umair ben Said, cerca de Abd al-Rahman ben Muawiya y éste se la dio en matrimonio. De esta unión nació Habib ben Umair, abuelo de los Banu Sid, Banu Hachchach, Banu Muslima y Banu Alchorz, linajes ilustres, cuya nobleza no pudieron alcanzar otros hijos que a Umair, al propio tiempo, de otras mujeres le nacieron en Sevilla. Esta noticia, o la mayor parte de ella, se incluye por Abd al-Malik ben Habib en su libro que trata de la conquista de España y en la archuza de Tamman ben Alqama.

Del *Iftitah al-Ándalus* de Ben Al-Qutiya (Trad. Ribera, 2).

COMIENZAN LAS GUERRAS CIVILES ENTRE LOS CONQUISTADORES: BEREBERES, BALADÍES Y SIRIOS

España no había sido conquistada por un pueblo, sino por un mosaico de pueblos —árabes, sirios, bereberes...— unidos sólo por el débil vínculo de una fe religiosa tibia y reciente, por los flojos lazos políticos de un imperio monstruoso y novísimo y por su común ímpetu predatorio y conquistador. Tariq había vencido a los godos con un ejército de bereberes. Con "Muza" vinieron mayor número de orientales. Los primeros ocuparon las regiones del centro y del N. O. de España; los segundos, el mediodía y el levante. Los berberiscos —genus hominum mobile, *dijo de ellos Salustio*— *eran tan fáciles a la conversión como a la apostasía y se caracterizaban por una violenta exaltación religiosa, pareja de su salvaje amor a la independencia. Varias veces habían vencido a los conquistadores islamitas de su tierra. Su levadura democrática, su xenofobia y su fe fervorosa, favorecieron el triunfo en ellos del* jarichismo —*a la par secta religiosa y credo político*— *y la cuádruple mezcla explosiva les lanzó a la revuelta, en África, en 739. Su victoria acarreó el levantamiento de los bereberes de España y éste fue el comienzo del choque inevitable entre los diversos invasores de España. La contienda fue áspera y brutal. Sólo logró ponerle término la llegada del valí Abu-l-Jattar. Para pacificar Al-Ándalus alejó de Córdoba y asentó en el país a doce mil guerreros sirios, que habían entrado en la Península con ocasión de la discordia. Les dio en beneficio* —iqta— *los tributos que pagaban los cristianos que habían capitulado y los asentó en diversas regiones, organizados en divisiones militares* (chund), *siempre prontas a acudir a la guerra al primer llamamiento. Los sirios de Emesa fueron establecidos en los distritos de Sevilla y Niebla; los de Palestina, en los cantones de Sidonia y Algeciras; los del Jordán, en el de Reyya (Málaga); los de Damasco, en el de Elvira (Granada); los de Qinnasrina en el de Jaén, y los de Egipto, en las provincias de Ocsonoba, Beja y Todmir (Murcia).*

Aconteció, en tanto, que los berberiscos españoles, al saber el triunfo que los de África habían alcanzado contra los árabes y demás súbditos del califa, se sublevaron en las comarcas de España, y mataron o ahuyentaron a los árabes de Galicia, Astorga y demás ciudades situadas allende las gargantas de la sierra (de Guadarrama), sin que Ben Qatan tuviese la menor sospecha de lo que sucedía hasta que se le presentaron los fugitivos. Todos los árabes de los extremos del Norte de la Península fueron impelidos hacia al centro, a excepción de los que habitaban en Zaragoza y sus distritos, porque eran allí más numerosos que los berberiscos, y no podían éstos acometerles. Derrotaron a los cuerpos del ejército que Abd al-Malik mandó contra ellos, y mataron a los árabes en varias comarcas, visto lo cual, temien-

do que le sucediese lo que había acontecido a los de Tánger, y con noticia de los aprestos que hacían contra él, no halló el valí medio mejor que solicitar la ayuda de los siríacos. Envióles barcos en que se trasladasen a España por pelotones, les remitió víveres y mantenimientos, y púsoles por condición que le entregasen diez personajes de los más importantes de cada división, para tenerlos como rehenes en una isla, y que, terminada la guerra, los transportaría de nuevo a Ifriqiya. Convinieron en ello y aceptaron el pacto, exigiendo a su vez que se les trasladase después a Ifriqiya todos juntos, y no separadamente, y que se les llevase a punto donde no fuesen inquietados por los berberiscos. Venía con los siríacos Abd al-Rahman ben Habib, cuyo padre había muerto en Nasdora.

En el año 123 fue cuando Abd al-Malik los trajo a España, y recibidos los rehenes, los depositó en la isla de Umm Hakim, en el mar. Estaban los siríacos en el último estado de miseria y desnudez, sin más abrigo que sus corazas. Al llegar a Algeciras encontraron pieles adobadas en abundancia, de las cuales se hicieron madraás, y después en Córdoba, Ben Qatan vistió a los caudillos principales, y les repartió dádivas: no siendo esto bastante, los árabes de España, tan opulentos como reyes, los recibieron, vistiendo cada cual a los más principales de su tribu, y haciéndoles tantas larguezas, que quedaron equipados y hartos.

Congregados los berberiscos de Galicia, Astorga, Mérida, Coria y Talavera, eligieron por jefe a Ben..., y con un ejército innumerable pasaron el río Tajo, en busca de Abd al-Malik ben Qatan, el cual mandó contra ellos a sus dos hijos, Qatan y Umayya, con los siríacos compañeros de Balch y los baladíes de España. Cuando supieron los berberiscos que este ejército se hallaba próximo, rasuráronse la cabeza, a imitación de Maysara, a fin de no ocultar la causa que defendían y de no confundirse (con los contrarios) en la batalla. Así se acercaron a la ciudad de Toledo. Qatan y Umayya, con sus tropas respectivas, vinieron a su encuentro, y trabóse una recia pelea en tierras de Toledo, sobre el Guazalate. Los siríacos acometieron con furia y batallaron como quien busca la muerte, hasta que Dios les concedió que los berberiscos volviesen la espalda, e hicieron en ellos tan gran matanza, que casi los exterminaron, sin que escapasen (con vida) más que aquéllos a quienes no pudieron dar alcance. Los siríacos cabalgaron en los caballos y vistieron las armas (de los vencidos), dividiéndose después en varios destacamentos, que fueron matando berberiscos por toda España, hasta extinguir completamente el fuego de la rebelión. Concluido esto, volvieron a Córdoba, y Abd al-Malik les dijo: "Salid. — Prontos estamos, contestaron, si nos llevas a Ifriqiya. — No tengo, dijo, barcos suficientes para transportaros juntos, porque ahora poseéis esclavos, caballos y equipajes; salid para Ifriqiya en pelotones separados. — No saldremos, replicaron, sino todos reunidos. — Marchad a Ceuta. — ¿Así quieres exponernos, exclamaron, a las iras de los berberiscos de Tánger? Más nos valiera que nos arrojaras a los abismos del mar". Y viendo lo que pretendía hacer con ellos, sublevároнse contra Abd al-Malik, le expulsaron del alcázar, aposentaron en él a su jefe

Balch, y le proclamaron. Ben Qatan pasó a habitar su casa, que era la llamada de Abu Ayyub, y sus dos hijos huyeron, el uno a Mérida, y a Zaragoza el otro, donde permanecieron algunos días concertando su plan, siguiéndose una gran perturbación en España.

El gobernador de Algeciras había dejado de asistir a los rehenes, que se encontraban en la isla de Umm Hakim, con los alimentos y agua que necesitaban, pues en la isla no hay agua ninguna, y a consecuencia de esto murió uno de ellos, noble personaje de Siria. Luego que Balch dispuso que fuesen puestos en libertad, quejáronse del mal tratamiento que Ben Qatan les había tenido, y de la muerte de su compañero, que había perecido de sed, y le dijeron: "Concédenos la venganza (matando a Abd al-Malik)". Balch les contestó: "No hagáis tal, porque pertenece a la tribu de Qurayx, y la muerte de vuestro compañero fue sólo por un descuido: esperad, y veremos qué giro toman las cosas". Mas los yemeníes se levantaron como un solo hombre, importunaron a Balch, y le dijeron: "¿Tratas de defender a los mudharíes?" Temiendo entonces éste las violencias de los sublevados, y el promover una discordia, mandó que sacaran a Abd al-Malik. Era ya tan anciano, que parecía (por su canicie) pollo de avestruz, pues tenía 90 años o más. Había estado en la batalla de Harra con los medinenses, y huyó desde allí a Ifriqiya: Íbanle diciendo cuando le conducían: "Tú eres el fugitivo que escapaste en Harra al filo de nuestras espadas, y para vengarte de aquella derrota nos has puesto en el trance de comer perros y cueros, y has hecho traición al ejército del Emir de los Creyentes". Condujéronle a la cabeza del puente, y le mataron y crucificaron a la izquierda del camino, crucificando a su derecha un cerdo, y un perro a su izquierda. Un día permaneció allí su cadáver, hasta que por la noche vinieron sus libertos berberiscos de Almodóvar y le robaron. Tomó aquel paraje el nombre de Maslib (lugar de crucifixión) de Abd al-Malik ben Qatan, y le conservó hasta que Yusuf fue nombrado valí y Umayya ben Abd al-Malik construyó en aquel sitio una mezquita, perdiendo su antigua denominación y llamándose mezquita de Umayya. Fue destruída el día de la sublevación de los cordobeses contra Al-Hakam ben Hixam, quedando el sitio abandonado, y perdiendo sus dos anteriores nombres de la crucifixión y mezquita, excepto para los que conocen este suceso.

Así que llegó a noticia de los hijos de Abd al-Malik lo acaecido, consiguieron reunir un ejército de las lejanas comarcas de Narbona, y de baladíes y berberiscos, pues aunque sus espadas goteaban aún sangre berberisca, consintieron éstos en ayudarles, buscando ocasión de vengarse de los siríacos, para habérselas después con los baladíes, terminado este asunto. Vinieron Qatan y Umayya, en unión con Abd al-Rahman ben Habib, que había sido de los de Balch, y al ver lo que habían hecho con Abd al-Malik se había separado de él y de la causa siríaca, y con Abd al-Rahman ben Alqama Al-Lajmi, gobernador de Narbona. Traían un ejército de cien mil hombres o más contra Balch y sus compañeros, que estaban en Córdoba. Muchos fugitivos de la expedición siríaca, que habían andado errantes por

alquerías y montes y por las comarcas de Ifriqiya, sin medios de volver a Siria, habían venido a reunirse con éste, y constituían un ejército de doce mil hombres, sin contar los muchos esclavos que habían tomado de los baladíes y berberiscos. Salieron, pues, y llegaron a dos barid de Córdoba, al lugar llamado Aqua Portora, donde Balch embistió a los enemigos con sus tropas. No pudieron resistirle ni mantenerse mucho tiempo; pero Abd al-Rahman ben Alqama Al-Lajmi, tenido por el mejor caballero de España, dijo: "Mostradme a Balch, pues, vive Dios, que he de matarle o morir a sus manos". Mostráronselo, con efecto, diciéndole: "Aquél es del caballo blanco". Acometió entonces con la caballería aragonesa, y retrocediendo los siríacos hasta dejar en descubierto a Balch, que tenía en su mano la bandera, dióle dos cuchilladas en la cabeza. Al-Husayn ben Al-Dachn Al-Uqaili cargó contra Abd al-Rahman y le asestó varios golpes, forzándole a que le hiciera frente, por manera que apenas se detenía en algún punto, Al-Husayn le perseguía con la caballería de Qinnasrina, obligándole a desistir de su empeño y a defenderse, y dándole furiosas acometidas, hasta llegar a sus filas y golpearle en medio de ellas. Mas era Ben Alqama caballero de grande esfuerzo, bien prevenido, y cubierto además con tan bien templadas armas, que en ellas no hacía mella alguna la espada de Al-Husayn. Emprendieron al fin precipitada fuga (baladíes y berberiscos) y siguiéronles (los siríacos), matando a unos y cautivando a otros. Volviéronse en seguida, y Balch murió a los pocos días, de las heridas que había recibido de Alqama, según unos, y según otros, porque le llegó su hora. Dios lo sabe.

Eligieron entonces (los siríacos) por valí a Thaalaba ben Salama Al-Amili, contra el cual se juntaron baladíes, árabes y berberiscos en Mérida, reuniendo un ejército tan considerable, que no tenía aquél fuerza bastante para resistirle. Salió, sin embargo, y combatió valerosamente; mas no alcanzó ventaja ninguna, y tuvo que encerrarse en la ciudad de Mérida, y mandar un emisario al lugarteniente que había dejado en Córdoba, para que fuese a él con las tropas que allí quedaban, a fin de combatir a los baladíes. Estando de esta suerte, cercado en Mérida por baladíes y berberiscos, pues éstos eran los más numerosos, llegó la fiesta de Fitr o de Alza, y como observase Thaalaba que (con tal motivo) se descuidaban y diseminaban, hizo una salida al amanecer del día de la fiesta, los derrotó con gran matanza, y redujo a cautiverio sus mujeres e hijos, cosa que ni el mismo Balch se había atrevido a hacer, tomando el camino con diez mil o más prisioneros, hasta acampar en la almazara de Córdoba.

El Gobernador de Ifriqiya había llegado a saber el estado de las cosas de España; la gente más honrada (de este país) había acudido a él y le habían escrito algunos, rogándole que les mandase un valí a quien todos reconociesen y prestasen obediencia, así como al califa, a fin de que tanto baladíes como siríacos se sometiesen a su autoridad, pues (de lo contrario) les amenazaba la muerte y temían la desventura de sus familias.

Thaalaba, en tanto, acampado en la almazara, vendía entre sus soldados

los hijos y mujeres de los baladíes, habiéndosenos referido que enajenaban sus jeques al que menos ofrecía por ellos, y que puso a la venta a Ben Al-Hakam, oriundo de Medina y establecido en España, y a Al-Harith ben Asad, medinense también y de la tribu de Chuhaina, con un pregonero que gritaba: "¿Quién compra a la baja estos dos jeques?", y contestó otro: "Diez dinares doy por uno de ellos". — El pregonero dijo: "¿Quién da menos?", y así continuó, hasta vender uno por un perro y otro por un cabritillo. En esto se hallaba ocupado Thaalaba, cuando llegó Abu-l-Jattar Al-Husam ben Dirar Al-Kalbi, nombrado gobernador por Hantala ben Safwan, a nombre del califa Al-Wali ben Yazid, el cual los encontró aún acampados en la almazara. Era (Abu-l-Jattar) un noble siríaco, natural de Damasco, y todos le atendieron y prestaron obediencia, siríacos y baladíes. Dio libertad a los prisioneros y cautivos, llamándose por esta causa su ejército el de la salvación, y aunándose todas las voluntades. Huyeron Thaalaba ben Salama, Uthman ben Abi Nisa y otros diez personajes siríacos, amnistió a los dos hijos de Abd al-Malik ben Qatan, y acomodando a los siríacos en las diferentes comarcas, aquietóse el estado de los españoles.

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 48).

PROYECCIÓN EN LA ESPAÑA MUSULMANA DE LAS LUCHAS TRIBALES DE LOS ÁRABES

Después de la pacificación de Abu-l-Jattar, se aquietaron las discordias entre los orientales venidos con "Muza", Al-Hurr y Al-Samah, ahora llamados baladíes, *y los berberiscos y los sirios. Pero sirios y orientales se hallaban divididos entre sí por los viejos odios de tribu y por los odios que habían apartado en los comienzos del califato a las diversas facciones. Primero había peleado Ali, yerno del Profeta, con sus rivales Talha y Zubayr y con Aixa, viuda de Mahoma, en la* batalla del Camello. *Luego Muawiya, gobernador de Siria y fundador de la dinastía Omeya, se alzó contra Ali acusándole de la muerte del califa Uthman. Se enfrentaron en la* batalla de Siffin, *interrumpida para llegar al arbitraje que destituyó a Ali; arbitraje que se negaron a reconocer los que por ello se llamaron* jarichíes *(los que salen de la comunidad). Más tarde los habitantes de la cuna del Islam (Medina y Meca) se sublevaron contra el califa de Damasco, Yazid, hijo de Muawiya, proclamaron a Abd Allah ben Zubayr y fueron vencidos en la* batalla de Harra. *Árabes y sirios, y los maulas o conversos al Islam, que se agrupaban tras los patrocinadores de su conversión, se hallaban además separados por una vieja rivalidad entre los pertenecientes a la raza de Kalb, originaria del Yemen (Sur de Arabia) y los descendientes de Qays, entre los que se destacaban los Mudharíes. Los primeros califas Omeyas habían mimado a los kalbíes. Cuando Marwan, de una rama colateral de la familia Omeya, ocupó el califato los qaisíes se negaron a reconocerle, pero los yemeníes salvaron a la dinastía venciendo en la* batalla de March-Rahit.

Ya en las primeras guerras civiles hemos visto resonar a veces, dentro de los mismos sirios, el eco de esa serie de rivalidades y de odios. Pero apenas apagada la discordia entre berberiscos, baladíes y sirios, hicieron explosión las viejas sañas entre los dos últimos. Y en la ruda pelea triunfaron los qaisíes, según nos refiere, como las anteriores pugnas entre los conquistadores, un autor contemporáneo.

Entre los que vinieron a España con el ejército siríaco, estaba Al-Sumayl ben Hatim ben Xamir ben Dhil Chauxan. Era oriundo de Cufa, y su abuelo Xamir, que mató a Al-Husayn ben Ali, fue muerto después por Al-Mujtar, por lo cual sus hijos salieron de Cufa y se fueron a Mesopotamia. Cuando se reunió la división de Qinnasrina, vino con ella Al-Sumayl, y pasó a España, por causa de... de sus compañeros, llegando a ser, por su superior valor y generosidad, jefe de los qaisíes de España. Pesábale esto a Abu-l-Jattar, y cierto día que estaba con su división, entró Al-Sumayl en su casa, y queriendo humillarle, le mandó abofetear y maltratar. Salió Al-Sumayl, fuése a su casa, y convocando a los principales de su tribu, les expuso el agravio recibido. "Nosotros te seguiremos siempre", le dijeron, y él replicó: "Por Dios que no pienso poneros frente a frente de los de Qudaa y del Yemen, antes bien procuraré halagarlos; invocaremos a los vencedores de March Rahit, formaremos alianza con las tribus de Lajm y de Chudham, y nombraremos a uno de ellos para que en apariencia tenga el mando, mientras nosotros lo tenemos de hecho. Escribieron, en consecuencia, a Thawaba ben Salama, de la tribu de Chudham y oriundo de Palestina, después fueron a conferenciar con él, y al cabo condescendió, así como las tribus de Lajm y de Chudham.

Al saber esto Abu-l-Jattar, salió a combatirlos con mucha gente de los españoles, mas Thawaba encontróle junto al río de Sidonia, y Abu-l-Jattar fue derrotado y hecho prisionero. Pocos de sus compañeros murieron, porque se mandó cesar la persecución, y llevando a Abu-l-Jattar aherrojado, entró Thawaba en la capital de España. Murió éste en 129 [22-sept.-746-1º-sept.-747], al año de su mando, y convinieron los españoles en obedecer a Yusuf ben Abd al-Rahman ben Uqba ben Nafi Al-Fihri, después de vehementes altercados, a pesar de los cuales no vinieron a las manos. Yahya ben Hurayth Al-Chudhami, oriundo del Jordán, se había proclamado jefe; Thawaba ben Amr pretendió que él tenía mejor derecho, y no cesaron de procurar avenencia entre todos ellos, hasta que convinieron en reconocer a Yusuf, a condición de que dejara a Yahya ben Hurayth el mando del distrito de Rayya, que habitaban los del Jordán, con lo cual éste se convino; mas los de Qudaa reuniéronse, y eligieron por su jefe a un tal Abd al-Rahman ben Nuaim Al-Kalbi, el cual allegó doscientos infantes y cuarenta caballos, acometió de noche el alcázar de Córdoba, ahuyentó las guardias, sorprendió la prisión, y sacó a Abu-l-Jattar, huyendo con él aquella misma noche a hospedarse con los qalbíes y las tribus de Emesa, que le ampararon y defendieron. Después de esta evasión no ocurrió nada nuevo hasta que

resolvieron reconocer como valí a Yusuf, quien, seguro en el poder, no tardó en destituir pérfidamente del mando de la qura de Rayya a Ben Hurayth, que escribió a Abu-l-Jattar, a fin de ponerse de acuerdo con él. Contestó éste: "Yo seré el emir"; mas Ben Hurayth dijo: "Antes debo yo serlo, porque tengo tribu más numerosa que la tuya". Los de Qudaa, cuando vieron que la pretensión de Ben Hurayth interesaba a la causa de los yemeníes, correspondieron a su llamamiento y declaráronle su jefe, conviniendo en ello todas las tribus del Yemen que había en España: Himyar, Kinda, Madhhich y Qudaa. Las de Mudhar y la de Rabia, que eran en España poco numerosas, acudieron a ponerse bajo las órdenes de Yusuf. De cada división separáronse tanto baladíes como siríacos, yendo los nobles del Yemen con Ben Hurayth y los de Mudhar con Yusuf y Al-Sumayl. Cada cual se separaba del vecino para ir en busca de su tribu, sin que el uno se opusiera al otro. Ésta fue la primera guerra que hubo en España con tal invocación, pues antes de este conflicto no se había conocido, y fue el gran disturbio que hizo temer la pérdida del Islam en España, si Dios no le hubiera protegido.

Ben Hurayth y Abu-l-Jattar fueron contra Yusuf y Al-Sumayl, y se acercaron hasta acampar a la orilla del río de Córdoba, a la parte meridional de la ciudad, en la alquería de Secunda. Yusuf y Al-Sumayl pasaron con su gente el río, y después de la oración de la mañana trabóse el combate. Acometiéronse con las lanzas desde los caballos, y rotas las astas, y aún firmes cuando ya el sol calentaba, retáronse a corporal combate, y se apearon. Golpeáronse con las espadas, y hechas pedazos, trabábanse de manos y cabellos con tal denuedo, que no se había visto en el Islam otro igual, si se exceptúa el que mostró en la batalla de Siffin. No eran muchos ni unos ni otros; pero sí gente escogida de una y otra parte, y casi iguales en número, excediendo un poco los yemeníes. Ninguno podía rendir a su adversario, y heríanse en el rostro con los arcos y aljabas, y arrojábanse mutuamente puñados de tierra. En esto dijo Al-Sumayl a Yusuf: "¿En qué nos detenemos, cuando a nuestra espalda hay un ejército, del cual nos habíamos olvidado? — ¿Cuál es?, dijo Yusuf — La gente del mercado de Córdoba". Entonces mandó a su cliente Jalid ben Yazid y al jefe de su..., quienes hicieron salir como unos cuatrocientos, armados de palos y bastones, y algunos pocos con espadas o chuzos, y con ellos los carniceros con sus cuchillos, y acometiendo a unas tropas ya rendidas, porque habían peleado toda la mañana y la tarde sin respiro ni tregua, ni aun para hacer la oración del temor ni de la paz, mataron e hicieron prisioneros a muchos de los principales, entre ellos a Abu-l-Jattar y a Ben Hurayth, el cual, al ver cómo los de Córdoba mataban a sus compañeros, se había escondido en la alcoba del molino que hay en el paraje donde se vende la leña. Preso (antes) Abu-l-Jattar, y cuando se disponían a matarle, dijo: "No tengo escape; mas ahí está el hijo de la negra, Ben Hurayth"; y habiéndoles indicado el paraje en que se encontraba, le sacaron y fueron muertos los dos juntamente. Ben Hurayth solía decir: "Si toda la sangre siríaca me la

reuniera en una taza, me la bebería". Cuando le sacaron, díjole Abu-l-Jattar: "Hijo de la negra, ¿ha quedado en tu taza alguna gota que no hayas bebido?" En seguida fueron muertos. Muchos otros quedaron prisioneros, y Al-Sumayl los hizo entrar en una iglesia que había a la parte interior de Córdoba, donde hoy se encuentra la mezquita mayor, y degolló como unos setenta de ellos. Qasim ben Fulano Abu Ata ben Hamid Al-Hurri, al ver esto, se levantó y le dijo: "Envaina ya la espada y cesa en tal matanza". Mas él contestó: "Siéntate, que ésta es gloria para ti y para tu tribu"; y continuó esgrimiendo el acero. Por segunda vez se levantó Abu Ata y le dijo: "Beduino, esta matanza ¿es por la enemistad de Siffin? Cesa, vive Dios, o declaro que su causa es la causa siríaca". Entonces envainó la espada y perdonó a los demás, por intercesión de Abu Ata, después de una gran carnicería. Cuéntase, aunque Dios sólo lo sabe, que esta batalla se encuentra predicha en cierto libro de pronósticos, y que se dice en él que rompería los lazos del parentesco. Aconteció antes del año 131 [31-VIII-748 — 19-VIII-749].

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 62).

EMIGRACIÓN DEL PRIMER OMEYA DE ESPAÑA

La España musulmana había sido durante medio siglo el lejano jirón del gran imperio muslim, que en algún tiempo se extendió desde la India hasta Provenza. Un giro decisivo de la veleta de su destino iba a apartarla de esa comunidad política para dejarla sólo dentro de la comunidad religiosa y cultural islámica. El viento que produjo el cambio se engendró en las orillas del Éufrates. La dinastía Omeya fue vencida por la Abbasí. Los miembros de la primera fueron pasados a cuchillo. Escapó de la matanza un joven príncipe que mostró ya, al lograr huir de la muerte, astucia, rapidez de decisión, firmeza y valor. Sufrió la dura ley del exilio, pero la vara mágica de la casualidad que, con la acción de las individualidades de excepción, al actuar sobre las constantes históricas, va tejiendo el tapiz de la historia, le trajo a Andalucía, le concedió el señorío sobre España y le permitió fundar en ella una dinastía que iba a influir decisivamente en la vida de la Península. He aquí cómo nos cuenta su emigración, en parte según relato del mismo príncipe, un historiador de los días de su hijo.

MATANZA GENERAL DE LOS OMEYAS

Cuando a Marwan ben Muhammad, Dios se apiadó de él, sucedió lo que es sabido, y derrocado el poder de los Banu Umayya en Oriente, se apoderaron los Banu-l-Abbas del mando, siendo muerto en el año 32 [20 ag. 749 — 9 ag. 750], Marwan, cuya cabeza fué remitida a Al-Saffah, y después a Abu-l-Abbas, que estaba acampado en Bagdad, persiguió Al-Saffah a los Banu Umayya en dondequiera que se encontraban, matán-

dolos y sometiéndolos a ignominiosas penas. Habiendo aprehendido a Aban ben Muawiya, cortóle una mano y un pie, y fue paseado por las comarcas de Siria, con un pregonero que iba junto a él gritando: "Éste es Aban ben Muawiya, el mejor caballero de los Banu Umayya", hasta que murió. Mataron a las mujeres y los niños, y degollaron a Abda, hija de Hixam ben Abd al-Malik, porque habiéndole preguntado por los tesoros y joyas, no quiso contestarles palabra. Los principales personajes de la familia Banu Umayya, que tenían renombre y poder, huyeron y se ocultaron entre las tribus árabes o entre el oscuro vulgo, por manera que no pudieron ser hallados. De éstos fueron Abd al-Wahid ben Sulayman, Al-Gamr ben Yazid y algunos otros. Viendo (los Abbasíes) que de esta suerte no iban a conseguir su propósito, se aseguraron de Sulayman ben Hixam, temiendo que se apercibiese de su perfidia y se fugase, y publicaron que estaban arrepentidos de lo hecho, que concedían amnistía a los que quedaban, y que cesaban las muertes. Escribiéronles que al Emir de los Creyentes pesábale lo acaecido con los Banu Umayya, que quería dejarlos con vida, y que había mandado (a los gobernadores) que les otorgasen cartas de seguridad, y que nadie los molestase ni se les opusiese, divulgándose esto por toda la Siria y en el ejército que estaba acampado en Cascar. Luego que cundió la noticia, enviaron legados, y amnistiáronse setenta y tantos individuos, todos de la estirpe Banu Umayya, con la sola excepción de un pariente por afinidad, que era de la tribu de Qalb, y un liberto suyo. Entre ellos estaban Abd al-Wahid, Al-Gamr, Al-Asbagh ben Muhammad ben Said y otros muchos cuyos nombres ignoro. Apenas se presentaba uno, le agasajaban y hospedaban, dándole las mayores seguridades, y persuadiéndole a que no hallaría la menor contrariedad para llegar al Emir de los Creyentes, el cual estaba en ánimo de perdonarlos y no atentar contra su vida.

Un jeque, a quien doy crédito, me ha referido que se expidieron cartas de seguridad para que volviesen todos los fugitivos; mas Yahya ben Muawiya ben Hixam, que moraba en un paraje a siete millas del cual acampaba con sus tropas Salih ben Ali, no se movió como los demás (Banu Umayya) que allí había, antes bien dijo: "Cuando veamos lo que les pasa, podremos presentarnos al ejército". Estaba, en efecto, cerca de él. Esperaron, pues, a ver lo que sucedía, y en esta expectativa estuvieron algún tiempo, hasta que vinieron de Medina, del Irak y de Egipto los Banu Umayya que habían huido. Entonces Yahya ben Muawiya envió un emisario para que se enterase de lo que les acontecía, el cual, viendo cómo los soldados los mataban, volvió apresuradamente. Arrepentido (Yahya), no tuvo tiempo de huir, y llegando la caballería a aquella aldea cercana, fue sorprendido y muerto. Con él residía en la alquería el emir Abd al-Rahman ben Muawiya; mas se hallaba aquel día de caza, y con noticia que tuvo a medianoche de lo ocurrido, huyó, encargando que su hijo Abu Ayyub y sus dos hermanos Umm Al-Asbagh y Amat al-Rahman fuesen después a unirse con él.

Conforme iban llegando los Banu Umayya a Al-Saffah, éste los iba reteniendo, haciéndolos entrar en su tienda, para mandarlos después, según

decía, al Emir de los muslimes. Luego que estuvieron todos reunidos, separó a Abd al-Wahid, hízole sentar cerca de su persona, como para manifestar su reconocimiento por los beneficios que le debían (los Abbasíes), y comenzó a hablarle de este asunto y a mostrársele de muy buen ánimo. En tanto permanecían de pie guardias armados de mazas de hierro, y habiéndoles hecho una señal, dijo: "Derribad sus cabezas". Al momento fueron muertos a golpes de maza. Después dijo a Abd al-Wahid: "No es razón que tú sobrevivas a los tuyos y a tu poder; mas te concedo que mueras a espada"; y dada la orden, fue decapitado. Lo mismo hizo con Al-Gamr ben Yazid, mandando sus cabezas a Abu-l-Abbas, el cual, apenas las recibió, mandó que fuese también decapitado Sulayman ben Hixam. Los demás Banu Umayya, al saber el perdón, habían regresado a sus moradas en las más apartadas regiones, donde fueron muertos, completándose con ellos la gran matanza, que sucedió junto al río Abu Fotros, pues eran setenta y tres. A este acontecimiento alude Hafs ben Al-Numan (en los versos que dicen):

"¿Dónde están los dadivosos, los príncipes, los hijos de los ilustres, los nobles?

"Al que pregunte por ellos (decid) que están donde..... sobre los féretros".

FUGA DE ABD AL-RAHMAN

Perseguidos los Banu Umayya, huyeron por diferentes países, y sabiendo por tradición que al Occidente se hallaba su lugar de reposo, a Ifriqiya se dirigieron la mayor parte, entre ellos Al-Sifyani, el rebelde, los dos hijos de Al-Walid ben Yazid, Al-Asi y Musa, y Habid ben Abd al-Malik ben Amr ben Al-Walid. Antes habían huido a este punto, cuando el califa Marwan fue muerto, Chuzay ben Abd al-Aziz ben Marwan y Abd al-Malik ben Umar ben Marwan; de suerte que en Ifriqiya se reunió gran número de ellos, siendo gobernador de esta región Abd al-Rahman ben Habib ben Abi Ubayda, de la tribu Fihr, el cual no mostró repugnancia alguna en que allí se refugiasen.

Uno de los que se acogieron a este país fue Abd al-Rahman ben Muawiya ben Hixam, cuyas primeras aventuras, que referiré brevemente, fueron de esta manera. Al publicarse la amnistía de los del río Abu Fotros era mancebo de poca edad, pues contaba, cuando estalló la revolución de los Abbasíes, 17 años; y regresando a su morada de Dair Hanna, en el distrito de Quinnasrina, permaneció allí con sus hermanos y algunas otras personas de su familia, que se habían reunido. Ya tenía por aquel tiempo un hijo, llamado Sulayman, y de sobrenombre Abu Ayyub, que había nacido en el año 30, reinando Marwan. Uno que había oído referir a Abd al-Rahman varios pormenores del principio de su fuga, me ha contado que decía lo siguiente: "Cuando se divulgó la nueva de nuestra amnistía, monté a caballo para salir de recreo, y ausente me encontraba cuando ocurrieron los asesinatos: volví a mi casa para procurar los medios de salvarme con mi familia,

y abandonando aquel lugar, me fuí a una alquería situada a orillas del Éufrates, que tenía mucha arboleda y bosque. Mi deseo era pasar a Occidente, por la siguiente anécdota que me había ocurrido. Al fallecer mi padre, en vida de mi abuelo, dejándome de pocos años, me llevaron con mis hermanos a la Rusafa, donde mi abuelo se hallaba. Maslama ben Abd al-Malik aún no había muerto, y estábamos parados en la puerta en nuestras cabalgaduras, cuando Maslama preguntó quiénes éramos; dijéronle que los huérfanos de Muawiya, y con los ojos arrasados en lágrimas nos fue llamando dos a dos, hasta que me llegó la vez. Luego que le fui presentado, me tomó y me besó, y habiendo dicho a nuestro ayo que me bajase de la cabalgadura, me colocó delante de él, y comenzó a besarme y a llorar amargamente, sin llamar a ninguno de mis hermanos más pequeños, preocupado conmigo, y sin querer separarse de mí, que estaba colocado delante de él en la silla de su caballo. Salió en esto mi abuelo (Hixam), y cuando le vio, dijo: ¿Quién es ése, oh Abu Said (Maslama)? —uno de los pequeñuelos de Abu Mugira, que Dios haya perdonado, replicó Maslama; y aproximándose a mi abuelo, le dijo: El suceso se acerca; éste es. —¿Es él? preguntó (mi abuelo). —Sí, por Dios (contestó), pues he observado en su rostro y cuello los signos distintivos. —Entonces llamaron al ayo y me entregaron a él. Tenía yo a la sazón 10 años, poco más o menos, y mi abuelo me distinguía, me enviaba regalos y mandaba por mí todos los meses, porque estábamos en el distrito de Qinnasrina, y entre nuestra morada y la suya mediaba una jornada. De esta manera continuamos hasta que murió. Abu-Said Maslama había muerto dos años antes. Ésta era una de las cosas que habían quedado fijas en mi memoria.

"Estaba yo cierto día sentado en la casa que habitábamos en la alquería mencionada, sin haber tenido aún noticia de que los Abbasíes se aproximasen; me hallaba a la sombra de la casa, acometido de una fuerte irritación a los ojos, y con un paño negro me ocupaba en limpiarme las partículas molestas que se me introducían, en tanto que el niño Sulayman, que entonces contaba cuatro años aproximadamente, jugaba en la puerta. De repente entró y se arrojó en mi falda; yo le separé, por la molestia que me aquejaba, pero volvió a repetir la misma acción, y comenzó a decir lo que suelen los muchachos cuando están asustados. Salí y ví aparecer las banderas (Abbasíes). Al mismo tiempo entró mi hermano Fulano y me dijo: "He visto a los Abbasíes". Yo, que también los había visto, por el incidente referido del niño, tomé algunos dinares que pude encontrar, y partí con mi hermano menor, después de haber enterado a mis dos hermanas Umm Al-Asbagh y Amat al-Rahman de la dirección que pensaba tomar, y de haberles prevenido que me mandasen a mi criado con lo que pudiese necesitar, si lograba salvarme. Las tropas Abbasíes llegaron a cercar la alquería, y luego la casa, mas no encontraron rastro. Seguimos nuestro camino, y luego que mi liberto Badr se unió conmigo, continuó hasta encontrar a orillas del Éufrates un hombre, a quien encargué que me comprase cabalgaduras y algunas otras cosas que necesitaba; pero mientras le aguardaba, un esclavo o liberto

suyo salió en busca del jefe Abbasí y le dirigió hacia nosotros. De repente oímos el ruido de la caballería que se acercaba a la alquería; huimos a pie, a todo correr; pero fuimos descubiertos, y habiéndonos refugiado en unos jardines junto al Éufrates, comenzaron a rodearnos. Entonces procuramos ganarles la delantera, y habiendo logrado llegar antes que ellos al río, nos arrojamos a él. Cuando llegaron a la orilla, comenzaron a gritarnos: "Volved; nada tenéis que temer". Yo, sin embargo, nadaba, y nadaba mi hermano, a quien a poco trecho dejé atrás. Volvíme hacia él, al llegar a la mitad del río, para ayudarle y animarle a que se me uniese; pero ¡ay, Dios! al oír aquellas palabras de paz que le dijeron, había vuelto apresuradamente, por miedo de ahogarse, corriendo así a la muerte. Yo le gritaba: "Ven acá, amado mío"; pero no quiso Dios que me oyera, y continuó: yo también seguí (en dirección opuesta) hasta pasar el río. Algunos enemigos estaban desnudándose para arrojarse a nado en mi seguimiento; después desistieron, cogieron al muchacho y le cortaron la cabeza a mi vista. Tenía 13 años. Dios se haya apiadado de él. Yo en seguida me alejé".

ABD AL-RAHMAN EN ÁFRICA

Aquí termina la relación de Abd al-Rahman. Otros son los que refieren que llegó al distrito de Palestina, cuando ya Umm Al-Asbagh, que era su hermana uterina, había mandado a Badr, criado de Abd al-Rahman, y a Salim Abu Xuchaa, que lo era de ella, con dinero y algunas alhajas, y reunidos con él, no sé en qué punto, caminaron hasta llegar a Ifriqiya, donde ya habían acudido muchos de su familia. Era por aquel tiempo gobernador de esta provincia Abd al-Rahman ben Habib, con el cual estaba un judío que había sido amigo de Maslama ben Abd al-Aziz, y solía decir que había de hacerse dueño de España un individuo de regia estirpe, llamado Abd al-Rahman, el cual tendría dos rizos de pelo sobre la frente. Ben Habib, deseando que en él se cumpliese la profecía, se había dejado crecer los dos rizos; mas el judío le dijo: "Tú no eres de estirpe de reyes". —"Es cierto, vive Dios", contestó. Cuando se le presentó Abd al-Rahman (ben Muawiya), observó que tenía los dos rizos, y llamando al judío le dijo: "Éste es; pero yo le mataré". El judío le replicó: "Si le matas, ciertamente que no será él el predestinado; y si le dejas, puede que sea".

(Ben Habib) levantó a poco un falso testimonio de los dos hijos de Al-Walid ben Yazid, y los mató, haciéndose dueño de sus riquezas, así como a Ismail ben... ben Abd al-Aziz, de cuya hermana se apoderó, casándose con ella. También quiso sorprender a Abd al-Rahman ben Muawiya; pero vinieron algunos a avisarle, y se decidió a abandonar aquel país, saliendo con todos los de su familia que habían quedado, y que se esparcieron por las comarcas berberiscas. Abd al-Rahman marchó a un lugar llamado Baray, donde estuvo con una tribu dicha Micnesa, con la cual pasó apuros que son largos de contar. Después se separó de ella y se fue hacia la costa del mar, hospedándose en Sabra con los de Nafza, que eran sus

tíos, porque su madre pertenecía a esta tribu. Badr estaba con él; pero Salim se había separado en Ifriqiya, porque era hombre de carácter duro y colérico, y estando cierto día en la habitación de Abd al-Rahman, entró a verle uno de sus tíos; llamáronle, y como no despertase, mandó traer agua y se la echó en el rostro, de lo cual enojado, volvióse a Siria con Umm Al-Asbagh. Abd al-Rahman sintió mucho su separación, porque era Abu Xuchaa (Salim) conocedor de España, adonde había venido con Musa ben Nusayr, y había permanecido algún tiempo en ella guerreando.

☆

Abd al-Rahman ben Muawiya, establecido tranquilamente en Sabra con los de Nafza, escribió a sus clientes de España una carta, diciéndoles las persecuciones que había sufrido, invocando sus derechos como patrono y su deseo de unirse con ellos, la conducta de Ben Habib con los individuos de su familia en Ifriqiya, la poca confianza que le inspiraba Yusuf para venir, y finalmente, exponiendo que lo que pretendía era alcanzar una alta dignidad con su apoyo, y que le protegiesen y diesen noticia de la posibilidad que les pareciese haber de conseguir el imperio de España. Con esta carta mandó a su liberto Badr, y cuando la recibieron, reuniéronse para conferenciar, y mandaron por Yusuf ben Bujt, que estaba en la división de Quinnasrina (Jaén), y era uno de los caudillos principales, y convinieron en que no debían dar contestación ninguna a Abd al-Rahman hasta consultar con Al-Sumayl sobre el particular y pedirle su apoyo. Los dos jefes (Umayyas) confiaban en que si no les daba favorable respuesta, tampoco revelaría nada que les perjudicase. Éste fue uno de los motivos que tuvieron para salir en socorro de Al-Sumayl, a más del deseo de favorecerle, así como a los de Qais.

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 55 y 70).

NEGOCIACIONES DE LOS CLIENTES OMEYAS PARA TRAER A ESPAÑA A SU PATRONO ABD AL-RAHMAN

La contienda civil, entre qalbíes-yemeníes y qaisíes-mudharíes, no había terminado con la proclamación, como emir de Al-Ándalus, de Yusuf al-Fihri. Los qaisíes habían triunfado por obra de un hombre, iletrado y alcohólico, pero de una energía desbordante, de un gran talento natural y de una falta absoluta de escrúpulos: Al-Sumayl. El emir, sobre quien ejercía una gran influencia, le apartó de su lado. Alma del partido contrario, los yemeníes le cercaron en Zaragoza. Acudieron a socorrerle las gentes de su facción. Con ellos fueron los "maulas" o clientes omeyas. Al ingresar en el islamismo los no árabes, adquirían una relación de clientela o "maladía" con la persona o familia bajo cuyo padrinazgo —podría decirse— habían abrazado la nueva fe. El vínculo así trabado era perpetuo y unía por siempre a los des-

cendientes del nuevo musulmán con los de su patrono. Conquistada España durante el califato de los Omeyas, bajo su éjida se convirtieron a la nueva fe muchos españoles y a Al-Ándalus vinieron también muchos maulas *orientales de la dinastía, que ocupaban, claro está, posiciones predominantes bajo su autoridad. Eran muchos, pues, a mediados del siglo en la Península los clientes omeyas. A ellos se dirigió desde África el príncipe emigrante Abd al-Rahman. El triunfo de su patrono era el suyo, y por ello negociaron con interés a su favor. Fracasaron cerca de los qaisíes, al ser deshauciados por Al-Sumayl. Pero buscaron, entonces, apoyo en la facción rival, los yemeníes, y con él trajeron a España al que había de llegar a gobernarla.*

AL-SUMAYL SITIADO EN ZARAGOZA POR LOS YEMENÍES

Yusuf había mandado a Al-Sumayl a la frontera alta (Aragón) . . ., y le dio el gobierno de Zaragoza, que pertenecía a los yemeníes, a fin de humillarlos, aprovechándose de la debilidad de la gente. Fue, pues, con doscientos individuos de la tribu de Quraix, y sus criados, familia y clientela, adquiriendo allí gran importancia y provecho; a él acudieron los indigentes, y les dio dinero y esclavos, sin que se acercara amigo ni enemigo a quien no recibiese benévolamente, aumentando de esta manera su prestigio y dignidad, y permaneciendo allí los años calamitosos que siguieron.

Había en Córdoba un caballero de los Banu Adb al-Dar, que se había engrandecido y hecho señor, llamado Amir, descendiente de Abu Adi, hermano de Musab ben Haxim, que llevó la bandera del Profeta en las batallas de Badr y Uhud. A este Amir debe su origen el cementerio que hay al poniente del muro de Córdoba, y lleva su nombre. Había sido jefe de las expediciones militares antes (del valiato) de Yusuf, y se había ennoblecido. Túvole envidia Yusuf, y al saberlo Amir mandó a pedir, según se cuenta (al califa), Abu Chaafar (Al-Mansur) que le enviase su diploma para gobernar en España, afeando la conducta de Yusuf con los yemeníes y la sangre que había derramado. En una huerta que tenía al poniente de Córdoba construyó una fortaleza, que se llamó Canat Amir, y rodeó de muralla una gran extensión de terreno, pensando convertirla en una ciudad. y hacer construcciones bastantes para reunir partidarios y mantener la guerra contra Yusuf, hasta que le llegasen auxilios de los yemeníes. El poder de Yusuf se había ido debilitando, y disminuyendo su séquito de tal suerte, que cuando montaba a caballo ni aun había cincuenta individuos de su servidumbre que le acompañasen. Quiso sorprender a Amir; mas éste tuvo noticia de lo que se intentaba, y encontrándole prevenido, Yusuf, que era cobarde y no se atrevía a combatirle hasta que viniese Al-Sumayl, escribió a éste, poniendo en su conocimiento la novedad. Al-Sumayl le contestó incitándole a que le matase.

Amir tenía noticia de todos los pasos de Yusuf, porque era hombre generoso y de inteligencia, capacidad e instrucción, y un día llegó uno y le

dijo: "Mira por ti, porque Yusuf ha recibido una carta de Al-Sumayl, en que le aconseja que te mate". Entonces salió huyendo para Zaragoza, porque, aunque allí estaba Al-Sumayl, consideraba aquel punto como el más seguro para su persona, por los muchos yemeníes que allí había, confiando poco en la gente de los distritos (de Andalucía), por el estado de abatimiento en que se encontraban y el desaliento que les había infundido la rota de Secunda. Había en Zaragoza un individuo de los Banu Zuhra, tribu de Qilab, que se había engrandecido, y al cual escribió Amir, solicitando su alianza por el parentesco que los descendientes de Qusay tenían con los Banu Zuhra. Contestóle favorablemente, y Amir se puso en camino hasta llegar a uno de los distritos de Zaragoza, donde se reunió con su aliado, y juntos convocaron gente en nombre del diploma de Abu Chaafar (Al-Mansur), acudiendo a su llamamiento muchos yemeníes, berberiscos y otros. Al-Sumayl, sabido esto, envió contra ellos caballería e infantería de los que habían permanecido fieles, y fueron vencidas, reuniéndose multitud de hombres en torno de los dos rebeldes, que vinieron a sitiar en Zaragoza a Al-Sumayl, el cual escribió a Yusuf pidiéndole socorro; mas éste no halló tropas que poderle mandar.

EN SOCORRO DE AL-SUMAYL

Acontecía esto en el año 136, y viendo Al-Sumayl cuánto tardaba Yusuf en socorrerle, y temiendo ser al fin derrotado, se dirigió a su tribu de Qais, de las divisiones de Qinnasrina y Damasco, ponderándoles su derecho (a ser amparado por ellos), pidiéndoles favor, y diciéndoles que con poco auxilio tenía bastante. Levantóse en su apoyo Ubayd-Allah ben Ali, con toda su tribu de Qilab y las de Muharib, Sulaym, Nasr y Hawazin, excepto los Banu Qaab ben Amir, y las de Uqail, Quxary y Harix, rivales de los Banu Qilab, porque la administración de España les había pertenecido antes, por ser Balch de la tribu de Quxayr; mas cuando Al-Sumayl se apoderó del mando pasó la administración a los de Qilab ben Amir. El jefe de los Banu Qaab ben Amir, en la división de Damasco, era Sulayman ben Xihab, y en la de Qinnasrina, Al-Husay ben Al-Dachn Al-Uqaili. Los de Gatafan andaban indecisos, y no tenían jefe desde que había muerto su caudillo Abu Ata. Cuando Ubayd ben Ali se declaró favorable a Al-Sumayl y convocó la división para socorrerle, hiciéronse reacios Ben Xihab y Ben Ad-Dachn; pero los Banu Amir, a saber: las tribus de Qilab, Numair, Saad, todas las de Hawazin y de Sulaym ben Mansur, acordaron ir a socorrerle, siguiéndoles algunos de Gatafan ben Qaad. Luego que Sulayman y Al-Husayn vieron que la falta de su ayuda no podía perjudicar a Al-Sumayl se aprestaron también y salieron con la gente de su tribu que quiso acompañarles, así como todos los de la tribu de Qais que había en las dos divisiones, que eran en España vecinas. Salieron, pues, por acuerdo general; mas no se les unieron sino trescientos sesenta y tantos caballeros, y aunque vieron que eran muy pocos, dijeron: "Gente como nosotros no ha de aban-

donar la empresa, aunque perezcamos". Con ellos iban también los Banu Umayya, que eran entonces muchos en la división de Damasco, y se les agregaron en número de treinta caballeros, entre ellos caudillos principales, como Abu Uthman Ubayd-Allah ben Uthman, y Abd-Allah ben Jalid, designados para llevar la bandera de los Banu Umayya, y alternando en este cargo, y Yusuf ben Bujt. Habían asistido a la batalla de Secunda con Yusuf y Al-Sumayl, al frente de la flor de los Banu Umayya, y habían dado en aquella ocasión, como era sabido, grandes pruebas de valor insigne, por lo cual tanto Yusuf como Al-Sumayl los tenían en mucha estimación, así como los de Qais y todos los de Mudhar. Salieron, pues, los más valerosos Umayyas, en unión con la tribu de Qais.

Partieron en número de trescientos sesenta y tantos caballeros, con los cuales iban Al-Husayn ben Al-Dachn y Ben Xihab, a quien nombraron caudillo, deferencia que con él tuvo Ubayd ben Ali, que era, después de Al-Sumayl, el jefe de los Banu Qilab. Siguieron su marcha hasta llegar al Guadiana, donde encontraron a las divisiones de Bakr ben Wayil y de Banu Ali, a quienes pidieron auxilio, y uniéndoseles cuatrocientos o más de ellos, siguieron hasta Toledo. Aquí tuvieron noticia de que el cerco estaba apuradísimo para Al-Sumayl, y temiendo que éste, desesperado de obtener socorro, se entregase y pereciese, mandaron delante un mensajero, al cual dijeron: "Introdúcete entre la caballería de Amir y de Al-Zuhri, que se encuentra situada frente al muro, y arroja dentro esta piedra"; y diéronle una, en que estaban escritos los dos versos siguientes:

"Regocíjate, oh muro, con la nueva de la salvación. Ya está próximo el socorro; el asedio toca a su término".

"A ti van las hijas de Awach embridadas; cabalgan sobre ellas los ilustres, los de Nizar".

El mensajero marchó y ejecutó lo que le habían encomendado, y cuando la piedra cayó en la ciudad, en la cual o en parte de ella mandaba Al-Sumayl, dijo éste que se la leyeran, porque él no sabía, y enterado de su contenido, exclamó: "¡Albricias, soldados míos, por el señor de la Qaabal!" Reanimóse con esto y se mantuvo firme en el castillo.

Las tropas que se dirigían en su auxilio, entre las cuales se hallaban los Umayyas Abu Uthman, Abd-Allah ben Jalid y Ben Bujt, con otros, caminaron llevando con ellos a Badr, el enviado de Abd al-Rahman ben Muawiya, quien les había mandado papel, y les había remitido su sello para que con él escribiesen a todos aquellos de quienes esperasen favor, y en su virtud escribieron a Al-Sumayl, recordándole los beneficios que debía a los Banu Umayya.

Siguieron su marcha hasta llegar a Zaragoza, y habiéndose retirado Amir y Al-Zuhri apenas supieron que el socorro se aproximaba, salió Al-Sumayl a su encuentro saludándoles, y les hizo cuantiosos regalos. Dio a cada noble cincuenta dinares, doscientos a cada jefe, y a cada soldado diez, y una pieza de tela de seda. En seguida tomaron todos el camino y regresaron con él, sus riquezas y séquito, alejándose de Aragón. Durante el camino

quedáronse solos con él los tres Umayyas, y habiéndole entregado Ubayd-Allah la carta, le dijo: "Dame tus órdenes, manifiesta el primero tu asentimiento o desagrado, pues lo que sea de tu gusto será del nuestro, y lo que desapruebes desaprobaremos". Al-Sumayl les contestó: "Dejad que lo medite y mire en ello"; y tomaron la vuelta de Toledo, después de haberle presentado a Badr, mensajero de (Abd al-Rahman) ben Muawiya, al cual dio diez dinares y una pieza de tela de seda. Llegó Al-Sumayl a Córdoba, y los Umayyas fuéronse a sus casas, llevando a Badr con ellos.

LOS CLIENTES OMEYAS FRACASAN CERCA DE AL-SUMAYL

Luego en el año 37 [primavera 755] llegó la primavera y crecieron los sembrados, dióse prisa Yusuf a salir contra Aragón, y poniéndose en camino con su gente, avisó a Abu Uthman y a Abd-Allah ben Jalid, quienes se le presentaron. Recibiólos a entrambos y les dijo: "Haced que nuestros clientes se dispongan a salir". Ellos le contestaron: "No hay en la tribu quien pueda aprestarse a la guerra, ni tienen fuerzas para ello, porque toda la gente de armas salió en auxilio de Abu Chawxan (Al-Sumayl), y con los rigores del invierno y los trabajos del camino, a más de la falta de mantenimientos, se encuentran muy desorganizados". Entonces les dio mil dinares y les dijo: "Socorredles con dinero. —Hay quinientos hombres alistados, contestaron ellos; ¿cómo ha de bastarles esa cantidad?" Yusuf replicó: "Haced lo que gustéis". Al salir conferenciaron y dijeron: "¿Por qué no hemos de tomar ese dinero, que nos servirá para robustecer nuestra causa y conseguir nuestro propósito?" Marcháronse, en efecto (con el dinero), y Yusuf, sin detenerse, siguió hasta Jaén. Entonces volvieron a presentársele Abu Uthman y Abd-Allah, los cuales habían ya dado a cada uno de los Umayyas diez dracmas, o cosa tal, a fin de que se habilitasen y estuviesen prontos, no ya para aquella expedición, sino para sus proyectos particulares. Acampaba Yusuf junto al vado de la Victoria, esperando que se fuese completando el ejército, y según iban llegando los tercios y demás tropa les iba distribuyendo la paga. Cuando Abu Uthman vio que no pensaba detenerse, ni permanecer allí mucho tiempo, se le presentó, y Yusuf le dijo: "¿Dónde están nuestros clientes, Ubayd Allah? —Dios conserve al Emir, contestó; tus clientes no son como otros, no permanecerán mucho tiempo lejos de ti; pero me rogaron que les esperase hasta que el Emir hubiese llegado a Toledo, donde se le reunirán, pues esperan hacer la recolección de la cebada". El año 37 [abril-mayo 735] prometía buena cosecha, y Yusuf, que había salido al finalizar el mismo, en el mes de Dzu-l-qada, le creyó, y no sospechando nada le dijo: "Vuelve allá y cuida de darles prisa". Esto era lo que (Abu Uthman) deseaba. Llegó la hora de la marcha de Yusuf, y Abu Uthman le acompañó algún trecho para despedirse de él; después volvió para despedirse también de Al-Sumayl, que no se había puesto en camino porque estaba ebrio, como de ordinario le acontecía, pues apenas pasaba noche alguna sin estar embriagado. Abu Uthman le encontró durmiendo, y esperó

a que se pusiese en marcha. El resto del ejército había ya partido, y quedaba él solo con su séquito. Apenas comenzó a caminar, saliéronle al encuentro Abu Uthman y Abd Allah, y Al-Sumayl les dijo: "¿Qué traéis de nuevo y por qué os volvéis?" Entonces le hicieron saber el permiso que Yusuf les había dado para que viniesen a buscarle con los Umayyas a Toledo, lo cual pareció bien a Al-Sumayl. Caminaron con él algún tiempo, y después le pidieron una conferencia a solas. Al-Sumayl mandó a sus soldados que se apartasen, y entonces le dijeron: "Lo que queremos es consultar contigo el asunto de Ben Muawiya, cuyo mensajero aún no ha partido. — No he dado al olvido ese negocio, les contestó; he meditado sobre ello y pedido a Dios que me ilumine, sin haber revelado el asunto ni consultado a pariente ni extraño, cumpliendo con la promesa que os hice de guardar secreto, y soy de opinión que merece (Abd al-Rahman) mi apoyo, y es digno de mando. Escribídselo, pues ....., con la bendición de Dios. Por lo que hace al calvo (Yusuf), a mí me toca persuadirle a que me deje la dirección de este asunto, y haré que dé en matrimonio a Abd al-Rahman su hija Umm Musa —la cual estaba viuda de Qatan ben Abd al-Malik,— y que se resigne a ser como uno de nosotros. Si consiente en ello, aceptaremos su cooperación y reconoceremos su protección y alto favor; si rehusa, fácil nos será hendirle la calva con nuestras espadas". Besáronle la mano (Abu Uthman y Abd Allah) y le dieron las gracias.

Abu Uthman Ubayd Allah ben Uthman refirió lo siguiente: Caminamos cerca de una milla, e íbamos muy contentos, creyendo nuestro asunto cosa hecha, cuando oímos a uno que gritaba a nuestra espalda: "¡Abu Uthman!" Volvimos el rostro y vimos a un criado de Al-Sumayl, que venía en un caballo, y nos dijo: "Abu Chawxan (Al-Sumayl) dice que le esperéis hasta que venga". Nos pareció cosa grave que viniese personalmente en busca nuestra, siendo más bien nosotros los que debíamos ir a su encuentro, y, a la verdad, no teníamos confianza en él: al cabo nos encomendamos a Dios, y ya volvíamos cuando le vimos venir que volaba en su mula llamada Lucero. Al verle solo nos tranquilizamos, considerando que si hubiera tenido ánimo de tratarnos malamente hubiera venido con tropas. Luego que se acercó nos dijo: "Desde que me presentasteis al enviado de Ben Muawiya (Abd al-Rahman) y su carta, he estado cavilando sin cesar en ello, y me pareció bien lo que me propusisteis; después os he dicho lo que sabéis; pero desde que me he separado de vosotros he vuelto a pensar en el asunto, y me parece que (Abd al-Rahman) pertenece a una familia tal, que si un individuo de ella llega a poner el pie en la Península, dará cuenta de todos nosotros. Éste (Yusuf) está por nosotros supeditado, y además tenemos obligaciones para con él. Así, pues, cuando lleguéis a vuestras casas, pensad en ello, pues yo no he querido retardar un momento este aviso, por no engañaros; pero os prevengo que la primera espada que se desenvaine en contra de Abd al-Rahman será la mía. Dios os bendiga y os inspire, así como a vuestro protegido". Yo le dije: "Bendígate Dios; nosotros no tenemos más opinión que la tuya. —Nada hagáis, replicó, pues en verdad lo que debéis

procurar es su bienestar, y si él se contenta con una posición que no era la del sultán, yo prometo procurarle el favor de Yusuf, hacer que le dé su hija en matrimonio y que le proteja. Id en buena hora". En seguida se marchó.

LOS CLIENTES OMEYAS Y LOS YEMENÍES TRAEN A ESPAÑA A ABD AL-RAHMAN

Perdimos con esto de todo punto la esperanza de obtener el apoyo de las tribus de Mudhar y Rabia, y resolvimos apelar a los yemeníes y atraerlos a nuestra causa. Así lo ejecutamos sin perder momento. No vimos yemení de alguna importancia, y en quien tuviésemos confianza, al cual no manifestásemos la pretensión de Ben Muawiya, y no invitásemos a que la secundase. Muchos encontramos entre ellos, cuyos pechos se hallaban inflamados con el deseo de encontrar ocasión de vengarse, y que ansiaban la alianza de los Banu Umayya. En seguida volvimos a nuestro distrito, disgustados con los de Mudhar. Compramos un barco, y con él enviamos once hombres de los nuestros, de cuyos nombres no me acuerdo, pero entre los cuales iban un criado de Hixam, llamado Xaqir, y Tammam ben Alqama Al-Thaqifi, a quien dimos quinientos dinares, para entregar a los berberiscos el rescate y para los gastos que ocurriesen a Abd al-Rahman. Hallábase éste en Moguila, bajo el mando de Ben Qurra Al-Mugili, esperando a su liberto Badr. Diéronse a la vela, y una tarde que Ben Muawiya se hallaba cumpliendo con el deber de la oración de la tarde, apercibió el barco que se aproximaba y echó el ancla. Badr fue en su busca a nado, le dió albricias por lo que se había conseguido en su pro en España, refiriéndole cómo Abu Uthman, Abd Allah ben Jalid y otros españoles habían abrazado su causa y se habían declarado por él; le notició la llegada del barco, diciéndole los nombres de los que en él venían y por último, le enteró del dinero que traían para sus gastos. Desembarcó en seguida Tammam ben Alqama, y Abd al-Rahman le preguntó: "¿Cómo te llamas? —Tammam, contestó. —¿Y de sobrenombre? —Abu Galib. —Cumplido será nuestro propósito y venceremos a nuestros enemigos" (dijo Abd al-Rahman). Nombróle su ministro, y desde entonces continuó en este cargo hasta su muerte. Cuando quiso embarcarse vinieron los berberiscos y se opusieron; pero Tammam, del dinero que llevaba, distribuyó regalos a todos, sin excepción, según sus categorías. Ya se encontraban a bordo, cuando un berberisco que nada había percibido se acercó, y se suspendió a la cuerda del toldo. Xaqir echó mano a la espada y cortó la del berberisco, que cayó al mar. En seguida diéronse a la vela, y navegaron hasta llegar a Almuñécar, en el mes de Rabi II del año 138 [sept.-oct. 755]. Abd Allah ben Jalid y Abu Uthman salieron a su encuentro y le llevaron a la alquería de Torrox, donde habitaba Abu-l-Hachchach. Vinieron después Abu-l-Hachchach, Yusuf ben Bujt y todos los Umayyas, Chiddad ben Amr Al-Madachi, de Rayya, que fue después su cadí en el ejército, Asim ben Muslim Al-Thaqifi, Abu Abda

Hassan, a quien nombró visir, el Abdi Abu Badr ben Al-Tufail, y muchos otros que acudieron a porfía.

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 67 y 71).

CÓMO TRIUNFÓ EN ESPAÑA LA DINASTÍA OMEYA

Los yemeníes fueron vencidos en la Frontera Superior —así llamaron los árabes de España al valle del Ebro— donde habían osado enfrentarse con Al-Sumayl. Regresaba éste con Yusuf hacia Córdoba cuando le llegó la nueva del desembarco de Abd al-Rahman I. El hombre de gobierno que era Al-Sumayl propuso someterle antes de que su causa adquiriera volumen en Al-Ándalus. No logró que se realizara su propuesta. Yusuf intentó negociar. Al-Sumayl quería tenerle cerca. Su falta de escrúpulos le hubiera conducido a suprimirle. Los maulas omeyas vacilaban temerosos de un fracaso. Pero otra vez la casualidad, en alianza con los talentos de Abd al-Rahman, decidió del curso de la historia. Un incidente puso fin a los tratos. Después, las dotes de tacto, firmeza, energía y bravura del príncipe emigrante explotaron, hasta el máximo posible, el ansia de revancha de los yemeníes y la ambición leal de sus maulas; y un Omeya entró victorioso en Córdoba como emir de Al-Ándalus. He aquí el novelesco curso de los hechos que nos refiere un guerrero de la época.

DE REGRESO DE UNA CAMPAÑA EN EL VALLE DEL EBRO

Yusuf había seguido su camino hasta Toledo, y decía: "No veo que nuestros clientes vengan a unirse con nosotros". Y habiendo repetido esto muchas veces, Al-Sumayl le dijo: "Sigue la marcha, que una persona tal como tú no debe detenerse por causa de unos hombres tales como ellos, y me temo que vamos a perder la ocasión". Pusiéronse, con efecto, en camino, y llegaron a Zaragoza, cuyos habitantes, temiendo los estragos que el ejército iba a causar, entregaron a Amir, a su hijo y a Al-Zuhri, los cuales fueron aherrojados. Quería matarlos; mas habiendo consultado sobre el particular a los jefes de las tribus de Qais, opinaron unánimemente que no debía hacer tal cosa, sino conducirlos presos. Los que con más energía sostuvieron esta opinión fueron Sulayman ben Xihab y Al-Husayn ben Al-Dachn, y cuando vio que todos convenían en que no se les matase, los prendió. Discurrió luego mandar un destacamento contra los vascones de Pamplona, que habían sacudido el yugo musulmán, como los gallegos, y designando para este objeto una división, dio el mando a Ben Xihab, a quien quería alejar, y nombró jefe de la caballería y vanguardia a Al-Husayn ben Al-Dachn, enviándolos con pocas fuerzas, a fin de que pereciesen desastrosamente. Pusiéronse éstos en marcha, y cuando se alejaron, tomó Yusuf la vuelta con escasas tropas hasta llegar al río Jarama, donde le alcanzó un mensajero con la noticia de la derrota y muerte de Ben

Xihab, y de que la mayor parte de sus soldados había perecido, refugiándose Al-Husayn con los restos en Zaragoza, bajo el amparo de Abu Zayd Abd al-Rahman ben Yusuf, a quien su padre había nombrado gobernador de Aragón. Esta nueva le alegró, y dispuso que Amir, su hijo Wahb y Al-Zuhri le fuesen presentados. Al-Sumayl le había dicho: "Ya nos ha librado Dios de Ben Xihab; haz ahora venir a estos otros, y córtales la cabeza". Era por la mañana, y aquel día y el anterior había permanecido acampado junto al Jarama, muy contento y satisfecho. Mandó, pues, que se les cortase la cabeza, y así se ejecutó. Dispusiéronle a poco la comida; comió con Al-Sumayl, y éste le dijo: "Ben Xihab ha sido muerto; has matado tú a Amir y a Al-Zuhri; España es tuya y de tus hijos hasta el Anticristo. ¿Quién puede disputártela?

LA SORPRESA DE YUSUF

En seguida salió y se fue a dormir la siesta al departamento de sus dos hijas. Yusuf se recostó meditabundo por lo que había hecho, y tendido permaneció y pensativo, sin levantarse, hasta que los soldados comenzaron a gritar: "Un mensajero, un mensajero de Córdoba". Incorporóse y dijéronle que era su esclavo Fulano que venía montado en la mula de Umm Uthman, su esposa y compañera en el poder. El hambre había desorganizado las postas, y no las había entonces. Se encontró sorprendido con la repentina venida de aquel mensajero, que traía una carta con estas palabras: "Ben Muawiya ha entrado (en España) y reside en casa del traidor Ubayd Allah ben Uthman. Los Banu Umayya están de acuerdo con él, y aunque tu gobernador de Elvira ha salido con alguna gente fiel que pudo aprestar a rechazarle, ha sido puesto en fuga y apaleados sus soldados; pero no ha habido muerte ninguna. Mira lo que has de hacer". Mandó llamar a Al-Sumayl, quien acudió, asustado de que le hiciese venir a hora tan inusitada, pues aunque había sabido la llegada del mensajero, ignoraba lo que traía. Dijo (Al-Sumayl): "Bendiga Dios al Emir; ¿qué acontece de extraordinario a esta hora? ¿No hay novedad? — Sí, por cierto, vive Dios, y grande. Temo que sea la venganza divina por la muerte de ésos. — No tal, dijo Al-Sumayl; eran poco importantes para Dios. Mas ¿qué es ello? — Léele, Jalid (dijo Yusuf), la carta de Umm Uthman. — Grave asunto (repuso Al-Sumayl); opino que le ataquemos sin perder un instante con la gente de que podemos disponer; acaso lograremos matarle o ponerle en fuga, y si huye de España, jamás dominará en ella. — Como quieras", dijo Yusuf. Estaban en esto, cuando la noticia, que no habían procurado ocultar, se divulgó entre los soldados. Mucha gente había muerto con Ben Xilab; otros, fugitivos de aquella rota, estaban en Zaragoza, y decíanse unos a otros: "Vamos a tener dos campañas en lugar de una". Al oscurecer convocáronse por pelotones en el lugar donde se reunían para las ceremonias religiosas, y no quedaron (en el campamento de Yusuf) ni diez hombres de los yemeníes, a excepción de los jefes, que no podían abandonar su puesto, ni hacer

lo que hicieron los soldados de sus tribus: quedó solamente una pequeña parte de los de Qais y algunos pocos de las tribus de Mudhar, que estaban muy cansados de la campaña, por lo cual se presentaron a Yusuf, y le dijeron que aquel asunto les parecía de poca importancia, y que eran de opinión de que regresasen a Córdoba. Al-Sumayl persistía en su primer pensamiento; mas comenzó a llover, se acercaba el invierno, crecieron los ríos y abandonando la empresa contra Ben Muawiya, tomó (Yusuf) el camino de Córdoba. Hubo además quien le dijera: "Ese hombre, Abd al-Rahman, no manifiesta aspiración al supremo mando, sino que busca seguridad y medios de subsistencia. Si le ofreces hacerle tu yerno y te muestras con él liberal, verás cómo sin vacilar acepta. Mándale una embajada".

IMPREVISTA RUPTURA

Cuando llegó Yusuf a Córdoba, mandóle, en efecto, una embajada, en la que iban Ubayd ben Ali, Jalid ben Zaid, su secretario y liberto, e Isa ben Abd al-Rahman al-Umayya, que en aquel tiempo pertenecía al séquito de Yusuf como pagador del ejército. Remitiéronle con ellos un traje, dos caballos, dos mulas, dos esclavos y mil dinares, y le escribió recordándole los favores que sus antepasados habían hecho al abuelo de Yusuf, Uqba ben Nafi, y a su familia, prometiéndole cuantiosos dones y ofreciéndole su hija en matrimonio. Los enviados caminaron hasta llegar a Orx, en las cercanías de la Qura de Rayya, donde Isa ben Abd al-Rahman, el denominado Tariq al-Fars (el que deja el caballo), les dijo: "¿Cómo Yusuf y Al-Sumayl y vosotros pensáis así? Pues, qué, ¿creéis que si vamos con estos presentes, y no acepta vuestra proposición, dejará de tomarlos para robustecer su partido y debilitar el de nuestro señor?" Conocieron los otros que lo habían pensado mal, y le dijeron: "Quédate aquí con esto que traemos, y nosotros llegaremos allá. Si nos otorga su sumisión y acepta nuestras proposiciones, te mandaremos un emisario para que te presentes con los regalos; de otra manera, vuélvete con ellos y entrégalos al Emir, que nadie tiene más derecho que él a lo que es suyo". Quedóse, pues, Isa con los regalos, y Ubayd y Jalid continuaron sus marcha y se presentaron a Ben Muawiya en Torrox, en casa de Abu Uthman. Había allí gran número de umayyas y yemeníes, que acudían a él y alternativamente le acompañaban. Entre ellos los había damasquinos, del Jordán y de Qinnasrina; Ubayd y Jalid pronunciaron cada cual su oración, el uno frente del otro, y le rogaron que aceptase la amistad de Yusuf, prometiéndole que éste lo recibiría por yerno y le acogería con la mayor benevolencia cuando fuese allá. Sentáronse después, y sacando Jalid la carta, la entregó a Ben Muawiya, el cual la pasó a manos de Abu Uthman, diciéndole: "Léela y contesta con arreglo a mi voluntad, que ya sabes". Este acuerdo les había parecido bien, y muchos dijeron que era excelente la proposición, porque Abd al-Rahman sólo había venido buscando los bienes que por herencia le pertenecían; mas al tomar Abu Uthman la carta, Jalid, que era su autor, hombre muy culto,

erudito y de mucho ingenio, pero muy lleno de amor propio y estimulado por la vanidad, que de tiempo antiguo ha perdido a los hombres en este mundo y en el otro, dijo: "Mucho has de sudar, oh Abu Uthman, antes de escribir con tanta elegancia la contestación"; y levantándose Abu Uthman arrojóle la carta al rostro y le replicó: "No he de sudar, infame, poco ni mucho, ni escribiré contestación ninguna. Prendedle". Prendiéronle y le aherrojaron inmediatamente, diciendo a Abd al-Rahman: "Éste es el principio de nuestra victoria, porque el poder de Yusuf estriba todo en este hombre". Ubayd observó que era un embajador y no podía prendérsele; mas contestaron: "El embajador eres tú; éste es un agresor, que ha venido con insultos y provocaciones, un hijo de mala mujer, un renegado". Despidieron a Ubayd y aprisionaron a Jalid. Supieron después lo de los regalos que habían quedado en Orx, y enviaron treinta jinetes para que se apoderasen de ellos; pero la noticia de lo ocurrido había llegado antes, e Isa se había marchado precipitadamente con todo lo que tenía. En tiempos posteriores Abd al-Rahman acusaba de ello a Isa, y le decía: "Tú eres nuestro cliente; bien sabes el estrecho vínculo que te une a mí, como patrono tuyo que soy, y sin embargo, hiciste esto y lo otro". Él se excusaba con la fidelidad que debía guardar a Yusuf. Ben Muawiya era magnánimo con sus clientes, y le perdonó al cabo de esta falta; mas no le distinguió nunca como a otros varios sus iguales.

COMIENZO DE LAS HOSTILIDADES

Ubayd se presentó a Yusuf después de haber pasado con Jalid lo referido, y esta nueva contrarió sobremanera a Yusuf y a Al-Sumayl, el cual comenzó a reconvenir al primero por haber desechado su opinión de ir a combatir a Abd al-Rahman inmediatamente que se supo su venida. Llegó con esto el rigor del invierno, y no permitió a ninguno de los dos ejércitos ponerse en marcha hasta que pasase la crudeza de la estación. Ben Muawiya escribió a todos los distritos y a los berberiscos, acudiendo a su llamamiento todos los yemeníes. Los de Mudhar todos acudieron a Yusuf, que los había mandado venir, congregándose en Secunda, junto a Córdoba, para dirigirse a Elvira, de la cual habían salido todos los de Qays y demás tribus mudharíes, poniéndose a las órdenes de Yusuf, en tanto que yemeníes y umayyas se reunían con Ben Muawiya. Cuando éste supo que Yusuf venía contra él, dijéronle: "No tenemos bastantes tropas con los yemeníes y umayyas que hay en Elvira para contrarrestar el choque de los de Qays que vienen con Yusuf; marchemos hacia los distritos de las divisiones del Yemen, Emesa, Palestina y Jordán, y tomaremos a Yusuf la vuelta". Salió, pues, hasta llegar a los del Jordán, que eran los más cercanos, y allí se le unieron todos los yemeníes y de Qudaa, pero eran pocos los hombres de importancia del Jordán que se aprestaron a seguirle, y parecióles conveniente ir a las demás, por lo cual siguieron su marcha hasta llegar a la comarca de Sidonia, donde moraba la división de Palestina, agregándosele de ésta prontamente los

hombres de más valer y de mayor esfuerzo. Los que había de la tribu de Qinana en esta división habían salido ya con Qinana ben Qinana en auxilio de Yusuf. Ben Muawiya no molestó en cosa alguna a sus hijos, así como tampoco a ninguno de los que se habían quedado atrás, y siguió a Sevilla, donde residía la división de Emesa, uniéndosele la flor de los yemeníes, tanto siríacos como baladíes. Apenas Yusuf tuvo noticia de esto, volvióse para salir a su encuentro, aproximándose de esta suerte el uno al otro con sus respectivos ejércitos. Ben Muawiya no tenía bandera, y como llevaba cada una de las tres divisiones la suya, decíanse unos a otros: "¡Válgame Dios, cuán grande es la anarquía que reina entre nosotros! Tenemos cada cual nuestra bandera, y nuestro jefe carece de ella". Entonces se presentó Abu-Sabbah Yahya ben Fulano Al Yahsubi con un turbante y una lanza, que pertenecían a uno de Hadramant, cuyo nombre no sé, y habiendo llamado a uno de los Ansares, que tampoco sé cómo se llamaba, pero cuyo nombre y genealogía consideraron de buen agüero, juraron su bandera en la alquería de Colomera, distrito de Tocina, qura de Sevilla.

DE ALMODÓVAR A CÓRDOBA

Levantó Yusuf su campo de Almodóvar, y caminó, así como Ben Muawiya, hasta llegar a Tocina, estando el río entre ellos. Era esto a principios de Dzu-l-Hidcha del año 138 [mayo 756]. Deseaban venir a las manos; pero el río se hallaba por medio y llevaba mucha agua, que después aumentó de tal manera, que ninguno de los dos podía vadearle. Entonces se detuvo Abd al-Rahman a su orilla, esperando que decreciese; mas discurrió después adelantarse a Yusuf, para llegar antes que él a Córdoba, donde, según le informaron, la mayor parte de los habitantes eran clientes suyos. Encendió, pues, sus hogueras, y tomó el camino a medianoche, con el fin de coger a Yusuf la delantera. Había hasta Córdoba cuarenta y cinco millas, y aún no había andado una cuando avisaron a Yusuf que su enemigo intentaba adelantársele para llegar a Córdoba, y amanecieron de nuevo como dos caballos de porfía, teniendo el río por medio. Viendo Ben Muawiya que Yusuf conocía su intento, desistió de él y acamparon uno y otro, caminando después de la misma suerte, hasta que Yusuf sentó sus reales en la Almazara, y Ben Muawiya en... La soldadesca y los que ignoraban el estado de las cosas, estaban desanimados y deseosos de llegar a Córdoba, para tener abundantes provisiones y contar con el apoyo de sus habitantes, pues era el mes de mayo, y había tal escasez de víveres, que sólo se alimentaban de garbanzos verdes, en tanto que Yusuf y sus soldados abundaban en todo género de provisiones y comodidades. Los que estaban firmemente resueltos a favorecer a Abd al-Rahman, yemeníes y umayyas de Córdoba, se le agregaron, y habiendo bajado las aguas del río el jueves 10 de Dzu-l-Hidcha, día de Arafa [13 mayo 756], les dijo: "Nada adelantamos aquí, conocidas son las proposiciones que Yusuf me ha hecho, y yo seguiré en todo vuestra opinión. Si tenéis valor y fortaleza, y queréis trabar la lucha decídmelo; si

opináis por la paz, del mismo modo debéis manifestármelo". Todos los yemeníes convinieron, desde luego, en la guerra, y de igual manera opinaron los umayyas. Entonces organizó sus escuadrones, nombrando jefe de la caballería siríaca a Abd al-Rahman ben Nuain al-Qalbi, de la infantería del Yemen a Buluha Al-Lajmi, oriundo de Palestina, y de la infantería umayya y de los berberiscos que se le habían agregado a Asim al-Uryani (el Desnudo), quien recibió este sobrenombre aquel día, porque se quedó en zaragüelles, y así peleó hasta que Dios le concedió la victoria. De la caballería umayya nombró caudillo a Habib ben Abd al-Malik, de Qurayx, descendiente de Umar ben Abd al-Wahid, y le dió el mando general de la caballería, y el de la de los berberiscos que le acompañaban a Ibrahim ben Xachra Al-Audi, entregando la bandera a Abu Uthman. Todos los Banu Umayya se apearon y colocáronse en torno de Abd al-Rahman, que montaba un caballo alazán, e iba armado de un arco. El jueves pasaron el río, sin que Yusuf se les opusiera, antes bien, en la tarde de aquel mismo día envió un mensajero para concertar la paz, llegando a tal punto las negociaciones que casi parecía cosa arreglada, pues los umayyas fingieron grandes deseos de ello. Yusuf les mandó ganados y vacas, que fueron degollados, y la comida de unos y otros se preparó juntamente, porque nadie dudaba que la paz se arreglaría, y quiso Yusuf dar de comer a los dos ejércitos. Creemos que el deseo que Ben Muawiya y los suyos habían manifestado de hacer las paces, era con el solo intento de alejar de Yusuf la idea de estorbarles el paso del río. Al amanecer del viernes, día del sacrificio [14 mayo 756]... lo que habían querido con respecto a la paz, y ambos ejércitos se acometieron. En el de Yusuf era el jefe de la caballería siríaca y de [la de] Mudhar Ubayd ben Ali, y de la infantería Qinana Al-Qinani y Chauxan ben Al-Sumayl; nombró jefe de toda la infantería a su hijo Abd Allah. Por caudillo de la caballería, compuesta de sus deudos, esclavos, libertos y berberiscos, designó a su criado Jalid Sudi. Estos escuadrones de esclavos, berberiscos y gente menuda, eran muy numerosos en el ejército de Yusuf. En el ala izquierda, con Ubayd ben Ali, estaba la caballería de Qais.

LA BATALLA

Encontráronse ambos ejércitos y trabóse un reñidísimo combate. Cuando estaba más enconado, vieron los yemeníes a Ben Muawiya sobre un caballo y a los clientes que se habían apeado y le rodeaban, y dijéronse unos a otros: "Éste es un mancebo de poca edad; ¿quién nos asegura que no escapará en este caballo y nos abandonará a la muerte?" Apenas llegó a oídos de Abd al-Rahman lo que en torno suyo se murmuraba, llamó a Abu Sabbah y le dijo: "No hay en el ejército mula más a propósito para mí que la tuya; este caballo es sobrado inquieto y no puedo disparar mis flechas desde él, según deseo. Tómale y dame tu mula, porque quiero montar cabalgadura que sea de todos conocida, si nuestros soldados vuelven la espalda". La mula había sido torda y ya estaba blanca. Abu Sabbah se

avergonzó, y dijo: "Permanezca el Emir sobre su caballo". "No por cierto", replicó él, y habiendo cabalgado en la mula, se disiparon los temores de los yemeníes. Bajaron éstos de sus caballos, y montaron en ellos a los que estaban armados ligeramente. Encendióse la pelea, y acometiendo Habib contra el ala derecha y el centro de Yusuf, lo derrotó, poniendo en fuga a Jalid Sudi y a los suyos. Al ver esto, Ubayd ben Ali desafió a singular combate a Jalid. Cargaron después Habib y Ben Nuaim con la caballería siríaca, contra el centro, y fueron muertos Qinana ben Qinana, Abd Allah ben Yusuf y Chauxan ben Al-Sumayl. Yusuf y Al-Sumayl huyeron, permaneciendo firme Ubayd en el ala izquierda, con todos los de Qais, que sostuvieron el combate hasta bien entrado el día; pero al fin fueron desbaratados con gran mortandad, pereciendo Ubayd ben Ali y los caudillos principales de Qais, sin que quedasen de los que asistieron a esta jornada más que los de poca importancia. Ben Muawiya continuó su marcha, sin encontrar a nadie, hasta llegar al alcázar de Córdoba: el campamento de Yusuf, que estaba provisto de toda clase de mantenimientos, fue saqueado por el ejército de Abd al-Rahman, que se comió los víveres que había dispuestos.

Había encargado Muawiya la guarda de Jalid ben Zayd, a quien tenía preso, a dos hombres enfermos de los Banu Umayya, con orden de que si sus soldados llevaban la peor parte en la batalla, acabasen con él, por lo cual decía Jalid: "Jamás en mis oraciones hice invocación que fuese contra mi propio interés, sino aquel día, pues antes solía decir: Dios mío, concede la victoria a Yusuf, y entonces estaba mi muerte en la victoria de Yusuf, y mi ruina en la de Ben Muawiya". Preso continuó hasta que Yusuf y Abd al-Rahman hicieron las amistades.

Cuando Ben Muawiya llegó, sin hallar obstáculos, al alcázar, encontró a algunos soldados, que se habían adelantado y habían comenzado a saquear y robar a la familia de Yusuf. Arrojó de allí a aquella turba, dio trajes a los que estaban desnudos y restituyó lo que pudo.

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 76).

CONTEMPORÁNEOS DE ABD AL-RAHMAN I

No podríamos juzgar de los comienzos de la dinastía Omeya y de las gestas heroicas y trágicas de Abd al-Rahman I, si nos fueran desconocidos sus contemporáneos. Helos aquí sacudidos por el más feroz orgullo racial o por la más desenfrenada ambición de poder que no repara en el posible crimen; en ocasiones dominados por un altanero sentimiento de dignidad, sostenedor hasta de los torpes frutos de sus estados de inconsciencia, y en ocasiones, arrastrados por la baja pasión del vino a extremos de violencia que les conducen a la rebelión contra el príncipe amigo; y helos aquí: a las veces, exaltados por tan bárbaro celo partidista que no dudan en arrancar los ojos a un poeta por unos versos de dudosa significación, y, a

las veces, firmes y desafiantes ante la ira del monarca, por mantener su negativa a aceptar el más honroso cargo del Estado. ¡Almas diamantinas, temperamentos encendidos de pasión, aceptación orgullosa del destino fatal, desafío a la muerte, desprecio arrogante por quienes no pertenecen a su estirpe...! Dura batalla la de un príncipe para asentar un reino sobre tales hombres; suerte áspera la de un país señoreado por tales dominadores; trágico destino el de una nación regida por tales magnates y caudillos, y triste herencia la que de individualidades semejantes iba a recibir el pueblo español, por su propia historia temperamental propicio ya a aceptar tales legados de sus nuevos conquistadores.

AL-SUMAYL

Cuéntase de él que cierto día pasó por el lado de un maestro que instruía a los muchachos, a tiempo en que éste se hallaba leyendo la aleya 134 de la Sura 3ª del Corán (que dice): "Y entonces nosotros (Alá) haremos que los sucesos prósperos y adversos alternen (en la vida) de los hombres". "¿Los hombres?, dijo Al-Sumayl, los árabes (querrá decir)". "Los hombres", replicó el maestro. "¿Así fue revelada esa aleya?", preguntó Al-Sumayl. "Sí, señor, así se reveló", contestó el maestro. "¡Pardiez!, he aquí un negocio en que estamos asociados con los esclavos, la chusma y la canalla".

Del *Iftitah al-Ándalus* de Ben Al-Qutiya (Trad. Ribera, 31).

ABU SABBAH

Varios historiadores han contado que cuando Alá favoreció a Ben Muawiya de la manera que lo hizo [dándole el triunfo sobre Yusuf], los yemeníes se reunieron bajo la autoridad de Abu Sabbah, el cual les dijo: "¿Queréis dos victorias en un solo día?", y habiéndole preguntado que cómo (sería) esto, contestóles: "Hemos concluído con Yusuf y Al-Sumayl, si matásemos a ese valiente joven Ben Muawiya, el gobierno volvería a nuestras manos y España sería de los Qataníes hasta el fin del mundo". No habiendo permitido Alá, que sea excelso, que nadie aprobara (la propuesta), Abu Sabbah les maldijo entonces.

Del *Fath al-Ándalus* (Trad. González, 63).

SAID AL-YAHSUBI

Sublevóse en seguida, en Niebla, Said al-Yahsubi, conocido por Al-Matari. Se embriagó una noche, y habiéndose hablado delante de él de la matanza de los yemeníes, secuaces de Al-Ala, ató a su lanza una bandera; por la mañana, disipada la embriaguez, vio aquella bandera atada, y preguntando lo que era, dijéronle que él mismo, irritado con el recuerdo de la matanza de sus compañeros de tribu, la había puesto en aquella forma la

noche anterior. Entonces, dijo: "Desatadla antes de que esto se divulgue"; mas después varió de opinión y dijo: "No soy hombre para volverme atrás de lo que una vez he pensado". Era hombre esforzado y mandando emisarios a su tribu, y habiéndose reunido todos, se puso en marcha y llegó a Qalat Raawak. Apenas el emir (Abd al-Rahman I) tuvo noticia de esto, tomó el camino y fue a sitiarle. Al-Matari salió a pelear y fue muerto.

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 98).

AL-SULAMI

Después se sublevó Al-Sulami, persona que gozaba de bastante favor con el emir; mas una noche se embriagó y, dirigiéndose a la puerta de la ciudad, la encontró cerrada y quiso abrir la del Puente; acometióle la guardia y él cargó contra ella espada en mano, hasta que llegó el caso a noticia de Al-Abdi, quien, en consideración al estado de embriaguez en que se encontraba, le salvó y procuró calmarle. Luego que se despejó y reflexionó sobre lo que había hecho, temiendo la cólera del emir, huyó y se hizo fuerte en un lugar del Oriente de España, donde se creyó seguro. El emir envió en su persecución a Habib ben Abd al-Malik, Al Quraixi, quien llegó donde Al-Sulami estaba. Entonces desafió a Habib y gritó quién quería medirse con él en singular combate. Un esclavo negro que tenía Mugayth aceptó el reto, y habiéndose recíprocamente herido, perecieron juntos.

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 102).

VENGANZA

En aquel tiempo Abu-l-Majxi, que era el mejor poeta de España, compuso un poema en alabanza de Sulayman, hijo de Abd al-Rahman; pero tuvo la mala suerte de que se creyera que había hecho alusiones injuriosas contra Hixam, su hermano; pues es de saber que ambos hermanos se miraban con desconfianza y envidia, y un fanático partidario de Hixam se encolerizó y le arrancó los ojos. El poeta escribió unos bonitos versos tomando por asunto la ceguera, (versos) que después presentó y recitó a Abd al-Rahman ben Muawiya, el cual le compadeció, examinó el caso, se hizo traer mil dinares y se los dio, doblando de esta manera el homicidio, o indemnización legal por la pérdida de los dos ojos.

Del *Iftitah al-Ándalus* de Ben Al-Qutiya (Trad. Ribera, 27).

FIRMEZA

Abd al-Rahman pidió consejo a sus cortesanos acerca de la persona que debiera ser designada para el cargo de juez de Córdoba. Su hijo Hixam y el canciller Ben Mugayth indicaron a Al-Musab ben Imran. Abd al-Rahman, habiendo aceptado el consejo, mandó llamar a Musab. En cuanto éste llegó

a palacio, se le hizo entrar en presencia del monarca, el cual estaba acompañado de su hijo Hixam, del canciller Ahmad ben Mugayth y de toda la corte. El soberano le ofreció el cargo de juez; pero Musab rehusó aceptar y expuso las razones que para ello tenía. El soberano las rechazó, dándole a entender que había formado la firme resolución de que Musab ocupara el cargo, sin atender las excusas que éste presentara para no aceptar. Musab, sin embargo, se encerró en la negativa y persistió con firmeza en rehusar el cargo. Cuando el monarca perdió la esperanza de reducirle a que accediera, callóse, bajó la cabeza y empezó a retorcerse el bigote con los dedos. Es de saber que Abd al-Rahman I, siempre que se incomodaba, retorcíase el bigote y ¡ay de aquél contra el que se airase! Los cortesanos comenzaron a temer por la suerte de Musab, expuesto a ser víctima de un arrebato de cólera del soberano, en tales ocasiones terrible, y se pusieron a mirar al príncipe Hixam y al canciller Ahmad ben Mugayth, como diciéndoles: ¡A qué peligro habéis expuesto a este hombre! Pero, por fortuna, el soberano levantó la cabeza, y dirigiéndose a Musab, dijo: "Vete, vete; contra ti... (esto y lo otro); y contra los que me han aconsejado que te nombrara..." Se desfogó hablando y no tuvo otras consecuencias el arrebato del monarca.

Del *Kitab Qudat Qurtuba* de Al-Yuxani (Trad. Ribera, 9).

REBELIONES CONTRA EL PRIMER OMEYA DE AL-ÁNDALUS

Los yemeníes habían dado el triunfo a Abd al-Rahman para vengarse de sus humillaciones anteriores, pero dos décadas de guerra civil habían habituado demasiado a las gentes islamitas de España a la anarquía y a no reconocer ninguna autoridad, y el nuevo príncipe hubo de luchar de continuo contra muchedumbres de rebeldes, a fin de asegurar su poder en la Península. Su reinado fue un largo rosario de frustrados alzamientos ahogados en sangre y su historia la crónica de sus gestas titánicas para crear un imperio con los retazos de las tribus de Oriente y de África que señoreaban Al-Ándalus. Con astucia inteligente, rápida decisión y mano de hierro logró imponerse y unificar bajo su autoridad a los conquistadores de España, ayudado por los Omeyas, que vinieron a unírsele después de su victoria, y por un ejército de mercenarios (haxam), que reclutó entre los bereberes africanos y entre cuantos guerreros se distinguieron en sus luchas contra los rebeldes. La narración de su largo batallar (756-788) deja en el ánimo una impresión de horror y parece bosquejar una mueca trágica. Bastarán a demostrarlo las páginas que siguen.

REBELIÓN Y MUERTE DE YUSUF AL-FIHRI

Había en Córdoba familias de clientes de los Banu Haxim y Banu Fihr, y de las tribus de Quraix, y otros que habían gozado de gran preponderan-

cia y valimiento en tiempo de Yusuf, y ahora se veían privados de ello, por lo cual no cesaban de incitarle a la rebelión y a que se arrepintiese del anterior concierto, insistiendo tanto, que al fin Yusuf escribió a su gente. Los de los distritos militares dijeron: "No, vive Dios, no hemos de volver a la guerra después de la paz". Al-Sumayl y los de Qais se opusieron igualmente, y dijeron: "Nos basta con lo hecho; hemos cumplido con el deber de defender nuestra causa, y no le destituiremos". Viendo Yusuf que éstos no le secundaban, escribió a los baladíes y a los de Mérida y Fuente de Cantos, los cuales accedieron. Allí se encontraba la mayor parte de su familia, que el día de la batalla de la Almazara había huido hacia estas comarcas y a Toledo, y ajustada la paz con Abd al-Rahman, algunos habían regresado, pero habían permanecido allí sus hijas con sus maridos y aquella parte de su familia que podía serles más embarazosa. Yusuf recibió cartas de ellos, en que le llamaban, y huyó de Córdoba a Mérida en el año 41 [13 mayo 758].

Sabida su fuga por Ben Muawiya, envió caballería en su persecución; mas él se ocultó, y entonces cogió a sus dos hijos y los aherrojó. Detuvo también a Al-Sumayl, quien se excusaba diciendo que no había tenido culpa alguna, pues a tenerla hubiera huido con Yusuf; mas Ben Muawiya le mandó encarcelar, diciendo: "No se ha fugado Yusuf sin pedirte consejo, y tenías para conmigo el deber de avisarme". Todos los habitantes de Mérida, árabes y berberiscos, se pusieron a las órdenes de Yusuf, que después fue a Fuente de Cantos, cuyos moradores le siguieron igualmente, emprendiendo después la marcha contra Sevilla, de la cual era gobernador en aquella sazón Abd al-Malik ben Umar Al-Marwani, con quien se unieron los soldados de la división de Emesa y algunos otros, mientras que todos los baladíes, a excepción de unos pocos, se agregaron a Yusuf, cuyo ejército creció hasta veinte mil hombres, y aún más, dirigiéndose contra Al-Marwani, que estaba en Sevilla. Ben Muawiya acampaba en Córdoba, esperando que acabasen de llegar las divisiones. Completo el ejército de Yusuf, marchó contra Al-Marwani, y viendo que permanecía en Sevilla con pocos siríacos, tranquilo, con respecto a aquel enemigo poco temible y poderoso, volvióse para salir al encuentro de Ben Muawiya, con los árabes, berberiscos y demás gentes de Mérida y Fuente de Cantos y los que se le habían agregado de Sevilla, todos los cuales formaban un grueso ejército. También el de Ben Muawiya se había completado con la llegada de las divisiones, y se había puesto en marcha hasta acampar en un lugar llamado Torre de Oçama. Yusuf venía en su busca, sin cuidarse de los enemigos que dejaba a la espalda.

Al-Marwani esperaba en Sevilla a su hijo Abd-Allah, valí de Morón, quien, al saber que su padre estaba sitiado, reunió las tropas de esta ciudad, y vino cuando Yusuf había ya levantado el campo. Refirióle su padre los pormenores del cerco y descerco, y después reunió a sus soldados, les habló, y sus caudillos le manifestaron que estaban prontos a seguir a su padre adonde quisiera llevarles. Salió, pues, Al-Marwani con su hijo Abd Allah y las tropas de Sevilla y Morón, en tanto que Ben Muawiya, sabedor de

que Yusuf había abandonado el cerco de Al-Marwani y venía en su busca, levantaba sus reales, y venía a situarse en Almodóvar. Llegó Yusuf hasta cierto río, donde le avisaron que Al-Marwani se le acercaba, amenazando su retaguardia. Temiendo entonces que Ben Muawiya le atacase por un lado y Al-Marwani por otro, volvió contra éste sus banderas, y se apresuró a presentarle la batalla. Al-Marwani, con intento de que sucediese lo que Yusuf temía, quiso retroceder; mas Yusuf no le dio tiempo, y los dos ejércitos se encontraron frente a frente. Entonces se adelantó un berberisco liberto de la tribu de Fihr, habitante de Mérida o de Fuente de Cantos, hombre notable por su vigor, y comenzó a dar voces, desafiando a los enemigos a singular combate. Ningún campeón salía, y volviéndose Al-Marwani hacia su hijo Abd Allah, díjole: "Mal principio es éste, y estamos pocos; sal tú, y que Dios te favorezca". Adelantóse Abd Allah a la pelea, cuando un abisinio, liberto de la familia de Marwan ben Al-Hakam, llamado Abu-l-Basri, que estaba con él le dijo: "¿Qué quieres hacer, señor? — Lidiar con ese hombre. — Para eso, replicó Abu-l-Basri, yo te basto", y lanzóse contra el berberisco. Los dos combatientes estuvieron largo rato buscándose las vueltas, porque eran entrambos robustos y valerosos; pero aconteció que con una lluvia menuda que había caído, el berberisco resbaló, y cargando sobre él Abu-l-Basri, cortóle los dos pies con su espada, con lo cual los de Al-Marwani, gritando Allah Akbar (Dios es grande), embistieron como un solo hombre. En un momento pusieron en fuga a Yusuf, derrotaron a sus soldados, y mataron unos pocos, porque el número de los de Al-Marwani era escaso para seguir el alcance de los fugitivos; pero al fin, abandonado el campamento de Yusuf, le saquearon, con muerte de aquéllos a quienes pudieron dar alcance. Estaba aún Ben Muawiya acampado en Almodóvar, cuando llegó Abd Allah ben Al-Marwani con la nueva de la derrota de Yusuf y con las cabezas de sus soldados muertos. Dio gracias a Dios, y se apresuró a mandar a Badr un emisario, con orden de que preparase para Al-Marwani un alojamiento aún más espléndido que si fuese para su propia persona. Abd Allah le contó los pormenores todos de la victoria que Dios les había concedido, por la cual Abd al-Rahman les otorgó grandes honores, y desde entonces hasta ahora no han dejado Al-Marwani y su hijo de gozar de alta preponderancia.

Yusuf huyó a Firrix y después a Fach al-Balut, tomando luego el camino de Toledo, con ánimo de buscar el amparo de Ben Urwa. A diez millas de la ciudad pasó por una alquería, donde moraba Abd Allah ben Umar Al-Ansari, al cual dijeron: "Ése es Yusuf, que viene fugitivo"; y dijo él a sus amigos: "Salgamos a su encuentro, matémosle, y haremos que el mundo descanse de él, y él descanse del mundo, y descansen las gentes de su maldad, pues ha venido a ser un foco de turbulencia". Salieron en su seguimiento y le alcanzaron a cuatro millas de Toledo. Iba acompañado únicamente de un esclavo y de Ben Sabiq Al-Farasi, liberto de los Banu Tamin, cuyos descendientes aún subsisten en Zaragoza, aunque los que ignoran esto suponen que era liberto de Yusuf. Iban muy fatigados de la

rápida marcha, y se encontraban sin defensa ni amparo. Abd Allah mató a Yusuf, Sabiq fue también muerto, y el esclavo huyó a Toledo.

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 91).

FRUSTRADA INTERVENCIÓN ABBASÍ

Habiendo principiado a torcerse de esta manera las cosas, rebelóse contra él Al-Ala ben Mugayth Al-Yahsubi, que otros dicen Hadrami, en Beja. Proclamó la soberanía de los Abbasíes, reconociendo a Abu Chaafar (Al-Mansur), el cual le había enviado una bandera negra en la punta de una lanza. La había metido en un mirabolano, y la había sellado después. Al-Ala la sacó y la puso en una lanza, sublevándose con esta enseña en Beja, en el Chund de los egipcios. Ayudáronle en su extravío Wasit ben Mugayth Al-Tai y Umayya ben Qatan Al-Fihri. Acercáronse los yemeníes a Sevilla, y sospechando de la sinceridad de Umayya, le cogieron y le aherrojaron. Reunió el Emir sus tropas y salió contra ellos, acercándose hasta acampar junto a la alquería donde estaban los sublevados, en Kalaat Raawac (¿Alcalá de Guadaira?). En socorro de los rebeldes vino de Sidonia, Gayath ben Alqama Al-Lajmi, y sabido esto por el Emir, mandó contra él a su liberto Badr con una parte del ejército, y Gayath fue detenido en su camino, acampando en el seno del valle que hay entre el Guadaira y el Guadalquivir. Badr fue a su encuentro, y habiéndose enviado mutuamente emisarios, concertaron la paz, regresando Gayath ben Alqama a su país y Badr adonde el Emir se hallaba. Cuando los sublevados supieron esto, dijeron: "No hay para nosotros más recurso que la ciudad de Carmona", y preparáronse a salir en esta dirección durante la noche. El Emir, que tuvo conocimiento de ello, mandó a Badr que marchase precipitadamente a aquella ciudad, y le dijo: "Coloca tu tienda sobre la puerta de Carmona, y reúne toda la gente que permanezca fiel, a fin de que al amanecer cuentes con fuerzas bastantes". Muy de madrugada cabalgó el Emir, y amaneció a la espalda de la ciudad. Los sublevados se retardaron, y cuando llegaron a las arboledas que hay por bajo de Carmona, divisaron la tienda plantada en la puerta de la ciudad, y conociendo que se les habían adelantado, se desordenaron. En aquel momento cargó sobre ellos la caballería del ejército y los derrotó con gran mortandad. Cogieron a Umayya encadenado, y el Emir, compadecido de él, le dio libertad. Reunió siete mil cabezas, y habiendo separado la de Al-Ala y otros conocidos, escribió sus nombres en pedazos de pergamino, se los colgó de las orejas, buscó después quien se encargase de llevarlas a Ifriqiya, dándole por ello crecida retribución, y éste atravesó con ellas el mar, llevándolas en unas alforjas, y llegó a Qairawan, en cuya plaza las arrojó durante la noche, Encontráronlas al amanecer, con un escrito, que iba también en las alforjas, en el cual se refería el suceso, que se divulgó hasta llegar a oídos de Abu Chaafar.

REBELIÓN EN TOLEDO

El Emir, de vuelta de su expedición, mandó a su liberto Badr y a Tammam ben Alqama con tropas contra Toledo, donde sitiaron a Hixam ben Urwa. Determinó el Emir que se alterase el orden que se guardaba en el servicio militar de los Chund, y que se estableciese un turno de seis meses, de manera que cuando concluyese uno, fuese otro. Así llegó el cerco a fatigar extremadamente a los habitantes de la ciudad, y a hacérseles muy pesada la guerra. Además les escribieron Tamman y Badr, y entregaron a Hixam, Al-Umari y a Haywa, con lo cual se libraron de todo castigo. Tammam salió con ellos para conducirlos a Córdoba, y Badr permaneció en su lugar, esperando lo que el Emir disponía con respecto a la ciudad. Al llegar a Oreto encontró Tammam a Asim ben Muslim Al-Thaqifi, quien le comunicó la orden de que regresase a Toledo, como valí, y volviese Badr. Con arreglo a este mandato volvió Tommam (a Toledo), y Al-Thaqifi se hizo cargo de los prisioneros, caminando con ellos hasta llegar a la aldea de Halwa, donde encontró a Al-Abdi, jefe de la policía, a quien el Emir había mandado al efecto, y que llevaba para los prisioneros, chupas de lana, un barbero y burros. Les fueron rapadas las cabezas y vestidas las chupas, y metidos en unos cestos, los montaron en los burros, entrándolos de esta suerte en la ciudad. Al-Umari, que estaba enfermo, dijo a Haywa: "¡Angosta chupa me han vestido!" Haywa le contestó: "¡Ojalá vivieses lo bastante para deteriorarla!" Después, por orden del Emir, fueron muertos y crucificados.

ABD AL-RAHMAN SE DEFIENDE PERSONALMENTE

Rebelóse después Abu-Sabbah, a causa de que el Emir le había nombrado valí de Sevilla y después le había destituido. Disgustado con esto, reunió gente, y escribió a los distritos, lo cual sabido por Abd al-Rahman, a quien enviaron de algunos puntos las cartas que Abu-Sabbah había escrito, discurrió un ardid para hacerle venir a Córdoba. Cuéntase que Abd Allah ben Jalid fue a buscarle, y bajo salvaguardia de paz le condujo a Córdoba, por lo cual, cuando el Emir le mató, Abd Allah renunció su empleo y se retiró a su casa de Alfontin, donde permaneció hasta su muerte, sin aceptar cargo ninguno del Sultán. Otros dicen que le trajo a Córdoba Tammam ben Alqama, sin salvoconducto, sino sólo con buenas palabras. Cuando llegó a Córdoba, llevando cuatrocientos jinetes de su división, el Emir le hizo entrar en su aposento; mas aquél le increpó tan duramente, y le habló en términos tan amenazadores, que el Emir embistió con él, y llamó a una esclava negra, natural de Medina, que era la que cuidaba de su harén, y tenía a su cargo la educación de las esclavas con arreglo al gusto del Emir, la cual le trajo un alfanje. Con todo eso el jeque estaba a punto de matar al Emir, quien llamó en su ayuda a unos esclavos, y éstos concluyeron con Abu-Sabbah, ya debilitado por una herida del alfanje, que había recibido en

el cuello. Mandó que envolviesen su cadáver en una gualdrapa de pelo, le quitasen de aquel lugar y limpiasen las manchas de sangre, y en seguida hizo que viniesen sus visires, a quienes dijo únicamente que tenía preso a Abu-Sabbah, y les pidió su parecer sobre si debía o no matarle. Ninguno le aconsejó que le matase, porque decían: "Tiene cuatrocientos hombres a la puerta, tu ejército está ausente, y no estamos seguros de que esto no resulte alguna desgracia". Sólo Al-Marwani le aconsejó matarle y recitó con tal motivo los versos que dicen:

"No se te escape, porque (si se escapa) nos habrá de ocasionar una "gran desgracia. Pon sobre él duramente la mano, y te librarás de la "desventura".

Entonces Abd al-Rahman les dijo: "Pues ya le maté", y mandó que sacasen su cabeza. Uno de ellos gritó a los soldados: "Ya Abu-Sabbah es muerto; el que quiera váyase en paz a su casa". Dispersáronse, y no hubo más.

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 95 y 98).

LOS EMIGRADOS OMEYAS SOSTIENEN A ABD AL-RAHMAN

En 156 [1º diciembre 772], Abd al-Rahman, el primer soberano Umayya de España, emprendió una campaña contra Xaqya y atacó el fuerte de Xabatrán, donde le tuvo estrechamente sitiado; pero Xaqya logró ganar como siempre su refugio habitual: Abd al-Rahman recibió entonces cartas de su hijo Sulayman, que le reemplazaba durante su ausencia en Córdoba, anunciándole la sublevación de los sevillanos al mando de Abd al-Gaffar y de Hayat ben Mulamis, jefes que marchaban de acuerdo con los yemeníes establecidos en la ciudad. Abd al-Rahman volvió sobre sus pasos, pero no entró en Córdoba, espantado por lo que se decía de la unión y del número de los rebeldes. Envió delante a su primo paterno Abd al-Malik ben Umar, el más intrépido guerrero de la familia de Marwan, y él mismo quedó en la retaguardia, dispuesto a socorrerle en caso de necesidad. Al acercarse a los sevillanos, Abd al-Malik envió a su hijo Umayya para efectuar un reconocimiento. Les encontró sobre aviso y en guardia y volvió junto a su padre, mas éste le reprochó su debilidad y le hizo cortar la cabeza. Reunió entonces Al-Marwani a toda la gente de su familia y a sus íntimos, y les dirigió estas palabras: "A nosotros, proscriptos del Oriente llegados a este lejano país, se nos disputa todavía el bocado necesario para conservar el aliento; ¡rompamos las vainas de nuestras espadas, porque es necesario vencer o morir!" Lo hicieron así, y cargando Abd al-Malik a la cabeza infligió a los yemeníes y a los sevillanos una derrota completa; tan grande que en adelante los yemeníes no conservaron ninguna fuerza.

Al tener noticia de que Abd al-Malik había sido herido, Ab al-Rahman fue al encuentro de su pariente, y lo halló sangrando aún por su herida, pero apretando todavía con su mano el puño de su espada, sucia aún de sangre. Abd al-Rahman le besó en los ojos y le recompensó magníficamente.

"Primo, le dijo, tomo tu hija por esposa de Hixam, mi hijo y heredero, le doy tal cosa, a ti tal otra, a tus hijos tales otras; tú y ellos tendréis tales feudos, y seréis en adelante mis visires".

Fue este Abd al-Malik quien forzó a Abd al-Rahman a suprimir la invocación del nombre de Al-Mansur en la oración, amenazándole, con matarse, si no le escuchaba. La invocación del nombre de Al-Mansur cesó diez años después del advenimiento de Abd al-Rahman.

En cuanto a los dos jefes de la sublevación, Abd al-Gaffar y Hayat ben Mulamis, pudieron escapar sanos y salvos. Pero en 157 [20 de noviembre 773] Abd al-Rahman entró en Sevilla y ordenó la matanza de los partidarios de ambos. Y a consecuencia de tal matanza y del odio que suscitó entre los árabes, Abd al-Rahman se puso a comprar esclavos, es decir, mamelucos.

Del *Kamil fi-l-Tarij* de BEN AL-ATHIR (Según versión francesa de Fagnan: Annales, 120).

REBELIÓN DE ZARAGOZA E INTERVENCIÓN DE CARLOMAGNO

En 164 [5 septiembre 780] el Omeya Abd al-Rahman marchó contra Zaragoza. Había comenzado por enviar un fuerte ejército, a las órdenes de Thaalaba ben Ubaid, porque, lo hemos dicho ya, Sulayman ben Yaqhan y Al-Husayn ben Yahya se habían unido en la ciudad para sustraerse a su autoridad. Thaalaba les combatió vigorosamente; pero un día, mientras estaba en su tienda, Sulayman, aprovechando su descuido, organizó un ataque contra él, que le hizo caer en sus manos, y dispersó su ejército. Sulayman se dirigió entonces a Carlos, rey de los francos, prometiéndole entregarle el territorio y Thaalaba. Pero cuando llegó tal príncipe, no pudo mantener sino la segunda parte de su promesa, y Carlos regresó a sus estados con Thaalaba, de quien esperaba poder obtener un rescate considerable. Durante algún tiempo Abd al-Rahman no se ocupó de su general, pero hizo en seguida pedir y obtuvo su libertad, gracias a emisarios que empleó a tal efecto.

En el mismo año Abd al-Rahman marchó contra Zaragoza después de haber repartido sus hijos por las diversas regiones de su reino, con la misión de aplastar a los rebeldes y de reunirse en Zaragoza, donde Abd al-Rahman les precedería. Al-Husayn ben Yahya, que había ya matado a Sulayman ben Yaqhan, ocupaba sólo la ciudad cuando llegó Abd al-Rahman. Llevó éste adelante el sitio con vigor y vio llegar pronto a sus hijos, conduciendo a los rebeldes que habían vencido, y anunciando la sumisión de otros. Entonces Al-Husayn hizo proposiciones de paz y se mostró dispuesto a entrar en la obediencia. Abd al-Rahman consintió, tomó a su hijo Said como rehén y se alejó.

. . . . . .

En 165 [25 agosto 781] Al-Husayn rompió traidoramente el pacto que le unía a Abd al-Rahman y éste hizo marchar contra él un numeroso cuerpo

de tropas mandado por Galib ben Tamman ben Alqama. En los combates que se libraron fueron hechos prisioneros muchos compañeros de Al-Husayn y, con ellos, su hijo; fueron enviados al emir Abd al-Rahman, que les hizo ejecutar. Ben Tamman ben Alqama quedó sitiando a Al-Husayn. En 166 [25 agosto 782] Abd al-Rahman fue en persona a continuar el sitio de Zaragoza. Redujo a la población a la más crítica situación con la ayuda de treinta y seis máquinas de guerra y después la conquistó por la fuerza. Condenó a Al-Husayn a la muerte más atroz y arrojó de la ciudad a sus habitantes para cumplir un juramento que había hecho; pero luego les permitió volver, en seguida.

Del *Kamil fi-l-Tarij* de BEN AL-ATZIR (Según versión francesa de Fagnan: Annales, 128).

NOTICIAS DE UN HIJO DE VITIZA

Los hijos de Vitiza, penúltimo rey godo, habían llamado a los árabes a España, se habían pasado a sus filas en la batalla de Guadalete y habían facilitado su avance hasta Toledo. Esperaban ser restaurados en el trono de su padre. Hubieron de contentarse, como premio de su traición, con los dominios de la corona visigoda. Durante medio siglo fueron poderosos; y uno de ellos, Artobás, que, además, era inteligente, ejerció notoria influencia en la política de Al-Ándalus al aconsejar al valí Abu-l-Jattar la solución, que prevaleció, para alejar de Córdoba a los sirios, dándoles en beneficio militar los tributos de los cristianos que habían capitulado, en las regiones donde fueron establecidos. Pero el primer emir Omeya de España sintió celos de su fuerza económica y política —Artobás era señor de mil aldeas— y en su deseo de afirmar su poder y de reorganizar su hacienda le confiscó sus bienes. Un nieto de Sara, nieta de Vitiza, el cronista cordobés Ben al-Qutiya, nos da noticias de tales sucesos.

Cuéntase de él que Abd al-Rahman, hijo de Muawiya, mandó confiscar los pueblos de su señorío; y que la causa de ello fue que este monarca curioseó la estancia de Artobás cierto día en que iba de expedición, en la cual éste le acompañaba, y alrededor de la misma vio aquél no pocos regalos o presentes que los feudatarios solían ofrecer a éste en todas las paradas que hacía en los pueblecillos de sus dominios. Esto causóle envidia a Abd al-Rahman. Fuéronle, pues, confiscados, y Artobás hubo de irse a vivir con sus sobrinos, hasta que llegó a la miseria. Dirigióse entonces a Córdoba; fue a visitar al canciller Ben Bujt y le dijo: "Haz el favor de pedir al emir, cuya vida guarde Dios, licencia para verle, pues he venido a despedirme de él". Entró el canciller a pedir a Abd al-Rahman el permiso, y éste dispuso que entrara Artobás a su presencia. Al entrar vio que iba andrajosamente vestido. Y le dijo: "¡Hola, Artobás! ¿Qué te trae por aquí?" A lo cual contestó: "Tú me traes, tú que te has interpuesto entre mí y mis posesiones,

faltando a los tratados que tus abuelos hicieron conmigo, sin culpa de mi parte que a ello te autorizara". Abd al-Rahman añadió: "Pero ¿qué es eso que quieres despedirte de mí? ¿Acaso piensas irte a Roma?" Artobás le contestó: "¡Cá, hombre, al revés! ¡Si yo he sabido que tú quieres marcharte a Siria!" Replicóle Abd al-Rahman: "¿Y quién me ha de dejar volver allí, siendo así que la tuve que abandonar para que no me mataran?" Entonces Artobás le preguntó: "¿Tú te has propuesto que tu dominación se consolide en esta tierra para que tu hijo la herede, o quieres privarle de lo que a tí se te ha dado?" Abd al-Rahman contestóle: "¡Ah, no, pardiez! Yo no sólo quiero consolidar mi dominación, sino también que mi hijo la herede". Entonces le dijo Artobás: "Pues veas como se arregla este asunto". Después le denunció paladinamente, sin ambages ni rodeos, todas aquellas cosas por las que el pueblo estaba disgustado, y quedó Abd al-Rahman tan satisfecho y agradecido que dispuso le fueran devueltas a Artobás veinte de sus aldeas, le obsequió con espléndidos vestidos y regalos y le nombró para el cargo de conde, siendo el primero que ocupó esa dignidad en Andalucía.

Refiere también el jeque Ben Lubaba (Dios le haya acogido en su misericordia), por habérselo oído decir a personas ancianas que vivieron en aquel tiempo, que Artobás era uno de los hombres más hábiles en su trato social, y que en cierta ocasión fueron a visitarle un grupo de diez siríacos, entre los cuales se hallaban Abu Uthman, Abd Allah ben Jalid, Abu Abda, Yusuf ben Bujt, y Al-Sumayl ben Hatim, y, después de saludarle, sentáronse a su alrededor. Apenas habían comenzado a conversar y hacerse los primeros cumplimientos, he aquí que entra Maimun, el siervo de Dios, el abuelo de los Banu Hazh, los porteros de palacio. Este Maimun era cliente de los siríacos. Al verle Artobás dentro de su casa se levanta a recibirle, le abraza cariñosamente y le invita con instancia a que tome asiento en el mismo que él acababa de desocupar, el cual estaba chapeado de oro y plata. El santo varón rehusó diciendo: "¡Oh, no! ¡Éste no debo ocuparlo!" E inmediatamente se sentó en el suelo. Artobás entonces hace lo mismo, sentándose a su lado, y le dice: "¿A qué debo el honor de que un hombre como vos venga a visitar a persona como yo?" Contestóle Maimun: "Nosotros, al venir a este país, como no pensábamos que nuestra estancia había de ser larga, no nos preparamos para permanecer en él; pero ha sucedido que se han amotinado nuestros clientes en el Oriente, cosa que no podíamos imaginar, y ciertamente así ya no volveremos a nuestro país. Dios te ha dado muchas riquezas y quisiera que me dieses una de tus heredades para cultivarla con mis propias manos; yo te pagaré lo que corresponda y tomaré lo que de derecho sea". Y Artobás le replicó: "¡Ah, no! ¡Por Dios! Yo no quedaría satisfecho dándoos una granja en contrato de medias". Hizo llamar a su administrador, y le dijo: "Dale a este señor la granja de Guadajoz, con todas las vacas, caballerías y esclavos que hay en ella; dale, además, el castillo que está en la provincia de Jaén". Era un castillo que se conoce ahora por el castillo de Hasan, su poseedor..., y des-

pués de darle las gracias, se marchó. Artobás inmediatamente volvió a ocupar su propio asiento. Entonces le dijo Al-Sumayl: "No te ha hecho incapaz de conservar el imperio que perteneció a tu padre sino esa irreflexión de tu manera de obrar. Yo vengo a visitarte, siendo como soy el jefe de los árabes en España, acompañado de mis amigos, que son las personas más importantes de los clientes, y tú no nos guardas más atención que la de darnos asiento de madera; y a ese miserable que ha entrado ahora le tratas con la generosidad que has mostrado". Artobás le contestó: "¡Ah, Abu Chauxan, qué verdad es lo que me han dicho los hombres de tu religión, que en ti la instrucción no ha penetrado! Si fueras instruido, no hubieras desaprobado la obra piadosa hecha a quien la hice. (Efectivamente Al-Sumayl era un ignorante que no sabía leer ni escribir). Seguramente a vosotros, a quien Dios trata generosamente, sólo os honran porque sois ricos y poderosos, mientras que a éste solamente por amor a Dios le he tratado con generosidad. Del Mesías, a quien Dios bendiga y salve, me han contado que dijo: "Aquél de sus siervos a quien Dios favorece, debe hacer partícipes a todas las criaturas", y Al-Sumayl quedó como si le hubieran hecho tragar una piedra. Los compañeros de Al-Sumayl dijeron entonces: "No hagas caso de éste, y atiende a nuestro objeto, que no es otro que el mismo de este hombre que ha venido a buscarte y con quien te has mostrado tan generoso". Él les contestó: "Vosotros sois hombres tan principales que, para satisfaceros, se os ha de dar mucho". Y les dio cien aldeas, diez para cada uno; entre ellas Torrox fue para Aba Uthman; Alfontin para Abd Allah, hijo de Jalid, y la Heredad de los Olivos, en Almodóvar, para Al-Sumayl, hijo de Hasim.

Del *Iftitah al-Ándalus* de Ben Al-Qutiya (Trad. Ribera, 28).

MULTA IMPUESTA A LA POBLACIÓN MOZÁRABE DE GRANADA

El primer emir Omeya de Al-Ándalus, deseoso de asegurarse en el trono, procuró crear un ejército de mercenarios adictos a su causa y para conseguir las sumas necesarias impuso pesadas cargas fiscales a los mozárabes. Entre éstos, los de la región de Granada —Castella era la capital mora del cantón de Elvira— hubieron de pagarle el número de animales de guerra y de armas señaladas en este perdón. Tal vez hubieron de solicitarle por haber ayudado a Yusuf al-Fihri, cuando se acogió a su región después de la derrota en que había perdido el gobierno de España.

En el nombre de Dios, clemente y misericordioso. Carta de seguro (Kitab aman), otorgada por el rey engrandecido Abd al-Rahman a los patricios, monjes y príncipes y demás cristianos españoles de la gente de Castella y a sus secuaces de las demás comarcas. Otórgales seguro y paz, obligándose a no quebrantarles este pacto mientras ellos paguen anualmente diez mil onzas de oro, diez mil libras de plata, diez mil cabezas de

los mejores caballos y otros tantos mulos, con más mil armaduras, mil cascos de hierro y otras tantas lanzas, por espacio de un quinquenio. Se escribió esta carta en la ciudad de Córdoba a tres de Safar del año 142 [758].

De la *Ihala fi-l-Tarif Garnata* de BEN AL-JATIB (Trad. Simonet, Historia de los Mozárabes, 243).

ARROGANCIA DE LOS FAMILIARES DE LOS PRÍNCIPES

Después de su victoria sobre Yusuf al-Fihri, para vencer la larga serie de rebeliones de la orgullosa nobleza árabe y de muchos valerosos aventureros apoyados desde fuera por los Abbasíes y por Carlomagno, Abd al-Rahman había contado con la ayuda entusiasta y eficaz de algunos miembros de la tribu de Quraix, la suya, y con los inmigrantes de su propia familia, Omeya o Marwani, venidos a España tras su triunfo. Quraixíes y Umayyas o Marwaníes se hicieron pagar caro su apoyo, y llegaron a creerse autorizados a los mayores atropellos con los españoles. Los emires les contaban entre sus íntimos familiares, les tenían como el más firme sostén de su dinastía y les debían demasiado como para no cerrar los ojos a sus tropelías y desafueros. Incluso cuando la arrogancia de aquéllos se enfrentó con la firmeza y la rectitud de algunos extraordinarios jueces de Córdoba, los soberanos trataron de torcer la justicia en provecho de sus parientes. Si en algunos casos —los que siguen— no lo lograron, ¿en cuántos no triunfarían sus desmanes, respaldados por la benevolencia o por la intervención de los príncipes? He ahí uno de los fermentos que contribuyeron a engendrar el movimiento nacionalista y revolucionario que iba a estallar en el siglo IX.

Habib al-Quraixi se presentó ante Abd al-Rahman I, quejándose del juez Abd al-Rahman ben Tarif. Al-Quraixi decía que el juez iba a dictar sentencia contra él en un pleito que se sustanciaba en el juzgado respecto de un cortijo que en aquel entonces poseía Al-Quraixi; y se pretendía que éste se lo había arrancado, violentamente y con injusticia, de manos del verdadero dueño. El monarca envió un emisario al juez, para que le hablase y le ordenase que examinara detenida y lentamente ese asunto, con la prohibición expresa de que se precipitara en dictar sentencia. El juez Ben Tarif, al recibir la orden, inmediatamente mandó llamar a los faquíes y adules y dictó sentencia contra Habib; la hizo poner por escrito y la firmaron los testigos. Habib se presentó ante el monarca y comenzó a hablarle contra el juez, diciéndole que éste debía odiar al soberano, puesto que lo había tratado con desconsideración o desprecio. Al monarca le molestó mucho la precipitación del juez; le mandó llamar, le hizo entrar a su presencia y le dijo:

"¿Quién te ha impelido a dictar sentencia, después de haberte ordenado que examinaras despacio la cuestión y sustanciaras el pleito lentamente?"

"Me ha obligado a sentenciar contra él —repuso Ben Tarif— aquél que te ha puesto en ese trono en que te sientas; si no fuera por él, tú no lo ocuparías".

"Tus palabras —replicó el soberano— me admiran aún más que tus obras. ¿Quién es el que me ha hecho sentar en mi trono?"

"El Profeta del Señor del universo —contestó el juez—. Si no fuera porque tú eres pariente de él, no ocuparías el trono; y ese Profeta nos ha impuesto la obligación de obrar con justicia, la cual se ha de aplicar equitativamente a todos, a altos y bajos. Señor —continuó diciendo el juez—, ¿por qué razón has de mostrarte tú tan parcial en favor de un súbdito o contra otro? Tú podrás seguramente encontrar algún medio, aunque sea de tu bolsillo particular, para satisfacer a aquél por quien tanto te interesas".

"Si éstos —dijo entonces el soberano— que se consideran con derecho al cortijo lo quisieran vender, no tendría yo inconveniente en comprarlo de mi bolsillo particular para entregárselo a Habib; yo les satisfaría en el precio".

"Yo les mandaré llamar —contestó Ben Tarif— y les hablaré en ese sentido. Si ellos se conforman con venderlo, bien; pero si no, mi sentencia ya está dada".

El juez se fue; mandó llamar a los que se creían con derecho al cortijo; les habló de lo que se trataba, y accedieron a la venta a condición de que se les diese precio bastante subido.

☆

Al-Abbas ben Abd Allah al-Marwani arrancó violentamente un cortijo a un hombre de Jaén. El hombre murió y dejó varios hijos. Cuando éstos llegaron a mayor edad y tuvieron noticias de la rectitud y justicia de Musab ben Imran, se fueron a Córdoba, denunciáronle la injusticia que con ellos se había cometido y probaron ante el juez su derecho. El juez, en su vista, mandó citar a Al-Abbas ben Abd Allah, haciéndole saber lo que aquéllos reclamaban y dándole noticia de los testigos que se habían presentado a declarar en contra suya. El juez le invitaba en la citación a que contestase la demanda; fuele concedido plazo tras plazo para contestar; pero al fin se acabaron los plazos y, visto que desistía de defenderse, el juez le notificó que iba a dictar sentencia contra él. Entonces Al-Abbas se fue a ver al monarca Al-Hakam I y le pidió que ordenase al juez que se inhibiera en el asunto y que fuese el propio soberano quien sustanciase y decidiese el pleito. El monarca llamó a un paje suyo, que se llamaba Vicent, y le encargó que dijera a Musab ben Imran que se inhibiese. Pero al cumplir el paje la orden del soberano, Musab le dijo: "Los demandantes han probado su derecho, para lo cual se han visto obligados a hacer grandes sacrificios y muy perseverantes trabajos y molestias, porque viven lejos de Córdoba; y como han probado el derecho que les asiste en su demanda, yo no puedo dejar de entender en este asunto hasta dictar sentencia". El paje volvió a

palacio a comunicar al monarca las palabras que había dicho el juez. Al-Abbas comenzó a instigar y decir al soberano que el juez menospreciaba la dignidad del monarca y que aquél pensaba que correspondía al juez por derecho propio, y no al monarca, la autoridad de juzgar. El soberano, en vista de esto volvió a enviar el paje para que dijese al juez: "Es preciso que te abstengas de intervenir en ese pleito; quiero ser yo personalmente el juez que decida". Pero cuando el paje volvió a presentarse ante Musab, para cumplir la orden del soberano, Musab le ordenó que se sentara, e inmediatamente se puso a escribir; dictó sentencia en favor de los demandantes, diciendo que a ellos pertenecía el cortijo; luego autorizó la sentencia haciendo firmar a los testigos y, cuando ya todos los requisitos legales estaban cumplidos, dijo al paje: "Puedes ir a comunicar al soberano que yo he realizado ya todo lo que de ley me compete, como juez; si él, como soberano, quiere derogar la sentencia, puede hacer lo que le plazca". El paje entonces se marchó a comunicar al soberano las palabras del juez; pero en vez de comunicarlas tal cual el juez las había pronunciado, trabucó los términos y dijo al monarca: "Me ha dicho el juez: yo he resuelto la cuestión, como en justicia debe resolverse; el soberano, si puede, que derogue

la sentencia". El soberano bajó la cabeza y se quedó pensativo. Al-Abbas insistió en azuzarle y encenderle en cólera; pero quiso la providencia que Al-Hakam se calmara un poco y se serenara, serenidad de ánimo que cuadra mejor y es más conveniente a los que Alá ha puesto aquí en la tierra como califas y pontífices suyos. Al-Hakam sólo se desahogó diciendo: "¡Cuán vil es aquél que tiene que sufrir que la pluma del juez le pegue en el rostro!" El soberano se portó luego con él como si nada de esto hubiera ocurrido; no le opuso ninguna dificultad y el juez pudo ejecutar la sentencia.

Del *Kitab Qudat Qurtuba* de AL-JUXANI (Trad. Ribera, 53 y 58).

DOS JUICIOS SOBRE ABD AL-RAHMAN I

He aquí dos juicios sobre Abd al-Rahman. Uno inspirado en las páginas del gran cronista Al-Razi y otro puesto en labios del califa Abbasí, gran enemigo de su dinastía. Ambos ofrecen una imagen precisa del primer Omeya de Al-Ándalus.

Tenía la palabra fácil y elegante y sabía hacer versos; suave, instruido, resuelto, pronto a perseguir a los rebeldes, no permaneció jamás largo tiempo en reposo o entregado a la holganza; no descansó en nadie el cuidado de los negocios y no confió sino en su propia inteligencia; unía una bravura temeraria a una grandísima prudencia. Llevaba de ordinario vestiduras blancas. Se le comparaba a Al-Mansur (el califa abbasí) por la firmeza de su voluntad, por su energía y por su rígida administración.

Del *Kamil fi-l-Tarij* de BEN AL-ATHIR (Según versión francesa de Fagnan, 135).

Abu Chaafar Abd Alleh ben Muhammad, el llamado Al-Mansur, preguntó cierto día a unos amigos: "¿Quién es el sacre de los quraixíes? —El Emir de los Creyentes, contestaron, porque organizó el imperio, aquietó las turbulencias y sosegó los ánimos. —No habéis acertado, dijo el califa. —Pues Al-Muawiya, respondieron. —Tampoco ése. —¿Abd al-Malik ben Marwan? —Tampoco. —¿Pues quién es, preguntaron, oh Emir de los Muslimes?" Y dijo: "Abd al-Rahman ben Muawiya, el cual, saliendo ileso, con su astucia, de entre las lanzas y espadas, cruzó el desierto, atravesó el mar, entró en una tierra de infieles, fundó ciudades, reunió ejércitos y organizó un reino, que antes se hallaba en la anarquía, con su buena administración y firmeza de carácter. Muawiya montaba una cabalgadura que le habían preparado Umar y Uthman, allanándole las dificultades; Abd al-Malik había sido proclamado antes de su advenimiento al trono; el Emir de los Creyentes contaba con el apoyo de su familia y la unión de sus partidarios; mas Abd al-Rahman ben Muawiya se hallaba solo, sin más auxilio que su inteligencia, sin más compañero que su firme voluntad".

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 108).

II

EL EMIRATO DE CÓRDOBA

LOS RUBIOS, PROLÍFICOS Y POETAS EMIRES CORDOBESES

Suele todavía imaginarse a la España musulmana —en especial en América— habitada por árabes y moros que cambiaron la faz cultural y económica de la Península, y cuyo vencimiento y expulsión costó a los españoles una caída vertical a simas profundas de incultura y de pobreza. Pero es el caso que la aportación sanguínea oriental o africana fue mínima y no alteró la facies étnica de España. Los miles de hombres que vinieron desde Oriente o desde África se disolvieron pronto entre los millones de habitantes de la Península. Se casaron desde los días de Abd al-Aziz, hijo de Musa, con mujeres españolas. Y, al cabo de varias generaciones de cruces sucesivos, apenas si corrían algunas gotas de sangre no hispana por las venas de los islamitas de Al-Ándalus. No fueron excepción los califas, hijos en su mayoría de esclavas españolas. Y por ello puede advertirse cómo los más de ellos fueron rubios y de tez clara, a semejanza de sus madres vascas o gallegas. Casi todos fueron a la par prolíficos, por la desenfrenada poligamia que practicaron, y en su mayoría gustaron de la poesía, como los árabes anteislámicos y de los primeros tiempos del Islam, de cuyo tronco derivaban.

SUS RETRATOS

Abd al-Rahman I. Era alto, rubio, tuerto, de mejillas enjutas y tenía un lunar en el rostro; llevaba los cabellos esparcidos en dos tirabuzones, y se le daba el sobrenombre de "El Sacre Omeya". Tuvo once hijos varones y nueve hijas.

Hixam I. Este príncipe tenía la tez muy blanca, el pelo rojizo y una excelente vista. Fue padre de once hijos, seis varones y cinco hijas.

Al-Hakam I. Era alto y delgado, de nariz muy correcta y no empleaba afeites; tenía la tez muy morena. Fue padre de diecinueve hijos y veintiuna hijas.

Abd al-Rahman II. El nuevo príncipe era alto, moreno, de ojos grandes y negros, la nariz aquilina, los párpados morenos y larga barba; hacía mucho uso del henné y del ketem. Tuvo cuarenta y cinco hijos y cuarenta y dos hijas.

Muhammad. Tenía la tez clara y sonrosada: era bajo, con la cabeza pequeña y barba abundante; empleaba el henné y el ketem. Tuvo treinta y tres hijos y veintiuna hijas.

Al-Mundhir. Moreno, de cabello ensortijado; empleaba el henné y el ketem; tenía el rostro marcado de viruelas. Tuvo cinco hijos y ocho hijas.

Abd Allah. Tenía la tez clara y subida de color, los ojos azules y nariz aquilina, era rubio, de estatura regular y se teñía de negro. Tuvo once hijos y trece hijas.

Abd al-Rahman III. Tenía la piel blanca y los ojos azul oscuro; era de estatura mediana, hermoso de cuerpo y elegante; se teñía de negro.

Al-Hakam II. Era de un rubio rojizo, tenía grandes ojos negros, la nariz aquilina, la voz gruesa, las piernas cortas, corpulento, los brazos largos y la mandíbula superior muy saliente.

Hixam II. Rubio, de ojos azul oscuro muy grandes, enjuto de rostro, barba rojiza, el cuerpo bien formado y las piernas cortas; muy dado a la devoción, a la vida retirada, se dedicaba a la lectura del Corán y al estudio de las ciencias religiosas y distribuía abundantes limosnas a las personas piadosas, enfermas o indigentes.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDHARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 73, 96, 110, 130, 152, 186, 198, 259, 385, 419).

POESÍAS DE ABD AL-RAHMAN I

En cierta ocasión escribió a Abd al-Rahman ben Muawiya uno de los quraixíes que habían venido a él desde el Oriente, quejándose de la mezquindad de la pensión que le tenía asignada, pidiendo que se la aumentase, y extendiéndose en consideraciones, por la familiaridad y franqueza que le daba el parentesco. El Emir le contestó con los siguientes versos:

"Nadie, como yo, impulsado por una noble indignación y desnudando la espada de doble filo,

"Cruzó el desierto, surcó el mar, y superando olas y estériles campos,

"Conquistó un reino, fundó un poder y un mimbar independiente para la oración.

"Organizó un ejército que se hallaba aniquilado, y pobló ciudades que se hallaban desiertas.

"Y después llamó a su familia toda a paraje donde pudo venir como a propia casa.

"Y él vino, sin embargo, acosado del hambre, ahuyentado por las armas, fugitivo de la muerte.

"Y obtuvo seguridad y hartura, y riquezas y familiares.

"¿Por ventura, el derecho de éste sobre aquél no es superior al de bienhechor y patrono?"

Una vez salió en tren de guerra contra la frontera de Aragón, y al lado de su campamento posáronse una grullas: conociendo su pasión por la caza, vino uno a avisarle y a despertarle el deseo de cazarlas; mas él rehusó, diciendo:

"Déjame de cazar grullas;

"No me anima otro deseo que el de cazar impíos,
"Ya se encuentren en oculta madriguera, o en elevado monte,
"Cuando en mi camino el sol del mediodía lanza sus rayos abrasadores,
"Es mi dosel la sombra de la bandera tremolante.
"Más grato que jardines y alcázares excelsos
"Es para mí el desierto y la morada en la tienda.
"Di, pues, a aquél que duerme sobre cojines:
"La grandeza se acrisola con los sufrimientos de la caminata.
"Para alcanzarla debes arrostrar toda molestia;
"Si no, serás el más abyecto de los mortales".

POESÍAS DE AL-HAKAM I

"Uní las divisiones del país con mi espada, como quien une con la aguja los bordados; y congregué las diversas tribus desde mi primera juventud.

"Pregunta si en mis fronteras hay algún lugar abierto al enemigo, y correré a cerrarlo, desnudando la espada y cubierto con la coraza.

"Acércate a los cráneos que yacen por la tierra como copas de coloquintida;

"Te dirán que en sus acometidas no fui de los que huyeron cobardemente; antes bien, acometí espada en mano.

"Y que yo, cuando retrocedieron espantados del combate, no fui de los que se apartaron por miedo de la muerte.

"Defendí mis derechos y hollé los suyos; humillación y afrenta sufre quien no los defiende.

"Cuando nos dimos a beber mutuamente los raudales de nuestras guerras, yo les di a beber el veneno penetrante de la muerte.

"Por ventura, al hacerlos morir ¿he acrecentado yo la medida de su muerte? Murieron porque así lo había decretado el hado y su destino adverso.

"Mira ahora el país, que he dejado libre de disensiones, llano como un lecho".

☆

"Ramos de Ban, que se columpian orgullosos sobre montones de móvil arena, alejáronse de mí, propusiéronse el apartamiento.

"En nombre de mi derecho los conjuré, y persistieron en su rebeldía a pesar de mi sumisión.

"Dominároнme como a rey, cuya voluntad se humilla al amor, con la humillación del cautivo, aherrojado y preso.

"¿Quién me asegurará que los que arrancaron mi alma de mi cuerpo no me arrebatarán con el amor mi poder y mi soberanía?"

También dijo con este motivo:

"Por el exceso del amor el que antes fue rey vino a ser esclavo.

"El llanto y las quejas amorosas aumentan la tiranía y el apartamiento que ha de acelerar la rápida muerte.

"Las indómitas becerras del alcázar dejáronle sobre la tierra, loco de amor.

"Humillado su rostro por el suelo para complacer a la que lo reclina sobre el lecho de seda.

"Pero bien cuadra la humillación al libre cuando por amor se hace esclavo".

RESPUESTA POÉTICA DE ABD AL-RAHMAN II

"Tus versos, oh Ben Al-Xamr, aventajan a toda poesía y exceden a cuanto puede concebir la mente, la inteligencia, la imaginación.

"Cuando los oídos los perciben, llevan su encanto hasta el alma con abundancia tal, que excede a la misma magia.

"¿Creó acaso el Omnipotente entre todas sus creaciones cosa más grata a los ojos que la hermosura de una virgen,

"En cuya mejilla ves la rosa sobre el jazmín, como vergel que brilla engalanado con sus flores?

"Si me fuera dado, suspendería mi corazón y mis ojos como collar de su cuello y pecho".

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 106, 118 y 120).

VERSOS DE ABD ALLAH

A una esclava dedicó estos versos.

"Triste estoy a causa de la gacela de teñidos ojos, que es de aquéllas que hacen perder todo miramiento.

"Sus mejillas son como una rosa mezclada con blancas flores y narcisos.

"Ramo de Ban cuando marcha inclinándose, lanzando en derredor miradas en que resalta lo negro de la pupila sobre la limpia blancura de los ojos.

"Mi puro amor estará fijo en ella mientras alternen las noches y los días".

A la abstinencia compuso estos otros:

"Oh tú, a quien acecha la muerte, ¿hasta cuándo te ha de alucinar la esperanza?

"¿Hasta cuándo no has de temer la caída, cuando puedes considerar que ya te ha acontecido?

"¿Te has olvidado de buscar la salvación? Pues no hay salvación para el negligente.

"Lejos de ti el dejarte dominar por esperanzas vanas, porque no ha de ser duradera esa mundana preocupación.

"Es como si el día que has vivido no existiese, mientras que tu muerte parece eterna".

UNA POESÍA DE ABD AL-RAHMAN III

"¿De qué manera el que se halla abrumado por los pesares del amor, como yo estoy,

"Ha de desear ni un instante de descanso, ni mezclar el vino con el agua?

"Si una roca sufriera alguno de mis pesares, volveríase tan frágil como un cristal.

"Otras veces, como sabes, libre de los pesares que hoy lamento, gustaba de los placeres;

"Hoy, ausente de mi amada, experimento penas para las cuales no hay remedio.

"La rosa acrecienta mi tristeza, la azucena despierta mi agitación.

"Mis noches, antes tan deliciosas, ahora me parecen feas como rostros deformes.

"Nada esperes de lo que deseas, ni que los cuidados me anuncien su partida".

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 133 y 141).

LA SUCESIÓN DE ABD AL-RAHMAN I

Con su inquebrantable energía, su rapidez y firmeza de decisión, su indomable valor y su desprecio por la vida, que le llevó a jugarse la suya muchas veces y a ordenar muchas más ejecuciones individuales y hasta matanzas en masa —recordemos la de los yemeníes, a quienes debía su trono—, Abd al-Rahman, el Emigrante, había logrado someter a su autoridad a los conquistadores y fundar un reino. Pero el transcurso de una generación (756-788) no ha sido nunca plazo bastante para reducir a unidad a un mosaico de gentes diversas, ni para asentar un estado sobre bases inconmovibles. Y por ello, al morir el primer Omeya de España, volvieron a la superficie los viejos problemas y se alzaron en armas muchos nuevos caudillos ambiciosos y a veces, como en la Frontera Superior (valle del Ebro), los hijos de algunos rebeldes que habían dado harto que hacer a Abd al-Rahman I. Las querellas entre varios de los suyos por la sucesión del trono contribuyeron a aumentar el peligro de que se viniera al suelo el edificio alzado por Ben Muawiya con tanto esfuerzo y a costa de torrentes de sangre. Hixam logró salvar el momento difícil, pero su victoria precaria condujo más a una tregua que a una pacificación. Bastó por lo pronto para mantener en pie la obra del príncipe emigrante.

Se cuenta que Abd al-Rahman ben Muawiya, viéndose próximo a morir, en ausencia de Hixam, que estaba en Mérida, y de Sulayman, que estaba en Toledo, dijo a otro de sus hijos, Abd Allah al-Balansi, que se hallaba junto a él: "Entrega el sello y el poder a aquél de tus hermanos que llegue primero, porque Hixam tiene en su favor su piedad, su continencia y el consentimiento general mientras que Sulayman cuenta en su pro: su edad, su valor y la afección de los sirios". Fue Hixam quien, saliendo de Mérida, se adelantó a su hermano y vino a acampar en Rusafa. Temía que su hermano Abd Allah, dueño de Córdoba, del palacio y de los tesoros, pensara rechazarle; pero Abd Allah fue a su encuentro, le transmitió el poder y el sello, conforme a las últimas instrucciones de su padre y le dejó penetrar libremente en el palacio.

Según el relato de Al-Razi, Sulayman, cuando supo la transmisión del poder a su hermano Hixam, se hizo prestar juramento por los toledanos y por los habitantes de los alrededores y, después de haberse asegurado la posesión de tal zona, se preocupó de Hixam. En seguida Said ben Al-Husain al-Ansari se sublevó en Sagunto, en la región de Tortosa, y avanzó sobre Zaragoza de donde expulsó al gobernador; sembró la discordia en el país y, presentándose como candidato [al trono], hizo estallar la guerra civil, al desencadenarla entre los mudharíes y los yemeníes. Musa ben Fortun, que era del partido mudharí, marchó contra Zaragoza y la tomó. Tuvo lugar un combate entre él y los yemeníes, les mató algunos hombres y luego entró en Zaragoza. En seguida Matruh ben Sulayman al-Arabi, renovando las pretensiones de su padre, avanzó desde Barcelona y conquistó Huesca, Zaragoza y toda la frontera.

En 173 [31 mayo 789], siete meses después de la muerte de su padre, Abd Allah al-Balansi comenzó a ambicionar el poder que había estado sin embargo al principio entre sus manos. Poco contento del respeto que le testimoniaba Hixam, de los esfuerzos que hacía para satisfacerle y de la consideración con que le honraba por cima de sus otros hermanos, hubiera querido participar en el ejercicio mismo del poder. Se puso, pues, en camino para unirse con Sulayman en Toledo. Hixam, temeroso de las consecuencias de su marcha, envió tras él mensajeros encargados de contentarle y de moverle a regresar; pero no pudieron alcanzarle y Abd Allah llegó a Toledo.

En el mismo año Hixam marchó contra Sulayman e instaló su campamento bajo los muros de Toledo, donde se encontraba. Sulayman dejó entonces en la ciudad a Abd Allah y a su hijo, se fugó secretamente y, deseoso de intentar un golpe de mano, avanzó a marchas forzadas hasta Secunda, donde tomó posiciones, mientras los cordobeses salían a hacerle frente. Cuando Hixam tuvo noticia de tal expedición no se inquietó por ella y se limitó a enviar a su hijo Abd al-Malik detrás de su hermano. Al aproximarse aquél a Córdoba, Sulayman huyó y escapó en otra dirección; luego tomó la vuelta de Mérida, pero su gobernador Hudayr, llamado

Al-Madhbuh, marchó contra él y le derrotó. Por lo que hace a Hixam, se retiró de Toledo después de haberlo tenido sitiado durante tres meses.

En 174 [20 mayo 790] Abd Allah al-Balansi fue al encuentro de su hermano Hixam, aún sin haber recibido ninguna oferta ni tampoco la amnistía y aquél le instaló en casa de su propio hijo Al-Hakam.

En el mismo año Hixam envió contra Tudmir una expedición mandada por su hijo Muawiya, a quien asistían los dos generales Xuhaid ben Isa y Tamman ben Alqama. Tales jefes subyugaron Tudmir o Murcia y llegaron hasta el mar. Sulayman se encontraba en las fronteras de tal provincia. Hubo de pedir gracia. El emir exigió que abandonase Al-Ándalus y se comprometió a entregarle sesenta mil dinares. Sulayman se embarcó con sus mujeres y sus hijos y fue a instalarse en Berbería. Y Hixam se encontró así tranquilo, gracias a Alá, por lo que hacía a sus hermanos.

En 175 [10 mayo 791] Hixam confió a Ubayd Allah ben Uthman la dirección de una campaña contra Zaragoza, donde se encontraba entonces el ya dicho Matruh. Ubayd Allah comenzó por sitiar la ciudad, después fue a instalarse en Tarazona, y desde allí continuó el bloqueo hasta que el rebelde fue reducido a la impotencia e imposibilitado de continuar resistiendo. Entonces habiendo Matruh salido de caza un día, en compañía de Amrus ben Yusuf y de Ben Saltan, éstos aprovecharon el momento en que descabalgó a estrangular el ave sobre la que había enviado su halcón, para golpearle, a quien más podía, con sus espadas, y luego le cortaron la cabeza y la llevaron a Ben Uthman, que estaba en Tarazona. Marchó éste en seguida sobre Zaragoza, penetró en ella sin encontrar resistencia y después de instalarse allí envió a Hixam la cabeza de Matruh.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idhari (Según versión francesa de Fagnan, II, 98).

INSTANTÁNEAS DE HIXAM I

Hixam, continente, piadoso, justiciero, de poca autoridad, no parecía el príncipe llamado a consolidar la obra de su padre, el bravo, enérgico y cruel Abd al-Rahman. Pero ya con ocasión del problema sucesorial mostró agilidad y decisión, y el mismo contraste de sus dotes naturales con las de su predecesor favorecieron su empresa. Porque tras duras y sangrientas jornadas de represión, los pueblos gustan siempre de las horas quietas y tibias de la paz interior. El hijo del príncipe emigrante redujo por la fuerza a sus hermanos y a los rebeldes; pero, después, afirmado en el trono, su piedad y su fervor religioso guiaron su conducta. Se consagró a la guerra santa contra los politeístas, como llamaban a los cristianos, trinitarios, los musulmanes adoradores del dios único; procuró atraer a los cordobeses y, en general, a todos los hispanos, a la fe islámica y a la oración en las mezquitas, y fue en extremo justiciero.

PIEDAD Y JUSTICIA

Solía Hixam remitir bolsas llenas de dinero para que lo repartiesen entre los que asistían a las mezquitas en noches lluviosas y oscuras, procurando de esta suerte que fuesen frecuentadas. Cuéntase también de él que era el más enérgico de los hombres para reprimir el despotismo de sus gobernadores y sirvientes. Cierto sujeto, víctima de la injusticia de uno de aquéllos, salió un día al encuentro del emir, cuando éste iba acompañado de su comitiva, que con su estrépito impidió que pudiese oírle. Uno de los del cortejo, que estimaba grandemente al gobernador, apresuróse a salir al encuentro del querellante, y ocultándose en su morada, reconoció la razón que le asistía y prometió que se le haría justicia. Después escribió al gobernador lo ocurrido, y éste procuró complacer al ofendido y ganar su afecto de tal modo, que se dio por satisfecho. Fuéle referido a Hixam el caso de aquel querellante que había salido a su encuentro, y a quien habían apartado antes de que llegase a él, y enojóse por ello sobremanera. Dijéronle que ya le habían otorgado cumplida justicia, y que le habían hecho tales y cuales cosas para complacerle; mas él replicó: "La satisfacción dada por el tirano al ofendido no basta, si antes no siente aquél el peso de la ley"; y mandando llamar al tiranizado, le dijo: "Declara bajo juramento todas las ofensas que de él hayas recibido, a excepción de las penas que te haya impuesto con arreglo a la ley de Dios". En efecto, no declaró bajo juramento cosa alguna de que no recibiese satisfacción. Esta manera de reprimir a todos sus gobernadores era más eficaz que el látigo y la espada.

EL PRECIO DE LA SANGRE

Se cuenta de él, con referencia a la época en que aún no era califa, la siguiente anécdota: Estaba cierta vez sentado en una galería que daba sobre el río, mirando desde allí el arrabal, cuando vio venir a uno de la tribu Qinana, protegido suyo, que venía por el camino de la qura de Jaén, de donde era natural y en la que ejercía el cargo de gobernador su hermano Abu Ayyub. Viendo cuán apresuradamente caminaba, a pesar del calor, llamó a uno de sus esclavos y le dijo: "Estoy viendo a Al-Quinani, mi protegido, que se acerca, y no comprendo que pueda venir por otro motivo sino por algún asunto desagradable que le haya ocurrido con Abu Ayyub. Colócate en la puerta, y cuando llegue hazle entrar aquí tal como viene". Le hizo entrar cuando llegó, e Hixam, ocultando detrás de una cortina a una esclava que tenía consigo, le dijo: "¿Qué te pasa, Quinani? Creo que será algún asunto que te preocupa. —En efecto, contestó, uno de mi tribu ha matado involuntariamente a otro sujeto. El precio de la sangre se ha cargado sobre todos los parientes paternos; mas siendo multados todos los de Qinana, yo he sido más especialmente recargado. Sabiendo Abu Ayyub las relaciones que me unen contigo, se ha dirigido contra mí, y vengo a

pedirte que me ampares en este agravio que se me hace. —Sosiega tu temor, dijo Hixam, porque yo me ofrezco a pagar por ti y por todos tus parientes"; y dirigiendo la mano detrás de la cortina, tomó un collar que tenía la esclava, y que le había costado 3.000 dinares. Se lo dio, y le dijo: "Paga con esto por ti y por los tuyos, y guárdate lo restante". Mas Al-Qinani le replicó: "No he venido a pedirte (dinero), porque no me falta con qué pagar la multa que se me ha impuesto; pero por el agravio e injusticia que se me ha hecho, deseo que se manifieste todo el poder de tu amparo y que aparezcan las muestras de tu protección. —Pues, ¿de qué manera quieres que te favorezca? —Quiero que el Emir, Dios le conserve en paz, escriba a Abu Ayyub para que no exija de mí lo que no me corresponde, y me trate como a los demás parientes. —Conserva el collar, dijo Hixam, hasta que Dios facilite el cumplimiento de lo que deseas"; y montando a caballo en el momento mismo, fue a ver a Abd al-Rahman, que estaba en la Rusafa. Cuando le anunciaron que Hixam se hallaba a la puerta, dijo: "Sin duda alguna cosa le ocurre, cuando viene a estas horas". Hixam, al entrar, permaneció de pie, y habiéndole dicho Abd al-Rahman que se sentase, repuso: "Dios favorezca al Emir; ¿cómo he de sentarme con la pesadumbre que me desconsuela y acongoja?" Refirióle el suceso, y le rogó que le concediese lo que pedía y accediese a su solicitud, a lo cual el Emir le dijo: "Siéntate; porque se otorgará lo que desees y se accederá a lo que pidas; ¿qué piensas que debe hacerse en este asunto? —Escribir, dijo Hixam, a Abu Ayyub para que no le moleste, ni tome de él lo que no deba". El Emir Abd al-Rahman dijo: "Aún será mejor que eso; supuesto que tanto proteges a ese hombre, el precio de la sangre se pagará del Tesoro público, y se declarará a los de Qinana libres de toda carga, merced a tu protección y a tu eficaz influencia en su favor". Diole Hixam cumplidísimas gracias, y el Emir mandó que se pagase la multa del Tesoro público, y se escribiese a Abu Ayyub que no molestase a Al-Qinani ni a su familia. Cuando se dispuso éste a regresar a su país, y fue a despedirse de Hixam, dijo: "He conseguido aún más de lo que deseaba, y he obtenido el más eficaz de los apoyos, sin que, a Dios gracias, necesite el collar. Hele aquí; lo que es favor para los Banu Qinana por la carga de que se les alivia, no sea disfavor para la esclava por la alhaja de que se la despoja". Hixam le respondió: "Jamás, oh Qinani, vuelve a mi poder lo que una vez he dado de esta manera; tómale y séate de provecho; que Dios dará a la muchacha mejor collar que ése".

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 110).

MORDIDO POR UN PERRO

A Hixam le ocurrió un caso cierto día, y fue que, al volver del entierro de Taalaba, hijo de Ubayd, hacia la casa del difunto, le acometió un perro de una casa de las inmediaciones del tan conocido cementerio de Quraix; le agarró de la capa de tela doble de Meru que solía vestir y se la rasgó. Hixam ordenó al gobernador de Córdoba que impusiera al dueño de aque-

lla casa la multa de un dirhem por haber soltado un perro en lugar en que se producían molestias a los musulmanes. Pero después, al salir de la casa de Taalaba, hijo de Ubayd, mandó que le levantaran la multa del dirhem, diciendo: "Seguramente habremos afligido al amo de la casa más de lo que vale el disgusto (del rasguño) del vestido".

CONSULTA A UN ASTRÓLOGO

Cuéntase de Hixam que, cuando ocupó el trono, envió un emisario a Algeciras para que hiciera venir al astrólogo Al-Dabbi, a quien dijo: "No dudo que tú te habrás ocupado ya de mí, cuando habrá llegado a tu noticia (mi subida al solio); te conjuro, pues, por Dios, que me digas mi buena o mi mala ventura, según a ti te parezca". Y contestóle Al-Dabbi: "Yo te conjuro, por Dios, para que me eximas de ello". Hixam le dispensó; pero, pasados algunos días, reveló el secreto; lo supo Hixam por uno que le fue a visitar y le mandó llamar de nuevo. Al presentarse le dijo: "Ciertamente, si yo te lo pido, ¡pardiez!, no es porque imagine que sea verdad lo que tú digas, sino que lo hago sólo por el placer de oírlo; de manera que si me dices cosas que puedan causarme disgusto, con seguridad te perdonaré, gratificaré, regalaré vestidos y retribuiré, del mismo modo que te retribuiré porque me manifiestes lo que ha de darme placer". Y le dijo Al-Dabbi: "Pues... de seis a siete (años)". Bajó la cabeza Hixam un rato (meditando estas palabras); la levanta en seguida y dice: "¡Oh, Al-Dabbi!, en realidad de verdad, si ello sucede (acabarse la vida) adorando a Dios, será fácil de soportar". Regalóle un traje de honor, le gratificó y autorizóle para que se marchara a su país. Hixam se retiró del mundo y se dedicó al servicio de Dios: que Él le haya perdonado.

Hixam gobernó a sus súbditos como pudiera gobernar el más celoso por la felicidad de los mismos, con suavidad, justicia, humildad; solía visitar a los enfermos, acompañar los entierros; disminuyó el pago de los diezmos; cobraba la limosna legal; y era tan modesto en el vestir como sin pompa en el montar.

Del *Iftitah al-Ándalus* de Ben Al-Qutiya (Trad. Ribera, 22).

ABD AL-KARIM BEN MUGAYTH FRENTE A ALFONSO EL CASTO

Durante las guerras civiles que padecieron los conquistadores musulmanes de España, en los decenios centrales del siglo VIII, y durante la larga serie de revueltas que hubo de vencer Abd al-Rahman I, en el curso de su dramático reinado, no hubo en Córdoba vagar bastante para ocuparse de los cristianos de Asturias. Sólo en los últimos años de su vida envió al norte a dos expediciones victoriosas el primer Omeya de Al-Ándalus. Su hijo, el piadoso Hixam I, inició la acometida a fondo contra el reinecillo septen-

trional que regía Alfonso el Casto. En la primera campaña los islamitas sufrieron la gran derrota de Lutos, que costó la vida a su caudillo y de la que un único cronista arábigo da fugaz noticia. Al año siguiente el hermano del vencido trató de estrangular la resistencia astur. No lo logró, y las expediciones, siempre por él dirigidas, continuaron en los reinados del hijo y del nieto de Hixam, cada vez que los problemas interiores daban plazo para ello, aunque se enviaran también, en ocasiones, expediciones contra la Marca Hispánica. Por tres veces dirigió esas empresas Abd al-Karim ben Mugayth.

ASTURIAS RESISTE

En 179 [22 mayo 795] Hixam colocó al frente de la expedición estival a Abd al-Karim ben Mugayth, que llegó hasta la ciudad de Astorga en plena Galicia. Tal general supo entonces que Alfonso (II) había hecho levas en sus estados, había pedido auxilio a los vascos y a las poblaciones vecinas, a los normandos y a otros; que, con estos auxiliares, estaba acampado en la comarca situada entre Galicia y la Sierra y que había autorizado a los habitantes del llano a acogerse a las montañas del litoral. Abd al-Karim se hizo preceder por una vanguardia de cuatro mil jinetes mandados por Farach ben Qinana: siguió los pasos de su lugarteniente y libró a los enemigos una batalla en que Alá les venció, sus más bravos guerreros perecieron y un gran número de ellos, que cayeron en nuestras manos, fueron ejecutados tras el combate por orden de Abd al-Karim. Después la caballería lanzada a razziar todos los poblados, destruyó los sembrados que halló a su paso y destrozó las construcciones con que tropezó. El general avanzó en seguida hasta el río Quirós, donde encontró a Gundemaro a la cabeza de tres mil jinetes, sus tropas fueron derrotadas y sufrieron pérdidas considerables y Gundemaro cayó prisionero mientras nuestros guerreros destrozaban cuanto el país contenía. Abd al-Karim, deseoso de apoderarse de Alfonso, continuó su marcha, pero entonces este príncipe abandonó la montaña donde se encontraba y trató de evitar a su adversario ganando una sólida fortaleza que había construído sobre la ribera del Nalón. Pero Abd al-Karim marchó sobre sus talones, incendió todos los poblados donde tras él entró y se apoderó de las riquezas que encontró en ellos. Llegó así hasta la fortaleza de la que había salido Alfonso para instalarse en otra. Abd al-Karim se alojó en la plaza vacía, encontró en ella víveres y toda clase de aprovisionamientos. Al día siguiente de su llegada envió sobre las huellas del fugitivo a Farach ben Qinana y diez mil jinetes, y a su aproximación Alfonso huyó precipitadamente, abandonando a nuestros ejércitos todos sus aprovisionamientos y tesoros, de los que se apoderaron (los musulmanes).

CAMPAÑA CONTRA CASTILLA

En el año 200 [11 agosto 815] el visir Abd al-Karim ben Mugayth, encargado de la dirección de una campaña contra los infieles, penetró en pleno país enemigo y destruyó sus víveres, instalaciones y cultivos, arruinó sus poblados y sus plazas fuertes, de tal manera que se apoderó de todos los pueblos del río Naharón. Entonces los cristianos (¡que Alá los aniquile!), concertándose, acudieron de todas partes y vinieron a acampar sobre la otra orilla del río Naharón, cuyas aguas les separaban de los musulmanes. Al alba, Abd al-Karim, a la cabeza de sus tropas, se dirigió a los vados, pero los enemigos defendieron cada uno de los pasajes, mientras los nuestros les respondían valientemente y como hombres que quieren merecer el cielo. Luego los cristianos tomaron la ofensiva y se esforzaron en pasar el río. Los musulmanes les impidieron el paso primero, y luego dieron una carga y cayeron sobre ellos a sablazos y lanzadas. La mayor parte de las víctimas, cuyo número fue incalculable, perecieron cayendo en precipicios y aplastándose los unos a los otros. Después de haberse servido de sus armas para aumentar las dificultades del acceso, cavaron trincheras y fosos. Pero sobrevinieron las lluvias y los cristianos quedaron sin abrigo, porque destruyeron todas sus obras de defensa. Mas los musulmanes se hallaron también en una situación difícil y Abd al-Karim, batiéndose en retirada, entró victorioso (en Córdoba) el siete de Dzu-l-qada.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDHARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 102, 121 y 133).

TRISTE FIN DEL ÚLTIMO PRÍNCIPE EMIGRANTE

Sulayman era el primogénito de Abd al-Rahman I. Había nacido en Siria y allí había permanecido mientras su padre peregrinaba hasta Occidente y se tallaba un reino en España, a golpes de audacia y de espada. Ben Muawiya había luchado pensando en su retoño oriental, y tanto para sí como para él. Apenas asentado en el trono envió a buscarle y le recibió con el máximo regocijo con que se puede abrazar a un hijo tras largas horas de destierro y ausencia. Sulayman había heredado el valor, pero no el talento paterno. En España nacieron a Abd al-Rahman otros hijos. Los dotes de Hixam ganaron el corazón de su padre y justifican sus vacilaciones. El príncipe siríaco no se resignó a que ocupara el trono el príncipe español segundogénito. Vencido por él y obligado a emigrar otra vez —triste suerte la de éste sin patria— volvió a la lucha al morir su hermano; pero esta vez tropezó con un soberano tan enérgico y cruel como su padre Ben Muawiya. En el juego trágico perdió la cabeza, y el último príncipe emigrante cayó así, como habían caído tantos rebeldes, en su nueva patria occidental.

Sulayman y Abd Allah, uno y otro hijos de Abd al-Rahman ben Muawiya, se encontraban en la costa de África cuando murió Hixam (I); Abd Allah se embarcó en seguida y puso pie en el litoral español.

En 181 [5 marzo 797] Bahlul ben Mazuk, llamado Abu-l-Hachchach, se sublevó en la Frontera Superior contra el emir Al-Hakam, penetró en Zaragoza y se adueñó de ella; Abd Allah, hijo del emir Abd al-Rahman ben Muawiya, que se dirigía hacia Francia, se instaló junto a él.

En 182 [22 febrero 798]... Sulayman ben Abd al-Rahman ben Muawiya desembarcó en Al-Ándalus desde el litoral africano. En el mes de Xawwal (nov.-dic.) avanzó para librar batalla con Al-Hakam, pero fue derrotado después de un combate encarnizado. En el mismo año Sulayman volvió una vez más a combatir, pero fue de nuevo derrotado por el emir, en Baqita.

En 184 [12 febrero 799] Sulayman, seguido de los bereberes que se le habían unido, se dirigió hacia la región de Écija. Al-Hakam le presentó batalla en las vecindades de tal ciudad y le derrotó después de varios días de combate. Otro encuentro tuvo lugar entre ellos en el curso del mismo año y Sulayman hubo de huir de nuevo.

En 184 [1 febrero 800] Abu Ayyub Sulayman ben Abd al-Rahman reclutó tropas en el este de la Península y acampó primero en Jaén y luego en Elvira, distritos en que se le unieron algunos partidarios. Al-Hakam le atacó y se combatió durante varios días; estuvo a punto de ser derrotado, pero finalmente triunfó, aunque Sulayman logró escapar y fue considerable el número de muertos que cayeron en el combate. Al-Hakam envió en persecución del vencido a Asbagh ben Abd Allah; le encontró en la región de Mérida, le hizo prisionero y le condujo a presencia de Al-Hakam. El emir ordenó su ejecución y remitió su cabeza a Córdoba.

En 186 [10 enero 802] el príncipe envió una promesa de perdón a su tío Abd Allah Al-Balansi. Era su primer gesto para con él y el primer escrito cambiado entre ellos desde que Abd Allah se había establecido en Valencia.

En 187 [30 diciembre 802], se otorgó el perdón a Abd Allah al-Balansi, y restableció la paz mediante la concesión al mismo de una pensión mensual de mil dinares y de regalos anuales de igual valor. Yahya ben Yahya y Ben Abi Amir le llevaron el documento en que se le otorgaba la amnistía; se llegó al acuerdo en las condiciones ya conocidas y con la obligación por parte de Abd Allah de residir en Valencia; los dos embajadores condujeron a Córdoba al hijo de Abd Allah y Al-Hakam le casó con su hermana carnal.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idhari (Según versión francesa de Fagnan, II, 110, 111, 113).

FRENTE A LOS INVASORES FRANCOS DE CATALUÑA

Desde la fracasada expedición de Carlomagno del 778, el soberano franco sintió cada vez mayor interés hacia las cosas de España. Antes de que

acabara el siglo, habían sus ejércitos cruzado los pasos pirenaicos y comenzado la conquista de la Cataluña de hoy. En 177 [793-794] Hixam envió una gran expedición vengadora a las órdenes de Abd al-Karim ben Mugayth que reconquistó Gerona, llegó hasta Narbona y obtuvo tan rico botín que con su monto —45.000 monedas de oro— se pagaron las obras de la mezquita y del puente de Córdoba. Pero con el siglo comenzaba la gran presión de los francos mandados por Ludovico Pío, hijo de Carlos y rey de Aquitania. Los musulmanes españoles resistieron y aun triunfaron a las veces; pero a la postre la Cataluña vieja fue incorporada al imperio carolingio con el nombre de Marca Hispana, y el Islam hispano vio surgir un nuevo foco cristiano en Levante.

En 193 [25 octubre 808] Roderik, príncipe de Francia (Ludovico Pío), avanzó por la zona de Tolosa (Cataluña); Al-Hakam envió contra él un numeroso cuerpo de tropas a las órdenes de su hijo Abd al-Rahman y escribió además a Amrus y a Abdun, gobernadores de la frontera, para que le ayudaran con todos los habitantes del país que gobernaban. Abd al-Rahman llegó con los soldados del *chund* (ejército regular), se le reunieron los reclutas y afluyeron los voluntarios. Nuestras huestes chocaron con las del rey cristiano que invadían nuestro territorio y después de un sangriento combate en que Alá sostuvo el ardor de los musulmanes, los cristianos fueron puestos en fuga y padecieron tal matanza que la mayor parte de ellos pereció.

En el mismo año 199 [22 agosto 814] Abd Allah al-Balansi, tío paterno del emir Al-Hakam, emprendió por orden de éste una expedición, famosa por el triunfo brillante conseguido en Barcelona. Un jueves, el mismo día de la llegada del citado jefe junto a tal ciudad, ocurrió que los infieles se instalaron allí también. Sus compañeros, ardiendo en deseos de pelear, querían emprender la batalla en el acto; pero él los contuvo hasta el día siguiente viernes, en que, cuando el sol comenzó a declinar, dispuso sus tropas en orden de combate e hizo preparar las máquinas de guerra; después hizo una plegaria de dos reqas, dio orden a los heraldos para que hicieran las proclamaciones necesarias, saltó a caballo con su séquito y cayó sobre el enemigo. Imagino que si obró así fue porque conocía bien y quería seguir un precepto contenido en una tradición del Profeta, según el cual es preciso combatir cuando empieza a sentirse la brisa, momento en que las puertas del cielo se abren y las oraciones son escuchadas. Así Alá entregó a los nuestros las espaldas de los infieles que fueron derrotados y casi todos muertos y cuya dispersión fué total. Cuando terminó el combate Abd Allah hizo plantar en tierra largas lanzas y las cabezas de los caídos en la lucha pronto las cubrieron.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idhari (Según versión francesa de Fagnan, II, 117 y 119).

LA JORNADA DEL FOSO: MATANZA EN TOLEDO

La conquista de la Península por los árabes había dejado abatidos a los españoles. Durante el siglo VIII vivieron al margen de la vida política, sometidos y silenciosos. Una minoría de orientales y de berberiscos dominaba a España. Les hemos visto combatir por el poder en numerosas contiendas civiles. Mas al alborear el siglo IX los hispanos sometidos al señorío de los musulmanes, todavía cristianos —mozárabes— o ya islamitas como sus dominadores —maulas—, alzaron la frente, adquirieron conciencia de su número y de su fuerza, se sintieron irritados por la explotación de que eran víctimas y comenzaron la serie de movimientos y revueltas, que habían de durar hasta la pacificación de Al-Ándalus por Abd al-Rahman III. Entre los que primero se sublevaron contra Córdoba figuraron los habitantes de tres de las mayores ciudades de la España romana y visigoda: Toledo, Mérida y Zaragoza. La antigua capital hispano-goda dio harto que hacer a los emires durante más de un siglo. He aquí la sangrienta represión de que los toledanos fueron víctimas en 807, con ocasión de uno de sus primeros alzamientos.

Al-Hakam tuvo en España tres (lamentables) grandes conflictos. Uno de ellos el de Toledo, que fue así: Los toledanos eran gente tan revoltosa e insubordinada que no hacían caso de los gobernadores, hasta un extremo a que jamás llegaron vasallos de ningún país respecto a sus autoridades. Vivía entre ellos el poeta Garib el Toledano, hombre experto y astuto, por cuyo consejo los de Toledo se dejaban guiar, y no podía esperarse que la autoridad pudiera dominarles mientras él viviese. A su muerte hizo venir Al-Hakam a Amrus, conocido por el Muwalad, desde Huesca (éste fue el antepasado de los Banu Amrus, los Sayadíes), y procuró atraérselo haciéndose amigo y admitiéndole en su intimidad. Luego descargó su corazón en él, respecto a los planes que tenía formados con los de Toledo, diciéndole: "Ya no me queda otra esperanza de obtener de ellos lo que de justicia me deben, si no es por tu mediación". Al-Hakam esperaba que los toledanos estuviesen dispuestos en favor de Amrus, por ser éste del mismo partido o parcialidad. Le hizo comprometerse en ello, y le nombró gobernador de Toledo; al propio tiempo escribió a los toledanos una halagadora carta, diciéndoles: "He elegido por gobernador vuestro a un hombre de vuestro mismo pueblo, en vez de mandaros uno de mis clientes. Éste se manejará libremente en la gobernación de la provincia". Aparte le dictó a Amrus los medios por los cuales esperaba conseguir lo que deseaba, y entre las cosas que le ordenó fue la siguiente: Cuando los toledanos se familiaricen contigo y te tengan como uno de ellos, por haberles manifestado secretamente que deben quererte a ti más que a los Banu Umayya y sus amigos, a los cuales tú les odias a todos, les dirás: la hostilidad surgida entre vosotros y los gobernadores del sultán ha provenido de la excesiva familiaridad y trato (en que se ha metido) la guarnición con vosotros, vuestros hijos y vuestras

mujeres. Yo tengo la idea de construir una fortaleza a una parte de la ciudad para que viva en ella la guarnición y estén alejados de vosotros; de esta manera estaréis libres de sus maldades". (Hecho todo lo que deseaba el sultán), los toledanos consintieron en que estuviese la alcazaba en el centro de la ciudad y no en un extremo, y eligieron el monte que luego ha venido llamándose monte de Amrus hasta nuestro tiempo. Edificó, pues, en él un alcázar y sacó la tierra de un foso que se hizo en el interior de ese palacio. Cuando se terminó la obra y se fue allí Amrus a habitar, hízoselo saber a Al-Hakam, y éste mandó a uno de los generales que tenía en las fronteras que escribiese una carta en la que dijera que el enemigo se le echaba encima y que necesitaba mayor contingente de tropas, no sólo de los afectos al servicio militar, sino también de voluntarios. Hecho esto, como había ordenado el monarca, reclutóse gente en Córdoba y otras partes, y Al-Hakam mandó a su hijo Abd al-Rahman, que entonces tenía catorce años, y a tres de sus ministros, que se fuesen allá. Al-Hakam había escrito de antemano una carta que llevó uno de sus fieles servidores de palacio con orden de entregarla a los ministros cuando se reuniesen con Amrus. Al llegar el ejército a las inmediaciones de Toledo, a un lugar que se llama Alchayarín, recibió Abd al-Rahman la noticia de que el enemigo (supuesto que se dirigía contra el general que estaba en las fronteras) se había retirado. Amrus dijo entonces a los toledanos: "No habrá más remedio que salir a visitar al príncipe, cuya vida guarde Dios; vosotros también tendréis que hacer lo mismo". Él y los toledanos fueron a visitarlo. Cuando llegaron al campo, mandó el príncipe que se les hiciera venir a su presencia; y una vez venidos, les trató con tales atenciones que llegaron a familiarizarse con él. "Después tuvo conferencia secreta Amrus con los ministros, le fue entregada la carta (que Al-Hakam había escrito) y se la leyeron a aquél. En ella se decía que encomendara Amrus a los toledanos que éstos pidiesen que se invitara al príncipe a entrar en Toledo para que les hiciese ese honor e intimaran con él; que el príncipe opusiera dificultades y rehusase entrar en Toledo hasta que le invitasen a comer, y cuando se diera el convite él se dejara conducir y que entrara en la fortaleza para cuidar cómo se había de arreglar la comida que se les había de dar, atenderles bien y regalarles vestidos y demás preparativos del festín". Se le había encargado anteriormente a Amrus, cuando construyó la fortaleza, que tuviese dos puertas. Sucedió, pues, que le pidieron aquello los toledanos; a lo primero él rehusó, pero al fin aceptó; dirigióse a la ciudad, entró en la misma y vino a la fortaleza. Luego mandó que se tuviera a punto todo lo que era menester para el banquete en el día siguiente, disponiendo que asistiesen las personas principales, tanto de la ciudad como del campo. Efectivamente, se presentaron y se les mandó que entrasen por una puerta y las cabalgaduras se mandasen a la otra, por donde habían de salir. Los verdugos se colocaron al borde del foso y a todos los que entraban les cortaban el cuello, hasta que ascendió el número de los muertos a 5.300 y pico. La visión de la espada se le fijó a Abd al-Rahman en los ojos; nunca pudo borrarla mientras vivió. Cuéntase que un

médico de Toledo, al acercarse a la puerta por la que habían entrado los convidados, no encontrando a su llegada que hubiera salido nadie, y eso que ya andaba muy avanzado el día, dijo a los toledanos que estaban alrededor de la puerta: "¡Compañeros! ¿Dónde están nuestros amigos que entraron por la mañana?" Entonces le dijeron que por la otra puerta habían de salir. Él añadió: "Pues yo no he visto a nadie que haya vuelto". Luego levantó los ojos, vio el vapor de la sangre y exclamó: "¡Oh toledanos! La espada ¡voto a Dios! es la que causa en vosotros este vapor de sangre, no el humo de la cocina". El haber dicho esto fue causa para que la gente se dispersara y algunos toledanos se salvasen. De allí en adelante, mientras reinó Al-Hakam y todo el tiempo que ocupó el trono su hijo Abd al-Rahman, se mantuvieron en obediencia; pero a la muerte de este último se sublevaron, como veremos en el lugar correspondiente, si Dios quiere.

Del *Iftitah al-Ándalus* de Ben Al-Qutiya (Trad. Ribera, 36).

REVOLUCIÓN EN CÓRDOBA

En el curso del siglo VIII muchos españoles aceptaron la religión de sus dominadores musulmanes y se convirtieron al Islam. La peculiar concepción hispana de las relaciones del hombre con la divinidad hizo de estos nuevos islamitas creyentes fervorosos. Los teólogos o faquíes de Córdoba chocaron con el amor a la vida del emir Al-Hakam, y su orgullo de intelectuales sufrió mal su apartamiento de los negocios públicos. Prepararon el destronamiento del soberano, pero fracasó su conjuración. Excitaron entonces contra Al-Hakam a los renegados cordobeses. Se alió en éstos, contra el príncipe, su celo religioso y su nacionalismo, que no soportaba la arrogancia de los mercenarios del sultán de origen africano, llamados "los mudos" por su ignorancia del romance. Estalló la rebelión en Córdoba en mayo del 817. Al-Hakam, aunque se halló en grave aprieto, logró vencer. Perdonó a los faquíes, de su raza, pero los españoles del arrabal de Secunda, al sur del Guadalquivir, fueron desterrados. Parte de estos exilados políticos pobló Fez; los más alcanzaron el Mediterráneo oriental y allí escribieron páginas heroicas de la historia hispana, en Alejandría y en Creta. He aquí varias noticias de autores diferentes sobre la revolución cordobesa.

CONJURACIÓN TRAICIONADA

Desde el comienzo de su reinado, Al-Hakam se lanzó abiertamente a beber vino y se abandonó a los placeres. Córdoba era entonces una ciudad estudiosa, donde se encontraban sabios notables y gentes piadosas, entre otras Yahya ben Yahya Laytzi, que había estudiado la Mawatta con el mismo Malik y con otros. Los cordobeses censuraron la conducta del príncipe, comenzaron a exaltarse, le tiraron piedras y quisieron matarle, pero pudo defenderse gracias al auxilio de las tropas presentes del *chund* y la

calma se restableció. Algunos días después los notables y los faquíes de la ciudad se reunieron en casa de Muhammad ben al-Qasim Quraixi Marwani, tío paternal de Hixam ben Hamza; habían recibido el juramento de fidelidad prestado por los habitantes a ese príncipe y le habían informado del asentimiento general de que su candidatura era objeto. Pidió una noche de descanso para reflexionar sobre el particular y para tener tiempo de pedir consejo a Alá. Después de retirarse fue a buscar a Al-Hakam y le notificó lo que pasaba, protestando de su fidelidad. Como Al-Hakam le pidiera pruebas de lo que le había referido, llevó consigo a uno de los confidentes del príncipe y le hizo sentar, sin revelar su presencia, en una cámara abovedada de su palacio. Cuando las gentes volvieron para preguntarle si aceptaba o no, les expresó sus temores por sí mismo, les hizo ver la importancia del asunto y les pidió sus nombres y los de sus secuaces. Éstos enumeraron todos sus principales partidarios, de los cuales tomó nota el confidente de Al-Hakam. Muhammad ben al-Qasim fijó entonces la realización del complot para el viernes siguiente, en la mezquita. Pero el mismo día, que era jueves, él y el confidente de Al-Hakam dieron todos estos detalles a Al-Hakam; antes de que llegara la noche el emir hizo detener hasta el último de los conjurados y algunos días más tarde les crucificó a la puerta de su palacio. El número de los que perecieron se elevó a setenta y dos, entre los cuales se encontraban el hermano de Yahya ben Yahya y Ben Abu Kab. Fue una jornada horrible, que no hizo sino aumentar el odio de los habitantes contra Al-Hakam.

LA JORNADA DEL ARRABAL

En 198 [31 de agosto de 813] tuvo lugar en Córdoba la revuelta llamada del arrabal. Los hechos pasaron de la manera siguiente: El príncipe omeya reinante Al-Hakam ben Hixam casi no se ocupaba más que en jugar, cazar, beber y en otros placeres semejantes y, por otra parte, la ejecución de muchos de los principales habitantes de la ciudad le hizo odioso a la población, que era injuriada y maltratada por los mercenarios del emir.

El desorden llegó a tal punto que, cuando se convocaba a la plegaria, el populacho gritaba: "¡Ven a rezar, borracho, ven a rezar!" y cuando alguno lanzaba esta injuria, los otros aplaudían. Entonces Al-Hakam comenzó a rodear Córdoba con un recinto fortificado, guarnecido de zanjas; acuarteló la caballería en la puerta de su palacio, donde había siempre una tropa armada, y aumentó el número de sus mamelucos. Todas estas precauciones no hicieron más que acrecentar el odio de la población, que estaba persuadida de que quería vengarse de todas sus afrentas. En seguida estableció el impuesto del diezmo sobre las mercaderías, impuesto que habría de cobrarse cada año sin remisión, lo que fue mal visto por el pueblo. Al-Hakam se apoderó de diez de los principales exaltados y les hizo ejecutar y crucificar, con lo que dio ocasión de cólera a las gentes del arrabal. Añádase a todo ello que un mameluco del príncipe llevó su espada a casa de un bruñidor

para hacerla limpiar, y como éste la remitiera a su dueño más tarde de lo convenido, el mameluco tomó la espada y golpeó con ella al obrero hasta dejarle muerto. Ocurrió esto en Ramadan [abril-mayo 814] del año referido.

Las gentes del arrabal meridional empuñaron los primeros las armas, y todos los otros arrabales les siguieron. El *chund*, los omeyas y los esclavos negros se concentraron en el palacio y Al-Hakam procedió a la repartición de los caballos y de las armas, así como a la reunión de sus compañeros.

Se entabló la lucha y fue favorable a las gentes del arrabal, que cercaron el palacio. Entonces Al-Hakam descendió de la terraza donde se encontraba y fue, a caballo y armado, a reanimar el valor de los suyos, que se batieron a su vista con encarnizamiento.

Por orden suya, su sobrino paterno Ubayd Allah hizo una salida por una brecha abierta en la muralla y con sus tropas atacó inesperadamente de flanco a las gentes del arrabal e incendió sus casas, y entonces, aquéllas huyeron tras un violento combate. Se sacó de todas las viviendas a quienes las habitaban y se les hizo prisioneros, luego se detuvo a treinta de los más notables de entre ellos; se les ejecutó y se les crucificó cabeza abajo. Y durante tres días, los arrabales de Córdoba sufrieron muertes, incendios, pillaje y destrucciones.

Al-Hakam consultó con Abd al-Qarim ben Abd al-Wahid ben Abd al-Mugayth, su último confidente, quien le aconsejó clemencia. Tal fue el partido que tomó el príncipe, a pesar del dictamen contrario emitido por otro, y perdonó a los rebeldes, pero con amenaza de muerte y crucifixión para todos los habitantes del arrabal que no hubiesen partido de la ciudad en el plazo de tres días. Los sobrevivientes salieron a escondidas, expuestos a toda clase de penas y humillaciones, llevando lejos de Córdoba a sus mujeres, sus hijos y sus riquezas de más fácil transporte. Los soldados y malhechores estaban en acecho para saquearles y mataban a quienes osaban resistir.

Terminado el plazo de tres días, Al-Hakam dio orden de respetar a las mujeres, a las que reunió en el mismo lugar, e hizo destruir el arrabal meridional (de Secunda).

Bazi, liberto de Umayya, hijo del emir Abd al-Rahman ben Muawiya ben Hixam estaba entonces prisionero en Córdoba, en el Habs al-Hain, con una pesada cadena en cada uno de sus pies. Apercibiéndose de que el *chund* era vencido por el pueblo pidió a sus carceleros que le pusieran en libertad. Consintieron ellos después de hacerle prometer que retornaría a la prisión si salía sano y salvo del combate. Se lanzó a la pelea y se batió con más valor que ningún soldado y después de la derrota de las gentes del arrabal, volvió a la prisión. Al-Hakam, informado del suceso le hizo poner en libertad y le trató generosamente.

Otros autores colocan el asunto del arrabal en el año 202 [19 julio 817].

Del *Kamil fi-l-Tarij* de Ben Al-Athir (Según versión francesa de Fagnan, 165 y 177).

LOS EMIGRADOS CORDOBESES EN ALEJANDRÍA Y CRETA

Cuando a consecuencia de la revolución del arrabal de Córdoba, en el año 198 [813-4], según hemos referido, el emir Al-Hakam al-Umayya desterró a muchos habitantes de su capital, llegaron algunos de estos desterrados hasta Alejandría, que adoptaron para su morada, contribuyendo al crecimiento de su cultura. Llegaron a ser tantos en su nueva ciudad, que lograron hacerse dueños de ella y la erigieron independiente, hasta que se presentó Abd Allah ben Tahir, según tenemos narrado en la historia de la dinastía abbasí, en los días del califa Al-Mamun ben Al-Raxid, y les echó de la referida ciudad, mediante la entrega de una suma y la obligación de transportarles a la isla de Creta.

Los emigrados cordobeses cultivaron la isla, proclamaron por su rey a uno de ellos mismos, armaron cuarenta barcos e infestaron con sus correrías todas las islas de su circuito, próximas a Constantinopla. Penetraban en la mayor parte de las islas referidas, cogiendo en ellas botín y cautivos, sin que el emperador de Constantinopla tuviese poder alguno para evitarlo. Se echó a pensar el emperador, que era Romano, en algún medio capcioso y de traición que pudiera ejercitar contra los musulmanes de Creta, y se dirigió al rey de éstos, llamado Abd al-Aziz ben Habib ben Umar. Le envió magníficos presentes, cofres llenos de ricas vestiduras, y le manifestó aparentemente grande afecto y amistad. Cuando, pasado algún tiempo, se ratificaron y consolidaron aquellas manifestaciones amistosas entre ambos, Romano el emperador despachó a un hombre de los musulmanes con un valioso presente para el de Creta. Cuando aquel emisario estuvo en presencia de Abd al-Aziz ben Habib y le entregó el presente, le habló así: "El emperador te saluda y dice: Nosotros somos vecinos y buenos amigos; esos desgraciados habitantes de las islas forman un pueblo débil y pobre; la mayor parte de ellos han abandonado sus tierras por temor a tus incursiones, y ansían volver a ellas, lo cual habría de reportarnos a uno y a otro satisfacción y beneficios. Te sería más conveniente calcular la utilidad que obtienes de tus correrías en cada año contra ellos, y yo te daría el doble de ese producto, a condición de que las suspendas, brindando así seguridad a esos desventurados en sus viajes mercantiles y permitiéndoles libre acceso a tu isla. De esta suerte vendrás a percibir por derechos de mercadería, una renta doble de la que podrías conseguir de tus incursiones". Aceptó Abd al-Aziz la proposición del emperador y, entabladas las correspondientes negociaciones, quedó fijada la cantidad que había de ser satisfecha anualmente al señor de Creta.

Romano pagó puntualmente la cantidad convenida. Los mercaderes griegos comenzaron a efectuar sus viajes entre Creta, las otras islas y Constantinopla, con gran provecho del de Creta, que vio multiplicarse sus tesoros y pudo además con la paz disminuir el presupuesto de sus milicias.

Así las cosas, sobrevino luego la sequía y el hambre consiguiente en las tierras de Constantinopla. El emperador envió a Abd al-Aziz un legado

para decirle: "Bien sabes la carestía que nos azota. Nosotros tenemos unas yeguas de raza árabe, preñadas y próximas ya a la parición, que no podemos mantener en nuestro seno. Si tú me permites que las envíe a tu isla, los que nazcan potros serán para el emperador y las potras serán para ti". Habiendo accedido el de Creta a la petición del emperador, fueron enviadas a la isla 500 yeguas con sus pastores necesarios. Luego que estuvieron las yeguas en la isla, el emperador hizo que partieran con el mayor sigilo y ocultamente las tropas, capitaneadas por Nicéforo el Doméstico y por otros de sus capitanes más bravos, en el comienzo del mes de Muharram, del año 350 [febrero de 961]. La flota griega arribó a la parte de la isla en que estaban las yeguas; cada jinete con su silla y su rienda saltó sobre la yegua respectiva, y sorprendieron en completo descuido a los habitantes de la isla, que fue conquistada rápidamente. Los invasores mataron al señor de la isla y a todos sus milicianos. Dejaron con vida a los pacíficos habitantes. Encontraron duplicadas las cantidades que el emperador había satisfecho al señor de la isla, y las tomaron. Redujeron a cautiverio a las mujeres y niños de los milicianos y guarnecieron fuertemente la isla con tropas y pertrechos de guerra.

Del *Nihayat al-arab* de AL-NUWAYRI (Trad. Gaspar y Remiro, II, 274).

ALTO RELIEVE DE AL-HAKAM I

Al-Hakam I tuvo que resistir los últimos coletazos de los problemas que agitaron a Al-Ándalus, durante el siglo VIII, en los reinados de su abuelo y de su padre y hubo de enfrentar las nuevas dificultades con que iban a tropezar sus sucesores, en el IX. Primero, debió de hacer frente a la cuestión dinástica planteada al advenimiento de Hixam I por el alzamiento de sus hermanos, tíos de Al-Hakam y, de vez en vez, mientras reinó, necesitó vencer la rebeldía de alguno de aquellos grandes de su raza que habían dado harto que hacer a Abd al-Rahman I. Y, como Abd al-Rahman II, Muhammad y Abd Allah luego, presenció las sublevaciones de sus súbditos hispanos, que habían de llenar un siglo de la historia de Al-Ándalus. No fue cómoda su tarea. Al-Hakam era un hombre de grandes energías vitales, que gustaba gozar de la vida, y de firme carácter; era justiciero, valiente y generoso, y completaba tales dotes naturales con rasgos de orgullo y de elegancia espiritual. Para resistir a los rebeldes terminó la organización de un ejército mercenario, empezado por su abuelo. Pero el continuo batallar agrió su humor y le hizo a veces caer en la crueldad. Favoreció la introducción en la Península del ritmo malekí que había de dar ocasión al nacimiento de una escuela jurídica y teológica de gran vuelo. Sus primeros representantes, sacudidos por el orgullo vanidoso de los intelectuales de todos los tiempos, quisieron imponerse a Al-Hakam y éste hubo de dominarlos por la violencia.

SU JUSTICIA

El emir Al-Hakam ben Hixam, Dios se apiade de él, era hombre esforzado, de firme carácter, victorioso en sus guerras. Apagó el fuego de la discordia en España, concluyó con las turbas de rebeldes, y humilló a los infieles por doquiera. A pesar de su energía y levantado ánimo, era deferente de la razón, amigo de que se hiciese justicia aun con sus hijos y amigos, y lo que es más, con él mismo. Elegía para jueces a los más modestos y de mayor rectitud, y tenía un cadí, a quien por su honradez, abstinencia y modestia, había encomendado el conocimiento de todos los asuntos de sus vasallos. Se dice que el siguiente suceso fue el que más alta idea hizo concebir a Al-Hakam de él. Un sujeto de la cora de Jaén fue despojado violentamente de una esclava que poseía, por un recaudador de impuestos, quien luego que cesó en su cargo, procuró traspasar la muchacha a Al-Hakam. Cuando el despojado supo que se hallaba en poder de Al-Hakam, y tuvo noticia de la rectitud del cadí, y de la justicia de sus fallos, aun contra el emir o sus familiares, presentóse a él, y le refirió lo ocurrido. El cadí le exigió que presentase pruebas, y trajo testigos que declararon tener noticia de todo lo que había dicho y de la violencia cometida con él, así como conocer de vista a la esclava. Previene la Sunna en este caso que se haga comparecer a la esclava, y por tanto, el cadí pidió una audiencia a Al-Hakam, y cuando estuvo ante él, le dijo: "No puede haber cumplida justicia para el pueblo si no se somete también a ella el poderoso". Refirióle el caso de la esclava, y le dio a elegir entre presentarla con arreglo a lo que la ley tradicional disponía, o relevarle del cargo de cadí. Al-Hakam le dijo: "Otra cosa hay mejor, y es comprarla de su legítimo dueño, dándole el precio que pida por ella"; mas el cadí le replicó: "Los testigos han venido de la cora de Jaén en demanda de justicia, y si cuando están ante tu alcázar les haces volver sin declarar el derecho que les asiste, acaso no faltará quien diga que vendió lo que no poseía, y que fue venta impuesta por fuerza, por lo cual no hay medio sino consentir en la presentación de la esclava, o nombrar a quien te plazca para que me sustituya". Viendo Al-Hakam la firmeza de su resolución, mandó que sacasen la esclava del alcázar, a pesar de lo mucho que le agradaba. Los testigos declararon ser la misma que conocían, y el cadí pronunció su sentencia, devolviéndola a su dueño, al cual dijo: "Guárdate de venderla, como no sea en tu mismo país, para que las gentes, viendo cómo se les hace justicia, tengan confianza en sus demandas y contratos".

La muerte de este cadí causó a Al-Hakam grandísimo pesar. Dícese que una esclava suya, llamada Achab, refería lo siguiente: "Estaba yo con Al-Hakam la noche en que supo la muerte del cadí, y a medianoche eché de ver que había abandonado su lecho; salí a buscarle y le encontré de pie, orando en la antesala de la casa. Me senté detrás de él, e hizo una prosternación tan larga, que me dormí. Al despertar le encontré de la misma manera, y me volvió a vencer el sueño, hasta que él me despertó, porque

ya rompía el alba. Entonces me acerqué a él, y le pregunté qué asunto le había preocupado hasta el extremo de hacerle abandonar el lecho. "Un gravísimo asunto, dijo, y una gran desgracia. Yo descansaba de los negocios del pueblo por el cumplido desempeño del cadí que Alá me había deparado, y temiendo no acertar con un sucesor digno de él, he rogado a Alá que me conceda uno semejante, que sirva de intermediario entre el pueblo y yo". Por la mañana llamó a sus visires, y les dijo: "Elegid persona apta para el desempeño del cargo de juez del pueblo, y en quien pueda yo descargar parte de las funciones relativas al conocimiento de los negocios". Malik ben Abd Allah Al-Quraixi propuso a Huhammad ben Baxir, que había sido su secretario en Beja, por lo que sabía de su honradez y su modestia, que tenía experimentada. Agradó a Al-Hakam, y le nombró para el cargo indicado, en el cual procuró aventajar a todos sus predecesores en rectitud, modestia y templanza, sin dejar por eso su costumbre de vestir elegantemente.

TRAICIÓN, ODIO Y GENEROSIDAD

Entre la multitud de los que se amotinaron contra él en el arrabal estaba Talut, hijo de Abd al-Chabbar al-Muafiri, el cual había sido discípulo de Malik y de otros hombres de ciencia de aquel tiempo. Cuando sucedió la derrota, huyó de su casa (tenía su residencia dentro de la capital, en las inmediaciones de la mezquita y del foso que después han tomado o recibido su nombre), y estuvo escondido en casa de un judío durante un año, hasta que se calmaron los tiempos y se alejó o disminuyó la efervescencia de la guerra civil. Como mediaba estrecha amistad entre él y Abu-l-Bassam, el ministro (éste fue el abuelo de los Banu Bassam, los encargados de guardar el trigo del sultán), al estar cansado ya de su larga permanencia en casa del judío, se fue un día al anochecer, entre dos luces, a casa de su amigo el ministro. Éste, al verle, le preguntó: "¿Dónde has estado?" "En casa de un judío" (le contestó). El ministro le sosegó y le tranquilizó diciéndole: "El emir, cuya vida guarde Dios, recuerda ya con sentimiento todo aquello". Talut pasó aquella noche en casa del ministro. Al amanecer fuese Abu-l-Bassam a palacio, después de haber dejado quien le tuviera a buen recaudo, y al llegar a presencia de Al-Hakam le dijo: "¿Qué te parece de un carnero cebado desde hace un año en el pesebre?" Al-Hakam le contestó: "La carne cebada es, por lo pesada, indigesta, la carne del desierto (o del campo) es más ligera y sabrosa". Díjole Abu-l-Bassam: "No me refería a esto; tengo en mi casa a Talut". Al-Hakam observó: "¿Y cómo te has apoderado de él?" "Le hicieron venir, dijo el ministro, los favores que me debe". Entonces mandó Al-Hakam que se lo presentaran. Se le dispuso un asiento y se trajo al anciano, que estaba emocionado vivamente. Cuando lo tuvo delante, le dijo Al-Hakam: "¡Oh, Talut! Dime: si tu padre o tu hijo fueran señores de este palacio, ¿te hubieran hecho más beneficios ni concedido más honores que yo te he hecho a ti? ¿Acaso me has hablado

nunca de alguna necesidad tuya o ajena que no me apresurara a condescender por tu recomendación? ¿No te he visitado en tu enfermedad varias veces? Al morir tu mujer ¿no fui yo a la puerta de tu casa y anduve, en el entierro que le hiciste, a pie por el arrabal, luego volví contigo a pie hasta que te dejé en tu casa? ¿Qué motivo o razón tienes para no estar contento, sino en derramar mi sangre, en deshonrarme y difamarme?" Talut contestó: "No encuentro ahora en mi favor mejor frase que decir que eso es la pura verdad. Dios me ha mandado odiarte y por tanto ningún provecho has sacado de todo lo que conmigo hiciste". Entonces Al-Hakam volvió la consideración hacia Dios, y dijo al cabo de un rato: "He mandado ¡voto a Dios! por ti y no ha habido en la tierra castigo que no se me haya representado para ver con cuál castigarte; pero te hago saber que aquél por cuya consideración tú me odias me impulsa a mí a perdonarte. Vete con Dios, seguro; no dejaré ¡voto a Dios! de hacerte bien, continuando en la consideración en que antes te tenía, mientras viva, si Dios quiere. ¡Ojalá lo que sucedió no hubiera sucedido!" "Más hubiera valido, en verdad, contestó Talut, etc.". Después le preguntó Al-Hakam: "¿Dónde se ha apoderado de ti Abu-l-Bassam? Él contestó: "¡Voto a Dios!; no me ha cogido él; fui yo el que se dejó coger, yendo a su casa confiado en la amistad que entre ambos mediaba". Al-Hakam añadió: "¿Y dónde has permanecido todo este año?" "En casa de un judío", contestó Talut. Entonces, volviéndose Al-Hakam a su ministro, le dijo: "¡Oh, Abu-l-Bassam!; un judío ha sabido respetar en él sus altas cualidades de religión y ciencia, aventurándose a sí propio, a su mujer, sus bienes y sus propios hijos, todo a un tiempo, ¿y tú quieres meterme (otra vez) en aquello de que yo estoy arrepentido?" Luego añadió: "Vete de mi presencia; ¡voto a Dios!, no quiero verte la cara jamás"; y le destituyó, separándole del cargo; sus herederos no cesaron en ir decayendo y envileciéndose cada vez más hasta nuestros días; en cambio Talut continuó honrado y respetado, según se le había ofrecido, hasta que murió, asistiendo Al-Hakam a su entierro.

Del *Iftitah al-Ándalus* de Ben Al-Qutiya (Trad. Ribera, 42).

ORGULLO Y ELEGANCIA

Cuéntase de Al-Hakam que cuando, con intento de destronarle, se sublevaron los habitantes del arrabal, que eran los más valientes de su ejército, y los principales de los habitantes de la ciudad, mantúvose firme en la lucha, combatiéndolos valerosamente, y en el momento más recio de la pelea, cuando la batalla era más encarnizada y mortífera, pidió la algalia y el almizcle para perfumarse, derramándolos sobre su cabeza. Un paje llamado Jacinto le dijo: "¿Es ésta hora de perfumes, señor?" Al-Hakam le mandó duramente que se retirara, exclamando: "Éste es el día en que debo prepararme a la muerte o a la victoria, y quiero que la cabeza de Al-Hakam se distinga de las demás que perezcan con él".

☆

El preceptor Uthman ben Abi Muthni decía: Se me presentó en Córdoba Abbas ben Nasih y me rogó que le recitase los versos compuestos por Al-Hakam con motivo de la sublevación y al llegar a lo último de la poesía, donde dice: "por ventura al hacerles morir, ¿he acrecentado yo la medida de su muerte?" dijo: "Si los del arrabal pusieran querella a Al-Hakam, le disculparía ese verso".

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 117 y 119).

REPUGNANCIA ANTE LA CRUELDAD

Chudayr, el abuelo de los Banu-Chudayr, era portero encargado de la puerta de la Azuda, cuando la revuelta del Arrabal, tras cuyo suceso se había encerrado en la prisión de la Adueira a los que habían capitulado. A este Chudayr, pues, llamóle Al-Hakam y le dijo: "Allá, al anochecer, saca esos malos jeques y que les corten la cabeza, y luego que les crucifiquen". Chudayr, al oír esto, contestó: "¡Por Dios, señor mío!; no quiero para ti ni para mí el que estemos el día de mañana en uno de los rincones del infierno ladrándonos uno al otro; entonces ni tú me podrás valer a mí, ni yo a ti". Al-Hakam apeló a todos los extremos por ver si se le reducía a que llevara a efecto aquella resolución; pero en balde; no accedió. Entonces el monarca dio órdenes para que se le presentara Ben Nadir, el portero, el cual aceptó y cumplió los deseos del emir. Desde entonces los hijos y descendientes de Chudayr no cesaron de prosperar y elevarse, mientras los Banu Nadir fueron envileciéndose hasta el punto que su casa se extinguió.

Del *Iftitah al-Ándalus* de Ben Al-Qutiya (Trad. Ribera, 44).

ELOGIO DE UN CORTESANO

Era constante en sus proyectos, enérgico en sus resoluciones, temible en la violencia, de gran habilidad para gobernar y para elegir funcionarios capaces e íntegros y su mano se abría fácilmente... Nadie tuvo más fijos los ojos en el derecho, ni estuvo más alejado de la injusticia ni fue más puntual en el juzgar... Al-Hakam tenía la costumbre de decir que los príncipes sólo tienen que adornarse con la justicia o con otros ornamentos semejantes. Era indolente pero valiente, generoso y muy indulgente. Se sometía, y con más razón se sometían sus hijos y sus cortesanos, a la autoridad de sus propios jueces... Era de palabra elegante y elocuente, era poeta distinguido y es autor de odas amorosas; muchas de sus poesías fueron dirigidas a cinco muchachas de que se había especialmente enamorado y que había dejado tomar gran influencia sobre él... Hizo también numerosas poesías a propósito de la revuelta del arrabal, en las que nadie ha podido

rivalizar con él... Al acercarse su muerte, mostró un sincero arrepentimiento, volvió al recto camino y proclamando que la vida futura es lo más importante, hizo de la piedad su ornamento principal y se prendió con su mano del asa más sólida, declaró y confesó sus faltas, se dejó penetrar de las palabras divinas: "Si ponen fin a su impiedad, Alá les perdonará el pasado"; y llegó a ser uno de los piadosos servidores del Señor hasta el día en que éste le llamó a sí.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDHARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 126).

LOS SOBERANOS FRANCOS ALIENTAN A LA MOZARABÍA

Poco a poco muchos cristianos apostasiaron y se convirtieron a la religión de los dominadores. Su conversión aliviaba sus cargas fiscales y les facilitaba el acceso a los puestos de mando y a la riqueza. Pero muchos otros españoles permanecieron fieles a la fe de sus mayores, acogidos a las prescripciones de la ley coránica, que permitía a las "gentes del libro" —judíos y cristianos— practicar su religión bajo la protección del Islam, siempre que pagaran la chizia *—impuesto personal— y el* jarach *—contribución territorial—. Abd-al Rahman I los había sometido a duras exacciones tributarias. Sus sucesores no debieron ser más generosos. A lo menos los mozárabes —así se llamó a los cristianos que vivían en la España musulmana— se sintieron agobiados por una pesadísima carga fiscal al compararse con los orientales, los berberiscos y sus hermanos conversos a la doctrina del Profeta. El eco de sus quejas pasó los Pirineos y Ludovico Pío, emperador de los francos, para explotar, en su provecho esa inquietud de la mozarabía hispana, envió en 826 la carta que sigue a los cristianos de Mérida o de Zaragoza.*

Hemos oído vuestra tribulación y las muchas angustias que padecéis por la crueldad del rey Abd al-Rahman, el cual, por la demasiada codicia con que quiere quitaros vuestros bienes, os ha afligido muchas veces con violencia, como tenemos noticia de haberlo hecho también ya su padre Abolaz (Al-Hakam I), el cual, aumentando injustamente los tributos de que erais deudores y, exigiéndolos por fuerza, os hacía de amigos enemigos, y de obedientes contrarios, intentando quitaros la libertad y oprimiros con pesados e injustos tributos. Pero vosotros, según hemos oído, siempre como varones esforzados habéis rebatido con valor las injurias hechas por los reyes inicuos y resistido a su crueldad y avaricia, según al presente lo practicáis, como lo hemos sabido por relación de muchos. Por tanto, hemos tenido a bien dirigiros esta carta consolándoos y exhortándoos a que perseveréis en defender vuestra libertad contra un rey tan cruel, y resistáis como hasta aquí a su furor y saña. Y por cuanto no sólo es vuestro

enemigo, sino nuestro, peleemos contra su crueldad de común acuerdo. Nos, intentamos con la ayuda de Dios enviar nuestro ejército en el verano próximo a los límites de nuestra jurisdicción, para que allí espere nuestras órdenes acerca del tiempo en que deba pasar adelante, si os pareciese bien que lo dirijamos en auxilio vuestro contra los enemigos comunes que residen junto a nuestra frontera, de suerte que si Abd al-Rahman o su hueste quisiesen ir contra vosotros, lo impida la nuestra. Y os hacemos saber que si quisiereis apartaros de él y veniros a nosotros, os concedemos plenísimamente que gocéis vuestra antigua libertad sin alguna disminución ni tributo y no pretenderemos que viváis en otra ley que en aquélla que quisiereis, ni nos portaremos con vosotros sino como con amigos y confederados unidos honoríficamente a nosotros para defensa de nuestro reino. Dios os guarde siempre como lo deseamos.

Epístola Ludovici Pii Aug. ad Emeritenses (Trad. Simonet, Historia de los Mozárabes, 313).

EL PRIMER MENSAJE DIPLOMÁTICO DE UN EMIR DE CÓRDOBA

Eran conocidas de antiguo las relaciones diplomáticas de Bizancio y Córdoba, en el siglo X. Sabíamos, incluso, que Abd al-Rahman II había recibido una embajada del Basileus de Constantinopla en 839. Los descubrimientos de Lévi-Provençal, en Fez, de varias crónicas arábigas concernientes a la historia de Al-Ándalus nos han permitido conocer al pormenor ese suceso. Se nos ha conservado en una de ellas la minuta de la respuesta del emir español al emperador bizantino Teófilo. Se hallaba éste en lucha con los califas abbasíes de Oriente y temía la invasión de sus posesiones de Italia por los musulmanes de África. Por ello solicitó la alianza de Abd al-Rahman de Al-Ándalus, al mismo tiempo que la de Ludovico Pío de Francia. Para conseguirla, Teófilo recordó al emir Omeya la deposición y asesinato de su dinastía en Oriente por los abbasíes, le anunció el próximo fin de éstos, a quien llama por los nombres de sus madres serviles y le habló de sus luchas con los emigrados españoles, que tras la revolución del Arrabal habían conquistado Alejandría y Creta. La respuesta del soberano de Al-Ándalus tiene toda la aridez de las misivas diplomáticas y constituye una cortés negativa a intervenir en la política oriental.

¡En el nombre de Alá el Clemente y el Misericordioso! He recibido tu mensaje, en el que evocas los lazos de cordialidad y de amistad recíprocas establecidos entre tus predecesores (sobre el trono de Bizancio) y nuestros propios antepasados: me dices en él que son esos lazos los que te han incitado a comunicarte con nosotros y a enviarnos a tu embajador Qartiyus, a fin de renovar esas relaciones cordiales y de regular esos lazos amistosos.

Me pides igualmente que concluyamos en este sentido un tratado sobre el que podamos apoyarnos y que nos una al uno con el otro; y que te enviemos nuestros embajadores con la misión de comunicarte en qué medida nuestras intenciones corresponden a las tuyas, por lo que hace a la realización de tus deseos; y que su llegada junto a ti constituirá prueba sólida de nuestra simpatía y la demostración perfecta de nuestra amistad.

Hemos comprendido, de otra parte, lo que dices en tu misiva respecto del califa Marwan —que Alá lo acoja, le bendiga y robustezca los lazos de parentesco que nos unen a él—. Recuerdas cuál fue tu aflicción cuando supiste que había sido despojado de sus estados, que sus familiares habían sido violentados y que él mismo había perecido trágicamente; cuál fue el papel odioso desempeñado en esa ocasión por el traidor Abu Chafar (Al-Manur), que Alá castigue, así como su arrogancia y su audacia frente a Alá y el poco caso que hizo de sus sagradas prescripciones. Alá ha tenido en cuenta, de seguro, las fechorías que le han irritado, y sin duda le castigará en proporción a sus crímenes.

Nos hablas en seguida en tu mensaje de la forma en que han procedido los dos malvados, Ben Marachil (Al-Mamun) y Ben Marida (Al-Mutasim), su hermano y sucesor. Nos refieres que se separaron de la vida religiosa, vivieron llenos de vicios, tiranizaron a sus súbditos, les humillaron permitiendo el asesinato y el saqueo de sus bienes, como si esto fuera lícito. Agregas que ha sonado la hora de la caída de su dinastía, que la duración de su poder toca a su fin y que Alá va a permitir la restauración de nuestra casa y del reino de nuestros antepasados, que, en otro tiempo, fueron anunciados por los libros y las palabras de los profetas y gozaron de unánime consentimiento bajo la fe de los mejores argumentos. Nos impulsas, además, a salir a campaña contra los usurpadores, para tomar venganza de ellos y nos prometes tu ayuda para el caso, como un amigo que sabe asistir a su amigo y como quien está seguro de que es objeto de estima y afección.

Añades a lo que precede el recuerdo del asunto de Abu Hafs y de sus compañeros, que emigraron de nuestro país: ellos, dices, conquistaron una parte de tu territorio, y se sometieron a Ben Marida; y pides contra ellos la ayuda de quienes han desaprobado y condenado su conducta. Me dices que los emires de África están en pleito con Ben Marida, dan señales de rebeldía y encuentran agraviante su autoridad. Hemos leído y considerado todo esto como lo refieres en tu carta.

Por lo que hace a tus deseos sobre la amistad y las cordiales relaciones que querías ver restablecidas y renovadas y continuadas entre nosotros en la seguridad de que nos mostraríamos fieles a ellas como lo fueron tus predecesores con los nuestros, he aquí nuestra respuesta: Deseamos de ti lo que tú mismo deseas de nosotros y queremos que los dos mantengamos a este respecto la línea de conducta seguida por nuestros predecesores y las reglas a que se han atenido mutuamente los soberanos que han reinado antes que nosotros, respetándonos uno al otro y manteniéndolas en vigor.

Respecto a lo que dices del califa Marwan ben Muhammad —¡que Alá tenga misericordia de él!—; es Alá el altísimo quien ha querido ilustrarle, decretando el crimen de lesa majestad de que él fue objeto y la violación de obediencia que le había sido prestada. Quiso atraerle así hacia su misericordia, hacer miserables a quienes fueron culpables frente a él, confundirles y castigarles.

En cuanto a la conducta del traidor Abu Chafar, sus sentimientos inhumanos, su injusticia, su audacia frente a Alá y la forma en que violó sus prescripciones sagradas, sabe que Alá ya le ha castigado por sus pecados, que le ha alcanzado su cólera por su iniquidad y le ha reservado, con su castigo, justa retribución por sus crímenes; retribución de la que no cabe atenuación ni escapatoria, porque tal es el juicio que Alá reserva a aquellos que se vuelven contra él y forjan mentiras.

En lo que concierne al malvado de Ben Marida, a tu consejo de marchar hasta los confines de sus dominios y a tu advertencia de que no tardará en ocurrir la ruina de su reino y de su dinastía y la caída de su imperio y que se aproxima el momento de la restauración de nuestra dinastía y del resurgimiento de nuestro imperio (de Oriente), ponemos en Alá nuestras esperanzas: Él procederá con nosotros en su forma habitual y cumplirá sus promesas y gozaremos de la solicitud que nos testimonia, cuando reúna bajo nuestra obediencia a nuestros súbditos de Siria, de España, de nuestros distritos militares (achnad), de nuestras provincias (kuwar), de nuestras fronteras (tzugur); no cesamos de oír decir y de darnos efectivamente cuenta de que la revancha se abatirá sobre los usurpadores, la derrota caerá sobre ellos bajo nuestra impulsión y nuestra dirección: Alá el altísimo les cortará entonces la retirada y extirpará sus raíces, si ello le place.

En cuanto a lo que dices del asunto de Abu Hafs el Ándalus y de aquellas gentes de nuestro territorio que partieron con él, de su sumisión a Ben Marida y de su entrada en obediencia del mismo y en cuanto a lo que pides de examinar su asunto y de desaprobar su conducta, debo manifestarte que sólo han tomado el partido de este aventurero, entre nuestros súbditos, gentes de la condición más vil del pueblo, traidores y fugitivos. No están ya en nuestros territorios, ni se hallan sujetos a nuestras leyes. ¿cómo podemos, por tanto, responsabilizarnos por su conducta y desembarazarte de los cuidados que puedan causarte?

Tanto más cuanto que ha sido la necesidad la que les ha obligado a someterse a Ben Marida, a causa de la avidez que ha demostrado por sus tierras y de la proximidad de éstas a sus propias posesiones. No pensamos que puedas mostrar debilidad para con ellos, ni encontrar obstáculos a su castigo, ni diferir su expulsión de la parte de tu territorio que han ocupado. Pero tú puedes calcular (mejor que nosotros) desde tu residencia el grado de resistencia que pueden oponerte. Si alguna vez Alá por Su poder, Su pureza, Su bondad y Su gracia nos restituye un día nuestro imperio de Oriente y las antiguas posesiones de nuestros antepasados, podremos examinar estas cuestiones para bien de nuestros intereses y de los tuyos, con

el cuidado de mantener a la vez nuestra autoridad y la tuya, y podremos entonces apreciar el valor de la asistencia que nos prestes, tal como la invocas y según nos aconsejas usar de ella, como puede apreciarla un amigo frente a otro amigo, y el que recibe testimonios de afecto frente al que se los da. Y entonces no podrás sino ganar cerca de nosotros, por haber respetado los derechos que nos pertenecen y por haber contribuido a que nos sean conservados.

Hemos hecho introducir junto a nosotros al embajador Qartiyus; le hemos interrogado sobre lo que le has recomendado que nos trasmitiera y sobre todo lo que un amigo debe saber en lo que atañe a la situación de otro amigo. Te enviamos como portador del presente mensaje dos embajadores elegidos entre los personajes notables de nuestra corte. Confiándoles tu respuesta escríbenos cómo van las cuestiones sobre las cuales nos has dirigido tu primera carta y haznos conocer lo que interesa que sepamos de tu situación de una manera confidencial y del estado de paz que gozas. Podremos así examinar con conocimiento de causa las proposiciones que encargues nos trasmitan nuestros embajadores, teniendo en cuenta, bien entendido, lo que nos comunicarán de tu parte, si place a Alá.

Del *Chadzwat al-Muqtabis* (Según versión francesa de Lévi-Provençal, Bizantion, XII, Bruxelles, 1937).

NOTICIAS SOBRE LA PRIMERA INVASIÓN NORMANDA EN ANDALUCÍA

También llegaron a España los normandos que habían asolado las costas atlánticas de los Países Bajos, de Inglaterra y de Francia y que habían logrado ocupar ricas comarcas en tales naciones. Los feroces astures y los bravos gallegos lograron rechazarlos de las costas del Noroeste. En la Andalucía musulmana hicieron grandes estragos. Amenazada Córdoba, el gobierno hubo de pedir socorro a los fuertes celtíberos del valle del Ebro, que regía, en rebeldía frente a los emires, el renegado "Muza", de la familia de los "Beni Casi". Sus huestes consiguieron vencer a los invasores y expulsarlos del valle del Guadalquivir; pero los cronistas arábigos no coinciden al referir el suceso. He aquí uno de sus relatos.

Abd al-Rahman también mandó construir la aljama de Sevilla y los muros de esta ciudad, con motivo de haberse apoderado de ella los machuses (normandos) cuando entraron en el año 230 [844]. La invasión (normanda) tuvo lugar en su tiempo, y la gente, asustada, huía a la llegada de aquéllos; los sevillanos evacuaron la ciudad y huyeron hacia Carmona y los montes de Sevilla. Como ninguno de los del Occidente de España se atrevía a combatirles, tuvo que reclutarse gente en Córdoba y comarcas circunvecinas; y salieron los ministros con los hombres que en ellas se reclutaron. Antes, sin embargo, se había llamado a las armas a los que

servían en las fronteras, ya desde el principio del movimiento de los machuses, cuando desembarcaron en el Extremo Occidente, y tomaron la tierra de Lisboa. Los ministros acamparon con el ejército cordobés en Carmona, pero no se atrevieron a atacar al enemigo, por ser demasiado bravo, hasta que llegaron las tropas de frontera. En las mismas se hallaba Musa ben Qasi, a quien Abd al-Rahman, hijo de Al-Hakam, se había procurado atraer y ablandarle algo, recordándole los lazos de clientela con Al-Walid, hijo de Abd al-Malik, por cuya mediación se había convertido el abuelo de aquél al islamismo. Musa vino con un grande ejército; pero al llegar frente a Carmona se separó de todas las tropas de frontera y del ejército de los ministros y acampó aparte.

Al unirse los fronterizos con los ministros preguntaron aquéllos acerca del movimiento del enemigo, y éstos les hicieron saber que solían salir todos los días destacamentos en dirección a Firix y Lecant y hacia la parte de Córdoba y Morón; preguntaron además si era posible preparar una celada escondiéndose en las inmediaciones de Sevilla, y les indicaron la alquería de Quintos de Muafar, que está al sur de esta ciudad. Fuéronse allá, pues, a medianoche, y se pusieron en emboscada. En una iglesia antigua que había allí, hicieron subir a un vigía a la parte más alta del edificio, llevando un haz de leña. Al apuntar la aurora, salió (de Sevilla) un grupo de 16.000 machuses, en dirección a la parte de Morón. Cuando estuvieron frente a la alquería, aunque hizo señal el vigía, se abstuvieron de salir los emboscados, a fin de que se fueran alejando, y una vez alejados, se interpusieron entre ellos y la ciudad y los pasaron todos a degüello. En seguida se adelantaron los ministros, entraron en Sevilla y encontraron al gobernador de la misma sitiado en la alcazaba. Él les salió al encuentro, y los sevillanos volvieron a la ciudad. Además del destacamento que fue pasado a cuchillo, habían salido dos destacamentos de normandos, uno a la parte de Lecant y otro a la parte de Córdoba, hacia Benilait; pero después que los normandos que estaban en Sevilla supieron la arrogancia y avance del ejército y la muerte del destacamento que había salido hacia la parte de Morón, huyeron a sus naves y echaron río arriba hasta el castillo de Azaguac; encontraron a sus compañeros, y una vez éstos embarcados dieron la vuelta siguiendo la corriente del río abajo. En esta situación, se puso la gente a insultarles y arrojarles piedras con las hondas. Al llegar a una milla más abajo de Sevilla, dijeron en alta voz a los que les apedreaban: "Si queréis que haya rescate, dejadnos". Pararon entonces de apedrearlos y ellos permitieron rescatar a los que tenían prisioneros. La mayor parte fueron rescatados, pero no tomaron oro ni plata; solamente admitieron ropa y comestibles. Después se alejaron de Sevilla y se dirigieron a Nacor, donde hicieron prisionero al abuelo de Ben Salih, al cual rescató Abd al-Rahman ben Al-Hakam. A este favor se debe la influencia que los Banu Umayya han tenido con los Banu al-Salih. Inmediatamente devastaron a la vez las dos costas del mar, hasta que llegaron a los países de los bizantinos y a Alejandría, en este viaje que duró catorce años. Los ministros aconsejaron

que se reedificasen los muros de Sevilla, y fue encargado de la obra Abd Allah, hijo de Sinan, que era un siríaco, cliente de Abd al-Rahman, que había sido íntimo suyo cuando todavía era infante, y a quien después, al subir al trono, le había dado un alto empleo en palacio. Había hecho la peregrinación a la Meca, y al venir de ella coincidió este movimiento. Las murallas de Sevilla se construyeron ensanchando el recinto. El nombre de Abd Allah, hijo de Sinan, se escribió sobre las puertas de la ciudad.

Entonces, para precaver cualquier eventualidad, ordenó Abd al-Rahman que se construyese una atarazana en Sevilla y que se fabricasen barcos; se preparó la fábrica reclutando hombres de mar de las costas de España, a quienes dió buenos sueldos y proveyó de instrumentos o máquinas para arrojar betún ardiendo. De este modo, cuando los normandos hicieron la segunda incursión en el año 244, en tiempos del emir Muhammad, se les salió al encuentro en la embocadura del río de Sevilla y se les puso en fuga; les quemaron algunas naves y se marcharon.

Del *Iftitah al-Ándalus* de BEN AL-QUTIYA (Trad. Ribera, 50-53).

ALZAMIENTO Y SUMISIÓN DE LAS BALEARES

Como antes los cordobeses del arrabal y los moradores de Toledo, y como en seguida los mozárabes de Córdoba, los Banu Marwan de Mérida y los Banu Muza de Aragón, también se alzaron las Baleares contra los Omeyas. Las reconquistó una poderosa flota de trescientos buques enviados contra ellas por Abd al-Rahman II, en 848. La noticia sobre tal empresa consignada en la carta del amán del emir —uno de los documentos oficiales hispano-musulmanes más antiguos llegados hasta hoy— nos descubre que todavía a mediados del siglo IX eran cristianos los habitantes de Mallorca y Menorca, y la importancia numérica y ofensiva de la marina de los emires cordobeses a la sazón, después de su reorganización por el príncipe citado tras los desastres de la invasión normanda.

En 234 [5 agosto 848], el príncipe [Abd al-Rahman II] envió contra los mallorquines tropas encargadas de combatirles, para castigarles y para abatir su orgullo, porque sin respetar los tratados, hacían daño a los navíos musulmanes que pasaban por sus aguas. Trescientos buques les atacaron y Alá, favoreciendo generosamente a los nuestros, les otorgó la victoria, de suerte que conquistaron la mayor parte de las islas.

En 235 [26 julio 849] los habitantes de Mallorca y de Menorca dirigieron a Abd Al-Rahman una carta en que le exponían los sufrimientos que les infligían los musulmanes. El emir les respondió en términos que voy a reproducir en parte: "Después de los cumplimientos habituales: He recibido la carta en que me exponéis lo que os concierne, la incursión de las tropas que he enviado para combatiros, la situación miserable a que han sido reducidos vuestros hijos y vuestros bienes; las sumas que habéis debido

pagar, la inminencia de una total destrucción a la que estáis expuestos. Me pedís que tome vuestra causa por mi cuenta y que acepte vuestra oferta de pagar tributos y de renovar los tratados mediante la promesa por vuestra parte de obediencia y fidelidad a los musulmanes, de abstención de todo acto reprensible y de pago exacto de aquello a que estéis obligados por vuestras personas. Esperamos que el castigo que os ha sido infligido os servirá de corrección y os impedirá reincidir (en vuestra rebelión). Y en consecuencia, os concedemos el pacto y la protección consentida por Alá.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idhari (Según versión francesa de Fagnan, II, 145).

RELATO LEGENDARIO DE LA EMBAJADA DEL POETA AL-GAZAL ANTE UN REY NORMANDO

Abd al-Rahman II mantuvo activas relaciones diplomáticas con los soberanos de su época. Al mismo tiempo que organizó el Estado y la corte y procuró el avance cultural de la España musulmana, practicó en lo exterior una política de prestigio. A ella respondió el envío del poeta-historiador Al-Gazal, como embajador, cerca de uno de los reyes normandos. Refirió su misión otro poeta-historiador contemporáneo: Tammam ben Alqama. Hubiéramos deseado mayores precisiones en el relato. Perdonemos a los dos poetas que, al referir de palabra, el uno, y por escrito, el otro, la aventura, dieran preferencia a la poesía sobre la historia.

"Cuando el embajador del rey de los Magos (normandos) llegó cerca del sultán Abd al-Rahman (II) para pedirle la paz, después de haber salido aquéllos de Sevilla, de haber atacado sus alrededores y de haber sido dispersados por las tropas de Abd al-Rahman, y cuando ya había sido muerto el jefe de su flota, Abd al-Rahman resolvió contestarles que accedía a su petición. Mandó, pues, a Al-Gazal que fuese en embajada con el emisario del rey de aquéllos, en atención a que Al-Gazal estaba dotado de un ingenio sutil y ligero, poseía habilidad para la réplica clara y contundente, había demostrado sobrado valor y audacia, y sabía entrar y salir por todas las puertas (traducción literal). Acompañado, pues, de Yahya ben Habib se trasladó a Silves, donde se les había preparado una embarcación provista de todo lo necesario. Eran portadores de una respuesta a la petición del rey de los Magos y de un regalo para corresponder al que había recibido el sultán español. El embajador del rey normando entró en otra embarcación, aquélla en que había venido, y las dos embarcaciones zarparon al mismo tiempo. A la altura del gran promontorio que penetra en el mar, límite de España en el extremo occidental, y que es la montaña conocida con el nombre de Aluwiya fueron sorprendidos por una tempestad.

"Pasado este peligro, Al-Gazal llegó al límite del país de los Magos en una de sus islas. Se detuvieron allí algunos días para reparar las averías

de las naves y descansar de las fatigas de la travesía. Luego la embarcación de los Magos hizo vela en dirección a la mansión del rey, con objeto de noticiarle la llegada del embajador. El rey se alegró, y cuando hubo dado las órdenes oportunas para que se presentaran los españoles, éstos se trasladaron al sitio en que aquél residía. Era éste una gran isla en el Océano, donde había corrientes de agua y jardines; hallábase a tres jornadas, es decir, a 300 millas de la tierra firme o del continente: había allí gran número de Magos, y a su alrededor aparecían muchas otras islas, grandes y pequeñas, todas habitadas por Magos, como asimismo parte del continente: es aquél un gran país que exige muchos días para recorrerle. Sus habitantes eran entonces paganos (Magos); pero ahora son ya cristianos, pues han abandonado el culto del fuego, que era su antigua religión; solamente los habitantes de algunas islas lo han conservado: en aquel país todavía se dan casos de contraer matrimonios con la madre o la hermana, y otras abominaciones por el estilo. Con esta gente los otros Magos más civilizados están en continua guerra y los reducen frecuentemente a la esclavitud.

"El rey mandó que se preparase a los españoles un magnífico hospedaje. Envió a algunas personas a su encuentro, y los Magos se agolparon para verlos, de manera que los españoles pudieron observarlos de cerca en su manera de vestir, admirándose de ello. Dos días después de su llegada, el rey los llamó a su presencia; pero Al-Gazal puso por condición que no se le obligara a inclinarse ante el monarca, y que tanto él (Al-Gazal) como su compañero no debían de alterar en lo más mínimo sus costumbres. El rey accedió a todo ello; pero cuando llegaron a la sala de recepción donde los esperaba el soberano adornado con magníficas vestiduras, se encontraron los embajadores con que, según las órdenes del rey, se había hecho la puerta tan sumamente baja que no se podía pasar por ella sin inclinarse. Entonces Al-Gazal sentóse en el suelo, y apoyado en las partes traseras y ayudándose con sus pies, traspasó el umbral, levantándose al punto que hubo penetrado en la estancia regia.

"El rey había reunido gran cantidad de armas y valiosos objetos; pero Al-Gazal no dio muestra alguna de asombro ni temor, y permaneciendo de pie dijo lo siguiente: "Salud y bendición a vos, ¡oh, rey! y a todos los que se hallan en vuestra presencia. Ojalá podáis gozar largo tiempo de la gloria, de la vida, de la protección que pueda conduciros a la grandeza en este mundo y en el otro, que durará eternamente, donde estaréis en la presencia de Dios vivo y eterno, el único Ser que no es perecedero. Él es el que reina y a Él habremos de volver". Habiendo traducido el intérprete estas palabras, el rey se admiró de ellas, y dijo: "Éste debe ser uno de los sabios de su país y un hombre de ingenio". Sin embargo, hallábase sorprendido de que Al-Gazal se hubiese sentado en el suelo y que hubiese entrado en la morada regia con los pies hacia adelante. "Nosotros teníamos intención de humillarle, pero él ha tomado la revancha mostrándonos desde luego la planta de sus pies. Si no fuese embajador, nos ofenderíamos por este acto".

"Presentó luego Al-Gazal la carta del sultán Abd al-Rahman, leyéronla

y tradujéronla. Al rey le pareció hermosa: la cogió con sus manos y la guardó en su seno. Mandó luego que se abriesen los cofres que contenían los regalos; examinó las telas y los vasos preciosos, mostrándose de ello muy satisfecho, y permitió a los españoles que volviesen a su alojamiento, donde recibieron una asistencia muy esmerada.

"Durante su permanencia en el país de los Magos, Al-Gazal contrajo con ellos muchas relaciones: tan pronto disputaba con sus sabios reduciéndolos a silencio, como luchaba con sus mejores guerreros propinándoles fuertes golpes.

"Habiendo oído hablar de él la esposa del rey de los Magos, quiso verle y le mandó llamar. Llegado a su presencia la saludó; luego la contempló largo rato, como dominado por la admiración. "Pregúntale, dijo ella a su intérprete, por qué me mira tan detenidamente: si es porque me encuentra muy bella, o acaso por la razón contraria". La respuesta de Al-Gazal no se hizo esperar: "La razón de ello, dijo, es que yo no esperaba encontrar en el mundo un espectáculo semejante. Yo he visto cerca de nuestro rey mujeres escogidas entre las más bellas de todas las naciones; pero no he visto jamás una belleza que se aproximase siquiera a la de ésta". "Pregúntale, dijo la reina al intérprete, si es que bromea o habla en serio". "Seriamente", replicó él. "¿Pues acaso no hay mujeres hermosas en tu país?", preguntó ella. "Mostradme, dijo Al-Gazal, algunas de vuestras damas, a fin de que pueda yo compararlas con las nuestras". Habiendo la reina hecho venir a las que pasaban por más hermosas de la corte, nuestro embajador las fue examinando de la cabeza a los pies, y luego dijo así: "Hermosas son ciertamente; pero su belleza no es comparable con la de la reina, pues la belleza de ésta y todas sus demás cualidades no pueden ser apreciadas en su justo valor por cualquier persona, sino únicamente por los poetas; y si la reina quiere que yo describa su belleza, sus buenas cualidades y su inteligencia en un poema que será recitado en todas nuestras comarcas, lo haré muy a gusto". La reina, halagada en su amor propio mujeril, saltaba de gozo y mandó se le hiciese un regalo; pero él se negó a aceptarlo. "Pregúntale, dijo entonces la dama al intérprete, por qué lo rehusa: ¿es acaso por desprecio al regalo o a mí?" Habiendo ejecutado el intérprete sus órdenes, respondió entonces Al-Gazal: "Su regalo es magnífico, y considero un gran honor recibir de ella cualquier obsequio, pues es reina e hija de rey; mas el obsequio que a mí me basta es el haber tenido la dicha de verla y de haber sido recibido bondadosamente por ella. He aquí el mayor regalo que ella pudiera hacerme; y si aún quiere obsequiarme más, que me permita venir aquí a toda hora". Esta respuesta, que fue traducida por el intérprete, hubo de acrecentar más y más la satisfacción de la reina, la cual dijo entonces: "Quiero que se lleve este regalo a su casa, y le permito que venga a visitarme cuantas veces guste: jamás mi puerta estará cerrada para él, y le recibiré siempre con la mayor benevolencia". Al-Gazal diole las gracias, pidió para ella la bendición del cielo y se despidió.

Tammam ben Alqama dice: "Cuando yo oí de labios de Al-Gazal este

relato, le pregunté: —¿Era ella tan hermosa como le manifestabas? Ciertamente, respondió él, no era fea; pero a decir verdad yo necesitaba de ella, y al hablarle como yo lo hacía, me granjeaba su aprecio y conseguía más de lo que yo mismo podía esperar".

Tammam ben Alqama añade: "Uno de sus compañeros me ha contado lo siguiente: La esposa del rey de los Magos de tal modo simpatizó con Al-Gazal, que no podía pasar un día sin verle. Si no iba él, ella mandaba llamarle, y pasaba algún tiempo en conversación con él, hablándole de los musulmanes y de su historia, del país que habitaban, de los pueblos comarcanos, y por lo general, después de haberse despedido de ella para volver a su residencia, ella le enviaba un regalo, consistente en telas, manjares, perfumes o cosas parecidas. Estas visitas frecuentes bien pronto excitaron la curiosidad pública: los compañeros de nuestro embajador se disgustaron por ello, y le aconsejaron que fuese más prudente. Y como él comprendiese que podían tener razón, ya en adelante fueron más raras sus visitas a la reina. Ésta le preguntó la causa de aquel cambio, y él no se la ocultó. Su respuesta la hizo sonreír: "Los celos, dijo ella, no existen en nuestras costumbres. Entre nosotros las mujeres no están con sus maridos sino mientras que ellas lo tienen a bien, y una vez que sus maridos han dejado de agradarles los abandonan".

Del *Matrib* de Ben Dihya (Trad. Pons Boigues: Historiadores y Geógrafos, 39).

EN DEFENSA DE LOS MÁRTIRES CORDOBESES

Como ya queda dicho, tras un siglo de quietismo silencioso, fruto del estupor producido por la conquista, los españoles adquirieron conciencia de su fuerza frente a la insignificante minoría de orientales y de africanos que los regía y explotaba. Esa convicción engendró una corriente eléctrica de inquietud nacional, cuyo primer chispazo estalló en Córdoba entre los españoles conversos al Islam y produjo la llamada revolución del Arrabal. Esa corriente levantó pronto en armas a los españoles —maulas y mozárabes— en todo el ámbito de la Península. Ese mismo íntimo y conturbado desasosiego lanzó al martirio a los cristianos de la capital de Al-Ándalus en los días de Abd al-Rahman II. En el centro del poder musulmán y tras la derrota y destierro de los rebeldes contra Al-Hakam, no podía manifestarse de otra forma la excitación nacionalista. Sólo así puede comprenderse el período de persecución y martirios, que en vano se intentara explicar como fenómeno inconexo. Como todos los graves procesos históricos, comenzó por un suceso sin relieve. Pero allí estaba pidiendo vía libre la electricidad acumulada y estalló la tormenta. Los cristianos injuriaron a Mahoma, buscando el martirio. Espíritus encendidos de noble pasión, de gran fervor y de férvida elocuencia avivaron la hoguera. La crisis alarmó a los tibios, cautos y prudentes, que temieron perder sus puestos en la corte o en la administración. El gobierno musulmán también se alarmó. Como sucesores de los

reyes godos, los emires se habían arrogado la regia potestad sobre la Iglesia y nombraban obispos y convocaban concilios. Abd al-Rahman congregó uno, para que tratara de la cuestión que agitaba a la mozarabía. Lo presidió Recafredo, metropolitano de Sevilla. Llevó en él la voz del emir, Gómez, un cristiano muy culto que servía en palacio. Muchos mozárabes, temerosos de que la riada pudiera arrastrarles, habían incluso puesto en tela de juicio la santidad de los sacrificados y su misma condición de mártires. El pensamiento penetrante y la pluma brillante del más exaltado y fervoroso, y a la par del más genial de los sacerdotes cristianos de Córdoba, salió a la palestra en defensa de los que habían sufrido el martirio. Y el concilio no se atrevió a condenarlos, aunque prohibió a los mozárabes aspirar a la muerte de los mártires. He aquí una parte del alegato de San Eulogio en defensa de los caídos.

"Bien conocéis los errores gravísimos y groseros que, aconsejado por Satanás, predicó Mahoma, fundando una secta y herejía de las más terribles que han aparecido desde la Ascensión del Señor; secta que, separando muchas naciones de la Iglesia católica, ha perdido innumerables almas. Despreciando las profecías, infamando la doctrina de los Apóstoles y conculcando la verdad del Santo Evangelio fingió y predicó tamaños absurdos como negar la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, a quien reconoce, sin embargo, como el Verbo de Dios y como un gran Profeta, prometiendo un paraíso todo henchido de gula y deleites carnales, y enseñando otros errores y delirios no menos monstruosos que, como sabéis, fueron dignamente refutados en un opúsculo por mi sabio y elocuente maestro, el ilustre Abad Speraindeo, gran luminar de la Iglesia en nuestros tiempos. Errores e impiedades, en fin, tan varios y tan estupendos, que para refutarlos han tenido que escribir muchos comentarios y volúmenes algunos de nuestros filósofos y doctores. Pero con más energía y valor salieron a refutarlos nuestros gloriosos confesores, dando testimonio de la verdad con sus propias vidas. Primeramente lo dio el santo sacerdote Perfecto, cuya fortaleza quitó a muchos el miedo de morir por la confesión de la verdad; siguióle el invencible confesor Juan, mostrándose ambos en los tormentos dignos por su fe y abnegación de la gloriosa palma del martirio. Mas si éstos fueron arrastrados a la pasión por la perfidia de los infieles, alentados con sus ejemplos, otros muchos, ansiosos por ganar la misma corona, concurrieron en santo tropel a la palestra, denostando al enemigo de Dios y alabando al Divino Redentor, por cuya gracia y virtud nada temían en el mundo y todo lo esperaban en el cielo. ¡Ojalá que este libro contribuya a transmitir a la posteridad sus gloriosas hazañas para honra del cristianismo!

"En vano infieles y cristianos han querido despreciar y ultrajar tan altos ejemplos: aquéllos por arrebatarnos una gloria tan legítima, y éstos por no creerse capaces de imitarlos; en vano unos y otros ponen contra la realidad y gloria de sus martirios repetidas objeciones. Alegres los paganos por ver vengada con tantas muertes la injuria de su pretendido Profeta, nos dicen:

Si la fe por que morís es acepta a Dios, ¿cómo su omnipotencia no obra algún milagro que atemorice a vuestros enemigos e ilustre la verdad que proclamáis? ¿Por qué os sacrificáis sin provecho alguno vuestro ni detrimento de nosotros?" Mas no es de extrañar que así discurran los infieles: lo extraño y doloroso es que la mayor parte de los cristianos nos objetan del mismo modo, dudando de la verdad de unos martirios que no han sido confirmados por grandes maravillas. No hay por qué admirarse, ¡oh fieles! de la falta actual de milagros, pues ni el don de hacerlos se ha concedido a todos, ni son propios de todos los tiempos y circunstancias. Leemos en el Evangelio que el mismo Redentor, hallándose entre sus compatriotas, no hizo allí los prodigios que obraba largamente en otras partes, y esto no por falta de poder, sino por la incredulidad de sus oyentes. Esto cabalmente sucede aquí en medio de tantos infieles e incrédulos. En los primeros tiempos de la iglesia abundaban los milagros, porque entonces todas las gracias del cielo eran necesarias para arraigar sólidamente el naciente árbol del cristianismo, mas ahora ¿qué mérito tendría el que creyesen, no por las palabras y promesas de Dios sino por extraordinarios portentos? Como don gratuito de Dios y que muchas veces en su misericordia le ha concedido a los malos, no ha de recomendar al que los obre como la santidad de su espíritu y doctrina, sus virtudes y caridad. Ésta es la mayor recomendación de nuestros ínclitos mártires, en quienes brillaron todas las virtudes, y principalmente la fe, raíz y fundamento de todas. Recibid, pues, como mayor argumento de santidad, la muerte que sufrieron por Dios, que no los mayores prodigios que pudieran obrar. Otra objeción nos oponéis mucho más poderosa en vuestro concepto. Decís: No podemos incluir en el catálogo de los santos a estos mártires de nueva y profana especie, que, sin sufrir violencia alguna en su fe y culto, se han lanzado voluntariamente al peligro instigados de su soberbia (así os expresáis) y del odio que profesan a los enemigos de la religión. Continuamente están en nuestras bocas esos preceptos del Evangelio: Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen; haced bien a los que os persiguen y calumnian para que seáis dignos hijos de vuestro padre que está en los cielos. Con éstas y otras razones procuráis infamar la memoria de los soldados de Cristo. Pero estos varones santos, que, inspirados y movidos por el cielo, se arrojaron a la muerte por la profesión de la verdad, ni abrigaron la intención y espíritu que les suponéis, ni se apartaron en nada de los expresados mandamientos. Porque amando verdaderamente por causa de Dios a sus enemigos y deseando con viva solicitud su salvación, los arguyeron celosamente para que no viviesen más tiempo enredados en el laberinto de la impiedad; y haciendo bien a los mismos que aborrecen a Cristo creyeron que mejor moverían sus duros corazones con el ejemplo de su sangre vertida, que no por palabras de enseñanza, para que al fin, depuestos sus errores, abrazasen la fe salvadora del Divino Redentor. Bien les habéis visto imitar al Hombre Dios, cuando llevados al suplicio maldecidos, no devolvían las maldiciones; golpeados, no se quejaban; conminados, guardaban silencio, censurando e

impugnando tan solamente lo que ofende al mismo Dios, es a saber: la pretendida misión de aquel hombre vano, perdido, que animado con un espíritu satánico, no temió contarse en el número y jerarquía de los profetas y evangelistas. Al confesar la verdad los gloriosos soldados de Cristo, ¿no les era forzoso condenar y detestar el error de sus enemigos y denunciar las abominaciones del impostor? ¿No seguían en esto la doctrina del verdadero Maestro, que instruyó a sus discípulos, diciendo: Quien me hubiese confesado delante de esta generación adúltera y pecadora, a éste le confesará el Hijo del Hombre cuando venga con la gloria de su Padre y de los Santos Ángeles?

"Afirmáis que sin violencia, persecución ni molestia alguna de parte de los infieles, nuestros mártires se han levantado temerariamente para zaherir y provocar a los que, tolerantes y liberales, autorizan la profesión del cristianismo. Pues ¿creéis que no sufrimos molestia alguna con la destrucción de nuestras basílicas, con el oprobio e insulto de nuestros sacerdotes y con el pesado tributo que con gran angustia y fatiga pagamos todos los meses, siendo menos dolorosa una muerte que acabe de una vez con tantas calamidades que la penosa agonía de una vida sustentada con tanta penuria y estrechez? ¿Por ventura alguno de vosotros puede pasar con seguridad por donde están ellos y librarse de sus ultrajes y denuestos? Cuando obligados por cualquier necesidad y menester de la vida nos presentamos en público y de nuestro mísero tugurio salimos a la plaza, si los infieles ven en nosotros el traje e insignias de la Orden sacerdotal, nos aclaman burlescamente como a locos o a fatuos, aparte del cotidiano ludibrio de sus muchachos, que no satisfechos con sus insultantes gritos, nos persiguen incesantemente a pedradas. Ellos abominan del nombre cristiano; prorrumpen en las maldiciones y blasfemias más brutales cuando oyen la religiosa voz de nuestras campanas; se tienen por contaminados y sucios sólo con acercarse a nosotros y rozarse con nuestros vestidos o con que tengamos la menor intervención en sus cosas; en fin, nos calumnian y persiguen sin cesar, y nos atormentan continuamente por causa de nuestra religión.

"¿Y aún os atrevéis a asegurar que gozamos de libertad religiosa y que no debemos contar entre los verdaderos mártires a los que sin verse obligados a apostolar, han buscado voluntariamente la muerte, desafiando la justicia musulmana? Y aun cuando así fuese, recordad, os ruego, el ejemplo de aquellos siete hermanos que padecieron con Julián y Basilisa, los cuales, pudiendo ejercer con toda libertad el culto católico, por ser de linaje imperial, luego que vieron batallando en su pasión al bienaventurado San Julián, ansioso de ganar las mismas palmas corrieron voluntariamente al martirio. ¿No murieron de semejante manera los Santos Emeterio y Celedonio, San Félix de Gerona, San Sebastián, San Tirso, San Adriano, San Justo y San Pastor, Santa Eulalia de Barcelona, San Babilas y otros muchos que, presentándose espontáneamente, fueran coronados? Y por lo mismo, diré yo con un sabio escritor: Deben contarse entre las primeras dignidades del reino de los cielos éstos que vinieron a la pasión sin ser forzados, porque

es mayor heroísmo presentarse a los tormentos cuando no hay culpa en retraerse. Pero en verdad es forzoso confesar que hay crimen en ocultarse cuando la confesión de nuestra fe exige la predicación y pide el testimonio, cuando sólo de esta manera puede brillar a los ojos de los infieles e incrédulos la luz y gloria de nuestra creencia.

"Objétannos también nuestros adversarios la corrupción que sufren los cuerpos de estos mártires. Pero yo pregunto: ¿qué perjudica esta disolución de la carne a los ya coronados en el cielo? Polvo y heno es nuestra carne, y toda su gloria como la flor del campo. Corrupción han sufrido los cuerpos de muchos santos, y en polvo se han convertido, según la sentencia impuesta a todos los hombres en Adán, sin que esto haya disminuído en nada la gloria inmortal de sus almas.

"Por lo tanto, yo os ruego, ¡oh hermanos nuestros y bienaventuradas hermanas en Cristo! que no os dejéis arrastrar por las afirmaciones y conjeturas infundadas de los incrédulos e ignorantes para concebir el menor escrúpulo contra los soldados de Dios. ¡Ay de los que en obsequio de los mismos infieles, y por no perder los honores y bienes del siglo, denuestan a los que se sacrificaron por Dios y anatematizan a los que se atreven a imitarlos, teniendo a la virtud por pecado y convirtiendo en tinieblas la luz! Resistir debemos a todo trance a los adversarios de la justicia, y de ningún modo dilatar la muerte del cuerpo en pro de la defensa de la verdad. No todos, ciertamente, sirven para estas luchas; pero alabemos la magnitud de aquéllos que en premio a sus virtudes han recibido inspiración y aliento divinos, sacrificándose por sus hermanos. Ni falta para ello ocasión oportuna: la persecución arrecia contra nosotros. En vano se alaba y se pondera como un insigne privilegio el que los sectarios del mismo vate, a quien públicamente se injuria, nos dejan alzar aún el estandarte de la fe cristiana. Como si esto hubiera de agradecerse a la tolerancia de nuestros enemigos y no antes a los designios de la Providencia que conservó a los Patriarcas, Profetas y Apóstoles en medio de las gentes más fieras, ensalzándolos en gloria y dignidad, según aquella promesa consoladora: Yo estoy con vosotros hasta la consumación del mundo. No se debe, no, la conservación y custodia de nuestra Iglesia a un beneficio de ese pueblo impío en cuyo poder cayó por nuestras culpas el cetro de España después de la triste ruina del reino godo, en cuyos venturosos días florecía sobremanera nuestra santa religión con un venerable y digno sacerdocio y con suntuosas basílicas. Si aún subsiste entre nosotros, aunque atribulada y perseguida, la Iglesia católica, esto se debe a la gracia del Redentor, a la asistencia continua de Aquél que había dicho: como el lirio entre las espigas, así mi amiga entre las hijas, y en otro lugar: En medio de una nación mala y perversa brilláis como luminares que sois del mundo.

"¿Puede abrigarse duda racional acerca del motivo, de la intención que arrastró al suplicio a estos soldados de Jesús? ¿Quién les impulsó a perder la vida sino un vivo y ardentísimo deseo de dar su sangre por su Redentor y ganar así la querida patria eterna? Creed, por lo tanto, conmigo y con

cuantos piensan pía y religiosamente, que son verdaderos mártires los que entre nosotros han sucumbido por la fe y por la justicia, y tributándoles la debida veneración decid: Muramos nosotros con ellos y sean nuestras postrimerías semejantes a las suyas. Honrad, pues, las santas memorias de los que han muerto por Cristo, porque en ello hay gran mérito y recompensa; bien sabéis qué preciosa ante el Señor es la muerte de sus santos. ¿Qué menos parte podemos tomar en la gloria y el merecimiento de su martirio? ¿Por qué no hemos de contribuir al acrecentamiento de fe y de piedad que deben producir tan altos ejemplos? Honremos a los amigos de Dios, busquemos su patrocinio, que: quien a ellos ama a Dios ama, y quien los recibe a Dios recibe. De nosotros han salido; por nuestra fe han combatido y triunfado. Dios los habrá recibido como primicias y ofrenda de nuestra piedad religiosa, y por ello ha de favorecernos con sus gracias. Yo he tenido la satisfacción de animar a algunos de ellos para la batalla, aunque personalmente no haya entrado en ella, les he proporcionado armas con que militasen. También puedo decir que entre esos mártires he enviado al cielo algunos deudos y amigos, como mi pariente Pablo, y Sancho mi oyente. Pero todos somos una sola cosa en Cristo, y yo no vindico para mí una gloria que a todos nos interesa. Sean el gozo y la satisfacción comunes a todos; sean aceptas igualmente a todos memorias tan santas. Reunamos todos nuestras plegarias y deseos, dando gracias a Dios por haber renovado para nosotros aquellos tiempos venturosos de persecución, de merecimiento y de gloria en que la Iglesia cristiana amontonaba piedras para el edificio sublime y magnífico de la celestial Jerusalén. Así, pues, yo os dirijo una y otra vez la palabra, ¡oh soldados de Dios, esforzados guerreros, testigos abonados, mártires de Cristo, partícipes del reino eternal! yo os ruego que intercedáis por mí ante el Señor, logrando que en esta vida esté unido con Él y le sirva fielmente y librándome de las penas merecidas por mis culpas: aceptad, pues, este libro que, con el título Memorial de los Santos, pregona la gloriosa memoria de vuestros hechos".

Del *Memoriale Sanctorum* de San Eulogio (Trad. Simonet, Historia de los Mozárabes, 405).

RETRATO DE SAN EULOGIO

La gran figura de la mozarabía cordobesa era Eulogio. Pertenecía a una ilustre familia que guardaba el recuerdo de su abolengo senatorial. Su padre era de un cristianismo apasionado, que le llevaba a odiar a los muslimes. Sus hermanos se dedicaron al comercio y uno obtuvo un puesto en la administración. Eulogio se consagró al sacerdocio. Dotado de gran talento, adquirió una cultura extraordinaria. Los mozárabes se sentían seducidos por el brillo de las letras árabes y habían abandonado las latinas. Eulogio fustigó su descuido y procuró restaurar el gusto por la tradición clásica. Trajo para ello de Pamplona las obras de Horacio y de Virgilio. Pero su misión histó-

rica fue la de trocarse en el alma del partido cristiano exaltado. Espíritu de fuego, defendiendo a los mártires, alentó a muchos hermanos a morir por Cristo. Fue encarcelado varias veces, la iglesia de Toledo le eligió metropolitano de España y al cabo sufrió también el martirio el 11 de marzo de 859. Alfonso III de Asturias impuso a Córdoba como condición de paz, tras su victoria en Polvoraria, en 877, el rescate de su cadáver sagrado. He aquí su retrato moral, por la pluma de Álvaro, su condiscípulo en las lecciones del abad Speraindeo.

"Era un varón que sobresalía en todo linaje de obras y merecimientos; que a todos socorría en proporción de sus necesidades, y que aventajando a todos en ciencia, se tenía por el menor entre los menores. Su rostro era claro y venerable; su palabra, elocuente; sus obras, luminosas y ejemplares. Escritor elegante y sapientísimo, él alentaba a los mártires y él componía sus elogios. ¿Qué lengua bastaría para celebrar dignamente el fuego de su ingenio, la elocuencia de sus palabras, el fulgor de su ciencia, y la dulzura de su trato? ¿Qué libros dejó de consultar; qué escritos de católicos, de filósofos, de herejes ni de gentiles se le ocultaron? ¿De dónde hubo obras en verso y en prosa, historias, himnos y tratados peregrinos que se escondiesen a su investigación? Su afán por aprender, su solicitud por instruirse, eran infatigables, pero con tan bueno y generoso ingenio, que no quería saber nada para sí solo, comunicándolo todo a los demás... Renovando con la obra los hechos insignes de los antiguos varones, supo reunir en sí la severidad de San Jerónimo, la modestia de San Agustín, la suavidad de San Ambrosio, la paciencia de San Gregorio, ora para corregir yerros, ora para atemperarse a los menores, ora para calmar a los mayores, ora, en fin, para sufrir las adversidades."

De la *Vita divi Eulogii* de ÁLVARO DE CÓRDOBA (Trad. Simonet, Historia de los Mozárabes, 480).

PERSECUCIÓN

El espíritu de llama y la elocuente palabra de San Eulogio trazan aquí un cuadro sombrío del estado de la Iglesia bajo la persecución que padeció la mozarabía y, de paso, lanzan una saeta inflamada contra los acomodaticios.

"La cristiandad española, en otro tiempo tan floreciente bajo la dominación de los godos, ha caído por los altos juicios de Dios en poder de los sectarios del nefando Profeta, arrebatada por ellos la hermosura de sus iglesias y la alta dignidad de sus sacerdotes. Por nuestros pecados ha pasado nuestra herencia a manos ajenas y nuestra casa a gente extranjera. Nuestras aguas las bebemos por el dinero y tenemos que comprar nuestras propias maderas. No hay ya quien nos redima de las manos de los infieles, que, oprimiendo nuestros cuellos con un yugo gravísimo, procuran exter-

minar en los ámbitos de su imperio todo el linaje cristiano. Ya no nos permiten ejercer nuestra religión sino a medida de su capricho; ya nos agobian con una servidumbre tan dura como la de Faraón; ya nos sacan a pura fuerza un tributo insufrible; ya imponen un nuevo censo sobre las cervices de los miserables; ya, privándonos de todas nuestras cosas, procuran destruirnos cruelmente; ya, en fin, fatigando a la Iglesia católica con vario género de opresiones y persiguiendo de diversas maneras a la grey del Señor, creen que con nuestros daños prestan a su Dios un grato obsequio. ¡Cuánto más glorificaríamos nosotros al Señor si, desechando nuestra desidia, incitados por el ejemplo de nuestros mártires, les imitásemos esforzadamente, no sufriendo más el yugo de esta nación impía! Pero nosotros, míseros, nos recreamos en sus iniquidades, incurriendo en la censura del salmista, cuando dice: Mezcláronse con las gentes y aprendieron sus obras y adoraron sus ídolos. ¡Ay de nosotros que tenemos por delicia el vivir bajo la dominación gentílica, y no rehusamos estrechar vínculos con los infieles, y con el continuo trato participamos con frecuencia de sus profanaciones!

"Llenos están los calabozos de catervas de clérigos; las iglesias se miran privadas del sagrado oficio de sus prelados y sacerdotes; los tabernáculos divinos ponen su horror con su desaliño y soledad; la araña extiende sus telas por el templo, reina en su recinto el silencio más profundo. Confusos están los sacerdotes y ministros del altar, porque las piedras del santuario se ven esparcidas por las plazas, ya no se entonan los cánticos divinos en la pública reunión de los fieles; el santo murmullo de los salmos se pierde en lo más recóndito de las prisiones; ni resuena en el coro la voz del salmista, ni la del lector en el púlpito; ni el diácono evangeliza al pueblo, ni el sacerdote echa el incienso en los altares. Herido el pastor, logró el lobo dispersar el rebaño católico, y quedó la Iglesia privada de todo ministerio sagrado."

Del *Documentum Martyriale* de San Eulogio (Trad. Simonet. Historia de los Mozárabes, 411).

PREPARACIÓN AL MARTIRIO DE FLORA Y MARÍA POR SAN EULOGIO

Entre los cordobeses fervorosos, dispuestos a dar su vida por confesar a Cristo, fueron encarceladas dos vírgenes de Córdoba: Flora y María. Flora era hermana de un musulmán, como ella, hijo de una cristiana; y María lo era de un monje mozárabe, que había sufrido el martirio, y ella misma era religiosa en uno de los claustros de los alrededores de la ciudad. Flora, denunciada al juez por su hermano, fue condenada a azotes. Escapó de su casa, se refugió en la de un cristiano y allí la conoció San Eulogio. Su belleza, su pureza, su entusiasmo y sus padecimientos por Cristo despertaron en él un místico y castísimo amor, que le duró lo que su vida. Flora y María se encontraron en la iglesia de San Acisclo. Su mutuo fervor excitó su entusiasmo religioso. Se presentaron al cadí, como solían hacer los mártires. Blasfemaron de Mahoma, tratándole de impostor y de adúltero. Merecían

la muerte, según la ley islámica. Encarceladas, se les amenazó, si no se retractaban, con entregarlas a la prostitución. En tal momento fue también preso Eulogio. Su piedad supo vencer en él su mística inclinación por Flora. Y con su palabra y ardor logró mantener la firmeza de las dos vírgenes, que sufrieron con entusiasmo el martirio, el 29 de noviembre del 851. He aquí cómo Eulogio las preparaba para tan noble muerte.

"¡Oh hermanas mías en Jesucristo! No dejéis de tener ante los ojos del alma la pasión de nuestro Redentor, y meditando con ella constantemente, tendréis en nada todo suplicio temporal. Pues aunque sea áspero y amargo, es breve y próximo a su fin. En tales tormentos cifrad vuestro más glorioso trofeo, y el colmo de vuestra felicidad, pues pasando por ellos vuestras almas como oro que se prueba con el fuego, se purificarán más y más, haciéndose dignas de los premios y coronas eternas. En los mayores bienes y goces del mundo hay siempre un fondo de amargura y un vacío, porque peregrinamos lejos del Bien supremo: busquemos, pues, en Dios, la paz y satisfacción del alma. Vosotras estáis muy adelantadas en el camino que conduce al Bien completo y sumo: Os importa, pues, redoblar y encender más y más los afectos piadosos hacia Dios, insistir en los santos propósitos y meditar en las palabras divinas. Anhelamos contemplar a Dios libremente, es preciso antes purificar. Por lo tanto, yo os ruego, vírgenes santas, que no dejéis perder la corona aparejada para vosotras, ni que el halago de ningún bien mundano os aparte de la caridad de Jesucristo... Yo os ruego, hermanas bienaventuradas, que no desistáis de la empresa comenzada ni cejéis en la pelea, porque el premio no se da a los que empiezan sino a los que perseveran...

"Vosotras, oh vírgenes santas, desde que, esforzadas guerreras, salisteis a pública lid, rechazando con intrépida confesión al enemigo de la justicia delante de los Soberanos y Príncipes del mundo, habéis de pelear hasta morir, porque esta especie de combates se glorifica con la muerte. Con ella, sí, cambiaréis las cosas terrenas por las celestes, el mundo por la gloria, y daréis un ejemplo altísimo para aliento y enseñanza de la Iglesia católica...

"Inenarrables son y magníficos por extremo los premios que os aguardan. Porque al par recibiréis del Señor la doble palma de vuestra purísima virginidad y de vuestro glorioso martirio. Allá en el cielo saldrá a recibiros la Santísima Virgen y venerable Reina del Mundo, María, acompañada por lucidísimo coro de vírgenes, y con ella asistirán también los fortísimos soldados de Cristo, vuestros hermanos y compañeros Perfecto, Isaac, Sancho, Pedro Walabonso, Sabiniano, Wistremundo, Habencio, Jeremías, Sisenando, Pablo y Teodomiro, que os precedieron con la enseña de la fe y os abrieron la puerta por donde debíais entrar en el reino celestial de vuestro Esposo, que amasteis hasta el punto de morir por Él; apresuraos a ver con delicia la faz gloriosa de Aquél a quien servisteis en verdad y por quien

moristeis para vivir eternamente. Recibid ya la recompensa de vuestro trabajo y tomad el lauro del glorioso combate".

Del *Documentum Martyriale* de San Eulogio (Trad. Simonet, Historia de los Mozárabes, 419).

NUEVO RETRATO DEL SENSUAL ABD AL-RAHMAN II

Durante un siglo las fuentes históricas disponibles parecían confirmar el viejo retrato de Abd al-Rahman II, trazado por Dozy. La compilación descubierta en Fez por Lévi-Provençal, todavía inédita —por lo que no puedo aprovecharla aquí—, brinda una nueva imagen del emir. No sólo fue mecenas de médicos, filósofos, astrólogos, químicos, poetas y músicos y no sólo amó el fasto, la caza y las mujeres. Al-Ándalus le debe la organización política y palatina que perduró hasta la caída del califato, las fábricas de tapices y de sedas, la zeca cordobesa, la creación de los anales históricos oficiales y la introducción de las ciencias, las artes, las letras, la música, las modas, las joyas y la cocina orientales. Desde su advenimiento, envió a Mesopotamia al sabio Abbas ben Nasih, para que buscara e hiciera copiar las obras científicas trasmitidas a los árabes por griegos y persas. Las luchas intestinas que precedieron en Bagdad al entronizamiento de Al-Mamun, le permitieron comprar la mayor parte de los tesoros reales de los abbasíes, joyas de valor inestimable, libros únicos y preciosos paños. Se complacía en el estudio de antiguos tratados de medicina y filosofía, emprendió y vigiló diversos trabajos de urbanismo en Córdoba y, por intermedio del músico Ziryab, favoreció la renovación de la sociedad de Al-Ándalus, conforme al refinamiento de la moda oriental. Su obra dio frutos culturales y espirituales perdurables y obliga a perdonarle su sensualidad, nunca ahita, que, en alianza con su falta de espíritu guerrero, le forzaba a abandonar sus tropas en campaña, para buscar, con urgencia, los lechos de sus muchas favoritas, especialmente los de Tarub y las Tres Medinesas. Realizó su empresa de transformación de la España musulmana mientras los normandos asaltaban las costas andaluzas, y mientras perduraba, aunque atenuado, el sarampión de las rebeliones y se iniciaba en Córdoba el extraño alzamiento mozárabe. Su obra permitió al ímpetu creador de los hispanos elevarse muy alto. Un sabio cordobés, Abbas ben Firnas, encontró en su laboratorio la fórmula para la fabricación del cristal y fue un precursor de la aviación moderna, pues llegó a volar en un planeador de su invención.

ELOGIO CORTESANO

Era poeta y escritor, hombre de nobles propósitos, emprendió numerosas expediciones, obtuvo en país enemigo victorias famosas; llevó con él numerosos compañeros y gran número de tropas; asoló las moradas de los infieles, no dejó trazas de ellas y volvió de sus campañas cubierto de gloria

tras haber hecho sentir su mano dominadora. Jamás con él los musulmanes fueron vencidos y sus tiempos no conocían la adversidad. Fue el primero que adoptó los usos tradicionales de los califas en lo que concierne a la pompa, la forma exterior, la organización del servicio y el uso de vestiduras suntuosas; embelleció los palacios y trajo el agua a ellos; construyó la calzada, en la que levantó tribunas y junto a la cual hizo pasar las cañerías; edificó mezquitas aljamas en todo Al-Ándalus; hizo hacer bordados para los vestidos y favoreció su fabricación; estableció en Córdoba una zeca, o casa de moneda, en una palabra, dio gran esplendor a su realeza. Bajo su reinado se vieron entrar en España ricos tapices y toda suerte de objetos preciosos procedentes de Bagdad y de otros lugares. Con ocasión del asesinato de Muhammad Amin, hijo de Harun al-Raxid, y del saqueo de sus bienes, se trajeron a Al-Ándalus objetos raros y preciosos y ricas pedrerías que tenían tal origen. Entre ellos vino el collar de "aguijones de escorpiones", que había pertenecido a Zubayda, madre de Chaafar.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idhari (Según versión francesa de Fagnan, II, 148).

SENSUALIDAD

Se nos contó que Abd al-Rahman, hijo de Al-Hakam, tuvo una polución nocturna en la ciudad de Guadalajara, yendo de expedición hacia la frontera; se levantó a purificarse, y cuando hubo terminado la operación, mientras el criado estaba enjugándole la cabeza, llamó a Ben Xamr y le dijo, en verso, al venir a su presencia:

"Prolífico derrame se ha deslizado de noche sin darme cuenta".

Ben Xamr le contestó también en verso:

"¿Se ha presentado viniendo en las tinieblas de la oscura noche?

¡Bien venido sea aquél que viene en la oscuridad a visitarte!"

Aquello le excitó los apetitos sensuales y le vinieron tales ganas de (ver a) una de sus más íntimas favoritas, que nombró general de su ejército a su hijo Al-Hakam y se volvió a Córdoba. Ben Xamr decía acerca de la vuelta de este viaje, en una casida rimada en ba, puesta en boca de Abd al-Rahman:

"Siempre que veo subir al sol que alumbra el día, me recuerda a Tarub. Muchacha adornada con las galas de la belleza: el ojo cree ver una hermosa gacela. Yo soy el hijo de los Hixam, de la familia de Galib; alumbro el fuego de la guerra y lo apago".

Del *Iftitah al-Ándalus* de Ben Al-Qutiya (Trad. Ribera, 48).

INDULGENCIA GENEROSA

Un historiador cuenta que no llegaba ninguno a sus conferencias y le preguntaba alguna cosa, fuese fácil o difícil, a quien no satisficiese. Comenzó a reinar cuando el Estado se encontraba tranquilo y firme, y dedicóse exclu-

sivamente a sus diversiones y placeres, viviendo como uno de los habitantes del paraíso, donde encuentra reunido todo lo que puede desear el alma, y halagar los sentidos.

Trajéronle cierto día unos sacos de dinero, que colocó delante de sí. Mandó a todos los criados con mensajes para sus empleados y quedó solo en la habitación, sin más compañero que un paje, que permaneció de pie en su presencia. Dióle sueño a Abd al-Rahman, y creyendo el paje que estaba dormido, alargó la mano a uno de los sacos, se metió el dinero en la manga, y se marchó. Abd al-Rahman estaba observándole de reojo, y cuando volvieron los pajes, mandó que se llevasen aquel dinero, y contasen los sacos. Echaron de ver la falta de aquél, y comenzaron a inculparse unos a otros, acusándose mutuamente. Abd al-Rahman les dijo: "No habléis más de eso; el dinero lo tomó quien lo tomó, y lo ha visto quien no lo dirá". Mandó, pues, recoger el dinero, considerando que sería vergonzoso y poco digno descubrir al que lo había tomado.

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 120).

TREINTA MIL DINARES POR UNA COPLA

A la corte de Abd al-Rahman ben Al-Hakam (Dios le haya perdonado), vino Ziryab, el cual había disfrutado de gran privanza con el emir Muhammad ben Harun al-Amin; pero como Al-Mamun, que fue el sucesor de Al-Amin, le había reprochado algunas cosas, en cuanto éste fue muerto huyó a España. Una vez aquí, Abd al-Rahman, hijo de Al-Hakam, colmóle de toda clase de consideraciones y honras, y, a la verdad, las merecía por su cultura, instrucción y superior pericia en el arte que cultivaba.

Entre las anécdotas que de él se cuentan, está la siguiente: Cierto día cantó una canción a Abd al-Rahman, y agradóle tanto a éste, que mandó que se expidiera una orden para que los tesoreros le entregaran 30.000 dinares; el secretario de cartas les trajo la orden. Eran entonces los tesoreros los que antes hemos mencionado, al referir que se echaron suertes para el nombramiento de canciller, excepto Sufian, hijo de Abd al-Rabihi, a quien la suerte le había favorecido con la cancillería. Al serles presentada la orden, miráronse unos a otros los tesoreros, y Musa, hijo de Chudayr, que era el jefe, dijo: "¡Hablad vosotros!" Sus compañeros contestaron: "¡Ah, no!; nosotros no diremos más que lo que tú digas". Él entonces habló de esta manera al secretario de cartas: "Nosotros, aunque se nos llame tesoreros del Emir, cuya vida guarde Dios, somos tesoreros de los musulmanes y percibimos los tributos, no, ¡pardiez!, para dilapidarlos, sino para gastarlos en aquello que sea de utilidad; por tanto, no hay nadie entre nosotros que guste de ver en su hoja, el día del juicio, el haber tomado 30.000 dinares de los musulmanes y haberlos entregado a un cantante por una copla. El Emir lo tendrá que pagar de su propio peculio". El portador de la orden se fue y dijo al esclavo que había expedido la orden: "Los tesoreros no quieren

obedecer". En seguida entró éste donde estaba el emir a decirle lo que ocurría. Ziryab, entonces, dijo: "Esto es desobediencia"; pero Abd al-Rahman exclamó: "Pues a mí me parece muy bien; les nombraré ministros por eso mismo, porque tienen muchísima razón para decirlo". Inmediatamente hizo pagar a Ziryab de su bolsillo particular.

Del *Iftitah al-Ándalus* de Ben Al-Qutiya (Trad. Ribera, 53).

LA SULTANA DEL COLLAR

Una de sus esclavas (del emir Abd al-Rahman ben Al-Hakam), enojada con él rehusó acudir a su llamamiento y le cerró la puerta. Entonces mandó construir delante de ella un tabique con sacos de dinero, hasta cubrirla completamente. Cuando la esclava abrió la puerta, cayeron los sacos y contenían 20.000 dinares.

En cierta ocasión regaló a una de sus esclavas un collar que le había costado 10.000 dinares. Uno de sus visires, que estaba presente, hubo de vituperarle, y él le dijo: "¡Ay de ti! la que ha de vestir esta alhaja es otra joya más que ella preciosa, más estimable, más digna; si con estas piedrezuelas brilla su rostro y es su hermosura más grata a los ojos, también Dios creó joyas que brillan y cautivan los corazones. ¿Por ventura hay entre las galas de la tierra, entre sus más estimadas preseas, entre las dulzuras de sus más estimados placeres y goces cosa más agradable a los ojos, conjunto tal de perfecciones, como un rostro en que Dios acumuló todas las bellezas, y que dotó con los atractivos todos de la hermosura?" Después dijo a Ben Al-Xamr, que se hallaba presente: "¿No se te ocurre nada sobre este asunto?" Ben Al-Xamr dijo:

"¿Por ventura están unidos los rubíes y pequeñas perlas a aquélla que aventaja en esplendor a sol y luna?

"¿A aquélla, cuya forma creó la mano de Dios antes de haber creado ninguna otra cosa?

"Pues hónrala como a joya fabricada por Dios, y en comparación de la cual son pequeñas las joyas del mar y de la tierra.

"Para ella creó Dios cuanto hay en su cielo y en su tierra, y le dio el superior poder".

Entonces dijo el emir Abd al-Rahman ben Al-Hakam:

"Tus versos, ¡oh Ben Al-Xamr!, aventajan a toda poesía y exceden a cuanto puede concebir la mente, la inteligencia, la imaginación.

"Cuando los oídos los perciben, llevan su encanto hasta el alma con abundancia tal, que excede a la misma magia.

"¿Creó acaso el Omnipotente entre todas sus creaciones cosa más grata a los ojos que la hermosura de una virgen.

"En cuya mejilla ves la rosa sobre el jazmín, como vergel que brilla engalanado con sus flores?

"Si me fuera dado, suspendería mi corazón y mis ojos como collar de su cuello y pecho".

En seguida mandó que le dieran un talego con quinientos dinares. Salió Al-Xamr con un esclavo que llevaba el dinero y cuando se alejaron del emir, el esclavo dijo: "¿Dónde pernocta la luna esta noche? —Bajo tu brazo, amigo mío", contestó Al-Xamr.

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 121).

CÓMO EMPEZÓ A REINAR MUHAMMAD

En los entretelones de la corte se decidía, a veces, la suerte de la España musulmana. Las favoritas del harén batallaban entre sí para asegurar la sucesión del trono a su hijo predilecto. Los emires designaban el heredero presunto, cediendo a las intrigas de sus mujeres, conforme a los consejos de su caprichosa predilección o según convenía al interés del pueblo. Pero, a veces, morían sin designar y sin hacer jurar al hijo que había de sucederles en el trono. Entonces decidían de la suerte de Al-Ándalus los eunucos, entre cuyos brazos fallecían tristemente los más de los príncipes; los eunucos y la audacia novelesca del soberano por ellos preferido. Según resulta del relato que sigue.

Al morir Abd al-Rahman, a quien Dios tenga en su misericordia, de muerte repentina, los eunucos principales de palacio, que eran los únicos enterados del caso, lo ocultaron hasta la hora en que se cerraron las puertas de palacio y el almuédano llamó a la oración de prima noche. Entonces, mandaron éstos que se reunieran los eunucos de todas las categorías, mayores y menores, en el salón del Kamil, y dijéronles: "¡Compañeros! Ha sucedido un caso en el cual todos somos iguales, grandes y pequeños. Dios os favorezca con buena suerte en nuestro nuevo señor". Al oír aquello los eunucos de todas las categorías comenzaron a llorar con fuertes voces. Los eunucos principales dijeron: "Dejad ahora los lloros; tiempo habrá para lamentos; antes pensad lo que hemos de hacer por nosotros mismos y por los musulmanes: cuando esto se termine, entonces lloraremos. ¡Decid! ¿Cuál es vuestro parecer?" Y exclamaron todos a una voz: "Sea nuestro señor y rey el hijo de nuestra señora, a la cual debemos tantas atenciones y favores". Entonces uno de los eunucos de mayor graduación, llamado Abu-l-Mufrich, hombre de mucho mérito y que había hecho la peregrinación a la Meca, dijo: "¿Estáis todos conformes en esa opinión?" Todos contestaron: "Sí". Díjoles: "Pues bien, no he ocultar que pienso de la misma manera que vosotros, porque estoy especialmente agradecido a la soberana por favores que me ha dispensado, aún más que a vosotros; no obstante, se trata de un asunto que de llevarlo a cabo pende la pérdida de nuestra influencia en España, pues ninguno de vosotros se mostrará en público ni pasará cerca de una reunión de personas, que no digan éstas: ¡Maldiga Dios a estos personajes! porque, al disponer del gobierno de los musulmanes han dado el poder al peor hombre que ellos conocen y postergado al mejor. Vosotros

bien sabéis quién es Abd Allah y la gente que le rodea: ¡Voto a Dios! si él manda en vuestros asuntos y los de los musulmanes, ciertamente sufrirán mudanzas y novedades. Pensad, pues, que Dios os pedirá cuenta por ellos y por vosotros mismos". Como este discurso les causó honda impresión, ellos le preguntaron: "Pues, ¿a quién te parece que se nombre?" Y les contestó: "Al virtuoso y casto Muhammad". "Verdaderamente, él es así, replicaron; pero también es muy cierta su tacañería exagerada". "¿Y con qué había de mostrarse generoso?, contestó Abu-l-Mufrich. Cuando sea soberano y disponga de los tesoros públicos, no lo dudéis, será más dadivoso". "Bueno, conformes, como tú quieras", contestaron al fin. Entonces Abu-l-Mufrich hizo traer el Alcorán, y exigió juramento a todos ellos. Había dos eunucos que se habían hecho odiosos a Muhammad por haber secundado los deseos de Tarub, que eran Sadun y Qasim; Sadun dijo a los demás eunucos: "Puesto que estáis decididos resueltamente en esta opinión, yo me atrevo a rogaros que le digáis a Muhammad de nuestra parte que haga el favor de perdonar la falta de vuestro compañero". Ellos se lo prometieron.

Téngase presente, para entender el relato que sigue, que Muhammad tenía una hija pequeña con la que Abd al-Rahman, su padre, solía entretenerse, y a este efecto, acostumbraba a mandar por ella. Sadun, el eunuco (encargado por sus compañeros para la comisión de ir a buscar al nuevo emir) salió por la puerta de los jardines, llevando al propio tiempo las llaves de la puerta del puente de Alcántara. Al ser abierta la puerta de los jardines, Abd Allah, el hijo de Tarub, estaba de festín bebiendo en su palacio, pues se ha de tener en cuenta que su casa estaba cerca de la puerta del puente. Al abrírsele a Sadun esta puerta, aún continuaba bebiendo Abd Allah. Llegado a casa de Muhammad, encontróle en el baño; pidióle audiencia y fue concedida. Muhammad salió del baño a verle y le dijo: "¿Qué te trae por aquí, Sadun?" "Vengo, le contestó éste, para llevarte a ocupar el trono por acuerdo de todos nosotros, pues tu padre ha fallecido, Dios lo tenga en su misericordia. Aquí tienes el sello". ¡Oh, Sadun, dijo Muhammad, teme a Dios y no lleves tu enemistad contra mí hasta el punto de derramar mi sangre! ¡Déjame! A la tierra la hizo Dios espaciosa para que yo pueda ir a otra parte". Sadun tuvo que emplear toda clase de juramentos para convencerle que no venía sino por acuerdo de todos y a contento de todos. Contóle que le habían reconocido por aclamación unánime de todos, con juramento hecho sobre el Alcorán, y añadió: "Has de saber que si he venido yo, no ha sido por otra cosa sino por haber solicitado de mis compañeros que me hiciesen el honor de dejarme venir por ti, con intento de ver si consigo atenuar en tu alma algo del enfado que te haya podido causar con mi conducta". El príncipe, entonces, dijo: "Dios te perdone, por mí perdonado estás". Aceptó la proposición pero añadió: "Espera que mande por mi mayordomo Muhammad, hijo de Musa" (de quien se ha hecho mención anteriormente). Mandó por él, y, al hacerle saber lo que pasaba, dijo su mayordomo: "Esto tiene sus riesgos y peligros; ¿cómo se ha de pasar por la puerta del hijo de Tarub, estando allí sus guardias y servido-

res?". "¿Qué crees, pues, que se puede hacer?", le preguntó el príncipe. "Vayamos a ver a Yusuf, hijo de Basil, dijo el mayordomo, y que vengan con nosotros sus soldados". Eran éstos en número de trescientos. Fue a verle y a transmitir el encargo de Muhammad; pero Yusuf contestó: "¡Oh, Abu Abd al-Malik! Esto es un pleito en que no debo meterme: nosotros no servimos sino al que entre en el Alcázar y lo posea". Volvióse e informó a Muhammad de lo que había hecho Yusuf. A pesar de todo, el mayordomo, animándose, dijo: "¡Ea, ea, el que no arrisca, no aprisca!; monta a caballo y Dios nos ayude!" Muhammad montó a caballo, cubierto con un velo, y se puso en marcha la comitiva, yendo Sadun delante y el mayordomo junto al estribo. Al llegar delante del palacio de Abd Allah, hijo de Tarub, mientras se oía el canto y la zambra, recitó Muhammad el verso siguiente:

"Buen provecho te haga lo que tú haciendo estás:
Lo que nosotros hacemos, quizá nos lo hará".

Los guardias que estaban bebiendo en una sala que caía encima de la puerta del palacio, notaron el paso de los de fuera; uno de ellos abrió la puerta, y al verlos gritó: "¿Quién va allá?" A lo cual Sadun contestó dándole a entender que nada le importaba; y como el que había salido y los otros compañeros creyeron que era la hija de Muhammad que la llevaban a palacio, según costumbre, cerraron inmediatamente la puerta del palacio. A todo esto, Muhammad, al pasar por la puerta del puente, viniendo desde su casa, no hacía más que decir a su mayordomo: "¡Oh Abd al-Malik! ¡Oh Abd al-Malik!" Y al descorrerse los cerrojos de la misma se volvió a su mayordomo y le dijo: "¡Muhammad!, quédate aquí y guarda este lugar hasta que yo te mande quien te acompañe para guardarle"; y siguió adelante y entró en el Alcázar. Pero en cuanto estuvo en el zaguán de la puerta de los jardines, el portero Ben Abd al-Salim se interpone y, dirigiéndose a Sadun, le dice: "Esta persona no parece que tenga la figura de la niña que suele entrar por aquí. ¡Ah, no, voto a Dios!; por esta puerta no pasa nadie que no sepa yo quién es". Sadun le increpó diciendo: "¡Miserable! ¿Pretendes que se quiten el velo las señoras que deben ir veladas?" El portero replicó: "Es que yo no sé quién va ahí bajo ese velo"; e hizo entonces un ademán indicando salieran. Al fin tuvo que descubrir su rostro Muhammad y decirle: "¡Por Dios, Ben Abd al-Salim! Sábete que vengo porque mi padre ha muerto, Dios lo tenga en gloria". El portero le dijo: "Voto a Dios, el caso es demasiado grave; tú no pasarás por esta puerta, voto a Dios, hasta que yo sepa si tu padre está muerto o vivo". "Pues bien, ciérrale la puerta a Muhammad, dijo el eunuco, y entra en palacio". Así lo hizo; dejó a Muhammad en el zaguán, penetró en palacio acompañado del eunuco Sadun y al fin pudo convencerse por sus propios ojos de que Abd al-Rahman había muerto. A la vista del cadáver no pudo reprimir el llanto y se le escaparon gritos de dolor. Después salió y besó la mano a Muhammad, diciéndole: "Entra; Dios te sea propicio a ti y a los musulmanes por tu causa". Muhammad entró en palacio, y aquella misma noche fue procla-

mado, para lo cual hizo llamar a los ministros, a la servidumbre de palacio, a los nobles quraixíes y a los clientes omeyas. A la mañana siguiente nombró ministro a Muhammad, hijo de Musa; su mayordomo, a Abd al-Ruf, hijo de Abd al-Salim, el abuelo de los Banu Abd al-Ruf. Ben Abd al-Salim, el portero, huyó por miedo de que se le castigara; pero al saberlo Muhammad, no sólo mandó que se le dijera que podía estar seguro, sino que también le dio regalos y trajes de honor por la manera como se había portado aquella noche.

Del *Iftitah al-Ándalus* de BEN AL-QUTIYA (Trad. Ribera, 62).

REACCIÓN MUSULMANA FRENTE A LOS MÁRTIRES

Sobre el desarrollo de la cuestión mozárabe poseemos diversos testimonios de escritores cristianos que en ella intervinieron, uno de los cuales sufrió también el martirio. A los cronistas musulmanes tan grave proceso no mereció la más mínima atención. ¿Qué podía importarles la ejecución de unas docenas de infieles que blasfemaban del Profeta y que, arrebatados a sus ojos por una peregrina locura, buscaban la muerte? Sólo el historiador de los jueces de Córdoba rompe ese silencio y, al referirnos un suceso ocurrido en la curia del juzgado, nos descubre la postura psicológica, burlona y benévola, de los magistrados cordobeses, frente a los cristianos aspirantes al martirio.

He oído referir que en cierta ocasión se presentó en la curia un cristiano pidiendo la muerte para sí mismo. El juez Aslam le echó una severa reprimenda diciéndole:

—Desdichado, ¿quién te ha metido en la cabeza el que tú mismo pidas tu propia muerte, sin haber delinquido en nada?

La necedad o ignorancia de los cristianos les llevaba a atribuir a esa acción, de ofrecerse a la muerte, un gran mérito, cuando nada semejante se podía citar como ejemplo, digno de ser imitado, en la vida del profeta Jesús, hijo de María. El cristiano respondió:

—Pero ¿cree el juez que si él me mata, seré yo el muerto?

—¿Quién será pues, el muerto? — le replicó el juez.

—El muerto será una semblanza mía que se ha metido en un cuerpo; esa semblanza es la que el juez matará. En cuanto a mí, yo subiré inmediatamente al cielo.

—Mira —dijo entonces Aslam— aquél a quien tú te encomiendas en estas cosas, no está aquí conmigo, y aquél que te pudiera informar bien, para desengañarte de esa falsedad tampoco lo tienes delante de ti; pero aquí hay un medio para poner en evidencia lo que haya de cierto, y nos podremos certificar tú y yo.

—¿Cuál es ese medio? — dijo el cristiano.

El juez Aslam volvióse hacia los sayones o verdugos que allí estaban y les dijo:

—Traed el azote.

Ordenó luego que desnudaran al cristiano; lo desnudaron, e inmediatamente mandó que le atizaran. Cuando el cristiano comenzó a sentir el efecto de los azotes, púsose a agitarse y a gritar. El juez Aslam le dijo:

—¿En qué espalda van cayendo los azotes?

—En mi espalda — repuso el cristiano.

—Pues hombre —díjole Aslam— asimismo ocurriría, pardiez, si cayera la espada sobre tu cuello. ¿Imaginas que podría ocurrir otra cosa?

Del *Kitab Qudat Qurtuba* de AL-JUXANI (Trad. Ribera, 231).

DESMAYO Y TIBIEZA DE LOS MOZÁRABES

Muhammad sentía gran animosidad contra los cristianos y ordenó que fueran despedidos de la administración y de la corte. La persecución y estas drásticas medidas amedrentaron a los mozárabes. Unos apostasiaron. Entre ellos figuró Gómez que de tibio cristiano se trocó, hipócritamente, en "la paloma de la mezquita". Otros conservaron su fe. Pero el deseo de salvarse de la crisis inclinó a bastantes al disimulo y no pocos siguieron atribuyendo sus males al torpe celo de los mártires. Contra aquel desmayo y tibieza se alzó Álvaro, la segunda figura de la intelectualidad mozárabe de Córdoba.

"Pero digamos brevemente algo que explique el desmayo y tibieza en que vivimos nosotros por los justos juicios de Dios. Los mismos fieles que sirven a los paganos en los destinos palaciegos, ¿no se han dejado enredar en sus errores y contaminar con sus abominaciones? No se atreven a orar en público ante los gentiles ni a imprimir en sus frentes la señal de la Cruz al bostezar, ni a confesar en presencia de ellos la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo sino con palabras artificiosas, afirmando con ellos que Jesús es el Verbo y Espíritu de Dios, y guardando su creencia escondida en sus corazones... Y nosotros, no solamente excusamos todo esto, sino que lo alabamos; y mientras que no detestamos, como fuera justo, a los cristianos que pelean contra sus religionarios por complacer al sultán y por cargos venales, defendiendo a los gentiles, anatematizamos e infamamos a los hombres religiosos y celosos que, a semejanza de Elías, combaten por el verdadero Dios. ¿Y por qué obramos así sino por miedo de un Rey de la tierra, de cuyo dominio sabemos que pronto hemos de salir, mientras que desechamos el santo temor del Rey Eterno, a quien estamos seguros de ser llevados pronto y para siempre?

"Yo pregunto: ¿de dónde ha nacido en las iglesias esta nueva e inaudita condescendencia?... Si el error no se ha de combatir públicamente, ¿para qué vino al mundo Nuestro Señor Jesucristo; para qué fueron enviados los Apóstoles, maestros y pastores, sino para destruir toda ignorancia e impugnar

todo error y predicar el Evangelio a todas las gentes? Pues qué, ¿la predicación de la fe debió reducirse a los tiempos apostólicos, y no se debe extender, por el contrario, a todos los siglos y hasta que toda gente y lengua crean en el Evangelio de Cristo? No había quien predicase a estos israelitas, impulsándoles a la fe, cuando se presentaron nuestros mártires, cumpliendo en ellos la misión del apostolado y la predicación evangélica, haciéndoles así deudores de la fe.

"Ya dijimos de dónde partió evidentemente la persecución: hemos visto que nació de los infieles, y que los nuestros se levantaron por celo de Dios y de los hombres. ¿Qué hay de culpa en esto? Vieron nuestros héroes que se les presentaba el combate; miraron a uno de los suyos muerto y a otro gravemente herido, y entonces, sin más detención, armados con la loriga de la fe, se lanzaron a una guerra honrosísima, corriendo al campo de la batalla para ganar la gloriosa palma de la victoria. Eran varones esforzados y guerreadores, deseosos de lucha espiritual, y no esquivaron la ocasión cuando se les presentó. No pudieron contener la carrera, porque trataron de cumplir el mandato de su Señor eterno. ¿Por qué no admiráis y alabáis su intención sublime, su fe ardiente, su celo por la gloria de la Religión católica? ¿Por qué escogiendo la peor parte, e imitando a los infieles, los calumniáis y denostáis? Pero aun lo hacéis con peor consejo que los mismos gentiles, pues ellos mataron con la espada a los que vieron hostiles a su fe, y vosotros matáis con vuestras palabras y opiniones a los que profesan vuestras mismas creencias; ellos les quisieron quitar la vida mundana, y vosotros la eterna.

"Pero nos replicáis: por causa de los mártires las basílicas de Dios permanecen desiertas de sacerdotes, y continuando en su fuerza la persecución, está interrumpido el sacrificio incesante. Pero a esto responde la verdadera fe que esto lo han hecho nuestros delitos por atrevernos a levantarnos contra los mártires de Dios y contra el mismo Jesucristo. Recuerde el pueblo cristiano qué furiosa tempestad se movió entre nosotros mismos, tomando armas rebeldes contra el mismo Dios, y entonces arroje, si puede, tal mancha sobre la gloria de los santos mártires. Por ventura, esos mismos que parecían columnas, que eran estimados como piedras de la Iglesia, que eran mirados como elegidos, ¿no se fueron al juez, sin obligarles ni provocarles a ello persona alguna, y en presencia de los cínicos, mejor dicho, de los epicúreos, infamaron a los mártires de Dios? Por ventura, los pastores de Jesucristo, los doctores de la Iglesia, obispos, abades, presbíteros, próceres y magnates, ¿no clamaron en público que aquéllos eran herejes, profiriendo así espontánea y libérrimamente, sin indagación ni interrogatorio, lo que no debía decirse ni amenazando sentencia de muerte? Todos ¡oh dolor! hollando la conciencia, menospreciando la fe, sirvieron a la mentira, infamando a sus hermanos, cuya fe y piedad bien conocían.

"Pongamos en parangón, si nos parece justo, nuestras confesiones mentirosas y las verdaderas de nuestros mártires. Ellos afirmaron lo que predica toda la Iglesia: nosotros lo que infama toda la cristiandad; ellos maldijeron

al falso Profeta: nosotros a los adoradores de Cristo; ellos persiguieron a los infieles: nosotros a los cristianos; ellos se han opuesto osada y resueltamente contra el diablo: nosotros contra el Señor; ellos han resistido al Rey de la tierra: nosotros al cielo; ellos han profesado con la boca lo que sentía su corazón: nosotros hemos tenido una cosa en la conciencia y otra en los labios; ellos han sido confesores y testigos verdaderos: nosotros, ¡ay de mí! falaces y engañosos".

Del *Indiculus Luminosus* de Álvaro de Córdoba (Trad. Simonet, Historia de los Mozárabes, 465).

JUSTICIA EN CÓRDOBA

La autoridad de los soberanos Omeyas de Al-Ándalus era absoluta y sin límites. ¿Sin límites? Su única limitación era la delegación de su plena potestad judicial en el cadí de Córdoba. En la historia de los que desempeñaron el juzgado cordobés es posible espigar testimonios de que los emires y califas podían casar las sentencias de aquél, aunque rara vez osaran ejercer tal facultad. Pero por bajo de ese supremo poder mayestático, la autoridad del juez era tan alta que nadie escapaba a ella, por elevada que fuera su magistratura y por grande que fuese su influencia en el gobierno o en la corte. Los cadíes ejercieron, además, su sagrada misión con tal independencia, que contribuyeron sin duda al arraigo y a la perduración de la dominación musulmana en España. ¿Cómo? Al acercar al pueblo a la dinastía por el camino de la justicia.

TE VAS AL INFIERNO: UN ERROR JUDICIAL

Ahmad ben Muhammad ben Abd al-Malik ben Ayman me ha contado que su padre le refirió lo siguiente, por habérselo oído referir a su abuelo:

Había en nuestra ciudad dos señores tan bien calificados, que su testimonio hacía fe en aquellos tiempos; ambos eran amigos de Muhammad ben Baxir y solían con frecuencia tratarle; él los tenía en muy buen concepto, como hombres ambos muy virtuosos: uno de ellos era el abuelo de Ahmad ben Baxir, el conocido vulgarmente por Ben al-Agbas. Pues bien, ocurrió que uno de los más ricos comerciantes de Córdoba murió, y un esclavo que el difunto tenía presentóse al juez Muhammad ben Baxir exponiéndole que su señor, el difunto, le había manumitido y le había encargado que se casara con su hija, legándole para ese efecto el capital que poseía el difunto. El juez exigió prueba fehaciente de las pretensiones del esclavo, y éste trajo a dos señores, los cuales testificaron que era verdad lo que el esclavo había expuesto. El juez aceptó la deposición de los testigos y decretó en favor del esclavo, cual éste había solicitado. Pero poco tiempo después, uno de estos dos testigos se puso en trance de morir y encargó que comunicaran al juez el deseo que él sentía de

verle y hablarle. El juez recibió esta noticia hallándose en el cortejo de un entierro en el cementerio de Bilat Mugayth y, al volver de este entierro, fue a visitar a aquel señor. En cuanto éste vio al juez, a pesar de la situación dolorida y agónica en que se hallaba, luchando con la muerte, se puso a andar a rastras haciendo esfuerzos para acercarse al juez. Éste le dijo:

—Pero, hombre, ¿qué te pasa?

Creía el juez que aquella agitación violenta, aquellos esfuerzos penosos, se debían a la enfermedad; pero el hombre aquel le contestó:

—Me voy derecho al infierno, si no me salvas tú.

—No, hombre, no —replicó el juez—; ten confianza en Dios; él te librará del fuego del infierno. Vamos a ver, ¿qué es lo que pasa?

—¿Te acuerdas —replicó el enfermo— de que fui yo testigo en favor de fulano, esclavo de zutano? Pues lo que entonces dije fue una mentira mía. Por temor de Dios, deroga la decisión que tomaste. Ejecuta, por el contrario aquello que debió haberse decidido (a no mediar mi falsedad).

Muhammad ben Baxir, el juez, se calló, puso las manos sobre sus rodillas, levantóse y se puso a decir:

—La sentencia es firme... y tú te vas al infierno.

IGUALDAD, ANTE EL JUEZ, DEL PORDIOSERO Y DEL MAGNATE

Dice Jalid ben Sad que Walid ben Ibrahim le contó lo siguiente:

Mi padre Ibrahim me envió cierto día a que llevase un recado a Ammir ben Abd Allah, el juez, de que él era amigo. Entré en la mezquita donde éste se hallaba juzgando en medio de la gente, a tiempo en que un pordiosero cubierto de andrajos se le presentó a quejarse de uno de los gobernadores de provincia nombrados por el monarca Muhammad I. Este gobernador era persona de mucho prestigio y autoridad; tanto, que era entonces el candidato para el cargo de zalmedina de Córdoba; poco después fue realmente nombrado zalmedina. Aquel pobre dijo al juez:

—¡Oh juez de los musulmanes, Fulano me ha arrebatado una casa!

—Toma papeleta de citación y cítale — le contestó Ammir ben Abd Allah.

—¿Y un hombre miserable, como yo, ha de ir a un hombre como él a citarle con una cédula? Yo no me atrevo; temo que pueda ocurrirme algo.

—Toma la papeleta de citación y cítale — volvió a repetir el juez.

Añade Walid: Yo me dije a mí mismo: voy a sentarme aquí hasta ver en qué para la entereza del juez en este asunto.

Apenas transcurrió un momento cuando el pobre aquel volvió y dijo:

—¡Oh juez!, yo le he enseñado desde lejos la papeleta de citación, sin acercarme a él, e inmediatamente he huido.

—Bueno, pues —le dijo Ammir—; siéntate, que él vendrá.

Dice Walid ben Ibrahim: De allí a poco se presentó con gran cortejo de caballeros y peones el personaje citado; plegó sus piernas y bajó de

su caballo; luego entró en la mezquita, saludó al juez y a todos los concurrentes, estuvo un largo rato allí derecho y, por fin, arrimó sus espaldas al muro de la mezquita. Entonces le dijo el juez:

—Venga usted acá y siéntese delante de mí, al lado de su contrincante.

—Señor juez —contestó el personaje— estamos dentro de la mezquita y todo sitio de la mezquita es sagrado; lo mismo da este sitio que otro, todo es uno.

—Venga usted acá le he mandado —repitió el juez— y siéntese aquí delante de mí, al lado de su contrincante.

Al ver la firme resolución del juez, se acercó y se sentó delante de él; entonces el juez hizo seña al hombre miserable para que se sentara con su contrincante delante de él, y, después de sentado, dijo Ammir al pordiosero:

—¿Qué tienes que exponer?

—Yo digo —contestó el pobre— que ese señor me ha robado mi casa arrebatándomela.

—¿Qué respondes a eso? — dice el juez, dirigiéndose al demandado.

—Yo digo —contestó el personaje— que debo castigarle por esa calumnia; es decir, por haberme imputado el crimen de robar.

—Si eso lo dijera un hombre honrado —replicó entonces el juez— tendría realmente derecho a castigarle por calumnia, como tú dices; pero quien públicamente es conocido por ladrón, no tiene derecho para rechazarlo como calumnia.

Y dirigiéndose a la multitud de los sayones del juzgado que el juez tenía delante, les dijo:

—Marchaos con él y vigiladle. Si devuelve la casa a este hombre, bien; pero si no, traédmelo aquí, para que yo ponga una comunicación al monarca dándole cuenta de esto y haciéndole saber la injusticia y la insolencia que ha cometido.

Aquel personaje tuvo que salir con los sayones. Poco rato pasó cuando ya volvían el pobre y los guardias. El pobre dijo al juez:

—Dios te lo pague: ya me ha entregado mi casa.

—Vete, pues, enhorabuena — le contestó el juez.

UN ORDENANZA DEL JUZGADO OBLIGA A ACUDIR A JUICIO AL GOBERNADOR DE CÓRDOBA

Estaba yo en la curia junto a Sulayman ben Aswad en ocasión en que vino un hombre y presentó denuncia de agravio e injusticia contra el zalmedina de Córdoba. Como había anochecido ya, Sulayman mandó a uno de sus ordenanzas, anciano que estaba allí delante, lo que sigue:

—Mañana por la mañana te vas al encuentro del zalmedina; cuando éste llegue al sitio donde se ponen los guardias del tesoro y al tiempo en que vaya a bajar de la caballería, la coges por las riendas y le mandas de mi parte que venga aquí, porque se ha presentado denuncia de agravio contra

él. Si obedece no se le dice más; pero, si no obedece, le arreas un varazo a la caballería para traerlo hacia acá, aunque no quiera.

Y añade el tío de Ben Bazea: Me fui por la mañana con el viejo ordenanza, al que se le había dado aquella orden tan rasa, y me paré en compañía suya, en el camino por donde había de venir el zalmedina, hasta que éste llegó acompañado de su cortejo constituído por multitud de gente a caballo. El ordenanza le cogió las riendas; el zalmedina al ver eso formó el propósito de mandar que lo echaran fuera, a tiempo que el ordenanza le decía:

—El juez me ha enviado por ti, porque un hombre le ha presentado una denuncia contra ti, por agravio que le has hecho; y tienes que ir, a las buenas o a las malas, según sea tu gusto.

—No, hombre, no; iré a las buenas — contestó el zalmedina.

Y se fue hasta que llegó a la curia del juez, donde se apeó. El juez intervino en aquel asunto, entre demandante y demandado; se enteró a conciencia del asunto y resolvió el pleito, según le hubo de parecer. Luego el zalmedina se marchó.

EL JUEZ AMENAZA A UN MINISTRO

El faquí Ben al-Mulun se dedicaba al oficio de redactar contratos: era hombre entendido en esta materia, hombre sagacísimo en tretas, consistentes en intercalar (ciertas frases) en el contenido de esos documentos; se le imputaba que tenía pocos escrúpulos y que no le importaba transgredir las leyes divinas, dejando deslizar engaños en los contratos que redactaba. Sulayman ben Aswad quiso atraparlo; pero Ben al-Mulun, temeroso de que el juez le cogiera, huyó y se escondió en casa del ministro Muhammad ben Chahuar, el cual le acogió y amparó para tenerlo seguro. Inmediatamente envió este ministro a un hermano suyo para que intercediera con el juez por el perseguido, y que recordara el juez los lazos que unían al ministro con Ben al-Mulun, por lo que se creía obligado a protegerle.

—Es preciso —contestó el juez— que la ley se cumpla en el caso que ha llegado a mi conocimiento. Sé que el visir lo tiene en su casa escondido, para librarle de mí; pero eso no me consta oficialmente; en cuanto me conste oficialmente, mandaré que penetren en el domicilio del ministro y lo saquen.

El ministro entonces comenzó a preocuparse de sí mismo; ya no estaba tranquilo teniendo a Ben al-Mulun en su casa, hasta que hubo de trasladarle a otra parte para que no estuviese en su propio domicilio.

UN MINISTRO DEL EMIR LLAMADO A JUICIO

Ben Umar Abd al-Aziz me dijo que un anciano de Sevilla, llamado Haxim ben Rasin, le contó lo siguiente:

Estaba yo un día formando parte del cortejo de Muhammad ben Musa el ministro. Era entonces éste el ministro de mayor prestigio del monarca

Muhammad I y el más estimado por él. Y cuando estuvo frente a la mezquita aljama, salió a su encuentro un pariente suyo, marido de su hija, y le dijo:

—El juez está sentado en la mezquita; ésta es cédula de citación suya; y manda que te bajes para comparecer en su curia.

—Con mucho gusto — contestó el ministro.

Y dio vuelta a las piernas y se bajó de la cabalgadura. Cuando llegó a la puerta de la mezquita, los guardianes de ella se apresuraron a presentársele; él les dijo:

—Buscadme un procurador para pleitos.

Se adelantó hacia la quibla de la mezquita, oró con dos prosternaciones y, al acabar el rezo, encontró que los guardianes de la mezquita le presentaron un hombre, como procurador para pleitos.

—Vosotros sois testigos —dijo el ministro— de que he nombrado a este señor procurador para pleitear con mi pariente.

Este pariente insistió en que el ministro debía presentarse al juez, a fin de que personalmente afirmara o negara. El público de la curia reprimió severamente al pariente diciéndole:

—El ministro ha obrado con equidad al encomendar ese asunto a un procurador que le represente en tu pleito.

El pariente desistió y el ministro entonces salió de la mezquita y se marchó a caballo.

FIDELIDAD EN LA CUSTODIA DE UN DEPÓSITO

La causa ocasional que motivó el que Said ben Muhammad ocupara el cargo de juez, fue un suceso que le ocurrió, por la coincidencia de tener él un depósito que le habían confiado. Jalid ben Sad refiere que un ulema que le merecía entero crédito, oyó contar a Yahya ben Zacaria, íntimo amigo de Muhammad ben Wadah, que Asbagh ben Jalil narraba lo siguiente:

—Estábamos de tertulia en casa de Yahya ben Yahya a tiempo en que vino a verle Said ben Muhammad ben Baxir, y se sentó con nosotros. Yahya notó que Ben Baxir estaba preocupado y triste, y le dijo:

—¿Qué te pasa?

—Un disgusto —contestó Ben Baxir— que de improviso me ha caído encima.

—¿Cuál es? Di: aquí puedes estar tranquilo; nadie te oye ni te ve.

—Pues mira, es lo siguiente: Rebia, el conde (cristiano), me dio en depósito un cuantioso capital y hete ahí que el pregonero está gritando en la calle este pregón: "Aquel que tenga dinero o cosa depositada perteneciente a Rebia y no lo manifieste dentro de tres días, será castigado con la pena de muerte y serán confiscados sus bienes".

A Yahya causó mucha impresión esta noticia y quedó pensativo y aun atónito, mirando al suelo largo rato; luego, le preguntó:

—¿Y qué piensas hacer? Yo creo ¡pardiez! que debes guardar ese pacto

de depósito, conforme a aquella tradición del Profeta que dice: "El depósito debe devolverse, no sólo al honrado y justo sino hasta al malvado o perverso (Dios ha hecho estas cosas así); lo mismo se muere tras el parto la mujer honrada que la que no lo es".

El caso se traslució y divulgó hasta que lo supo el monarca, el cual pasados los tres días (de publicado el pregón), lo mandó llamar. El ujier del soberano (al presentarse en palacio Ben Baxir) le recibió y le dijo (de parte del monarca):

—¿Qué te ha inducido a esconder lo que te dió Rebia en depósito? Ya has oído lo que el pregonero ha publicado y la resolución firme y proclamada que hemos hecho a este propósito.

—Haz el favor —dijo Ben Baxir al ujier— de comunicar al soberano de mi parte que esto lo hice únicamente apoyándome en una tradición del Profeta.

Y le citó el texto de la tradición, añadiendo después de las palabras "el depósito debe devolverse al justo como al perverso" la siguiente coletilla: "Esta tradición del Profeta debe aplicarse a Rebia, porque no hay hombre más perverso que él".

El ujier eunuco comunicó al soberano la contestación de Ben Baxir, y el monarca, al enterarse de ella, lo recomendó a los visires, diciendo que era un santo varón, y aun añadió:

—Creo que debéis nombrarle juez.

Ésta fue realmente la causa de que se le nombrara juez de Córdoba.

INTENTOS DE COHECHO

Un narrador de noticias históricas contó lo siguiente:

Estaba Abu Ammir, hijo del juez Ammir ben Abd Allah, en la curia de su padre un día en que había grandísima concurrencia y, dirigiéndose a uno de los mercaderes que estaban por allí, dijo:

—Quiero comprar un bocado que esté repujado en forma de granitos, a propósito para un caballo que he adquirido recientemente. Podía usted encargarse de proporcionármelo.

Dice el narrador: Antes del anochecer de aquel mismo día, ya tenía diecisiete bocados que, como regalo, se los habían mandado todos a su casa.

Me encontré en cierta ocasión con el juez Muhammad ben Salma y me pidió que le comprara un alquicel, de la clase que en Córdoba llamaban *borrocán*.

Y añade Abd Allah: Mi padre me mandó que bajara a la calle de los pañeros a buscar el alquicel. Bajé y le compré un alquicel por veinticuatro dinares y medio; y se lo llevé a mi padre, el cual se lo trajo personalmente al juez. A éste le agradó y dijo:

—¿Cuánto te ha costado?

—A ti te cuesta —contestóle— diez dinares.

—El juez te saluda y te ruego que tomes el alquicel y que le devuelvas diez dinares. Pero unos momentos después vino a ver a mi padre Abu Yahya, el inspector de los legados píos, y le dijo:

—El juez te saluda y te ruega que tomes el alquicel y que le devuelvas los diez dinares, porque necesita ahora ese dinero para otros gastos y no necesita el alquicel.

—Yo le daré el dinero que ahora necesita —respondió mi padre no queriendo tomar el alquicel— y que lo utilice hasta que le sea fácil devolvérmelo.

Pero el inspector de legados píos se negó a aceptar porque el juez había dicho:

—Yo no puedo aceptar eso.

Y al preguntarle mi padre qué es lo que le había obligado a devolver el alquicel, el juez que ya había sabido cuál era su verdadero precio, no quiso aceptar y dijo:

—Yo creía que el precio del alquicel era el de diez dinares, que es la cantidad que yo le di; pero cuando he sabido que el alquicel vale más, ya no lo quiero. Me sabe mal, muy mal, que otros carguen con el gasto (que sólo a mí corresponde).

EL JUEZ RECHAZA UNA RECOMENDACIÓN DEL CANCILLER

Un día se presentó ante el juez un sujeto para comunicarle el siguiente mensaje:

—Señor mío, el canciller Musa ben Muhammad te saluda y dice: "Ya sabes la amistad y cariño que te profeso y el interés decidido que me tomo por todas tus cosas. En tu curia se tramita el pleito, que tú ya conoces, contra Yahya ben Ishaq; testigos bien calificados han informado ya, viniendo a ser cosa probada; sin embargo, yo creo que debes diferir el pronunciar sentencia, evitando resolver de conformidad con lo que resulta probado".

—Saluda de mi parte al canciller —contestó el juez al recadero— y hazle saber que yo le digo: "Ciertamente nuestros lazos de amistad solamente se mantienen en cuanto puede ser grata a Dios y en consideración a él. Yahya ben Ishaq y cualquier otro hombre, en materia de justicia, son para mí completamente iguales. Me han entrado dudas a mí en este negocio, y no resolveré nada, voto a Dios, contra Yahya ben Ishaq, hasta que en su causa no vea yo tanta luz como la del sol que ilumina al mundo. Ahora bien (en el día del juicio), a mí no me protegerá nadie de (una injusticia que yo cometa en favor de) Yahya ben Ishaq, si me trataran con rigor en el proceso que me han de instruir delante de Dios".

El emisario contó lo siguiente:

Yo refería las palabras del juez al canciller. Éste se calló; pero su hermano el visir Abu Umar se puso a hablar de eso, atacando al juez e insistiendo repetidamente; al fin se encaró con el canciller, y le dijo:

—Hermano mío, el juez, voto a Dios, es hombre integérrimo; no por

hacer eso dejaré yo de tratarle con las consideraciones debidas; sus dudas mismas me certifican claramente de la bondad de sus intenciones. Eso no significa, sin embargo, que yo haya abandonado a Yahya ben Ishaq. ¿No hemos sido nosotros los que le hemos encomendado ese asunto y hemos puesto la confianza en él? Lo que hace el juez, voto a Dios, aun es mayor motivo para mi cariño y para que yo estime en más sus virtudes.

Del *Kitab Qudat Qurtuba* de AL-JUXANI (Trad. Ribera, 73, 151, 164, 166, 85, 176, 203, 167, 250).

TOLEDO CONTRA MUHAMMAD: LA JORNADA DEL GUADACELETE

La sangrienta jornada del foso no había abatido el ímpetu guerrero de los toledanos. El mismo Al-Hakam hubo de tomar Toledo por sorpresa poco después y de castigarla incendiando todo el casco alto de la ciudad. Durante ocho años [829-837] sus habitantes volvieron a tener en jaque a Abd al-Rahman y sólo fue sometida por la traición de un renegado. Cuando Muhammad ocupó el trono, Toledo se alzó otra vez contra Córdoba. La antigua capital goda constituía una pesadilla permanente para la nueva capital musulmana. La audacia de sus moradores les permitió dominar toda la meseta central y les movió a penetrar en Andalucía en son de guerra. Muchos de los toledanos eran todavía mozárabes. Frente a los soberanos cordobeses, Toledo buscó la alianza de los cristianos del Norte. Cuando Muhammad decidió combatir la ciudad rebelde, el rey de Asturias y Galicia envió a su hermano en su socorro. Mediante un ardid, los cordobeses les vencieron. Los cronistas islamitas más que contar, cantaron la victoria. Pero Toledo continuó insumisa y si un quinquenio después pidió y obtuvo la amnistía, fue para sublevarse pocos años más tarde. Consiguió un nuevo amán en 872, pero antes de morir Muhammad [886] se rebelaron otra vez. Les rigió, como cónsul, Lope, de la familia de los "Beni Casi", durante las horas turbias de Abd Allah. Alfonso III de Asturias fue su aliado. Y rebeldes siguieron hasta que Abd al-Rahman III cerró en 932, con la sumisión definitiva de Toledo, la pacificación de Al-Andalus. Brava historia de más de un siglo; breves jornadas entre las milenarias de gloria y de dolor de la Toledo de siempre.

Desde el año en que Muhammad subió al trono, los toledanos se sublevaron y apresaron a su gobernador y no consintieron en darle libertad sino cuando fueron liberados sus propios rehenes que residían en Córdoba.

En 239 [12 junio 853] Al-Hakam, hijo del emir Abd al-Rahman, mandó la expedición de verano contra Toledo. Fue a acampar en Calatrava, que había sido evacuada por sus habitantes por miedo a los toledanos; hizo reconstruir sus fortificaciones e instaló allí a los fugitivos.

Ese mismo año el emir Muhammad envió tropas contra Sindola, a las

Toledo a vista de pájaro.

Vista general de Toledo.

órdenes de Qasim ben Al-Abbas y de Tamman ben Abu-l-Attaf, este último al frente de la caballería. Se hallaban acampados en Andújar, cuando fueron sorprendidos por una emboscada que habían preparado los toledanos. Cayeron muchas víctimas en el combate que se entabló, y los dos jefes fueron derrotados y su campamento saqueado. A propósito de este encuentro, que tuvo lugar en Xawwal [marzo 854], Safwan ben al-Abbas, hermano de Qasim, ha dicho:

Al-Qasim, un día, ha dejado escapar en la aguja imantada una detonación de la que han muerto todos los peces del océano.

En Muharram 240 [junio 854], el emir Muhammad marchó en persona contra Toledo. Al saberlo, los habitantes de la ciudad enviaron mensajeros a Ordoño (I), hijo de Alfonso y rey de Galicia, para solicitar su ayuda, y tal príncipe les envió a su hermano Gatón al frente de numerosas tropas cristianas. Cuando el emir Muhammad, próximo ya a Toledo, supo lo que ocurría, decidió recurrir a la astucia y se trazó el siguiente plan: desplegó su ejército en orden de batalla, puso tropas en emboscada junto al Guadacelete y, después de disponer sus máquinas de guerra, avanzó a la cabeza de una hueste no muy numerosa. Al verla, los toledanos informaron en seguida al cristiano del pequeño número de los atacantes y él organizó con premura la salida, con la esperanza de triunfar y de obtener botín. Pero cuando comenzó el choque, "las tropas colocadas en emboscada salieron de la derecha y de la izquierda, y los caballeros se lanzaron unos tras otros a la batalla formando nubes que cubrían al enemigo, de suerte que los cristianos y los toledanos, derrotados, fueron pasados por las armas, rajados por las espadas o atravesados por las lanzas, porque Alá entregó a casi todos a la muerte y les aniquiló. Se reunieron en el campo de batalla y en los alrededores ocho mil cabezas; se formó con ellas un gran montón, alto como una colina, y sobre ella los musulmanes gritaron proclamando la grandeza y la unidad divina, alabaron al Señor y le testimoniaron su reconocimiento". El emir Muhammad envió la mayor parte de tales cabezas a Córdoba, a las tierras del litoral y también al litoral africano. El número total de los enemigos desaparecidos en esta empresa, que tuvo lugar en Muharram [junio 854], llegó a veinte mil.

En 241 [22 mayo 855] el emir Muhammad instaló importantes guarniciones, así como tropas de caballería, en Calatrava y Talavera y nombró en ésta, como gobernador, a Harith ben Bazi.

En 242 [10 mayo 856] ...Muhammad hizo bloquear Toledo por tropas a cuyo frente había colocado a su hijo Al-Mundhir, quien destruyó todos los víveres de los alrededores.

En 243 [30 abril 857] se infligió una derrota importante a los toledanos. Marcharon contra Talavera, y Masud ben Abd Allah al-Arif, oficial que gobernaba tal plaza, organizó una salida contra ellos tras haber preparado una emboscada; hizo una gran carnicería y envió a Córdoba setecientas cabezas de las víctimas.

En 244 [19 de abril 858] el emir marchó en persona contra los toledanos,

"cuyo número había disminuido y cuyo valor se había enervado, como consecuencia de sus repetidos fracasos y de las desgracias que habían padecido". Se luchó por la posesión del puente y entonces, según plan concebido por el emir, los más hábiles arquitectos e ingenieros realizaron una estratagema que no sospecharon los toledanos. Se comenzó a pelear sobre el puente, los soldados de Muhammad se batieron en retirada, y el puente, que estaba minado, cayó, arrastrando consigo al río a los guerreros que se hallaban sobre él, los cuales se ahogaron hasta el último. Fue ésta una de las más terribles pruebas con que Alá les castigó.

En 245 [8 abril 859], los toledanos pidieron el amán; les fue concedido por el príncipe y fue ésta la primera (amnistía que obtuvieron).

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDHARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 153).

INSTANTÁNEAS DE VARIOS JUECES DE CÓRDOBA

El relieve adquirido por el juez de Córdoba, ante cuya curia habían de acudir, por igual, desde el mendigo al canciller, y que solía desoír las recomendaciones de los más altos dignatarios y aun las del soberano, hizo que diversos cronistas trazaran la historia de los que ocuparon el juzgado de la capital. De tales biografías es posible destacar las virtudes, los defectos y las flaquezas de los cadíes. Para juzgar de la sociedad cordobesa es necesario conocer algunas instantáneas de sus primeros magistrados judiciales.

Un narrador de sucesos históricos me ha dicho que cuando Hixam I subió al trono, como califa, envió un emisario al cortijo donde se hallaba Musab ben Imran. El narrador recordaba que cuando el emisario llegó a casa de Musab, la mujer de éste se hallaba tejiendo en un telar, y que Musab estaba delante de su mujer preparándole los ovillos. Su mujer arregló con los dedos el telar, y luego, volviéndose a Musab, le dijo: "¿Rechazarás ahora el cargo de juez de Córdoba que te ofrece el monarca, como rehusaste aceptarlo cuando te lo ofreció su padre?" e inmediatamente continuó dando vueltas a los ovillos del telar. Cuando Musab se presentó ante Hixam I, le dijo éste: "Ya sé que a ti no te gustaba aceptar el cargo, por el carácter y costumbres que tenía mi padre. Tú conoces muy bien mi carácter". Estas reflexiones, al pronto, no le decidieron a aceptar el cargo y volvió a rehusarlo; pero Hixam insistió con tal fuerza, que al fin aceptó. Musab solía predicar el sermón y dirigir los rezos en la aljama de Córdoba, cuando el monarca Hixam I se ausentaba de la capital.

Musab, para aceptar el cargo de juez, impuso una condición: que se le permitiera ir a su cortijo todos los sábados para poder estar en el campo el sábado y el domingo de todas las semanas. Le fue aceptada esa condición.

Me contó alguien que conoció al juez Muhammad ben Baxir que le vio entrar por la puerta de la mezquita aljama (de Córdoba) un día de viernes, y llevaba una mantilla (o bufanda) de color de azafrán, y en sus pies unos zapatos que chirriaban y el pelo de su cabeza peinado en cabellera partida. Vestido de este modo solía rezar los oficios, predicar y juzgar. Esa manera de presentarse no argüía mucho en su favor, pero cuando se enteraba uno bien de su conducta religiosa y moral, quedaba asombrado de la altura de aquel hombre; se le veía allá, muy alto, en las propias Cabrillas (o Plévades).

Uno de los sucesos que el pueblo contaba y corría en boca de todos, fué el siguiente:

Al juez Muhammad ben Baxir se le presentó un hombre que no le conocía personalmente y, al verle con aquel traje tan juvenil, con la cabellera partida, con la mantilla azafranada, con las trazas de haberse alcoholizado, de haberse limpiado y frotado la dentadura y con las huellas de la alheña en sus manos, no pudo imaginar que fuera el juez, y se volvió a uno de los asistentes para decirle:

—Hágame el favor de indicarme quién es el juez.

—Pero, hombre —le dijeron—, si es ése.

Y le señalaron al juez.

—Miren ustedes —dijo el hombre—, yo soy forastero; yo creo que ustedes están bromeándose conmigo; yo les pregunto por el juez y ustedes me señalan a un flautista.

El hombre aquel tuvo que ir de un sitio para otro preguntando y todos le decían lo mismo. Al fin, Muhammad ben Baxir le dijo:

—Venga usted acá y exponga el asunto que le trae a la curia.

Al persuadirse aquel hombre de que aquel señor era el juez, se avergonzó y se excusó; luego expuso el asunto que le interesaba exponer al juez y se encontró con que éste era hombre muy justo y muy equitativo, cual no había podido imaginar.

☆

Iba (Said ben Sulayman) a la mezquita, donde tenía la curia, vistiendo una chupa blanca, llevando en la cabeza un alto bonete de forma cónica, también blanco, y una capa blanca de la misma clase. Cuando los curiales le vieron con aquella vestimenta les pareció, a primera vista, un hombre despreciable y hasta se atrevieron, en un rato en que él no estaba en la mezquita, a traer una espuerta llena de cortezas de bellotas y ponerla debajo de la estera sobre la que había de colocarse el juez para rezar. Al venir éste, después de realizada esta fechoría y ponerse encima de la estera, sintió que allí debajo había una cosa que se resquebrajaba y, cuando acabó de rezar, levantó la estera y vio las cortezas de bellotas. Alguien le dijo que unos curiales habían hecho aquello, y el juez, persuadido de que efectivamente así habría sido, al presentársele aquéllos, díjoles:

—¡Oh asamblea de curiales, vosotros me echáis en cara el que yo sea del Llano de las Bellotas; os prometo que he de ser, ¡pardiez!, tan duro como la madera de carrasca, que no se hiende!

Luego, tras estas palabras, les juró que ellos no ejercerían el oficio de abogado ni procurador en su curia durante un año. Eso hizo que estuviesen a punto de arruinarse, quedando pobres.

☆

Cuando fue destituido Yahya ben Maamar del cargo de juez de Córdoba, uno de los ministros del monarca, que era amigo íntimo del juez, ordenó a un hijo suyo que fuera a casa del juez con varias acémilas y servidores, diciéndole:

—Hijo mío, vete a casa del juez y dile que cargue sobre estas acémilas el bagaje suyo y lo que tenga por conveniente transportar.

Cuando el hijo del ministro se presentó en casa del juez y le expuso a éste el encargo de su padre, al oír lo de las acémilas, díjole el juez:

—Entra, entra en mi casa y verás el bagaje que hay.

El hijo del ministro entró en la casa y se encontró con que el juez no tenía más muebles que una estera, una tinaja donde metía la harina, una escudilla o plato, un jarro para el agua, un vaso y la cama para acostarse.

El hijo del ministro le dijo:

—¿Dónde están los objetos que hemos de cargar?

—Eso es todo lo que hay —replicó el juez.

Y dirigiéndose éste al mancebo que le servía de criado, dijo:

—Mira, esa harina repártela entre los pobres que haya por ahí fuera, y esa estera y esos cacharros manda a uno de esos hombres que han venido que los hagan pedazos.

Luego salió de la casa y dijo al hijo del ministro:

—Saluda de mi parte a tu padre y dale las gracias por la atención que ha tenido conmigo.

E inmediatamente se puso en camino, dirigiéndose a Sevilla, su patria.

☆

La segunda causa fue la siguiente: Al ser destituido Sulayman del juzgado de Mérida, se presentó a la puerta del alcázar de Córdoba y entregó una carta para el soberano Muhammad, en que decía: "Tengo dinero que he ahorrado y reunido, procedente de mis sueldos, el cual me considero en la obligación de devolver al tesoro público, porque es la parte de mi sueldo que corresponde a los días feriados, de otros días en que he tenido faenas personales propias mías, y de otros en que teniendo yo el deber de acudir al juzgado, no he podido ir". Y recibió contestación del monarca, que le decía: "Ese dinero se te da de regalo de mi parte". El juez no quiso aceptar ese regalo y tuvieron que incautarse de esa cantidad.

☆

Unos hombres entraron en casa de Sulayman a visitarle, en el mes mismo en que éste había de morir, y le preguntaron qué edad tenía. Él calló un momento; pero luego llamó a una esclava negra que le servía y, al presentarse ésta, le pidió que trajera un saquito que él tenía para guardar ciertas cosas. La esclava se lo trajo y él sacó una hoja de (papel o pergamino) que entregó a los visitantes, diciendo: "leed". Los hombres aquellos leyeron la hoja, que era una carta dirigida por el monarca Hixam I a su juez, de la parte norte de Andalucía, del *Llano de las Bellotas* y comarcas vecinas, Aswad ben Sulayman, en que se le ordenaba que recaudase las contribuciones que fuera preciso recaudar y que las distribuyese en la forma que se especificaba en aquella carta. Al fin de ella había una nota, de letra del juez Aswad ben Sulayman, que decía: "Nació Sulayman ben Aswad, Dios le conserve la vida, día tal, de tal mes". Los hombres aquellos contaron los años transcurridos desde la fecha en que Sulayman nació hasta la fecha en que entonces se hallaban, y resultaron noventa y nueve años y diez meses. Sulayman les dijo:

—Si vivo dos meses más, cumpliré cien años.

Pero murió en aquel mismo mes, antes de cumplir los cien años.

☆

Un ulema compañero mío me refirió que Yahya ben Zacariya, uno de los más grandes amigos de Muhammad ben Wadah, le contó lo siguiente: Estaba convidado Sulayman ben Aswad en casa de uno de los ministros, un día viernes. El ministro le invitó a que comiera estando solo, como estaba; él se excusó diciendo que ayunaba. Le invitó luego a que tomara algalia para perfumarse; él rehusó diciendo:

—Hoy es viernes; he tenido que hacer la ablución (para purificarme); si me perfumara tendría que quitar con la ablución ese perfume, y se perdería.

El ministro no se atrevió a insistir en esas materias. Cuando Sulayman ben Aswad salió de casa de aquél, dijo a uno de sus amigos:

—Me hubiera repugnado mucho el ejercer hoy el oficio de predicador y misionero de los musulmanes, llevando encima de mí esos aromas.

☆

Una santa mujer, de esas que viven apartadas de los hombres y retiradas en su domicilio haciendo vida austera, me contó que fue ella personalmente a casa del juez (Ben Salma) cierto día, un poco antes de mediodía, y llamó a la puerta. El juez salió a abrirle: ella no le conocía. El

juez traía las manos impregnadas de masa, como que estaba amasando el pan. Ella le dijo:

—Deseo hablar con el juez, porque me veo en la necesidad de acudir a él.

—Vete a la mezquita aljama —le contestó— y encontrarás allí al juez dentro de un momento.

Decía aquella mujer: yo me fui a la aljama, recé e inmediatamente sentéme a esperar al juez: a poco, apareció allí en la mezquita aquel hombre que había salido a abrirme (cuando llamé en casa del juez) y que llevaba en las manos las huellas de la masa. Hizo aquel hombre sus rezos; pregunté yo quién era y me dijeron que era el juez. Cuando acabó de rezar, presentéme a él, le hablé del asunto que me urgía y me resolvió el caso inmediatamente.

Del *Kitab Qudat Qurtuba* de AL-JUXANI (Trad. Ribera, 56, 71, 133, 104, 156, 158, 191, 203).

MUERTE DEL MORO "MUZA", "TERCER REY DE ESPAÑA"

Durante la campaña de los conquistadores en el valle del Ebro, un noble godo oportunista, llamado Fortún, se convirtió al islamismo y conservó así sus tierras y su fuerza política. Sus nietos empezaron a adquirir celebridad con ocasión de las guerras de sucesión que siguieron a las muertes de Abd al-Rahman I y de Hixam I. Poco más tarde lograron tallarse un principado, cuando los españoles, un siglo después de la invasión, se dieron cuenta de su fuerza y se sintieron arrastrados por un movimiento de exaltación nacional. En la Frontera Superior —así llamaban los árabes a la región del Ebro— encarnó e hizo triunfar ese espíritu de rebeldía un descendiente de Fortún, el gran caudillo "Muza". Alzado contra Córdoba, consiguió dominar desde Zaragoza a la Rioja. Orgulloso de su poder, que sólo juzgaba inferior al del emir y al del monarca cristiano de Asturias, se hizo llamar "tercer rey de España". Se permitió combatir con éxito a los ejércitos del emperador de los francos, Carlos el Calvo, pero fue vencido por Ordoño I en la batalla, auténtica, de Clavijo. Su estrella declinó desde entonces y acabó muriendo en 862, herido por su yerno, ante los muros de Guadalajara. Sus hijos, los "Beni Casi", continuaron su rebeldía aliados con Alfonso III; uno de ellos fue cónsul de Toledo; su nieto Muhammad trocó en enemiga la alianza de sus familiares con el rey Magno, y con su biznieto, Lope, se extinguió el poder de los sucesores de Fortún el godo y del moro Muza.

Ahora volvamos a lo que ha quedado por decir de Musa, hijo de Musa. Sucedió, pues, que Musa reunió tropas y se fue a buscar a Izraq, hijo de Muntil, señor de Guadalajara y comarcas de frontera que le son ajenas, el

Mar Mediterráneo
Teatro de las Hazañas de los Beni Casi
del estudio de M. A. Abuin
BARCELONA
TARREGA
BALAGUER
SEGRE
LERIDA
TORTOSA
ROTA
BARBASTRO
MONZON
CINCA
ISUELA
HUESCA
ZARAGOZA
EBRO
GUADALOPE
MARTIN
AGUAS
HUERVA
ALAGÓN
VALTIERRA
TUDELA
TARAZONA
BORJA
NAVARRA
CALAHORRA
CARCAR
LODOSA
ALBELDA
LOGROÑO
VIGUERA
TORRECILLA
ARNEDO
ALAVA
MIRANDA
HARO
MORCUERA
PANCORBO
EBRO
AMAYA
CASTROGERIZ
CASTILLA
DUERO
OSMA
SAN ESTEBAN
ATIENZA
MEDINACELI
SIGUENZA
JALÓN
TAJO
GUADALAJARA
HENARES
MADRID
TOLEDO

cual estaba sometido al emir por tradicional sumisión que pasaba de padres a hijos desde el tiempo de los califas. Era este Izraq uno de los hombres más guapos que ha habido. Cuando ya Musa, hijo de Musa, había puesto el cerco a Guadalajara e Izraq se ponía en movimiento para combatirle, aquél le mandó un mensaje diciéndole: "¡Oh Izraq!, no vengo a hacerte la guerra; sólo he venido con el fin de contraer lazos de parentesco contigo. Tengo una hija muy guapa, no hay en España ninguna más hermosa; es ya bien moza y no quiero casarla sino con el mozo más guapo de esta tierra. Ése eres tú". Izraq contestó afirmativamente a esta propuesta; se hicieron las capitulaciones matrimoniales; Musa, hijo de Musa, dio la vuelta hacia las comarcas de frontera de que era señor, y desde allí le mandó a su hija. En cuanto supo Muhammad lo ocurrido, le entró grandísimo cuidado y sobresalto, pues receló que las comarcas fronterizas más próximas se le escaparían, como ya se le habían separado de su obediencia las lejanas. Para salir de incertidumbre, mandó un mensajero de su confianza para poner a prueba la obediencia de Izraq y ver qué actitud tomaba éste en sus relaciones con el emir. Fuese el embajador, y por toda contestación de Izraq obtuvo la siguiente: "Ya se verá bien claro qué actitud tomaré, si de sumisión o desobediencia". Pasados algunos días, después que Izraq hubo satisfecho sus naturales deseos de recién casado, con pequeña escolta de vasallos suyos salió de Guadalajara y, andando por atajos y caminos extraviados, sin ser notado por persona que le conociera, se presentó a la puerta (del palacio real de Córdoba que se llama) de los jardines. Al ser visto por los del palacio se armó grande algazara: los pajes o eunucos apretaron a correr, a quien más podía, a darle la buena nueva al emir Muhammad, el cual dio órdenes en seguida para que se le presentara. En la entrevista le reprochó duramente porque había contraído parentesco con un enemigo suyo; pero Izraq, después de contarle el caso como había sucedido, le dijo: "¿Qué daño puede causarte el que tu amigo se case con la hija de tu enemigo? Si me es posible atraerlo por este enlace a la obediencia, lo haré; de lo contrario, yo seré uno de tantos que le combatirán para que se someta". El emir lo alojó y trató espléndidamente en su palacio unos cuantos días; luego le dio regalos y vestidos y le dejó marchar. Musa, al saber lo ocurrido, reunió sus tropas para ir allá y puso sitio a Guadalajara. Un día en que Izraq estaba reclinado en la alcazaba que domina al río de Guadalajara, con la cabeza descansando en el seno de su mujer, y que los de Guadalajara se habían esparcido por sus huertos y jardines, Musa, hijo de Musa, les dio tal carga y atacó con tal impetuosidad con la gente que llevaba, que los lanzó al río. La muchacha, al ver aquella acción de su padre, llenóse de alegría, despertó a Izraq y le dijo: "¡Mira, mira, aquel león qué es lo que hace!". Éste contestó: "¡Hola, parece que tú crees que tu padre vale más que yo o que es más bravo! ¡Ca! ¡De ninguna manera!" Al momento toma su cota de mallas, se la pone, inmediatamente sale al encuentro de Musa, y como Izraq era uno de los hombres más diestros en manejar la lanza, el primer golpe que asesta hizo

blanco. El otro, al sentirse herido, levantó el campo; pero, antes de llegar a Tudela, había muerto.

Del *Iftitah al-Ándalus* de BEN AL-QUTIYA (Trad. Ribera, 83).

PARA LA HISTORIA DE LA "BUENA SOCIEDAD" DE AL-ÁNDALUS

Algunos testimonios históricos nos descubren la entraña de la sociedad nobiliaria musulmana de España en el siglo IX. Si los nobles cristianos no hubieran conquistado Andalucía en el siglo XIII y en el XV, sería difícil resistir la tentación de remontar hasta los jóvenes magnates islamitas el señoritismo andaluz de nuestros días.

INSOLENCIA DE LOS JÓVENES MAGNATES Y DE LOS JÓVENES PRÍNCIPES

Algunos lamentables acontecimientos ocurrieron durante el reinado de Muhammad; uno de ellos fue el siguiente: unos jóvenes de la familia de los Banu al-Salim, habitantes de Sidonia, estaban bebiendo con otros de su edad cuando se recibió la noticia (de la muerte) de Abd al-Rahman; apenas lo supieron, se van a buscar al gobernador, le sorprenden en el palacio del gobierno y le roban una porción de dinero procedente de la contribución. Las personas de más edad y más caracterizadas y prudentes del pueblo se fueron a buscarles, les quitaron el dinero y lo devolvieron al gobernador. Así que la noticia llegó a oídos del emir Muhammad, éste dispuso gente que fuera allá y se los trajera; los trajeron, metióles en la cárcel y permanecieron en ella cerca de veinte años, al cabo de los cuales, cansados ya de estar allí encerrados, procuraron hacerse amigos de los carceleros, y una noche les dejaron burlados y se escaparon; pero les siguieron la pista y se les encontró en uno de los pueblecillos de la Campania (de Córdoba). Muhammad, hijo de Nasar, oficial de las tropas del emir, que fue el que los cogió, los trajo delante de Haxim y fueron allí todos pasados a espada, excepto los Banu al-Salim, los cuales, después de haberlos conducido a la puerta de la Al-Suda, por orden del emir, fueron degollados allí.

(Otro caso digno de lamentar también fué el siguiente):

Ubayd Allah, hijo de Abd al-Aziz, hermano de Haxim, se sublevó con los hombres que a sus órdenes tenía contra el emir, en los montes de Torrox de Elvira. Muhammad mandó que saliera contra aquél al ministro Muhammad, hijo de Umayya, acompañado de los suyos, con orden terminante de matar a todos los sublevados; sin embargo, Muhammad, hijo de Umayya (al llegar allá) escribió al emir, rogándole que le dispensara de matar al hermano de Haxim. El emir (contrariado entonces) envió a su eunuco Eidon, y éste lo degolló; y trajo su cabeza, que fue colgada a la puerta de Al-Suda.

En una de las expediciones guerreras que hizo Muhammad, quedóse

Umayya ben Isa, haciendo las veces de soberano en Córdoba. El emir dejó en un departamento de palacio a uno de sus hijos a cargo de su mayordomo y preceptor, quien por el excesivo cariño que le profesaba, le consentía demasiado. A Umayya se le quejaron (de travesuras) del príncipe, y mandó que se le intimidara un poco y se le reprimiera en las demasiadas libertades que se tomaba. Sin embargo, el príncipe no por eso se enmendó. Al fin se repitieron las quejas de tal manera que Umayya tuvo que llamar al preceptor para decirle todo lo que pasaba. Pero (apenas supo el príncipe que a su preceptor se le había llamado, creyendo que se trataba de molestarle) mandó inmediatamente a uno de sus pajes que dijera a Umayya lo siguiente: "El príncipe dice que si no dejas en paz a su encargado, él mismo en persona bajará acompañado de los suyos y te quitará las ganas de meterte con él". Umayya, al oír aquella embajada, se puso a reír; y no fue él sólo (sino que se esparció la noticia por Córdoba) y todo el mundo se rió de aquello, así como de otro sucedido que no conviene recordar. Pero Umayya contestó al que le había llevado aquella embajada: "Pues mira (dile al príncipe), que juro por el Dios único que, si de hoy en adelante se atreve a pasar el umbral de la puerta del Asatah (azotea), donde su padre le ordenó que estuviese, no tendré ningún empacho en ponerlo en la (cárcel de la) Adueira, metiéndole dos perros para que le hagan compañía hasta que vuelva el emir, a no ser que venga una comunicación del mismo diciendo que le suelte". Inmediatamente hizo venir a los porteros, y les dio órdenes terminantes de que no dejaran salir al príncipe, y volvió a amonestar al preceptor a fin de que fuera algo más riguroso.

REUNIONES PRINCIPESCAS: CANTARES, CELOS Y GOLPES

Cuéntase que Abd Allah, hijo de Muman el Comensal, conocido vulgarmente por el Yamama, refería lo siguiente: "Estábamos el día de Anzara (San Juan) en casa de Uthman, el hijo del emir Muhammad, de reunión, en la que había una multitud de literatos y poetas cordobeses. En esto entró su hermano Ibrahim, que era de más edad que él. Levantóse Uthman, besóle la mano, invitóle a que se sentara, se sentó y nosotros hicimos lo mismo. Ibrahim comenzó la conversación, diciendo: "Hermano: he recorrido hoy la ciudad por ver si encontraba alguien con quien tener un rato de conversación, pero en vano; no he podido dar con nadie; todos me decían que estaban en tu casa, y aquí me he dirigido deseando entretenerme (charlando un rato) con vosotros". Al momento le presentaron la comida y dijo: "Gracias, acabo ahora mismo de comer y no tengo nada de apetito". Volvióse entonces Uthman al reservado, cubierto con cortinas, donde suelen estar las cantadoras, para llamar a su muchacha Bacea, a quien se la llamaba la Iman (jefe, presidente), (sin duda alguna por) que era la mejor cantadora de su tiempo, y luego dijo, dirigiéndose a Ibrahim: "Hermano, dueño y señor mío; has tenido la dignación de venir personalmente a honrarme

este día... ¡Ea, pues, muchacha; venga todo lo más bonito de tu repertorio!" Ella se puso a cantar lo siguiente:

Sólo al ver al que os visita
el placer se aumenta en mi alma,
mi corazón de gozo palpita
con la cercanía de aquel que os ama.

Uthman, al oír aquello frunció el entrecejo, y dejó ver en su cara gestos de desagrado y disgusto; sin embargo, no hizo nada más por entonces; pero apenas nos marchamos de su casa, entró a buscarla, tomó un látigo y le dijo: "Tú has cantado aludiendo a la entrada de mi hermano en mi casa: «Sólo al ver al que os visita, mi corazón de gozo palpita». ¿No es verdad? ¡Ah!; no me cabe duda que tú estás enamorada de él". Y le dio una paliza. Nosotros supimos lo ocurrido y nos dijimos: "Ahora la cosa no tiene remedio, no puede con palabras deshacerse".

En otra ocasión (sigue refiriendo Abd Allah) estábamos de tertulia en casa del mismo Uthman, como solíamos tener muchos días, y entró (el mismo) Ibrahim, su hermano. Uthman se levantó, le invitó a que se sentara, luego dijo a Bacea las mismas palabras que la otra vez y se puso ella a cantar:

"Cuando veo los gestos de aquel pajarraco, no puedo menos de decirle: ¡Vaya enhoramala ese cuervo, augurio de separación y enemistad de los amantes!"

Ibrahim, al oír aquello, se puso de pie inmediatamente: "¡Hermano, en ese canto se me ha querido aludir!" Uthman se apresuró a levantarse y decirle: "¡Hermano y señor, voy a pegarle ahora mismo 500 latigazos!" Al momento pidió un látigo; pero ocurrió que estaba a la sazón en aquella tertulia Abu Sahal el alejandrino, hombre de los más salados, graciosos y ocurrentes en la conversación, y dirigiéndose hacia Ibrahim, le dijo: "¡Hombre, por Alá y (por todo lo más sagrado que tengas en la vida), por tu honor te ruego que no seas parte para que se martirice a esa pobre, dos veces ya desdichada por tu causa; no ha muchos días, por haber cantado en tu obsequio aquello de "Sólo al ver al que os visita mi corazón de gozo palpita", se le propinó algo que no debió darle mucho gusto: por consiguiente, si hoy te hubiera apedreado, bien merecía que se la dispensara". "¡Hermano!, dijo entonces Ibrahim: ¿y aquí mismo, en tu casa, te vienen los celos? Júrote por Dios que no he de venir a verte jamás". E inmediatamente se marchó.

Del *Iftitah al-Ándalus* de Ben Al-Qutiya (Trat. Ribera, 71, 82, 99).

MADRID, CASTILLO FAMOSO

Sabemos hoy cuándo fue fundada y por quién la capital de España. La que llegó a ser en el siglo XVI centro político de una monarquía católica

donde no se ponía el sol, comenzó siendo, en el IX, un pequeño castillo mandado alzar por Muhammad (856-886), soberano musulmán de Al-Ándalus. Las orillas del madrileño Manzanares habitadas desde los días más remotos de la edad de piedra —al cavar la cerca de Madrid se hallaron los restos de un gigantesco animal antediluviano— vieron alzarse así, pronto va a hacer once siglos, el embrión de una de las grandes ciudades de la Europa moderna. La fortaleza levantada por el emir de la España mora en una hora de contienda civil —lo fue la Reconquista—, ombligo después de la contrarreforma filipina, está llamada a ser escenario de la paz y de la reconciliación próxima de los hermanos españoles.

Ciudad importante de Al-Ándalus, levantada por el emir Muhammad ben Abd al-Rahman (II). Desde Madrid hasta el puente de Maqueda, que marca el límite extremo del territorio musulmán, hay treinta y una millas.

Se halla en Madrid cierta tierra con la que se fabrican marmitas que pueden ser utilizadas para la cocción durante veinte años, sin que por esto se quiebren. Los alimentos que en ellas se preparan, no se descomponen en épocas de gran calor. Entre las mejores obras de defensa que existen, se encuentra el castillo de Madrid: fue construído por el emir Muhammad ben Abd al-Rahman (II). Ben Hayyan se refiere, en su "Historia", al foso que fue cavado en torno a la muralla de Madrid y con este motivo dice: "Al cavarle se halló una tumba que contenía un cadáver gigantesco de 57 codos de largo, es decir, de 102 palmos, desde la almohada que sostenía la cabeza hasta la punta de los pies.

Esto fue confirmado por un informe del cadí de Madrid, que se había trasladado en persona para verle, y por testigos presenciales. Tal magistrado declaró que el volumen de la caja craneana del cadáver podía calcularse en 8 arrobas, aproximadamente. ¡Gloria a Aquél que ha grabado Su Signo en todas las cosas!"

Madrid es una pequeña ciudad y una plaza fuerte bien defendida. En la época en que era musulmana, estaba provista de una mezquita aljama, donde se pronunciaba regularmente la oración. Esta ciudad se encuentra en las proximidades de Toledo.

Del *Kitab al-Rawd al-Mitar fi Jabar al-Aqtar* de ABD AL-MUNIM AL-HIMYARI (Según versión francesa de Lévi-Provençal).

EL ETERNO PUEBLO ANDALUZ

Algunos historiadores de la España mora gustaron de contemplar y de referir la vida auténtica del pueblo hispano-musulmán, que fluía por bajo de la superestructura política y guerrera a que consagraron exclusivamente su atención la mayoría de los cronistas. Los que más hondo calaron en la entraña de la sociedad de Al-Ándalus fueron: el Nieto de la Goda y el historiador de los jueces de Córdoba. A las páginas de éste asoma el pueblo

andaluz con características parejas a las que todavía le distinguen. Ahí está retratado en los pasajes que siguen. Me parece seguro que, si dispusiéramos de textos de la época romana, de igual pormenor, podríamos remontar algunos siglos la estampa de la Córdoba califal, que nos ofrecen los autores árabes. Porque los pueblos caminan muy despacio y un milenio no es bastante plazo para que ninguno vea mudar por entero su alma colectiva.

EL PUEBLO RESISTE LAS MODAS DE ORIENTE

Yahya ben Yahya fue uno de los que trataron con más consideraciones a Muhammad ben Baxir y más le alabaron, durante la vida de ese juez. Después que éste murió consultaron a Yahya respecto de la costumbre de vestir el turbante. Yahya contestó:

—En Oriente usan el turbante: ésa es la costumbre que tienen desde antiguo.

—Si tú le usaras —dijéronle— seguramente el pueblo te imitaría y lo usaría (aquí en España).

—No lo creo —contestó Yahya—: Ben Baxir llevaba vestidos de seda y el pueblo no le ha imitado; y eso que Ben Baxir era hombre de prestigio, a propósito para imponer esa moda. Si yo me pusiera turbante, la gente me dejaría solo en este uso y no me imitaría, en la misma forma que no ha imitado a Ben Baxir.

DOS JUECES BURLADOS

El príncipe heredero (Al-Hakam II) me dijo cierto día, en que salieron a conversación las noticias de los jueces de Córdoba, que Muhammad ben Abi Isa le había contado lo siguiente:

Ben al-Xamar metió entre las cédulas de Yujamir ben Uthman al-Xabani, una cédula en la que estaban consignados (estos nombres): Jonás, hijo de Matí y el Mesías, hijo de María. A Yujamir le fue presentada esta cédula, y no tuvo inconveniente de ordenar que se citara a esos dos personajes. El pregonero gritó:

—Jonás, hijo de Matí, y el Mesías, hijo de María. Al oír este pregón Ben al-Xamar, gritó también:

—La aparición de esta cédula es uno de los signos que anuncian el juicio final.

Después cogió Ben al-Xamar otra cédula y escribió en ella los siguientes versos:

Yujamir, no cesas de cometer torpezas verdaderamente vergonzosas.
Has citado (como litigantes) al hijo de Matí y al Mesías, hijo de María.
Tal como tú los has citado ahora, te citará a ti después algún pregonero.
Esos dos personajes son los que han de sobrevivir en el mundo y ambos lo harán saber.
Tu cogote es cogote rapado y tu cara está cubierta de tinieblas.
Tu chirumen no vale un dirhem de boñigos.
¡Que vivas odiado! ¡Que vivas enfermo y achacoso!
¡Que al morir nadie lo sienta; y que mueras sin ser musulmán!

A Ammir ben Abd Allah se le puso por apodo Alqubaa (la cogujada) porque era enanito y corto de talla: cuando se sentaba, casi se hacía invisible. Al tiempo de sentarse para juzgar exigía que los litigantes escribiesen sus nombres en una cédula; luego, se reunían esas cédulas y las mezclaban a presencia suya; y se iba llamando a los inscritos en ellas por el orden con que las cédulas iban viniendo a las manos del juez. Un hombre (que no sabía escribir) fuése a buscar a Mumin ben Said, el poeta (que solía frecuentar mucho la mezquita en que tenía sus audiencias Ammir ben Abd Allah, porque vivía cerca de esa mezquita), a pedirle que escribiese su nombre en una cédula. El poeta le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Uqba — contestó el hombre.

Mumin ben Said, en vez de escribir *Uqba* puso *Qubaa* (apodo despectivo del juez). Aquel hombre tomó la cédula y la puso entre las otras cédulas del juez. Cuando éste cogió la cédula del hombre aquel (y leyó en ella su apodo despectivo) le produjo verdadero furor; pero el juez (se contuvo y) fue retrasando la cédula aquella, hasta que las otras cédulas se acabaron. El juez, cuando apenas quedaba ya público, por haberse marchado la gente, dijo:

—¿Quién es Uqba?

Y el hombre se adelantó presentándose ante el juez. Éste le preguntó:

—¿Quién ha escrito esta cédula?

Aquel hombre le describió la persona que le había escrito la cédula, dando señas por las que el juez conoció que se trataba del poeta Mumin. El juez se concretó a decirle:

—Guárdate otra vez de acudir a ese individuo para que te escriba tu nombre.

MURMURACIONES

A Muhammad ben Ziyad no se le achacó durante el tiempo de su mando nada de particular, según cuentan los ulemas, fuera de una pequeña licencia que toleró (y se hizo pública) a su mujer, como las que suelen tomarse las mujeres con sus maridos; pero el vulgo, inclinado a la maledicencia, la esparció en seguida a todos los vientos, y aun exageró, sin que realmente fuera cosa grave, sino una pequeñez que no debiera haber llamado la atención. Su mujer se llamaba Cafat.

Ahmad ben Ayman dice que Muhammad ben Abd al-Malik ben Ayman le refirió lo siguiente:

Cuando Muhammad I subió al trono de los califas, se le recomendó que confiara de nuevo a Muhammad ben Ziyad los cargos de juez y de jefe de oración; pero el monarca, aunque Ben Ziyad había sido protegido suyo antes de subir al trono, no quiso acceder, y contestó al que lo recomendaba:

—¿Crees tú acaso que he olvidado lo que el pueblo ha murmurado de él por el asunto de Cafat?

Y le nombró únicamente jefe de la oración (pero no juez).

LA CHUPA PARLANTE

Me dijo Muhammad ben Abd al-Malik ben Ayman lo siguiente:

Un faquí de la ciudad de Córdoba, Fulano, hijo de Fulano (y nombró a un señor de mucho prestigio [que no queremos mencionar]), aceptó y tomó de otro una chupa verde que éste le había ofrecido por mero cumplimiento y sin intención real de regalársela. Aquel que se vió desposeído de la chupa pensó demandar en juicio al que se había adjudicado la prenda, y comunicó al juez Sulayman el caso ocurrido. El anciano faquí que, después de todo, era hombre de sanas ideas y buenas intenciones, no se recataba de vestir la chupa, aun en los sitios más públicos donde se reunía mucha gente. El juez Sulayman dijo al dueño de la chupa, al expresar éste el deseo de reclamarla en juicio:

—Cuando (aquí en la curia) veas al anciano vistiendo la chupa, reclámala; y si, al reclamarla, contesta apoyándose en doctrinas legales, negándote tu derecho, dile: "Señor juez, ese señor no habla por sí propio; la que habla es la chupa que lleva encima". Cuando tú digas eso, yo te reprocharé tu conducta (por faltar a las consideraciones debidas a un hombre de su categoría) y hasta ordenaré que te metan en la cárcel. Tú, por eso, no ceses de repetir esa frase.

El litigante hizo lo que el juez le había mandado; y el anciano se avergonzó y cambió radicalmente de actitud, lleno de confusión y vergüenza.

UNA BROMA ANDALUZA

He oído referir a un narrador de noticias históricas una anécdota muy chistosa y divertida, en que intervienen Sulayman y Ben Kulthum, a propósito del rezo de la mezquita. Sulayman ben Aswad sabía los vivísimos deseos que Ben Kulthum tenía de llegar a ocupar el cargo de jefe de la oración, cargo para el que se consideraba como candidato. Un viernes, a media mañana, cuando Sulayman más descuidado estaba sin pensar en tales cosas, se presenta Ben Kulthum en su casa pidiendo permiso para entrar a visitarle. Sulayman tuvo de improviso una ocurrencia muy peregrina: dice a su criado:

—Sal tú a recibirle; pero has de ir llorando y exclamando: ¡mi amo se está muriendo! Después de eso, dile que entre.

Sulayman inmediatamente se acostó, se tapó bien y se puso a fingir con mucha realidad los estertores de la muerte, como si estuviese agonizando.

En esto entró Ben Kulthum y, al verle en ese trance, se puso a lamentar aquella desgracia, a llorar y afligirse; pero al instante se salió, se fue a ver a Haxim y le dijo:

—Sulayman está en los estertores de la muerte; yo creo que no llega a la hora del rezo del viernes, porque antes de esa hora habrá muerto. Es

preciso que escribas inmediatamente al soberano, pues el reemplazarle, en tan poco tiempo como falta para las oraciones del viernes en la mezquita, es muy difícil.

—Pero... —le preguntó Haxim— ¿tú le has visto realmente en ese estado?

—Sí, hombre, sí —contestó—; acabo ahora mismo de salir de su casa donde lo he visto con mis propios ojos.

—Entonces —dijo Haxim— ya no hay que esperar. E inmediatamente se puso a escribir al soberano comunicándole que Ben Kulthum se había presentado en su casa y le había referido que acababa de venir de casa del juez Sulayman al que había encontrado en los estertores de la muerte. "El tiempo apremia, añadía. Vea el monarca qué debe hacerse en caso tan apurado".

El soberano, al leer la carta, estuvo pensando un poco: el caso es, se decía a sí mismo, que ni el pueblo ni la nobleza saben nada. Así pensando y pensando se le ocurrió que Ben Kulthum deseaba el cargo de jefe de la oración; antes de aquel momento no se había oído hablar de achaques ni de enfermedad alguna que afectase a Sulayman. Al fin, cayó en la cuenta en que Haxim no había caído: la sospecha de que había de haber alguna mentira por medio; y dijo a uno de los eunucos de más categoría que tenía en su palacio:

—Vete ahora mismo, entra en casa del juez y ve cómo está y qué le ocurre. Si encuentras que aún habla y se expresa con lucidez, pregúntale si se halla en disposición de pronunciar hoy el sermón y de dirigir el rezo.

El eunuco se fue a casa de Sulayman, entró a verle y se lo encontró muy bien sentado, como persona sana que no tiene enfermedad alguna. El eunuco, en vista de eso, se abstuvo de hablar del asunto especial que se le había encomendado y desvió la conversación hacia otras cosas. Sulayman se levantó del asiento en que estaba, a presencia del eunuco, se sentó en un sillón y ordenó que le trajeran agua para las abluciones; se lavó, se vistió y salió andando en compañía del eunuco hasta llegar a la aljama. El eunuco volvió a palacio e informó al monarca de lo que había pasado tal como lo había presenciado. El monarca dijo:

—Sulayman se ha burlado de Ben Kulthum y se ha divertido con él todo lo que ha querido.

Y se rió mucho cuando supo la jugarreta del juez.

—Sulayman aún se encontraba fuerte y ágil; aún conservaba lucidez y perspicacia, a pesar de su ancianidad; e iba a pie desde su casa a la aljama.

HIPÉRBOLES CORDOBESAS

Un sujeto ya entrado en años, se presentó ante Al Habib ben Ziyad en calidad de testigo y expuso su declaración. El juez le dijo:

—¿Desde cuándo conoces tú ese asunto?

El testigo, al contestar, dejándose llevar de la hipérbole y extremando la frase, dijo:

—¡Oh! mucho: desde hace cien años.

—¿Cuántos años tienes? — le preguntó el juez.

—Sesenta — dijo el testigo.

—¿Y cómo conoces este asunto desde hace cien años? ¿Te figuras tú que lo conociste cuarenta años antes de nacer?

—Esto —contestó el testigo— lo he dicho como comparanza; es un decir.

—En las declaraciones de testigos —replicó el juez— no deben emplearse figuras retóricas.

E inmediatamente ordenó que azotaran al testigo. Y le arrearon varios azotazos. Después dijo el juez:

—Si Ibrahim ben Husayn ben Asim hubiese estado un poco prevenido contra semejantes hipérboles, no hubiese crucificado a un hombre a quien injustamente condenó.

Del *Kitab Qudat Qurtuba* de AL-JUXANI (Trad. Ribera, 79, 116, 147, 129, 171, 186, 219).

CAMPAÑAS CONTRA LA CASTILLA EN GESTACIÓN

No surgió Castilla como prolongación histórica de un viejo pueblo hispano primitivo. En su solar primero se mezclaron todas las razas pobladoras de la más remota España —a ellas pertenecían los cántabros, autrigones, várdulos y turmogos que se acogieron a las montañas castellanas— y nació en una encrucijada de climas y de caminos, y como hija de la guerra contra el moro. Situada en las vecindades de los musulmanes del valle del Ebro —vascones y celtíberos islamizados— y de fácil acceso por diversas viejas vías romanas, hubo de sufrir durante largos decenios feroces acometidas de sus vecinos y de los cordobeses. Para defenderse de ellas sus condes hubieron de actuar con cierta libertad de movimientos y de alzar los rosarios de castillos que le dieron nombre. He aquí a aquéllos resistiendo una de esas terribles embestidas y a sus fortalezas sacudidas por el huracán de la razzia. *De la geografía de la campaña —la restauró tras haber recorrido el país— deduzco que los musulmanes pensaron conquistar la plaza de Amaya, recién repoblada por el conde Rodrigo, emparentado con el rey Ordoño I de Asturias. En el desfiladero de la Morcuera, cerca de Miranda del Ebro, trató, el magnate citado, de cortar el paso a los muslimes hacia Rioja. El relato de la crónica arábiga refleja bien la topografía de la entrada por Bugedo, de la hoz citada —la he comprobado personalmente—, donde los castellanos fueron vencidos. En 877, en 882 y 883 Castilla sufrió nuevas acometidas de grandes ejércitos de Córdoba, y todavía a comienzos del siglo X, cuando ya se había alcanzado por el reino de León la línea del Duero y del Mondego, hubo de seguir padeciendo las dentelladas de los últimos "Beni Casi". Castilla, crisol de España, empezó, pues, encarnando la más fiera resistencia contra los islamitas.*

LA EXPEDICIÓN DE LA MORCUERA

En 251 [2 febrero 865] se hizo una nueva campaña contra Alava. He aquí el relato de la derrota del Markawiz, ¡Alá le confunda! Abd al-Rahman ben Muhammad comenzó por avanzar hasta el Duero, donde organizó las tropas que vinieron a unírsele desde todas partes; de allí llevó su campo al desfiladero de ((Río) Paradiso, se apoderó de los cuatro fuertes que le defendían, tomó cuanto contenían y los arrasó; después marchó de una parte a otra en todas direcciones, no dejó en pie ninguna localidad ni habitación alguna, lo destruyó y lo quemó todo. Gracias a este método (de arrasamiento intensivo) sistemáticamente seguido, no permaneció intacto uno solo de los castillos pertenecientes a Rodrigo, príncipe de Al-Qila (los castillos o Castilla); a Ordoño, príncipe de Tuqa (Oca); a Gundisalbo, príncipe de Burcha (¿Burgos?), y a Gómez, príncipe de Mesaneka (¿?). Abd al-Rahman se dirigió en seguida contra Al-Mallaha (Salinas de Añana), que era uno de los más grandes distritos que dependían de Rodrigo; arrasó todos los alrededores e hizo desaparecer hasta las huellas (de la capital).

Después de obtener tales éxitos pensó en salir (del país) por el desfiladero de Al-Markawiz (La Morcuera). Se había apartado (de Al-Mallaha) para acampar, cuando Rodrigo, avanzando a la cabeza de su tropas y de las levas que había reunido, instaló su campo cerca del foso vecino del Markawiz, foso cuyos accesos, desde hacía años, se había cuidado de hacer más difíciles mediante trabajos ejecutados por medio de corveas; separado de la montaña y provisto de un talud elevado, era infranqueable. Abd al-Rahman instaló su campo sobre el Ebro y el general Abd al-Malik situó sus tropas en orden de batalla, mientras que los cristianos tomaban igualmente sus disposiciones y colocaban tropas en emboscada en los dos flancos del desfiladero. Los musulmanes atacaron a los cristianos de frente y comenzó un combate encarnizado; pero los nuestros se batieron de tal suerte que sus enemigos, descubriendo el foso, se retiraron sobre una colina vecina. Entonces Abd al-Rahman hizo instalar su tienda y dio órdenes a los soldados de hacer otro tanto y de establecer campamento. Después los nuestros volvieron a atacar vigorosamente a los cristianos, Alá les golpeó en el rostro y nos entregó sus espaldas de modo que se hizo de ellos una horrible matanza y que gran cantidad de prisioneros quedaron en nuestras manos. El resto huyó, sin detenerse, hacia la región de Al-Ahrun (Haro) y debió arrojarse al Ebro sin poder encontrar un paso vadeable, por lo que muchos se ahogaron. La matanza duró desde la aurora del jueves 12 Rachab [9 agosto 865] hasta mediodía, y nuestras tropas, gracias a la ayuda divina, salieron sanas y salvas del combate. Después de comenzada la matanza, algunas bandas lograron refugiarse en lugares abruptos y en las espesuras; pero no escaparon tampoco a la persecución y la muerte. El foso fue destruido y llenado, de suerte que los musulmanes pudieron atravesarlo sin peligro y cómodamente. Alá concedió a los musulmanes

Poza de la Sal.

La hoz de la Morcuera.

un insigne favor al permitirles obtener esta brillante e importante victoria; ¡alabado sea el Señor de los mundos! Después de la batalla se reunieron veinte mil cuatrocientos setenta y dos cabezas.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDHARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 160).

OTRA VEZ EN LAS FRONTERAS DE CASTILLA

Reinando este sobredicho príncipe (Alfonso), en la era 920 [882], el sobredicho Al-Mundhir, hijo del rey Muhammad, enviado por su padre con el caudillo Abu Jalid (Haxim ben Abd al-Aziz) y el ejército de España, (de) ochenta mil (soldados), avanzando desde Córdoba, llegó a Zaragoza, donde estaba Ismail ben Muza, enemigo de los cordobeses. Habiendo la hueste sitiado a Zaragoza, peleó durante veinticinco días, pero no logró ninguna victoria. Marchó de allá a Tudela y combatió el castillo que tenía Fortun ben Muza, pero nada consiguió allí tampoco. Entonces Abd Allah, también llamado Muhammad ben Lupi, que siempre había sido nuestro amigo, así como su padre, por envidia de sus tíos, a los cuales el rey (Alfonso) había dado a criar su hijo Ordoño, hizo la paz con los cordobeses y envió sus fuerzas (a unirse) a la hueste de los caldeos; y así éstos, entrando en los términos de nuestro reino, lucharon primero junto al castillo de Cellorigo, mas nada alcanzaron, sino que perdieron muchos de los suyos. Vigila era entonces conde en Alava. La misma hueste vino a la raya de Castilla, al castillo llamado Pancorbo, le combatió tres días, pero no consiguió victoria alguna y perdió muchos de los suyos por obra de la espada vengadora. Diego Rodríguez era conde en Castilla. Y Munio Núñez dejó yermo Castrojeriz a la llegada de los sarracenos, porque no estaba todavía poderosamente fortificado.

Nuestro rey, sostenido por un cuerpo de guerreros, esperaba valerosamente en la urbe de León a la hueste (enemiga) para pelear legítimamente en el suburbio de la ciudad. Pero tal hueste cuando supo que nuestro rey esperaba diariamente con ánimo alegre que se acercara a la urbe, por consejo de Abu Jalid, que ya había conocido (durante su cautiverio) a los soldados reales, a quince millas de la ciudad pasó el río Esla e incendió las fortalezas (que halló a su paso). Desde el campo de Alcoba, junto al río Orbigo, Abu Jalid envió mensajeros a nuestro rey con el ruego de que libertase a su hijo Abu-l-Qasim, que todavía retenía (cautivo); le remitió (a la par) a un hijo de Ismail ben Muza que había traído consigo desde Córdoba para negociar la paz con su padre, juntamente con Fortum ben Al-Azala que había cautivado en Tudela mediante un ardid. Y así acompañando sus ruegos con muchos regalos recuperó a su hijo. Desde el Orbigo se encaminó hacia el Cea para volver a Córdoba. Llegaron a ella en el mes de septiembre, después de haber salido en marzo.

De la llamada *Crónica de Albelda* (Según la ed. lat. de Gómez-Moreno: Bol. Ac. Ha., C, 1932, 606).

CÓMO NOMBRABA MUHAMMAD SUS SECRETARIOS

Una estadística de las formas en que los príncipes de todos los tiempos y países han solido designar sus secretarios arrojaría mucha luz para juzgar del carácter de los reyes, de la vida de sus cortes y de la organización de sus Estados. Tiene por ello interés saber cómo nombraban a veces en Córdoba sus secretarios los emires.

Confirmó en el cargo a los ministros que habían servido a su padre y mantuvo en el empleo de secretario suyo a Abd Allah ben Umayya ben Yazid, cerca de dos años, al cabo de los cuales una enfermedad imposibilitó a éste para cabalgar durante algunos años (más), en los cuales el cristiano Gómez ben Antonian, ejerció este empleo interinamente. A la muerte de Abd Allah ben Umayya, el emir Muhammad dejóse decir que si Gómez fuera musulmán no desearía cambiarlo por otro. Al saberlo éste, dio público testimonio de ser musulmán y se le nombró secretario suyo. Sea lo que quiera, Gómez unía a una manera de hablar elegante y correcta y habilidad en el desempeño del cargo, una viva inteligencia. Muchas veces solía llevar la contraria a Haxim en asuntos en que éste mandaba y llegó a causarle verdadera mortificación.

Contó el general Ben Abi Abda que estando de tertulia en casa de Haxim entró a visitar a éste Muhammad ben Al Kautzir, que era uno de los mejores oradores que ha habido en España. (Entablada la conversación), díjole el general: "¡Oh, Abu Abd Allah! Es una de las cosas verdaderamente extrañas de la época el que un hombre como tú, con toda tu opulencia, tu alcurnia y tu rango, no estés empleado en el servicio del sultán, y que Gómez, hijo de Antonian, sea el más alto y distinguido secretario de los Banu Umayya: ése, que ha fingido renegar de su religión nada más que por eso mismo, convirtiéndose a la fe de Alá bendito y sublime". Estas palabras causaron tal impresión en el jeque Ben al-Kautzir, que se fue a su casa e inmediatamente escribió a Muhammad la siguiente carta: "Sería una de las cosas más peregrinas y estupendas, que llegase a noticia de los Califas Abbasíes de Oriente, el que los Omeyas del Occidente tengan necesidad, para desempeñar su secretaría mayor y para la superior redacción de cartas reales, de nombrar a un individuo como Gómez el cristiano, hijo de Antonian, el hijo de Juliana, que era una nazarena también. ¡Ah, señor mío de mi alma! ¿Por qué no eliges a otros mejores, que honren el empleo no sólo con la persona que lo desempeñe, sino también por la herencia del prestigio, por los favores que en él puedan dispensar? Yo soy hombre dispuesto para el cargo; también lo son Hamid Al-Zachali, Ben Muzayn y Muhammad ben Sufian; y entre los militares Adha ben Abd al-Latif, el de Elvira; Ben Abi Juraya, ben Chauxin de Raya, Ben al-Asid de Sidonia y Hachach, hijo de Umar, de Sevilla, los cuales son descen-

dientes de los deudos de los antiguos califas. Ellos honrarían los cargos que ejercieran y aun los beneficiarían, en lugar de recibir ellos beneficios de sus cargos. Elige, pues, a quien te plazca; todos son dignos". Al recibir y leer esta carta, Muhammad dijo (a un eunuco suyo): "¡Eidon!, averigua si Hamid Al-Zachali está en Córdoba". Una vez que supo que estaba en la capital, dispuso una partida de caza hacia (la parte de) Ruzafa, mandándole un recado a Hamid, para que estuviese a la madrugada siguiente por la puerta de la Montaña en Ruzafa. Hechos estos encargos y preparado todo, salió Muhammad al amanecer, y llegó a Ruzafa, donde hizo alto, entreteniéndose un poco allí hasta que llegó la hora de la oración del alba, que rezó (en la mezquita). A todo esto, Haxim quedóse guardando los caballos, pues se le había ordenado que estuviese al lado de la cabalgata. Mientras éste estaba junto a la puerta de la Montaña esperando la salida del emir, de pronto distinguió a Hamid, a quien conocía bien por ser amigo suyo. Al divisarle, dijo a un criado suyo: "Vete allá donde está Abu Marwan (Hamid) y dile lo siguiente: Me manda mi amo que pregunte a usted qué le trae por aquí". Hamid contestó al criado: "He recibido orden de estar al amanecer en la Almunia (huerto)". Después que Muhammad hubo salido de Ruzafa, al estar frente a la Montaña, dijo (a los que estaban a su lado): "Que se llame a Hamid". En efecto, se le llamó; y vino éste, saludó y se puso entre los que formaban el cortejo. Muhammad, entonces, le habló de esta manera: "¡Hombre!, me han chocado mucho unas cartas que he recibido recomendándote. ¡Oye! ¿Tú te has ocupado en los asuntos pertenecientes a la secretaría?" Hamid le contestó: "Algo he aprendido de esta materia; he servido a mi padre en concepto de secretario". Luego le preguntó el emir quiénes habían sido los secretarios del Profeta y de los califas, y al contestarle Hamid a satisfacción suya, el emir añadió: "Puedes retirarte; voy a nombrarte secretario". Después llamó a Eidon, y le dijo: "Tenemos que enviar en compañía de Hamid a una persona que le instale y aposente en palacio en el departamento de la secretaría". Pasado un rato, llamó a Haxim y le dijo: "Me ha parecido bien volver el cargo de secretario a lo que es razón que sea; por eso lo hemos adjudicado ya a Hamid". A lo cual (en tono de broma), objetó Haxim: "Pero, señor, le habéis nombrado a pesar de las bellas cualidades que le adornan, ¿eh?" Muhammad dijo: "Sí, a menos que por ser chato sea demasiado feo..." Haxim añadió: "¡Ah, señor! ¿no es inteligente?" El emir (después de la caza) volvió a Ruzafa y en seguida dispuso que se escribiese una carta a Hamid, encargándole a su vez que escribiera a Abd Allah, hijo de Harith, jefe entonces de la frontera, para que se mantuviese resuelto, firme y en guardia vigilante contra los Banu Qasi, que por aquellas comarcas tenían levantada la bandera de la rebelión contra el emir. Haxim, que comprendió al instante la intención de la carta, escribió a Hamid lo siguiente: "Ahí va una prueba con la cual se trata de ensayar tu perspicacia y tu habilidad en el desempeño del cargo de que se te ha investido. Monta a caballo, vete a tu casa y consulta con todos aquellos que pueden servirte en esta ocasión". Hamid

montó inmediatamente de recibirla (se fue a su casa), hizo llamar a algunos amigos suyos que sabían perfectamente redactar cartas y les informó de lo que se le había mandado. Encargóles que escribiesen una carta cada uno de ellos, conforme a cada cual se le ocurriera, a tenor, por supuesto, de lo que se le había mandado. Hiciéronle así; y, cuando estuvieron terminadas, se confrontaron las distintas redacciones; eligió la que mejor le pareció, y a la mañana siguiente pudo ya presentarse con ella en palacio. Una vez allí la entregó; pareció muy bien y se le dispuso un tapiz como aquellos en los que solían sentarse los ministros. Por esto decía (el poeta) Mumin, hijo de Said:

"¡Cuántos asuntos como los de Hamid se han arreglado así como de perlas!"

Del *Iftitah al-Ándalus* de BEN-QUTIYA (Trad. Ribera, 67).

UN CANCILLER DE MUHAMMAD

Los emires de Córdoba del siglo IX, descargaron parte de las tareas del gobierno en su "hachib", chambelán o canciller, que presidía el consejo de sus visires, y que con frecuencia dirigía las expediciones de sus ejércitos, asistiendo al hijo o al hermano del príncipe a quien nominalmente se encomendaba la dirección de la campaña. Entre los cancilleres de los nietos de Abd al-Rahman I, dos han destacado especialmente las crónicas: Abd al-Karim ben Mugayth, general de Hixam I y "hachib" de Al-Hakam y de Abd al-Rahman I —le hemos visto enfrentarse con Alfonso el Casto— y Haxim ben Abd al-Aziz, canciller y general de Muhammad que, hecho prisionero por Ben Marwan el Gallego, de Mérida, y entregado a Alfonso III, estuvo prisionero de Asturias y hubo de redimirse pagando cien mil monedas de oro. Los dos admitían regalos por sus favores políticos y Haxim andaba a medias con los gobernadores en sus negocios, lo que dice muy poco en pro de la honestidad administrativa califal. Haxim gozó de la intimidad y de la confianza sin límites de Muhammad, quien cerró sus ojos a sus conclusiones y aun a los crímenes que llegó a cometer para librarse de sus adversarios. En una campaña que dirigió contra León, con el futuro emir Al-Mundhir, sus métodos tortuosos chocaron con la altanera y valerosa rectitud del príncipe. Y cuando éste subió al trono y el afecto sincero de Haxim por Muhammad le hizo pronunciar sentidas palabras de pesar, el nuevo soberano vengó en él su antigua cólera y castigó sus abusos y delitos del reinado anterior, como todos los historiadores refieren.

EL EMIR Y SUS MINISTROS

El emir Muhammad... era bondadoso... Una de las cosas que se cuentan sobre su dulzura y mansedumbre es que Haxim ben Abd al-Aziz intrigó para que cierto sujeto calumniase ante el emir a uno de sus servidores,

reuniendo gran número de testimonios en contra de él, y reservándose él para dar su parecer cuando fuese consultado sobre el asunto. Cierto día en que entró Haxim hizo recaer la conversación sobre esta materia, a fin de explorar su ánimo; pero el emir en nada desaprobó la conducta de aquel individuo. Haxim indujo a otros a que presentasen nuevas acusaciones y calumnias, y viendo que la destitución (del acusado) se retardaba, al fin descubrió todo su pensamiento, reiterando abiertamente todas las calumnias que antes había acumulado, y acusándole de crímenes dignos de muerte. El emir entonces hizo comparecer a Haxim y le dijo: "¿Esta carta es tuya?" —"Mía es", contestó. —"¿Y qué piensas que haga en este caso, pues las inculpaciones que se le hacen son muchas?" —"Que le impongas un severo castigo, y le destierres", dijo Haxim. —"Poco a poco, dijo el emir; vé a la ventana de la sala donde solemos reunirnos, y trae un legajo de cartas que encontrarás". Fue por las cartas, que eran más de ciento, y le dijo (el emir) que las leyera. Todas eran acusaciones contra él, de tal gravedad que (de ser ciertas) merecería la muerte. Cuando leía, temblaba su mano, sudaban sus sienes, se agitaba su rostro, y apenas concluía una, el emir le mandaba que leyese otra, hasta que acabó con todas. Entonces le dijo: "¿Qué dices, Haxim, de esto?" Haxim comenzó a sincerarse, y a hacerle protestas, diciendo: "Éstas son calumnias de mis émulos, envidiosos de las mercedes que me hace el emir (Dios le conserve), cuya benevolencia siempre ha sido muy grande para conmigo. Yo ruego al emir, que es mi señor, que en este asunto se detenga, y me deje vivir hasta que pueda presentar mis descargos, y poner de manifiesto mis excusas: el emir podrá más bien hacer después lo que ahora no haga, que reparar lo que haya hecho". El califa contestó: "¡Ah, Haxim! A menudo la ligereza engendra arrepentimiento, y no es mi carácter obrar de ligero; de otra suerte tú serías la primera víctima. He visto esas acusaciones, y persuadido estoy de que la mayor parte son falsedades y mentiras; pero si así lo declaráramos, y nos opusiéramos a recibirlas, se abstendrían de escribirnos, y de hacernos algunas advertencias que a veces son sinceras. Yo comprendo y me hago cargo de estas cosas con la mayor claridad; pero ¡ay de ti si los autores de estas cartas saben que has llegado a entender algo de ello! pues si hay quien sospeche que se ha divulgado una sola palabra de su escrito, te castigará severamente y sin remisión alguna. Mira, pues, por ti, o déjate de esas cosas".

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 124).

SE DESHACE DE UN ENEMIGO

Muhammad ben Chahuar era uno de los hombres más severos cuando ante él se demandaba en justicia. Haxim se deshizo de él con la siguiente estratagema: ganóse por medio de dádivas a Umar, criado que era de los ministros; éste le envenenó la copa que le presentaba para beber y Muhammad murió. Haxim, que estuvo presente a su entierro, dijo al borde del

sepulcro: "¡Oh arrope cocido, tu jugo ha causado la muerte!" Muhammad, en cambio, decía en los últimos momentos de su vida: "¡Oh dulce arrope!"

Del *Iftitah al-Andalus* de BEN AL-QUTIYA (Trad. Ribera, 86).

CAUTIVO DE UN REBELDE

En 261 [16 octubre 874] Ben Marwan, el Gallego, huyó de Córdoba con los guerreros de Mérida, internado, con él, en la capital; y fueron a ocupar la fortaleza de Alanje. El emir Muhammad les sitió allí durante tres meses y les apretó de tal modo que hubieron de comerse sus cabalgaduras. Les interceptó el aprovisionamiento de agua, empleó máquinas de guerra y Ben Marwan tuvo que someterse y que solicitar la amnistía. Como se quejara de sus cargas de familia y de las dificultades que se le habían opuesto en Córdoba, obtuvo autorización para establecerse en Badajoz, que era entonces una aldea; pero en seguida salió de allí y abandonó la causa del príncipe.

En 262 [6 octubre 875] Al-Mundhir ben Muhammad salió en expedición contra Ben Marwan, con Haxim ben Abd al-Aziz como general. Éste había sido el causante de la fuga de Ben Marwan; un día, hallándose reunido con los visires, le había dicho: "Un perro vale más que tú" y después le había hecho golpear en la cabeza y le había hecho tratar de la manera más humillante. Como consecuencia de estos hechos se había fugado Ben Marwan, con sus partidarios, (dando lugar a sucesos) que sería largo de relatar.

Ben Marwan había convertido en una fortaleza la aldea de Badajoz, donde habitaba, y había atraído a ella a las gentes de Mérida y a cuantos individuos podían servirle para sus malvados proyectos. Al saber que marchaba contra él un ejército, abandonó Badajoz y se refugió en el castillo Caracuel, donde las gentes de Mérida se agruparon en su alrededor. Por su parte las tropas del emir instalaron su campo en las proximidades. Haxim había enviado a Monsalud un cuerpo de caballería y de infantería, para apoderarse de tal posición. Entretanto Sadun al-Saranbaki había entrado... (*laguna*) ... con socorros, suministrados por los cristianos, mas hizo correr el rumor de que tenía pocas fuerzas consigo. El gobernador de Monsalud previno a Haxim, creyó éste haber encontrado una ocasión favorable contra Sadun y abandonó en seguida el campamento con algunos jinetes, sin tomar provisiones y sin hacer preparativos para combatir. Ora marchando por el llano, ora internándose en las montañas, se encontró pronto bastante alejado del campo musulmán y en situación difícil. Fue entonces atacado, fueron heridos de muerte buen número de sus compañeros, él mismo recibió varias heridas y fue hecho prisionero. Haxim cayó así entre las manos de Ben Marwan, del mismo que, cautivo en Córdoba, había sido objeto de sus violencias.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDHARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 167).

DEFENDIDO POR UN ADVERSARIO

Cuando Haxim fue hecho prisionero en Caracuel, y llegó la noticia a Muhammad, comenzó éste a inculparle, diciendo que su desgracia era debida a su descuido y precipitación, a su falta de precaución, y que había obrado en este lance de una manera arrebatada. Ninguno de los visires que se hallaban presentes replicó una palabra, excepto Walid ben Abd al-Rahman ben Ganim, quien, a pesar de la desavenencia que tenía con Haxim, dijo: "Alá dé paz al emir; no ha estado en mano de Haxim la elección del caso, ni el librarse del decreto de Alá. Antes bien, obró de buena fe, trabajó con ahinco y combatió hasta donde alcanzaron sus fuerzas. Alá le entregó a los enemigos por el abandono de los que le acompañaban, pero él merece elogios y recompensas". El emir quedó complacido con estas palabras y desaparecieron los recelos que de Haxim tenía. Luego pensó Muhammad confiar a Walid ben Abd al-Rahman ben Ganim el mando de la caballería y la alcaldía que desempeñaba Haxim; pero Walid le dijo: "Haxim fue tu esclavo, flecha de tu arco y espada de tus espadas; trabajó por ejecutar tus mandatos y fue el primero en defender tu imperio, hasta ser derrotado en tu servicio. Tenga a bien el emir —Alá le dé larga vida— designar para sustituirle a sus hijos y resarza parte de su desgracia llamándoles a su servicio". El emir dijo: "Los que son tales como tú inducen a la virtud y estimulan a la generosidad. Siempre has sido secundado por Alá y has secundado a los demás; has sido conducido por Alá por el buen camino y has guiado a los demás. El mejor de los amigos es el que más sinceramente me aconseja, el que me recuerda lo que debo al olvido, el que me impulsa a hacer lo más conveniente. Paréceme bien lo que has pensado. Sustitúyanle sus hijos en sus empleos, y no dejes de protegerlos y de consagrarles tus buenos oficios".

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 126).

SU FIN TRÁGICO

En Chumada I del año 273 [oct. 886], Al-Mundhir encarceló a Haxim ben Abd Al-Aziz, visir y favorito de su padre, y le condenó a muerte el mismo mes. Haxim era muy envidiado por su influencia cerca del emir Muhammad en su calidad de favorito, y llegaban frecuentes denuncias contra él hasta Al-Mundhir, porque todo el mundo le quería mal. Cuando Al-Mundhir subió al trono, quiso guardarle fidelidad, se propuso continuar tratándole como lo había hecho su padre, y le nombró canciller. Pero todo el mundo estaba aliado contra Haxim; redoblaron los ataques de que era objeto y fueron mal interpretados todos sus hechos, de tal suerte que los decretos divinos que le concernían se cumplieron. Algunos de sus dichos fueron desnaturalizados y entre ellos figuraron los versos recitados por Haxim en el momento del entierro del emir Muhammad: "Tengo que deplorar por mí mismo tu muerte, ¡oh Muhammad, leal amigo de Dios,

bienhechor insigne! ¿Por qué no han muerto otros todavía con vida y, para mi ventaja, no han bebido ellos y no tú la copa envenenada?"

Se pretendió que las palabras *todavía con vida* se referían a Al-Mundhir. Desde su prisión Haxim dirigió los versos siguientes a su joven esclava, Ach: "No puedo ir a verte, porque estoy encerrado en una prisión de sólida puerta y guarnecida de cerrojos de hierro. No me sorprende, Ach, lo que me ocurre, porque no pueden asombrar las vicisitudes de mi fortuna presente: no seguí el camino recto cuando pude y he encontrado lo que era de temer. Cuántos me han dicho: ¡Huye desdichado y vé a vivir seguro y lejos de tus enemigos en cualquier otro lugar de la tierra! Pero yo les respondí: "La huída es un acto vil y mi alma posee suficiente ciencia y valor para dominar la adversidad. Aceptaré la decisión de Alá. ¿Puede el hombre, además, sustraerse al decreto divino? Aquellos, cuyas rencorosas injurias hube de soportar ayer se apresurarían a llevar sus labios a mi copa y abrevarse en ella".

El emir le hizo ejecutar de noche en su prisión, confiscó sus bienes e hizo echar abajo su palacio, apresó a sus íntimos, así como a sus hijos a quienes reclamó una multa de doscientos mil dinares y no se la perdonó ni les eximió de prisión; y sólo a su muerte, su hermano y sucesor Abd Allah, les puso en libertad, les devolvió sus tierras y nombró a uno de ellos visir y general.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idhari (Según versión francesa de Fagnan, 190).

COMIENZA LA GRAN REBELIÓN DE LOS MAULAS O RENEGADOS

Desde los días de Al-Hakam, que coincidieron con el comienzo del siglo IX, los españoles, hasta entonces al margen de la vida política de Al-Andalus, adquirieron conciencia de su fuerza y se alzaron en rebeldía. Les hemos visto peleando en el arrabal de Córdoba y luchando en los valles del Guadiana, del Tajo o del Ebro. Abd al-Rahman II no logró extinguir aquella alta llama, aunque sí consiguió reducir el incendio por ella producido. Estalló éste con más vigor que nunca en el reinado de Muhammad. Le provocaron la inmoralidad pública triunfante en sus días, su cobarde debilidad, la imprudencia temeraria de su ministro Haxim y las rivalidades intestinas de los funcionarios del gobierno. Y le agrandó la casualidad que hizo vivir entonces tres caudillos hispanos: Muza "el tercer rey de España", en la Frontera Superior; Ben Marwan el Gallego, en Mérida, y Umar ben Hafsun, en las sierras de Ronda. Cuando uno era vencido por las tropas de Córdoba o por la muerte, otro alumbraba la antorcha nunca apagada. Uno de ellos, el gallego, logró cautivar al favorito de Muhammad, que entregó al rey de Oviedo. El último, Ben Hafsun, iba a ser el más poderoso y grande de los rebeldes. Todos sirvieron alguna vez bajo las banderas del emir. Los cristianos de Asturias ora fueron sus aliados, ora sus enemigos.

En los últimos tiempos de su reinado hubo algunas revueltas. La primera fue la sedición que tuvo lugar contra él; comenzó con la salida del mestizo o renegado Abd al-Rahman ben Marwan, apellidado el Gallego, desde Córdoba en donde estaba sirviendo en las tropas del emir, hacia el Occidente de España, de donde era originario. Por esas partes había también otro mestizo o renegado, conocido por Sadun el Xurumbaki, y ambos hicieron alianza con los politeístas (cristianos del Norte) y produjeron dentro del Islam graves acontecimientos que sería demasiado largo referir. Los dos se mantuvieron en su Yermo (o desierto), que hay entre las comarcas musulmanas y cristianas.

Al-Mundhir, que era el príncipe heredero, y Haxim, general del ejército, fuéronse juntos a combatirlos. Cuando ya los tuvieron cerca, Haxim lanzóse temerariamente sobre ellos en aquellas escabrosidades, y no sólo fue derrotado, muriendo a su lado cincuenta hombres de los más nobles clientes y árabes, sino que hasta le cogieron prisionero a él mismo y se lo llevaron a Alfonso, del cual logró la libertad mediante 150.000 dinares de rescate.

A consecuencia de esto el nombre de Ben Marwan se hizo tan famoso que vino a ser jefe de los renegados en el Occidente y se le adhirió el Xurumbaki. Después que el ejército del soberano de Córdoba volvió de esta expedición, hizo Ben Marwan una correría con un grande ejército; llega a la provincia de Sevilla, internándose en las comarcas de su distrito, y depreda el castillo de Taliata, llevándose consigo la guarnición; sin perder momento se pone en marcha y atraviesa la región de Niebla; pronto, después, entra en Oxonoba y se enseñorea de un monte (¿de su jurisdicción?) llamado Monte Sacro y de toda la cordillera del Algarbe, devastándola. Al fin, cuando el emir Muhammad no pudo aguantar más el disgusto y cuidado que esto le producía, mandóle un emisario de su confianza que le dijera: "Ben Marwan, esto es ya demasiado, y ni te conviene a ti ni a mí: ¿qué planes son los tuyos?" Él contestó: "¿Mi plan? Pues el siguiente: que si se me permitiese hacer lo que yo quisiera de El Baxardal, construiría allí una ciudad, la poblaría y mantendría la oración (a nombre tuyo); pero no me habías de obligar a pagar contribución alguna, ni a obedecer tus mandatos, ni acatar tus prohibiciones". El Baxardal a que se refería estaba frente a Badajoz, a la otra parte del río. El resultado fue que se le autorizó a fortificar a Badajoz a la parte de acá del río, para que de esta manera estuviese a la defensa de los musulmanes, según se le había puesto por condición. Hízolo así y se mantuvo sumiso hasta que a Haxim le vinieron ganas de vengarse de la derrota que anteriormente le hizo sufrir, y dijo al emir Muhammad: "Hasta ahora, si ha podido defenderse y resistir, ha sido porque él y sus compañeros vivían sobre el lomo de sus caballos, trasladándose de un lugar a otro (sin residencia fija); pero al presente, se hallan en una ciudad rodeada de villas, palacios y jardines. Vayamos, pues, en su busca, porque tengo la esperanza de que Alá me dará la victoria; pero ha de venir conmigo el príncipe Abd Allah, a quien mostró algún cariño Ben Marwan en el tiempo en que estuvo en Córdoba".

Haxim se fue a Sevilla; poco después se trasladó a Niebla; pero en cuanto supo Ben Marwan lo que ocurría, como no se le escapó a su sagacidad y agudeza el verdadero motivo de aquella expedición, escribió al emir Muhammad lo siguiente: "He sabido que Haxim se ha dirigido hacia el Occidente; pero no dudo que a él se le han movido muchas ganas de vengarse de mí, al verme encerrado en una fortaleza. Yo te juro por Alá, que si da un paso más de Niebla hacia acá, pego fuego a Badajoz y en seguida vuelvo a la vida que antes llevaba para hacerte la guerra". Apenas hubo leído Muhammad aquella carta, mandó que se volvieran el príncipe y Haxim; y así lo hicieron.

Umar, hijo de Hafsun, descendiente de un español convertido al islamismo, se rebeló en Bobastro, de la jurisdicción de Rayya. El motivo fue el siguiente: Uno de los Banu Jalid, llamado Dawa al-Naqir, que era por aquellos tiempos gobernador de Rayya, por cierta fechoría que Umar llevó a cabo lo cogió y lo castigó dándole azotes. Éste, entonces, se embarcó y fué a Tehort, donde se puso a servir como oficial en casa de un sastre paisano suyo, originario de Rayya. Un día en que éste se hallaba sentado en la tienda, llegóse allí un anciano que traía un pedazo de tela para que le hiciese un traje. Al ver el sastre al anciano, levantóse a recibirlo, le dio una silla y se sentó.

El anciano, aunque oyó hablar a Ben Hafsun, como no le reconoció allí en casa del sastre, le dijo a éste: "¿Quién es éste?" Contestóle el sastre: "Un chico, paisano mío de Rayya, que viene a coser a mi casa". Volvióse el viejo hacia él y le dijo: "¿Cuánto tiempo hace que saliste de Rayya?" Contestóle Umar: "Hace cuarenta días". "¿Conoces el monte de Bobastro?", le preguntó el anciano. "Sí: a su falda vivía yo precisamente", repuso Umar. "¿Hay por allí algún movimiento?", añadió el anciano. "¡Ah, no!", contestóle Umar. "Ya lo habrá", dijo el anciano; añadiendo inmediatamente: "¿Conoces a un hombre de sus cercanías llamado Umar, hijo de Hafsun?" Al oír esto Umar quedóse espantado. Entonces el anciano se fijó en él detenidamente; reconociéndole porque era mellado de un diente; le dijo: "¡Ah, desdichado; luchas por librarte de la pobreza, ahí trabajando con la aguja! Vuélvete a tu tierra; tú serás el amo de los Banu Umayya, pues les llevarás seguramente al camino de la ruina y serás rey de un gran reino". Umar entonces se levantó precipitadamente por temor de que se descubriese u oyese el asunto y de que le atrapasen los Banu Abi-l-Yaqzan, señores de Tehort, que eran clientes de los Banu Umayya; tomó dos panes de la panadería, se los metió en la manga, salió de Tehort y vino a España; pero no atreviéndose a presentarse a los ojos de su padre, porque estaba airado contra él, se fue a casa de su tío Mutahir, informándole de lo que le había dicho el anciano. Su tío le dijo: "Sí, es posible". Entonces reunió sobre unos cuarenta jóvenes del país, penetró en las montañas (de Bobastro) y se hizo el amo de ellas. Coincidió con su rebelión la de un tal Lope, hijo de Mandrel y de otro llamado Ben Abi Axara por los montes de Algeciras. Haxim se fue allá y logró, por tanto, reducir a estos últimos, y al

propio tiempo del mismo modo a Ben Hafsun. Consecuencia de ello fue que éste, con todos los suyos, se marchó a Córdoba y se inscribieron en el ejército o tropas del emir. El mismo año, Ben Hafsun acompañó a Haxim en expedición guerrera a las comarcas de las fronteras y dieron una batalla contra el enemigo en un lugar llamado Fonte Forbo; el combate fue encarnizado, y allí dio Ben Hafsun tan excelente prueba de su valía como guerrero, que llamó la atención de algunos de las comarcas fronterizas, los cuales preguntaron por él; se les dijo quién era; se le acercaron y le dijeron: "Vuélvete al castillo en que residías; ten la seguridad que, si no te matan, no te harán bajar de allí; podrás dominar una buena parte de la Península y llevar la guerra hasta las mismas puertas de Córdoba". En esta expedición se dio a conocer también un hombre nuevo llamado el Walif-fan (?), que era en aquel entonces siervo de Marwan, hijo de Chahuar. Ben Hafsun se volvió a Córdoba después de esta expedición.

En aquel tiempo el gobernador de la capital, Muhammad ben Walid ben Ganim, llamado el Burani, era tan poco amigo de Haxim, que solía llevarle la contraria en todo lo que podía mortificarle, no sólo en los actos del mismo, sino que también llegaba su odio a las personas de confianza del otro. A Ben Hafsun (por ser amigo de Haxim) le hizo andar rodando de alojamiento en alojamiento, y hasta mandó a los sileros (o guardadores del trigo) que le diesen trigo del peor. Refiere Ahmad ben Maslama, que el mismo Umar ben Hafsun, le dijo: "Yo tomé un pan hecho de aquel trigo, me presenté con él a Ben Ganim el zalmedina (o gobernador) y le dije: "Pero hombre, Dios te conceda su misericordia, ¿es posible que se pueda vivir comiendo esto?" Y Ben Ganim me contestó: "¿Quién eres tú, diablo, para venirme con esas embajadas?" (No dije nada), me marché, encontré a Haxim, que iba a palacio, y le conté lo que había pasado. Él entonces me dijo: "Estos hombres no saben quién eres tú; dáselo a entender tú mismo". Volví donde estaban mis compañeros y les conté todo aquello. Aquel mismo día salí de Córdoba, fuíme a casa de mi tío Mutahir, y le informé de lo que uno y otro habían dicho".

Haxim, después que, por los tratos referidos antes, logró de Ben Hafsun que abandonara a Bobastro, había hecho construir una fortificación en lo más alto de aquel monte, e instalado en ella al comandante Achatubi del monte. Ben Hafsun cogió a la manceba de éste, llamada Atachubia, la cual vino a ser la madre de un hijo de Abu Sulayman. La empresa de Ben Hafsun comenzó a tener gran resonancia; cada día la cosa se hacía más grave y formidable; pues llegó a hacerse dueño de las comarcas que hay entre Algeciras y Todmir; al principio, Atachubi, a quien había arrojado de Bobastro, se fortificó en la roca de Chodares, al Occidente de aquél; pero Umar dirigió sus miras a hacerle salir de la montaña, hasta que le hizo abandonar la fortaleza, y nombró entonces a uno de los suyos para que la guardara.

Del *Iftitah al-Ándalus* de Ben Al-Qutiya (Trad. Ribera, 74).

SOBRE LA ORGANIZACIÓN MILITAR DE AL-ÁNDALUS

Conocemos mal la organización militar de la España mora. No abundan las noticias sobre ella. Los sirios, venidos a España con Balch, habían recibido en Iqta, *es decir, como beneficios militares, una parte de las contribuciones debidas por los cristianos que habían capitulado. El disfrute de tales feudos les obligaba a acudir a la guerra, al primer llamamiento del emir, agrupados según la tribu a que pertenecían. Pero pronto dejaron de merecer la confianza de los soberanos por su intervención en las discordias civiles y Abd al-Rahman I comenzó a formar un ejército de mercenarios (haxam) reclutados especialmente entre los bereberes africanos. Estaban inscritos en el* diwan wa-l-kitba *o registro militar de los guerreros a sueldo. Al-Hakam I prosiguió la política de su abuelo y organizó incluso cuerpos permanentes de caballería, que tenía acuartelados junto a su alcázar. Después, para más atraerse a las tropas sirias del ejército regular o* chund, *empezaron éstas a ser recompensadas con pagas extraordinarias, cuando salían a campaña. El deber guerrero pesaba sin embargo sobre todos los habitantes de Al-Ándalus. Muhammad dispensó del mismo a los moradores de Córdoba y su distrito, de entre los cuales sólo participaron en adelante, en las expediciones, los voluntarios que debían acudir a la guerra santa. El gran historiador Ben Hayyan nos ha conservado las cifras exactas del número de jinetes del* chund *que, a mediados del siglo IX, acudían, por cada uno de los distritos militares, a las expediciones estivales contra los reinos cristianos. Esta organización, basada en el deber feudal de los* chund *sirios, en las numerosas fuerzas mercenarias o haxam, en la obligación militar de las masas y en la espontánea asistencia de los voluntarios participantes en la guerra santa, duró hasta las reformas de Almanzor.*

Cuando los árabes de Siria que, por la nobleza de su nacimiento y por su amor a la gloria, eran como leones de Xara, entraron en España con Balch, su emir, los *baladíes*, es decir, los árabes que habían venido antes (a la Península), se encontraron muy estrechos en ella. Quisieron en consecuencia que abandonaran el país tales extranjeros. Este país, decían, nos pertenece, puesto que le hemos conquistado y no hay lugar para otros. Después, viendo que los sirios no querían partir, tomaron las armas para obligarles a ello. La guerra entre los dos partidos duró hasta la llegada de Abu-I-Jattar Husam ben Dirar al-Qalbi. Habiéndose embarcado secretamente en la costa de Túnez, Abu-I-Jattar llegó de improviso a Córdoba y cuando mostró el diploma por el cual Hanzala ben Safwan, el gobernador de África, le nombraba para el gobierno de España, se sometieron a sus órdenes las dos facciones que luchaban todavía entre ellas. Habiendo detenido a los jefes de los sirios, les forzó, como todos saben, a abandonar el país; después, queriendo impedir que la guerra civil comenzase de nuevo,

proyectó establecer las tribus sirias en las provincias. Ejecutó su plan y asignó a los sirios la tercera parte de lo que producían las tierras de los cristianos. Las tribus sirias salieron entonces de Córdoba.

Según Abu Marwan —Ben Hayyan— Ardabasto, conde de España, jefe de los cristianos y perceptor del *jarach* que debían éstos pagar a los emires, sugirió tal solución. En los primeros tiempos de la dominación musulmana era aquel conde muy famoso por su saber y por su gran penetración en los asuntos políticos. Fue él quien aconsejó al gobernador alejar a los sirios de Córdoba, la capital, donde no había lugar para ellos y establecerlos en las provincias, donde vivirían como habían vivido antes en los distritos de Siria. El gobernador siguió su consejo, después de haber obtenido el consentimiento de los mismos sirios. Estableció el *chund* o división de Damasco en la provincia de Elvira, el de Jordán en la Rayya, el de Palestina en la de Sidonia, el de Emesa en la de Sevilla, el de Qinnasrina en la de Jaén y el de Egipto: parte en la de Beja, parte en la de Todmir. Para su subsistencia se atribuyó a los árabes de Siria la tercera parte de lo que producían las tierras de los cristianos. Los bereberes y los árabes baladíes continuaron siendo los asociados u *hospes* de los cristianos, conservaron sus alquerías y no se les tomó nada. En cuanto a los sirios, cuando vieron que las tierras en que se hallaban establecidos se parecían a las de su patria, se sintieron a gusto y pronto llegaron a ser poderosos y ricos. Sin embargo, los que de entre ellos, al llegar a España, se establecieron en lugares que les eran agradables, no abandonaron sus moradas; permanecieron allí con los *baladíes* y, cuando se les pagaba la soldada o era preciso ir a la guerra, se incorporaban al *chund* o división a que pertenecían. En este tiempo se les llamaba los separados.

Ahmad (ben Muhammad) ben Musa —Al-Razi— dice: En cada una de las divisiones obligadas al servicio militar, el califa nombraba ordinariamente a dos jefes abanderados: uno iba a la guerra, otro quedaba en su casa. El primero recibía un sueldo de doscientos dinares, el segundo no recibía sueldo durante tres meses pero, al cabo de ese tiempo, iba a reemplazar a su colega, perteneciera éste a su propia familia o a otra. Los sirios que iban a la guerra —los hermanos, los hijos o los sobrinos del jefe— recibían diez dinares cada uno al fin de la campaña; el jefe se reunía entonces con el general en jefe; declaraba qué personas tenían derecho a sueldo por su servicio activo y, para darle una prueba de estima, se fijaba la soldada según su declaración. Le correspondía incorporarles al ejército y distribuirles sus raciones. En cuanto a los sirios que participaban en la expedición sin pertenecer a la familia del jefe, recibían una soldada de cinco dinares al terminar la campaña. Por lo que concierne a los *baladíes*, no se daba soldada sino al jefe; también tenían dos jefes-abanderados; uno iba a la guerra, otro quedaba en su casa; el primero recibía una soldada de cien dinares y, al cabo de seis meses, su colega venía a reemplazarle. Sólo los sirios estaban inscritos en el *diwan* o registro de las tropas que recibían pagas; estaban exentos del diezmo, era su deber esencial ir a la guerra y no

estaban obligados sino al pago del impuesto de feudatarios sobre las gabelas que percibían de los cristianos. Por el contrario, los árabes *baladíes* pagaban el diezmo como el resto de los súbditos. Sus familias notables participaban en las expediciones como los sirios, pero sin recibir soldada; tenían el sueldo que se ha indicado antes. Los *baladíes* no estaban inscritos en el *diwan* o registro militar sino cuando el califa, por tener que enviar dos columnas en direcciones diferentes, los llamaba en su ayuda. Había una tercera categoría formada por los sirios y los *baladíes*, a quienes se llamaba los reemplazantes, y que participaban en las expediciones con los mismos derechos que los súbditos del país.

De la *Ihata fi-l-Tarij Garnata* de BEN AL-JATIB (Según versión francesa de Dozy, Recherches, I³, 78).

En esa misma fecha cuenta Al-Razi que el Imán (Abd al-Rahman) llegó a reunir en su diwan 40.000 personas entre berberiscos y esclavos, los que había ordenado comprar en todas partes; renunció a los árabes, porque la muerte del jefe de ellos, Abu Sabah fue causa de que se separasen de su obediencia; y dominó con sus esclavos y sus tropas a España, en donde el partido de los árabes se hizo débil y en cambio el de los Omeyas adquirió más fuerza.

Del *Fath al-Ándalus* (Trad. González, 76).

Tenía el emir (Al-Hakam) dos mil caballos, dispuestos en dos casas a la orilla del río, frente al alcázar. En cada casa había diez instructores (Arif), cada uno de los cuales tenía a su cargo cien caballos; los cuidaban, eran alimentados en su presencia, y procuraban reemplazar los inútiles a fin de que estuviesen preparados, por si ocurría repentinamente alguna cosa a que fuese necesario acudir prontamente. Cuando había que hacer alguna expedición parecían uno solo.

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 116).

Me ha contado un narrador de sucesos que llegó en cierta ocasión, ante el palacio del monarca Al-Hakam I, una multitud de gente de distintas clases, diciendo que eran aptos para el servicio militar y pidiendo al soberano que los comprara, de sus patronos, con el fin de entrar al servicio del monarca. El soberano ordenó que preguntasen los nombres de los patronos a quienes pertenecían. Había entre ellos un esclavo de los hijos de Musab (juez de Córdoba). Al-Hakam ordenó que fuera devuelto a sus dueños.

Del *Kitab Qudat Qurtuba* de AL-JUXANI (Trad. Ribera, 61).

Muhammad cuidaba los intereses de su pueblo y velaba por sus comodidades. Por ello dispensó a los cordobeses de las levas militares y del servicio de guerra obligatorio. Según Ben Hayyan, la cifra de los jinetes que formaron parte de la expedición estival contra Galicia, dirigida por Abd al-Rahman, hijo del emir, se dividía así: el cantón de Elvira, suministró 2.900; Jaén, 220; Cabra, 1.800; Baga (Priego), 900; Tacorona, 297; Algeciras, 290; Écija, 1.200; Carmona, 185; Sidona, 6.790; Málaga, 2.600; Fahs al-Ballut, 400; Morón, 1.400; Todmir, 156; Ravina, 106; Calatrava y Oreto, 387. Hay que añadir a tales cifras el número, ignorado, de cordobeses que participaron igualmente en la expedición. Tal fue el total de los guerreros que acompañaron a Abd al-Rahman, después de la supresión de la carga que había pesado hasta allí sobre los habitantes de Córdoba y de los distritos que de ella dependían. Muhammad les liberó de la obligación anual de proporcionar reclutas para las campañas de verano contra los países cristianos y les confió el cuidado de elegir ellos mismos los voluntarios que habían de partir por su gusto a hacer la guerra Santa; tal exención fue considerada como una gran merced por los favorecidos con ella, que colmaron de elogios al príncipe y se felicitaron de vivir bajo su reinado.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDHARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 178).

El Imán debe pagar soldada (*qurziqu*) a las tropas regulares (*chund*) que están a su disposición en sus lugares de residencia y en las fronteras, donde sus habitantes no se hallan en condiciones de hacer frente al enemigo. Gracias a tales tropas tiene fuerza para someter a los fautores de revueltas y para mantener el orden. En el *chund* no deben figurar sino hombres escogidos entre gentes piadosas e instruidas y a la par valerosos, de los que no huyen en el combate. Deberán contarse entre ellos una proporción suficiente de descendientes de los Emigrados (*muhachires*) y defensores (*ansares*) del Profeta, de representantes de cada una de las tribus y de personajes conocidos por su ciencia y por su religión descendientes de los *acham* que han abrazado el Islam.

Los herederos de los soldados muertos en acto de servicio o en la guerra deberán recibir una pensión suficiente, que se fijará teniendo en cuenta que han perdido la vida al servicio de los musulmanes. Los soldados inválidos o incurables recibirán una pensión que les permitirá vivir honorablemente con su familia. Esta pensión equivaldrá a la soldada de que disfrutaban antes, descontadas las indemnizaciones de montura, equipo y gastos de ruta.

Del *Tuhfat al-Anfus* de BEN HUDAIL, citando a Ben Hazm (Según versión francesa de Lévi-Provençal, L'Espagne musulmane du Xème. siècle, 134, nota 3).

PERFILES DE MUHAMMAD

Muhammad nos ofrece una silueta muy distinta de las de su padre y sus mayores. No le adornaba la energía indomable del fundador de la dinastía, ni la piedad sincera y el espíritu justiciero de Hixam, ni el ímpetu vital y el valor de Al-Hakam, ni la generosidad de mecenas y el talento organizador de Abd al-Rahman II. Los ditirambos de los cronistas cortesanos no logran ocultar su avaricia, su debilidad y su cobardía. De creerles, no era torpe y no carecía de buen gusto literario. Supo elegir algunos buenos ministros, mas se entregó después a un hombre, inteligente y valeroso, pero sin escrúpulos. Bajo su gobierno cundió la inmoralidad administrativa; y el crecer de ella, en alianza con la debilidad y la cobardía del emir y con el despótico gobierno de su favorito, crearon un clima propicio para el estallido de la rebelión de los maulas o renegados y para el triunfo de todo género de aventureros. La revuelta interior debilitó la fuerza militar de Al-Ándalus. Supieron aprovechar la ocasión los reyes cristianos. Y si al principio las armas de Muhammad vencieron a los generales de Ordoño I —al conde del Bierzo, Gatón, en el Guadacelete, junto a Toledo, y al conde de Castilla, Rodrigo, en la Morcuera, no lejos de Miranda de Ebro—, después Alfonso III derrotó a los muslimes en Polvoraria y Valde Mora (877), rechazó los ataques del príncipe Al-Mundhir y de Haxim ben Abd al-Aziz (882-883), reconquistó el norte de Portugal hasta el Mondego y avanzó sus fronteras hasta el Duero por tierras de León. Y Muhammad, que había heredado de su padre un imperio ordenado y fuerte, legó, así, a su hijo, un reino desgarrado por la discordia civil e impotente frente a los enemigos seculares de Córdoba, los reyes de Oviedo.

El emir Muhammad ben Abd al-Rahman era bondadoso, abstinente de lo ilícito, reprimidor de su cólera, sufrido, erudito, y muy entendido en aritmética. Refiérese de él que personalmente tomaba las cuentas a sus criados, y cuidaba por sí minuciosamente de sus asuntos, por su expedición para los cálculos, su natural aptitud y sus conocimientos en ciencias y literatura, deteniéndolos en aquel punto en que había error.

Era Muhammad apasionado por la elocuencia, y distinguía mucho a los eruditos. Un liberto suyo le pidió reiteradamente un empleo con modestas aspiraciones y en elegante frase. El emir le dijo: "Lo que me ha hecho formar más ventajosa idea de ti en tu pretensión es la elegancia de los escritos que de tu parte han llegado a mí; pues si tú eres el autor, bien manifiestan tu capacidad, y si con tu buen discurso y discreción has elegido quien por ti lo haga, entonces has llegado a lo más alto que puede apetecerse, dando clara prueba de tu buen entendimiento. Así, pues, sea de las dos cosas la que fuere, digno te creo, pues por el acierto que has manifestado en la disposición de tu escrito, es de esperar el acierto en el desempeño del empleo que pienso conferirte, según deseas; obra siempre con sinceridad, y

procura cumplir con tu deber en este cargo, con la mira de conseguir más alta recompensa, pues rara vez es bueno el principio de un hombre, sin que su fin sea también bueno".

El poeta Abu-l-Yusr, conocido por Al-Riyyadi, habiendo pasado en Oriente por muchas tribulaciones, y no encontrando medio de ganarse la vida, vino a España con una carta fingida de Ben al-Xaij, de Siria, y otras personas de aquel país, en que se contenía una invitación para que se apoderara del califato, y decía que su reinado en Oriente estaba próximo. Cuando llegó a España, el emir Muhammad (Dios se apiade de él) entendió que era un farsante que sólo procuraba por este medio mendigar su sustento, pero mandó que le aposentasen con esplendidez todo el tiempo de su residencia. Después de haber permanecido allí largo tiempo, envió a Muhammad una carta en que le pedía una audiencia. Al emir le pareció bien el escrito, y lo encontró elegante. Llamó a Haxim y le dijo: "Este hombre busca medios de sustentarse, y la necesidad le sugiere esas trazas. Si finjo que le creo, y le contesto a su carta (falsificada), voy a incurrir en el ridículo, y se burlarán de mí los Banu Haxim (los Abbasíes). Si le desmiento, y niego su petición, después de haberse acogido a mi amparo, mereceré la reprobación general por mi falta de generosidad. La carta que me ha dirigido por sí es bella y escrita con elegancia, y si nos la hubiese traído en nombre suyo merecería nuestra recompensa, sobre todo por el largo viaje que ha emprendido". Remitióle, pues, quinientos dinares de ley, y una carta en que sólo decía: "En el nombre de Dios clemente y misericordioso".

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 124, 127, 128).

☆

Inmediatamente después de Abd al-Rahman entró a gobernar el emir Muhammad, que Dios tenga en su misericordia, el cual fué hombre tranquilo, reposado, sin afición a severidades en los castigos; gustaba honrar a las personas eminentes, ya se tratara de hombres de ciencia, ya de sus clientes y militares; eligió con gran tacto sus gobernadores hasta que Hixam le manejó a su placer, dejándole sólo el título de soberano, y desde entonces dejó la buena costumbre de elegir gobernadores, con aquel cuidado, de entre los sujetos de más edad y juicio, y se aficionó a la gente nueva, con los cuales partía las ganancias. De aquí resultó que a los gobernadores se les llamara "los medieros" (los que van a medias), y se desprestigiara la autoridad, sucediendo lo que más adelante se dirá.

En el año 60 (del siglo a que pertenecen los hechos que referimos), siendo gobernador de Córdoba. Walid, hijo de Ganim, se vió España afligida por el hambre, pues fue un año en que no se pudo sembrar un solo grano, y, por consiguiente, no pudo haber cosecha alguna. Muhammad llamó a Walid, y le dijo: "¿Qué piensas hacer con la contribución del diezmo?" "Señor, contestó Al-Walid, el diezmo no se cobra sino cuando

hay siembra y recolección, y en este año tus vasallos ni han sembrado ni recogido. Yo creo que debes gastar de lo que haya en tus graneros y de tus tesoros; quizá Dios disponga que el año que viene sea mejor". El sultán, no obstante esta observación, insistió por ver si le persuadía a que cobrase; pero Walid se negó, diciendo: "¡Voto a Dios! Yo no acepto el encargo de cobrar un solo grano". Esto no pasó tan inadvertido que el pueblo no se enterara y un hombre tirano y opresor llamado Hamdun ben Basil, vulgarmente conocido por el Axab (el tordillo), aprovechó la ocasión para solicitar el gobierno de la capital, comprometiéndose a efectuar el cobro del diezmo, sin apelar a medios extremos ni atentar a la inviolabilidad del domicilio; pero el caso fue que antes de recaudar la cuarta parte de los diezmos, ya se había acudido a todo: a violar la santidad de los hogares, a apalear y aun ahorcar al que se había resistido. El pueblo, asustado, se encomendó a Dios alto y noble (para que le librara de aquel peligro) y Dios (les oyó, pues) hizo morir a aquel tirano repentinamente, llevándoselo (al infierno) maldecido por su cólera. Muhammad, al ver aquello y el efecto que había causado en el pueblo, llamó otra vez a Walid ben Ganim, le dijo que le dispensara y le pidió por favor que volviera a encargarse del gobierno de la capital, a fin de enmendar el desorden que había causado el que acababa de morir. Pero Walid contestó: "No, me he convencido de la consideración que te merezco: tú te has creído que soy un hombre a quien puedes reemplazar nombrando a Hamdun ben Basil, u otro de la misma ralea; yo te juro por Dios que no admitiré jamás ningún otro empleo tuyo en Córdoba". Muhammad tuvo que nombrar a otro.

Del *Iftitah al-Ándalus* de BEN AL-QUTIYA (Trad. Ribera, 56, 73).

Era de fácil y elegante palabra y de mucha prudencia; sentía antipatía frente a las cosas censurables, y amor por la verdad y por las gentes de bien; rehusaba escuchar a los violentos y se apartaba de los injustos; hombre inteligente, de un buen natural y de una magnanimidad digna de alabanza, era de entendimiento pronto y rápido, y cuantos le frecuentaban o conversaban con él reconocían su indudable talento de comprensión y de discernimiento de las cosas, su sutilidad, la agudeza de su espíritu y su elevado razonar. Era muy entendido en matemáticas y en los detalles del servicio y a él se acudía cuando surgía alguna dificultad de tal índole. No escapaba a su vista ni a su examen cualquier omisión cometida por los tesoreros o por los contadores. Descubrió un error de un quinto de dirhem en la cuenta presentada por un tesorero, cuyo monto se elevaba a cien mil dinares. Ordenó su rectificación, pero estaba tan oculto y era tan pequeño que los empleados de la repartición en vano se esforzaron en descubrirlo y, confesando su fracaso, entregaron la cuenta al enviado del príncipe, declarando que no podían encontrar el error. Mas el emir lo halló en el lugar en que había sido cometido.

Haxim ben Abd al-Aziz ha dicho: "El emir Muhammad era más inteligente que nadie, tenía gran discernimiento y un juicio muy claro; cuando

nos consultaba, cada uno se esforzaba en hablar y en dar una solución. Si veíamos claro (en el asunto), aprobaba; pero si no era así, argumentaba contra el punto débil y su exposición tenía una nitidez tal que nadie podía hallar nada que corregir o que criticar en sus palabras.

Se cuenta que al rehusar a Haxim la aprobación de un asunto que le proponía, por entender que no estaba suficientemente estudiado, le dijo: "Haxim, actuando precipitadamente se expone uno a caídas; si siguiéramos tus erradas diligencias y escucháramos tus informes equivocados, seríamos tus cómplices en la caída y cómplices de tu precipitación. Despacio, marcha lentamente, porque si vas demasiado de prisa, contigo harán igual". De espíritu reflexivo y grave, cumplía su deber con sus clientes y sus hijos y nunca les reprendía sin escucharles o hacer escuchar sus quejas.

... ...

El emir Muhammad ben Abd al-Rahman iba a Rusafa a recrearse en unión de Haxim ben Abd al-Aziz; pasó allí un día divirtiéndose y cuando se acercaba la noche volvió al palacio, pero estaba algo preocupado. Un testigo auricular ha contado que Haxim le decía: "¡Nieto de los califas, qué agradable sería la vida, si no nos acechase la muerte!" "¡Hijo de infiel, contestó el príncipe, te engañas al hablar así! ¿No ocupamos ahora nosotros el trono gracias a la muerte? ¿Habríamos jamás reinado si la muerte no existiese?"

... ...

Abu Umar Salimi dice: "En una de sus primeras campañas en país enemigo, para la que había convocado y reclutado tropas y estudiado todo como él entendía (necesario), se encontró frente al adversario cuya caballería desbordaba la vasta llanura, lo llenaba todo, cerca y lejos, y, pronta para la lucha avanzaba al combate. Entonces invadió al emir una fuerte emoción, tuvo temor y desconfianza, se figuró que no podría escapar de las manos de los infieles y que los musulmanes iban a ser víctimas de las espadas enemigas; creyó que el examen recto y honesto de la situación le aconsejaba retroceder antes de combatir, conforme a las palabras de Alá: "No os precipitéis por vuestra voluntad en el abismo". Entonces un guerrero avanzó hacia él y le dijo: "Príncipe, el Altísimo ha dicho: "Quienes, cuando les anuncian que el enemigo se reúne para marchar contra ellos, ponen su fe en Alá, vuelven llenos de gracias". El emir respondió: "Pongo a Alá por testigo de que no pienso en mí, pero no se puede ejecutar un plan si no se es obedecido y no puedo combatir solo". "Lo juro, dijo en tal ocasión el Utbi, sólo un ángel puede haber sugerido a este guerrero tal versículo. Príncipe, consulta a Alá esta noche, hoy mismo". Así lo hizo Muhammad y Alá le hizo ver que el combatir era el camino mejor y le sugirió la conducta correcta y agradable al cielo. Los heraldos llamaron entonces a las tropas al ataque contra los enemigos y al combate por la religión, exhortándoles a hacer cuanto pudieran para asegurar la victoria deseada. Alzadas las banderas y dispuestos los corazones para la lucha heroica, el emir Muhammad entregó el mando a su hijo Al-Mundhir, bien conocido

por su bravura y muy amado de sus tropas. Los musulmanes avanzaron, chocaron los dos ejércitos y empezó la pelea. Alá dio la victoria a los suyos y reemplazó (en ellos) la angustia por la alegría.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDZARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 174, 183, 184).

UN GRAN SOBERANO MALOGRADO

Durante el reinado de Muhammad se había adiestrado en el arte de la guerra y en el del gobierno. Con Haxim ben Abd al-Aziz, favorito de su padre, y con Walid ben Ganim, mientras aquél estuvo cautivo en Asturias, el príncipe Al-Mundhir había dirigido numerosas campañas contra los politeístas cristianos y contra los rebeldes. No le había siempre acompañado en ellas la fortuna, pero en todas había demostrado gran bravura y dotes guerreras. Soportaba mal la influencia que en su progenitor ejercía su ministro, chocó con él en la campaña contra León del 882 y su animosidad le llevó a ejecutarle al ocupar el trono. La muerte de su padre le sorprendió combatiendo al gran Umar ben Hafsun y continuó con obstinación su lucha contra él hasta morir, dos años después, mientras proseguía el asedio de Bobastro. Había, pues, heredado de sus mayores, junto al valor temerario y a la energía indomable, la crueldad. En el estado de descomposición política de Al-Ándalus, era el soberano que hubiera podido salvar a Córdoba de su gran crisis. Una congestión, acaso complicada con el veneno, frustró esa posibilidad y malogró sus grandes talentos.

Este príncipe amaba y honraba a sus hermanos, frecuentaba sus reuniones, les hacía regalos, les invitaba a fiestas y distribuía mercedes a los poetas que le recitaban versos mientras estaba en campaña o a su regreso. Entre otros poetas que le tomaron afecto se cita a Ahmad (ben Muhammad) ben Abd Rabbihi y Al-Akki. Ninguno de sus predecesores dio muestras de tanta bravura y temeridad y de tanta firmeza en la concepción y realización de sus proyectos. Hizo en un año más que otros durante todo su reinado. Los fautores de guerras civiles, los más bravos y los más resueltos, se le sometían y le enviaban su promesa de obediencia antes de que les fuera pedida. En opinión de gentes bien enteradas, si hubiera vivido un año más, no hubiera quedado ningún rebelde en el cantón de Málaga, y lo que se sabe de él prueba tal opinión. Un rasgo lo acredita. La noticia de la muerte de su padre no le movió a apartarse del camino que seguía en dirección a Córdoba y no le decidió a tomar la vía más corta. Ningún cuidado, ningún asunto por importante que fuera le hizo descuidar (el de las rebeliones), se dirigió a Málaga, puso las cosas en orden y confió su cuidado a Sulayman ben Abd al-Malik ben Ajtal y a Abd al-Rahman ben Huraix, junto a los cuales colocó consejeros elegidos de entre los árabes y en su séquito. Después, en un solo día se hizo prestar el juramento de

fidelidad, hizo donaciones al *chund,* examinó las que debían hacerse al pueblo y decretó la abolición del diezmo en favor de los cordobeses para atraerse sus elogios, la convocatoria de las tropas y su envío bajo la dirección de un general. Desplegaba la misma actividad en todos los asuntos y así dirigía los acontecimientos.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDHARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 196).

EL GRAN CAUDILLO DE LOS RENEGADOS ANDALUCES FRENTE A LOS OMEYAS

Los andaluces alzados contra Córdoba hallaron pronto un caudillo digno de su empresa en la persona del nieto de renegados, Umar ben Hafsun. Otra vez la raza hispana alumbró un gran capitán popular. Como Viriato y como otros muchos guerreros españoles de todos los tiempos, que hubieron de pelear con fuerzas regulares, triunfó Ben Hafsun por su astucia, su bravura y su justicia, y porque supo, con ellas, ganar el entusiasmo de su pueblo. Hizo de la montaña inexpugnable de Bobastro el centro de sus empresas. Los españoles, cristianos o musulmanes, le amaron con pasión; sus enemigos le odiaron con saña, pero al cabo rindieron homenaje involuntario a su grandeza a través de los relatos, apasionados, de los cronistas cortesanos. La leyenda adornó los comienzos de su carrera. La historia oficial sólo a medias palabras descubrió sus triunfos, se entusiasmó al contar sus fracasos y se detuvo a referir el esfuerzo militar que costó conquistar su nido de águilas defendido por su sombra y por sus hijos. Y las poesías con que los poetas de la corte cantaron sus derrotas y las de sus cachorros aportan nuevas luces a su gloria. En su época de máximo poder llegó a dominar toda la Andalucía meridional, al sur del Guadalquivir. Su autoridad se extendió hasta Elvira (Granada), Archidona, Osuna, Écija, Baena y Aguilar, a una jornada de Córdoba, junto a cuyos mismos muros sus jinetes lanzaron un día sus lanzas sobre la imagen de la Virgen, que todavía se alzaba sobre la puerta del Puente. Seguía su causa Ben Mastana en la sierra de Priego y otros rebeldes de Jaén. En las calles, en los palacios y hasta en las mezquitas cordobesas se predecía la caída de la dinastía Omeya y la conquista de la ciudad. El emir se humilló más de una vez ante él. Buscaron su alianza el jefe de la aristocracia sevillana, Ben Hachchach, y el de la familia "Beni Casi". Pero rara vez triunfa una rebelión popular que da plazo al gobierno para reorganizar sus huestes y al pueblo para fatigarse de los sufrimientos que la rebelión engendra. Umar ben Hafsun no disponía, además, de fuerzas bastantes para conquistar el poder y dominar la España musulmana. Nieto de cristianos y siempre simpatizante con la fe de sus mayores, en 899 dió el paso decisivo de hacerse bautizar y de abrazar, así, la religión cristiana. Tal paso produjo una sensación profunda. Algunos españoles, sinceros musulmanes, le abandonaron. La corte lo explotó en su

provecho. Abd Allah encontró en Ben Abi Abda un buen general, y en la desilusión y el cansancio de los andaluces los mejores aliados. Y poco a poco el otrora caudillo de la raza hispana pasó a ser un rebelde menor, cuya estrella palidecía despacio y cuyos dominios se reducían poco a poco, hasta quedar limitados a la inexpugnable montaña de Bobastro, donde había comenzado su alzamiento.

LA ASTUCIA DE UMAR BEN HAFSUN FRENTE A LA FUERZA DE AL-MUNDHIR

La noticia de la muerte de su padre (Muhammad) le sorprendió (a Al-Mundhir) mientras se hallaba ocupado en sitiar el castillo de Alhama del maldito renegado Umar ben Hafsun. Volvió a Córdoba y las ceremonias de la entronización terminaron el día siguiente de su llegada.

... ...

Cuando Ben Hafsun vió a Al-Mundhir levantar el sitio al ocurrir la muerte de su padre... se puso en seguida en movimiento y envió mensajeros a todas las plazas fuertes situadas entre Alhama y el litoral y todas reconocieron su autoridad. Se dirigió hacia Priego y la montaña de Xeiba y allí se apoderó de inmensas riquezas. Hizo todo ello sin grandes medios de acción, y sin mucho dinero ni muchas tropas, pero servía de castigo entre las manos de Dios, que le empleaba para hacer sentir su venganza a sus servidores.

Apareció en una época turbada, cuando corazones endurecidos e inclinados al mal y espíritus malignos buscaban las malas ocasiones y apetecían la guerra civil. Y por ello al sublevarse encontró el pueblo en su misma disposición de ánimo y dispuesto a hacer causa común con él. Las poblaciones se reunieron a su alrededor y se dirigió a su amor propio con estas palabras: "Desde hace demasiado tiempo habéis tenido que soportar el yugo de este sultán que os toma vuestros bienes y os impone cargas aplastantes, mientras los árabes os oprimen con sus humillaciones y os tratan como esclavos. No aspiro sino a que os hagan justicia y a sacaros de la esclavitud". Tales palabras de Ben Hafsun hallaban siempre una acogida favorable y el reconocimiento de las masas y así consiguió la adhesión de los habitantes de las fortalezas.

Se declararon por él, los bandoleros y los hombres turbulentos, a quienes atrajo con la esperanza de conquistas y saqueos. De otra parte mostraba afección a sus compañeros y deferencia para con sus íntimos, respetaba a las mujeres y observaba las reglas del honor, con lo que se conciliaba todos los ánimos. Dentro de sus dominios una mujer podía ir sola de una población a otra con su dinero y sus bienes sin que nadie intentara siquiera molestarla. Empleaba la muerte como castigo. Daba fe a la palabra de una mujer, de un hombre o de un niño cualquiera y, sin solicitar otro testimonio ninguno, castigaba al acusado, quienquiera que él fuera. Su mismo hijo había de someterse a las prescripciones de la justicia. Trataba, además, a los guerreros

todos con consideración y rendía honores a los enemigos valerosos y les perdonaba cuando resultaba vencedor. Y regalaba brazaletes de oro a quienes rivalizaban en valor.

Todos estos procedimientos sirvieron mucho a Ben Hafsun, que llevó sus incursiones hasta Cabra y aún más allá, hasta la aldea de Al-Chahya, atacó Alcaudete en el cantón de Elvira, se acercó a los alrededores de Jaén e hizo prisionero a Abd Allah ben Samaa, gobernador de Priego. En las cercanías del castillo de Iznajar en el cantón de Málaga, no lejos de Cabra, se reunieron gran número de malhechores partidarios de Ben Hafsun, lo que aterró a los habitantes de la ciudad citada y les impedía salir de ella. Cuando Al-Mundhir conoció lo que ocurría envió a Asbagh ben Futays a la cabeza de un cuerpo considerable de caballería contra la fortaleza de Iznajar, que fue sitiada y tomada y cuyos defensores fueron ejecutados. Y Al-Mundhir envió igualmente fuerzas de caballería al mando de Abd Allah ben Muhammad ben Mundhar y por el paje Aydun al país de Lucena, región de Cabra, donde se hallaba un grupo de partidarios de Ben Hafsun, que fueron sitiados y combatidos hasta su exterminio.

... ...

En 274 [28 mayo 881] el emir Al-Mundhir marchó a la cabeza de sus tropas contra Umar ben Hafsun y conquistó dos castillos del cantón de Málaga así como los de Cabra. Avanzó en seguida hasta Bobastro, capital del rebelde, le puso sitio y la atacó desde muy cerca después de haber devastado los alrededores. Se alejó en seguida para dirigirse sobre Archidona, donde se encontraba Ayxun. Estableció su campamento bajo los muros de la plaza, emprendió el sitio de la misma y redujo a sus habitantes a tal situación que acabaron por renunciar a sostener a Ayxun y a su familia e incluso le abandonaron y a sus partidarios. El emir penetró entonces en la plaza, se apoderó de ellos y de los Banu Mathruh, que eran tres: Harb, Awn y Thaluth, sus castillos de las sierras de Priego fueron conquistados y ellos mismos cautivos del emir, fueron enviados por él a Córdoba, donde fueron crucificados con diecinueve de los suyos. Ayxun lo fue entre un cerdo y un perro, porque tenía la costumbre de decir que si el emir podía apoderarse de él, debía crucificarle con un cerdo a la derecha y un perro a la izquierda. Hasta tal punto tenía confianza en su bravura y se creía seguro, gracias a su fuerza y a su valor, de no ser jamás hecho prisionero. Al-Mundhir desesperado de acabar de otra manera con él, había comprado a un habitante de Archidona que se comprometió a prenderle mediante un ardid, y en efecto un día que Ayxun entró desarmado en casa de uno de los traidores, se arrojaron sobre él y le enviaron al emir.

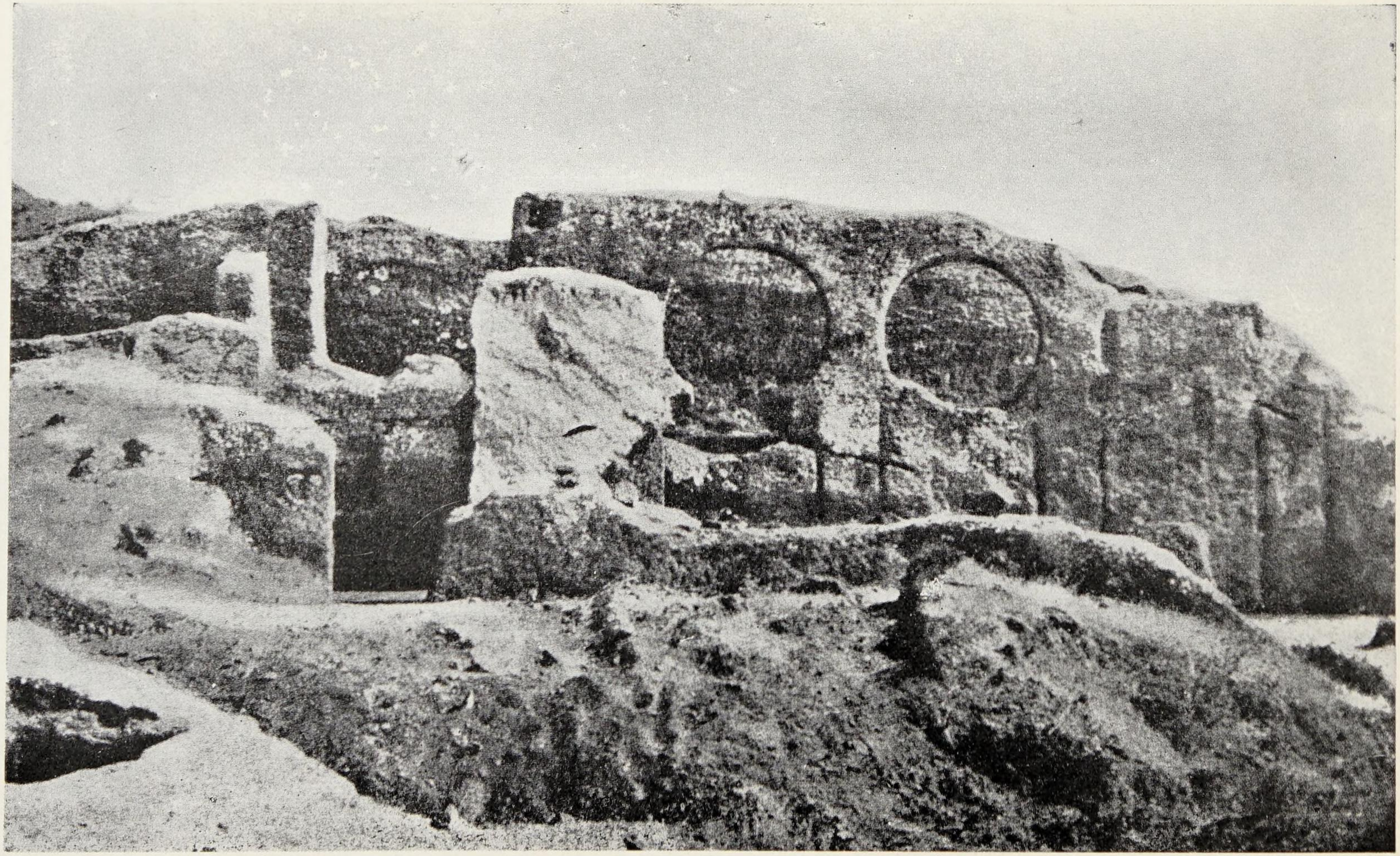
En el segundo año del reinado de Al-Mandhir, en la fecha señalada: "Tal príncipe marchó contra Bobastro con el mayor número de tropas de que pudo disponer, comenzó su asedio escrupuloso y combatió vigorosamente a Ben Hafsun, que estaba dentro. Su caballería se extendió por la región y se apoderó de las llanuras y de las montañas. Avanzó desde allí contra Archidona para destruirla y hacer sufrir a sus habitantes horas terri-

bles y desdichadas en razón de la obediencia que prestaban a Ben Hafsun y de su comunidad de miras con los habitantes de los castillos de aquél.

Los de Archidona enviaron mensajeros al emir, que le transmitieron palabras de sumisión y le ofrecieron volver al seno de la comunidad de los creyentes. El príncipe acogió bien sus proposiciones, trató a todos con suavidad y se apoderó de la fortaleza, donde hizo prisionero al gobernador nombrado por Ben Hafsun. Pero éste persistió en el falso camino del error y no cambió su actitud de enemigo y de rebelde. El emir le asedió entonces estrechamente y Ben Hafsun, falto de ayuda y de partidarios que pudieran sostenerle, viéndose a punto de ser apresado y privado de toda posibilidad de huida nocturna, aplicó todas las fuerzas de su espíritu para desasirse de las cuerdas que le sujetaban y de las redes que le apresaban, mediante el embuste y la astucia. Fingió que consentía en someterse, y anunció que su obediencia sería leal a condición de ser tratado por el emir como uno de los jefes del ejército *(chund)*, de habitar en Córdoba con su familia y sus hijos, de que éstos dos figurasen también entre los clientes (del príncipe) y de que él mismo no dejara de ser considerado con benevolencia. El emir accedió a su demanda, se comprometió por juramento solemne e hizo redactar en seguida un decreto de amnistía. Regaló a los hijos de Ben Hafsun los más preciosos vestidos e hizo cargar bestias de transporte con el dinero y los objetos que les estaban destinados, mostrando una gran generosidad y colmando todos sus deseos y apetencias. Ben Hafsun, con la intención de asegurar su pérfido engaño, pidió al emir cien mulos para transportar su familia y sus efectos; el emir se los envió bajo la custodia de diez oficiales y de ciento cincuenta caballeros, tratándole del modo más honroso y añadiendo favor tras favor. Ben Hafsun envió toda esa gente a Bobastro, donde estaban su familia, sus hijos y sus bienes hereditarios y de ganancia. Las tropas del emir partieron de los alrededores de la plaza, así como el cadí y los juristas que habían redactado el tratado de paz, en la convicción de que no había ardid ni engaño alguno y de que habían apartado todo temor de nuevas turbulencias por parte del rebelde. Las tropas se habían dispersado una vez levantado el campo; la noche vino también a facilitar la violación de sus juramentos y Ben Hafsun huyó del castillo y pudo llegar a Bobastro sin ser inquietado. Cayó entonces sobre los oficiales del emir, se apoderó de los mulos del convoy y, volviendo a su vida anterior, declaró a los suyos que era siempre su jefe supremo. Entonces Al-Mundhir juró reanudar el sitio y perseguirle sin piedad hasta la sumisión de su enemigo. Hizo sus preparativos de campaña, reunió numerosos guerreros, acampó de nuevo bajo los muros de Bobastro, que rodeó por todas partes, y tomó las disposiciones más rigurosas para el ataque y el sitio".

"Estos proyectos y su realización hicieron perder a Ben Hafsun toda esperanza de seguir resistiendo largo tiempo en aquellos castillos. Durante cuarenta y tres días el emir permaneció acechando ávidamente bajo los muros de Bobastro; pero sufriendo ya de una enfermedad que inquietaba a su cortejo, hizo venir a su hermano Abd Allah para reemplazarlo y ejercer

El valle del Guadalhorce, desde Bobastro.



Iglesia de Bobastro y tumba de Umar ben Hafsun.

el mando. A la llegada del mismo, expiró con gran dolor de cuantos le habían tratado. A su muerte sus tropas se desbandaron y se dividieron sin que Abd Allah pudiera retenerlas ni reunirlas de nuevo, mientras Ben Hafsun se apoderaba del campamento y lo saqueaba. El cuerpo del emir difunto fue transportado a Córdoba sobre un camello y allí fue inhumado al lado de sus antecesores. El pueblo sintió muy poco su muerte, pues, por su orden, debía acudir ante los muros de Bobastro e instalarse allí".

TRIUNFOS DE UMAR BEN HAFSUN

"Cuando Abd Allah, al subir al trono califal, recibió de las provincias pruebas de su fidelidad y todos reconocieron su autoridad, Umar ben Hafsun, no obstante su rebeldía y a pesar de su orgullo y de las devastaciones que venía realizando, creyó que debía volver a la comunidad de los fieles y someterse a las leyes de la debida obediencia al príncipe. Envió a Córdoba a su hijo Hafs y a algunos de sus partidarios, para concluir con el emir un tratado de paz solemne y definitivo, que nada pudiera alterar y que ninguna dificultad pudiese obstaculizar, con la condición de que Umar permanecería en Bobastro en calidad de súbdito fiel y obediente. El emir aceptó sus buenas disposiciones, consintió en dejarle en Bobastro, trató con generosidad a su hijo y a sus enviados, les hizo numerosos regalos y envió con ellos a Abd al-Wahhab ben Abd al-Rauf, nombrado gobernador del distrito de Málaga y encargado de participar con Ben Hafsun en la administración del país y en el nombramiento y reemplazo de los funcionarios. Tal comunidad de poderes duró hasta que Ben Hafsun venció y expulsó del cantón a Abd al-Wahhab, despojado de todo. Entonces dio aquél libre curso a sus crímenes, redobló sus hostilidades y sus razzias hasta el extremo de que las poblaciones estuvieron a punto de quedar vacías y el pueblo a punto de emigrar. Todas las aldeas de la campiña de Córdoba estaban infestadas de jinetes de Ben Hafsun y se hallaban sometidas a sus fechorías. Y el maldito se apoderó de Écija y de Archidona, las puso en estado de defensa e instaló en ellas toda clase de máquinas de guerra".

Cuando el emir Abd Allah vio a Córdoba cercada y devastados sus alrededores por una guerra nefasta, hizo plantar la tienda real en el arrabal de Secunda. Colocados sus pilares y tendidas sus cuerdas y lazos, Ben Hafsun lanzó su caballería contra Secunda con intención de apoderarse de la tienda real y de precipitarse sobre la ciudad y de sitiarla. Pero al punto, jinetes del emir se lanzaron contra los agresores, le alejaron y llegando hasta Ben Hafsun le rechazaron y le impidieron avanzar. El rebelde se refugió entonces en el castillo de Cabra, y el emir, reuniendo alrededor de catorce mil cordobeses, marchó contra él, que disponía de cerca de treinta mil soldados. El ataque de las tropas de Abd Allah les puso en desbandada, cayeron sobre sus espaldas los sables, y corrieron tras ellos hasta que regaron la tierra con su sangre. El emir penetró entonces en los castillos que habían

abandonado su obediencia y que volvieron a la sazón a reconocer su autoridad.

Ben Abd Rabbihi compuso entonces estos versos: "Ben Hafsun ha intentado escapar pero le ha perseguido la espada y no ha tenido éxito. Era una noche oscura que hubiera podido tomarse por la de la ascensión del Profeta. La guerra que siembra cada año le ha dado este triste fruto. Nuestros enemigos han debido huir en un pequeño grupo que sabe por experiencia las consecuencias de la noche y de las marchas nocturnas. Si le preguntas de quién son clientes, os responderán que toda noche tenebrosa le cuenta entre los suyos".

Después de su vuelta a Bobastro, Ben Hafsun reunió sus compañeros, hizo redactar una nueva lista de los mismos y marchando con ellos hacia Elvira, emprendió en tal región una guerra salvaje y con tal éxito que se adueñó de ella y mediante un ardid apresó al gobernador. El emir Abd Allah envió entonces contra él sus tropas mandadas por Ben Abí Abda. Cuando las dos huestes estuvieron frente a frente, la caballería de Ben Abí Abda se precipitó sobre la de Ben Hafsun, la destrozó e hizo desaparecer hasta sus huellas. El rebelde, herido de gravedad, hubo de retirarse, de desandar los lugares abruptos, de soportar la humillación y la ignominia y de regresar vencido, dañado y envilecido al fuerte de Bobastro. Pero volvió en seguida a sus antiguas costumbres, a su rebeldía y a sus devastaciones. Sin embargo, el emir Abd Allah le venció otras veces y los golpes que recibía amedrentaron su corazón, atenuaron sus ardores y sembraron el desánimo en sus compañeros y auxiliares.

En 284 [8 febrero 897] Abd Allah envió a su hijo Aban contra Niebla, porque Ben Husayb se había sublevado en la región y ocupaba el castillo de Montemayor. Aban embistió la plaza y la atacó con máquinas de guerra, con tanto éxito que los asaltantes ofrecieron someterse y les fue concedido el amán. Pero entretanto Ben Hafsun había penetrado por segunda vez en Écija y el emir ordenó a los sitiadores de Montemayor que se retiraran, lo que hicieron.

En 285 [28 enero 898] Aban, hijo del emir Abd Allah, hizo una expedición contra Ben Hafsun con Ben Abí Abda como general adjunto.

CONVERSIÓN AL CRISTIANISMO, CAÍDA Y RUINA DE UMAR BEN HAFSUN

En 286 [12 enero 899] Ben Hafsun profesó públicamente el cristianismo, lo que había ocultado hasta allí; concluyó tratados con los cristianos, complotó con ellos y se alejó de los musulmanes, a los que combatió abiertamente. Muchas gentes le abandonaron por ello. Eso hizo Awsacha ben Jali, que se levantó contra él y construyó el castillo de Cañete donde sostuvo la causa del emir Abd Allah y comenzó a hostilizar a Ben Hafsun. Tuvo éste desde entonces que rechazar incesantes ataques, porque todos los musulmanes creyeron que al combatirle practicaban la guerra santa. Se sucedieron

sin interrupción campañas de invierno y de verano contra él, no cesando los generales en sus marchas y contramarchas. A este respecto dijo Ben Qulzum a Ben Abi Abda: "Has hecho dos campañas: una de invierno y otra de verano; aquélla destruyó al enemigo; ésta llenó el tesoro del emir".

En 287 [7 enero 900] se realizó la campaña de verano en los cantones de Morón, Sidonia y Málaga.

El general Ben Abi Abda mató a Talib ben Mawlud, de Morón.

Ishaq y su compañero, soldados de Ben Hafsun, fueron crucificados. Comenzó entonces a usarse el proverbio "Me has engañado, Ishaq", porque uno de ellos, estando en la cruz, dijo esas palabras a su compañero.

En 288 [26 diciembre 900] se tomaron rehenes a Ben Hafsun.

En 291 [24 noviembre 903] emprendió una expedición contra Málaga, Aban, hijo del Imán Abd Allah; mandaba la caballería Ahmad ben Muhammad ben Abi Abda. Se puso en marcha el jueves 5 Chumada II [23 abril 904] y llegó hasta el río Nescania (cerca de Antequera) no lejos del cual estableció su campo. Umar ben Hafsun marchó contra él y le libró un combate encarnizado, en el que acabó siendo derrotado con grandes pérdidas. El vencedor incendió las aldeas situadas junto al río y en los alrededores. Transportó en seguida su campo a las orillas del Viñas, próximo a Bobastro, y sus tropas continuaron peleando con las de Ben Hafsun que fueron derrotadas, dejaron muertos sobre el terreno y perdieron caballos; todas las poblaciones de la región fueron incendiadas. Comenzó entonces la etapa de Talhara; cada día se luchó con Ben Hafsun en combates que fueron favorables y en el curso de los cuales fue incendiado un cortijo de Chafar ben Umar ben Hafsun. Durante esta campaña, atacaron también Torrox y Al-Rachol; fue muerto el hermano de Zini, así como muchos bravos guerreros de Ben Hafsun. Las máquinas de guerra levantadas contra Al-Rachol causaron en ella grandes daños y abrieron una brecha en las fortificaciones. En seguida Ahmad ben Muhammad ben Abi Abda, jefe de la caballería, llegó frente a la plaza de Loja al frente de destacamentos de jinetes equipados a la ligera y marchó contra el castillo de Ojen, que atacó, mientras había dejado a Aban ben Abd Allah acampado bajo los muros de la plaza citada. En el curso de sus ataques contra tal castillo, hubo algunos muertos y algunos prisioneros; trajo a Loja a estos últimos y las cabezas de las víctimas. Y en seguida las tropas volvieron a Córdoba, a donde llegaron el viernes 25 de Ramadan [11 agosto 904] después de una ausencia de tres meses y veinte días.

En 292 [13 noviembre 904] se emprendió una campaña estival contra Umar ben Hafsun. Consistió en razzias contra sus castillos, de los que unos fueron dañados y otros tuvieron que pagar tributo. Perdió una gran batalla a orillas del Guadalbullón, que corre no lejos de Jaén. Se le habían unido todos los fautores de desorden y todos los rebeldes y había marchado a su cabeza contra los musulmanes. Gracias a Alá, fue derrotado y hubo de huir con una débil escolta. Perecieron la mayor parte de sus guerreros y muchos de sus soldados.

En el mismo año 295 [20 octubre 907] Said ben Al-Walid, conocido por Ben Mastana, traicionó la causa musulmana; abandonó el castillo de Belda para unirse a Umar ben Hafsun y ayudarle, y mostró así a plena luz la inclinación a la revuelta que incubaba en su corazón.

En 296 [30 septiembre 988] Aban ben Abd Allah emprendió una expedición estival contra el castillo de Málaga y otros; a la cabeza de la caballería iba Ahmad ben Muhammad ben Abi Abda. Aban acampó bajo los muros de Bobastro y atacó a Ben Hafsun a quien causó daños. El caid Isa ben Ahmad marchó contra los castillos de Said ben Mastana y le sitió, hasta que Ahmad ben Muhammad se retiró de Bobastro. Cercó (luego) el castillo de Luque, que pertenecía a Ben Mastana, hasta que se apoderó de él.

En 297 [20 septiembre 909] tuvo lugar la expedición llamada de Málaga y Ferreira bajo el mando de Al-Asi, hijo del emir Abd Allah, y con Ahmad ben Muhammad ben Abi Abda a la cabeza de la caballería. Partieron el jueves 20 de Xaban [14 de mayo 910]. El ejército marchó contra Belda que atacó y fue luego a acampar a orillas de Talhira. Combatió allí con las tropas de Ben Hafsun, y los jinetes del sultán fueron vencidos, no sin que quedaran sobre el terreno gran número de enemigos. Marcharon en seguida contra los castillos de Elvira y establecieron su campo al pie de Jubiles, donde se libró un sangriento combate en el que fueron heridos una parte de sus mejores guerreros. Recorriendo el cantón de Elvira acamparon en Pechina, volvieron luego al cantón de Jaén y sitiaron el castillo de Monteleón el miércoles 27 Dzu-l-qada [8 agosto 910], durante algunos días. Penetraron en él el domingo por la mañana y salieron el lunes 11 Dzu-l-hicha, para entrar a Córdoba el miércoles 14 de ese mes [25 agosto].

Umar ben Hafsun, Said ben Mastana y Said ben Hudzayl, reuniendo sus fuerzas en la región de Jaén, hicieron en ella muchas depredaciones, tomaron botín y se retiraron hacia el castillo de Jarixa. El general Ahmad ben Muhammad ben Abi Abda marchó en su persecución, les derrotó y les mató algunos hombres, entre ellos a Tasril, el extranjero, oficial de Ben Hafsun.

En el mismo año 298 [9 septiembre 910] Isa ben Ahmad ben Abi Abda que defendía la ciudad de Baena marchó con su cuerpo de caballería contra Umar ben Hafsun y Said ben Mastana, que habían avanzado por la llanura de Cabra y por el lado de Córdoba y se habían entregado al pillaje. Peleó con ellos a orillas del Olya. Tras un combate encarnizado fueron derrotados los dos jefes rebeldes, quienes dejaron en el terreno una multitud de soldados mientras el resto huyó en todas direcciones. Isa envió a Córdoba tras su triunfo gran número de cabezas.

La expedición de verano dirigida por Aban, hijo del Imán Abd Allah, y en la que el visir Abbas ben Abd al-Aziz mandaba la caballería, se puso en marcha el 20 Xaban [11 abril 912] contra el castillo de Bobastro, donde atacó a Ben Hafsun y le hizo daño. Ahmad ben Muhammad ben Abi Abda siguió las huellas del cuerpo expedicionario y tomó el mando de la caballería en reemplazo de Abbas ben Abd al-Aziz, llamado a Córdoba, y prosi-

guieron las hostilidades contra los castillos de Ben Hafsun y sus defensores.

En este año tuvo lugar la campaña emprendida por el Príncipe de los Creyentes (Abd al-Rahman III) contra las fortalezas de Jaén. Salió del palacio de Córdoba el jueves 13 Xaban del 300 [24 marzo 913]. A la cabeza de su ejército... se encontraba en el castillo de Marchen en la provincia de Jaén, cuando supo que Umar ben Hafsun atacaba la capital de Regio (Málaga) y se alababa de que, como sus habitantes no se entendían entre ellos, le permitirían conquistarla. Para evitarlo envió un destacamento del *chund* a las órdenes de Said ben Abd al-Warith, con instrucciones de avanzar a marchas forzadas hasta Málaga, para quitar a Ben Hafsun la esperanza de realizar sus propósitos. El citado general penetró en la plaza y puso la región al abrigo de Ben Hafsun y de sus partidarios.

El jueves 4 Xawwal [14 mayo] acampó Abd al-Rahman al pie del castillo de Tiñana, donde se encontraban partidarios de Ben Hafsun, quienes habían llegado a reducir a sus habitantes y a apartarles de su obediencia. Los rebeldes, lejos de ofrecer su sumisión, se decidieron a resistir, porque tenían confianza en las dificultades de acceso a su fortaleza. Mas el ejército comenzó el bloqueo e incendió los arrabales, y los habitantes, volviendo a sus mejores sentimientos, ofrecieron someterse y entregar a los partidarios de Ben Hafsun. Se aceptó su oferta y los prisioneros fueron cuidadosamente ahorcados.

Continuando su marcha el emir... llegó hasta Sierra Nevada cuyo acceso es casi imposible. Sus tropas penetraron en ella sin embargo, gracias a Alá que les facilitó el paso, y fueron conquistados los castillos de la región, sin que ninguno pudiera resistir.

El emir supo entonces que Ben Hafsun marchaba con sus tropas contra Elvira, la capital, y confiaba en conquistarla, y envió contra él al caid Abbas ben Abd al-Aziz. Se hallaba éste poco alejado de Granada cuando Ben Hafsun se lanzó contra el objeto de sus apetitos. Pero los habitantes de Elvira, llenos de confianza en el socorro que les llevaba el general, hicieron una salida y derrotaron al enemigo, le mataron algunos guerreros, hicieron prisionero a su nieto Umar ben Ayyub e hirieron gravemente a uno de los tíos paternos de éste.

El emir prosiguió sin fatigarse sometiendo los lugares fortificados de la región y llegó al castillo de Jubiles, que era uno de los mejor fortificados de Ben Hafsun, de los más inaccesibles y de los mejor situados. Se habían retirado a él los cristianos que habían podido escapar de las otras plazas. El miércoles 15 Xawwal [25 mayo] instaló su campo bajo los muros de la plaza, después cortó los árboles de los alrededores, razzió los campos y destruyó los víveres que podían servir a los sitiados. Éstos, al cabo de quince días de ataque, hicieron ofertas de sumisión y, volviendo a sus mejores sentimientos, se comprometieron a entregar a los partidarios de Ben Hafsun, que estaban dentro de sus muros. Las aceptó el emir, le enviaron todos los cristianos que había en la plaza y les hizo cortar el cuello, sin excepción y sin ningún proceso.

La segunda campaña emprendida por el emir fue dirigida contra Málaga, Algeciras y Carmona. El príncipe salió del palacio de Córdoba el jueves 8 de Ramadan [7 abril 914[. . . .El primer objetivo del emir fue el castillo de Torrox, bajo cuyos muros estableció su campo... Dejando sus tropas continuar el sitio marchó contra los castillos de Málaga y los refugios de Ben Hafsun, los atacó uno tras otro, instaló en ellos sus hombres y entregó al pillaje las comarcas a donde llegaba. En Torrox infligió a tal jefe y a los cristianos alistados bajo sus banderas una gran derrota, en la que cayeron muchos, cuyas cabezas fueron enviadas a Córdoba. Fueron apresados y quemados los navíos del rebelde que les traía víveres del otro lado del mar. Entonces se apresuraron a someterse, para escapar a su total aniquilamiento, los hombres de la región... Al Nasir aceptó sus proposiciones, les concedió el amán y restableció el orden.

Umar Ben Hafsun, apoyo de los infieles, jefe de los hipócritas, tizón de las guerras intestinas, refugio de los fautores de discordias y rencillas murió este año (305 = 917-918) y tal suceso fue considerado como motivo de alegría y como presagio del factor divino y del fin del reinado de la abominación.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDHARI (Según versión francesa de Fagnan, 187, 191, 217, 223, 231, 234, 237, 239, 240, 243, 247, 267, 269, 273, 284).

REBELIÓN GENERAL DE AL-ÁNDALUS CONTRA ABD ALLAH

La curva de la revuelta de los españoles contra el poder de los Omeyas había empezado con la Revolución del Arrabal bajo Al-Hakam I, subió bruscamente con las sublevaciones de Toledo, Mérida y la Frontera Superior, que padeció Abd al-Rahman II, continuó avanzando con la sorda resistencia mozárabe contra tal emir y contra su hijo Muhammad; en el reinado de éste prosiguió su movimiento ascensional con el triunfo de la rebeldía de los "Beni Casi" en Aragón, de Ben Marwan el Gallego en el Guadiana y de Ben Hafsun en las sierras de Ronda. Y muerto el bravo Al-Mundhir, bajo el hipócrita rezador y cobarde sanguinario Abd Allah, alcanzó su máxima culminación al alzarse contra Córdoba toda la España musulmana. He aquí una monótona y aburrida enumeración de los que se rebelaron contra el emir citado, en las últimas décadas del siglo IX. Sobre muchos de esos rebeldes abundan noticias que no caben aquí. Las que siguen bastan para dar idea clara del primer gran fraccionamiento secesionista que padeció la Península, ante la aguda crisis del poder central. No fue el último sufrido por Al-Andalus primero y por España luego. Siempre que se han repetido las mismas circunstancias, se ha producido el cantonalismo.

Enumeración de los insurgentes que bajo el reinado del emir Abd Allah, salieron de la comunidad y encendieron la guerra civil.

El primero de todos fue Ben Hafsun, antes citado, y del que trazaremos la historia por orden cronológico.

Sawwar ben Hamdun se sublevó en el castillo de Monte-Xucar, de donde marchó con sus compañeros contra Chaad, gobernador de Elvira "a quien venció e hizo prisionero, no sin haberle hecho sufrir una penosa jornada. Después le puso en libertad y le colmó de regalos y el gobernador volvió a su ciudad donde habitaban su familia y sus hijos. Sawwar se dirigió luego contra Granada y atacó los castillos de Ben Hafsun. Las gentes de Elvira se reunieron en número de alrededor de veinte mil. Sawwar marchó contra ellos a la cabeza de una hueste reducida y les obligó a buscar refugio en la huida, les transformó en átomos dispersos en la atmósfera, la muerte planeando sobre ellos les ocultó bajo su sombra y mató, se dice, doce mil". Tuvo lugar este suceso en 276 [6 mayo 889[.

Hubo diversos choques entre Sawwar y Ben Hafsun, encuentros en que éste fue derrotado. Debió de volver la espalda vergonzantemente, fue gravemente herido y perdió sus oficiales. El rebelde Chaad, de Elvira, era un compañero de hipocresía de Ben Hafsun, y se entendía con él para asolar el país. Tramó un ardid para apoderarse por traición de Sawwar y consagró al asunto todos los cuidados de un enemigo. Emprendió un día una expedición contra él, después de haber preparado una emboscada. Salió en persona con una hueste pequeña, se entregó al saqueo e hizo botín. Entonces Sawwar, en la creencia de que su adversario no tenía en retaguardia tropas de refuerzos y de socorros marchó hacia el lugar de la emboscada. Seguro de vencer y de seguir siendo el más fuerte avanzó al frente de las gentes del país. Pero cuando se encontró satisfecho, por hallarse alegre y sin temores, los soldados en acecho saltaron sobre él a imitación de las langostas, los jinetes lo rodearon y murió, y sus tropas vencidas y dispersas se retiraron. Chaad, señor de Elvira, envió entonces a Ben Hafsun la cabeza de Sawwar y le informó del revés y de la pérdida sufrida por los enemigos.

"En esa época Said ben Chudi se sublevó al frente de los árabes, hizo la guerra a Ben Hafsun acudiendo a sus mismos engaños, le siguió muy de cerca y le impidió ir y venir a su gusto. Ben Hafsun, a falta de fuerza y poder, acudió a la astucia y al fraude y se apoderó de Ben Chudi y le retuvo encarcelado y encadenado en Bobastro durante varios meses, hasta recibir crecidas sumas por su rescate. Ben Chudi dirigió entonces sus fuerzas contra el emir Abd Allah, pero éste recurrió a un ardid y le hizo matar por traición en casa de una judía, su amante. Se encontró entonces al frente de los árabes de la región de Elvira, Muhammad ben Adha, que reconoció abiertamente la autoridad del emir Abd Allah y no vaciló en combatir con su espada y con su lanza a Ben Hafsun. Pero éste le venció y le hizo prisionero y los árabes tuvieron que pagar por su rescate una importante suma y él permaneció en adelante fervorosamente fiel al emir".

"Los árabes se sublevaron también en Sevilla. Se apoderaron del gobernador de la ciudad, saquearon sus bienes hereditarios y los por él adquiridos, no respetaron más que a su familia y a sus hijos, mataron a muchos de

sus compañeros y sin respeto alguno por su autoridad robaron a su antojo. Se concentraron entonces las tropas de Carmona y de otros cantones, rodearon a Sevilla de un anillo de fuerzas, se apoderaron de los rebeldes y mataron a una parte de los mismos en la llamada *Jornada del rebaño de camellos*".

"Ibrahim ben Hachchach se apoderó luego de Sevilla desde donde dirigió sus ataques y sus razzias contra Córdoba. Se alió con Ben Hafsun para asolar el país y ocupar Córdoba en el año. Uno y otro se apoderaron de las plazas fuertes y de los castillos y lucharon y combatieron con esfuerzo, hasta que se rompieron los acuerdos que les unían y los pactos solemnes que les ataban. Ben Hachchach hizo entonces la paz con el emir Abd Allah, y éste le confirmó en su dominio de Sevilla, entregándole el gobierno de la ciudad y de sus cantones".

Daysan ben Ishaq se rebeló también, se apoderó de Lorca y de Murcia así como de los distritos vecinos de la región de Todmir. Fue muy querido por las diversas clases sociales de la comarca, fue suave y liberal con sus administrados, trató con generosidad a poetas y literatos y éstos acudieron junto a él desde todas partes.

Ubayd Allah ben Umayya se apoderó del gobierno de Jaén, penetró en el castillo de Cazlona y en otros diversos.

Abd al-Rahman ben Marwan, llamado el Gallego, se instaló en Badajoz y en Mérida y se separó de la comunidad de los creyentes y protegió y frecuentó a los cristianos con preferencia a los musulmanes.

Abd al-Malik ben Abu-l-Chawad se instaló en Beja de la que se apoderó; se fortificó en el castillo de Mértola y acrecentó su poder por las construcciones que en él realizó y por los aprovisionamientos de que le abasteció. Se alió con Ben Marwan, entonces señor de Badajoz, y con Ben Bakr, señor de Ocsonoba, con lo que los tres se reunieron para resistir a sus enemigos.

Ben al-Salim, es decir, Mundhir ben Ibrahim ben Muhammad ben al-Salim, se sublevó en Medina al-Salim del distrito de Sidonia, ciudad que había tomado su nombre de su abuelo. Su administración no merece reproche alguno, pero jamás pensó en someterse y así murió rebelde, asesinado por su mameluco Galindo. Tuvo por sucesor a Walid ben Walid, quien hallándose en el colmo de su poder se sometió al califa Abd al-Rahman al-Nasir.

Muhammad ben Abd al-Qarim ben Elyas se fortificó en el castillo de Ward, del cantón de Sidonia, e hizo todo lo posible para lanzar el país a la revuelta. Duró su rebeldía hasta que Al-Nasir le forzó a rendirse, como a otros agitadores. Falleció en Córdoba.

Jayr ben Xakir se estableció en el castillo de Jodar, del distrito de Jaén, y ayudó al gran agitador Umar ben Hafsun, quien después le atacó traidoramente y envió su cabeza al emir Abd Allah.

Umar ben Mudiimm Ben Zuti, conocido por Mellahi, era un soldado

regular inscrito en los registros de la tropa, pero atacó al gobernador de la capital, Jaén, y se apoderó de la fortaleza.

Said ben Hudhayl se sublevó en el castillo de Monteleón, provincia de Jaén, levantó y fortificó la fortaleza y permaneció insurrecto hasta que Al-Nasir le obligó a rendirse. Fue a habitar en Córdoba y allí quedó hasta su muerte.

Said ben Mastana se levantó en el cantón de Priego y ocupó sus castillos. Adquirió gran potencia e hizo mucho daño por doquier. De entre las diversas fortalezas que conquistó, fortificó especialmente cuatro, a las que hizo inexpugnables.

Los cuatro Banu Habil, el mayor Mundhir ben Hurayz ben Habil, y sus hermanos: Karama Habil ben Hurayz, Amir y Umar, se sublevaron en uno de los castillos de Jaén.

Negaron la obediencia al emir Abd Allah, comenzaron a hacer razzias, y se atrajeron así a los fautores de desórdenes, pero en seguida se rindieron ante una oferta de amnistía y desde entonces fueron fieles y devotos servidores.

Ishaq ben Ibrahim ben Attaf Uqayli se sublevó en el castillo de Mentesa, que reconstituyó y fortificó y en el que se mantuvo hasta que se rindió al califa Al-Nasir; fue trasladado a Córdoba y allí murió.

Said ben Sulayman ben Chudi fue elegido como jefe por los árabes de Granada y Elvira y tuvo en orden la administración del país hasta que dos de sus oficiales recurrieron a un ardid y le mataron. A su muerte, los asuntos de los árabes de la región no pudieron arreglarse más.

Muhammad ben Adha ben Abd al-Latif Hamadani, que era uno de los más nobles entre los descendientes de los árabes (establecidos en Al-Ándalus), elevó la bandera de la revuelta en el distrito de Elvira y permaneció insumiso hasta la muerte del emir Abd Allah. Al-Nasir le obligó a abandonar su castillo y a rendirse como a otros rebeldes. Ibn Adha, a despecho de su carácter varonil, era letrado y elocuente, hacía buen papel en las reuniones literarias, en los palacios de los califas, hablaba muy bien, sabía devolver los cumplimientos y fue el héroe de historias bien conocidas.

Bakr ben Yahya ben Bakr se estableció en la ciudad de Santa María del cantón de Ocsonoba, hizo en ella construcciones diversas y la transformó en una plaza fuerte a la que proveyó de puertas de hierro. Tenía una administración completa, armamentos, bravos soldados y abundantes aprovisionamientos. Comparaba su poder con el de Ibrahim ben Hachchach. Estaba rodeado de un consejo y tenía una administración de finanzas. Conforme a sus órdenes, sus súbditos estaban obligados a dar de comer a los viajeros, a albergar a los extranjeros y a velar por la seguridad de los caminantes, de suerte que se podía viajar por su territorio con tanta tranquilidad como cada uno puede estar en su casa o en casa de parientes.

Los dos hijos de Muhallab, jefes bereberes, llamados Jalil y Said, se sublevaron en el cantón de Elvira, como los otros caudillos, sus iguales. Murieron insumisos, pero Al-Nasir obligó a pactar a sus hijos.

Sulayman ben Muhammad ben Abd al-Malik de Sidonia se sublevó en Xerez y en Sidonia. Construyó la ciudad y la fortaleza de Lebrija.

Los dos hijos de Jorge se sublevaron en el castillo de Bacor y cometieron depredaciones. Fueron expulsados de la fortaleza. Abd al-Wahhab murió y Muhammad ben Abd al-Rahman ben Jorge marchó junto a Ben Al-Xaliya, su amigo, que le acogió bien e hizo construir para él, en el cantón de Jaén, el castillo de Mairena, donde permaneció rebelde hasta que Al-Nasir le obligó a someterse y se estableció en Córdoba.

Ben Yahya (Muhammad ben Abd al-Rahman) Tuchibi, llamado al-Anqar, se sublevó en Zaragoza y en los distritos que dependían de tal ciudad, y se apoderó de ésta y de aquéllos, tras haber dado muerte al gobernador del emir, Ahmad ben al-Barra Quraixi. Después se mostró dispuesto a someterse y escribió a Abd Allah acusando a Ben Al-Barra de haber preparado su propia insurrección. El príncipe dio por buenas sus palabras y le invistió del gobierno de Zaragoza, donde el Tuchibi se estableció, sólidamente.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDHARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 219).

GUERRA POÉTICA EN GRANADA

La Poesía y la razzia habían llenado toda la historia de los árabes anteislámicos y la de los primeros tiempos del Islam. Poetas y guerreros fueron muchos de los caudillos musulmanes que sirvieron en España: Abu-l-Jattar y Al-Sumayl, por ejemplo. Poetas fueron también muchos de los príncipes Omeyas de Al-Ándalus —desde Abd al-Rahman el Emigrante— y algunos de sus magnates. Y en sus cortes florecieron, asimismo, numerosos poetas, de los que unos, como los antiguos árabes, escribieron en verso arengas bélicas o libelos de propaganda política, y otros adularon con sus poesías a los príncipes. Este movimiento poético coincide con la poesía épica en lengua romance, que se refleja en las archuzas *arábigas, o cantos históricos, de Al-Gazal o de Ben Alqama; y con la influencia oriental, de que fue principal animador el músico, árbitro de las elegancias, Ziryab. Realistas e historicistas fueron los cantos épicos por su raíz hispana, a tal punto que sirvieron de fuentes a los mejores historiadores —Ben Al-Qutiya les siguió al historiar la muerte del moro "Muza"—, y las poesías líricas de estirpe arábiga, por su condición de libelos de propaganda política, son provechosas todavía hoy para escribir la historia del siglo IX. Así ocurre con las que se cruzaron entre las dos fracciones granadinas a fines de esa centuria. El alzamiento nacionalista de los españoles renegados topó a veces con fuerzas árabes de poder equivalente al de los hispanos sublevados. La inquietud nacional hispana engendró, entonces, la guerra civil; una guerra civil larga y difícil. Tal fue el caso en las provincias de Elvira o Granada y de Sevilla. En Granada la lucha fue muy empeñada y tuvo muy diversas alternativas; ora triunfaron los renegados, ora los orientales. Aquéllos contaron con la*

ayuda de Ben Hafsun, hubieron a las veces de obedecerle y a la postre lograron vencer. Y fue en esa contienda donde los poetas desempeñaron gran papel, animando a sus gentes y procurando deprimir al enemigo. He aquí las piezas poéticas del Abli y de Ben Chudi que nos ha salvado Ben Hayyan.

El poeta árabe Said ben Chudi apostrofa a los españoles después del triunfo sobre ellos y la muerte en la capital del caudillo árabe Yahya ben Suqala:

"¡Ya hemos quebrado las lanzas de nuestros enemigos! ¡Hemos abatido su orgullo! Los que nos llamaban la vil canalla han minado los cimientos de su propio poder. ¡Cuánto tiempo hace que los muertos arrojados al fondo del pozo esperan en vano un vengador!"

El poeta árabe Said ben Chudi apostrofaba a los españoles después del triunfo sobre ellos de Sawwar, que salvó del exterminio a los árabes de Elvira.

"¡Apóstatas e incrédulos, que hasta vuestra última hora declaráis falsa la verdadera religión, os hemos matado porque teníamos que vengar a nuestro Yahya! ¡Os hemos dado muerte; Dios lo ha querido! Hijos de esclavos, habéis irritado imprudentemente a los valientes que nunca descuidan el vengar a sus muertos; acostumbraos, pues, a sufrir su furor y a sentir sobre vuestras espaldas sus espadas llameantes. A la cabeza de sus guerreros, que no soportan ningún insulto y que son fieros como leones, un ilustre jefe ha marchado contra vosotros: ¡Un ilustre jefe! Su renombre excede a cualquier otro; ha heredado la generosidad de sus incomparables antepasados. Es un león, ha nacido de la más pura sangre de Nizar, es el sostén de su tribu como no lo es ninguno. Iba a vengar a sus hermanos de tribu, a esos hombres magnánimos que habían creído poder fiarse de reiterados juramentos. ¡Los ha vengado! Ha pasado a cuchillo a los hijos de las blancas, y los supervivientes gimen cargados de cadenas. Hemos matado a millares de los vuestros; pero la muerte de una turba de esclavos no equivale a la de un solo noble.

"¡Ah, sí! Han asesinado a nuestro Yahya cuando era su huésped, acción insensata... Le degollaron esos esclavos malvados y despreciables. Todo lo que hacen los esclavos es vil. Al cometer su crimen realizaron una acción temeraria; su desdichada suerte los habrá convencido de que obedecieron a una mala inspiración. ¡Le habéis asesinado como infames, como traidores, después de tantos pactos y juramentos!"

Los árabes, estrechamente sitiados en la colina donde se alzó la Alhambra, ven una noche caer sobre sus cabezas una piedra a la que iba atado un trozo de papel donde se leían los siguientes versos del Abli:

"Sus aldeas están desiertas, sus campos son eriales donde el huracán arremolina las arenas. Encerrados en la Alhambra, meditan nuevos crímenes;

mas también allí tendrán que sufrir derrotas continuas y serán el blanco de nuestras lanzas y de nuestras espadas, como lo fueron sus padres".

Los versos del Abli atemorizan a los cercados. El poeta árabe Al-Asadi, para reanimar su moral, trata de improvisar una respuesta, pero no logra componer sino su comienzo. Helo aquí:

"Nuestros pueblos están habitados, nuestros campos no son eriales, nuestro castillo nos defiende contra cualquier insulto: en él encontraremos la gloria, en él se preparan vuestras derrotas y nuestros triunfos".

Al-Asadi, avergonzado, se retira a su aposento, cuando cree oír una voz misteriosa que le dicta este final; y el anuncio del prodigio enciende el entusiasmo de los sitiados.

"Ciertamente pronto, cuando salgamos de aquí, sufriréis una derrota tan terrible que hará encanecer en un solo instante los cabellos de vuestras mujeres y de vuestros hijos".

Sawwar hace una salida, derrota a los españoles en la Batalla de la Ciudad y Said ben Chudi canta así el triunfo conseguido:

"Los hijos de las blancas habían dicho: "Cuando nuestro ejército vuele sobre vosotros, caerá como un huracán; no podréis resistirle, temblaréis de pavor y ni la más sólida fortaleza os servirá de refugio".

"Pues bien: hemos ahuyentado ese ejército cuando pretendía volar sobre nosotros, con tanta facilidad como se ahuyenta a las moscas que revolotean en torno de la sopa o como se obliga a salir de la cuadra a un tropel de camellos. Indudablemente el huracán ha sido terrible; la lluvia caía a torrentes, el trueno retumbaba y el relámpago rasgaba las nubes; pero era sobre vosotros sobre quienes descargaba la tormenta. Vuestros soldados caían bajo nuestras tajantes espadas como caen las espigas bajo la hoz del segador.

"Al vernos llegar al galope, nuestras espadas les causaron terror tan grande que volvieron la espalda y emprendieron la fuga; pero cargamos sobre ellos hiriéndolos con nuestras lanzas. Unos cayeron prisioneros y fueron cargados de cadenas; otros, con ansia mortal, encontraban la tierra demasiado pequeña para huir.

"Veíais en nosotros una tropa escogida, que sabía a maravilla lo que hay que hacer para abrasar las cabezas de los enemigos cuando la lluvia a que aludíais caía a torrentes. Se compone de hijos de Adnan, que aventajan a todos en las incursiones, y de hijos de Qatan que caen como buitres sobre su presa. Su jefe, un gran guerrero, un verdadero león, a quien todos admiran, pertenece a la rama mejor de Qais; desde hace largo tiempo los hombres más generosos y valientes reconocen su superioridad en esplendidez y bravura. Es un hombre leal, nacido de una estirpe heroica, cuya sangre no se ha mezclado nunca con la de una raza extranjera; ataca impetuosamente a los enemigos, como conviene a un árabe, y sobre todo a un qaisí, y defiende la verdadera religión contra todo infiel.

"Sawwar blandía ciertamente en la lucha una excelente espada, con la

cual segaba cabezas como sólo se siegan con aceros bien templados. Allá se servía de su brazo para exterminar a los sectarios de una falsa religión conjurados contra nosotros. Llegado el momento fatal para los hijos de las blancas, nuestro jefe iba al frente de feroces guerreros, cuya firmeza es tan inconmovible como una montaña y cuyo número era tan grande que la tierra parecía pequeña para ellos. Aquellos valientes galopaban a rienda suelta, mientras relinchaban sus corceles.

"Quisisteis la guerra, pero ha sido funesta para vosotros y Dios os ha hecho perecer súbitamente".

Ben Hafsun viene en socorro de los españoles de Elvira, entra en la ciudad y, aunque no logra vencer a Sawwar, hace numerosos cautivos en el ejército árabe. Entre ellos figura Said ben Chudi, que compone estos versos durante su cautiverio:

"¡Esperanza, valor, amigos míos! Estad seguros de que la alegría sucederá a la tristeza y que trocándose en dicha el infortunio saldréis de aquí. Otros han pasado años enteros en este calabozo y ahora corren por los campos en pleno día. ¡Ay! ¡Si estamos prisioneros no es porque nos hayamos rendido, sino porque nos hemos dejado sorprender! Si yo hubiese tenido el menor presentimiento de lo que iba a ocurrir, la punta de mi lanza me habría protegido, porque los caballeros conocen mi audacia y mi valentía ante el peligro.

"Y tú, viajero, lleva mi saludo a mi noble padre y a mi tierna madre, que te escucharán alegres en cuanto les digas que me has visto. Saluda también a mi esposa querida y repítele estas palabras: «Siempre pensaré en ti hasta el día del juicio postrero en que me presentaré ante mi creador llevando en el corazón grabada tu imagen. La tristeza que ahora te domina me aflige mucho más que la prisión o la perspectiva de la muerte».

"Tal vez me harán perecer aquí y después me enterrarán... ¡Un valiente como yo prefiere caer con gloria en el campo de batalla y servir de pasto a los buitres!"

Los españoles logran matar a Sawwar en una emboscada. Le sucede como caudillo de los árabes el poeta Said ben Chudi. Ben Hafsun vuelve a luchar con la aristocracia oriental de la región de Elvira y obtiene sobre ella una aplastante victoria de la que nunca se repusieron los enemigos de los españoles. Durante varios años reconocieron éstos la autoridad de Ben Hafsun. Pero en 893 el príncipe Mutarrif recupera la ciudad para su padre. La derrota había dividido en facciones a los árabes. Said es asesinado por un grupo hostil. Y sus matadores anuncian a Abd Allah que había intentado sublevarse y que había compuesto contra él estos versos:

"Ve, mensajero mío, ve a decir a Abd Allah que sólo una pronta fuga puede salvarle, porque un guerrero temible ha enarbolado el estandarte de la rebelión en las riberas del río de las cañas. Hijo de Merwan, devuélvenos el poder; a nosotros, a los hijos de los beduinos, es a quienes pertenece de derecho. ¡Pronto, que me traigan mi alazán con su mantilla bordada de oro, porque mi estrella brilla más que la suya!"

El asesinato de Said ben Chudi llena de indignación a la facción que le era adicta entre los árabes de Granada. Uno de sus partidarios, Miqdam ben Muafa elogia así al caído:

"¿Quién alimentará y vestirá a los pobres, ahora que yace en la tumba el que era la generosidad misma? ¡Ah! ¡Que los prados no se cubran de verdura, que los árboles estén sin hojas, que el sol no salga más, ahora que Ben-Chudi ha muerto, ni los hombres ni los genios verán nunca otro igual!"

Al-Asadi, también árabe y también poeta, descubre aquí la sed de venganza de los amigos de Said ben Chudi.

"El vino —decía Asadi en un largo poema—, el vino que el escanciador me sirve no recobrará para mí su sabor hasta que mi alma obtenga lo que desea, hasta que vea a los jinetes galopar a rienda suelta para vengar al que era antes su alegría y su orgullo".

Del *Muqtabis* de BEN HAYYAN (Según versión francesa de Dozy. Hist. des musulmanes d'Espagne, II, 195, 197-199, 200-201, 202, 204, 207, 270, 271).

DISCORDIAS CIVILES EN SEVILLA

También la religión sevillana conoció turbias horas de guerra civil. Como en Granada, pelearon los renegados españoles contra la población de origen oriental. Pero fueron distintos los factores en contienda y diverso el proceso y el fin de la misma. Sevilla estaba habitada por una inmensa mayoría de gentes de estirpe hispana convertidas al islamismo, mas se habían establecido en la campiña circundante los conquistadores árabes. Casados los más, a su llegada, y luego muchas veces, con mujeres españolas, sólo seguían siendo orientales por la tradición, por el orgullo con que despreciaban a los sevillanos y por su altivez frente al emir. Les acaudillaban los jefes de dos poderosas familias: Qurayb ben Jaldun y Abd Allah ben Hachchach, éste, como todos los suyos, descendiente de Sara, nieta del penúltimo rey godo Vitiza. Los sevillanos no escucharon las incitaciones de Qurayb a la revuelta contra el príncipe, y aquél se vengó haciendo saquear Sevilla por los bereberes del Guadiana, dispuestos siempre al robo. Los renegados se organizaron y se dispusieron a la defensa; chocaron con sus enemigos, el emir envió a su hijo Muhammad a dirimir la cuestión, pero poco después despachó un cuerpo de tropas para dar muerte por traición a Ben Galib, valeroso caudillo de los renegados de Écija, aliados de los de Sevilla. Al tener noticia del suceso, los sevillanos asaltaron el palacio de su gobernador, Umayya, hermano de Chaad, jefe de las huestes que habían ejecutado a su compatriota, y luego el palacio del príncipe. Salvó a éste y a Umayya la llegada de tales fuerzas, y los renegados de Sevilla fueron acuchillados y perdieron a sus dos jefes: Ben Sabarico y Ben Angelino. Ben Hafsun, omnipotente entonces, reclamó ante el asustadizo príncipe Abd Allah por la muerte de Ben Galib. Temerosos de ser entregados, Chaad y los suyos huyeron de Córdoba, mas fueron sorprendidos por los hermanos del jefe rene-

gado muerto por ellos, y murieron peleando contra los mismos. El gobernador de Sevilla, Umayya, para vengar la muerte de Chaad entregó sañudo a los sevillanos a la cólera de los Banu Jaldun y de los Banu Hachchach y éstos exterminaron a su placer a los españoles y dieron muerte a más de veinte mil de ellos. Los vencedores aspiraron entonces a dominar Sevilla y su término. Por el pronto trataron de eliminarse unos a otros, y Qurayb ben Jaldun hizo asesinar a Abd Allah ben Hachchach; pero sucedió a éste su hermano Ibrahim, que superaba a todos sus iguales por su talento y su bravura, y las dos familias hubieron de proseguir unidas. Juntos dieron muerte al gobernador Umayya y se burlaron del nuevo enviado del emir. Ibrahim y un hermano de Qurayb cayeron, sin embargo, después en poder de Mutarrif, hijo del soberano. Para obtener su sumisión, y la de Sevilla, el príncipe les puso en libertad mediante la entrega de sus hijos como rehenes; mas de regreso en sus tierras, los dos caudillos orientales se alzaron con el poder. Y suprimidos los Banu Jaldun por obra de la malicia del emir, que perdió así su última esperanza, Ibrahim ben Hachchach reinó en Sevilla hasta su muerte, eso sí, como un gran señor, con justicia y generosidad.

UN GRAN SEÑOR ANDALUZ

Ibrahim ben Hachchach, de regreso a Sevilla, su patria, tras dejar a su hijo como rehén en Córdoba, procedió a la partición por mitades del cantón sevillano; se reservó una de ellas y correspondió la otra a Ben Jaldun. Tal estado de cosas duró muchos años, pero Abd Allah se esforzaba en sembrar la discordia entre ellos, haciendo saber a cada uno el fondo de los pensamientos de su asociado. Un día ocurrió que Ibrahim ben Hachchach y Quraib ben Jaldun escribieron al emir a propósito de sus asuntos, al mismo tiempo que Jalid ben Jaldun, hermano de Quraib, se dirigía también a él, para excitarle contra Ibrahim, de quien, añadía, él y su hermano, podían asegurarse a su gusto. Abd Allah escribió su respuesta en el original de la carta. El mensajero encargado de llevar las diversas misivas dejó luego caer la dirigida por Jalid al emir; un paje de palacio la encontró, la leyó y la entregó al enviado de Ibrahim ben Hachchach y le propuso llevarla a su amo, y este último, al recibirla, conoció definitivamente los sentimientos íntimos de los dos Banu Jaldun para con él. Ello ocurrió en 285 [17 enero 899]. Entonces Ibrahim invitó cortésmente a los dos hermanos a una comida; acudieron ambos a ella y, cuando se encontraron reunidos, dirigió duros reproches a los dos, les exhibió la respuesta del emir y después de habérsela hecho conocer redobló la energía de sus palabras. Entonces Jalid sacó un puñal que llevaba en su manga, golpeó con él a Ibrahim en la cabeza y rasgándole el tocado con que la cubría le hirió en el rostro. Ibrahim llamó entonces a sus guardias allí presentes y ellos mataron a sablazos a los dos hermanos. Sus cabezas fueron luego arrojadas a las gentes de su séquito y a los guerreros que les habían acompañado. Éstos se desban-

daron al conocer el suceso, pero fueron perseguidos, robados y muertos. En cuanto a los cadáveres de los dos hermanos, Ibrahim les hizo amortajar y enterrar.

Fue entonces reconocido (como señor) por todos los habitantes del cantón de Sevilla, después se dirigió al emir para excusarse de la muerte de los dos hermanos, alegando que habían sido ellos quienes le habían forzado a violar sus compromisos. Ofrecía obedecer al príncipe en adelante y solicitaba la investidura del gobierno de Sevilla. Abd Allah condescendió a su demanda e Ibrahim llegó a ser único amo de Sevilla; "cobró los impuestos, constituyó una guardia, aumentó su posición y acrecentó sus esperanzas por sus liberalidades. Sus actos loables y sus nobles hechos le elevaron por cima de sus contemporáneos y su fama se extendió lejos".

Ibrahim, siempre ocupado en dirigir peticiones al emir, llegó a reclamar la libertad de su hijo Abd al-Rahman, que estaba en Córdoba en calidad de rehén. La negativa de Abd Allah le empujó hacia la desobediencia. Para perjudicar al emir, empezó a enviar a Ben Hafsun socorros en dinero y en soldados con lo que aumentaron mucho la fuerza y las ambiciones del rebelde. Ibrahim no cesó, sin embargo, de enviar emisarios secretos al emir para intentar conseguir la liberación de su hijo, ofreciendo que de lograrla volvería a los límites de su deber. El príncipe acabó por consentir en ella y dejó en libertad a Abd al-Rahman ben Ibrahim, y le colmó de favores; además, renovó la investidura (del gobierno) de Sevilla a favor de Ibrahim, y éste volvió a la sumisión anterior y bajo su administración la región gozó de prosperidad.

Según las palabras de Hayyan ben Jalaf: "Habiendo Ibrahim ben Jalafa llegado a ser gobernador de Sevilla, de Carmona y de las regiones vecinas, adquirió gran fama y ésta se extendió lejos. Constituyó un ejército regular (*chund*), pagó regularmente a sus miembros, como hacía el príncipe y reunió así quinientos jinetes". Ibrahim tenía en la corte de Córdoba gentes que velaban por sus intereses, que le tenían al corriente de cuanto en ella ocurría que pudiera interesarle, y que le daban consejos sobre la conducta que debía seguir. Por ello renunció a suministrar ayuda en adelante a Ben Hafsun y decidió reconocer lealmente la autoridad del jefe de la comunidad de los creyentes. El emir, por su parte, le trató como correspondía a su reconocido mérito e Ibrahim gozó así hasta su muerte de la más alta consideración cerca del príncipe.

Hayyan dice además: Ibrahim tenía en Sevilla un cadí encargado de administrar justicia y un prefecto de policía que aplicaba las penas corporales, como el príncipe en su capital. Era duro con las gentes de mala fama, implacable con los malvados: venían por tierra y por mar a solicitar su generosidad y para ofrecerle objetos raros y preciosos, y había en Sevilla fábricas donde su nombre era bordado sobre los paños, como hacía a la sazón el príncipe. En Carmona, que le obedecía igualmente, edificó el castillo y construyó buenas fortificaciones; allí se encontraban las caballerizas destinadas a los caballos que montaba y a cada momento iba de una ciudad a

otra. Su liberalidad le atraía alabanzas que le agradaban; los poetas eran favorecidos con sus generosidades, porque imitaba en su conducta a los más grandes príncipes. Cuidaba de que se repartieran socorros a los anacoretas y a los piadosos solitarios. Los cordobeses que cuidaban de que no se perdieran sus ganados dejados en libertad, recibían de él honores y regalos. Su mejor poeta Abu Umar Ahmad ben Abd Rabbihi le prefería a todos los agitadores que dominaban entonces Al-Ándalus y acudía junto a Ibrahim para solicitar su generosidad; y nunca le fue ella negada, porque Ibrahim reconocía el mérito de su visitante".

He aquí cómo describe los viajes de Ibrahim entre Sevilla y Carmona: "Ibrahim no es sino un mar de liberalidades que va de un litoral a otro. Sevilla, la florecida, se adorna con su gloria y lo mismo la brillante y distinguida Carmona. Cuando aquélla está iluminada del brillo de su rostro, ésta sólo se muestra con vestidos sin galas; y si se instala en la segunda, es la primera la que le llora y le envía mensajeros y mensajes".

... ...

Abu Amir Salimi cuenta en su Durar al Qalaid que el emir, jefe, bravo, liberal y justo Abu Ishaq Ibrahim ben Hachchach, habiendo oído hablar de una joven esclava de Bagdad llamada Qamar, envió a Oriente sumas considerables para comprarla y pudo así hacerla venir a Sevilla. Semejaba una radiante luna llena, hablaba bien y elegantemente, sabía cantar y conocía las modas musicales; en resumen, Ibrahim la halló digna de su fama. Hacía además versos agradables y que placían. He aquí, por ejemplo, cómo refuta las críticas (de que era víctima):

"Qamar ha venido, se dice, cubierta de vestidos desgarrados tras haber conquistado corazones con sus miradas, cuando vivía en el fango, peregrinando por los caminos y recorriendo una tras otra las grandes ciudades del mundo; pero no figura entre las mujeres bien nacidas de su lugar natal y no sabe qué hacer con la prosa rimada y los versos. Más inteligentes, los hombres no dirigirán reproches a la maravilla que soy entre ellos, ¿es posible que los hombres bien nacidos viertan vituperios sobre una esclava? El ser humano no puede hallar gloria sino en la sincera piedad para con su creador y en su inteligencia personal. Atrás la ignorancia y quien se complace en ella. La injuria y la ignominia marchan a su lado. ¡Si a la sola ignorancia estuviera reservado el paraíso, aceptaría el infierno por la voluntad del rey de las criaturas!".

"Mientras Ibrahim vivió, permaneció en la más alta y más excelsa situación; siempre correcta y perfectamente vestido, sirviendo de ornamento a su época, constituyendo un título de gloria que le elevaba por cima de sus contemporáneos. Nadie de su tiempo pudo hacer otro tanto, ni pudo obtener la misma jerarquía" hasta que murió súbitamente en 288 [26 diciembre 900]. Tuvo por sucesor a su hijo Abd al-Rahman ben Ibrahim ben Hachchach, que gobernó durante trece años y murió en 301 [7 agosto 913]. El hermano de éste, Muhammad ben Ibrahim, gobernó Carmona tanto durante la vida de su padre como después, hasta la muerte de Abd

al-Rahman. No habitó nunca Sevilla ni ejerció allí autoridad. Se cuenta que a instigación suya una joven esclava dio a su hermano un veneno que puso fin a sus días.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDHARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 205).

CRÍMENES PRINCIPESCOS

Hasta tiempos muy modernos la vida humana no ha tenido demasiado valor. La eliminación de un adversario o de un rival ha sido, por siglos, acto sin relieve, que no interrumpía el normal vivir de los hombres. La España musulmana no constituyó en esto una excepción. Pero no fueron frecuentes en Al-Ándalus los parricidios y los fratricidios regios. Por ello no dejaron de causar emoción a los contemporáneos, ni de hallar eco en los relatos de los cronistas, las noticias sobre los crímenes de Abd Allah y de su hijo —de tal palo tal astilla— que aquí se refieren para que pueda juzgarse de la vida en la corte de Córdoba, a fines del siglo IX.

Abd Allah había hecho dar a su hijo Muhammad una educación en relación con la condición de heredero presunto que le reservaba, y le trataba de manera especial. Mutarrif, otro de sus hijos, soportaba con trabajo tal situación, de suerte que los dos hermanos estaban tan alejados entre sí como era posible y se huían recíprocamente. Mutarrif además, habiendo encontrado un día un caballero de Muhammad, lo mató por traición, después abandonó a su padre Abd Allah para escapar a su cólera, pues desconfiaba de su violencia; fue a la cárcel, abrió las puertas de la misma a los detenidos en ella, se puso al frente de los pillos y de los malhechores allí encerrados, marchó con ellos a Bobastro, capital del error y de la rebelión y se unió a Ben Hafsun en una fortaleza bastante defendida para ofrecerle toda seguridad. Abd Allah le hizo saber que le perdonaría, diciéndole: "¡El nombre de maldad suena mal después de la fe!" y el tránsfuga, escuchando a su padre, volvió a su familia y a los suyos. Pero Mutarrif desde entonces excitó a su padre sin descanso contra Muhammad, dio rienda suelta a la hostilidad y a la envidia, pretendiendo que se escribía con Ben Hafsun y se entendía con él para empujarle y ayudarle en la rebelión. Entonces Abd Allah hizo encarcelar a su hijo Muhammad en el Dar Al-Baqiya y abrió una investigación para saber qué había de verdad en el asunto; pero un examen atento, prolongado mañana y tarde, no pudo ofrecer ninguna prueba de culpabilidad y Abd Allah dio en el acto orden de libertar al prisionero. Pero entonces Mutarrif penetró junto a él, le atacó brutalmente y no le dejó sino cuando le vio bañándose en su sangre, tendido en el suelo, con la cara y las manos contra la tierra. Tal noticia sorprendió dolorosamente al emir Abd Allah que quiso al principio ejecutar al culpable; pero más de uno procuró calmarle y entonces renunció a

castigarle. Otros por el contrario dicen que le hizo pagar tal crimen con su cabeza. Alá sabe lo ocurrido. Tales hechos sucedieron en el año 277 [25 abril 890].

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDHARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 248).

Ben Umayya, pues, se encargó de dirigir la guerra contra Ben Hafsun, cumpliendo como bueno su cometido y manteniéndose hasta que Mutarrif (el hijo del emir Abd Allah) le mató. Cuando esto tuvo lugar, el hijo de Ben Umayya estaba en Sevilla. El mando de las tropas (al morir Ben Umayya) se dio a Ahmad, hijo de Muhammad, hijo de Abi Abda, que era a la sazón ministro y gobernador de Córdoba.

La causa de que Mutarrif le matara fue la siguiente: éste tenía malvados designios contra su padre, pues se había propuesto destronarle; y se decía a sí mismo: "Esto no es posible llevarlo a cabo mientras viva Ben Umayya". El emir Abd Allah ya se temía esto de su hijo y le había dicho: "Te he tolerado el que mataras a tu hermano Muhammad, porque al fin y al cabo era desobediente y rebelde; pero, voto a Dios, si tú te atreves a hacer alguna novedad con respecto a Ben Umayya, ten por seguro que te mato entonces". El mismo Abd Allah había prevenido a Ben Umayya, puesto que ya sospechaba con fundamento las intenciones secretas de su hijo, y hasta le había dicho a aquél: "¡Cuidado de encerrarte con él en un mismo campamento; no te entrevistes con él, si no es montado a caballo!"

Sucedió, pues, que Mutarrif y Ben Umayya se fueron contra Sevilla para ir inmediatamente después contra Sidonia; y al estar frente a Sevilla, Mutarrif envió a los sevillanos un mensajero que les dijera: "Bien sabéis la mala voluntad que os tiene Ben Umayya, y el mal trato que os dio mientras fue gobernador de vuestra ciudad; no ha variado de conducta, pues continúa excitando al emir, cuya vida guarde Dios, a que tome medidas contra vosotros. Si yo os libro de él, venid a verme". En aquel tiempo Sevilla era inexpugnable, bien fortificada, y la mantenían Qurayb ben Jaldun, e Ibrahim ben Hachchach. Éstos contestaron afirmativamente, sometiéndose. Mutarrif mató a Ben Umayya y les mandó la cabeza: lo había muerto en el campamento. En seguida se le presentaron los sevillanos; les dio las gracias por la sumisión y les ordenó que se pertrechasen de lo necesario para acompañarlo a Sidonia, a fin de que a la vez se verificase la sumisión de los sevillanos y la de los Banu Abd al-Malik, y poder llevar después a efecto la intención suya de destituir a su padre.

Al saber el emir, su padre, la muerte de Ben Umayya, emocionóse vivamente y le parecieron ya bien claros los malvados designios que Mutarrif alimentaba contra él. Sin pérdida de tiempo escribió una carta a los sevillanos y a los de Sidonia, previniéndoles y ordenándoles al propio tiempo que no se sometiesen a su hijo. Con esto los Banu Abd al-Malik ya no quisieron someterse, y Ben Hachchach y Ben Jaldun se propusieron que

el ejército de Mutarrif se dispersara. Bien es verdad que Ben Daysam el Sevillano insultó a esos dos y habló contra las proposiciones de aquéllos y de los que le acompañaban; pero al fin Mutarrif pudo persuadirse de que era imposible que se realizaran sus esperanzas. Entonces este príncipe escribió a su padre, pidiéndole el perdón, que al momento le fue concedido.

Después que llegó a Córdoba y se instaló en su casa dentro de la ciudad, supieron los ministros y los grandes del reino cosas graves; una de ellas fue lo siguiente: el jeque Ben Lubaba, Abu Salih, Ben Al-Safar, Ubayd Allah ben Yahya y otras personas distinguidas de la misma clase entre los musulmanes principales, fueron a visitar a Mutarrif a su casa, por saludarle, darle la bienvenida del viaje y felicitarle por el perdón que su padre le había concedido. Después que todos ellos salieron de su casa, dijo él a su secretario Marwan, hijo de Ubayd Allah ben Basil: "Si algún día tienes poco de comer (no tengas cuidado), yo te daré un encebollado hecho con carne de estos borregos destinados al matadero; te aseguro que será un plato exquisito, cual no lo habrás comido en toda tu vida". El secretario contóle esto a Ubayd Allah ben Yahya, que era entonces encargado y curador del príncipe, y tuvo una reunión con sus amigos, les hizo saber lo que había dicho Mutarrif y se pusieron de acuerdo en que debía matársele, declarando lícita la efusión de su sangre, porque era conocidamente heterodoxo o hereje. Después fueron a buscar al canciller Ben al-Salim y le dijeron: "Nosotros estamos ya deseando emigrar y abandonar nuestras moradas, porque nos infunde miedo Mutarrif, que quiere destituir a su padre y que nosotros le reconozcamos a él. Si vos nos protegéis, bien; pero si no, emigraremos; con nosotros va la ciencia y no nos faltará quien nos honre por ella dondequiera que vayamos". El canciller puso en conocimiento de Abd Allah lo que ocurría, y éste inmediatamente ordenó a Ubayd Allah ben Muhammad, jefe de la caballería, y a Abd Allah ben Mudar, gobernador de Córdoba, que fueran a prender a su hijo: éstos atacaron la casa donde éste estaba, la combatieron por espacio de dos días, y al tercero fue cogido. Ubayd Allah ben Muhammad quedó guardando la casa, y Ben Mudar se lo llevó al palacio de los ministros; permitióselo entrar a Ben Mudar; éste hizo saber que el príncipe se hallaba fuera, y entonces el canciller le dijo: "¿Y por qué lo has traído aquí? Vuélvele a su casa y mátalo y sepúltalo". Así se llevó a efecto. Después de la muerte de Ben Umayya el mando de las tropas se dio a Ahmad ben Muhammad ben Abí Abda (como hemos dicho anteriormente).

(Se nos había olvidado decir que) Mutarrif había cogido a su hermano y lo había muerto en palacio, después de muchas cosas que acaecieron entre ambos, las cuales todo el mundo sabe. Dios le castigó por haber sido el asesino de su hermano, que sin duda alguna era mejor y mucho más sincero en creencias religiosas que él.

Del *Iftitah al-Ándalus* de Ben Al-Qutiya (Trad. Ribera, 88).

☆

Abd Allah sospechaba que su hermano (Al-Qasim) pensaba rebelarse contra él y hacerle morir para ocupar su lugar. Como recibiera diversas noticias en tal sentido y en todas partes se hablara de ello, estimó de su deber de príncipe y conformándose a las reglas de la política y de la administración, hacerle internar en el palacio, en el Dar Al-Baniqa, hasta que se hiciera luz sobre el asunto. El prisionero fue en seguida trasladado a la cárcel de Al-Duwayra. Fue allí atacado de insomnio, su madre le envió un soporífero que debía tomar en tres días, pero lo bebió de una sola vez y a la mañana murió.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idhari (Según versión francesa de Fagnan, II, 250).

JORNADA DEL FOSO DE ZAMORA

La crisis interna de Al-Ándalus —rebeliones y discordias civiles— se tradujo en una debilitación de su fuerza exterior. En 882 y 883, el entonces príncipe Al-Mundhir y el ministro de su padre, Haxim ben Abd al-Aziz, llevaron a cabo la última campaña conocida contra el reino de Asturias. Alfonso III el Magno aprovechó la impotencia del emir Abd Allah para avanzar la raya de sus estados hasta el Mondego, en Portugal, y hasta el Duero, el Pisuerga y el Arlanza, en León y Castilla. Los mozárabes inmigrantes le ayudaron a repoblar sus nuevos territorios. Desde las nuevas plazas fronterizas atacaron las tropas de Alfonso a los muslimes de las zonas vecinas del Tajo. El gobierno de Córdoba nada pudo hacer por defenderlos. Pero ellos ansiaban combatir y cuando un príncipe aventurero, movido por un musulmán a quien seducía la guerra santa, llamó a los fronterizos a la batalla contra los cristianos, se alistaron por decenas de millares bajo sus banderas y juntos marcharon a cercar Zamora. He aquí el relato de su empresa. Los cronistas arábigos quieren explicar su derrota atribuyéndola a una traición. Si no estuviera muy gastada tal explicación partidista en el justificar todo desastre militar, la autoridad del historiador "Rasis", que refiere la lucha, nos obligaría a aceptar tal motivación de la victoria de Alfonso. En todo caso la jornada fué dura y de consecuencias trascendentes para León y para Córdoba.

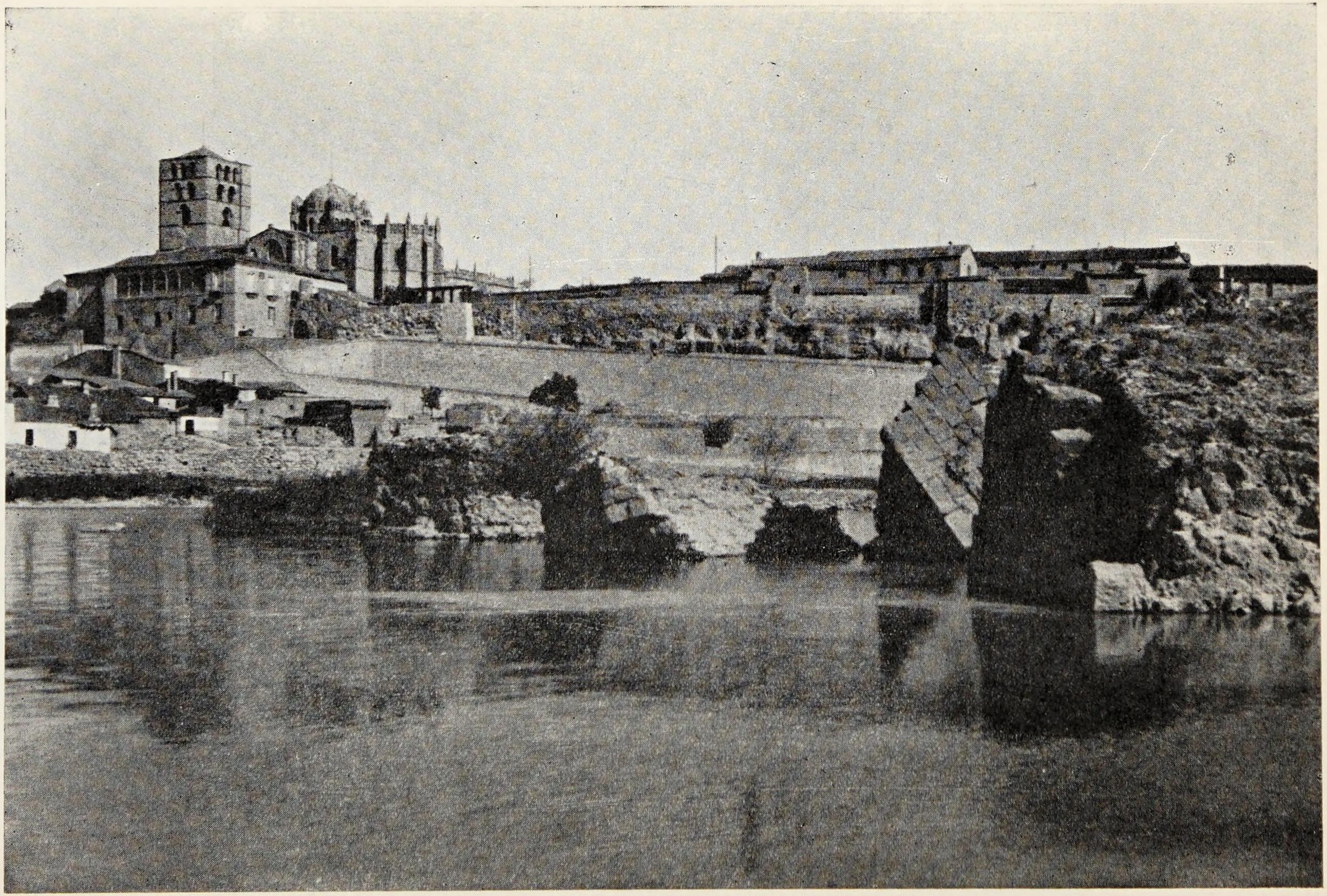
UNA CAMPAÑA DE LOS FRONTERIZOS

Dice Isa ben Ahmad al-Razi: En este año salió de Córdoba Ahmad ben Muhammad, el conocido por "el Gato", hijo de Hixam ben Muawiya, hijo del emir Hixam, hijo de Abd al-Rahman ben Muawiya ben Hixam ben Abd al-Malik ben Marwan. Declaróse en rebelión contra el emir Abd Allah, a quien consideraba impotente para el desempeño de su cargo de regir a los

musulmanes y *pidiendo* el mando por favor con prohibición de oposiciones y luchas, verificó su levantamiento con el auxilio del denominado Abu Ali Aziarach, "el Guarnicionero", un malvado que aparentaba ser un asceta, activo propulsor de la guerra civil. Llevaba por sobrenombre Al-Muravid por sus reiterados ataques en las fronteras y su deseo ardiente de luchar. Escogió al Quraixi citado por su confidente, se comprometió a tomar partido por él y a apoyar su reinado. El Quraixi accedió a cuanto acerca de este particular le pedía Abu Ali, se dejó guiar de su consejo y cuando todo estuvo dispuesto, salió con él y se dirigió al cantón de Fahs al-Balut, hoy campo de Calatrava y al monte Beranis. Excitó a sus habitantes a defender la verdad y a perseguir el error. Pero dio una mala dirección a sus opiniones, procuró asegurar la amistad de sus cabilas, se hizo pasar ante ellos como adivino, hízoles brillantes promesas, les engañó y cegó los ojos. Empezó a invitarlos a la guerra santa, los movió a defender la religión y difamó a su imán Abd Allah, emir de la comunidad musulmana. Ellos suspendieron sus trabajos, se juntaron y unieron con él; los organizó en cuerpo de ejército, se aseguró de sus firmes resoluciones y avanzó desde Fahs al-Balut hasta Trujillo, donde acampó. Allí, en la tribu de Nafza anduvo de un lado para otro convocando a la gente, escribiendo a las cabilas bereberes y haciendo creer a los hombres que él era el Mahdi de la religión, defensor de los muslimes, con lo que acudieron a reunirse en su alrededor los habitantes de aquellos distritos. Desde allí envió emisarios a todos los de la parte central y occidental, invitando a las gentes para que vinieran a hacer la guerra santa con él. Les prometía la victoria sobre sus enemigos, los habitantes de la Chaliqiya —confúndalos Alá— en la ciudad de Zamora, la abandonada, ahora recuperada del poder del tirano Alfonso, que la había reedificado y la había poblado de cristianos.

Entre Zamora y León, la mayor de sus ciudades, hay dos jornadas. Durante el tiempo de sus antepasados permaneció despoblada Zamora: después no se impidió a los cristianos establecerse en ella y ello fue causa de que aumentaran los daños en aquella frontera y de que crecieran los estragos de sus correrías por todos los países musulmanes, hasta este último (tiempo en) que juzgaron de extrema gravedad (lo ocurrido) y dijeron: Desde León hacían correrías y causaban estragos en nuestros territorios como si estuvieran cerca de nosotros, ¿qué será ahora desde Zamora, si antes ya se aproximaban tanto, nos tendían celadas e intentaban darnos muerte? Con destacamentos de caballería hicieron ya una expedición contra Zamora los defensores de nuestra frontera. Pero encontraron allí un enemigo terrible que la defendía e impedía el acceso a ella por todas partes. No consiguieron del emir que dedicara su atención a reunir las tropas de auxilio con las cuales pudieran combatir a los cristianos de la ciudad, por estar ocupado en su empeño de combatir a los rebeldes de la zona central. Y, por encontrarse ocupados también los pueblos fronterizos con las diferencias y enemistades que habían surgido entre ellos y que sembraban la discordia, propagábase la inacción de unos a otros hasta el punto de que quedó interrumpida

Vista aérea de Zamora.



El Duero al pie de Zamora.

la guerra santa. Se repitió entonces el estado de la *Chaliqiya* y los habitantes de las fronteras se vieron obligados a vivir en paz con los idólatras y a tratarlos con benevolencia, con ocasión del morbo de la guerra que existía entre ellos y sus vecinos. Ellos deseaban, sin embargo, la guerra santa y anhelaban entrar por tierras enemigas, pero no encontraban medio de realizar su intento, ni ayuda alguna para la empresa. Cuando los mensajeros de "el Gato" llegaron a los mencionados pueblos y sus habitantes leyeron su misiva, se reanimaron sus buenos deseos y salieron presurosos a su encuentro, disputándose la delantera para llegar los primeros a su presencia. Como si para ellos hubiera sonado el grito del destino, tan pronto como él dejó oír su llamada se dirigieron hacia él, unos de grado y otros por fuerza, llegando a reunirse en torno al mismo, entre caballería e infantería, cerca de sesenta mil hombres y dícese que aún más.

Con ellos se encaminó desde Nafza rumbo a Zamora, ciudad de los infieles, por éstos recientemente repoblada y asiento de su poderío. Con todos sus contingentes atravesó el Tajo. Caminaban los muslimes junto a su caudillo y se le aproximaban a porfía, mientras él les anunciaba el porvenir, prometiéndoles la conquista de Zamora y la comarca situada detrás de ella, y diciéndoles que antes de que él llegara a la ciudad y sus soldados de vanguardia se acercaran a la última muralla, ya la tenía conquistada. Con estas predicciones sedujo de tal modo a muchos de sus secuaces, que llegaron a otorgarle la consideración de profeta, a causa de la debilidad de sus inteligencias y de la estulticia de sus ensueños.

Cabalgaba el pretendido Mahdi en un trotón que sudaba mucho y destilaba en abundancia. Uno de sus acompañantes le preguntó cuál era la causa de que sudara tanto su caballo y no los de los otros, a lo que el jinete contestó: "Yo no atravieso lugar alguno por donde quiero pasar de largo sin que sus mensajeros me impelan a quedarme en él, y los mensajeros del lugar donde yo deseo parar luchan con aquéllos y tratan de atraerme al suyo y ésta es la causa del sudor que veis en mi caballo". Dícese que habiendo cogido algunos palos secos los apretaba hasta que de ellos salía un jugo parecido al agua por arte de prestidigitación y que por este artificio hizo creer que el líquido salía de él y decía a sus gentes: "Éstos son parte de los dones que Alá me ha otorgado, pero os haré ver muchos más a su debido tiempo, si Alá me prolonga la existencia".

Condujo su hueste hasta a un día de distancia de Zamora y en el camino se le juntaron tropas que acudían a la guerra, de Toledo, Talavera, Guadalajara, Santavenia y de sus respectivos territorios, que caminaron hasta incorporarse a su ejército y avanzaron hasta acercarse a él.

Y sucedió que le envidiaron sus compañeros primates y jefes de más confianza de entre los notables de la tribu de Nafza, principalmente Baabal ben Yadix, que en su interior estaba arrepentido de haberle seguido y temía que le arrebataran el mando de su tribu. Con toda reserva comunicó sus temores a sus amigos de confianza y se puso de acuerdo con ellos para seguir tratando como amigo al pretendiente y no darle el golpe hasta que

se le presentara ocasión oportuna o acelerar la huida cuando fueran atacados.

Cuando se reunieron con él todos los contingentes de la frontera pertenecientes a los distritos que hemos señalado, no se dejó ver de ellos durante algunos días. Lo llevaron a mal, pues tenían ardientes deseos de verle y de oírle hablar, por las cosas que les habían contado de él y le pidieron que se presentara. Salió entonces a su presencia montado en un caballo blanco, vestido de blanco, tocado con blanco turbante y ceñida la espada con un tahalí blanco. Se presentó, dio una vuelta por todo el ejército, se exhibió ante la multitud y luego regresó hacia su tienda y próximo a ella espoleó su caballo, le hizo marchar a galope tendido y a freno suelto y luego le paró en seco. Los verdaderos soldados del ejército reprobaron la torpeza de que el pretendido Mahdi dio muestra en una reunión como aquélla de nobles personas, y se les hizo patente su ligereza y escasa reflexión.

Luego se puso en marcha con sus tropas hasta que acampó a orillas del río Duero, el grande, en la ribera contigua al país de los musulmanes, ante las puertas de la ciudad de Zamora. Desde allí envió una carta en términos ásperos a Adefonso, hijo de Ordoño, rey de la Chaliqiya, y a todos los cristianos que con él estaban reunidos, invitándolos a abrazar el islamismo y advirtiéndoles que de no aceptar su intimación se prepararan a sufrir el suplicio de la muerte. Dio orden a su mensajero que les exigiera pronta contestación, que no se detuviera con ellos y que si rehusaban darle respuesta, volviera a comunicárselo. El texto de tal carta era conocido entre los habitantes de la frontera. Llegó, pues, su mensajero a presencia de Adefonso y de los suyos, que se habían juntado con él dentro de la ciudad de Zamora, y les entregó la carta. Mas cuando se la leyó y tradujo, rugieron de cólera, se pusieron furiosos y sin perder un instante se dirigieron al lugar donde acampaba el ejército muslim.

Con su acompañamiento avanzó el rey Adefonso desde la ciudad de Zamora hasta llegar al río grande, hizo alto frente a él en la orilla contigua de Zamora, su caballería inició el ataque, los musulmanes sostuvieron la lucha con ella en el lecho del río y allí se desarrolló la primera fase de la batalla durante todo un día. Encendido de nuevo al siguiente el fuego del combate, no opusieron gran resistencia los cristianos. Adefonso y los suyos fueron pronto derrotados, volvieron la espalda al enemigo, persiguióles éste, matando a unos y haciendo a otros prisioneros, hasta obligarles a cruzar un valle denominado de Ardoin, situado en las inmediaciones de Zamora y difícil de atravesar por la estrechez de sus senderos. Los musulmanes les hicieron experimentar en él la más vergonzosa muerte, y le atravesaron persiguiéndolos en su rápida huida hacia Zamora. Combatidos rigurosamente por los musulmanes, la mayor parte de los cristianos se desviaron del camino que conducía a la ciudad y huyeron tan veloces que algunos de los fugitivos llegaron hasta a más de diez millas de distancia de Zamora por el interior de su país.

Cuando vieron el malvado Baglal ben Yadix, y sus prohombres de Nafza,

el favor que Alá había dispensado a este pretendiente con haber ahuyentado al enemigo, tuviéronle envidia y dijeron entre sí: "Si este hombre llega a dar cima a tan gran victoria y regresa a nuestros dominios no estaremos con él tranquilos en nuestro país, sino que por su causa tendremos que salir de allí y ya que no nos fue posible aprovechar una ocasión para matarle vamos a conseguir que recaiga sobre él la derrota". Se avisaron, pues, unos a otros y con sus señales y sus estandartes se volvieron hacia el lugar donde se había dado la batalla. Les obedecieron y siguieron parte de sus cabilas y habiendo llegado al sitio mencionado, tomaron los objetos de su pertenencia que allí tenían. A cuantos musulmanes encontraban infundían miedo diciéndoles que habían sido batidos y que el enemigo venía a su alcance. Gran número de creyentes islamitas siguieron la conducta de tales jefes y ella fue al cabo imitada por todas sus gentes. La mayor parte del ejército retrocedió, surgió la confusión entre sus filas y las tropas emprendieron la marcha. Sabedores de esto los politeístas, les atacaron y persiguieron hasta empujarlos hacia el valle, causándoles una gran matanza al converger allí los musulmanes. Atravesaron luego en su huida el valle perseguidos de cerca por el enemigo hasta que llegaron al río Duero, el grande. Intentaron interceptarles el paso los que se habían parado en el campamento con la esperanza de impedir que el enemigo atravesara el río en su persecución. Pero no pudieron con ellos, y el enemigo les ahuyentó, les forzó a llegar a su campo y en él los combatió hasta que la oscuridad de la noche ocultó a los combatientes y movió a replegarse a los cristianos.

Durante aquella noche muchos musulmanes abandonaron el campamento huyendo a todo correr y se pusieron en salvo; pero otros pernoctaron allí en compañía del pretendiente, quien les prometió de nuevo la victoria. A la mañana del día segundo volvió al ataque el enemigo. Al principio sopló favorable a los musulmanes el viento de la victoria. Toda la jornada duró la refriega. Llegadas las sombras el enemigo pernoctó cerca de los musulmanes sin ausentarse como la noche antes. Los cristianos pusieron cerco al campamento musulmán por algunos puntos y todos los que intentaron abandonarlo en las tinieblas cayeron en sus manos y fueron reducidos a cautiverio.

En este estado pasaron la noche los cristianos, bloqueando a los musulmanes, vigilándolos y estrechando el cerco. Amanecido el día tercero, Adefonso y sus gentes atacaron otra vez a los muslimes y entonces, convencido el pretendiente, su emir, de que no había para él salvación, se armó de valor, espoleó a su corcel, se lanzó contra los enemigos y se batió hasta morir rodeado de los que a pie firme combatieron en su compañía.

El enemigo se apoderó entonces del campamento musulmán y se llevó lo que en él había. Y la cabeza del pretendiente Ben Alqit fue llevada al rey Adefonso, quien mandó que fuera fijada sobre la puerta de Zamora.

Terrible fue el desastre a causa del crecido número de muertos que sufrieron los muslimes. Con ello aumentaron los ataques contra ellos y la osadía del enemigo. Entre la gente fronteriza fue conocida esta derrota con

el nombre de "el día de Zamora" y tuvo lugar a diez días por andar del mes de Rachab del año 288 [12 de julio de 981].

Del *Muqtabis* de BEN HAYYAN (Trad. inédita de M. Antuña).

EL HIPÓCRITA Y SANGUINARIO ABD ALLAH

Los cronistas cortesanos, forzados a la adulación de los príncipes cordobeses, nos han dejado retratos idealizados de los mismos. Con gran celo han sacado a plena luz sus calidades y han dejado en la penumbra sus defectos. Los historiadores contemporáneos de emires y califas, aunque no figurasen en el coro de sus aduladores oficiales, por devoción hacia el jefe de la comunidad de los creyentes musulmanes o por temor a incurrir en su ira, frenaban también su pluma y no la dejaban ir demasiado lejos en la crítica de los soberanos. A lo sumo, con la sutilidad de los habituados a vivir en regímenes tiránicos, descubrían las flaquezas principescas en medio de sus obligados ditirambos, o las dejaban adivinar como un guiño de ojos. Pero la historia, justiciera, no gusta guardar los secretos de los príncipes. A la postre, sus cultivadores descubren siempre, al cabo de las décadas, lo que no se atrevieron a escribir quienes vivieron bajo el poder sin límites de monarcas, de cuyo arbitrio pendían sus vidas; y los compiladores tardíos han mezclado de ordinario al agua del elogio de los cronistas cortesanos o contemporáneos, el vino de la crítica de los historiadores posteriores. He aquí, juntos, el ditirambo y la crítica de Abd Allah.

El imán Abd Allah era hombre muy ponderado y lo atestiguaba en su traje, en su exterior y en todas las circunstancias. Sabía muy bien el Corán, que recitaba con frecuencia, repartía abundantes limosnas y numerosos regalos; de piedad escrupulosa y de gran mérito, amaba el bien y a los hombres de bien; decía frecuentes oraciones, humilde y sinceramente sometido a Alá, cuyo nombre repetía con frecuencia, desaprobaba los excesos y apartaba de sí a quienes se entregaban a ellos y castigaba severamente la injusticia y la violencia. Tenía variados conocimientos en las diversas ciencias, era versado en la lengua árabe, hablaba elegantemente y empleaba al hacerlo imágenes selectas. Durante casi todo su reinado no cesó de reunirse con sus visires y sus principales capitanes. Tras haber examinado y decidido con ellos los asuntos del reino, así como las medidas necesarias para remediar los males de la guerra civil, se entregaba con ellos al estudio de la historia y de las ciencias. No figura entre los que se dejaron dominar por la voluptuosidad o entre los que, ya en el trono o antes de subir a él, sucumbieron alguna vez a la ebriedad. Hizo construir un pasaje cubierto que unía el palacio a la mezquita mayor para poder asistir a la plegaria del viernes, recitar las otras oraciones y dar curso a su deseo de practicar buenas obras. Se sentaba en el pasaje cubierto antes y después de la oración del viernes y desde allí veía al pueblo, vigilaba sus hechos y sus gestos, asistía a sus reuniones

sin ser visto, oía lo que decían las víctimas de los actos arbitrarios, en una palabra, se ponía enteramente al corriente de los asuntos de sus súbditos. Tenía también la costumbre de situarse, en días determinados, en una de las puertas de su palacio, y acudían a denunciarle las injusticias cometidas. Le eran entregadas las cartas a través de una puerta de hierro, en la que había hecho abrir un hueco a tal objeto, de suerte que el más débil (de sus súbditos) podía entregarle un escrito en propia mano y hablarle del abuso de que era víctima. Por ello todas las gentes influyentes y todos los funcionarios se guardaban de hacer nada que pudiera suscitar quejas y se abstenían de sobrecargar a sus subordinados, porque el temor de ser castigados y el deseo de escapar a sus reprensiones les hacían seguir los métodos empleados por el príncipe mismo. Bajo su reinado (las gentes) cesaron de entregarse a las voluptuosidades y ni grandes ni pequeños se dieron a las diversiones. La práctica del bien, la manifestación exterior de la piedad y del culto eran generales, tanto en las diversas clases de gentes que dependían de la corte, como en el pueblo. Pedía frecuentemente perdón a Alá, se abstenía de jurar por su santo nombre, acogía bien las invocaciones en que el nombre de Alá era citado, daba fe a los juramentos hechos en nombre de Alá y concedía gracia o perdón al asustado o al culpable que recurría a él. Sus hechos memorables son numerosos y el recuerdo de sus méritos permanece en la memoria de los hombres.

☆

Durante su reinado no se dieron a los placeres porque él mismo no bebía jamás ni vino ni bebidas que emborracharan. Como un día uno de sus clientes se esforzara en disculparse con él por una falta de tal naturaleza, le respondió: "Todas las apariencias prueban lo contrario de lo que dices y anuncian la inanidad de tus excusas; si confesases tu falta y pidieses perdón por tu pecado sería mejor y podrías hacerte perdonar más fácilmente". "He cometido esa falta, dijo entonces su interlocutor, soy culpable de ese pecado, no soy sino una criatura y no tengo excusa". "Despacio, dijo el emir, no te apresures. Has hecho tu gusto primero y te has arrepentido luego; el pecado no ha podido deslizarse entre los dos. Te perdono".

Dictó la carta cuyo texto sigue, dirigida a uno de sus gobernadores: "Después de los cumplimientos habituales. Si tu celo en examinar y vigilar los asuntos que te he encomendado respondiese a la regularidad de tus mensajes y al cuidado que pones en ocuparte de lo que miras como la más seria de tus tareas, figurarías entre mis auxiliares más útiles, más sagaces y más resueltos. Escribe menos cartas sin objeto y sin utilidad, emplea tus cuidados, tu celo y tu inteligencia en asuntos en los que se descubra tu talento y se destaque tu capacidad".

A un visir que le había escrito sobre un asunto, le respondió en su misma carta:

"Eres ¡oh Nadr! un ser desdichado de quien no se puede esperar ningún servicio útil: no sirves sino para aprovisionar los retretes y la mesa".

☆

Era naturalmente poeta y compuso bellos versos.

"Elevó siempre la antorcha de la religión y marchó por el camino recto, sin que las guerras civiles pudieran apartarle del cuidado de su alma ni de las obras destinadas a servirle el día de la necesidad y del descenso a la tumba". Se le cuenta entre los más virtuosos califas omeyas de España, entre aquellos cuya senda mereciera más servir de ejemplo, cuya ciencia (religiosa) era más completa y cuya piedad era más firme. Pero su vida estuvo agitada por revueltas de larga duración, por la reducción de los límites del territorio que regía, por la disminución del rendimiento del impuesto de la *zakab*, de tal modo que la hipocresía se insinuó en él bajo un velo de piedad, la avaricia le dio un natural que no provenía de su valor propio y la poca importancia que dio al derramamiento de sangre rebajaba su religión, porque, en efecto, las discordias civiles suscitadas por sus dos hijos le hicieron ejecutar al mayor por una simple sospecha". El jurista Abu Muhammad ben Hazm ha censurado al emir acusándole de haber vertido fácilmente sangre, lo que a sus ojos no tenía valor y ello dándose a las buenas obras y evitando las faltas reprobadas por la ley. Sin consideración a la preferencia que tenía por él su hermano Al-Mundhir, sobornó al cirujano de éste, quien envenenó la lanceta con que había de sangrarle y se desembarazó así del emir, ocupado entonces en una expedición contra Ben Hafsun y en el campamento mismo en que se encontraba. Hizo además morir a golpes de espada a sus dos hijos, primero a Muhammad, padre de Al-Nasir li-din Allah, y después a Al-Mutarrif. Se desembarazó resueltamente de sus dos hermanos, de Hixam por el hierro y de Al-Qasim por el veneno, etc.".

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idhari (Según versión francesa de Fagnan, II, 253).

III

ESPAÑA CALIFAL

ABD AL-RAHMAN III FRENTE A LOS REBELDES. CONQUISTA DE BOBASTRO

Abd al-Rahman I había puesto fin al primer acto de la trágica historia de Al-Ándalus, al concluir con las discordias entre los conquistadores que siguieron de cerca a la invasión. Abd al-Rahman III cerró el segundo acto de la tragedia de la España musulmana, unificando a los invasores orientales con los vencidos españoles, tras someter a los alzados en armas contra Abd Allah, su abuelo. Abd al-Rahman encontró un clima propicio para alcanzar éxito en su empresa. A la generación de españoles que habían sufrido la opresión de los Omeyas, de sus gobernadores y de la aristocracia árabe, había sucedido otra que había padecido los horrores y desastres de la guerra civil; y la nobleza oriental se hallaba también fatigada de la lucha y había perdido sus primeras figuras. Abd al-Rahman tenía, además, audacia, valor, constancia y talento político. Acometió la restauración de la autoridad soberana con arrogancia y energía. Duras jornadas le costó reducir a los rebeldes. Durante dos décadas realizó contra ellos una serie de no interrumpidas campañas, que dirigió, las más de las veces, personalmente, y en las que, después de la victoria, supo ser generoso y cauto a la par: generoso, porque solía respetar la vida y la libertad de los sublevados, y cauto, porque les obligó a establecerse en Córdoba, al alcance de sus ojos y de sus tropas. Aquí vamos a verle asediando el nido de águilas del más famoso de los rebeldes contra su dinastía, Ben Hafsun. Logró entrar en Bobastro siete años después de emprender el ataque. El ayuno que practicó mientras permaneció en la fortaleza dice, a las claras, la importancia que atribuyó a su conquista, y sólo la profanación de la tumba del gran caudillo andaluz amengua su gloria.

SIETE AÑOS DE CAMPAÑAS

En 309 [12 mayo 921]... Al-Nasir envió tropas contra los castillos de Bobastro y Castroagudo y contra Chibil Al-Hichara para combatir en ellos a Sulayman y Hafs, los dos hijos de Umar ben Hafsun.

En 310 [1º mayo 922] Al-Nasir emprendió en el cantón de Elvira la expedición de Monte Rubio... Después se desvió hacia el cantón de Mála-

ga y estableció su campamento al pie de la montaña de Bobastro, el 7 de Rabi I [5 de julio]. Llevó a cabo un ataque vigoroso, hizo mucho daño en el país y cortó los árboles y los frutos de los flancos de la montaña. Designó en seguida los oficiales que habían de proseguir el sitio y marchó al cantón de Tacorona.

En 311 [21 abril 923] tuvo lugar una expedición de Al-Nasir contra Bobastro y los castillos de Málaga. Salió solemnemente de Córdoba el jueves 6 Dzu-l-hicha 310, es decir el 27 de marzo, y empezó la campaña el lunes 1 Muharran, es decir el 22 de abril, 25 días después de su salida solemne. Fue a acampar bajo los muros de la fortaleza de Bobastro y en el acto Sulayman ben Umar ben Hafsun le escribió con la esperanza de apartarle de su proyecto. Pero Al-Nasir evitó responderle y aceptar sus ofertas engañosas, prosiguió con ardor y decisión su proyecto de sitio y acabó de cortar lo que quedaba de los árboles frutales y de las viñas y de privar a su enemigo de todos sus medios de vida. Pasó siete días desde la mañana a la tarde en destruir todo y en asolar al país sin misericordia e hizo otro tanto con los otros castillos del rebelde: Qardzares, Behavez, Alchix y Santi Petri. Entonces Hafs ben Umar ben Hafsun fue a su encuentro y renunció en su favor la fortaleza de Qamara, y Al-Nasir le concedió la amnistía y le confirmó en la posesión de una parte de sus castillos, porque reconocía en él y en su hermano Sulayman aptitudes para la administración y buenas disposiciones. Después avanzó hasta el puerto de Jete, Almuñécar y el castillo de Motril (?) y penetró con sus tropas en regiones abruptas donde nunca antes se había aventurado un ejército. Todos sus habitantes se sometieron y el país pudo ser pacificado.

El emir marchó en seguida de nuevo contra la montaña de Bobastro, cuyos habitantes habían intentado atacar a Sulayman ben Hafsun, le habían tomado la fortaleza, habían libertado a quienes tenía encarcelados y habían robado la mayor parte de sus bienes. Sulayman, gracias a un ardid que urdió con el resto de sus partidarios, consiguió en seguida entrar en la plaza, una de cuyas puertas le fue abierta y por la que penetró cubierto por un velo. Excitó al populacho a apoderarse de los bienes de quienes se habían sublevado y con su ayuda los venció e hizo ejecutar a casi todos.

Alá permitió, de esta manera, que los infieles se destruyeran entre sí para que desaparecieran sus huellas. Sulayman permaneció entonces en la montaña sólo preocupado por salvar su cabeza y sin confiar en la gente de su séquito. El emir estableció allí su campo por segunda vez, el domingo 4 Rabi I [22 de junio 923], pero contra lo que solía ocurrir no apareció ningún infiel mientras que el ejército estableció sus tiendas. Al-Nasir confió el cuidado de la montaña a guerreros de confianza, que instaló en numerosos lugares y después se retiró y volvió a su palacio de Córdoba el 10 Rabi I [28 junio], después de una campaña de sesenta y nueve días.

En 314 [19 marzo 926] Al-Nasir confió a sus oficiales las expediciones de verano... Envió a Abd al-Hamid ben Basil a la frontera donde se halla-

ban los Banu Dzu-l-Nun... Abd al-Hamid abandonó tal región después de haber puesto todo en orden y Al-Nasir le envió entonces a Bobastro a sitiar a Sulayman ben Hafsun de concierto con los otros oficiales ocupados en tal cerco.

La gran sequía que se sintió tal año causó un hambre general... La lluvia coincidió con la exposición en una horca del cadáver de Sulayman ben Hafsun en la Puerta de Al-Sudda, y los poetas compusieron con tal motivo numerosas poesías; ésta entre otras:

"Allí nubes que dejan escapar una lluvia abundante, aquí una lluvia de sangre enemiga que corre y repugna. Así encontramos en la lluvia dos ayudas, pero ésta es impura y aquélla pura. De una parte una sangre negruzca que no agrada a la tierra, de otra un líquido bienhechor que el suelo recibe y absorbe. Manchada por una, la otra purifica su superficie y sus entrañas".

En 315 [8 marzo 927] Al-Nasir emprendió una expedición contra Bobastro para combatir a Hafs ben Umar ben Hafsun.

Salió, con pompa, el 13 Safar 615 [19 abril 927], diecinueve de Nizan, y se puso en campaña el lunes 15 Rabi II [19 junio], once de Ayyar, treinta y dos días después de su salida solemne. Llevó consigo en esta expedición su heredero presunto Al-Hakan al-Mustansir, entonces de doce años y nueve meses y medio...

Seguido de sus tropas, de su caballería y de sus bagajes, el emir fue a acampar bajo los muros de Bobastro el martes 22 Rabi II [26 junio]. Puso más decisión que nunca en levantar construcciones ofensivas y más ardor que jamás en bloquear la plaza. Dejó allí varios oficiales para proseguir las operaciones sin interrupción y él mismo se trasladó ante Al-Hanax, a cuyos habitantes invitó a rendirse, les hizo evacuar la población y después destruyó las murallas e hizo desaparecer hasta sus huellas.

Al-Nasir marchó en seguida contra el castillo de San Pedro y contra los castillos vecinos, y los atacó, cortando los árboles y las viñas de los alrededores y entregando al fuego las subsistencias del enemigo.

De allí condujo su ejército hacia Málaga, donde hizo sufrir iguales daños a las fortalezas cercanas. Nombró gobernador de la ciudad a Abd al-Malik ben Al-Asi y dejó con él un cierto número de sus soldados para atacar los castillos citados, con orden de pasar a cuchillo a todo el que saliera o intentara entrar en ellos. Volvió a Bobastro, bajo cuyos muros instaló su campamento por segunda vez, del lado de Limaya. Se dio entonces cuenta del daño que las construcciones levantadas por su orden causaban al enemigo y de cómo le molestaban. Hizo, por ello, elevar otra sobre una roca donde los antiguos habían levantado un poblado llamado la *Ciudad* y encomendó su edificación a Amad ben Muhammad ben Elyas, que hubo de ocuparse del distrito de Tacorona y de la zona vecina a Limaya. Asignó al visir Abd al-Hamid ben Basil un puesto desde donde se dominaban todos

los caminos de manera que podía proteger a las tropas que iban a forrajear o a buscar víveres o a quienes venían junto a él. El príncipe pasó siete días en tal lugar y no dejó ni víveres ni aprovisionamiento a los infieles. Emprendió después la campaña de Talachira... y estuvo de regreso en su palacio el martes 18 de Chumada [21 agosto] después de sesenta y cinco días de expedición.

Del *Bayan al Mugrib* de BEN IDHARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 300, 302, 305, 314, 317, 319, 320).

TOMA DE BOBASTRO Y PROFANACIÓN DEL SEPULCRO DE BEN HAFSUN

Como el sitio de tal plaza proseguía sin piedad contra Hafs ben Umar ben Hafsun, que estaba rodeado por todas partes de fortificaciones destinadas a contenerle, tal jefe reconoció que ante el celo y la resolución desplegadas contra él no podría mantenerse en las montañas donde estaba. En consecuencia, escribió al emir para pedirle cuartel y obtener su perdón, prometiéndole salir de la montaña y reconocer y aceptar su autoridad. Al-Nasir le envió al visir Ahmad ben Muhammad ben Hudayr, quien, de concierto con Said ben Al-Mundhir, se ocupó de la salida de Ben Hafsun de la fortaleza de Bobastro, que fue ocupada por soldados y gentes de Al-Nasir el jueves 23 de Dzu-l-qada [21 enero 928]. El visir Ben Hudayr llevó a Hafs con su familia y con todos los cristianos de la plaza, con sus mujeres e hijos a Córdoba, donde entró el 1 Dzu-l-hicha [22 enero].

El emir acogió generosamente a Hafs, a quien perdonó y concedió un olvido completo del pasado y al que hizo formar parte de su séquito e incluyó en el ejército *(chund)*. Y el visir Said ben Al-Mundhir permaneció en Bobastro para conservar la plaza y realizar en ella las obras de defensa ordenadas por el príncipe.

En 316 [25 febrero 928] el emir Al-Nasir fue a Bobastro, después de la conquista de la plaza, para arreglar allí las cosas y regular definitivamente la ocupación. Salió de Córdoba sin ceremonia alguna el 15 Muharram [10 marzo], séptimo día del mes de Adzar, llevando consigo a su heredero presunto Al-Mustansir, y dejando en el palacio a su otro hijo Abd al-Aziz, para recibir la correspondencia, al visir Ahmad ben Muhammad ben Hudayr y en calidad de prefecto de la ciudad a Ahmad ben Isa, que reemplazaba a su padre Isa ben Ahmad.

El canciller Musa ben Muhammad, que estaba enfermo, no participó en la expedición. Se dirigieron primero a Écija, luego a Osuna. El príncipe llegó al castillo de Bobastro el domingo 20 Muharram [15 marzo]. Entró en la ciudad, la recorrió en todos los sentidos y comprendió a ojos vistas, que por su posición dominante, sus defensas, su elevación y su aislamiento de las otras montañas, tal plaza no tenía par en el mundo por la inexpugnabilidad y la extensión de su solar. Realizó por ello acciones de gracias a Alá, que le había permitido y facilitado la conquista de la fortaleza, y ayunó

durante toda su estada en ella. Tomó las medidas necesarias para la edificación de una ciudadela tan bien fortificada y preparada como ninguna otra. Encomendó a sus soldados la destrucción de todas las obras de fortificación que la rodeaban y de todas las casas que se alzaban fuera de ella. Hizo exhumar los cadáveres de Umar ben Hafsun y de su hijo y, abiertas sus tumbas, se los halló tumbados sobre la espalda, según la práctica cristiana. Todos los juristas que participaron en la expedición de Al-Nasir vieron las tumbas y atestiguaron que los dos habían muerto en la fe cristiana. En consecuencia, fueron retirados de sus sepulcros, y sus impuras osamentas, transportadas a Córdoba, fueron expuestas en la Puerta de Al-Sudda sobre horcas elevadas junto a la del hereje Sulayman ben Umar, para servir de advertencia al pueblo, y ello sirvió de satisfacción a los musulmanes.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idhari (Según versión francesa de Fagnan, II, 322).

SUMISIÓN DE SEVILLA

La fatiga de la aristocracia árabe y la desaparición de sus más famosos caudillos quedan señaladas como los principales factores que favorecieron la empresa de pacificación de Al-Ándalus por Abd al-Rahman III. Entre los que más colaboraron con su audacia, su constancia y su energía en el restablecimiento de la suprema autoridad califal cabe incluir ahora otro de acción no despreciable. Me refiero a las rivalidades entre las figuras epigónicas de la nobleza oriental. He aquí cómo ayudaron a la sumisión de Sevilla por Al-Nasir las discordias que separaron, tras la muerte del gran Ibrahim ben Hachchach, a sus descendientes o sucesores.

Al-Razi cuenta lo que sigue: Al-Nasir li-din Allah se apoderó de Sevilla en 301 [7 agosto 913], en las circunstancias siguientes. Al morir Abd al-Rahman ben Ibrahim ben Hachchach, que, a la muerte de su padre se había hecho independiente en la ciudad, los sevillanos se pusieron de acuerdo para colocar a su cabeza a Ahmad ben Maslama y para rechazar a Muhammad, hermano de Abd al-Rahman y señor de Carmona; pero éstos y sus gentes se opusieron a tal acuerdo y se unieron al príncipe jefe de la Comunidad de los Creyentes. Entonces Al-Nasir envió contra ellos tropas que libraron con los habitantes sangrientos combates. Ordenó en seguida a Muhammad ben Ibrahim que asediara de cerca a los sevillanos. Le colocó al frente de la hueste y junto a él a Qasim ben Walid, entonces comandante de su guardia y amigo de Muhammad. Los dos jefes marcharon de Córdoba a Carmona, desde donde sus tropas lanzaron ataques en dirección a Sevilla. Conquistaron los distritos del Aljarafe, Itálica, Al-Burr, etc.

Entonces Ben Maslama, señor de Sevilla, viéndose a punto de ser dominado, solicitó socorro del gran jefe de la rebelión, del maldito Ben Hafsun. Fue éste en persona en su ayuda, le hizo salir de Sevilla y le trasladó al

otro lado del río. El ejército estaba en el castillo de Cabra con Muhammad ben Ibrahim y Qasim ben Walid, quienes colocándose a la cabeza de las gentes del séquito del príncipe, atacaron y pusieron en fuga a Ben Hafsun. El vencido, marchando rápido ante ellos, se refugió en su fortaleza.

Entonces Ben Maslama, reflexionando sobre la querella que tenía con su primo Muhammad ben Hachchach, que era de hecho su coheredero en la sucesión de su padre y sobre su impotencia frente a él, decidió mejorar sus relaciones con el sultán Al-Nasir y le ofreció, mediante un enviado, poner Sevilla entre sus manos. Como resultado de tal llamamiento, el canciller Badr vino a tomar posesión de la ciudad sin efusión de sangre y sin combate. Cuando se estableció en ella convocó a sus habitantes y les prometió, en nombre del soberano, toda clase de beneficios y el mantenimiento y aún la ampliación de las distribuciones que les eran hechas bajo los Banu Hachchach. Tal discurso mereció la aprobación de los oyentes y todo marchó perfectamente por lo que hacía al canciller y a Ben Maslama. El canciller se dirigió en seguida a Muhammad ben Hachchach para hacerle saber que, habiendo tomado el príncipe posesión de Sevilla, le ordenaba cesar en su asedio de la misma. Pero Muhammad, al recibir tal carta, quedó poco satisfecho de su contenido y cambió de disposiciones respecto al emir. Con desprecio de la obediencia que le debía salió la misma noche con Qasim ben Walid del castillo de Cabra, que ocupaba, y se dirigió hacia Carmona con sus tropas. En el camino encontró ganados pertenecientes a los cordobeses, se apoderó de ellos, los condujo a Carmona y se preparó abiertamente a la resistencia. Sin embargo, los restituyó todos como consecuencia de las órdenes que Al-Nasir le hizo llegar por conducto de un mayordomo.

Al regreso de éste a Córdoba, Muhammad ben Hachchach marchó con sus tropas de Carmona sobre Sevilla, llegó a ésta por la mañana y la atacó. Sus fortificaciones estaban parcialmente destruidas y esperaba tomarlas. Pero hubo de huir ante la salida del gobernador que había nombrado el emir y volvió a Carmona.

Por otra parte, Al-Nasir, al tener noticia del ataque, envió tropas de refuerzo al gobernador, y éste puso la ciudad en estado de defensa, para no temer en adelante los ataques de Muhammad ben Hachchach. Ante sus disposiciones hostiles, Al-Nasir, para atraerle, le envió a su amigo Ben Walid, quien consiguió al fin persuadirle. Muhammad envió un íntimo suyo al príncipe. Abd al-Rahman le recibió y escuchó las proposiciones verbales que le hizo en nombre de su señor, a saber: que saldría de Carmona dejando allí un lugarteniente nombrado por él y que vendría a vivir a Córdoba. El emir aprobó todo y prometió satisfacer enteramente las peticiones de Muhammad, y éste, después de recibir al mensajero portador de tales promesas, salió de Carmona en Ramadan del 301 [31 marzo 914] y marchó a Sevilla con los principales miembros de su familia y una escolta de guerreros. El emir les hizo distribuir vestidos de honor y presentes, proporcionados a su jerarquía y al lugar que cada uno ocupaba cerca de Muhammad, y los trató con gran liberalidad. Hizo lo mismo con el mismo Muhammad,

le unió a su persona, le dio un puesto de visir, llenándole de calificativos honoríficos, y después emprendió una expedición y se hizo acompañar por él en atención a su nuevo cargo.

Habib ben Umar, nombrado por Al-Nasir gobernador de Carmona, se fortificó en tal ciudad (para sustraerse a la autoridad soberana). El príncipe fue a sitiarle y se hizo acompañar por Muhammad ben Hachchach en calidad de visir. Envidiosos de esto le acusaron ante el soberano de estar en secreta connivencia con Ben Umar y de animar su revuelta. Al-Nasir le destituyó entonces del visiriato y le hizo detener en unión de Ben Walid, jefe de la guardia; pero los dos personajes fueron puestos en seguida en libertad. Poco tiempo después, en Xawwal del 302 [19 abril 915] murió Muhammad ben Hachchach.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idhari (Según versión francesa de Fagnan, II, 213).

ASALTOS Y SORPRESAS

Las ciudades hispano-musulmanas del interior veían a veces aparecer ante ellas de improviso a las huestes cristianas y sufrían los horrores de la guerra que de ordinario hacían sufrir los islamitas a la más norteñas tierras peninsulares. Lisboa fue sorprendida y saqueada por Alfonso II (en 798) y por Ordoño III (950-956). Ordoño II llegó hasta los alrededores de Sevilla en vida de su padre Alfonso III (866-910) y en 913-914 tomó Évora. He aquí el relato de una de esas bárbaras y sangrientas sorpresas con que los reyes asturleoneses vengaban, a muchos cientos de millas de sus fronteras, las crueles invasiones sarracenas en sus reinos.

A comienzos de este año (301 — 913-914) movilizó sus tropas Urdun ibn Idfuns, rey de Galicia, y salió con un gran ejército, formado aproximadamente —entre jinetes, infantes y arqueros— por 30.000 hombres, en dirección a la ciudad de Évora, cuyo amil era a la sazón Marwan ibn Abd al-Malik ibn Ahmad. Acampó cerca de Évora el miércoles 13 de Muharram de este año (19 agosto 913), y luego se adelantó entre un grupo de sus guerreros hacia la ciudad, dando la vuelta a su muralla. En esta inspección vio que la muralla era baja, sin antemuro ni almenas, y que en un lugar por la parte de fuera había unos montones de la basura de la ciudad, arrojada junto a la puerta desde dentro de la plaza, que en algunos sitios eran casi tan altos como la muralla. Estas circunstancias le movieron a codicia de tomar la ciudad, y, no dudando que la ganaría, la cercó por todas partes, asedió con rigor a sus habitantes e hizo descabalgar a todos sus jinetes y condes, quedándose sólo con unas cuantas personas de los principales de la gente de su casa, en número no superior a cinco. Las tropas iniciaron las hostilidades contra los habitantes de Évora, que los rechazaban desde encima de la muralla cuanto podían; pero como los arqueros enemigos les

hacían llover las saetas, y no había parapeto que contuviera su avance, llegó un momento en que les abrasaron con las flechas, y en que, no pudiendo resistirlas, dejaron libre toda la muralla y se retiraron de ella. Los enemigos entonces se acercaron a la muralla, y, llegando a lo más alto de aquellos montones de basura, lograron echar abajo un remiendo de albañilería recién hecho allí para tapar un boquete. Cuando quisieron darse cuenta los habitantes de la ciudad, ya ésta había sido invadida por varios sitios y se encontraron con el enemigo dentro. Reaccionaron, sin embargo, los musulmanes en esta ocasión unidos como un solo hombre; lograron expulsar de la plaza a los invasores, y, retornando a las murallas, mataron buen número de enemigos.

Volvieron éstos, sin embargo, a la carga, los derrotaron, y entraron de nuevo en la ciudad. Encarnizóse el combate y arreció la pelea, muriendo mucha gente por ambas partes, hasta que a la postre los enemigos se impusieron por su número, los desbarataron y les obligaron a refugiarse en un sitio, al oriente de la ciudad, cerca de la muralla, donde se aglomeraron en poco espacio y no les era posible desenvolverse por la angostura. En consecuencia, los mataron a todos (¡Dios tenga misericordia de ellos!), y, además, los politeístas se apoderaron de todas sus mujeres, hijos y bienes. Sólo se salvaron diez personas de nota, gente conocida, que se refugiaron con sus familias en algunos de aquellos edificios antiguos; que, encaramados en lo más alto de ellos, resistieron hasta la noche, y que, cuando ésta cerró, bajaron de su escondite y, amparados en la oscuridad, se deslizaron furtivamente hasta llegar a Beja. Nadie se salvó de los habitantes de Évora más que ellos, que eran de sus vecinos principales.

En esta batalla encontró el martirio por la fe Marwan Ibn Abd al-Malik, amil de Évora, que fue muerto en su oratorio, y cuyas mujeres e hijos cayeron en cautividad. El número de mujeres y niños hechos prisioneros dentro de la plaza se acercó a los 4.000, y los muertos en el recinto de la ciudad fueron alrededor de 700 hombres. Se cuenta que no había memoria en Al-Ándalus de un desastre del Islam, por parte del enemigo, más afrentoso y terrible que éste. Durante algún tiempo, el que entraba en la plaza, luego de haberla abandonado el enemigo, y se dirigía al lugar en que se habían apretujado los musulmanes sin encontrar ante ellos salida, veía sus cadáveres, apilados unos encima de otros, hombres y mujeres, en montones casi tan altos como dos veces la talla de un hombre, que llegaban al filo de la muralla. Se llamaba aquel lugar al-Atras (¿el Estrecho?), a causa de su angostura.

El tirano Urdun partió rápidamente con su ejército el jueves, al otro día de su entrada en la ciudad.

El resto de los habitantes del Algarve y de otras regiones se afligieron sobremanera por esta calamidad de Évora, y concibieron tan grande temor del enemigo, que se consagraron a reparar sus murallas y a fortificar sus castillos. Los que lo tomaron más a pecho fueron los habitantes de la ciudad de Badajoz, cuya muralla, de adobe y tapial, era la misma de tiempos

de Abd al-Rahman ibn Marwan al-Yilliqi. En efecto, escribieron a su emir Abd Allah ibn Muhammad ibn Abd al-Rahman, comunicándole la decisión que habían tomado de fortificar la plaza, y el príncipe, no sólo les animó en su decisión, sino que tomó personalmente a su cargo, en compañía de sus consejeros, vigilar la obra y reunió a los obreros necesarios para la edificación de la nueva muralla. La hicieron de un ancho de diez palmos en un solo tapial, y los trabajos se continuaron ininterrumpidamente, hasta dejarla concluida en este mismo año.

De la *Crónica Anónima de Abd al-Rahman III* (Trad. García Gómez, 108).

ABD AL-RAHMAN III FRENTE A LOS REYES CRISTIANOS

El nieto de Abd Allah, el futuro califa Abd al-Rahman III al-Nasir, recibió de su abuelo una herencia difícil: Al-Ándalus dominado por docenas de rebeldes, algunos poderosos, y combatido desde el Norte por dos reinos, que habían adquirido gran fuerza en la crisis de la España musulmana. Como queda dicho, durante dos decenios, con una constancia sin igual, fue sometiendo a su suprema autoridad los sublevados contra Córdoba. Pero los reyes de León y de Navarra no le dieron plazo para consagrarse a los problemas interiores de su imperio; las tropas musulmanas sufrieron una gran derrota en San Esteban de Gormaz, junto al río Duero, hasta cuyas márgenes se había atrevido el leonés a llevar sus fronteras; Abd al-Rahman no quiso esperar a la conclusión de la pacificación interior de Al-Ándalus, para reaccionar contra el Cristiano; y en la primavera del 920 emprendió una gran campaña contra Ordoño de León y contra Sancho de Pamplona. En ella destrozó las plazas fronterizas del primero, atacó luego las del segundo y derrotó a los dos en la batalla de Muez o de Val de Junquera. En otras expediciones triunfó después también del rey de Navarra y asoló su país y conquistó su capital. Pero en 939 fue derrotado por el rey leonés Ramiro II, como veremos en seguida, y su desastre fue tan grande y su desánimo tal, que nunca más osó atacar al reino cristiano.

CAMPAÑA DE MUEZ

En 308 [24 de mayo de 920] Al-Nasir emprendió contra el país de los infieles la campaña conocida con el nombre de expedición de Muez. Abandonó con este fin su palacio el jueves 13 de Duz-l-hicha [5 de mayo de 920] y partió de Córdoba para ponerse en campaña el sábado 13 de Muharran del 308 [4 de junio], es decir, el 3 del mes de Lizaran, treinta días después de su salida solemne del palacio, donde dejó en reemplazo suyo a su heredero presunto Al-Hakam al-Mustansir ¡que Dios guarde! y al visir Musa ben Muhammad ben Hudayr. Al cuarto día de su marcha recibió, en

el Vado de la Victoria, donde había acampado, una carta en la que el gobernador de Madina al-Farach le anunciaba un triunfo: los cristianos de Galicia, en muy gran número, habían ido a atacarlos y, extendiéndose por la llanura de la ciudad, se alzaron con los carneros y ganados que encontraron; se dirigieron después, cediendo al deseo que tenían de apoderarse de él, a un castillo de la vecindad llamado Al-Qalaya, y empezaron el sitio. Entonces todos los habitantes de la ciudad, los caballeros como los peones, se reunieron y fueron a presentar combate a los enemigos, cuyas espaldas entregó Alá a los musulmanes, de suerte que, habiendo quedado la victoria por ellos, mataron o hicieron prisioneros a numerosos cristianos y los persiguieron con las espadas sobre sus cabezas desde el despuntar del día hasta la noche. Enviaban al príncipe una cantidad de cabezas como trofeos de su triunfo. Esta noticia causó gran placer a Al-Nasir, que sacó un feliz augurio del nombre del paraje en que le había sido comunicada.

Comenzó en seguida a poner en ejecución su proyecto y, mientras reclutas y soldados de todas las provincias de España se le reunían, fue a acampar bajo los muros de Toledo, cuyo príncipe Lope ben Al-Tzarbixa se apresuró a salir a su encuentro para combatir bajo sus órdenes, fingiendo una sumisión que sólo era aparente. Desde allá se trasladó con todos sus medios de transporte a Madina al-Farach, donde, luego de la inspección que realizó, y de las quejas de los habitantes, destituyó a los Banu al-Salim e instaló como visir y cadí encargado de defender la plaza a Said ben al-Mundhir; pero como llevó a este jefe para que lo siguiera en su campaña, encargó del gobierno (provisional) de la ciudad a Ben Gazlan Qurayxi, pariente del anterior, y nombró cadí al jurista Muhammad ben Musawwar.

Estas medidas restablecieron el orden, la satisfacción se hizo general y la mayor parte de los habitantes marchó (con el califa) a la guerra santa. Seguido de guerreros para quienes los caminos eran demasiado angostos y que llenaban los más vastos espacios, el emir llegó a la plaza fronteriza de Medinaceli y, fingiendo continuar la marcha hacia la frontera por allá, envió por este lado a su vanguardia. Pero en realidad se volvió con sus tropas hacia Álava, hizo tres etapas en una jornada, y llegó al Wadi Duwayr (Duero), donde acampó y pasó la noche. A la mañana siguiente hizo partir al visir Said ben al-Mundhir, con jinetes armados a la ligera y elegidos entre los más rápidos, en dirección al castillo de Wakxima (Osma), y este diligente jefe llegó hasta las cercanías de tal plaza, y luego lanzó sus tropas a derecha e izquierda para realizar razzias. Los cristianos estaban tranquilos y no temían este ataque, porque su jefe había escrito al Príncipe de los Creyentes para hacerle falaces promesas e impedirle así que fuera a tal región. El emir había fingido aceptarlas y no había revelado su plan, de modo que los cristianos nada recelaban, cuando estas razzias los sorprendieron. Los rebaños y las acémilas pastaban, pues, libremente en la campiña, los nuestros se apoderaron de todo y después se unieron sanos y salvos, con su botín, al grueso del ejército. En la mañana del viernes 17 de Safar [8 de julio de 920] la caballería, en orden y perfectamente dispuesta en

filas apretadas, avanzó resueltamente contra Wakxima, de donde se escaparon los infieles, dejando vacía la plaza, para refugiarse en espesuras y abruptas montañas próximas; los musulmanes entraron entonces en ella, y después de haber saqueado todo lo que contenía, la incendiaron. El emir pasó en su campamento bajo los muros de Wakxima la noche del (viernes al) sábado, y de allá se dirigió al día siguiente contra el castillo de Castromoros, o San Esteban, centro principal y capital de los infieles, lugar en el que acostumbraban desafiar a los que penetraban en su país, pero cuando vieron que los defensores de la fe llegaban y que los protegidos de Dios avanzaban contra ellos, evacuaron la plaza y huyeron. Los musulmanes entregaron al pillaje todo lo que ella contenía y destruyeron también, en la vecindad, el castillo de Alcubilla. Todo fue saqueado y los enemigos de Dios fueron dejados en las más completa miseria.

Se estableció el campamento al Este del castillo de Castromoros, y los musulmanes pasaron allí la noche del (sábado al) domingo en la más viva alegría. Al día siguiente, por la mañana, el emir llevó su campamento del Este al Oeste, es decir, a una milla de distancia, y la jornada fue dedicada a buscar lo que habían dejado los infieles y a terminar de reunir el botín. Después se emprendió la marcha hacia una antigua ciudad, de nombre Clunia, que figuraba entre las más importantes; el camino que conducía a ella pasaba por una serie ininterrumpida de aldeas y por una rica llanura cultivada, donde los musulmanes saquearon todo y mataron a los que cayeron en sus manos. Al llegar a la ciudad la encontraron vacía, porque los habitantes se habían escapado a las montañas vecinas; los nuestros la entregaron por completo al pillaje y se ocuparon en destruir las casas y las iglesias. Al-Nasir pasó allí tres días dedicado a arruinar a los infieles y a aniquilar sus riquezas; y después partió de Clunia el sábado 24 de Safar [15 de julio] para responder a los pedidos de socorro de los musulmanes de Tudela, plaza fronteriza que el cristiano Sancho (de Navarra) sitiaba estrechamente y abrumaba con sus ataques. El príncipe realizó este movimiento con lentitud para no fatigar a sus tropas —que habían hecho la campaña sin descanso— con marchas precipitadas: empleó cinco jornadas en flanquear el gran desierto marchando a lo largo del Wadi Duero, y estableció su campamento en la región de Tudela. Despachó delante la caballería a las órdenes de Muhammad ben Lope, gobernador de tal ciudad, contra el castillo de Carcar, levantado por Sancho para defender esta región, la guarnición evacuó la plaza al aproximarse nuestros jinetes, quienes tomaron posesión de ella.

Al-Nasir se volvió en seguida contra el castillo de Calahorra, que Sancho había convertido en su principal guarida, y donde habitaba; pero la llegada inesperada de nuestras tropas hizo que el cristiano se retirara, y todo lo que allí se encontró cayó en nuestras manos. Al-Nasir pasó dos días arruinando y devastando enteramente los alrededores, luego partió el domingo 4 Rabi [24 de julio] para Dachero, a donde llegó después de cruzar el Ebro. Salió entonces Sancho del castillo de Arnedo al frente de sus bandas de

cristianos para atacar a nuestra vanguardia; pero los más bravos guerreros se lanzaron sobre ellos con la rapidez de la flecha y los pusieron en fuga; después los persiguió la caballería, matándolos, hasta que alcanzaron las montañas y se refugiaron en sus gargantas. Se cortaron gran número de cabezas, para presentarlas al emir, que no tenía conocimiento del combate que acababa de librarse. El campamento fue alzado sobre el mismo campo de batalla, y los nuestros pasaron allí la noche, aprovechando su victoria para extenderse por las aldeas y campos del enemigo.

Enterado Al-Nasir de que los dos cristianos Sancho y Ordoño reunían sus fuerzas para prestarse mutuo apoyo y con la esperanza de atacar a la vanguardia o de sorprender a la retaguardia, hizo alinear a sus tropas en orden de batalla y aumentó la vigilancia en las alas, y continuó su avance en territorio enemigo. Los cristianos se mostraron en las cimas de montañas poco accesibles, y después se lanzaron contra los flancos de nuestras tropas para atemorizar el corazón de los nuestros. Al-Nasir detuvo entonces la marcha y dio la orden de acampar y de levantar las tiendas; luego sus guerreros se precipitaron sobre los infieles que habían bajado de sus montañas y empeñaron el combate. Las gentes del séquito privado del príncipe, los guerreros, los héroes y los defensores de la frontera se echaron sobre ellos arma en mano y los colmaron de lanzazos, de modo que los cristianos, derrotados, huyeron sin atinar siquiera a volver hacia su campamento; mientras que los nuestros se lanzaron sobre sus pasos, mataron a todo el que caía en sus manos, y sólo detuvieron su persecución a la llegada de la noche.

Más de un millar de fugitivos se refugiaron en el castillo de Muez, donde esperaban poder resistir; pero Al-Nasir hizo avanzar su tienda y las de sus tropas, y el castillo fue cercado por todos lados; los refugiados en él fueron atacados y la plaza acabó por ser conquistada. Los cristianos que se encontraban dentro de ella fueron sacados y llevados a presencia del emir, quien hizo decapitar a todos ante sus ojos. En este castillo y en el campamento cristiano que estaba próximo se encontró una enorme cantidad de objetos, tiendas, alhajas artísticamente trabajadas y vasos; también fueron tomados alrededor de mil trescientos caballos. El emir estuvo cuatro días en este lugar destruyendo todas las propiedades cristianas de la vecindad, las cosechas y los cultivos. El domingo 11 Rabi I [31 de julio] se trasladó al castillo de Viguera, que Sancho había edificado para defender esta región, lo encontró abandonado por la población, que había huido, y lo hizo destruir. Durante esta campaña y hasta su llegada al castillo de Viguera, el emir suministró [cada día] a su gente mil medidas, provenientes de las provisiones de víveres de los infieles.

Después se dirigió a los castillos que pertenecían a los musulmanes para instalar guarniciones en ellos y cuidar que todo estuviera en orden, no dejando, cada vez que encontraba una guarida cristiana en las cercanías, de destruirla y de incendiar la campiña vecina, de modo que el territorio cristiano fue devastado por las llamas en una extensión de diez millas cua-

dradas. En tal cantidad se tomaron víveres y objetos diversos que fueron demasiados para poder ser transportados y habían perdido todo valor: se daban en el campamento seis kafices de trigo por un dirhem, y como no se encontraban compradores, se hizo un montón con los víveres y se los quemó. El martes 27 Rabi I [16 de agosto] Al-Nasir emprendió la retirada y llegó a la ciudad de Atienza, donde pasó una jornada. A los guerreros de la frontera, que habían hecho la campaña con él, se les permitió volver a su país y recibieron ricas vestiduras y cabalgaduras. (El emir) expidió a Córdoba las cabezas de los infieles cortadas en los diversos combates que acabamos de relatar, y éstas fueron tantas que las acémilas no alcanzaron para llevarlas todas. Y Al-Nasir volvió a entrar en su palacio de Córdoba el jueves 13 Rabi II [2 de septiembre] después de haber hecho una campaña que había durado noventa días.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDHARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 291-298).

EL PRIMER FILÓSOFO HISPANO-MUSULMÁN

El pensamiento filosófico de Al-Ándalus no enraíza en las tradiciones hispanas, sino en la filosofía oriental. Pronto surgen, sin embargo, en la España musulmana, pensadores originales. El primero es Ben Masarra (883-931). Debe incluirse entre los neoplatónicos, mas puso de relieve ideas peculiares sobre la existencia de una materia espiritual, común a todos los seres, excepto Dios. Ben Masarra creó escuela, pero sus seguidores tropezaron, al cabo, con la rígida ortodoxia de las postrimerías de la época califal.

VIDA DE BEN MASARRA, EL CORDOBÉS

Muhammad ben Abd Allah ben Masarra ben Nayih, originario de Córdoba, tenía el sobrenombre de "Abu Abd Allah".

Aprendió Tradiciones con su padre, con Muhammad ben Widah y con Al-Juxani.

Partió para el Oriente en los últimos días del emir Abd Allah (apiádese Dios de él).

Me ha dicho Al-Jattab ben Maslama que (ben Masarra) fue sospechado de ateísmo, por lo que huyó y recorrió el Oriente durante cierto tiempo, poniéndose en contacto con los polemistas, los maestros de la teología dogmática y los del "motazelismo". Luego se dirigió a Al-Ándalus y aparentó devoción y continencia, de modo que, engañándose los hombres con su simulación, acudieron a él, a porfía, a escuchar sus lecciones; pero más tarde se percató la gente de lo malo de su teoría, quedando puesta en descubierta su (verdadera) doctrina. Se apartaron, pues, de él, quienes tenían ciencia y discernimiento; (pero) continuaron acompañándolo otros, de quienes se había enseñoreado la ignorancia y que profesaron en su secta.

Hablaba de la libertad de obrar así como de la impugnación del castigo en la otra vida, y alteraba en muchas (partes) la interpretación del Corán;

sin embargo, pretendía ocuparse de la reforma de la conducta y del examen de las conciencias, para establecer la sinceridad de la fe, al estilo de la doctrina de Dzu-l-Nun al-Ajmimi y de Abu Yaqub al Naharyuri. Tenía facilidad de palabra, sabiendo embellecer las expresiones y ocultar los significados. Hubo muchos que lo refutaron...

Según Ben Masarra, los hombres están divididos en dos grupos: un grupo que llega al límite de la preeminencia en la ciencia y en la templanza; y otro grupo al que se acusa de herejía, tanto por lo que aparenta su discurrir respecto a los premios y castigos de la otra vida como por salirse de las creencias que son corrientes en el territorio del Ándalus, adictas al argumento de autoridad y al principio de ciega adhesión al maestro.

Me ha expresado Al-Bayi que Muhammad ben Masarra murió el año 319 [931-932], pero (también) se ha dicho que falleció al comienzo del mes de Xawwal del año 319. Según una referencia escrita de su padre, hallada por mí, Muhammad ben Abd Allah ben Masarra nació en el primer tercio de la noche de un martes, la séptima noche de Xawwal del año 269 [11 diciembre 882].

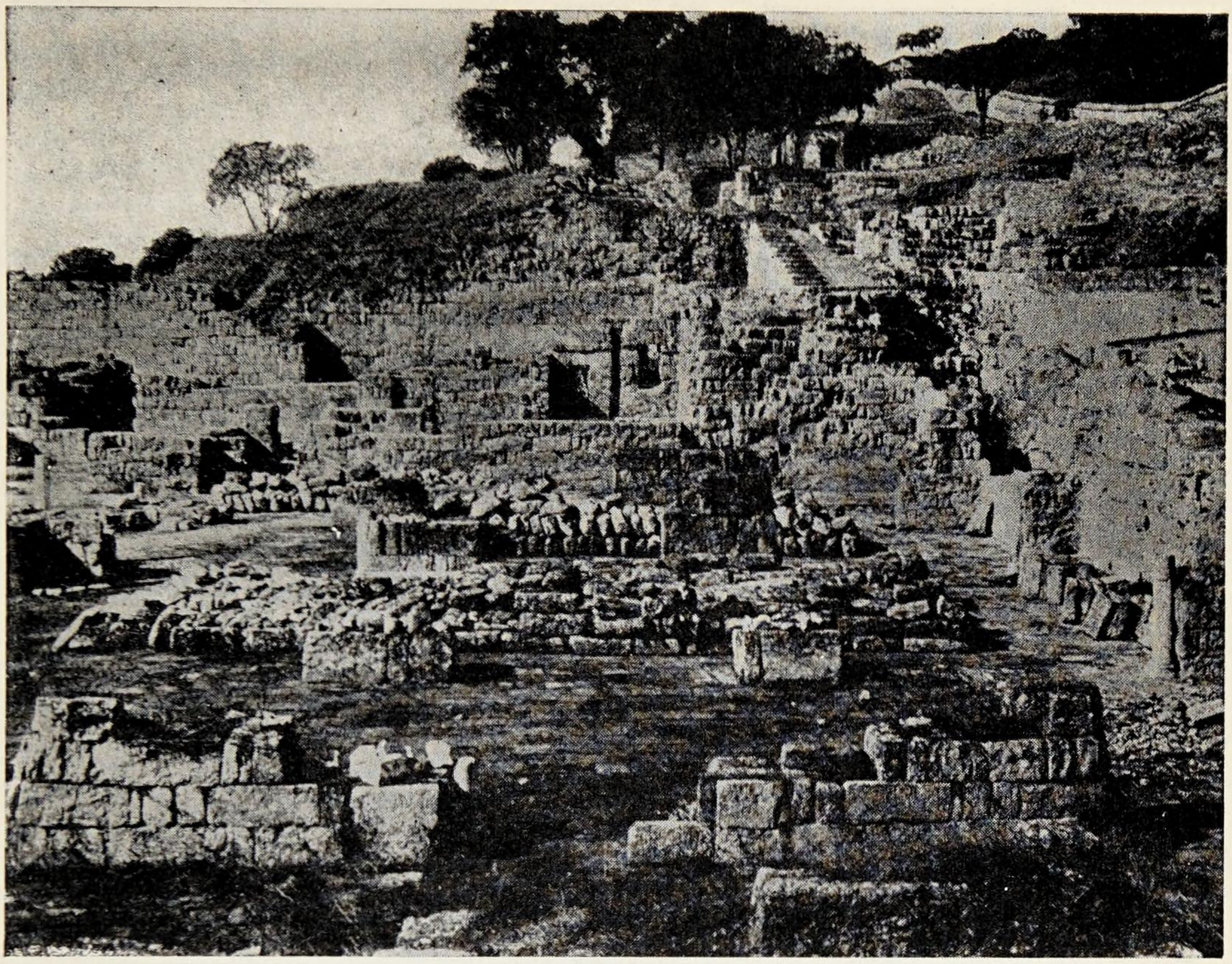
Alguien ha dicho que falleció en día miércoles, después de la oración de la tarde, pasadas cinco noches del mes de Xawwal del año 319, cuando tenía 50 años y tres meses de edad.

Del *Tarij ulama al-Ándalus*, de BEN AL-FARADI; ed. Codera, biografía Nº 1.202 (Trad. inédita de Osvaldo A. Machado; según el texto de la "Crestomatía de árabe literal" de Asín, 3ª ed., pág. 33).

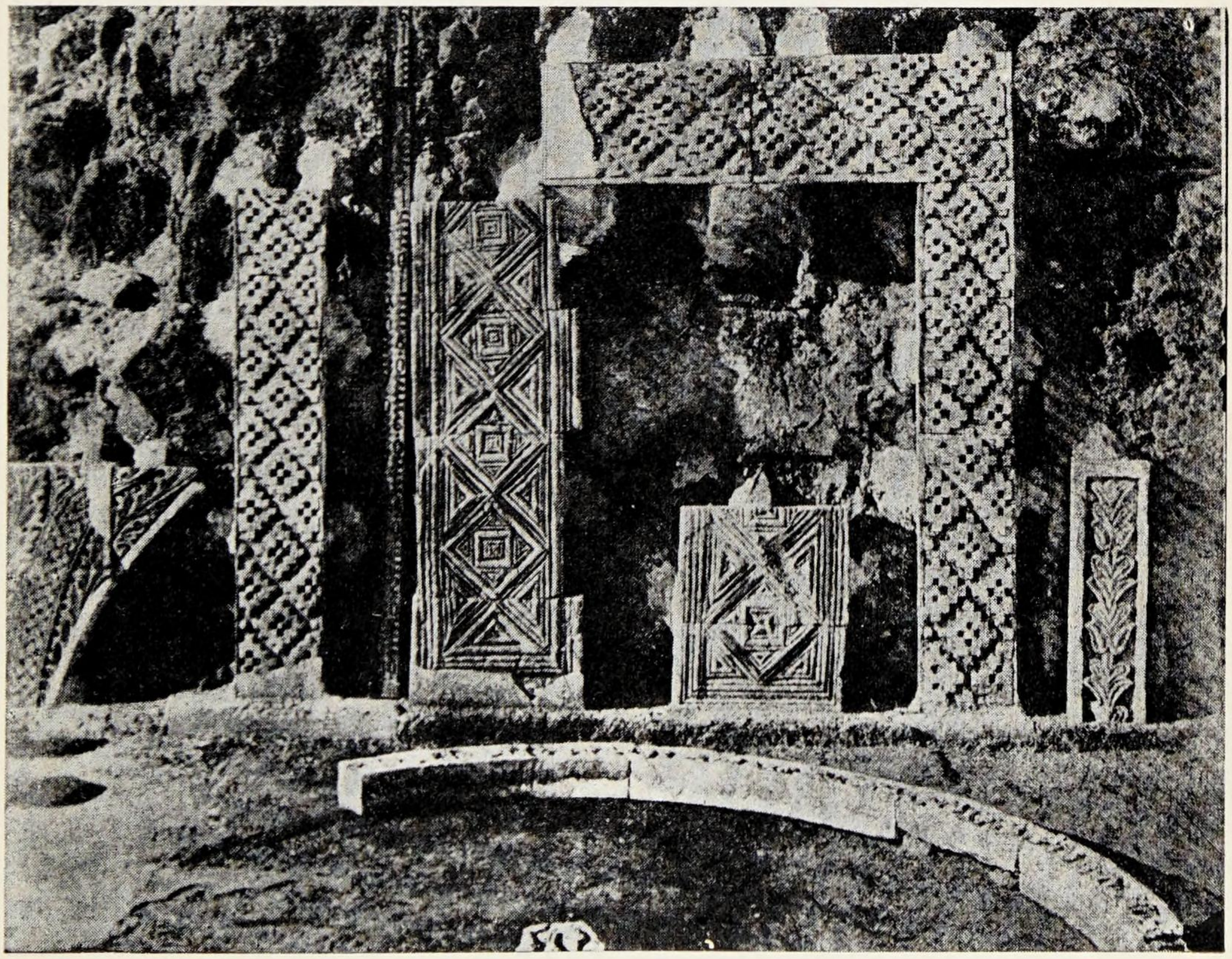
LA CIUDAD-PALACIO DE LOS CALIFAS CORDOBESES

Cuando Abd al-Rahman III hubo pacificado Al-Ándalus y consiguió imponer respeto a los cristianos del Norte y reorganizó su hacienda, se proclamó califa (929), para romper el último tenue vínculo que unía aún a la España musulmana con el califato de Bagdad. Llegado al colmo del poder, apeteció entonces construir en la sierra de Córdoba una ciudad-palacio, Medina al-Zahra, digna por su belleza de la grandeza de su imperio. Los historiadores la describieron con asombro y los compiladores tardíos, que no podían consolarse de su ruina y de la caída de Al-Ándalus, recogieron con placer tales relatos.

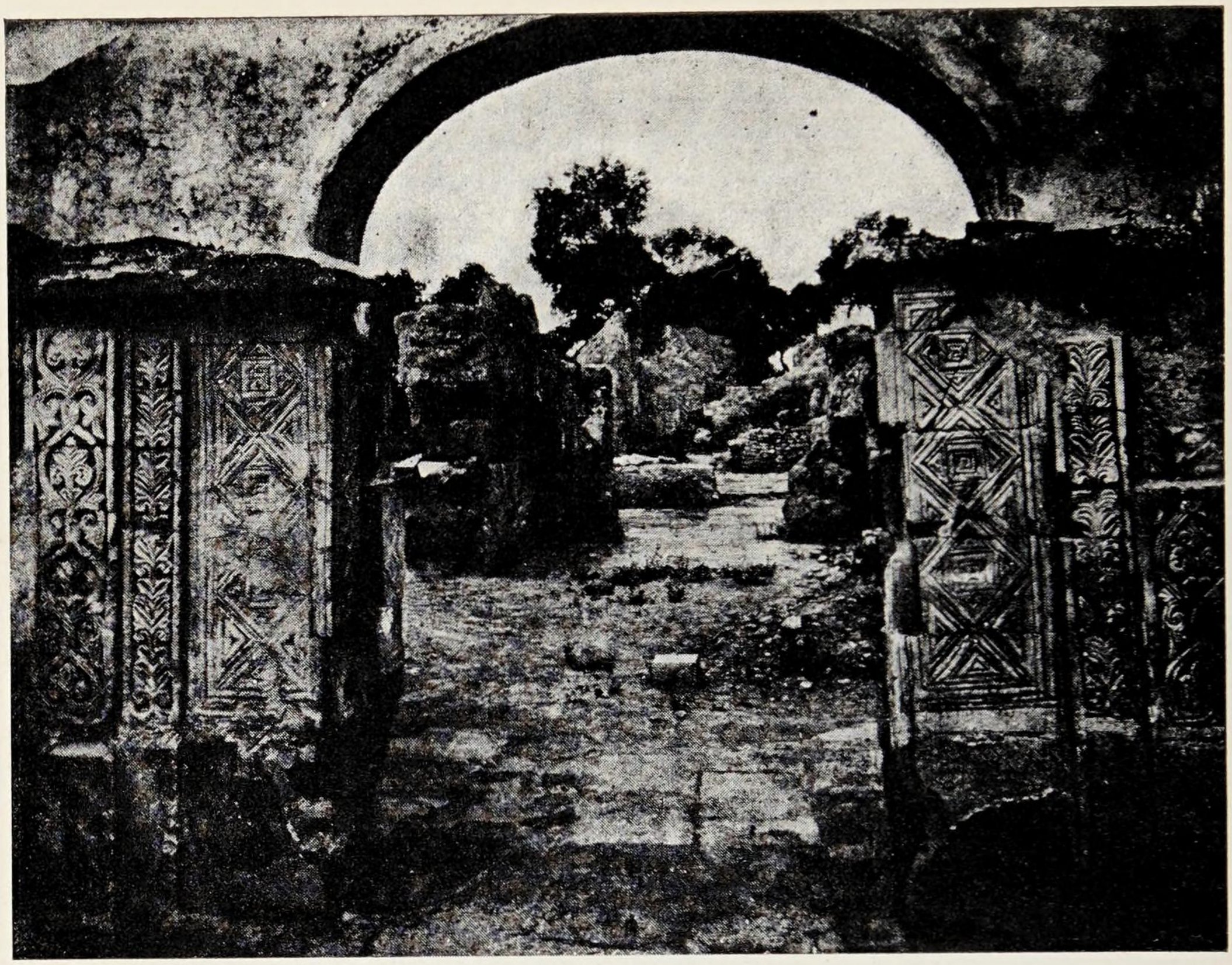
Medina al-Zahra estaba situada entre la montaña y el llano que se extiende hasta Córdoba, a unas tres millas de los límites más lejanos de la ciudad. Ben Jallikan, en sus "Biografías de hombres ilustres", bajo el artículo de Al-Mutamid Ben Abbad, rey de Sevilla, da las dimensiones de la maravillosa ciudad; sus palabras son las siguientes: La ciudad de Al-Zahra era una de las más espléndidas, más renombradas y más magníficas construcciones que hicieron los seres humanos. Estaba a la distancia de cuatro millas y un tercio de Córdoba, medía 2.700 *cubitos* de largo de Este a Oeste, y



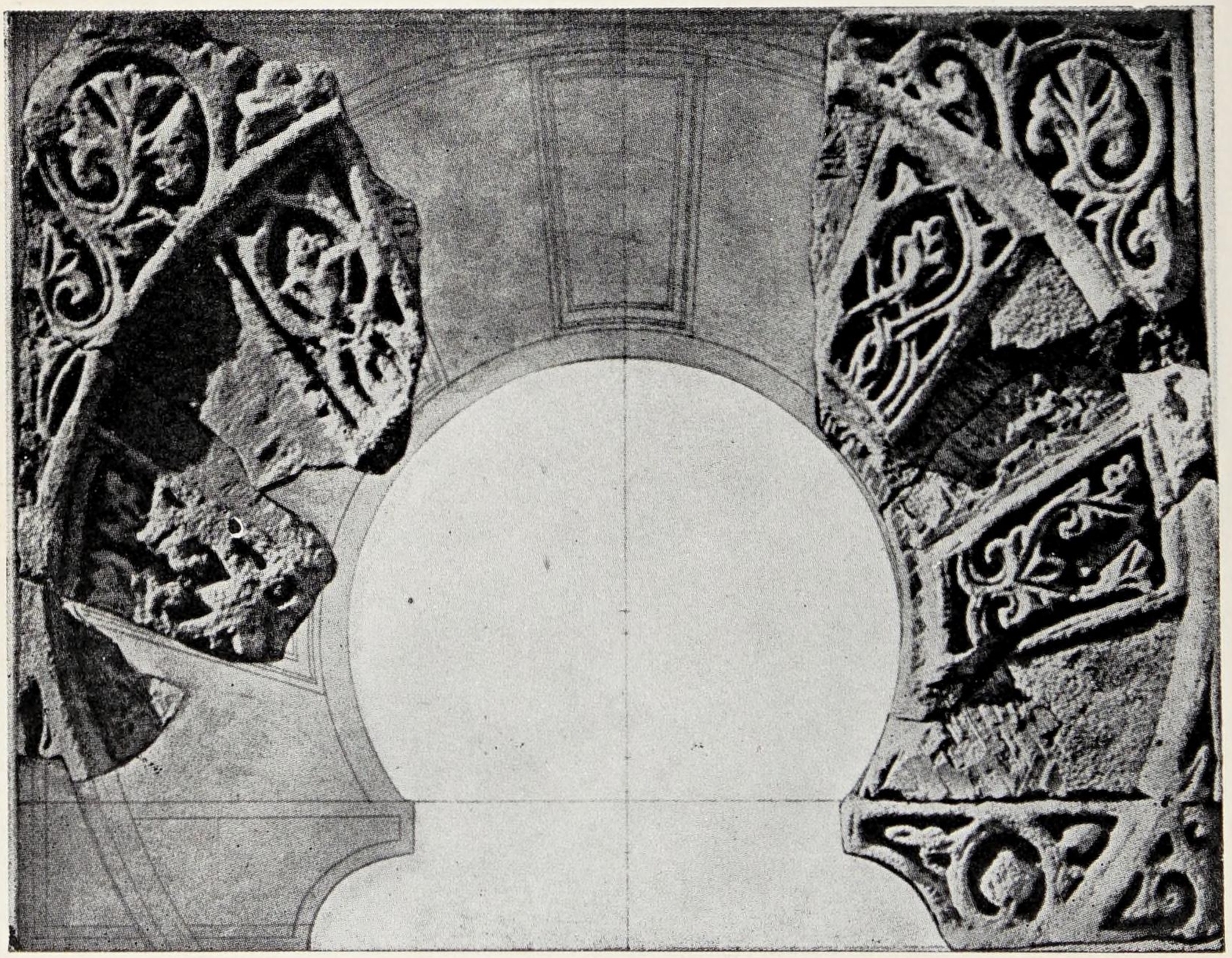
Córdoba. Medina al-Zahra. Ruinas del palacio.



Córdoba. Medina al-Zahra. Detalle de ornamentación en piedra.



Córdoba. Medina al-Zahra. Ruinas de un arco.



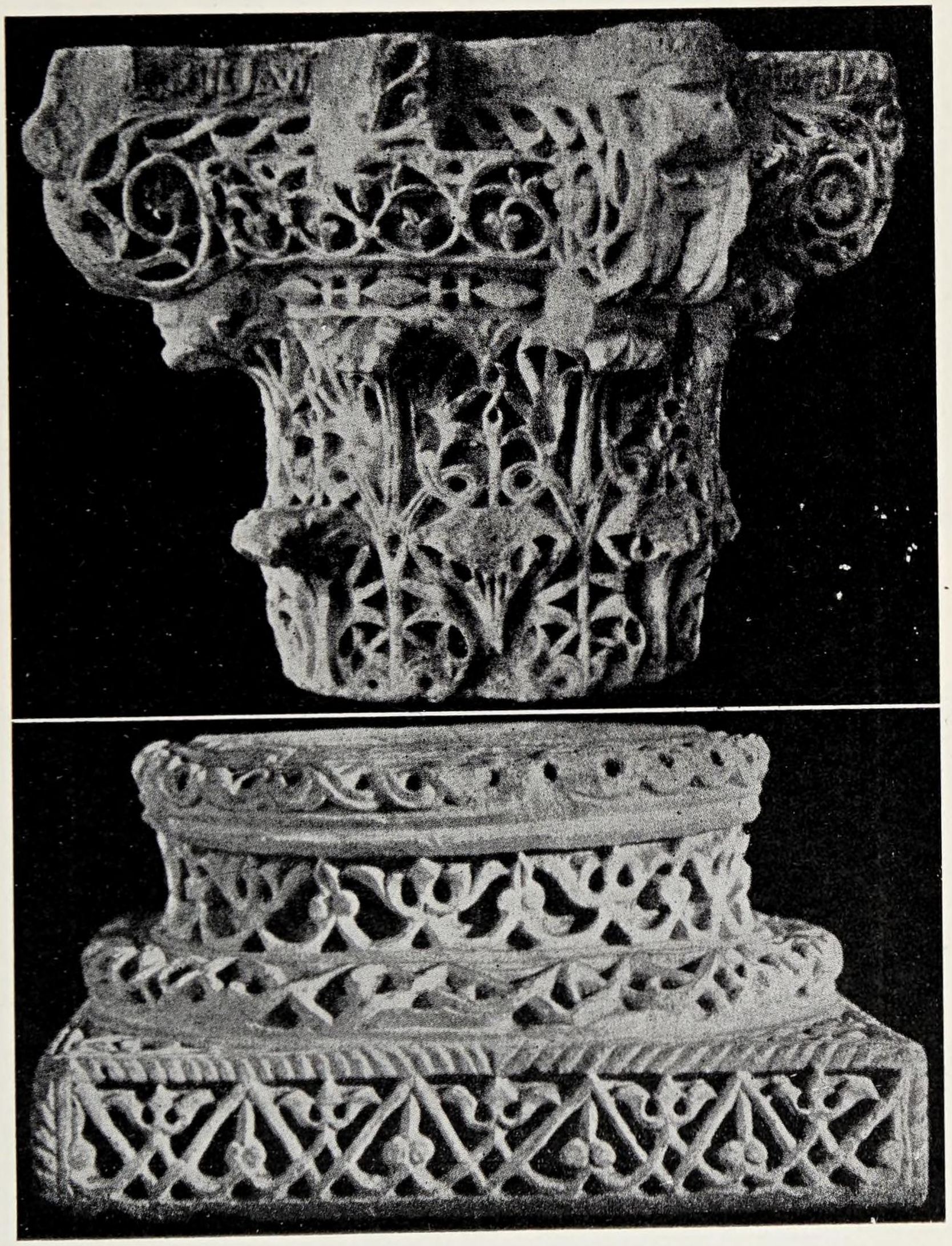
Córdoba. Medina al-Zahra. Detalle ornamental de un arco.

Córdoba. Medina al-Zahra. Salón de Abd al-Rahman III.

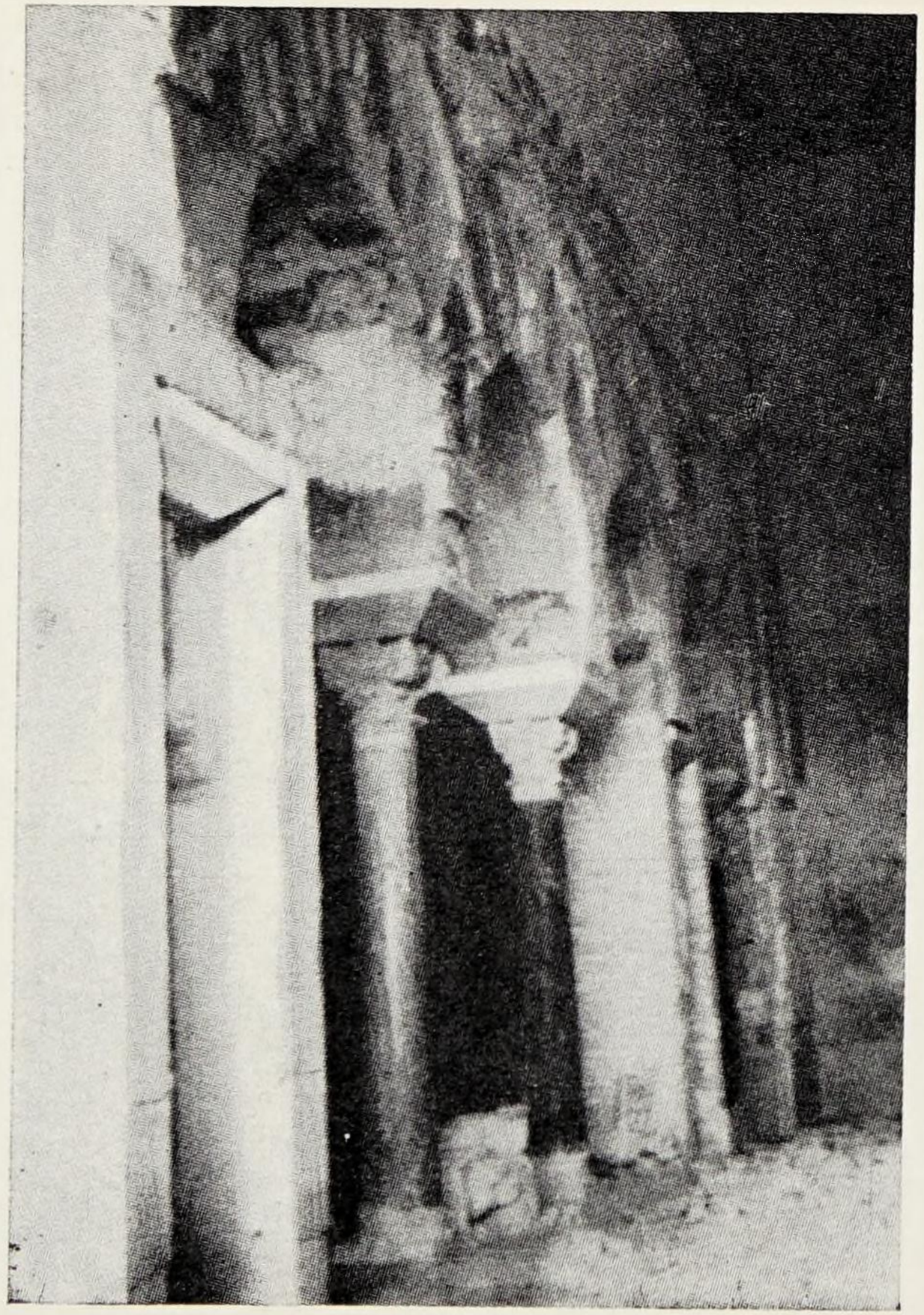
Córdobá. Medina al-Zahra. Basa del salón de Abd al-Rahman III (año 953)

Córdoba. Medina al-Zahra. Panel en piedra del salón de Abd al-Rahman III

Córdoba. Medina al-Zahra. Pilastra de mármol del salón de Abd al Rahman III.

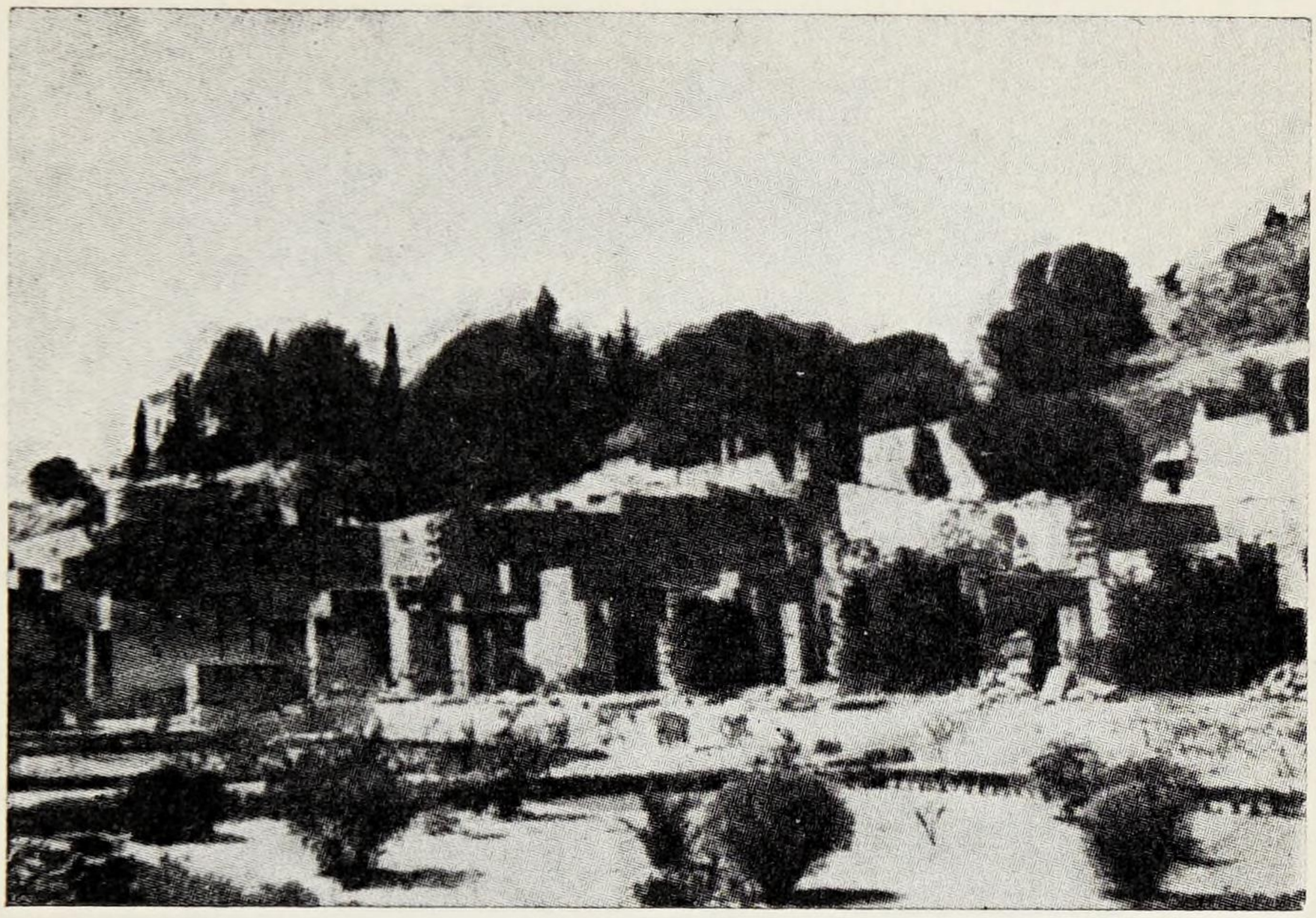


Córdoba. Medina al-Zahra. Basa y capitel.

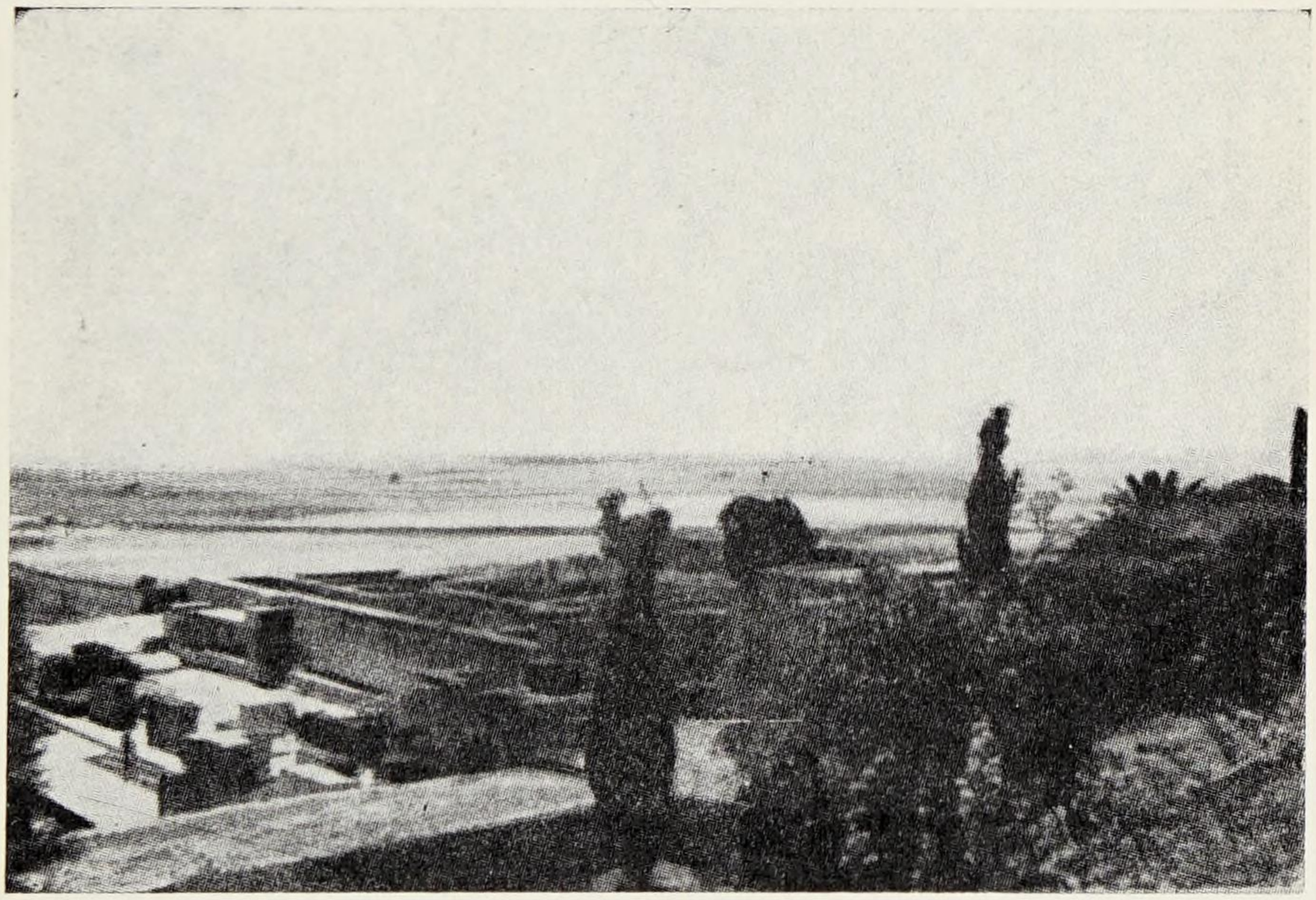


Puerta lateral, parcialmente restaurada, del gran salón en la parte meridional de Medina al-Zahra.

Último pequeño patio excavado en Medina al-Zahra, con fuente en el centro. Todo aparece tál como estaba, sin restauración alguna. Época califal.

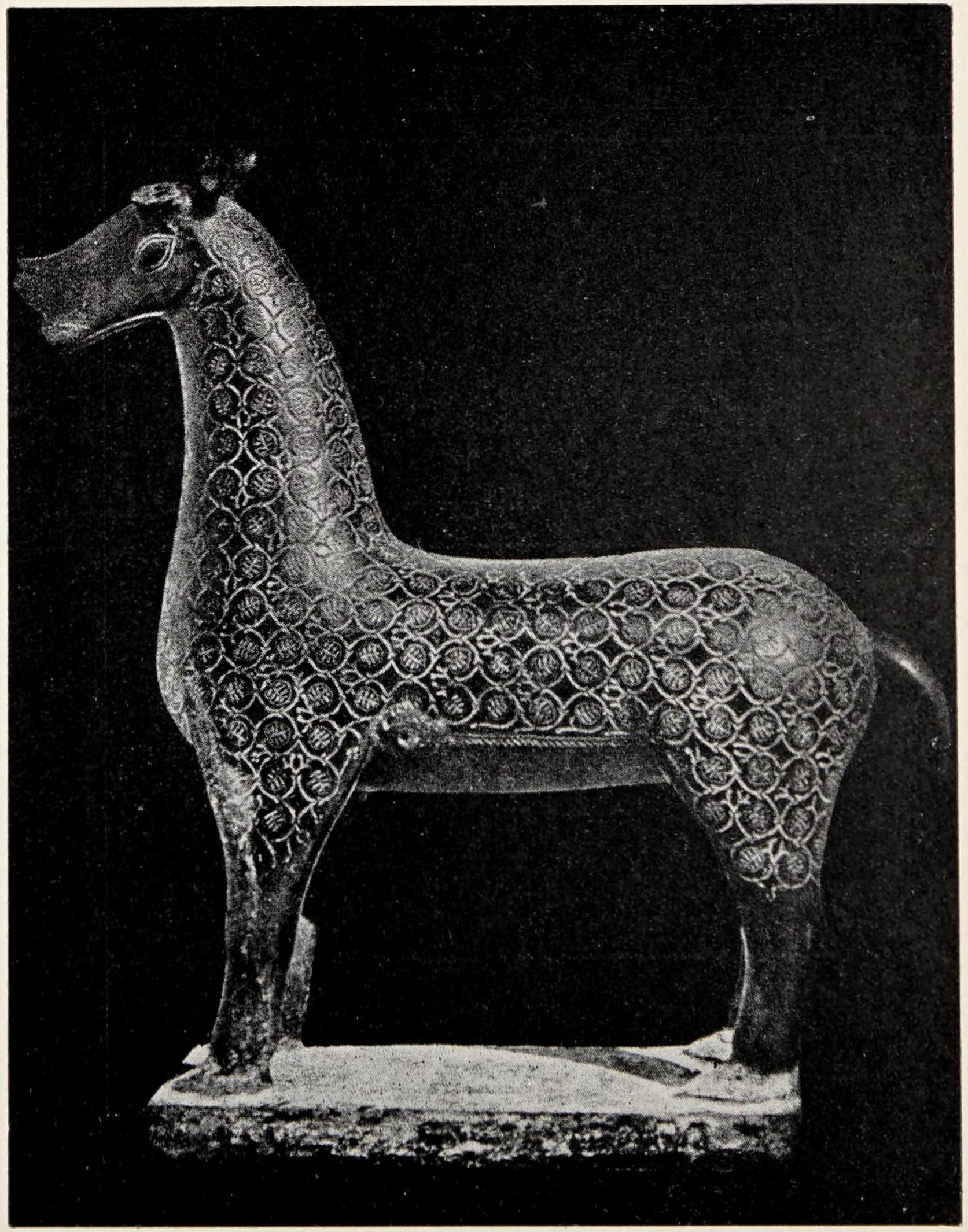


Vista, desde el gran patio de Medina al-Zahra, de los muros reconstruidos de la parte alta del palacio.



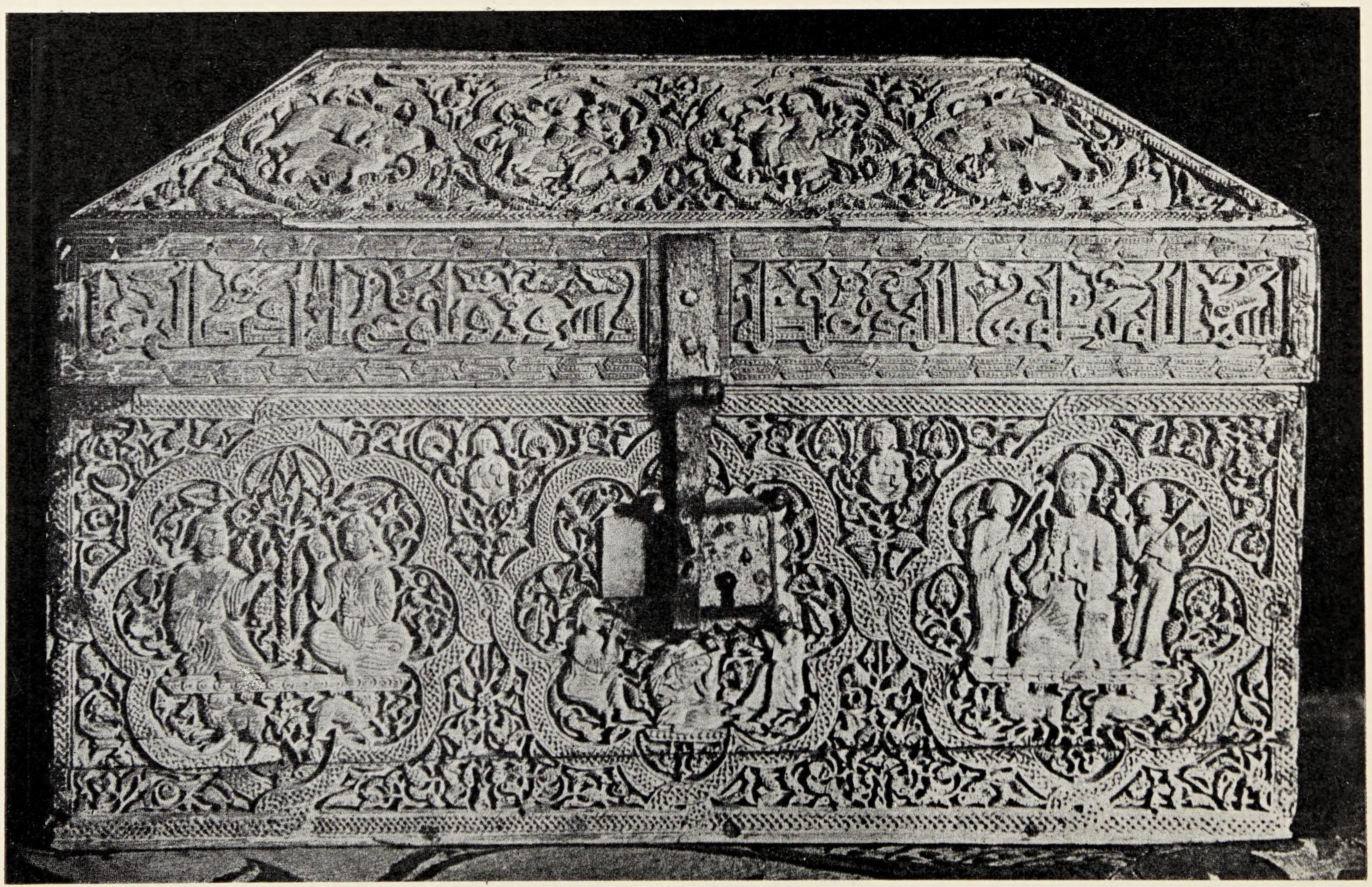
Otra vista desde la parte alta.
Recoge aspectos de los muros fotografiados en la anterior. En el extremo inferior izquierdo se ve una esquina del gran patio.

Arqueta de la Catedral de Zamora, de la época califal.



Córdoba. Ciervo procedente de Medina al-Zahra.

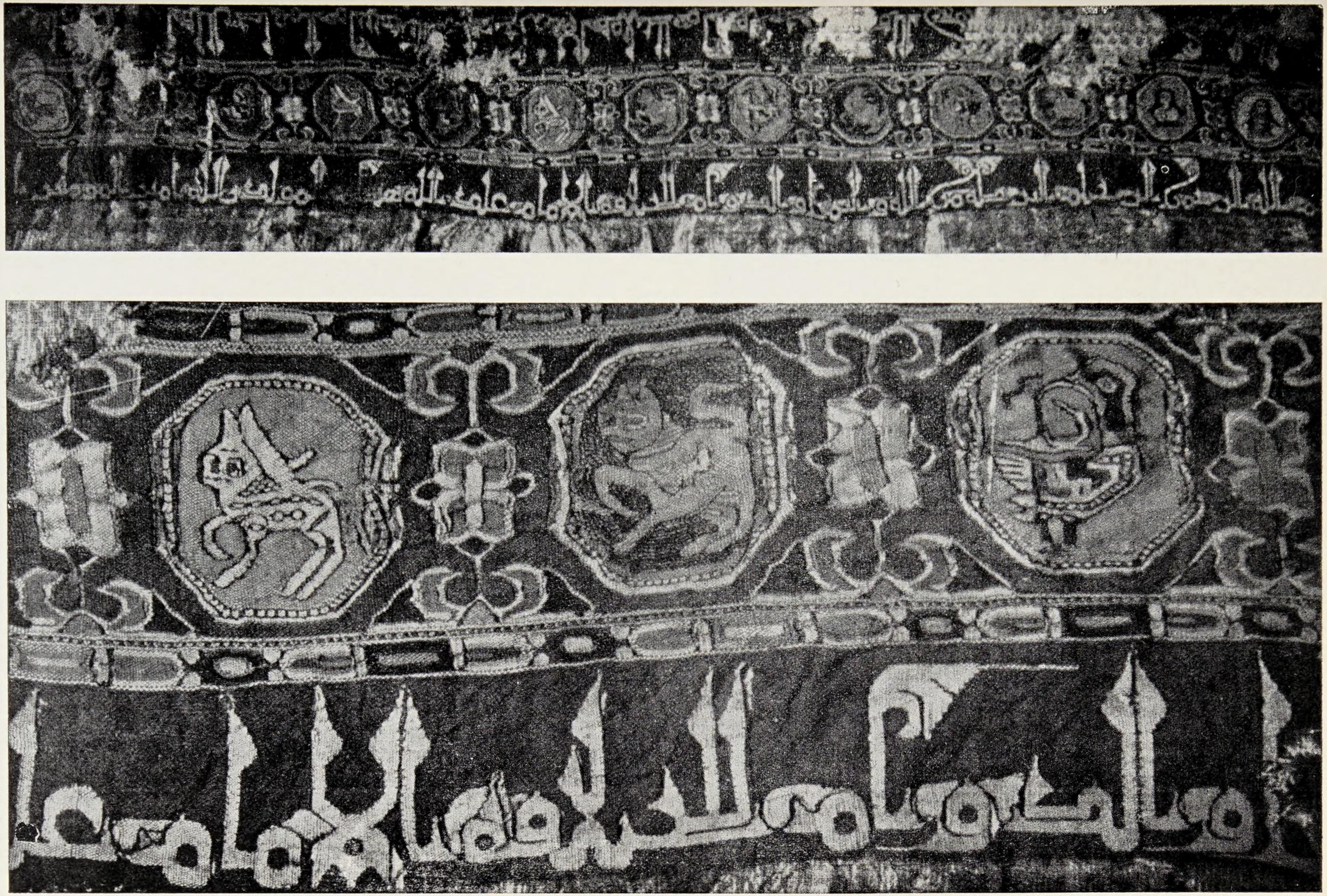
Córdoba. Jarro y plato hallados en Medina al-Zahra.



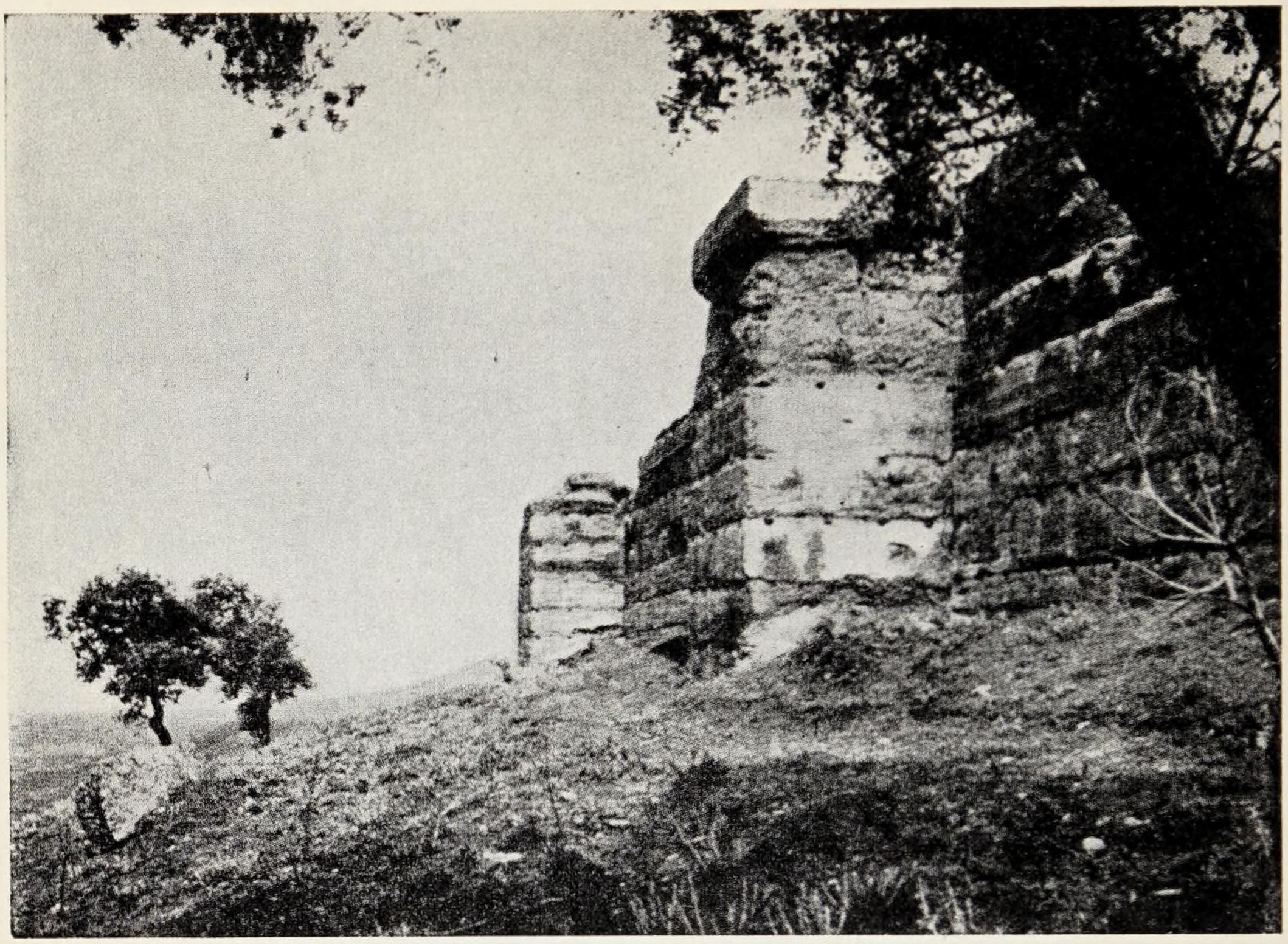
Arqueta de marfil de la Catedral de Pamplona. De la época califal.

Calleja de los Arquillos, de la Córdoba califal.

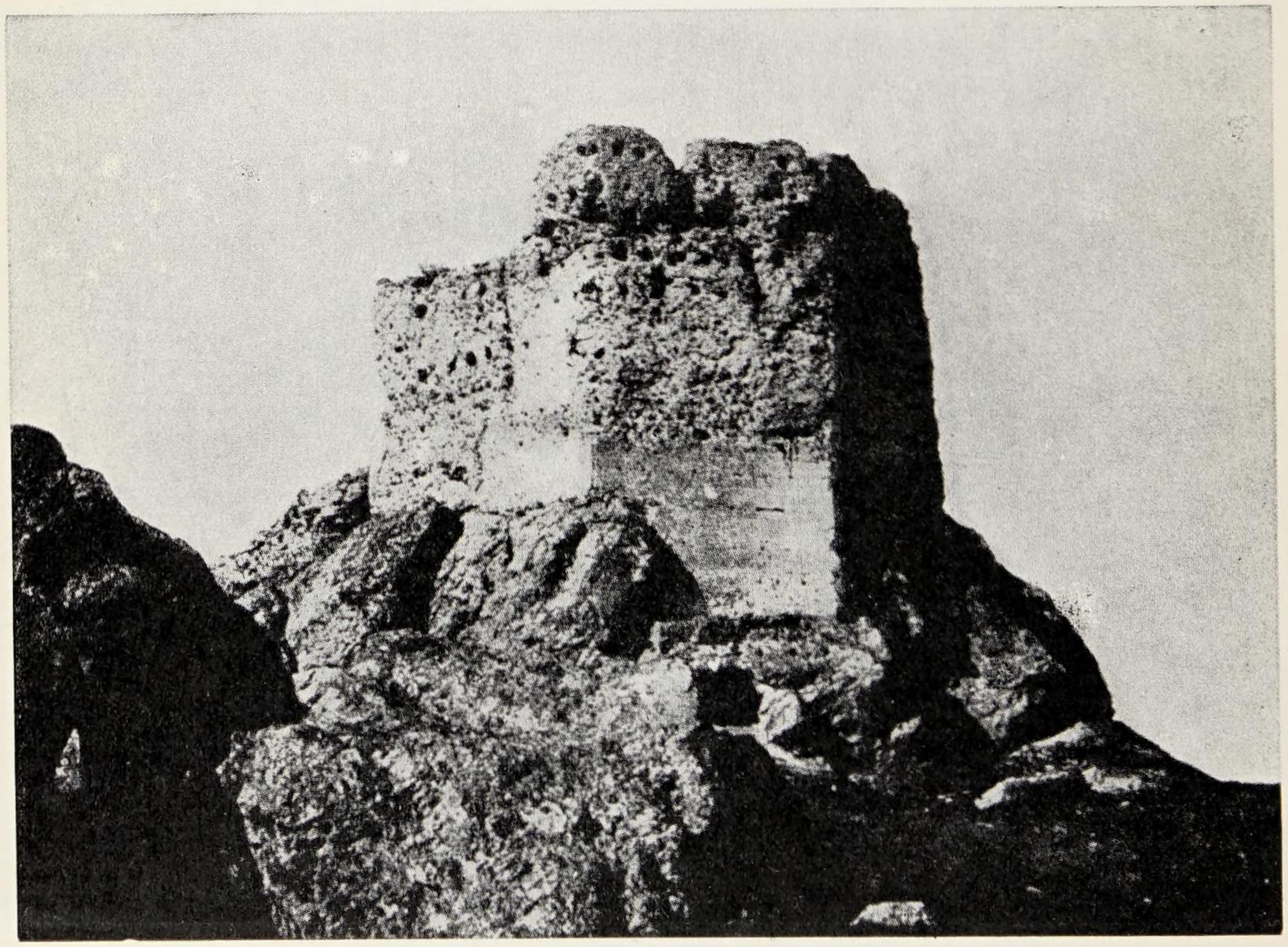
Arco del Portillo de la Córdoba Califal.



Velo de Hixam II. Academia de la Historia. Madrid.

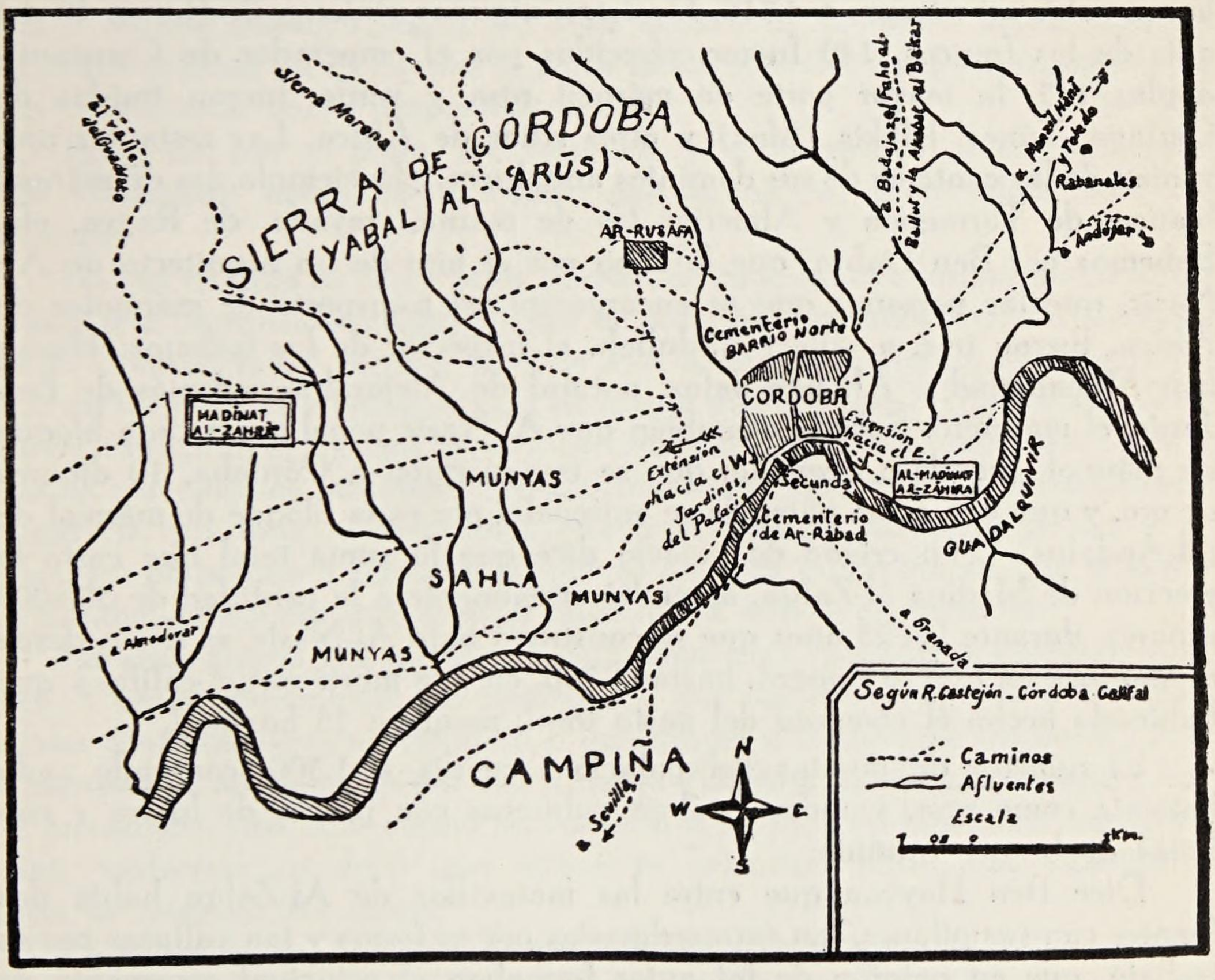


El castillo de Al-Bakar, de la época califal.



El castillo de las Navas de Tolosa, de la época califal.

el ancho de Norte a Sur era de 1.700 *cubitos*. Se contaban en ella 4.300 columnas y 500 puertas. En su construcción gastó Al-Nasir incontables tesoros, ya que se tiene noticia de que los ingresos de Al-Ándalus en los días de aquel sultán ascendían a 5.480.000 dinares de oro, que producían los impuestos, más 765.000 dinares que rendían los mercados, el quinto del botín tomado al enemigo, y la *capitación* que se cobraba a los judíos y cristianos, cuya suma era igual a todos los anteriores. De estos ingresos Al-Nasir gastaba un tercio para el pago del ejército, un tercio depositaba en las arcas reales para cubrir los gastos del palacio y el resto se aplicaba a la construcción de Al-Zahra y de aquellos otros edificios que se erigieron durante su reinado. Ben Jallikan parece que tomó tales datos de Ben Baskuwal y de otros historiadores.



Alrededores de la Córdoba califal.

Ben Hayyan da una lista y relación detallada de lo que costó la obra y de lo que se empleó en ella. Tal historiador obtuvo su información de boca de Ben Dahin, que la obtuvo de Muslamah ben Abd Allah, arquitecto y geómetra que vivió en el reinado de Al-Nasir. "Se empezó la construcción del palacio y ciudad de Medina al-Zahra en el año 325 [936-37 de C.] y se continuó durante 40 años, es decir 25 del reinado de Al-Nasir y 15 del de su sucesor Al-Hakam. Pues aunque el palacio estuvo completo mucho

antes de la muerte de Al-Nasir, se hicieron muchos aumentos por su hijo Al-Hakam, y la parte de recepción de la corte, los cuarteles para las tropas, los jardines de recreo, baños, fuentes, etc., no se completaron hasta los tiempos de Al- Hakam. Durante el reinado de Abd al-Rahman se emplearon diariamente 6.000 sillares de piedra, grandes y pequeños, pulidos o sin desbastar y de todas las formas y tamaños, aparte de las especiales que se usaban para pavimentar, etc. El número de bestias empleadas para el acarreo de estos materiales ascendía a 400, algunos dicen que más, aparte de 400 camellos pertenecientes al sultán y de 1.000 mulas alquiladas a razón de 3 mizcales por mes, lo que hacía un total de 3.000 mizcales mensuales. Cada tres días se empleaban 1.100 cargas de limo y yeso. El número de columnas, grandes y pequeñas, empleadas en la construcción ascendía a 4.000, aunque otros hacen subir tal número a 4.316. De éstas, algunas vinieron de Roma, 19 del país de los francos, 140 fueron ofrecidas por el emperador de Constantinopla; 113, la mayor parte de mármol rosa y verde, fueron traídas de Cartago, Túnez, Isfakis (Sfax) y otros sitios de África. Las restantes provenían de las canteras de sus dominios andaluces; por ejemplo, las de mármol blanco, de Tarragona y Almería; las de mármol rayado, de Rayya, etc. Sabemos por Ben Dahin, que lo supo por el hijo de un arquitecto de Al-Nasir, que las personas que se encargaron del transporte de mármoles de África, fueron tres, a saber: Abdullah, el inspector de los trabajos; Hasan ben Muhammad y Ali ben Jafar, natural de Alejandría, además de Ben Junis, el marinero. Sabemos también que Al-Nasir pagaba por cada bloque de mármol, grande o pequeño, que se transportaba a Córdoba, 10 dinares de oro, y que una suma parecida se entregaba por cada bloque de mármol de Al-Ándalus. Y un criado de palacio dice que la suma total que costó la erección de Medina al-Zahra, ascendió anualmente a la cantidad de 300.000 dinares, durante los 25 años que se construyó bajo Al-Nasir, es decir, desde el año 325, en que se empezó, hasta el 350, en que murió aquel califa, y que habiendo hecho el cómputo del gasto total, montó a 15 *haytmal*.

El número de puertas del palacio ascendía a 1.500, contando cada batiente como una, y todas estaban cubiertas con placas de hierro y con hojas de bronce bruñido.

Dice Ben Hayyan que entre las maravillas de Al-Zahra había dos fuentes con sus pilones, tan extraordinarias por su forma y tan valiosas por su trabajo, que en opinión de tal autor formaban el principal ornamento de palacio. La mayor de las dos era de bronce dorado y estaba maravillosamente esculpida con bajorrelieves que representaban figuras humanas. Fue traída de Constantinopla por Ahmad Al-Yunani (el griego) y por Rabi el Obispo, para el califa.

En cuanto a la pequeña, que era de mármol verde, trájola de Siria el dicho Ahmad, aunque otros aseguran que vino también de Constantinopla con Rabi. En todo caso, todos están conformes en decir que, por lo maravilloso de su material y trabajo, su valor está fuera de toda apreciación. Especialmente la pequeña parece que fue una verdadera obra de arte. Se la

transportó a la costa y llegó a Al-Ándalus en un buque. Cuando la recibió el califa, ordenó que se pusiera en la alcoba del salón o patio oriental llamado Al-Munis y le colocó doce figuras hechas de oro rojo, fijadas con perlas y otras piedras preciosas. Las figuras, que se hicieron en el arsenal de Córdoba, representaban leones, antílopes, cocodrilos en un frente, y en otro aparecían un águila y un dragón y en las dos alas del grupo aparecían una paloma, un halcón, un pato, una gallina, un gallo, un milano y un buitre. Todos estaban adornados con joyas y echaban agua por la boca.

Otra de las maravillas de Al-Zahra era el salón llamado de los califas, cuyo tejado era de oro y de bloques de mármol de variados colores, sólidos pero transparentes, y cuyas paredes eran de los mismos materiales. En el centro de este salón, o según algunos, encima de la fuente arriba descrita que ellos colocan en él, estaba la perla única ofrecida a Al-Nasir, con otros objetos valiosos, por el emperador León.

Eran de oro y plata las tejas de este magnífico salón y, según Ben Baskuwal, había en el centro del mismo un gran pilón lleno de mercurio.

Daban entrada al salón ocho puertas de cada lado, adornadas con oro y ébano, que descansaban sobre pilares de mármoles variados y cristal transparente. Cuando el sol penetraba en la sala a través de estas puertas y reflejaba en las paredes y techo, era tal su fuerza que cegaba. Y cuando Al-Nasir quería asombrar a algunos de sus cortesanos, le bastaba hacer una seña a uno de sus esclavos para poner en movimiento el mercurio, e inmediatamente parecía que toda la habitación estaba atravesada por rayos de luz y la asamblea empezaba a temblar, porque se tenía la sensación de que el salón se alejaba, sensación que duraba mientras se movía el mercurio.

La abundancia del mercurio en España hizo concebir a Al-Nasir esta idea. Y era el movimiento del mercurio el que hacía creer que la habitación estaba continuamente moviéndose o que giraba alrededor de un poste como si siguiera el movimiento del sol. Y tenía Al-Nasir tanta preocupación por tal mecanismo que sólo confió su cuidado a su hijo Al-Hakam. Pero todos están conformes en decir que nunca se construyó nada más espléndido antes ni después del Islam.

La mezquita de Al-Zahra no valía menos que el resto del palacio. Aunque de inigualable trazado y de proporciones sin par, toda ella se construyó en 48 días, porque Al-Nasir tuvo empleados continuamente en ella 1.000 hombres hábiles, de los que 300 eran albañiles, 200 carpinteros y los restantes 500, enladrilladores y mecánicos de varias clases. Era una estupenda construcción maravillosamente terminada en todas sus partes y tenía cinco naves de prodigiosa construcción, naves que medían 30 *cubitos* de la Qibla al Jauf sin la Maqsurah. El ancho del patio de la Qibla al Jauf era de 43 *cubitos* y se hallaba todo pavimentado con mármol rojizo muy parecido al color del vino. En el centro había una fuente de agua límpida para el uso de la mezquita. Todo el largo de la mezquita, de la Qibla

al Jauf sin el Mihrab, era de 97 *cubitos*, y el ancho, de Este a Oeste, de 59. A esta mezquita se le añadió una torre cuadrada que medía 10 *cubitos* en la base y se elevaba a la altura de 40 *cubitos*. La nave surah era de maravillosa construcción y estaba adornada con costosa magnificencia, y por orden de Al-Nasir se colocó en ella un púlpito de extraordinaria belleza y dibujo, el mismo día en que se completó la mezquita, es decir, el 23 de Xaban del año 329 de la H. [23 enero 941]. En tal día que, según otros autores, coincidió con el 22 del mismo mes, y fue viernes, se dijeron por primera vez preces públicas con gran solemnidad en la mezquita. Fue Abu Abd Allah ben Abi Isa el cadí que ofició de imán en presencia de Al-Nasir y de los principales de la corte. Al día siguiente el califa oyó un sermón predicado por el mismo cadí.

Había además, en Al-Zahra, dos baños, uno destinado a los oficiales de la casa del sultán y otros servidores del palacio y el otro público; y también, mercados, hospederías, colegios, y otros establecimientos públicos y privados.

Otras muchas bellezas realzaban a Al-Zahra: corrientes de agua, lujosos jardines, construcciones para el acomodo de los oficiales de la casa del sultán, magníficos palacios para los altos funcionarios de la corte, es decir, para la muchedumbre de gentes: pajes, eunucos, esclavos, etc., que, con lujosos trajes, se movían por las anchas calles de la ciudad, etc. El número de servidores masculinos de palacio ascendía a 13.750, a los que se daba diariamente 13.000 libras de carne, sin contar las aves y los peces. Había 3.350 (algunos dicen 3.387) pajes, esclavos y eunucos.

Para los peces de los estanques de Medina al-Zahra se gastaban diariamente 12.000 hogazas, a más de 6 cahices de legumbres negras...

Si sólo hubiera poseído este palacio la terraza de mármol pulimentado sobre los jardines incomparables con el salón dorado y el pabellón circular y todas las demás maravillas, o sólo hubiera poseído su sólida y bella construcción, decoraciones, etc., el lago artificial y la cisterna siempre llena de agua límpida, nunca se hubiera uno podido imaginar nada semejante.

Del *Nafh al-Tib* de AL-MAQQARI (Según versión inglesa de Gayangos: The History of the mohammedan dynasties in Spain, II, 233).

DOBLE Y TERRIBLE DERROTA DEL PRIMER CALIFA DE CÓRDOBA

Todos sus éxitos contra los cristianos quedaron anulados en una sola campaña, "La campaña del gran poder", como la llaman las historias arábigas. Después de restaurar la autoridad soberana en Al-Ándalus y de proclamarse califa, Abd al-Rahman decidió realizar una gran expedición contra el reino por los musulmanes llamada de Galicia, a fin de conquistar Zamora, que era llave del paso del Duero, y para avanzar hasta el mismo León.

Reunió un gran ejército, que los cronistas islamitas elevan a doscientos mil hombres, y a él acudieron, incluso, fuerzas de la Frontera Superior mandadas por Abu Yahya, gobernador de Zaragoza. Pero terminadas las discordias civiles que siguieron a la muerte de Fruela II, había ocupado el solio leonés un gran capitán, Ramiro II, que todavía era lealmente servido por otro gran caudillo, Fernán González, conde de Castilla. Y Abd al-Rahman fue primero derrotado en Simancas y luego en un lugar que Sampiro llamó Alhandega, nombre confirmado ahora por Al-Himyari. Solía identificarse con un poblado salmantino de tal nombre, se le ha supuesto luego en la vía de Osma a Sigüenza y acaso haya que buscarlo de nuevo a la vista de los dos relatos que siguen. Viejas tradiciones nobiliarias andaluzas trataron orgullosas de explicar el desastre como fruto de una traición; Al-Rawd al-Mitar atribuye, a la inversa, a otra traición la salvación del ejército islamita. En todo caso el desastre fue enorme. Pero la crisis interna del reino de León, con motivo de la secesión de Castilla y de las guerras civiles que siguieron a la muerte del vencedor de Simancas, permitieron, sin embargo, a Abd al-Rahman III dominar después a los reyes septentrionales, interviniendo en sus discordias. Un día llegó a Córdoba el rey Sancho el Craso en demanda de auxilio para recuperar el trono y Al-Nasir gozó del placer de ver humillarse ante él al hijo de Ramiro.

LA VERSIÓN CRISTIANA

En la era 977 [939], a saber, en la segunda feria (lunes) a la hora tercia mostró Dios un signo en el cielo y el sol se convirtió en tinieblas durante casi una hora en todo el mundo. Después, a los dieciocho días, el séptimo de los idus de agosto [6 de agosto] en el día que los cristianos celebran a los santos Justo y Pastor, tercera feria (martes), vinieron los cordobeses a Simancas con su nefandísimo rey Abd al-Rahman y con todo su ejército y fijaron allí su campamento. Encontraron al rey Ramiro y sus condes que salieron reunidos con él y con sus huestes, a saber: Fernán González y Asur Fernández y otra multitud de guerreros. Ayudándoles Dios, cayeron sobre los moros y mataron a espada ese día casi tres mil y quizá más; y allí fue capturado el moro Abu Yahya. Dieciséis días después, el doce de las calendas de septiembre [21 agosto], mientras los moros huían y trataban de salir de tierra de cristianos, les salieron al encuentro en un lugar llamado Leocaput, junto al río Verbera, y allí fueron dispersados los islamitas y bastantes fueron muertos y despojados. Y se alegraron mucho los cristianos, porque volvieron con muchas riquezas y se regocijaron de sus despojos y está llena de ellos Galicia y Castilla y Álava y Pamplona, con su rey García Sánchez. ¡Gracias a Dios!

De los *Anales Castellanos Primeros* (Según el texto ed. por Gómez-Moreno: Discursos... ante la Academia de la Historia, 24).

LA VERSIÓN ISLAMITA

Abd al-Rahman (III) ben Muhammad, el califa Omeya de Al-Ándalus, hizo en el año 327 [939] una expedición a la cabeza de un ejército de más de doscientos mil hombres. Fue a sitiar la capital de los gallegos, es decir, Zamora, la ciudad de que hablamos. Entre las naciones con quienes estaban en guerra los habitantes de Al-Ándalus, eran los gallegos los más poderosos; aunque los francos combatiesen también a los musulmanes, los gallegos constituían sus más temibles enemigos. Abd al-Rahman ben Muhammad, príncipe de Al-Ándalus, tenía un visir perteneciente a la familia de los Omeyas, llamado Ahmad ben Ishaq; como consecuencia de un delito que provocó su cólera, el soberano le mandó ejecutar. Ese visir tenía un hermano, llamado Umaiya, que residía en Santarem, ciudad que formaba parte de las fronteras de Al-Ándalus. Habiendo sabido la suerte de su hermano se rebeló contra Abd al-Rahman y se puso al servicio de Ramiro, rey de los gallegos; le ayudó contra los musulmanes y le suministró informes sobre los puntos débiles de su línea de defensa. Algún tiempo después Umaiya salió de su ciudad para ir de caza a una de sus fincas de recreo. Durante su ausencia uno de sus oficiales se apoderó de la población, le impidió el acceso a ella y escribió a Abd al-Rahman poniéndole al corriente (de lo ocurrido). Umaiya ben Ishaq, hermano del visir muerto, marchó entonces junto a Ramiro, quien le acogió bien, le nombró su ministro y le admitió en el número de sus cortesanos.

Abd al-Rahman III, soberano de Al-Ándalus, hizo, pues, una expedición contra la ciudad de Zamora, capital de los gallegos, a la cabeza de más de cien mil hombres, y tuvo lugar una batalla entre él y Ramiro, rey de los gallegos, en Xawwal del 327 [julio-agosto 939], como hemos dicho ya. Fueron los musulmanes quienes al principio llevaron ventaja (en la pelea); pero después de haber sido atacados y de haberse visto obligados a retirarse, los cristianos volvieron a la carga e hicieron a los musulmanes, que habían atravesado el "Foso" (al-handaq = Alhandega), cincuenta mil muertos. Se dice que fue Umaiya ben Ishaq quien impidió a Ramiro que persiguiera a los sobrevivientes del ejército musulmán; le puso en guardia contra una emboscada posible y le aconsejó que era mejor apoderarse de las riquezas, de las armas y de las tiendas del campamento musulmán; sin su intervención el ejército musulmán entero hubiera sido aniquilado.

Más tarde, Umaiya pidió el amán a Abd al-Rahman III y escapó del territorio de Ramiro. El soberano le favoreció con la mejor acogida.

Del *Kitab al-Rawd al-Mitar* de Abd al-Munim al-Himyari (Según versión francesa de Lévi-Provençal: La péninsule ibérique au Moyen Age, 121).

OTRA VEZ BIZANCIO Y CÓRDOBA

El Imperio Bizantino y Al-Ándalus constituían las dos grandes potencias del Mediterráneo, tenían los mismos enemigos en los reinos musulmanes-africanos y por ello mantenían amistosas relaciones. El gran erudito Al-Maqqari describe aquí la aparatosa recepción de los embajadores del emperador de Bizancio por Abd al-Rahman III. Su relato ayuda, además, a conocer el ceremonial palatino en la Córdoba de la primera mitad del siglo X y la importancia atribuida por los Omeyas andaluces a retóricos y poetas.

"Tan pronto como se enteró el califa Al-Nasir del desembarco en Pechina de los embajadores enviados por el emperador griego, empezó a hacer preparativos para su recepción, pues pensaba recibirlos con todos los honores debidos y con el mayor aparato posible. Por esto envió órdenes a Yahya ben Muhammad ben Layt y a otras personas distinguidas de su corte a fin de que inmediatamente acudieran a Pechina y atendieran a los embajadores, y cuidaran de que no les faltase ninguna cosa necesaria para el viaje a la capital. Cuando se aproximaron a Córdoba, varios generales, seguidos de sus respectivas tropas, completamente armadas y equipadas como si fueran a la guerra, salieron a su encuentro. Y cuando ya estaban muy cerca, dos de los jefes eunucos de Abd al-Rahman se adelantaron hacia ellos, con órdenes de tratarlos con el mayor respeto y atención, demostrándoles cuánto deseaban honrarles; ya que los eunucos en aquella época eran de los funcionarios más elevados de la corte, exclusivamente empleados en el servicio del califa y de su harén, y tenían además el palacio a su custodia. Los embajadores y su séquito fueron alojados en una casa de campo que pertenecía al emir Al-Hakam, presunto heredero de la corona y se hallaba situada en el suburbio de la otra orilla del Guadalquivir (en la Al-Munya de Nasar).

No se permitió a nadie, noble ni plebeyo, visitarlos ni mantener ninguna comunicación con ellos. Un cierto número de chambelanes, de entre los servidores principales de la casa del califa, fueron encargados de apartar a los que buscaran aproximarse a los mismos. Además se colocó a la puerta de la Al-Munya una guardia de 16 hombres, que se relevaban de cuatro en cuatro, día y noche. Abd al-Rahman dejó entonces el palacio de Medina al-Zahra, donde estaba viviendo a la sazón y se dirigió al de Córdoba. Señaló para la audiencia el sábado 11 del mes de Rabi Awal del año 338, fijó la sala abovedada de su palacio de Al-Zahra para que tuviera lugar y se enviaron las órdenes necesarias para que concurrieran, a la inmediata ceremonia, altos funcionarios del Estado y los jefes de las tropas. El salón se decoró espléndidamente y en medio se levantó un trono brillante de oro, resplandeciente de joyas. A la derecha del trono se colocaron cinco de los hijos del califa en el orden siguiente: su hijo mayor Al-Hakam, heredero presunto, Abu Allah, Abd al-Aziz, Al-Asbagh y el último Marwan. A la

izquierda del califa se situaron sus otros hijos: Al-Mundhir, Abd al-Jabbar y Sulayman. Abd al-Malik, como estaba entonces enfermo, no acudió a la ceremonia. Después de los príncipes estaban los visires, cada uno en su puesto a la derecha y a la izquierda del trono. Después los chambelanes, los hijos de los visires, los libertos del califa y los oficiales de su casa. El patio del palacio había sido previamente arreglado con magníficas alfombras y tapices, y se colocaron sobre todas las puertas y arcos, tejidos de seda de maravillosa factura.

En seguida entraron en el salón los embajadores y se quedaron asombrados ante la magnificencia desplegada por el califa al mismo tiempo que de su gran poder. Avanzaron entonces unos pasos y presentaron la carta que traían de su señor, Constantino, hijo de León, soberano de Constantina la grande (Constantinopla). La carta estaba escrita en griego sobre un papel azul pálido y con letras de plata, y contenía la lista y descripción de los objetos que el Señor de Constantinopla enviaba al sultán. Sobre la carta había un sello de oro, que pesaba cuatro mizcales; en una de sus caras se veía la efigie del Mesías, y en otra, las del emperador y su hijo. La carta iba metida en un saco de tela de plata, guardado en una caja de oro con un retrato de Constantino ejecutado sobre cristal. Y todo iba encerrado en una arqueta cubierta con un tisú de oro y plata. En la primera línea de la introducción se leía: "Constantino y Romanus, fieles al Mesías y reyes de los griegos", y después: "Al grande en dignidad y poder, y que merece más, al noble califa Abd al-Rahman, que manda a los árabes de Al-Ándalus. ¡Que Dios prolongue su vida!"

Queriendo hacer la ceremonia lo más solemne posible, el califa ordenó que todos sus oradores y poetas asistieran a ella, para que pudieran, en presencia de los embajadores griegos, dirigirse a la asamblea, a fin de cantar las glorias y el esplendor del imperio árabe de Abd al-Rahman y la consolidación del califato bajo su reinado. Para ello había advertido a su hijo y sucesor Al-Hakam para que eligiera, entre los poetas de su corte, al que, por estar acostumbrado a ello, pudiera dirigirse a tan noble reunión.

Al-Hakam encomendó a Saqi Muhammad ben Abd al-Barr Al-Kasiniani que preparase un discurso para el momento solemne. Ben Abd al-Barr era quizá la persona más adecuada para tal misión, ya que era un hombre de inmensos conocimientos retóricos y muy conocedor del idioma árabe. Se preparó a fin de cumplir su cometido y salió para la ceremonia. Escasamente había empezado su discurso cuando la contemplación de tan imponente asamblea, el silencio profundo que todos mantenían y el esplendor y magnificencia que rodeaban al trono del califa, hicieron en él tal impresión que vaciló, se le pegó la lengua al paladar, no pudo articular una sola palabra y cayó sin sentido al suelo. Inmediatamente se encargó el discurso a Ben Ali Ismail Abu-l-Qasim Al-Qali Al-Bagdadi, el autor de los Amalí (dictados) y Alnuwadir (novedades), entonces huésped del califa, hacía poco venido del Iraq y al que se reputaba como un príncipe en la ciencia de la retórica y un océano del lenguaje. "Levántate" le dijeron y

"levanta al hombre caído". Abu-l-Qali se levantó y empezó a dirigirse a la asamblea. Agradeció y alabó a Alá como merecía, invocó su bendición sobre el profeta Mahoma, pero de repente, se paró por falta de una palabra que no se le ocurría y puso fin a su peroración".

Ésta es la relación que del suceso hace Ben Hayyan. Ben Jaldun dice que fue Abu Ali el primero que recibió instrucciones para dirigirse a la asamblea y que marchó a palacio con el discurso preparado. Y esto lo corrobora también Ben Hakam, autor de Muttmah. Pero como Ben Hayyan deriva su información de hombres que estuvieron presentes en la ceremonia, no dudamos en darle preferencia. Pero lo que parece cierto es que cuando Mundhir ben Said se dio cuenta del fracaso de Abu Ali Al-Qali se levantó y tomando el asunto donde el orador desgraciado lo dejó, hizo un discurso, compuesto de prosa y verso que hasta hoy se considera como una composición literaria no igualada, y Abd al-Rahman quedó tan satisfecho de ella que lo nombró predicador de la mezquita mayor y algún tiempo después, cuando quedó vacante la plaza de juez supremo de Al-Ándalus por muerte de Muhammad ben Isa, le designó para ese elevado puesto y le hizo, además, lector del Corán en la mezquita de Medina al-Zahra.

Del *Nafh al-Tib* de Al-Maqqari (Según versión inglesa de Gayangos: The history of the mohammedan dynasties in Spain, II, 140).

LAS AUTORIDADES DE CÓRDOBA

Al-Ándalus no conoció la organización municipal. Como en todos los demás países islamitas, las ciudades de la España musulmana carecieron de autonomía política y administrativa, no tuvieron jamás órganos propios de gobierno enraizados en la voluntad popular o de ella emanados y fueron gobernadas por autoridades designadas por el poder central, sin ninguna intervención de las comunidades urbanas, y sólo ante el soberano responsables. En la época califal, Córdoba, la mayor ciudad de Occidente, fue regida por una complicada jerarquía de oficiales a cuya cabeza se hallaban tres magistrados: El Qadi-l-Chamaa, *cadí o juez de la comunidad; el* Sahib al-Suq, *zabazoque, inspector y juez de los mercados, y el* Sahib al-Madina, *zalmedina o gobernador de la ciudad. Cada uno de ellos disponía de los funcionarios subalternos precisos para el desempeño de sus magistraturas y el cadí de un cuerpo de consejeros llamados* muftíes. *Para mantener el orden en la ciudad había una* churta *o policía organizada en tres grados y regida por un prefecto o* Sahib al-Churta, *que acabó siendo comandante de la guardia y preboste encargado de aplicar las penas. Existía además, un cuerpo de guardias de policía urbana llamados* darrab. *Y la vigilancia nocturna estaba encomendada a serenos, con linternas y perros.*

EL CADÍ O JUEZ DE LA CIUDAD

Un ulema recuerda que Muhammad ben Baxir, para juzgar, se sentaba en un banco que estaba (adherido a la pared) en la parte de la alquibla de la mezquita de Abu Uthman y que su casa se hallaba en el derb (o calle) que está en la parte oriental de esa mezquita; que cuando se sentaba para juzgar hallábase solo, no se sentaba nadie a su lado; ponía la cartera (o el saco donde conservaba los papeles) delante, apuntando la mayor parte de lo que tenía que escribirse con su propia mano. Los litigantes iban presentándose según el orden en que se inscribían en la nota que él personalmente tomaba. Se ponían de pie delante de él, presentaban sus argumentos y pruebas, e inmediatamente de alegar los contrincantes, decidía él la cuestión y ellos se marchaban. Abría la audiencia a la hora del alba y permanecía despachando los negocios hasta un poco antes del mediodía; luego, después de la oración del mediodía volvía a abrir la curia, hasta la oración de media tarde; pero en esta sesión vespertina no hacía más que examinar las pruebas; no admitía pruebas en otro tiempo, más que en ése; y no consentía fuera del lugar en que daba audiencia, que le hablaran de los pleitos, ni siquiera en su casa, ni leía escrito que tratara de estas cosas.

Del *Kitab Qudat Kurtuba* de AL-JUXANI (Trad. Ribera, 67).

EL SAHIB AL-MADINA O GOBERNADOR

Cuéntase de Abd al-Rahman ben Al-Hakam, que le fueron llegando repetidas quejas contra los zalmedinas que iba nombrando para la capital, y juró que no nombraría para ese cargo de la ciudad a hombre alguno de Córdoba. Para ello tomó informes acerca de quiénes eran dignos para el caso entre los clientes suyos que vivían en provincias, y se le recomendó a Muhammad ben Al-Zahim (por las bellas cualidades que lo adornaban), diciéndole que era hombre que había hecho la peregrinación a la Meca, y por lo demás, prudente y modesto. Hízole venir a la capital y le nombró zalmedina de Córdoba. El primer día que comenzó a ejercer su oficio, cuando ya estaba a caballo, dispuesto para ir al alcázar, se le dijo que habían encontrado un cadáver en la calle de Carniceros metido en una sera. Inmediatamente dio órdenes para que lo trajeran, y, al presentárselo (como no conocieran al muerto) mandó que lo descargaran en la calzada (del Guadalquivir), pues pudiera ser que allí (lugar, sin duda, de mucho tránsito) pasara por su lado alguien que le conociera. También ordenó que la sera se la trajesen, y, al presentársela, vió que era nueva: "Que vengan los estereros, dijo; no sólo los comerciantes que las venden, sino también los industriales que las trabajan". Una vez llegados todos, hizo que se le presentaran los principales, y les preguntó: "Las seras y capazos ¿se trabajan de manera que no se pueda saber cuál es la mano que los ha hecho, o pueden conocer unos las obras de los otros?" Ellos contestaron: "Suelen conocer unos las obras de los otros; nosotros distinguimos las obras de los provincianos de

las que se hacen en Córdoba". Entonces dispuso que les mostrasen la sera, y (al verla) dijeron: "Ésta es obra de fulano, que precisamente está ahí fuera entre los que han venido". Dispuso el gobernador que se le hiciera pasar; le expuso la sera y el hombre dijo: "Sí, efectivamente; la sera me la compró ayer un muchacho que llevaba el traje de los domésticos del sultán, de tales y tales señas". Y dijeron los de la policía y comerciantes: "Esas señas son las de fulano, el Mudo". La policía se echó sobre su casa, la registraron y encontraron los vestidos del muerto. Cuando tuvo noticias de ello Abd al-Rahman, lo nombró ministro, al propio tiempo que siguió de zalmedina, y tal prestigio alcanzó que, cuando entraba él en la sala del Consejo de Ministros todos ellos deferían a su parecer.

Del *Iftitah al-Ándalus* de Ben Al-Qutiya (Trad. Ribera, 55).

EL SAHIB AL-SUQ O JUEZ DE MERCADO

Muad era juez de Córdoba el año 232, fecha en que ejercía el zabazoque de esa capital Ibrahim ben Husayn ben Jalid. Muad ben Utham en ese año casó o derogó la sentencia que el zabazoque había pronunciado contra los Banu Qutaiba, por virtud de la cual Ibrahim había de demoler las tiendas que éstos poseían. Realmente correspondía resolver esa causa a la privativa jurisdicción de Ibrahim ben Husayn ben Jalid; pero los faquíes de aquel tiempo: Yahya, Abd al-Malik y Zaunan, declararon públicamente que aquella providencia no se ajustaba a la doctrina legal, y pusieron claramente de manifiesto el error del zabazoque El juez aceptó esa doctrina de los faquíes y derogó la sentencia de aquél.

El caso del crucificado a quien Ibrahim ben Husayn condenó injustamente es el que sigue:

En tiempo del monarca Muhammad ocurrió un hambre horrorosa; menudearon en ese año multitud de hechos criminales por espacio de mucho tiempo, debidos, sin duda alguna, a ser un año verdaderamente malo. Con este motivo se elevaron muchas quejas al monarca y tuvo que contestar a muchas consultas (que las autoridades le hacían) en procesos cuya sentencia era de pena de muerte, amputación de manos y cosas parecidas. Ejercía en aquel entonces el cargo de zabazoque de Córdoba, Ibrahim ben Husayn ben Asim. El monarca recomendó a éste mucho celo y le aconsejó que se mantuviese en su puesto sin guardar muchas contemplaciones con los criminales; hasta le autorizó para que ejecutase las penas de amputación y crucifixión, sin necesidad de elevar la causa al soberano, ni consultarle, ni pedir autorización para ejecutar las penas. Con tales prevenciones, Ibrahim, ejerciendo de zabazoque en su curia, al traerle a un criminal a quien se acusaba de grave delito, solía decirle:

—Dicta tu testamento.

Y llamaba a unos ancianos, los cuales eran testigos de la última voluntad del criminal, e inmediatamente lo crucificaba y degollaba. Para ejecutar esas órdenes tenía allí delante una gran turba de verdugos.

Ocurrió, pues, que unos hombres trajeron a un mancebo, vecino de ellos, quejándose y ponderando mucho las fechorías que realizaba el mozalbete. Ellos no deseaban que se le aplicara gran castigo; figurábanse que el zabazoque le daría un buen escarmiento y que a lo más le metería en la cárcel. El zabazoque dijo al más anciano y respetable de aquel grupo que había traído al muchacho:

—¿Qué pena merece ese chico a juicio tuyo?

El anciano contestó hiperbólicamente, en sentido figurado y exagerando mucho:

—Merece que le entregues a ésos.

Y señaló a los verdugos. Entonces Ibrahim ben Husayn dijo al anciano y al grupo de hombres que habían traído al muchacho:

—Marchaos.

Ellos se fueron. Y dirigiéndose al muchacho dijo el zabazoque:

—Dicta tu testamento.

—¡Oh, por Dios! —dijo entonces el muchacho—, no hagas tal; la falta que yo he cometido no llega a merecer la pena de muerte ni la de crucifixión.

—Los testigos —contestó el zabazoque— han declarado que la mereces.

Y lo mató y crucificó. Cuando los testigos se enteraron de lo que había sucedido, presentáronse de nuevo al zabazoque para decirle:

—Contra ese muchacho no se ha declarado aquí en la curia que haya cometido falta que exigiera la pena de muerte.

—¿Pues no ha dicho —replicó el zabazoque— aquel que ha declarado por vosotros, que el muchacho merecía ser entregado a los verdugos?

—No, señor —contestaron ellos—; aquello lo dijo por vía de comparanza.

—Pues, ese crimen —contestó el zabazoque— debe recaer sobre vosotros, por no haber sabido expresar lo que queríais decir.

Del *Kitab Kudat Qurtuba* de AL-JUXANI (Trad. Ribera, 121, 220).

LOS JUECES DE CÓRDOBA Y LOS BORRACHOS

El califa Abu Bakr, en virtud de un divertido razonamiento, condenó a los borrachos a recibir ochenta azotes. Pero las rigideces de la ley musulmana fueron vanas en España. En ésta, el fruto de la vid placía por igual a los príncipes, a los grandes, a los cultos y al pueblo. En Al-Ándalus se bebía en todas partes y se bebía sin recato, a pesar de las prescripciones de la ley coránica. Los extranjeros se asombraban de las proporciones alcanzadas por el uso y abuso del vino en la Península y de que en todas partes se bebiera sin tapujos y se disculpase a los borrachos. Los historiadores arábigo-españoles referían con naturalidad las libaciones de los emires y de los particulares. Los poetas cantaban al vino con la misma vena lírica que a sus

amadas favoritas. Y hasta los jueces, encargados de perseguir a los borrachos, cerraban los ojos, indulgentes, ante tan deliciosos y justificables delitos.

Un ulema me dijo lo siguiente: Ben Muhammad ben Ziyad cierto día andaba en compañía de Muhammad ben Isa Al-Axa, cuando se encontraron con un borracho que caminaba vacilante e inseguro por efecto de su borrachera. El juez Muhammad ben Ziyad mandó prenderlo para aplicarle el castigo que la ley religiosa impone al borracho. Los sayones del juez lo prendieron. Luego anduvo un poco y llegó a un sitio tan estrecho que tuvo que adelantarse el juez y quedar detrás Al-Axa. Al rezagarse e ir detrás del juez, Al-Axa se volvió hacia aquel sayón que había cogido al borracho y le dijo:

—El juez me ha dicho que sueltes a ese borracho.

El sayón lo soltó entonces. Luego se separaron ambos, tomando cada uno su dirección. Al acabar su paseo y entrar en su casa, el juez preguntó por el borracho, y le contestaron:

—El faquí Abu Abd Allah nos dijo que habéis ordenado que lo soltáramos.

—¿Y lo habéis soltado? — preguntó el juez.

—Sí — le contestaron.

—Bueno, bien — repuso el juez.

☆

Lo que se cuenta de la conducta de los jueces andaluces en esta materia, es decir, el que los jueces cerraran los ojos para no ver a los borrachos, y su evidente negligencia en castigarlos y hasta la excesiva benignidad con que los trataban, no me lo explico de otra manera, visto que en Andalucía se hablaba de esas cosas en todas partes y se les excusaba el vicio, sino únicamente por la razón que voy a exponer: la pena que ha de aplicarse al borracho es, entre todas las del derecho musulmán, aquella que no está marcada taxativamente en el libro revelado; ni siquiera hay una tradición mahométi-ca, admitida y segura; sólo consta que al Profeta le presentaron un hombre que había bebido vino, y el Profeta ordenó a sus compañeros que le aplicaran unos azotes por haber faltado a sus deberes; en virtud de esa orden le pegaron unos zapatazos y unos zamarrazos con las cimbrias de la mantilla (o bufanda que llevaban al cuello). Murió el Profeta y no señaló concretamente que debiera castigarse al borracho con una pena que estuviese formando parte del cuadro de las otras penas. Cuando Abu Bakr tuvo que intervenir en estas cosas, después que faltó el Profeta, pidió consejo o consultó con sus compañeros, Ali ben Abi Tabib le dijo:

—Quien bebe, se emborracha; quien se emborracha, hace disparates; el que hace disparates, forja mentiras, y a quien forja mentiras, debe aplicársele la pena. Yo creo que deben darse ochenta azotes al que bebe.

Los compañeros aceptaron esta opinión de Ali. Los tradicionalistas re-

cuerdan que Abu Bakr, al tiempo de morir, dijo: "Lo único que me preocupa es una cosa: la pena del que bebe vino, por ser cuestión que dejó sin resolver el Profeta, y es uno de esos asuntos sobre el cual no hemos pensado hasta después que murió Mahoma".

☆

Dice Ahmad ben Ubayda que un hombre que estuvo al servicio de Muhammad ben Salma y le solía acompañar cuando iba por la calle, le refirió lo siguiente:

Un día andando por la calle, el juez vio a un borracho y me dijo:

—Préndelo para aplicarle la pena con que la ley castiga la borrachera.

—¡Señor juez! —exclamó el borracho al oír esa orden—. Ven tu mismo y préndeme. ¡Rediez!, si me tocas, te voy a arrear un sopapo que te sentará muy bien.

El juez, al ver el cariz que la cosa presentaba, se desvió del camino o dirección que el borracho llevaba, yéndose por otra parte. El juez me dijo luego:

—¿Has oído lo que decía el borracho? ¡Pardiez!, yo creo que es capaz de hacerlo. Gracias a Dios que nos hemos librado.

☆

Un día iba yo en compañía del juez Ahmad ben Baqi, a tiempo en que casi nos tropezamos con un borracho que iba delante de nosotros. El juez tiró de las riendas de su caballería y refrenó su marcha, esperando que el borracho advirtiera o notara que el juez estaba cerca y se largase apresuradamente; pero cuanto más lentamente iba el juez, el borracho se paraba más, hasta que el juez no tuvo más remedio que acercarse y darse por entendido. Yo pude notar, viéndole perplejo ante ese espectáculo y sabiendo que era un hombre de muy blando corazón, la repugnancia que sentía en imponer a nadie la pena del azote, y dije entre mí:

—¡Ah caramba! A ver cómo te las compones para salir de este apuro, ¡oh Ben Baqi!

Y al acercarnos al borracho, le veo, con gran estupefacción mía, que se vuelve hacia mí y me dice:

—Mira, mira ese desdichado transeúnte que parece que ha perdido el seso.

—Sí —contestéle—; es una gran desgracia.

El juez se puso a compadecerse de él y pedir a Dios que le curase la locura y le perdonara sus pecados.

☆

También cuenta Asbagh lo siguiente: Estábamos un día en su casa, yo y su secretario Ben Husn, cuando se presentó un almotacén trayendo un hombre que olía a vino.

El almotacén le denunciaba como bebedor. El juez dijo a su secretario Ben Husn:

—Huélele el aliento.

Y el secretario se lo olió, y dijo:

—Sí, sí; huele a vino.

Al oír esto, pintóse en la cara del juez la repugnancia y el disgusto que esto le causaba e inmediatamente me dijo a mí:

—Huélelo tú.

Yo lo hice, y le dije:

—Efectivamente, encuentro que huele a algo; pero no percibo con seguridad que sea olor de bebida que pueda emborrachar.

Al oír esto, brilló en la cara del juez la alegría, y dijo inmediatamente:

—Que lo pongan en libertad; no está probado legalmente que haya cometido esa falta.

Del *Kitab Qudat Qurtuba* de AL-JUXANI (Trad. Ribera, 125, 126, 208, 243, 244).

EL CALIFA DE LOS CATORCE DÍAS FELICES

El siglo noveno había presenciado el batallar entre los españoles y sus dominadores. Habían sido aquéllos revolucionarios o mártires en Córdoba y rebeldes fuera de la capital de Al-Ándalus, y habían mantenido largas discordias civiles donde, como en Sevilla y en Granada, sus fuerzas se equilibraban con las de los nobles orientales. Abd al-Rahman III sometió a todos los sublevados de las diversas razas, trató luego de juntarlos equiparándoles ante su autoridad y llamando, también, a los españoles al gobierno, se enfrentó luego con los cristianos del Norte y extendió su señorío a las plazas africanas del Estrecho. Su reinado fue glorioso, pero la nobleza árabe no se resignó a ser desplazada y le juzgó con dureza. Su obra tuvo sin embargo trascendentales consecuencias. Juzguemos del hombre que la llevó a cabo en las páginas que siguen.

BORRACHERA EN LA CORTE

Muhammad ben Said, llamado Ben al-Salim, había reunido una gran fortuna gracias a haber desempeñado durante largo tiempo cargos importantes y Al-Nasir lo sabía. Muchas veces el príncipe le invitó sin éxito a hacerle partícipe de ella, porque era su soberano y podía, si quería, apoderarse de la misma, aunque la generosidad de sus sentimientos le impedía hacerlo. Por ello dijo un día en su audiencia: "¿En qué pueden pensar ciertos cortesanos que, habiendo sido dotados por nosotros con largueza de los bienes de este mundo, se han puesto a amasar grandes riquezas sin cuidarse

de nuestro servicio, que ven los grandes gastos a que nos obligan nuestros asuntos de gobierno y que encuentran en ellos, porque podemos llevarlos adelante, la tranquilidad de su situación y el gusto de la vida? Saben sin embargo que el Príncipe de los Creyentes (el califa) Umar ben Al-Jattab impuso a sus gobernadores la entrega de una parte de los beneficios que habían realizado en sus funciones y la hizo incorporar al tesoro. ¿Quién era ese jefe y quiénes eran aquellos a quienes se dirigía? Es un ejemplo digno de ser seguido". Ben al-Salim, sin responder, se mezcló en la conversación como si no se hubiese referido a él.

Sin embargo, la cólera y la mala disposición de Al-Nasir (para con él) seguían creciendo. Un día que en una de sus audiencias acababa de recibir una copa de vino de mano de Ben al-Salim, mientras cortaba una manzana con un cuchillo, exclamó: "Quisiera cortar igual la cabeza de quien yo sé que ha adquirido una gran fortuna en nuestro perjuicio y no entrega nada de ella al tesoro". Esta vez Ben al-Salim no dudó de que se trataba de él y todo cortado, levantándose ante su señor le habló así: "Príncipe de los Creyentes, hace tiempo que me aludes (en frases parecidas a las de ahora). He guardado silencio hasta aquí. Sí, lo declaro, tengo una gran fortuna, pero no es tal como tú la imaginas; y la he adquirido economizando y para hacer frente a posibles reveses, y no te daré de ella ni un dirhem. Discurres con exactitud, menos cuando declaras lícito (lo que no lo es). Alá no quiera que me tomes lo mío. Reclamaría contra ti" y aludiendo al Corán, terminó: "¡Las almas de los hombres están entregadas a la avaricia!" Entonces Al-Nasir, avergonzado bajó la cabeza, recitando las palabras sagradas: "Si le pides sus bienes y le apremias, mostraréis avaricia y Alá descubrirá vuestros odios". Después aproximándose a Ben al-Salim y hablándole amistosamente le tranquilizó de suerte que la reunión continuó en calma. Pero tal cortesano con el propósito de alejar el terror que le había sobrecogido se puso a beber demasiado. En vano Al-Nasir le decía: "Despacio, Muhammad, no es posible hacerte entrar en razón". Llegó la ebriedad y nuestro hombre comenzó a vomitar. Los esclavos se precipitaron para llevarle una palangana y toallas, mientras Al-Nasir le sostenía la cabeza y le decía: "Desembaraza el estómago poco a poco". Ben al-Salim, al principio no distinguió la voz del califa de la de sus servidores, pero al volver la cabeza vio que era el príncipe mismo (quien le hablaba); entonces se arrojó a sus pies y se los besó exclamando: "¡Hijo de califas, qué grado de bondad tienes para conmigo!" y le dirigió toda clase de elogios, y le mostró muy viva gratitud. "Es justo, replicó el príncipe, que compense mi conducta de esta tarde para contigo, pagándote en agasajos el miedo que te ha producido y en amabilidades mi dureza". Le hizo entregar un vestido y Ben al-Salim voló a su casa. Al cabo de algunos días éste envió al califa cien mil dinares pequeños (equivalentes a un cuarto de dinar ordinario), que Al-Nasir aceptó, agradecido y que recompensó con otras altas funciones y hasta su muerte no cesó de mostrarse muy generoso con él.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idhari (Según versión francesa de Fagnan, II, 373).

LA NOBLEZA HISPANO-ÁRABE JUZGA A ABD AL-RAHMAN III

El reinado de Abd al-Rahman duró cincuenta años con la mayor gloria y el poder más incontrastable, conquistando ciudades por Oriente y Occidente, combatiendo y venciendo a los cristianos, arrasando sus comarcas, y destruyendo sus castillos con tal fortuna, que jamás tuvo contratiempo, ni su estado sufrió detrimento alguno. A tal punto llegó su próspera suerte, que Dios le concedió la conquista de ilustres ciudades y fuertes castillos a la otra parte del mar, tales como Ceuta y Tánger y otras poblaciones, cuyos habitantes reconocieron su autoridad. Mandó a ellas alcaides y soldados que las mantuviesen, auxiliándolos con numerosos ejércitos y escuadras, que invadieron el país berberisco, venciendo a sus reyes, quienes se encontraron obligados a ocultarse, estrechados por todas partes, o a someterse arrepentidos, o a emprender la fuga. Todos pusieron en él su afecto; a él se dirigieron todas las inteligencias, y vinieron a favorecerle y ayudarle en sus guerras los mismos que antes formaban parte de sus enemigos, y habían puesto su conato en combatirle; pero retrocedió en su marcha, y su orgullo le extravió cuando el estado de su reino era tal, que si hubiera perseverado en su antigua energía, con la ayuda de Dios, hubiera conquistado el Oriente no menos que el Occidente. Pero se inclinó, Dios le haya perdonado, a los placeres mundanos; apoderóse de él la soberbia, comenzó a nombrar gobernador más por favor que por mérito, tomó por ministros personas incapaces, e irritó a los nobles con los favores que otorgaba a los villanos, tales como Nachda el de Hira y sus compañeros de la misma ralea. Dio a éste el mando de su ejército, y le confió los más arduos asuntos, obligando a los nobles de los tercios militares, a caudillos y visires a que estuviesen bajo sus órdenes y le prestasen entera obediencia. Era Nachda, como sus semejantes suelen ser, petulante, ligero y falto de inteligencia. Los guerreros principales y los jefes de los distritos militares pusiéronse de acuerdo para la derrota que ocurrió en la campaña del año 326, que llamaron la campaña del gran poder, por lo numeroso del ejército y los muchos preparativos que para ella se hicieron. Fue derrotado (el emir) de la manera más desastrosa. Los enemigos persiguieron a los musulmanes por todas partes durante algunos días, matándolos o haciéndolos prisioneros, sin que escapase sino una pequeña parte del ejército, que los jefes pudieron reunir bajo sus banderas y conducir a sus ciudades. Desde entonces no volvió a salir a campaña personalmente, sino que se dedicó a sus placeres y a sus construcciones, en lo que llegó a un punto al que no habían llegado sus predecesores, ni alcanzaron después sus sucesores; contándose de él en este concepto muchas anécdotas que, por sobrado conocidas, no son de referir. Reunió una servidumbre de hombres eminentes y de ilustres literatos, como no habían reunido jamás otros reyes, siendo a la vez personas de purísima conducta y ejemplar vida.

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 134).

PARRICIDIO CALIFAL

Cuando su hijo Al-Hakam ben Abd al-Rahman comenzó a crecer le hizo su heredero presunto. Ello excitó contra él la envidia de su hermano Abd Allah, que sostenido por sus partidarios quiso matar a Al-Hakam. Pero el complot fue descubierto y todos los complicados fueron ejecutados, y en cuanto al joven Abd Allah se cuenta que su padre le hizo sacar de prisión el día siguiente de la Fiesta de las Víctimas y le hizo ahorcar a su vista.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idhari (Según versión francesa de Fagnan, II, 377).

SU CULTURA LITERARIA

Una de las cartas que escribió por sí solo el emir Abd al-Rahman Al-Nasir fue la siguiente, dirigida a Ahmad ben Ishaq al-Quraxi, cuando se enojó con él, en ocasión en que estaba en Zaragoza, peleando con Muhammad ben Haxim Al-Tuchibi:

"Por benevolencia para contigo he procurado hacer todo aquello que he creído conveniente para ti; mas la natural condición tuya rechaza lo que no le es propio... Bien te cuadra la pobreza, así como las riquezas te ensoberbecen, porque nunca las has conocido, ni a ellas te encuentras acostumbrado. ¿Qué fue tu padre sino uno de los más innobles secuaces de Ben Hachchach, y qué has sido tú sino un vendedor de jumentos en Sevilla? Os acercasteis a mí, y os he acogido y amparado; te he ennoblecido y hecho rico, y nombré visir a tu padre, y le di el mando de mi caballería y el gobierno de mi mejor frontera. Y sin embargo, no has ejecutado mis mandatos, has hecho poco caso de mí, y aspiras con todo eso al califato. ¿Por qué razón y en virtud de qué título de nobleza? Por vosotros dijo el poeta:

"Sois unos hombres despreciables, y no puede compararse el lino con la seda.

"Si sois de la tribu de Quraix, buscad esposas entre los quraixíes.

"Mas si sois coptos del Egipto, ¿por qué tales pretensiones?

"Pues qué, ¿tu madre no fue Hamduna la hechicera? ¿No fue tu padre el leproso? Tu abuelo ¿no fue portero de Hautsara ben Abbas, y no hacía soga y estera en su portal? Maldígate Dios, y maldiga a los que nos han engañado indicándonos que te tomásemos a nuestro servicio. Infame, leproso, hijo de un perro y de una perra, van a humillarte".

Del *Ajbar Machmua* (Trad. Lafuente Alcántara, 138).

LOS CATORCE DÍAS FELICES DE UN CALIFA

Al-Nasir murió al principio de Ramadan del 350 [oct. 961]. Se encontró una lista escrita de su mano y en la que señalaba por orden cronológico "Los días de mi vida en los que he disfrutado de una alegría pura y sin

preocupación son tal día, de tal mes de tal año". El total era catorce. Que el hombre disipado juzgue lo que es el mundo y cómo faltan la seguridad y la estabilidad incluso a los que la vida ha colmado de sus favores. El califa Al-Nasir después de un reinado de cincuenta años, siete meses y tres días no había disfrutado más que de catorce días sin nubes...

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDHARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 383).

EL ROMANCE Y LOS LATINADOS EN LA ARABIZADA ANDALUCÍA

Los conquistadores musulmanes constituían una minoría insignificante frente a los siete u ocho millones de españoles que hablaban latín o por mejor decir romance, y las catervas de inmigrantes islamitas que vinieron a España tras la invasión, no lograron alterar, sensiblemente, la proporción señalada. Su eficacia en el orden lingüístico fue además mínima, porque de entre ellos: unos, los orientales, hablaban árabe; pero otros, los africanos, recientemente sometidos al Islam, no conocían sino la lengua bereber de su región. Vinieron, además, a España muy pocas mujeres orientales. Los conquistadores y sus seguidores se casaron con españolas desde los días mismos de la conquista y de ellas aprendieron la lengua romance, que hablaron ya sus hijos como lengua materna. El habla de los dominadores fue difundiéndose de prisa entre los dominados, pero nunca llegó a ser adoptada por todos, en los primeros siglos del señorío islamita en la Península. Y en pleno período califal, mientras los nietos de los musulmanes eran bilingües —incluso los califas, que hacían chistes sucios en romance— y eran raros de entre ellos quienes hablaban bien el árabe —no era fácil por ello encontrar buenos predicadores para la mezquita mayor—, había aún muchos españoles islamitas que no poseían sino su lengua vernácula.

El pueblo de Córdoba, coligado, elevó quejas a Abd al-Rahman II, quejándose del juez. Tanto insistieron en las denuncias, que el soberano ordenó a sus ministros que instruyesen proceso acerca de la conducta del juez. Se dijeron de él una multitud de extravagancias, que indicaban que era incapaz del trato de gentes, y, sobre todo, que había olvidado las buenas costumbres que los jueces tenían cuidado de mantener en el ejercicio de sus funciones. Había en aquel entonces en la capital un anciano llamado Yanair, que sólo hablaba en romance, de tal prestigio por su honradez y sinceridad, que su testimonio hacía fe en actas notariales y judiciales; era popularísimo en Córdoba por sus virtudes y por sus ortodoxas doctrinas religiosas musulmanas. Los ministros le invitaron a declarar en aquel proceso; el anciano contestó en romance:

—Yo no le conozco a fondo y personalmente; pero sí he oído decir al pueblo que ése es un tío malvado.

Y para expresar esta idea, empleó un diminutivo romance tan significativo, que el monarca, cuando le fue comunicado por los ministros el texto de la frase, quedó admirado y dijo:

—Verdaderamente, esa frase no la hubiera proferido un santo varón como éste, si la sinceridad no se la hubiese dictado.

Y destituyó entonces al juez.

☆

Un día, Said ben Sulayman estuvo juzgando en la mezquita hasta que transcurrió la primera parte del día. Luego se levantó y marchóse a su casa. Ya estaba a punto de entrar en ella, cuando el padre de Nasar el eunuco venía en busca del juez, rodeado por los guardias que lo solían acompañar. Él no sabía hablar más que en romance, y gritó desde lejos en romance:

—Decidle al juez que se detenga, porque tengo que hablarle.

—Decidle en romance —contestó el juez— que el juez está cargado y molestado de estar despachando negocios en la curia. Al anochecer, cuando vaya a la mezquita a dar audiencias y resolver los asuntos públicamente ante el pueblo, que vuelva él y entonces entenderá, si Dios quiere, en ese negocio que tanto le urge.

☆

Varios ulemas me han referido que Sulayman ben Aswad era hombre algo bromista, de un cierto buen humor que casaba muy bien con su carácter y que a todos solía caer en gracia. Cuentan de él, acerca de este particular, un caso que recuerdan sucedió en su curia cuando actuaba como juez, y es el siguiente:

Había en su tiempo un adul (hombre bueno a quien se suele acudir para que informe como testigo en los pleitos o actos que se sustancian ante el juez) conocido vulgarmente por Ben Amar, el cual tenía la costumbre de ir a la curia o audiencia del juez y permanecer allí, impertérrito, constantemente sentado hasta que el juez levantaba la sesión. Este Ben Amar tenía una mula flaca que se pasaba todo el día royendo el freno a la puerta de la mezquita: el trabajo la había extenuado y el hambre la había enflaquecido. Un día se presentó una mujer ante el juez y le dijo en romance:

—¡Señor juez, atiende a ésta tu desdichada!

—Tú no eres mi desdichada —le contestó en romance—; la criatura más desdichada que he encontrado yo es la mula de Ben Amar, que se pasa todo el día royendo el freno a la puerta de la mezquita.

☆

Había en Córdoba un hombre (de raza española) que hablaba sólo el romance (y ni siquiera era musulmán), de esos rebeldes señores que se ha-

bían rendido por capitulación en las plazas fuertes que hasta entonces se habían mantenido independientes sin obedecer al monarca de Córdoba; este señor tenía una mujer noble musulmana, la cual imploró la protección del juez Aslam ben Abd al-Aziz. Éste acogió su demanda y empezó a instruir diligencias en el asunto. Era en aquel entonces canciller del imperio Badr ben Ahmad, el cual gozaba de gran predicamento con Abd al-Rahman III. Apenas iniciado el proceso por el juez Aslam, presentóse Yala, de parte, del canciller Badr, y le dijo:

—El canciller te saluda y te dice que a estos señores que hablan en romance (españoles no arabizados), los cuales solamente se han rendido o capitulado mediante pacto, no se les debe tratar con desdén; tú sabes perfectamente qué es lo que debe hacerse para cumplir lo pactado; convendría que no intervinieses entre ese español latinado y la esclava que está en su poder.

—Dile de mi parte —contestó Aslam— que estoy obligado, por todos los juramentos, a dejar todos los asuntos de la curia, para dedicarme exclusivamente a ejecutar, contra ese señor latinado, todo lo que manda la ley religiosa en favor de esa mujer libre musulmana que está en poder de ese hombre.

Yala se marchó; pero volvió inmediatamente a decir al juez:

—El canciller te saluda y dice: Yo no me opongo a que se cumpla la ley, ni siquiera considero lícito el hacerte tal recomendación o solicitud; sólo te ruego que cumplas lo que de derecho se debe a esos aliados con quienes el monarca ha pactado. Tú sabes muy bien las consideraciones que se les deben guardar, y eres hombre razonable que está muy enterado de lo que en tales casos se debe hacer.

Del *Kitab Qudat Qurtuba* de Al-Juxani (Trad. Ribera, 117, 136, 171, 227).

LA MUJER HISPANO-MUSULMANA

De niña la mujer musulmana permanecía en el harén bajo la custodia de su madre y sólo rara vez, cuando vivía en una gran ciudad, frecuentaba la escuela, mientras no era núbil. Al llegar a serlo, comenzaba su vida de apartamiento y de misterio. Su padre o su tutor la casaban con quien no conocía antes del casamiento. El matrimonio era un contrato puramente civil y si, casada, era persona sui juris, sus casi teóricos derechos no le compensaban de la tortura de compartir el amor y la fortuna del marido con las otras mujeres legítimas que la ley coránica le autorizaba a mantener. El divorcio estaba regulado en favor del esposo. Éste, si su riqueza se lo permitía, podía poseer el número de esclavas que gustase. Eran ellas compradas y vendidas libremente en los tristes mercados de seres humanos. Objetos de placer para sus amos, califas o magnates, alegraban sus orgías o sus fiestas; algunas lograban encender sus pasiones y adueñarse de sus corazones y de sus bolsas, y hasta, en ocasiones, llegaban a influir en la vida

política a través de sus señores. A las veces el amor o el deseo movían a las mujeres musulmanas a burlarse de las rigideces de la ley y, con la ayuda de las celestinas de la ciudad, se entregaban en brazos de rendidos amadores. Los poetas cantaron a sus amantes o a las favoritas de los príncipes. Por ellos sabemos que los musulmanes españoles gustaban de las mujeres de curvas pronunciadas. Las rubias de Vasconia o de Galicia tenían éxito especial, y por ello importadores de esclavas hacían pasar por cristianas a hábiles mujeres andaluzas. Algunas islamitas se ganaban la vida copiando coranes y libros de versos —consta que en el arrabal oriental de Córdoba había en la época califal 170 mujeres copistas—; otras, excepcionales, llegaron a adquirir la cultura necesaria para profesar la enseñanza, la medicina o el derecho o para ser secretarias o bibliotecarias y no faltaron, claro está, algunas poetisas.

NOVIAS INCÓGNITAS

Muawiya ben Salih contrajo parentesco de afinidad con Ziyad ben Abd al-Rahman, dando a éste en casamiento a su hija Hamida, de la que Ziyad obtuvo descendencia. A Ziyad le ocurrió un caso con su suegro Muawiya, suceso que entonces se divulgó y del que se ha hablado mucho; fué el siguiente:

Ziyad quiso ver a su esposa cuando ésta se hallaba aún en casa de su padre, antes de ser conducida a casa de su esposo, cosa que algunos suelen hacer; pero a las mujeres (de casa de Muawiya) se les figuró que a éste, su suegro, no le gustaría la licencia que pensaba tomarse el recién casado, por lo cual únicamente le consintieron que fuera después de anochecido. Ziyad, a esa hora se metió en el zaguán; pero tuvo la mala suerte de que la caballería de Muawiya, que estaba allí se espantara y se armase con ese motivo un grande estrépito, cabalmente a tiempo en que Muawiya, su suegro, salía de casa para ir a la mezquita a hacer la oración. Al oír el ruido de la caballería se extrañó; pidió que le trajeran una lámpara y, al alumbrar, se encontró con que Ziyad se había metido en el propio pesebre de la bestia, allá en uno de los rincones del zaguán. Muawiya, en vez de disgustarse, no dijo más que la siguiente frase:

—¡Hombre, hombre, yo creo que os debieran haber tratado con un poquito más de consideración!

Del *Kitab Qudat Qurtuba* de AL-JUXANI (Trad. Ribera, 44).

DIVORCIO

Contaba Nasir ben Qais:

Cuando entré en casa del juez, se levantó éste para saludarme; luego se sentó y dijo a las personas que estaban a su lado:

—Señores, éste es el que, Dios mediante, me mantiene a mí y sustenta a mi familia.

Después me preguntó acerca de la cosecha de aquel año, y yo le dije que las tierras del juez habían producido a razón de siete modios de cebada y tres modios de trigo. El juez dio gracias a Dios y le alabó, e inmediatamente se puso a hablar con aquel hombre y aquella mujer que tenía de visita. El hombre dijo al juez:

—Señor, ordena a esta mujer que se venga conmigo a mi casa.

La mujer se pegó al suelo y juró que no iría con su marido ni un palmo de terreno, y dijo ella al juez:

—Por aquel Dios que no hay otro que él, si me mandas que me vaya con ese hombre, yo me mato; y tú serás culpable de mi muerte.

Dice Nasir:

Cuando el juez oyó estas palabras de la mujer, volvióse hacia un señor que tenía a su lado, que creo era faquí, y le dijo:

—¿Qué te parece este caso?

—Si al juez no le consta —contestó el faquí— que ese marido trata mal a su mujer, debe obligar a ésta a que vaya con su marido, quiera ella o no quiera, a menos que el marido se conforme con separarse de ella mediante una indemnización u otra cosa que ella le ofrezca; pero si él se niega a consentirlo sin que ella le ofrezca indemnización, puede hacerlo; eso es cosa muy lícita, porque el marido puede despojar a su mujer hasta de los pendientes que lleva en sus orejas, si no le ha hecho ningún mal trato.

Al oír ese informe del faquí, dijo el marido:

—Por Dios, si ella es pobre y no tiene capital ninguno.

—Y si ella —dijo el juez— creyera que pudiese librarse de ti, dándote indemnización, ¿la dejarías ir separándote de ella?

—En ese caso sí que lo haría yo con mucho gusto —contestó el marido.

Dice Nasir:

Entonces el juez se volvió hacia mí y me dijo:

—¿Has traído tú provisiones en este viaje?

—Sólo he traído un modio de trigo y dos modios de cebada — le dije yo.

En aquel instante vi que el juez estaba moviendo y dando vueltas a los dedos (como quien cuenta), y luego dijo:

—Provisiones para nueve meses y aún más.

Después dijo al marido:

—Toma lo que resta de mi cosecha en mi cortijo y deja en paz a tu mujer; de ese modo te verás libre de ella.

—Aceptaría esa oferta —dijo al oír eso el marido— si esas provisiones estuviesen en Córdoba.

—Ya veo —contestó el juez— que eres hombre que sabe aprovechar la ocasión.

El juez, entonces, puso las manos en tierra, se levantó, entró en una de las habitaciones de su casa y sacó una pieza de tela blanca de lana y se la entregó al marido, diciéndole:

—Esta pieza de tela está fabricada aquí en mi casa para que la pudiera usar este invierno; realmente puedo pasar sin ella; tómala y véndela, y con

el precio que saques tendrás dinero para los gastos de transporte de mi cosecha a tu casa.

El hombre la tomó y dejó en libertad a su mujer. A mi me ordenó que le entregara aquellas provisiones; y no tuve más remedio que entregárselas.

Del *Kitab Qudat Qurtuba* de AL-JUXANI (Trad. Ribera, 134).

INSISTENCIA FEMENINA

Farach ben Salma me refirió el siguiente suceso:

Estaba yo presente en la curia de Aslam; una mujer había venido reclamando contra su marido la cuota legal que éste le debía; el juez Aslam dijo a Abu Abd Allah Muhammad ben Qasim:

—Señálale la cuota que deba corresponderla.

Él (jurisconsulto) la fijó; pero la mujer no quiso aceptar esa cuota; le pareció poca la cantidad señalada y dijo:

—No hay aquí nadie que le diga a Dios...

Aslam, al oír la charla impertinente de esa mujer, pidió que trajeran los azotes e inmediatamente ordenó que le propinaran una azotaina, dándole los azotes en la cabeza. La mujer tapóse la cabeza con las mangas de su traje, hasta que la azotaina acabó. Al terminar, ésta dirigióse al juez diciendo:

—Al obrar así, señor juez, has hecho perfectamente; así hacen los jueces que son jueces por la gracia de aquel Dios que no hay otro que él...; pero... no puedo aceptar la cuota que se me ha señalado.

Del *Kitab Qudat Qurtuba* de AL-JUXANI (Trad. Ribera, 242).

VENENO DE REYES

Tarub, madre de Abd Allah, hijo de Abd al-Rahman, procuró aprovecharse de la influencia que ejercía sobre Abd al-Rahman, hijo de Al-Hakam, para ver de lograr que obtuviese el trono su hijo Abd Allah. Además, también trataba de atraerse por medio de regalos a los palaciegos, tanto mujeres, como eunucos, y a la mayor parte de los servidores con el mismo propósito. Hasta Nasar (el eunuco) vino a detestar a Muhammad y decidirse en favor de Abd Allah; pero como Abd al-Rahman en los últimos años de su vida mostróse favorable a su hijo Muhammad, aquél pensó que su situación entonces se haría difícil y quiso matar a su señor para proclamar en seguida a Abd Allah y matar al propio tiempo a Muhammad. Al efecto, mandó llamar al médico Al-Harrani y le dijo: "Espero que me hagas el obsequio de serme útil con tu sabiduría y consejo". Aquél le contestó: "Tendré mucho gusto en poderte complacer". Dijo entonces Nasar: "Ahí van mil dinares; compónme el veneno de los reyes". Al médico le fue imposible desobedecer; cogió los mil dinares e hizo el veneno; pero al mismo tiempo mandó un mensajero a Fajar dándole cuenta de lo que pasaba y que

evitara que el emir lo bebiera. Cuando Nasar tuvo el veneno aprovechó la primera ocasión para que Abd al-Rahman tomara aquella medicina en ayunas, y al presentársela el martes... Abd al-Rahman mandóle que se la bebiera Nasar y éste tuvo que bebérsela. Inmediatamente se fue a su casa, llamó a Al-Harrani y le contó todo angustiado lo que le había ocurrido. El médico dispuso que tomase en seguida leche de cabra; pero a pesar de darse prisa, murió.

Del *Iftitah al-Ándalus* (Trad. Ribera, 61).

EL MERCADO DE ESCLAVAS DE CÓRDOBA

Los mercaderes de esclavos, declara el muhtasib de Málaga, disponen de mujeres ingeniosas y dotadas de una gran belleza que poseen a la perfección la lengua románica y que saben vestirse como las cristianas. Cuando algún cliente que no es de la ciudad les pide una esclava recién importada del país cristiano, el mercader le promete que se la encontrará pronto y le hace desear vivamente la realización de su deseo; pero le va dando largas esperas de un día para otro, mientras entretiene su esperanza.

Al final le presenta una, asegurándole que se halla extenuada del viaje, ya que la acaban de traer del Norte. Al mismo tiempo se ha asegurado el concurso de un compadre, que pretende ser el dueño de la esclava y a quien corresponde recibir el dinero. Le dicen que acaba de comprarla en la Frontera Superior y que la ha pagado muy cara, encantado, sin embargo, de poder traer una esclava de importación reciente y de poder presentarla como cosa rara. Una vez terminado el negocio los dos compadres se reparten el dinero con la esclava. Y ésta se va en seguida con su comprador al lugar de su residencia.

Caso de estar satisfecha del trato que recibe, aprovecha la situación para pedir que la liberte y se case con ella. En caso contrario, da a conocer su condición de mujer libre y lleva ante el oficial de la policía judicial de la localidad donde se encuentra sus documentos de istirá (es decir: los documentos que la habilitan para obtener la rescisión de un contrato) y los demás que acreditan, sin ningún género de dudas, sus derechos de mujer libre. El comprador, con el contrato de compra y con el acta que le obliga a concederle la libertad, vuelve entonces para hacerse reembolsar, por el vendedor, la suma pagada por la mujer. Pero el mercader de esclavos declara ignorar dónde vive el vendedor y dice sólo: "Era un hombre bien conocido como comerciante e importador de esclavas cristianas y de otros sitios". Y resultan vanos todos los esfuerzos del desgraciado, que pierde su dinero.

A un habitante de Elvira le sucedió una historia de esa naturaleza. Había jurado no casarse con una andaluza y no sabía cómo cumplir tal juramento. Fue entonces a Córdoba, capital de la España musulmana, sede de la realeza y metrópoli de la ciencia. Compró una esclava de una perfecta y sin igual belleza. Le hizo montar en una mula de su propiedad, la instaló sobre un tapiz de brocado y le hizo vestir un traje hecho con un tejido de seda de los

que salían de las manufacturas reales, igual a los que llevaban a la sazón las hijas de los príncipes cristianos.

No podía entender su lengua extranjera sino por medio de un intérprete que le traducía sus deseos. El hombre se la llevó acompañada de un criado que guiaba la mula. La mujer no podía subir una colina o un montecillo ni atravesar un valle o un barranco sin manifestar su admiración por el paisaje que se desarrollaba ante sus ojos, lo que llenaba al hombre de creciente alegría.

Llegó al fin a su lugar natal; para evitar introducir de día a su esclava en la ciudad, la alojó en una casa de campo que poseía en las afueras. Ya de noche, la hizo entrar en Granada, y él mismo la precedió rápidamente a caballo, para llegar antes que ella a su casa, que hizo preparar para recibirla e instalarla.

En el arrabal de la ciudad vivía un fabricante de jaulas que tenía fama de pillo y de libertino, pero que habiéndose hecho viejo se había enmendado y vivía en su tienda. Su vida solitaria, su condición miserable y la pobreza de su país, le hacían velar con frecuencia: bien en su tienda, a la luz de la lámpara, bien fuera, a la luz de la luna. En cuanto lo vio la mujer, la antigua costumbre que tenía de burlarse y de bromear con él, la hizo decir (en árabe): "¡Pero este viejo libertino, vive todavía!" Levantó él entonces la cabeza y mirándole, le replicó: "¡Una tal! ¿Ya has venido?" El servidor habiendo oído hablar a la mujer se asombró de su facilidad de palabra y cuando llegaron a la casa le contó lo sucedido a su amo. Lamentó éste la compra que había hecho y se disgustó por haber tirado su dinero en tan mal negocio. Envió entonces un amigo al fabricante de jaulas para interrogarle. "Pero esa tal —dijo éste— es una bribona, amiga de los sujetos poco recomendables y compañera de los perdidos". Informado exactamente, el comprador de la esclava quedó extraordinariamente perplejo, y empezó a pensar cómo podía desembarazarse de la mujer. Ésta en cuanto se percató de las intenciones de su amo, ya enterado de sus costumbres licenciosas, le dijo: "No te atormentes por mi venida. Si temes por tu dinero, llévame a Almería, donde recibirás al venderme más de lo que por mí has desembolsado". Almería era entonces el puerto donde los navíos desembarcaban sus cargamentos y el punto de cita de los comerciantes y viajeros. El granadino siguió el consejo de la mujer, ésta conservó su vestido y continuó representando su papel, y en Almería fue vendida a un precio mayor del que por ella había pagado.

Pero sin los consejos de la supuesta esclava, dado el comportamiento perfecto que ella supo mantener durante el camino y en su casa, el desgraciado hubiera perdido su dinero y sus juramentos le hubieran conducido a tal desgracia.

Del *Manual del perfecto Sahib al-Suq o Zabazoque* (Según la versión francesa de F. Lévi-Provençal, L'Espagne musulmane au Xème. siècle, 192).

POESÍAS A MUJERES

La hermosa en la orgía

Su talle flexible era una rama que se balanceaba sobre el montón de arena de su cadera, y de la que cogía mi corazón frutos de fuego.

Los rubios cabellos que asomaban por sus sienes dibujaban un *lam* en la blanca página de su mejilla, como oro que corre sobre plata.

Estaba en el apogeo de su belleza, como la rama cuando se viste de hojas.

El vaso lleno de rojo néctar era, entre sus dedos blancos, como un crepúsculo que amaneció encima de una aurora.

Salía el sol del vino, y era su boca el poniente, y el oriente la mano del copero, que al escanciar pronunciaba fórmulas corteses.

Y, al ponerse en el delicioso ocaso de sus labios, dejaba el crepúsculo en su mejilla.

Del príncipe omeya Marwan Ben Abd al-Rahman al-Taliq "el amnistiado" (m. 1009).

Castidad

Aunque estaba pronta a entregarse, me abstuve de ella y no obedecí la tentación que me ofrecía Satán.

Apareció sin velo en la noche, y las tinieblas nocturnas iluminadas por su rostro, también levantaron aquella vez sus velos.

Mas puse al precepto divino que condena la lujuria como chambelán que guardase las puertas de mi pasión, para que mi instinto no se rebelase contra la castidad.

Y así pasé la noche con ella como el pequeño camello sediento, a quien el bozal impide mamar.

Tal un vergel, donde, para uno como yo, no hay otro provecho que el ver y oler.

Que no soy yo, como las bestias abandonadas que toman los jardines como pasto.

De Ben Farach de Jaén, autor del *Libro de los Huertos* (m. 976).

La visita de la amada

Viniste a mí un poco antes de que los cristianos tocasen las campanas, cuando la media luna surgía en el cielo.

Como la ceja de un anciano cubierta casi del todo por las canas, o como la delicada curva de la planta del pie.

Y, aunque era de noche, con tu venida brilló en el horizonte el arco del Señor, vestido de todos los colores, como la cola de los pavos reales.

De Ben Hazm de Córdoba (994-1063).

Después de la orgía

Cuando, llena de su embriaguez, se durmió, y se durmieron los ojos de la ronda.

Me acerqué a ella tímidamente, como el amigo que busca el contacto furtivo con disimulo.

Me arrastré hacia ella insensiblemente como el sueño: me elevé hacia ella dulcemente, como el aliento.

Besé el blanco brillante de su cuello; apuré el rojo de su boca.

Y pasé con ella mi noche deliciosamente, hasta que sonrieron las tinieblas, mostrando los blancos dientes de la aurora.

De Ben Xuhaid de Córdoba (992-1034).

La alcahueta

Alcahueta que hace gala de su oprobio, más encubridora que la noche para el caminante.

Entra en toda casa, y nadie sabe hasta qué punto penetra en ella.

Cortés, acogedora del que encuentra; sus pasos no molestan al vecino.

Su manto no se dobla nunca, más inquieto que bandera de combate.

Aprendió, desde que conoció su utilidad, la diferencia que hay entre crimen y astucia.

Ignora dónde está la mezquita, pero conoce bien las tabernas.

Sonríe siempre, es muy piadosa, sabe muchos chistes y cuentos.

Posee la ciencia de las matemáticas y la industria de hacer horóscopos y hechizos.

No puede pagarse zapatos de su bolsa, pero es rica en medio de la miseria.

Capaz sería, por lo suave de sus palabras, de unir el agua con el fuego.

De Abu Chafar Ahmad Ben Said (m. 1163) (Trad. García Gómez, La poesía arábigo-andaluza).

EL GRAN PENSADOR BEN HAZM JUZGA A LAS MUJERES

"Yo he tratado a las mujeres en su intimidad y por eso estoy tan enterado de sus misterios, que de ellos sé lo que quizá no sepa ningún otro hombre, porque yo me crié dentro de sus habitaciones privadas y me eduqué con ellas, sin conocer más personas que mujeres, sin tratar con hombres hasta que llegué a la edad de la juventud. Ellas venían continuamente a besarme la cara, me enseñaban a leer el Alcorán, me recitaban muchos versos, me adiestraban en la escritura. De aquí que yo, desde que empecé a tener uso de razón, en los primeros años de mi infancia, no pusiese otro empeño ni trabajase con mi espíritu en otra cosa que en conocer bien las

cualidades de las mujeres y en enterarme de cuanto les oía referir de sí mismas. Y como ya luego no he olvidado nada de lo que de niño vi que ellas hacían, acabé por concebir contra ellas una intensa antipatía instintiva y pésima opinión".

"El espíritu de las mujeres está vacío de toda idea que no sea la de la unión sexual y de sus motivos determinantes, la de la galantería erótica y sus causas, la del amor en sus varias formas. De ninguna otra cosa se preocupan, ni para otra cosa han sido creadas".

"En esta materia (del amor sexual) jamás pensé bien de nadie. Por natural temperamento he sido siempre muy celoso... Además nunca he cesado de escudriñar noticias femeninas y de procurar descubrir los secretos de las mujeres. Como ellas, por otra parte, tuvieron conmigo siempre gran familiaridad, confiábanme sus más íntimos secretos; de modo que, si no fuera porque se trata de cosas feas que Dios prohibe poner al descubierto, referir podría, en verdad, tales maravillas de la sagacidad y artes aviesas que para el mal poseen las mujeres, que dejarían atónito al más avisado. Pero, aunque yo estuve siempre tan enterado de todo esto, bien sabe Dios —y con que Él lo sepa me basta— que estoy por fuera y por dentro absolutamente limpio y puro de toda mácula en tal materia; tanto, que puedo jurar en Dios solemnemente que jamás desaté mi manto para un placer ilícito, ni mi Señor me habrá de tomar cuenta de pecado alguno grave de adulterio, desde que tuve uso de razón hasta el día de hoy".

Del Tauq o Libro del amor y del Ajla o Libro de los caracteres y la conducta que trata de la medicina del alma de Ben Hazm, según la versión de Asín (Abenhazam de Córdoba, 39, 40, 222 y 223).

LAS MUJERES ANDALUZAS SEGÚN AVERROES

Nuestro estado social no deja ver lo que de sí pueden dar las mujeres. Parecen destinadas exclusivamente a dar a luz y amamantar a los hijos, y ese estado de servidumbre ha destruido en ellas la facultad de las grandes cosas. He aquí por qué no se ve entre nosotros mujer alguna dotada de virtudes morales: su vida transcurre como la de las plantas, al cuidado de sus propios maridos. De aquí proviene la miseria que devora nuestras ciudades porque el número de mujeres es doble que el de hombres y no pueden procurarse lo necesario para vivir por medio del trabajo.

Trad. Ribera: Disertaciones y opúsculos, I. 348.

JURAMENTO DEL NUEVO CALIFA

Como los emires y califas de Córdoba designaban libremente sucesor de entre sus hijos, tenía importancia extraordinaria la jura del nuevo soberano por sus hermanos, los funcionarios de la corte y del gobierno y por el pueblo. Por ello se la rodeaba de gran aparato. He aquí la descripción

del reconocimiento de Al-Hakam II, a la muerte de su padre: Abd al-Rahman III.

"Subió al trono Al-Hakam al-Mustansir Billah el día siguiente de la muerte de su padre, que fue jueves; cuidó con el mayor celo de mantener en buen orden el reino; expidió mensajes a las provincias, dándoles cuenta de su elevación al trono y pidiendo al pueblo que le prestara el juramento de fidelidad. A partir del citado día comenzó a cuidarse de la administración de su imperio, de poner en estado de defensa su reino, y mantener en sujeción sus fortalezas y el orden o disciplina de sus ejércitos. Primeramente tomó el juramento de fidelidad a los esclavos de su palacio, que eran los eunucos, llamados los grandes califas, como Chaafar, prefecto de la caballería y de la fábrica de tapices y otros de los más principales, quienes fueron encargados de recibir el homenaje de sus inferiores y subordinados, pertenecientes a sus clases, y de otros. Hizo que vinieran a su presencia por la noche, además de éstos, los grandes catibes o secretarios, almocadenes o capitanes y oficiales, quienes les prestaron homenaje. Terminada la jura del personal de palacio, dio orden al mayor de su reino (a su primer ministro) Chaafar Ben Uthman que hiciera comparecer a su hermano uterino Abu Marwan Ubayd Allah, pues que su presencia era necesaria para la *baia*, sin que valiera excusa alguna; y mandó igualmente a Musa ben Ahmad ben Hudayr que fuera a buscar a su segundo hermano uterino Abu Asbagh Abd al-Aziz. Ambos se fueron cada uno con un destacamento del *chund*, en busca de uno y otro príncipe, y los condujeron al palacio de Medina al-Zahra. Envió además Al-Hakam algunos principales personajes con caballería para que condujeran al alcázar a sus otros hermanos, que a la sazón eran ocho. Todos llegaron a Al-Zahra por la noche, y fueron alojados, según sus categorías, en los pórticos de la casa real. Tomaron asiento (al día siguiente) en los salones de levante y de poniente; Al-Mustansir Billah ocupó el sillón del trono en el más amplio de los pabellones dorados de la parte oriental que había en el *sath al mumarrad*. Fueron los hermanos los primeros que se acercaron a él y le prestaron juramento, escucharon en silencio la lectura del texto de la *baia*, y se comprometieron (a observar) mediante los juramentos reglamentarios cuanto en ella se expresaba; después los visires o ministros, sus hijos y hermanos; a continuación los Sahib al-Churta y diversas clases de empleados. A derecha e izquierda del califa se sentaron sus hermanos, los visires y los primates, excepto Isa Ben Futays, que estaba de pie tomando el juramento al pueblo. Se observó el orden con arreglo al ceremonial que se usa en las grandes solemnidades. En el salón que presidía el califa estaban colocados en fila, a derecha e izquierda de la presidencia, los grandes eunucos hasta el extremo de la galería, ocupando cada uno el puesto que le correspondía, según su dignidad, vestidos de blancas túnicas en señal de duelo y con las espadas ceñidas sobre sus vestidos; seguían los esclavos eunucos con largas cotas de malla y espadas adornadas de pedrerías, situados en el sath en dos ordenadas filas. Los pórticos contiguos a éste estaban ocupados

por los principales eunucos eslavos de la corte vestidos de blanco y con espada en mano. Inmediatos a éstos sus inferiores de las diversas clases de eunucos eslavos. Los seguían los arqueros, con sus arcos y carcajes a la espalda. A las filas de estos eunucos eslavos seguían los de los siervos cubiertos de pies a cabeza con límpidas armaduras y equipo completo. Comenzaba la formación de las tropas por la casa del *chund* y el orden por los siervos de infantería, esclavos negros, armados de corazas y vestidos de blancos cabás, con cascos eslavos en sus cabezas, y en sus manos escudos de varios colores y adornadas armas, colocados en dos filas que llegaban hasta el extremo del pórtico. Ante la puerta de *Al-Sudda* estaban formados los centinelas y soldados de la guardia, y por la parte de afuera de la puerta de la *Al-Sudda,* hasta la de las arcadas, los jinetes; a continuación de ellos formaban la caballería de la guardia, las diversas clases del *chund,* los siervos y los arqueros, cuerpo tras cuerpo, hasta la puerta de la ciudad que da paso a la sahra o explanada de las afueras. Terminada la *baia* se dio licencia a la gente para que se retirara, excepto los hermanos del califa, los visires y empleados, que se quedaron en el palacio de Al-Zahra hasta que fue trasladado el cadáver de Al-Nasir, que Dios tenga piedad de él, al alcázar de Córdoba, para ser allí sepultado en la tumba de los califas".

"En el mes de Dzu-l-hicha del año 350, numerosa representación procedente de las provincias se presentó a la puerta del califa Al-Hakam para prestarle homenaje y conseguir lo que deseaba; estaba formada por los toledanos y otros habitantes de las capitales y distritos del Ándalus, que llegados al salón del califa, en presencia de todos los visires y del cadí Mundhir ben Said y principales personajes, se les tomó juramento y se hizo constar en las actas los testimonios".

Del *Nafh al-tib* de AL-MAQQARI, traducción M. Antuña (Anuario de historia del derecho español, 1929, VI, 131).

ORDOÑO IV ANTE AL-HAKAM II

Abd al-Rahman III había sido vencido por Ramiro II en Simancas en 939, pero primero la sublevación de Castilla con Fernán González y después las guerras civiles que estallaron durante los reinados de Ordoño III y Sancho I habían reducido a los cristianos a la impotencia. En 958 el conde castellano consiguió hacer proclamar rey de León, contra Sancho el Craso, a su yerno, Ordoño el Malo, vástago de una rama segundona de la familia real leonesa. El príncipe depuesto se refugió cerca de su abuela la reina Tota de Navarra. Solicitó ésta la intervención califal para reponerle en el trono. Abd al-Rahman III logró, por medio de su embajador, el médico judío Hasday ben Xaprut, que la navarra y el leonés vinieran a Córdoba a solicitar humildemente su apoyo. Sancho curó de su obesidad gracias a los remedios del hebreo y recuperó su corona con la ayuda de los ejércitos musulmanes. Fue entonces Ordoño el Malo, quien acudió a la frontera en demanda de auxilio. Al-Hakam II había entretanto sucedido a su padre en

Al-Ándalus, y fue el nuevo califa quien recibió solemnemente al soberano desposeído. Obtuvo éste grandes promesas pero murió sin conseguir recuperar el reino perdido. He aquí un minucioso relato de su entrevista con Al-Mustansir Billah.

UN REY CRISTIANO EN CÓRDOBA

Cuando Al-Hakam se enteró (de la llegada de Ordoño a Medinaceli) envió a su encuentro a los dos hijos de Aflah con un destacamento de caballería. Llegados donde estaban Ordoño y su séquito, acamparon durante un día y luego marcharon con él a Córdoba. Al acercarse a ella, Al-Hakam mandó a Hixam Al-Mushafi con un numeroso ejército, preparado y armado como para la guerra. Cuando pasaron junto a las puertas Bab al-Sudda y Bab al-Chanan, Ordoño preguntó a uno de la escolta dónde estaba la tumba de Abd al-Rahman y al escuchar que se hallaba muy próxima a donde se encontraban, en el cementerio unido al palacio, se apeó del caballo, se descubrió, se acercó al sitio indicado y de rodillas oró durante largo rato. Después siguió caminando hacia la residencia que se le había designado: el palacio llamado Al-Nawrah (La Noria), para él alhajado con alfombras, cojines y toda clase de muebles. Sus órdenes se siguieron con todo cuidado y el rey cristiano y su séquito fueron tratados con honor y respeto.

En él pasó Ordoño el jueves y el viernes. El sábado Al-Hakam mostró interés por ver al cristiano y se hicieron inmediatamente los preparativos para la ceremonia. Se equipó a las tropas como para la guerra y se vistió espléndidamente a la guardia eslava. Se ordenó a los ulemas, teólogos, secretarios y poetas que aparecieran en el salón de audiencias, mientras se avisaba a los visires y altos funcionarios del estado para que estuvieran en sus puestos a la hora señalada.

Cuando llegó el momento (de la audiencia) Al-Hakam apareció en el trono en el salón oriental del palacio de Medina al-Zahra, que se abría sobre la terraza. Tenía a cada lado a sus hermanos, sobrinos y demás parientes, y a los visires, cadíes, magistrados civiles, teólogos famosos y demás altos funcionarios, todos sentados en fila según su jerarquía y posición. Entre ellos estaba el juez supremo de Al-Ándalus, Mundhir ben Said Al-Balluti.

Introdujo a Ordoño en el salón Muhammad ben Al-Qarim ben Tumlus. Vestía una túnica de brocado blanco, de manufactura cristiana, y una capa de la misma calidad y color y se cubría con una gorra adornada con costosas joyas. Ordoño se trasladó desde su residencia de Córdoba a Medina al-Zahra acompañado de los principales cristianos de Al-Ándalus: Walid ben Jaizuran, juez de los mismos, y Ubaid Allah ben Qasim, metropolitano de Toledo. Próximos ya al palacio, Ordoño hubo de seguir un camino a cuyos lados estaba formada la infantería, colocada en orden tan admirable que los ojos se quedaban asombrados por su uniformidad, y en tan apretadas filas que la mente se sorprendía de su número. Tal era la brillantez de sus

corazas y armas, que los cristianos estaban estupefactos de lo que veían. Con la cabeza baja, los párpados entornados (por el asombro) y los ojos semicerrados (por lo mismo), llegaron hasta la puerta exterior de Medina al-Zahra, llamada Bab al-Akuba (Puerta de las cúpulas), donde desmontaron todos los que habían ido a esperar a Ordoño. Sólo éste y su séquito siguieron a caballo hasta la puerta interior o Bab al-Sudda, en la que todos recibieron orden de apearse, a excepción de Ordoño y de Muhammad ben Tumlus, quienes pasaron la puerta todavía montados. Dejaron los dos las cabalgaduras a la puerta del pabellón central del Sur, llamado Darr-al-jaudal (Casa de las piedras), situado sobre una alta plataforma, cuyos escalones estaban cubiertos de una tela de plata. En el mismo sitio había desmontado el rival y enemigo de Ordoño, Sancho, hijo de Ramiro, cuando vino a visitar a Abd al-Rahman Al-Nasir. Ordoño se sentó en la plataforma y su séquito delante de él, y allí esperaron la venia de Al-Hakam para poder pasar adelante. Ordoño marchó luego a pie y seguido por su séquito hasta la terraza. Llegados frente al salón oriental del palacio, donde estaba Al-Hakam, Ordoño se detuvo, descubrió su cabeza, se quitó la capa y permaneció algún tiempo en actitud de asombro y respeto, bajo la impresión de que se aproximaba al radiante trono del califa. Habiéndosele dicho que avanzara, lo hizo despacio entre las dos filas de soldados colocadas a lo largo de la terraza. Atravesó así ésta hasta la puerta del pabellón en que Al-Hakam estaba sentado. Cuando se halló ante el trono, se echó al suelo y permaneció algunos instantes en tal humilde posición; se levantó, avanzó unos pasos, se postró de nuevo y repitió tal ceremonia varias veces, hasta que llegó a poca distancia del califa. Le tomó y besó la mano, marchó luego hacia atrás sin volver la cara, hasta llegar a un asiento cubierto con una tela de oro, que había sido preparado para él a unos diez cubitos de distancia del trono real, siempre asombrado por lo imponente de la escena. Los condes de su séquito, a los que se había permitido la entrada a la presencia real, avanzaron, postrándose repetidas veces, hasta el trono del califa; les dio éste a besar su mano y retrocedieron en seguida para colocarse al lado de su rey. Entre ellos estaba Walid ben Jayzuran, que era, como queda dicho, cadí o juez de los cristianos de Córdoba y que actuó de intérprete.

Al-Hakam guardó silencio durante algún tiempo, para dar ocasión a Ordoño a serenarse y a sentarse, y cuando notó que el cristiano se había repuesto algo (de su emoción), rompió el silencio y dijo: "Bien venido seas a nuestra corte, Ordoño. Ojalá veas cumplidos tus deseos y realizadas tus esperanzas. Encontrarás en nosotros el mejor consejo y la más cordial acogida y mucho más de lo que esperas".

Cuando el intérprete explicó a Ordoño el sentido de estas benignas palabras, se reflejó en su rostro la alegría, levantóse, y besando el tapiz que cubría las gradas del trono: "Soy —dijo— esclavo del Comendador de los Creyentes. Confío en su magnanimidad, en su alta virtud busco mi apoyo y le otorgo pleno poder sobre mí y sobre los míos. Iré donde me ordenare, le serviré sincera y lealmente". "Nosotros te creemos digno de nuestras

bondades —repuso el califa—; quedarás satisfecho cuando veas hasta qué punto te preferimos a todos tus correligionarios, y te alegrarás de haber buscado asilo entre nosotros y de haberte cobijado a la sombra de nuestro poder". Después de hablar de este modo el califa, Ordoño se arrodilló nuevamente, e implorando la bendición de Dios para el monarca, expuso su demanda en estos términos: "En otro tiempo, mi primo Sancho vino a pedir socorro contra mí al difunto califa. Realizó sus deseos y fue socorrido como no se puede ser auxiliado por los mayores soberanos del universo. Yo también acudo a solicitar apoyo, pero entre mi primo y yo existe una gran diferencia. Si él vino aquí fue obligado por la necesidad; sus súbditos vituperaban su conducta, le aborrecían y me habían elegido en lugar suyo, sin que yo, Dios me es testigo, hubiese ambicionado este honor. Yo le había destronado y arrojado del reino. A fuerza de súplicas obtuvo del difunto califa un ejército que le restauró en el trono; pero no se ha mostrado reconocido por este servicio; no ha cumplido ni a su bienhechor ni a vos ¡oh Comendador de los Creyentes, mi señor! aquello a que estaba obligado. Por el contrario, yo he dejado mi reino por mi propia voluntad y he venido al Comendador de los Creyentes para poner a su disposición mi persona, mis gentes y mis fortalezas. Tengo, pues, razón al afirmar que entre mi primo y yo media una gran diferencia, y me atrevo a decir que he dado pruebas de más generosidad y confianza". "Hemos escuchado tu discurso y comprendido tu pensamiento —dijo entonces el califa—. Ya verás cómo recompensamos tus buenas intenciones. Recibirás de nosotros tantos beneficios como recibió tu adversario de nuestro padre, de feliz memoria: y aunque tu competidor tiene el mérito de haber sido el primero en implorar nuestra protección, éste no es motivo para que te estimemos menos ni para que nos neguemos a concederte lo que a él le dimos. Te conduciremos a tu país, te colmaremos de júbilo, consolidaremos las bases de tu poder real, te haremos reinar sobre todos los que quieran reconocerte como soberano y te enviaremos un tratado en el que fijaremos los límites de tu reino y del de tu primo. Además, impediremos a este último que te inquiete en el territorio que te tendrá que ceder. En una palabra: los beneficios que has de recibir de nosotros excederán a tus esperanzas. ¡Dios sabe que lo que decimos es lo mismo que pensamos!"

Después de hablar así el califa, Ordoño volvió a arrodillarse, y deshaciéndose en acciones de gracias, se levantó y abandonó la sala andando hacia atrás. Cuando llegó a otro departamento, dijo a los eunucos que le habían seguido que estaba deslumbrado y estupefacto por el majestuoso espectáculo de que había sido testigo, y viendo una silla en que el califa solía sentarse, se arrodilló ante ella. En seguida le llevaron ante Chafar, *hachib* o primer ministro. En cuanto vio a lo lejos a este dignatario, le hizo una profunda reverencia, queriendo también besarle la mano; pero el *hachib* se lo impidió, le abrazó, y, haciéndole sentar al lado suyo, le manifestó que podía estar seguro de que el califa cumpliría sus promesas. Después le mandó entregar los trajes de honor que el califa le regalaba; sus compañeros los recibieron

también, cada uno según su categoría, y, saludando al *hachib* con el más profundo respeto, volvieron al pórtico en pos de su rey, quien encontró allí un caballo soberbio y ricamente enjaezado, de las caballerizas de Al-Hakam. Montóse y, con el corazón lleno de esperanza, volvió con los leoneses y con el general Aben-Tumlus al palacio que le servía de morada.

Poco después le enviaron, para que lo firmase, un tratado, por el cual se comprometía a vivir siempre en paz con el califa, a entregarle su hijo García en rehenes, y a no aliarse con Fernán González. Lo firmó y entonces Al-Hakam puso a su disposición un cuerpo de ejército mandado por Galib. Además le dio por consejeros a Walid, juez de los cristianos de Córdoba; a Asbagh ben Abd Allah ben Nabil, obispo de esta ciudad, y a Ubayd Allah ben Qasim, metropolitano de Toledo, después de ordenar a estos personajes —a quienes debía ser entregado García— que hicieran todos los esfuerzos posibles para atraer a los leoneses a la obediencia de Ordoño.

Del *Nafh al-tib* de AL-MAQQARI (Según versiones: inglesa de Gayangos, The mohammedan dynasties in Spain, II, 160; y francesa de Dozy, Histoire des musulmans d'Espagne, ed. Lévi-Provençal, II, 177).

CONSTRUCCIÓN Y DESCRIPCIÓN DE LA MEZQUITA DE CÓRDOBA

Todavía desafía la acción de los siglos la mezquita mayor de Córdoba. Construida en el siglo VIII sobre el solar de una iglesia cristiana, en el XVI vio elevarse en su interior la nueva catedral cordobesa. Tal profanación no impide para que siga siendo el principal y más bello monumento que nos ha legado la España musulmana. En sus bóvedas de arcos resaltados ven hoy los estudiosos españoles y no españoles el origen de las crucerías góticas. Habrían pasado aquéllas de Córdoba a las mezquitas toledanas y de éstas a las iglesias mozárabes, habrían sido luego imitadas en las bóvedas alzadas bajo las torres de los templos románicos del Norte de España y del Oeste de Francia y habrían sido, al cabo, adoptadas en las primeras iglesias francesas ojivales. El relato de la construcción de la gran mezquita cordobesa y su descripción por los autores hispano-árabes son por ello páginas obligadas de toda historia de la España árabe. Todos los emires y califas la ampliaron y embellecieron a porfía y cuando se hundió el califato era uno de los más hermosos edificios del mundo. Los historiadores y geógrafos musulmanes tardíos la describieron con nostalgia y emoción.

HISTORIA DE SU EDIFICACIÓN Y AMPLIACIONES

Cuenta Al-Razi que el alfaquí Muhammad ben Isa, dijo:

Cuando los musulmanes conquistaron Al-Ándalus, guiáronse por lo que hicieron Abu Ubayda y Jalid, con el beneplácito del Príncipe de los Creyentes, Umar ben al-Jattab, cuando expropiaron a los cristianos rendidos

por capitulación la mitad de todas las iglesias que poseían, por ejemplo, de la iglesia de Damasco y de otras. Del mismo modo los musulmanes expropiaron a los mozárabes la mitad de la iglesia mayor, en el interior de Córdoba; y edificaron en aquella mitad una mezquita aljama, quedando la otra mitad en poder de los cristianos, a los que les fueron demolidas las restantes iglesias.

Mas cuando se acrecentó el número de musulmanes en Al-Ándalus, y floreció Córdoba, y se aposentaron en ella los príncipes árabes con sus ejércitos, aquella mezquita les resultó insuficiente y hubieron de colgarle tribunas, sufriendo la gente, a causa de la angostura, grandes molestias.

Cuando Abd al-Rahman ben Muawiya entró en Al-Ándalus y habitó Córdoba, se interesó por el asunto de la aljama, cuidando de ensancharla y de perfeccionar su construcción. Llamó a su presencia a los mozárabes de Córdoba y les pidió la venta de la parte que poseían de la iglesia mencionada, remunerándoles por ello espléndidamente, en cumplimiento del pacto por el cual habían capitulado, y permitiéndoles la reedificación de aquellas iglesias de las afueras de Córdoba que les habían sido demolidas en el tiempo de la conquista. De esta manera abandonaron su parte, que el emir incorporó a la Gran Aljama.

Abd al-Rahman al-Dajil dio comienzo al derribo de la iglesia y a la edificación de la aljama en el año 169 [785-786]. Su construcción, una vez completas sus naves y cerrados sus muros, terminó en el año 170 [786-787]: todo en el espacio de sólo un año. Se dice que la suma que gastó Abd al-Rahman, en el transcurso de este año, para la edificación de la aljama, fue de ochenta mil monedas de buen peso.

Con tal motivo Al-Balawi escribió:

"Por el amor de Alá, gastó ochenta mil piezas de oro y de plata en una mezquita que tiene por fundamento la piedad y sirve para la práctica de la religión predicada por Mahoma".

Hixam, hijo del anterior (emir), añadió al lugar desde donde se llamaba a la oración un minarete de cuarenta codos de alto, construyó detrás de la mezquita unas galerías donde las mujeres pudieran hacer sus plegarias e instaló la fuente de las abluciones, situada al Este del *Chami*.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idhari (Según versión francesa de Fagnan, II, 378).

El emir Abd al-Rahman II dio orden de agrandar la gran mezquita de Córdoba. Se le añadió el espacio que se extiende desde las grandes pilastras de piedra que se alzan en el interior del edificio y que aparecen a los ojos de quien penetra en la mezquita hasta el fondo del santuario constituido por la trasera del *mihrab*. Para estos trabajos hizo reunir los materiales más ricos y empleó en la construcción un número considerable de hábiles obreros. Encargó la dirección de las obras al primero de los eunucos de su corte, Nasr, y a su colega Masrur, en su deseo de acelerar el fin de los trabajos, asegurando, sin embargo, su solidez. Alá le asistió con su ayuda,

gracias a la cual alcanzó sus designios. El ensanchamiento se realizó como deseaba (Abd al-Rahman). Designó también como inspector de los trabajos al cadí y encargado de la oración en Córdoba, Muhammad ben Ziyad. La parte añadida a la mezquita figura entre los más bellos monumentos que dejó al príncipe.

Del *Chadzwat al-Muqtabis* (Según versión francesa. Lambert, Annales de l'Institut d'études orientales, Université d'Alger, II, 1936).

Abd al-Rahman ben Al-Hakam ben Hixam ben Abd al-Rahman al-Dajil añadió la parte ornada de pilastras que tiene cincuenta codos de largo por ciento cincuenta de ancho y ciento ochenta columnas. Su edificación fue terminada en Chumada I, 234 [diciembre 848].

El emir Muhammad ben Abd al-Rahman hizo perfeccionar los costados del edificio, los adornó de esculturas y edificó la *maqsura* (tribuna), a la que abrió tres puertas. Cuando esos trabajos estuvieron terminados, entró en el templo e hizo fervientes plegarias de varias *raqa*, lo que movió a Musa ben Said a decir:

"Lo he jurado por mi cabeza, el Imán acaba de manifestar su humildad, pero probando a la vez su piedad y su fortuna. Ha construido una mezquita que no tiene par en el mundo y ha rogado por mostrar su gratitud al señor del trono. Feliz aquel por quien el emir Muhammad ha intercedido en sus plegarias".

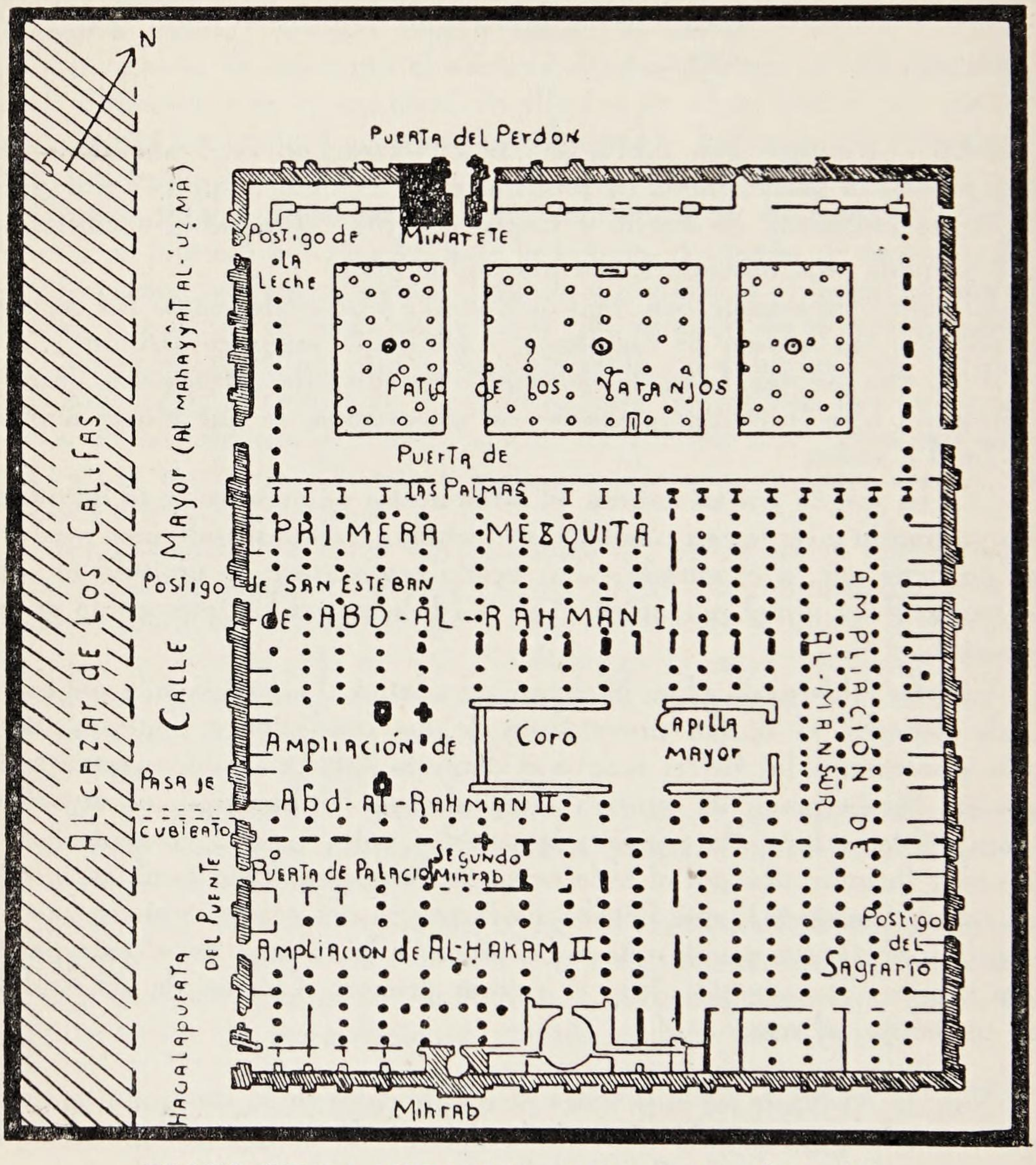
El emir Al-Mundhir ben Muhammad añadió al chami la sala del tesoro, donde depositó el dinero proveniente de las fundaciones piadosas, destinado a socorrer a los fieles; renovó el depósito del agua e hizo restaurar las galerías. Su hermano, el emir Abd Allah ben Muhammad, construyó un pasaje cubierto formado por arcadas unidas entre sí, que comunicaban el palacio y la mezquita por el lado oeste de la misma. Hizo también instalar una *sitava* (parapeto), que llevaba de la puerta del pasaje cubierto hasta el *mihrab*, y abrió una puerta que daba acceso a la tribuna por donde pasaba para acudir a la oración. Fue el primer príncipe Omeya de Al-Ándalus que introdujo tal uso.

Son de Al-Nasir los ensanches bien conocidos de la mezquita, entre los que figura la gran arcada abovedada delante de la que se colocaban los *muezzines* el viernes para llamar a la oración.

Se pretende que Al-Nasir gastó para la construcción del minarete, la regularización de la mezquita y la construcción de la fachada de las naves, en número de once, siete modios y dos *kayl* y medio de *dirhemes qasimies*.

Desde su advenimiento al trono [Al-Hakam II] se ocupó de agrandar la mezquita principal de Córdoba y fue la orden (de emprender las obras) la primera que dio. Confió su ejecución a su canciller y principal oficial Chafar ben Abd al-Rahman Saqlabi, el 4 de Ramadan del 350 [16 octubre 961], al

día siguiente de su entronización, ordenándole en primer término que se procurase las piedras necesarias, por ser el elemento más importante para la construcción. Desde el mismo mes de Ramadan comenzó a llevarlas (a pie de obra). El palacio de Córdoba contaba con numeroso personal y su



PLANO DE LA MEZQUITA MAYOR DE CÓRDOBA

presencia obstruía fatigosamente la mezquita, insuficiente para contener tal muchedumbre, y por ello Al-Mustansir se apresuró a hacerla agrandar. Para trazar el plan (de la fábrica) y fijar los detalles de los trabajos, se trasladó al lugar mismo de la futura construcción acompañado de los jeques y arquitectos, que decidieron agrandar la mezquita desde la extremidad sur de la misma hasta la extremidad del patio, añadiéndole así once naves; es decir,

a lo largo de la dirección norte-sur, noventa y cinco codos, y a lo ancho, la extensión total del edificio. Suprimieron el pasaje cubierto empleado por el califa para ir desde el palacio a la oración, pasaje que terminaba al lado de la cátedra, en el interior de la tribuna.

En Chumada II [junio 965] fue acabada la cúpula que dominaba el *mihrab*, trabajo que formaba parte de las obras de ensanche de la mezquita.

Se comenzaron las incrustaciones de mosaico de tal edificio. Al-Hakam había escrito al rey de los rumíes (el emperador de Bizancio) y le había ordenado (sic) que le enviara un obrero capaz, a imitación de lo que había hecho Al-Walid ben Abd al-Malik con ocasión de la construcción de la mezquita de Damasco.

Los enviados del califa trajeron consigo al mosaísta y trescientos veinte quintales de cubitos de mosaico que el rey de los rumíes le enviaba de regalo. El príncipe albergó y trató con generosidad al mosaísta, junto al cual colocó a sus esclavos en calidad de aprendices. Trabajando con él, tales esclavos adquirieron una capacidad de invención que les llevó pronto a superar a su maestro. Trabajaron luego solos cuando el mosaísta, de quien se podía prescindir en adelante, regresó a su país, recompensado por el príncipe con magníficos regalos y ricos vestidos. Obreros hábiles venían de todas partes a trabajar en el monumento. En la segunda decena de Xawwal [9-19 octubre] Al-Hakam fue a caballo desde Al-Zahra a la mezquita y entró en ella para examinar las obras del ensanche de la misma y el estado de avance de las mismas. Hizo quitar las cuatro magníficas columnas, sin par en el mundo, que constituían las jambas del antiguo *mihrab* y las dejó aparte para volver a colocarlas en el nuevo, cuando los trabajos de construcción del mismo lo permitieran.

En Muharram 355 [28 diciembre 969] hizo colocar la antigua cátedra al lado del *mihrab* y erigió de nuevo la antigua *maqsura* (tribuna). En la Qibla del ensanche hizo levantar una tribuna de madera, esculpida interior y exteriormente, y coronada de una cornisa y larga de setenta y cinco codos, ancha de cuarenta y dos y alta, hasta su cima, de ocho codos. El ensanche y la tribuna fueron terminados en Rachab [junio-julio 966].

El agua comenzó a llenar los depósitos de la mezquita principal y las dos pilas de abluciones occidental y oriental. Era agua pura procedente de una fuente situada en la montaña de Córdoba, en cuya busca habían excavado la tierra. Era traída a la ciudad por una cañería de piedra, sólida y artísticamente construída, en la que se hallaban tubos de plomo para que el agua no se ensuciara. Comenzó a correr ésta el viernes 10 Safar [25 enero 987] y a propósito de tal suceso Muhammad (ben Mutarrif) ben Xujays dijo en una casida:

"Has roto los flancos de la tierra para encontrar raudales de agua, la más pura, que llevas al templo tanto para purificar los cuerpos cuando están sucios, como para dar de beber a los hombres cuando están sedientos. Has

hecho así a la vez, cosa extraordinaria, un acto glorioso y una buena obra en bien del pueblo, de quien eres pastor y protector".

Hizo construir al Oeste de la mezquita una casa de socorro que dedicó a la distribución de limosnas. Entre otros actos de beneficencia y buenas obras de Al-Hakam hay que citar la designación de maestros destinados a enseñar el Corán a los hijos de los enfermos y de los pobres en los alrededores de la mezquita y en los diversos arrabales de Córdoba.

Asignó sueldos a tales maestros y en su deseo de agradar a Alá les recomendó que desplegaran en su enseñanza los más sinceros esfuerzos. De esas diversas escuelas, estableció tres en torno a la mezquita mayor y veinticuatro en los arrabales de la ciudad. Refiriéndose a ellas, Xujays se expresó así:

"El atrio del gran templo tiene una corona formada de escuelas destinadas a los huérfanos de los alrededores. Si las suras del Corán pudieran hablar, te dirían que eres tú quien las lees y las recuerdas mejor".

La cátedra que hizo hacer Al-Hakam estaba incrustada de madera de sándalo rojo, de ébano, de marfil y de áloe; costó 35.705 dinares y se tardaron cinco años en terminarla.

Se encontró una nota escrita de mano de Al-Mustansir (que decía así): "La edificación de la mezquita mayor comenzó el domingo 4 Chumada II 351 [19 julio 962]; se terminó en 355 [28 diciembre 965]; he gastado en ella 261.537 dinares y 1 ½ dirhemes".

Entre los actos piadosos y meritorios, a los ojos de Dios, de Al-Mansur, se cita la edificación de la mezquita mayor, es decir, las adiciones con que la amplió en 377 [3 mayo 987]. En efecto, cuando creció la población de Córdoba, y como consecuencia de la inmigración de tribus venidas del litoral africano o de *Ifrikiya*, la ciudad llegó a ser inmensa, los arrabales y los otros poblados de los alrededores fueron insuficientes y la mezquita mayor fue demasiado pequeña para contener a los fieles. Al-Mansur se decidió, por ello, a agrandarla por el lado oriental, de donde tal ensanche era posible ya que no lo era por el lado de poniente, por la proximidad del ala occidental al palacio califal. El primer ensanche consistió en la adición de dos naves que se extendían de un extremo a otro de la mezquita a lo largo de la misma. Procuró especialmente en tal obra la solidez y la perfección de la fábrica y no la ornamentación de la misma, aunque la parte de la mezquita que se le debe no sea inferior en calidad a ninguno de los acrecentamientos sucesivos que se habían hecho al edificio, sin exceptuar los que fueron obra de Al-Hakam. El primer cuidado de Ben Abi Amir fue, de otra parte, tranquilizar a los propietarios de las casas y fincas vecinas a la mezquita cuya demolición era necesaria, comprándolas a un precio equitativo o indemnizándoles por ellas. En el patio hizo abrir el gran pozo, que es tan ancho como la boca. Hizo arder cirios en la mezquita además del aceite antes empleado, aplicando simultáneamente los dos sistemas de

iluminación. El número de columnas que soportaban el techo, las diversas partes de la construcción, la cúpula y el minarete, era de mil cuatrocientas diez y siete; entre grandes y pequeñas había doscientas ochenta arañas; había siete mil cuatrocientas veinticinco lamparillas y el peso de los velones de plomo de éstas era de alrededor de diez arrobas; el algodón necesario para las mechas durante el mes de Ramadan pesaba tres cuartos de quintal; se consumían anualmente alrededor de quinientas arrobas de aceite, de las que la mitad, aproximadamente, ardían sólo durante el mes de Ramadan. Éste exigía tres quintales de cera y tres cuartos de quintal de algodón deshilachado para dar cuerpo a tal cera; el gran cirio que ardía al lado del Imán pesaba de cincuenta a sesenta libras, una parte del cual se consumía durante el mes sagrado y el resto en la noche del día 27. El número de los agregados al servicio del templo o que en él ejercían alguna función, imanes, lectores del Corán, intendentes, muezzines, porteros, faroleros, etc., era, en días de Ben Abi Amir, de ciento cincuenta y nueve. El consumo de perfumes en la noche del 27 de Ramadan ascendía a cuatro onzas de ámbar gris y a ocho onzas de madera de áloe.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idhari (Según versión francesa de Fagnan, II, 380, 377, 385, 392, 396, 413, 477).

INSCRIPCIONES CONMEMORATIVAS DE OBRAS EN LA MEZQUITA DE CÓRDOBA

Muhammad I

(Ha ordenado el emir —¡que Alá lo ilumine!— Muhammad, hijo de Abd) al-Rahman, la restauración de lo que él ha juzgado necesario en esta mezquita y su consolidación, con la esperanza de la retribución de Alá para su provecho y recompensa (en la vida futura) por esta obra. Y ella ha sido terminada... en el año 241 [855-56], con la bendición de Alá y su ayuda, Masrur y...

Abd al-Rahman III

Ha ordenado el siervo de Alá, Abd al-Rahman, el Emir de los Creyentes, al-Nasir li-dini-llah —que prolongue Alá su existencia— la restauración de esta fachada y su consolidación a fin de dar mayor realce a las ceremonias del culto de Alá y guardar el carácter sagrado de sus moradas, con la esperanza de recibir en la vida futura mayor provecho y la más grande recompensa, dejando una noble traza y alto renombre. Y estos trabajos fueron terminados con la ayuda de Alá, en el mes de Dzu-l-hicha del año 346 [23 febrero-24 marzo 958], bajo los cuidados de su liberto, de su visir y su intendente para las construcciones, Abd Allah, hijo de Badr. Obra de Said, hijo de Aiyub.

Al-Hakam II

...*Corán*, II, 239... El imán al-Mustansir Billah, siervo de Alá, al-Hakam, Emir de los Creyentes —que Alá le haga cada día mejor— luego de haber sido asistido por Alá en la edificación de este *mihrab* ha ordenado su revestimiento de mármol, con el deseo de obtener una amplia recompensa y un noble lugar (en la otra vida). Este trabajo fue terminado bajo la dirección de su liberto y *hachib* Gafar, hijo de Abd al-Rahman —¡que Alá esté satisfecho de él!—, y bajo la vigilancia de Muhammad, hijo de Tamlij, de Ahmad, hijo de Nasr, de Jald, hijo de Haxim, sus prefectos de policía, y de Mutarrif, hijo de Abd al-Rahman el secretario, sus servidores, en el mes de Dzu-l-hicha del año 354 [28 noviembre-27 diciembre 965].

Al-Hakam II

¡El imperio pertenece a Alá para la buena dirección (de las criaturas)! ¡Y que Alá bendiga a Muhammad, que ha cerrado la serie de los profetas! Ha ordenado al Imán Al-Mustanir Billah, siervo de Alá, al-Hakam, Emir de los Creyentes —que Alá le favorezca— a su liberto y *hachib* Gafar, hijo de Abd al-Rahman —¡que Alá tenga piedad de él!— establecer esta comunicación hacia (para dar acceso a) su (propio) oratorio. Y (ésta) ha sido terminada con la ayuda de Alá, bajo la vigilancia de Muhammad, hijo de Tamlij, de Ahmad, hijo de Nasr, de Jald, hijo de Haxim, y de Mutarrif, hijo de Abd al-Rahman, el secretario. ¡La alabanza (sea) para Alá!

(Según la versión francesa de Lévi-Provençal, Inscriptions arabes d'Espagne, Leyden, París, 1931; 1, 9, 10, 17).

DESCRIPCIÓN DE LA MEZQUITA

En Córdoba es donde se yergue la célebre mezquita catedral, famosa en el universo, y que constituye uno de los más bellos monumentos del mundo, a la vez por su vasta superficie, la riqueza de su ornamentación, la perfección de su estructura y la solidez de su construcción. Los califas Marwaníes pusieron todo su empeño en la conservación de este edificio y realizaron en él ampliaciones y perfeccionamientos sucesivos, hasta tal extremo que acabó por constituir un conjunto monumental muy próximo a la perfección; y de tal calidad que las miradas no podían abarcar todos los detalles y que la descripción de sus bellezas tornóse una empresa casi impracticable. Esta mezquita no tiene par en los países musulmanes, tanto por su ornamentación como por sus dimensiones. La mezquita tiene de largo cien pasos, y ochenta de ancho. Una mitad del edificio se halla cubierta; la otra, que constituye el patio, se halla al raso. Diecinueve filas de arcadas soportan la parte cubierta. El total de las columnas en el interior de la sala cubierta es de mil; en esta cantidad figuran, además de las columnas que sostienen las naves, aquellas, pequeñas y grandes, que soportan las

cúpulas, y las que mantienen la gran *qibla* y las partes contiguas. El interior contiene ciento trece arañas destinadas a la iluminación: las más grandes tienen mil lámparas, las más pequeñas sólo doce.

(El cielo raso está integramente constituido por paneles de madera clavados sobre las vigas de la armazón del techo). Toda la madera empleada en esta mezquita catedral es de pino de Tortosa. Cada una de las vigas tiene una altura de un buen palmo de sección, por un ancho de un palmo menos tres dedos; todas ellas tienen treinta y siete palmos de largo; el espacio existente entre cada una de ellas corresponde al espesor de una viga. (En cuanto a los paneles de los que ya hemos hablado, forman un *piso*, y los elementos de su decoración están dispuestos simétricamente, afectando una forma hexagonal o poligonal con elementos curvilíneos; se insertan unos en otros o son concéntricos). Les revisten pinturas, completamente diferentes unas de las otras; y cada panel forma un conjunto que se basta a sí mismo: por la belleza de su hermosura y por su elegante policromía, obtenida con la ayuda de pinturas de rojo cinabrio, blanco de albayalde, azul lapislázuli; bermellón, verde gris y negro de antimonio. Tales paneles atraen las miradas y suscitan la admiración; tan perfecta es en su ordenación decorativa y tan variada la combinación de sus colores.

La anchura de cada una de las salas cubiertas es de treinta y tres palmos; entre cada una de las columnas de la misma nave hay un espacio de quince palmos. Todas ellas tienen una base y un capitel de mármol.

Encima de cada dos columnas se eleva un arco admirable, cuyos arranques reposan sobre la cima del capitel de cada columna. Ese arco está coronado de otro, que se apoya en dos fuertes pilares de piedra tallada. Esa doble serie de arcos está construida con piedras trabadas mediante cal y yeso. En su superficie han incrustado, a razón de seis por arco, claves de ladrillo que rodean las cuatro caras del arco, sobresalen de las mismas ligeramente y están revestidos de una pintura ocre. En el techo, el espacio comprendido entre cada dos de esos dobles arcos está recubierto por uno de los paneles ya descritos; encima del borde de cada panel corre un friso de madera en que están inscritos versículos del Corán.

Esta mezquita catedral está dotada de una *qibla* tan bella, que parece imposible intentar su descripción, porque es de una ordenación arquitectural y de una elegancia que sobrepasan lo imaginable. Allí se encuentran los paneles de mosaico formados de cubitos dorados y policromados que fueron enviados a Abd al-Rahman (III) al-Nasir li dini-Ilah por el emperador de Constantinopla la Grande. La fachada del *mihrab* está coronada de siete arcadas, que reposan sobre columnas y tienen una altura de una braza. Todos esos arcos han sido adornados a la manera de los godos; ni los musulmanes ni los griegos hubieran sido capaces de construirlos en un estilo tan artístico y delicado. Coronando toda la fachada se hallan dos frisos epigráficos en cubos de mosaicos dorados, sobre un fondo de cristal azul celeste; encuadrando *mihrabs* secundarios a un lado y otro del *mihrab* principal.

Igualmente, encima de la serie de arcadas, corren dos inscripciones cuyos caracteres se destacan en mosaicos dorados sobre campo azul celeste. La fachada del *mihrab* está cubierta de numerosos adornos y de motivos esculpidos. En los pies derechos de su arco están cuatro columnas, dos verdes y dos de color gris aborregado, de valor inestimable. Cubre el interior del nicho un casquete de un solo bloque de mármol cubierto de adornos reticulados y de estrías, con ricos revestimientos de colores vivos; oro, azul celeste y otros varios tonos. Delante de la fachada del *mihrab* está reservado un espacio mediante una balaustrada en madera artísticamente esculpida con diversos motivos decorativos.

A la derecha del *mirhab* se alza el púlpito *(minbar)* sin pareja en todo el universo. Es de ébano, boj y madera de olor. Según cuentan los anales de la dinastía Omeya, fueron precisos siete años enteros para ejecutar la carpintería y la talla del mismo; se emplearon seis maestros en tal labor, los cuales tenían a su servicio diversos obreros; y cada uno de ellos recibía un salario diario de medio *mitzqal muhammadi* (la mitad de una moneda de oro).

A la izquierda del *mihrab* se abría una cámara que guardaba las piezas del mobiliario de la mezquita, tazones de oro y de plata y candelabros, todo lo destinado a la anual iluminación, con cirios, de la gran mezquita la noche del 27 de Ramadan. En tal cámara se conservan además un ejemplar del Corán, tan pesado que eran necesarios dos hombres para alzarle; se habían incluido en él cuatro hojas del Corán que Uthman ben Affan —Alá le sea agradable— transcribió de su propia mano. Se ve en él todavía una gota de su sangre. Se saca este Corán del almacén donde se custodia cada viernes por la mañana. Están encargados de hacerlo dos funcionarios agregados al servicio de la mezquita, quienes lo transportan precedidos de un tercer servidor con un cirio en la mano. Tal Corán se conserva guardado en un estuche artísticamente trabajado y espléndidamente decorado. Una vez trasladado a la sala de la oración, se le deposita sobre un pupitre, el imán lee en él la mitad de un *hizb* y se le vuelve en seguida a su sitio habitual.

A la derecha del *mihrab* y del *minbar* se abre la puerta de entrada a un corredor abierto entre el muro interior y exterior de la fachada Sur de la mezquita, que daba directamente acceso al palacio califal. Ocho puertas cierran ese corredor, cuatro que se abren desde el palacio y cuatro desde la mezquita.

La mezquita catedral tiene veinte puertas cubiertas de paneles de bronce, que a su vez ostentan adornos en forma de estrellas, fundidas en el mismo metal. Cada una de esas puertas está provista de un llamador muy bellamente trabajado. Los huecos de cada una en el muro exterior de la mezquita se hallan encuadrados por motivos de marquetería policroma, formados mediante ladrillos rojos escoriados, siguiendo dibujos variados y temas eruditos, tales como el bordado de realce y el cordoncillo.

En lo alto de la mezquita catedral y alrededor de la misma, a fin de iluminar la sala cubierta y a fin de distribuir en ella la luz, se hallan losas

horadadas de mármol, de alrededor de una brazada de largo, cuatro palmos de ancho y cuatro dedos de espesor. Tales losas están decoradas con motivos geométricos, octogonales o hexagonales, se hallan cinceladas y sus orificios responden a motivos ornamentales, diferentes en cada una.

En el Norte de la mezquita se alza un minarete de belleza notable, de proporciones grandiosas y de una forma y una planta extrañas. Su altura desde el suelo es de cien codos de los llamados *raxxasi*, ochenta hasta la plataforma donde se sitúa el *muezzin* y veinte desde ella hasta la cima. Se sube a lo alto de la torre propiamente dicha por dos escaleras, una instalada al Este y otra al Oeste. Están dispuestas de tal modo que si dos personas suben al minarete cada una por una escalera, después de separarse en el suelo, sólo se encuentran al llegar a lo alto. Las fachadas del minarete están revestidas por entero de piedras de toba, decoradas con esculturas de tipo geométrico, con frisos epigráficos y con marquetería policroma. Sobre las cuatro fachadas del minarete se advierten dos series de arcadas de herradura, sostenidas por columnas de mármol. El minarete contiene en su exterior y en su interior trescientas columnas. En lo alto de la torre se alza un linternón que forma una cámara con cuatro puertas abovedadas: dos *muezzines* pasan allí la noche. Dieciséis *muezzines* están adscriptos al servicio de la mezquita; dos de ellos sirven cada día en ella, por turno. El linternón está coronado de una cúpula, que lo está a su vez por cinco manzanas superpuestas, tres de oro y dos de plata, y por una serie de hojas cinceladas de metal. La más grande de tales manzanas podrá contener sesenta *ritl* de aceite.

Sesenta personas asisten al servicio total de la mezquita. Se hallan a las órdenes de un jefe de personal encargado de vigilarlas.

El alcázar de Córdoba está al Occidente de la ciudad; el solar que ocupa se extiende hasta la parte meridional y occidental de los muros (de la población). La mezquita catedral se alza en frente del palacio, al Este (del mismo). Los dos edificios se comunican por un pasaje alto, por bajo del cual se pasa cuando se sigue la calle mayor entre la mezquita y el palacio hacia la puerta del Puente.

La parte cubierta de las naves de la mezquita catedral, de Sur a Norte, era, antes de su ensanchamiento, de doscientos veinticinco codos, y su anchura desde el Oeste, de ciento cinco (léase ciento cincuenta) codos. Al-Hakam (II) "añadió por el lado del mediodía ciento cincuenta codos, lo que llevó su largo a trescientos treinta codos. Muhammad Ben Abi Amir, por orden de Hixam (II) ben Al-Hakam, agrandó en seguida la mezquita hacia el Este, ensanchándola ochenta codos, con lo que aquélla tuvo una anchura de doscientos treinta codos. Eran once sus naves (en tiempos de Al-Hakam), la central tenía dieciséis codos de ancho, las dos naves inmediatas al Este y al Oeste de la misma tenían catorce codos, las diez

restantes once codos. El ensanchamiento (lateral) de Muhammad Ben Abi Amir implicó la construcción de ocho nuevas naves de diez codos de ancho cada una. El patio tenía de largo, de Este a Oeste, ciento veintiocho codos, y de ancho, de Sur a Norte, ciento cinco codos. La anchura de las galerías que rodeaban al patio era de diez codos. La superficie del edificio era, pues, de treinta y tres mil ciento cincuenta (sic) codos cuadrados. La mezquita catedral tenía nueve puertas, tres se abrían sobre el patio, al Oeste, al Este y al Norte; cuatro sobre las naves laterales, dos al Oeste y dos al Este, y dos puertas daban directamente a los palcos reservados para las mujeres en las galerías. El total de las columnas empleadas en todo el edificio es de mil doscientas noventa y tres. Son todas de mármol. Las cúpulas que cubren la *maqsura* de la mezquita son doradas, es también dorada la fachada mural del *mihrab* y los muros laterales; se ha aplicado oro en los intersticios de los cubos de mosaico. Las arañas de la *maqsura* son de plata pura. El minarete construido por Abd al-Rahman (III) ben Muhammad tiene hoy setenta y tres codos hasta lo alto de la cúpula horadada, en torno de la cual dan vueltas los *muezzines* (cuando llaman a la plegaria). Encima de tal cúpula hay manzanas de oro y plata. Entre el suelo y la plataforma de los *muezzines* hay cincuenta y cuatro codos. Cada una de las fachadas exteriores del minarete tiene al nivel del suelo dieciocho codos de lado.

En Córdoba hay, además, según cálculos seguros, cuatrocientas ochenta mezquitas.

Del *Kitab al-Rawd al Mitar* de ABD AL-MUNIM AL-HIMYARI (Según versión francesa de Lévi-Provençal: La péninsule ibérique au Moyen Age, 183).

EMBAJADAS DE PRÍNCIPES CRISTIANOS ESPAÑOLES ANTE AL-HAKAM II

En contraste con el gusto por la guerra de Abd al-Rahman III, Al-Hakam II amaba los libros y prefería a los guerreros los hombres de letras. El debilitamiento de la cristiandad peninsular por las luchas civiles que estallaron en el antes poderoso reino leonés, en la segunda mitad del siglo X, dieron al califa vagar sobrado para sus tareas literarias. Y el gobierno de León por un niño y una mujer, que facilitó el alzamiento de diversos magnates contra la regia autoridad, redujo a la impotencia al mayor enemigo de Córdoba. Ningún soberano cristiano pudo, pues, osar enfrentarse con Al-Hakam. Todos le rendían pleitesía y le enviaban embajadas. Con ellas llegaban también las de los condes rebeldes: los Gómez, los Ansúrez y los Velázquez. Para el califa tales misiones eran gestos de obediencia. La reina Elvira de León, que gobernaba el reino en nombre de su soberano Ramiro III, rechazó orgullosa tal concepto, y el conde de Castilla, García Fernández, para mostrar que tampoco la aceptaba, atacó las fronteras de Al-Ándalus. De los Anales de Isa al-Razi, contemporáneo de Al-Hakam, tomó Ben Hayyan la noticia de tales sucesos.

RECEPCIÓN DE LOS ENVIADOS DE BORRELL I DE BARCELONA

Sentado el califa, como de costumbre en tales casos, en el trono en la plataforma del salón oriental de audiencias, salón que daba a los jardines, fueron llegando los visires, quienes se sentaron por su orden, ocultándole a las miradas; de entre ellos por la parte de la derecha el visir y el caíd Galib ben Abd al-Rahman, y debajo de él, Qasim ben Muhammad ben Tumlus, visir y prefecto (¿oficial?) de la familia (¿intendente de palacio?); a la izquierda prestaba el mismo servicio el visir y gobernador de Córdoba, Chafar ben Uthman, y debajo de él el gobernador de Medina al-Zahra, Muhammad ben Afiad: en busca de los embajadores de Borell salió Xahwar (Ben Abd al-Rahman) ben al-Xayyj, acompañado de un piquete de *chund*, y algunos de los principales cristianos de Córdoba, que habían de servir de intérpretes.

Al adelantarse Xahwar, ya los embajadores llevaban los regalos de Borrell para el califa, los cuales consistían, como se ha dicho, en 30 cautivos entre hombres, mujeres y niños, ¿con hermosos vestidos de seda y armas?: Xahwar condujo a los embajadores a sus asientos en las salas de estancia del *chund* (¿el cuerpo de guardia?) en Medina al-Zahra, hasta que estuviese completo el preparativo de la audiencia del califa: diose la orden de entrar, y entraron, yendo delante de todos el conde Bon-Fill..., y cuando ¿estuvieron? en la puerta de la sala en que estaba el trono, se postraron..., hasta que llegaron cerca del califa, cuya mano besaron..., y permanecieron en pie, entregaron el escrito (¿de Borrell?); mirólos el califa y abrió la conversación con preguntas acerca del estado de Borrell, su amo, y de su país, recordándoles el buen concepto de su pueblo para con él y su buena correspondencia: los embajadores dijeron lo que les plugo, y los intérpretes declaraban al califa lo que decían los embajadores y a ellos lo que éste decía; terminada la sesión, Xahwar ben al-Xayyj se marchó con ellos a la almunia de Nasr, el campamento, que se le había preparado para servirles con su gente; el califa dio orden de levantar las cadenas de los esclavos, para que fuesen conducidos a sus moradas, cuya orden fue cumplida.

El tesoro en Medina al-Zahra, Ahmad ben Ibrahim, por haber sido encargado de ¿acompañar? a los enviados de los rebeldes y de acercarse a ellos dijo, en alabanza del califa, unos versos de los cuales se copian cinco.

Cuando fue sábado (no sabemos qué día del mes de Xawwal) el califa celebró otra audiencia en el trono del salón oriental del alcázar de Al-Zahra, saliendo... ben Chauxan acompañado de un piquete de caballería en busca del ilchi Bon-Fill; rodeábanlos varios cristianos de Córdoba, que habían de servir de intérpretes, y llegados a presencia del califa, cumplieron su cometido; el califa mandó... del comitente de ellos Borrell en contestación al escrito de él, y dio a Bon-Fill, su enviado, los grandes

¿regalos? que correspondían a los esclavos, a quienes había dado libertad, y dio a conocer a ellos lo que habían de decir a Borrell, de su parte, y le proponía acerca del fin de la obediencia (paz entre Barcelona y Córdoba); Bon-Fill y sus compañeros fueron autorizados para regresar, y se les dieron los regalos, vestidos y acémilas según sus categorías..., saliendo de Córdoba, de regreso, a mitad de Xawwal antefechado [10 de agosto de 971].

LOS EMBAJADORES DE LA REINA ELVIRA DE LEÓN INJURIAN AL CALIFA

A 17 de Safar del año 363 [17 de noviembre de 973], el califa Al-Hakam Al-Mustansir Billah se sentaba en el trono en el alcázar de Al-Zahra con el mayor aparato y adorno; presenciaban el acto los visires y las diferentes clases de la servidumbre, haciendo de hachibes para este acto, según costumbre, los mayores de ellos; el califa recibió primero, no como enviados, sino al parecer sólo para cumplimentarles, a varios individuos de la familia de los Banu Hanun, de África; después entraron a presencia del califa los enviados de Elvira, tía y regente del rebelde rey de Galicia, y hablaron de parte de su poderdante, comenzando el discurso con una ¿injuria? Interpretaba a la letra el discurso de ellos Asbagh ben Abd Allah ben Nabit, cadí de los cristianos de Córdoba, nombrado para esto por los agemíes; el califa le recriminó en el acto, y acercándose al truchimán le echó de su presencia a voz en grito, mandando que se retirasen los embajadores, a quienes hizo algunas amenazas; imputó al intérprete sus crímenes y mandó separarle y destituirle del cadiazgo de los cristianos, rebajándole; luego hizo saber a los enviados el disgusto a que le había llevado por parte de ellos; Ziyad ben Aflah, oficial (o prefecto) de la caballería, los recibió en su casa, en el palacio del *chund* (en el cuartel), ¿conferenciando con ellos?, y haciéndoles saber que, de no haber tenido la inmunidad que les daba su carácter, hubieran sido castigados inmediatamente; atribuyó la culpa de la represión al intérprete Asbagh, por haberse adelantado, como lo hizo, con tan malas palabras; también le echó la culpa de las fuertes amenazas, haciéndoles saber por qué el Emir de los Creyentes había hecho llegar a ellos el castigo duro y enérgico; para que sirviera de enseñanza a estos rebeldes y lo tuviesen entendido, por lo que hacían llegar a él de palabras, pues estaba investido por ellos y por sus compañeros los enviados de los rebeldes; (suponía) que si así no fuera, no lo hubiera añadido por su cuenta.

El jurisconsulto Ahmad ben Arux, el de Morón, recibió orden de salir para Galicia como enviado a la rebelde Elvira, en compañía de los embajadores de ésta, que regresaban de Córdoba; a Ahmad se unió Ubayd Allah ben Qasim, el Metropolitano, como intérprete, y salieron con los enviados, que se marchaban, a fines del datado mes de Rachab.

Estaba entonces en la parte del Algarbe Muhammad ben Mutarrif, y recibió comunicación mandándole salir con ellos.

EL CONDE DE CASTILLA, GARCÍA FERNÁNDEZ, ATACA A DEZA MIENTRAS SUS ENVIADOS SE DIRIGEN A CÓRDOBA

Relación de la noticia del motivo que llevó al rebelde García ben Ferdinando, señor de Castilla y Álava, a quebrantar la paz en seguida de haber manifestado ardiente deseo de que se prolongase, y de haber enviado sus mensajeros y de haberla consolidado, aprovechando la ocasión de estar ocupado el sultán con la guerra de los que se le habían rebelado en la tierra de enfrente (al otro lado del Estrecho) y de haber enviado los mayores de sus capitanes y la mayor parte de los soldados del *chund* al otro lado del mar para combatirlos, y de haber hecho este tirano causa común con la mayor parte de los tiranos cristianos y de los que ¿rodeaban? el país del Islam; pero no produjo esto la protección de Allah para la gente de su coalición, sino que hizo caer sobre el enemigo las consecuencias de su ¡imprudencia! y abyección.

"El sábado a 8 por andar de Dzu-l-hicha [22 de septiembre de 974] llegó desde la frontera de en medio la noticia de la súbita ruptura de la paz de parte del tirano García ben Ferdinando ben Gundisalbo, señor de Castilla, a continuación de haber manifestado ardiente deseo de confirmarla —la noticia de la celeridad con que había salido contra el país de los muslimes y de la incursión de sus gentes de guerra contra el castillo de Deza, y lo que había inmediato del distrito de los Banu Amril ben Timlit en la mañana del jueves 11 de Dzu-l-hicha [3 de septiembre de 974] de dicho año [363 de la héjira]—, que la gente del castillo había presentado la batalla, y que él había incendiado las mieses, llevándose muchas caballerías de los muslimes; pero que Zarwal y Madha, hijos de Amril ben Timlit, valíes del distrito, habían salido tras él con los que salieron con ambos de entre sus soldados y habían recobrado el ganado vacuno y demás presa, matando algunos rebeldes de los que llevaban el botín; pero que habiendo salido contra los muslimes, de una emboscada de los marranos, mucha caballería, con la que los muslimes no contaban, se trabó por algún tiempo entre ellos un combate, el cual, habiéndose agravado, el capitán Zarwal fue atravesado de un bote de lanza, por cuya herida respiraba (era por ella respiración o vida de él) y murió mártir (la misericordia de Allah sea sobre él), acometiendo con su escuadrón: tuvo lugar la batalla en el día mencionado, en el lugar conocido por Fahs Albaracat (Albareca), en las inmediaciones del castillo de Madha.

"Al llegar esta noticia al califa, mandó expulsar a los enviados del maldito García, los cuales habían llegado y estaban en su corte para fortificar el negocio de la paz, e iban a volverse con la contestación que el príncipe les había dado el viernes anterior, cumpliendo el ardiente deseo de él (de García). Adelantóse hacia los enviados un *foranik* (correo), y habiéndoles mandado que se marchasen, ellos se negaron y quisieron matarle y luego siguieron su viaje; pero el sultán mandó salir tras ellos a Afiah, *wakil*

(intendente) en el cuartel de la caballería, con un escuadrón de 30 a 40 de los principales del *chund*, entre los cuales estaban Xaaban ben Ahmad, el destituido Husayn ben Ibrahim y otros; acompañábalos un número de gentes de varias clases: alcanzados en un valle o barranco del país de Caracuey, donde se habían escondido separándose del camino, los embajadores fueron enviados (a Córdoba) del modo más violento y fue dura la cárcel de ellos".

Del *Muqtabis* de BEN HAYYAN (Trad. de Codera. Colección de estudios árabes, IX, 185, 198, 213).

EXPANSIÓN EN MARRUECOS DEL CALIFATO CORDOBÉS

Cuando Abd al-Rahman III restauró la autoridad califal en Al-Ándalus e impuso respeto a los cristianos del Norte, volvió su atención hacia los problemas africanos. La seguridad de España ha requerido siempre el dominio del Estrecho con la posesión de las plazas ribereñas de Marruecos. La aparición en África de los fanáticos y ambiciosos Fatimíes, para quienes Al-Ándalus era presa harto codiciable, hacía más urgente el señorío de las tierras del Magrib Al-Aqxa. Por comprenderlo así, Al-Nasir emprendió su conquista. Su hijo y sucesor, el califa bibliófilo y erudito Al-Hakam al-Mustansir Billah, siguió su política y envió sus tropas para vencer al caudillo que había conseguido dominar en Marruecos, donde han triunfado siempre aventureros audaces y valerosos, que a veces han logrado fundar imperios duraderos. La lucha frente a los habitantes de la zona montañosa del Sur del Estrecho no fue fácil —no lo ha sido nunca para los moradores en España—; pero, tras algunos fracasos sangrientos, Al-Hakam II logró ver desfilar por las calles de Córdoba y estableció en ella a los jefes que habían resistido a sus ejércitos.

En 361 [24 octubre 971] tuvieron lugar diversos combates en el Garb (Occidente-Marruecos) entre su emir Hasan ben Qannun Hasani y los oficiales de Al-Hakam, en las siguientes circunstancias. El califa hizo llamar a Muhammad ben Qasim, el mayordomo, y en Ramadan de tal año [junio-julio 972] le ordenó trasladarse a Ceuta en calidad de comandante en jefe, a la cabeza de los destacamentos del ejército regular *(chund)* que le confiaría. Hasan ben Qannun parecía dispuesto a violar sus compromisos, se inclinaba a reconocer la autoridad de Maadd, soberano de Ifriqiya, convocaba a sus partidarios más inmediatos para que le sirvieran de auxiliares en sus proyectos felones contra Al-Hakam y ordenaba que en las mezquitas de su provincia se invocase la bendición divina para Maadd, el príncipe Xii. El califa recomendó por ello a su general que desplegase todos los esfuerzos y el celo necesarios y añadió que, si Alá bendecía la empresa, estaba propicio al perdón y a la indulgencia, a tranquilizar el país y a procurar el bien de

la población apoyándose, naturalmente, en los partidarios de la dinastía Omeya.

El 18 Xawwal [2 agosto 972], el caíd atravesó el Estrecho, y la flota y el ejército se concentraron en Ceuta. El sábado 4 Dzu-l-Qada [17 agosto] recibió Al-Hakam una carta anunciándole la conquista de Tánger por su almirante Abd Allah ben Riyahin. Había llegado, decía, el 1º de tal mes delante de la ciudad y había comenzado por invitar a sus habitantes a someterse y a volver al seno de la ortodoxia, pero le habían dado una respuesta negativa y grosera, animados por Hasan ben Qannun, que se encontraba en la plaza. El jueves, Ben Qannun realizó una salida contra el ejército de Al-Hakam que, habiendo partido de Ceuta, se dirigía hacia Tetuán para librarle batalla; y no obstante el número considerable de sus divisiones regulares magribíes *(chund)* y de sus fuerzas auxiliares lograron derrotarlo y (el rebelde) volvió la espalda ante las tropas del califa, escapó con algunos de sus íntimos y salió huyendo, sin detenerse ni ocuparse de los bienes, tiendas y objetos diversos de su propiedad o de la de sus partidarios, que habían quedado en Tánger. Cuando se hubo alejado mucho y los tingitanos se encontraron libres de su influencia, su jeque Ben al-Fadil salió al encuentro de Ben Riyahin acompañado de algunos notables de la ciudad y declaró que estaban dispuestos a obedecer a Alá y al Príncipe de los Creyentes, Al-Hakam. Se presentó en persona al caíd y solicitó y obtuvo el amán (el perdón y la paz) para los habitantes de Tánger. Los vencedores entraron en seguida en la plaza y saquearon cuanto pertenecía a Hasan ben Qannun y a sus partidarios. Tal era el relato de la letra enviada por el caíd al califa.

Éste recibió el 21 de Dzu-l-qada [2 de septiembre] otra carta en la que el caíd Muhammad ben Qasim le anunciaba el triunfo que había conseguido. Había tenido un encuentro con Hasan ben Qannun, y éste había sido derrotado, tras un encarnizado combate, en el que había dejado en el campo buen número de los suyos, y se había refugiado con los supervivientes en una montaña cuya posición era muy fuerte. Perseguido y combatido por las divisiones del ejército regular *(chund)*, sostuvo con ellos un nuevo encuentro poco importante y como consecuencia del mismo tuvo que huir de nuevo, abandonando sus bagajes y no ocupándose de nada sino de escapar, con lo que la montaña quedó en manos del *chund* que saqueó los objetos en ella encontrados. Al día siguiente los vencedores avanzaron sobre la ciudad de Delul, cuya conquista les permitió Alá, y Muhammad ben Qasim se unió luego a ellos con las tropas regulares. Después Ben Qasim se había dirigido a Arcila, había entrado en ella, había penetrado en la mezquita principal, había encontrado en la misma una cátedra nueva, marcada con el nombre del Xii Maadd ben Ismail y la había arrojado al fuego, tras arrancar de ella la plancha superior, donde estaba incrustado el nombre de Maadd, plancha cuyo alto precio era difícil de fijar y que enviaba al califa con su carta. El ejército se retiró entonces a Delul, hizo derruir las fortificaciones y quemar las casas, para hacer un escarmiento. Las tropas

se apoderaron de lo que encontraron en la plaza y consiguieron gran botín, entre los víveres tomados y los objetos abandonados por Hasan.

En 362 [12 octubre 972] Muhammad ben Qasim sucumbió en los arrabales de Mehran vencido por Hasan ben Qannun. En ese combate, que tuvo lugar el domingo 23 Rabi I [22 diciembre], perecieron con él gran cantidad de guerreros de las divisiones regulares *(chund):* es decir, alrededor de quinientos caballeros andaluces, de entre los más valientes, y alrededor de mil infantes.

El 1º Chumada II [9 marzo 973] llegaron a Córdoba setenta masmudíes que habían seguido hasta allí a Hasan ben Qannun y que venían a hacer su sumisión.

El califa llamó a Galib ben Abd al-Rahman y le dio órdenes para combatir a Hasan ben Qannun Hasani, porque, como consecuencia de la derrota del *chund* y de las pérdidas que había sufrido, se hacía grave la situación al otro lado del Estrecho. Entonces llegó una carta, anuncio de victoria de los caídes de Arcila. Comunicaban en ella que habían marchado contra Hasan ben Qannun, habían trabado con él un combate encarnizado, le habían derrotado y le habían matado gran número de hombres. Llegaron a Córdoba por entonces Hannun ben Idris, señor del barrio andaluz de Fez, y un enviado a Abd al-Qarim, señor del barrio qayrawani de la misma ciudad, que venían a manifestar su deseo de someterse al Príncipe de los Creyentes y de apoyar su soberanía. Fueron recibidos con grandes honores y se les hicieron magníficas promesas.

En Xaban [mayo 973] el caíd Galib fue informado del envío de diez mil dinares, para que los distribuyera en proporción a su jerarquía entre los partidarios de Hasan ben Qannun que se le sometieran. Se enviaban, igualmente, gran número de ricos vestidos y de sables adornados con piedras preciosas, para que sirviesen de recompensas honoríficas.

El califa envió al Garb (Occidente-Marruecos) al visir Yahya ben Muhammad Al-Tuchibi al frente de tropas destinadas a reforzar a Galib y para ayudarle contra el rebelde Hasan ben Qannun, asunto cuyo relato exigiría gran espacio.

Hacia el fin de Dzu-l-qada [fin de agosto] una carta de Galib anunció al príncipe el favor que Alá le había concedido, dejándole conquistar la plaza fuerte de Al-Qarim y obligando a huir al miserable Hasan ben Qannun, a su pariente agnaticio Ali ben Jaluf y a otros varios.

Hacia mediados de Dzu-l-hicha [mitad de septiembre], una carta del prefecto de la policía *(churta)* y gran cadí del Garb, Muhammad ben Abi Amir, anunciaba que se había celebrado el jueves la Fiesta de los Sacrificios y que en los púlpitos *(musalla)* de las mezquitas se había recitado la oración en nombre de Al-Hakam, con gran alegría y contento de los musulmanes (ortodoxos).

Se libraron diversos combates, muy largos de contar, contra los hasaníes, los que terminaron con la matanza de un gran número de partidarios de Hasan ben Qannun Hasani. Se cortó la cabeza a cientos de los principales

de entre ellos, pero la mayor parte permaneció sobre el campo de batalla. En ella fue muerto Muhammad ben Abu-l-Aix al-Kinani, a quien Hasan consideraba ora como su hermano, ora como su hijo.

En 363 [2 octubre 973] el caíd Galib conquistó Al-Basra, de la que se había apoderado Muhammad ben Hannun Hasani. Los habitantes de la misma se sublevaron y, después de haber dado muerte al lugarteniente que había aquél designado para la ciudad, se apresuraron a escribir al caíd Galib para pedirle que fuera a la plaza. El citado oficial acudió a su llamada, tomó posesión de la ciudad y anunció al califa lo sucedido, insertando en su carta al califa la que le habían dirigido a él los habitantes de Basra.

El jueves 15 Safar [15 noviembre 974] una carta de Galib anunció que había evacuado Al-Basra después de haber recibido rehenes, que se habían sometido todos los habitantes del Garb y la generalidad de las tribus bereberes, a excepción, sin embargo, del traidor Hasan ben Qannun quien estaba acorralado en tal forma que se hallaba reducido a la desesperación. Los habitantes de Al-Basra enviaron una diputación a Córdoba, para repudiar a su jefe Hasan y volver a la obediencia.

El califa recibió la agradable noticia de que Hasan ben Qannun se había sometido y que, cesando en su oposición, había participado en la oración del viernes 29 Chumada II [27 marzo 974]. Al conocerla tuvo una audiencia en la gran mezquita de Córdoba, en la que anunció a los visires la sumisión del rebelde del Garb (Occidente-Marruecos), de la que le informaba Galib en una carta, donde le comunicaba igualmente el envío del hijo de dicho jefe, Ali ben Hasan, y la recitación de la oración en el fuerte de Hachar al-Nasr (Roca de las Águilas), último reducto de los Idrisíes. Los visires acogieron la noticia con alegría, felicitaron al príncipe, dieron las gracias a Alá y le rogaron por su señor, ceremonia que duró mucho.

En 364 [26 septiembre 974] Galib ben Abd al-Rahman se presentó al califa de regreso del litoral africano. Estaba acompañado por Hasan ben Qannun y por sus partidarios hasaníes, los Banu Idris, príncipes del Garb, que se habían visto obligados a abandonar sus guaridas y a venir a Al-Ándalus. Formaban el cortejo de su jeque conocido por Hannun, cuyo nombre era Ahmad ben Isa, príncipe de la ciudad de Al-Aklam y de su territorio, quien tenía consigo a sus hermanos y sus primos paternos, acompañados de sus hijos y de sus mujeres. En la tarde del 4 Muharran [24 septiembre] el califa hizo conducir a todos estos notables personajes desde el campamento a las casas de Córdoba que habían sido evacuadas para ellos. Los recién venidos, a quienes acompañaban sus eunucos y libertos de confianza, fueron llevados a las moradas preparadas para recibirlos, cuyos salones habían sido decorados en forma muy larga de describir.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idhari (Según versión francesa de Fagnan, II, 404).

LIBROS EN CÓRDOBA

Los cordobeses de la época califal amaban los libros. Sólo en el arrabal occidental de Córdoba se ganaban la vida copiando manuscritos 170 mujeres. Se publicaban al año en la ciudad sesenta mil volúmenes. El califa Al-Hakam reunió una biblioteca de cuatrocientos mil. Los nobles imitaron su ejemplo. Todos, magnates y estudiosos, rivalizaban en la adquisición de libros y en la formación de bibliotecas. Fue famosa la de Isa ben Futays. Había un floreciente mercado de libros. Se pujaban en él las obras raras o lujosas. La noticia de uno de esos remates dice, más que ningún elogio, cuál había llegado a ser el gusto por el libro y la moda de reunirlos entre los cordobeses. Después, el dictador "Almanzor", para congraciarse con los alfaquíes o teólogos, rígidamente intolerantes, y con las masas ignaras que les seguían, ordenó el espurgo de la magnífica biblioteca califal, única en Europa. Durante las revoluciones cordobesas, de principios del siglo XI, se perdieron ricos tesoros bibliográficos en los incendios y saqueos de Medina al-Zahra y de Medina al-Zahira y de los palacios de los grandes, y muchos de éstos hubieron de vender sus bibliotecas. Pero a pesar de tanto desastre, todavía a fines del siglo XII Córdoba era, según Averroes, la ciudad que poseía más libros.

MERCADO DE LIBROS

Estuve, dice (el bibliófilo Al-Hadrami), una vez en Córdoba y solía ir con frecuencia al mercado de libros por ver si encontraba en venta uno que tenía vehemente deseo de adquirir. Un día, por fin, apareció un ejemplar de hermosa letra y elegante encuadernación. Tuve una gran alegría. Comencé a pujar; pero el corredor que los vendía en pública subasta todo era revolverse hacia mí indicando que otro ofrecía mayor precio. Fui pujando hasta llegar a una suma exorbitante, muy por encima del verdadero valor del libro bien pagado. Viendo que lo pujaban más, dije al corredor que me indicase la persona que lo hacía, y me señaló a un hombre de muy elegante porte, bien vestido, con aspecto de persona principal. Acerquéme a él y le dije: "Dios guarde a su merced. Si el doctor tiene decidido empeño en llevarse el libro, no porfiaré más; hemos ido ya pujando y subiendo demasiado". A lo cual me contestó: "Usted dispense, no soy doctor. Para que usted vea, ni siquiera me he enterado de qué trata el libro. Pero como uno tiene que acomodarse a las exigencias de la buena sociedad de Córdoba, se ve precisado a formar biblioteca. En los estantes de mi librería tengo un hueco que pide exactamente el tamaño de este libro, y como he visto que tiene bonita letra y bonita encuadernación, me ha placido. Por lo demás, ni siquiera me he fijado en el precio. Gracias a Dios me sobra dinero para esas cosas". Al oír aquello me indigné, no pude aguantarme, y le dije: "Sí, ya, personas como usted son las que tienen dinero. Bien es verdad lo que

dice el proverbio: Da Dios nueces a quien no tiene dientes. Yo que sé el contenido del libro y deseo aprovecharme de él, por mi pobreza no puedo utilizarlo".

Del *Magrib* de Ben Said (Trad. de Ribera: Disertaciones y opúsculos, I, 203).

QUEMA DE LIBROS POR ALMANZOR

. . . . . .

Y gobernó después de él, es decir, después del emir Al-Hakam, su hijo Hixam al-Muaiyad Billah, que en aquella época era un muchacho impúber aún. Entonces se arrogó la administración de sus dominios en Al-Ándalus su chambelán Abu Amir Muhammad ben Abi Amir. Éste, apenas se apoderó (del gobierno), acudió a la biblioteca del padre del califa, Al-Hakam, que contenía los libros ya mencionados y otros más. En presencia de los principales teólogos se hizo traer todas las obras de todas clases (que allí había) y les ordenó sacar del conjunto los libros de ciencias pretéritas que versaban sobre lógica, astrología y otras disciplinas de los antiguos (excepto los libros de medicina y matemáticas); de modo que cuando quedaron aquellos separados de las obras escritas sobre gramática, poesía, historia, medicina, tradiciones proféticas y otras ciencias y estudios (cultivados) por la gente del Ándalus, dispuso, con exclusión de lo que se dejó— y que fue la menor parte (del total de los libros)—, que fueran destruidos y quemados. Unos fueron incinerados y otros fueron arrojados a los pozos del palacio, siendo (luego) cubiertos de tierra y piedras. (Tales libros) fueron reemplazados por otros de diversas clases.

Hizo aquello (Ben Abi Amir) para demostrar su simpatía hacia la masa popular del Ándalus y como repudio de la actitud del califa Al-Hakam, puesto que aquellas ciencias habían sido abandonadas por sus predecesores y vituperadas por el dicho de sus autoridades; y el que las leyera era acusado de hereje y sospechado de heterodoxia.

Del *Tabaqat al-Umam* de Said, de Toledo, ed. Cheikho (Trad. inédita de Osvaldo A. Machado según la Crestomatía de Asín).

MÚSICA EN SEVILLA Y LIBROS EN CÓRDOBA

Tuvo lugar una polémica ante el rey del Magrib Al-Mansur Yaqub, entre el alfaquí Abu-l-Walid ben Ruxd (Averroes) y el jefe Abu Bakr ben Zuhr. (En el curso de la discusión) dijo Ben Ruxd a Ben Zuhr, respecto de la supremacía de Córdoba: "No comprendo lo que decís, pero el caso es que si muere un sabio en Sevilla y se quiere vender sus libros, éstos son llevados a Córdoba para ser vendidos en ella; y si muere un músico en Córdoba y se quiere enajenar sus instrumentos, éstos son llevados a Sevilla". Y agregó: "Córdoba es, en todo el mundo, la ciudad que más libros tiene".

Del *Kitab Nafh al-Tib* de Al-Maqqari (Trad. inédita de Osvaldo A. Machado según la Crestomatía de Asín).

MANDAS PIADOSAS DE UN CALIFA MORIBUNDO

El príncipe bibliófilo y erudito Al-Hakam sufrió en los últimos tiempos de su vida un ataque de apoplejía que lo llevó al sepulcro. He aquí las noticias que Ben Hayyan nos procura sobre sus limosnas y legados para los pobres y los maestros. Si en el ordenar de las primeras suele ser imitado aún hoy en España el califa de Córdoba, no todos los monarcas y magnates españoles siguen su ejemplo en el disponer de las segundas.

El lunes 18 de Rabí, primero del año 364, tuvo el califa Al-Hakam apariciones de espectros o fantasmas, horribles pesadillas, que le dejaron en estado que no le permitió dejarse ver de la corte. Difundióse la nueva y se hicieron rogativas por su restablecimiento. Mostróse a los dignatarios del imperio el viernes 28 de Rabí [5 enero 975]. Al día siguiente dio libertad a todos sus esclavos de ambos sexos, extendiéndose con tal motivo un documento público que firmó Hixam, su hijo, como testigo, siguiendo después la firma de los individuos de la familia real, los ministros según su orden jerárquico, el alcalde o juez, el gobernador, los alfaquíes del consejo, etcétera. A mediados de Chumada I, legó, como manda pía, las tiendas de los silleros (guarnicioneros que hacen sillas de montar), sitas en la plaza del Mercado, para los maestros de religión, de antemano elegidos a fin de que enseñasen a los hijos de pobres y desvalidos de Córdoba.

El juez firmó el acta del legado el viernes 23.

En el mes siguiente se dejó ver del público yendo en cabalgata a la mezquita aljama de Al-Zahra. Según dictamen facultativo, la enfermedad era de apoplejía.

En el mes de Xawwall, él y su hijo se dejaron ver en el terrado del palacio de Córdoba, que da a la carretera, para presenciar el reparto de cuantiosas limosnas que los pajes y servidores de palacio hacían a los pobres, a manos llenas, abajo en la calzada. Éstos manifestaban su agradecimiento rezando en altas voces.

Del *Muqtabis* de Ben Hayyan (Trad. de Ribera, Disertaciones y opúsculos, I, 240).

LA MOZARABÍA EN LA ÉPOCA CALIFAL

Las persecuciones del siglo IX no habían concluido con la mozarabía andaluza. He aquí dos testimonios epigráficos de su perduración en la época califal y una noticia sobre sus fiestas religiosas. Los mozárabes celebraban sus ritos antes del alba. Abiertas sus iglesias para todos, los musulmanes se introducían a veces en ellas y trazaban relatos poéticos de ceremonias cuyo significado no entendían.

MEMORIA POÉTICA DE UNA FIESTA NOCTURNA CELEBRADA POR LOS MOZÁRABES DE CÓRDOBA

Cuéntase en el Mathma que Abu Amir ben Xuhayd estuvo cierta noche en una de las iglesias de Córdoba, la cual estaba alfombrada con manojos de mirto y aderezada con atavío de regocijo y de sociedad. El toque de las campanas alegraba sus oídos, y el fuego del fervor le iluminaba con su brillo. En esto salió el sacerdote con los adoradores de Jesucristo, ceñido con admirables ornamentos, cesando entonces los regocijos y el júbilo.

No tomaban el agua con vasos, sino que la cogían de las pilas en las palmas de las manos.

Detúvose en medio de ellos (el sacerdote), inspirándoles fervor y libando sus copas, que le regalaban con aroma muy fragante siempre que las llevaba a sus labios con la más dulce libación. Concluida la ceremonia, se retiró con sus nocturnos compañeros.

¡Y cuántas veces aspiré en aquel templo el aroma del vino de la juventud mezclado con el añejo del sacerdote!

En unos mancebos que se miraban vestidos de alegría, modestos y humillados a su magnate.

El sacerdote, queriendo prolongar mi permanencia, entonaba repetidas veces sus salmos en derredor de mí.

Brindábanme con vino unos niños enrojecidos de pudor, semejantes a la tierna gacela a quien avergonzó la mirada de su dueño.

Comulgaban con él aquellos niños delicados, y les suministraba vino y por comida carne de puerco.

Del *Matzmah al-Anfusi* de BEN JAQAN en Al-Maqqari (Trad. Simonet, Historia de los Mozárabes, 821).

TESTIMONIOS EPIGRÁFICOS DE LA MOZARABÍA DE LA ÉPOCA CALIFAL

"Aquí descansa el insigne y esclarecido Samuel, gallardo, de gentil presencia, de elevada estatura, que cantaba el oficio (divino) modulando los versos y que enternecía piadosamente, cuando vivía, el corazón de todos sus oyentes. Vivió sesenta y ocho años, visitado por el Señor y probado en el siglo, pasando así de ésta a la otra vida. Durmió en el Señor un sábado, habiendo sido sepultado en este túmulo a la hora de las tres del día, en la era de novecientos noventa y seis, el nuevo de las Calendas de diciembre. El que conoció antes de su muerte a este gran presbítero, desprecie el mundo todo y corríjase".

Inscripción del año 958 hallada en Comares (Málaga) (Trad. Simonet, Historia de los Mozárabes, 622).

"En este lugar está sepultado el monje Amansvindo, que fue virtuoso y magnánimo, de ferviente caridad, de ánimo sobrio y egregio pastor de Cristo-Dios para con sus ovejas, así como guerrero para con los fuertes.

Rechazó las delicias del mundo y vivió en este monasterio cuarenta y dos años de su vida, Descansó en este túmulo al emigrar del siglo, siendo colocado en el seno de la congregación de los confesores. Durmióse, entre las horas tercias, a aquella en que cantan los gallos, un viernes, décimo día de las Calendas de enero, de la era 1020, reinando nuestro Altísimo Señor Jesucristo".

Inscripción del 981 hallada en los montes de Málaga (Trad. Simonet: Historia de los Mozárabes, 626).

CÓRDOBA: LA MAYOR CIUDAD DE OCCIDENTE

Córdoba era ya una ciudad de medio millón de almas en tiempos de Abd al-Rahman III, es decir, en la primera mitad del siglo X, y sus habitantes siguieron aumentando hasta los días de las revoluciones cordobesas, que comenzaron el año 1009. Contaba con una crecida población cristiana, y una no reducida masa de judíos, y desde el tiempo de Almanzor vinieron a habitarla no pocos bereberes. Triunfaba en Córdoba una plebe numerosa y turbulenta, ávida de placeres. Pero de entre ella se destacaba una aristocracia poderosa que, a imitación de Al-Hakam II, formaba bibliotecas y gustaba de las letras y las artes. Era a la par una ciudad burocrática, sabia y comercial. Centro del gran imperio omeya occidental, en ella se hallaban instalados los órganos rectores de la corte y del gobierno. Bajo el mecenazgo del califa y de los grandes, residía en Córdoba un grupo nutrido de gentes de letras y de ciencias: médicos, filósofos, escritores, historiadores, geógrafos, astrónomos o matemáticos. Los nombres de algunas de las arterias y barrios: pergamineros, perfumistas, zapateros, silleros... nos descubren algunas de sus industrias. Se abrían en ella mercados de libros, de esclavos, de granos —un año de abundancia se quemó el trigo para evitar el envilecimiento de los precios— y otros diversos. En ellos se vendían y compraban los más varios objetos de uso diario, de fabricación local o nacional: pieles de Zaragoza, cerámica de Calatayud, armas de Toledo, alfombras de Cuenca, sedas de Valencia y Granada, cueros y tapices cordobeses. A ellos llegaban también los más diversos objetos de lujo y las mercaderías más raras y exóticas que entraban en Al-Ándalus por el puerto de Pechina, próximo a Almería. El embajador de Otón I, Juan de Gorz, declara su asombro ante el esplendor de la Córdoba califal en el relato de su misión ante Abd al-Rahman III. Y el eco de las grandeza de la capital de la España musulmana llegó hasta las soledades del claustro sajón donde la monja Hroswitha la llamó: "ornamento del mundo". Con Bizancio, a la que se acercaba más que a Bagdad, pura ciudad oriental, Córdoba vivía entre Oriente y Occidente. Cuando Europa había descendido al más bajo nivel cultural que jamás había conocido hasta allí, la ciudad del Guadalquivir, como la del Bósforo, mantenían encendida la llama de la civilización. Y en Córdoba las claras mentes hispanas —era de origen español, como importa repetir,

la inmensa mayoría de los habitantes de Al-Ándalus—, fecundadas por el pensamiento y el saber arábigos, gestaban la más rica floración cultural que España había de conocer hasta su Siglo de Oro; floración que había de madurar en la centuria siguiente de las Taifas.

EXTENSIÓN

Las dimensiones de Córdoba han sido diferentemente establecidas debido indudablemente al rápido crecimiento de su población y edificación bajo los varios sultanes de la dinastía de los Marwan y a las penosas calamidades y desastres a que fue sometida bajo el reinado del último soberano de esa casa.

Ben Said, repitiendo las palabras de la epístola de Al-Xakundi, dice que la ciudad de Córdoba con las poblaciones adyacentes de Al-Zahra y Al-Zahira cubría en total una extensión de diez millas de longitud, cuya distancia, agrega el autor, había que cruzar de noche alumbrándose con faroles.

La circunferencia de las murallas que circundaban la ciudad se calcula en 30.000 *cubitos* (equivalentes a 18 pulgadas, en total alrededor de 12.420 metros) y la extensión, exceptuando los suburbios, se dice que era de 16.000 *cubitos* (unos 6624 metros) de longitud de Norte a Sur. Se dice también que la edificación de Córdoba en la época de los Banu Umayya se prolongaba a una distancia de ocho parasangas (equivalente cada una a 5250 metros) de longitud, por dos de ancho, lo que hace un total de 24 millas de largo por 6 de anchura. Todo este espacio estaba cubierto de palacios, mezquitas, jardines y casas edificadas a lo largo de las riberas del Guadalquivir, único río de Andalucía al que los árabes pusieron nombre.

Córdoba ha sido descrita como una ciudad cuya extensión, población y esplendor, siempre fueron en aumento desde su ocupación por los mahometanos hasta el año 400 de la Héjira [1009-10], en que estalló una guerra civil. Desde entonces aquella poderosa ciudad se vio privada de su antiguo esplendor. Fue decayendo gradualmente y perdiendo su anterior magnificencia hasta el momento de su destrucción final en el mes de Xawwal en el año 633 de la Héjira [septiembre 1236] cuando cayó en poder de los cristianos.

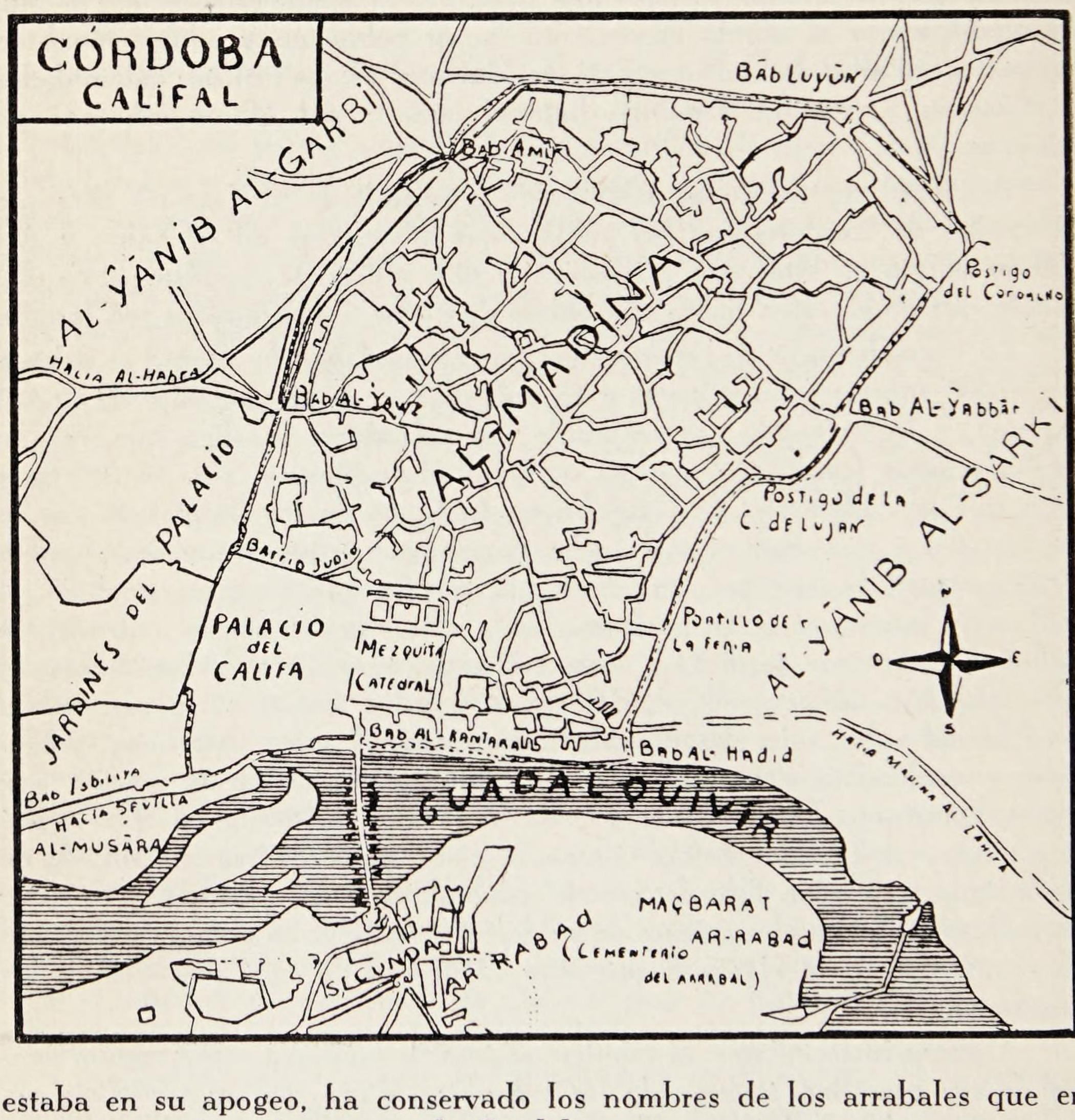
Algunos historiadores, al referirse al área de Córdoba comprendida dentro de sus murallas, incluyendo los suburbios, dicen que su superficie era de 33.000 *cubitos*, de los cuales 1.100 estaban cubiertos por los palacios reales.

Otro historiador dice que Córdoba estaba dividida en cinco grandes distritos o ciudades, separados unos de otros por una muralla alta y bien fortificada y que, todos reunidos, medían tres millas de largo por una de ancho.

SUBURBIOS QUE CONTENÍA

Se dice que los arrabales eran 21 en total, cada uno de los cuales estaba provisto de mezquita, mercados y baños para el uso de sus habitantes, de modo que los de un suburbio no tenían necesidad de recurrir a otro ni para sus asuntos religiosos ni para comprar lo más necesario para vivir.

Ben Baxkuwal, quien nos ha dado una descripción de Córdoba durante la época de su mayor prosperidad y cuando la afluencia de su población



estaba en su apogeo, ha conservado los nombres de los arrabales que en esos tiempos formaban parte de Córdoba.

Dos de éstos se extendían hacia el Sur, en la margen opuesta del río y sus nombres eran: Xakunda y Munyat Al-Achab (El jardín de las maravillas). Nueve hacia el Oeste, llamados: Hawwanit al-rihan (Las tiendas de los vendedores de albahaca dulce), Rabad al-raqqaqin (El arrabal de los panaderos), Maschid al-Kahf (La mezquita de la caverna), Balat Mugayth

(El palacio de Mugayth), Maschid al-Xaqa (La mezquita del infortunio), Hamam al-anbiri (Los baños de Al-anbiri), Maschid al-Surur (La mezquita del regocijo), Maschid al-Rauda (La mezquita del jardín) y Al-Sichn al-qadim (La cárcel vieja).

Tres hacia el Norte: Bab al-yahud (La puerta de los judíos), Maschid Umm-muslima (La mezquita de Umm Muslima), y la Rusafa. Los siete restantes se extendían hacia el Este y sus nombres eran: Salar, Faran Barbal, Al-Barch, Munyat-abdillah (El Jardín de Abd Allah), Munyat al-Mugayra (El jardín de Mugayra), Al-Zahira y Madinat al-atiqa (La ciudad vieja).

En el centro de la ciudad y rodeada por estos suburbios, estaba la Qasaba (fortaleza) de Córdoba, la que se hallaba fortificada y defendida por altas murallas, no así los suburbios; pero durante las guerras civiles fue cavado un foso alrededor de los mismos y quedó todo ello encerrado dentro de altos y fuertes muros que se levantaron al mismo tiempo. La circunferencia de esas murallas, según Ben Said, era de 24 millas incluyendo Xakunda, que aunque era una antigua ciudad amurallada, fue también comprendida dentro de los límites fortificados de Córdoba.

PUERTAS

Según Ben Said, las puertas de Córdoba eran siete en total: 1ª La puerta del puente (Bab al-Qantara), también llamada Bab al-Wadi, o puerta del río, 2ª Bab al-Chazirat al-Jadra (Puerta de Algeciras), que conducía también hacia el río. Ambas puertas miraban al Sur. 3ª Bab al-hadid (Puerta de hierro), llamada también Bab Saraqosta (Puerta de Zaragoza), Bab Ibn Abdi al-Chabbar (Puerta del hijo de Abdi al-Chabbar), llamada también la puerta de Toledo y puerta de los cristianos (Bab al-rumiyya). En la puerta últimamente mencionada se unían las rutas construidas por los romanos —las hemos mencionado en otra parte de este trabajo—, que, como se ha dicho, formaban un circuito, viniendo de Cádiz, Carmona, pasando por Córdoba y yendo a Roma a través de Zaragoza, Tarragona, Narbona y el gran continente. 4ª La puerta de Talavera, que se llamó también puerta del León. 5ª La Puerta del Emir de los Qurayxíes en el lado opuesto del cementerio del mismo nombre. 6ª Bab al-Chuz (Puerta de las nueces), conocida por el nombre de puerta de Badajoz. 7ª Bab al-attarin (Puerta de los drogueros) comúnmente llamada puerta de Sevilla. Había aún otra puerta llamada primeramente Bab al-Yahud (Puerta de los judíos) pero los buenos musulmanes hicieron objeción a tal nombre y la llamaron Bab al-huda (Puerta de la buena dirección).

El poeta Abu Amir ben Xuhayd escribió acerca de esta puerta el siguiente dístico:

"Cerca de la puerta de los judíos ellos vieron obscurecer y desvanecerse la estrella de Abu-I-Hasan.

"Cuando los judíos lo vieron dando órdenes ante su puerta lo tomaron por José".

EL PALACIO CALIFAL

El mismo historiador, describiendo el palacio real de Córdoba, dice que éste era un antiguo edificio habitado primitivamente por los sultanes infieles que gobernaron el país desde el tiempo de Moisés. Su interior, así como los edificios que lo rodeaban, estaban llenos de maravillosos restos de las primitivas construcciones de los griegos, romanos, godos y otras naciones ahora extinguidas. Los departamentos interiores estaban magníficamente decorados y la belleza de sus ornamentos cautivaba la vista de quienes los admiraban.

Los califas de la casa de Marwan eligieron este palacio para su residencia adornándolo, embelleciéndolo y agregándole nuevas habitaciones que llenaron de elegantes rarezas. Pero éstas no fueron las únicas mejoras que los soberanos de esa familia introdujeron en la ciudad; como observaremos después, dejaron por todas partes en Córdoba signos de su sabia administración, formando deliciosos jardines, proveyendo a la ciudad de agua traída desde lejanas montañas, llamadas las Sierras de Córdoba, y surtiendo su capital con toda clase de abundantes provisiones.

El agua obtenida de las montañas era traída al palacio y llevada desde él a todos los rincones y barrios de la ciudad, por medio de cañerías de plomo que se vertían en vasijas de diferentes formas, hechas de oro purísimo, finísima plata o cobre plateado, así como en grandes lagos, curiosos depósitos, asombrosos recipientes y fuentes de mármol griego, hermosamente talladas. En este palacio había también un asombroso surtidor, el cual arrojaba el agua a considerable altura, como los que suelen verse tanto en Oriente como en Occidente.

El palacio descrito por Ben Baxkuwal seguramente es el mismo designado anteriormente por algunos autores antiguos con el nombre de Balat Rudhrik (El palacio de Rodrigo) no porque este rey lo hubiera construido, sino porque cuando fue vencido por los árabes y su reino conquistado, como supieran que le servía de residencia cada vez que venía a Córdoba, lo llamaron por su nombre. No se sabe por quién fue edificado, pero la opinión más generalizada entre los nativos era la de que uno de los antiguos reyes que vivió en la fortaleza de Almodóvar fue quien lo construyó; y cuentan la siguiente leyenda:

"Un día, yendo el rey de caza, llegó al lugar donde más tarde fue construída Córdoba, que en aquel entonces era un desierto; el sitio ocupado ahora por el palacio estaba cubierto por impenetrable maleza. Cerca de ese lugar el rey soltó su halcón favorito, el cual se elevó en el campo, que más tarde llamó Kudyat Abu Ubayda (El monte de Abu Ubayda); pasándolo y, descendiendo en la espesura, el halcón voló en busca de la perdiz. Siguiólo el rey hasta perderlo de vista, pero no viéndolo aparecer y temiendo se hubiera enredado entre las ramas y se hallase en la imposibilidad de moverse, el rey ordenó cortar la maleza para que su halcón pudiera volar libremente. Mientras su gente se ocupaba en cortar la maleza, fue descubierta la cúspide

de un magnífico edificio de asombrosa estructura, construido con grandes bloques de piedra unidos entre sí con plomo fundido.

"El rey, que era un hombre inteligente y emprendedor, ordenó inmediatamente que se excavara en derredor y el edificio fue rápidamente descubierto en toda su extensión. Continuando su trabajo, los obreros llegaron a los cimientos, los cuales se encontraron sumergidos en agua, apoyados sobre un lecho de pequeñas piedras, puestas allí por un antiguo procedimiento, Cuando el rey vio esto, exclamó: "No hay duda que ésta es obra de algún famoso monarca y debo reconstruirlo". Ordenó que el edificio fuera reintegrado a su estado primitivo, hízolo habitable y desde entonces lo visitó a menudo como a cualquiera de sus castillos reales. Cada vez que hacía una excursión por su provincia o pasaba cerca en alguna expedición militar, residía en él durante algún tiempo Esto indujo a muchos de sus súbditos a establecerse en la vecindad y así poco a poco se fundó la ciudad de Córdoba, quedando el palacio en su centro, el cual desde entonces fue la morada de los reyes que lo sucedieron".

Pero volvamos a la descripción de Ben Baxkuwal: "Entre las puertas del palacio —puertas que, según tal historiador: "Dios Todopoderoso, abrió para reparar los agravios, ayudar a los oprimidos y dispensar juicios imparciales en todos los casos de la ley"— la principal tiene un balcón saliente que es sin igual en el mundo.

"Esta entrada, que conducía al palacio, estaba formada por puertas plegadizas, recubiertas con chapas de hierro, sujetas por una banda de cobre artísticamente trabajada, que representa un hombre con la boca abierta. Este extraordinario trabajo de arte, que partía de la parte más baja de la puerta, servía al mismo tiempo de barra y llamador y perteneció en otra época a una de las puertas de la ciudad de Narbona, en el país de los francos. Cuando el emir Muhammad tomó aquella ciudad a los cristianos lo quitó de allí y lo llevó a Córdoba, colocándolo en la entrada principal de su palacio.

"Siguiendo la misma dirección y mirando al Sur, había otra puerta, llamada Bab al-Chanan (La puerta de los jardines); en el lado opuesto, sobre una meseta mirando al Guadalquivir, había dos mezquitas famosas por su santidad y los numerosos milagros que se les atribuían y en las que el emir Muhammad al-Ride se sentaba a administrar justicia a sus súbditos, ansioso de obtener de este modo las abundantes recompensas del Todopoderoso.

"La tercera era llamada Bab al-Wadi (La puerta del río), y la cuarta, Bab Koriak (La puerta de Coria), abierta al Norte. Había una quinta puerta conocida por el nombre de Bab al-Chami (La puerta de la gran mezquita), llamada así porque los primeros califas antiguamente acostumbraban salir por ella para visitar la mezquita mayor los viernes. El trayecto que habían de recorrer era alfombrado en toda su extensión".

Sin embargo, la mayor parte de esas puertas, nos dice Ben Baxkuwal, fueron destruidas o tapiadas durante la guerra civil bajo el reinado de Abd

al-Chabbar. Además del palacio real aludido, los emires y califas de la casa de Harwan habían construido también dentro y fuera de Córdoba varias casas y jardines para su residencia o placer.

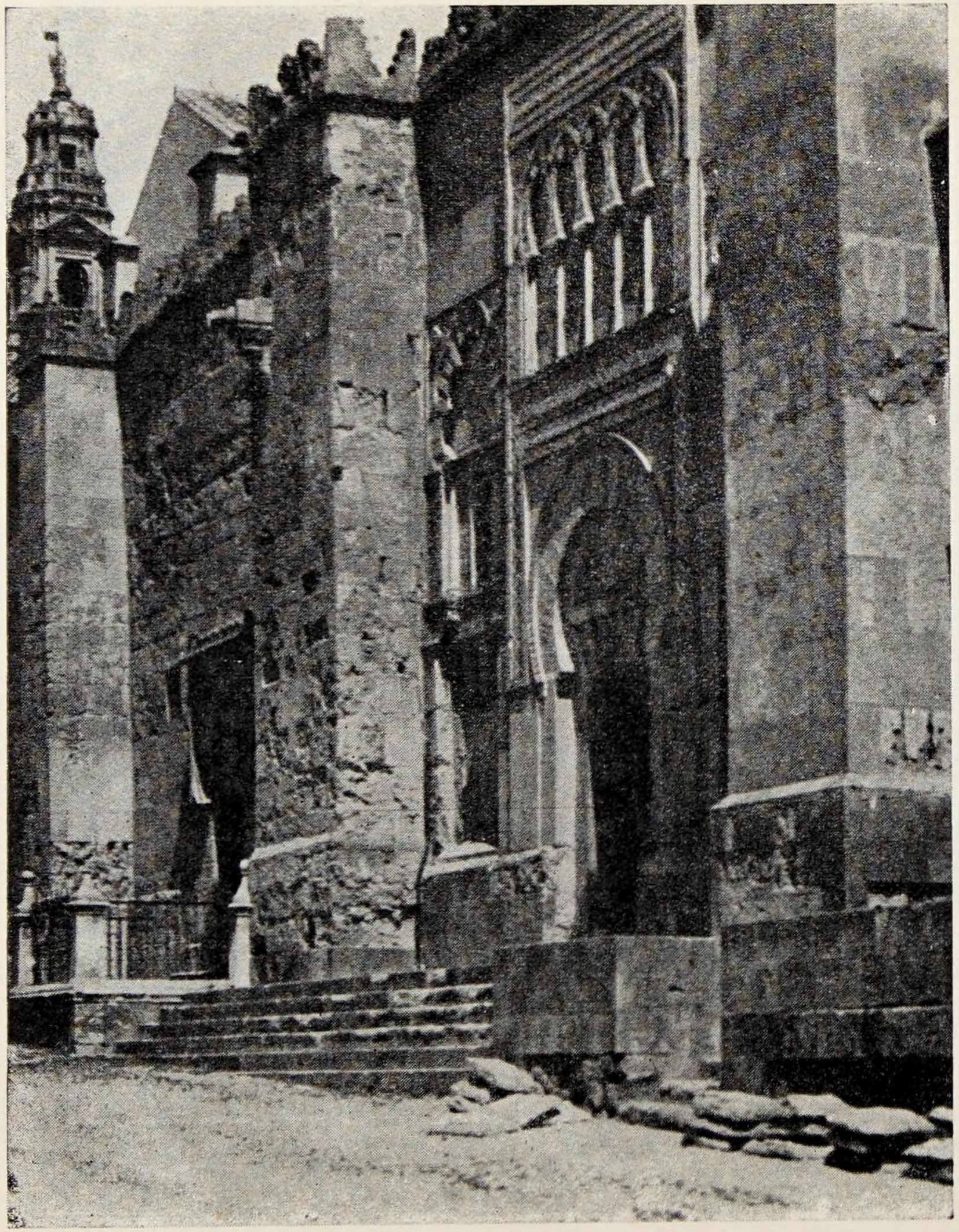
JARDINES

Dice Ben Said: "Continuaré ahora con la descripción de los jardines de recreo y paseos públicos en que los habitantes de Córdoba pasaban sus horas de ocio o que por ellos eran visitados en busca de descanso y de placer. Algunos de éstos pertenecían al príncipe, otros a gente adinerada. Entre los primeros se hallaba, al Norte, el palacio de Rusafa, que Abd al-Rahman ben Muawiya hizo construir al comienzo de su reinado y en el que residió gran parte de su vida. También formó un hermosísimo jardín con toda clase de plantas raras y exóticas y hermosos árboles de todos los países, tratando de que tuviera suficiente agua para su riego. Su pasión por las flores y plantas le indujo a mandar agentes a Siria y otros países, con el objeto de procurarse toda clase de plantas y semillas que, traídas a Andalucía desde lejanas regiones y distintos climas, fueron aclimatadas en el palacio real y distribuidas más tarde por todo el país.

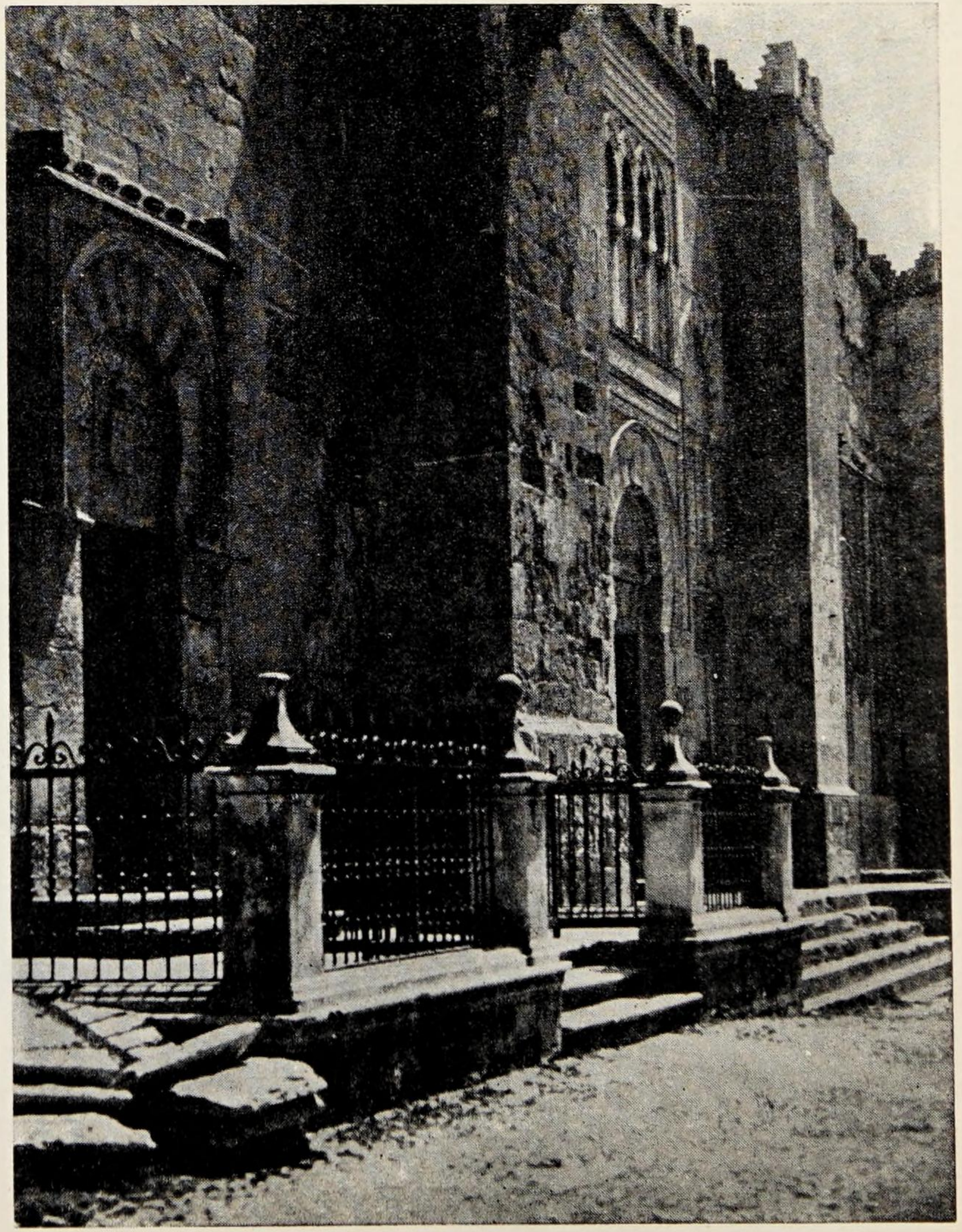
"De este jardín provienen las granadas llamadas Safari, que en punto a sabor, pequeñez de grano y abundancia de jugo, no tienen igual en el mundo, y son superiores a todas las frutas que se producen en Andalucía. Cuéntase así cómo se introdujeron esas granadas en el país y el origen de su nombre. Dicen que uno de los agentes mandados por Abd al-Rahman a Siria, con el propósito de traer todas las plantas exóticas que consiguiera, le mandó desde Damasco, entre otras rarezas, una variedad de granada del jardín llamado Rusafa-Hixam, conocida luego en Andalucía con el nombre de Russafi. Abd al-Rahman se enorgullecía de su adquisición ante sus súbditos, ponderando la clase y calidad del árbol, el sabor y color de la fruta, la forma cómo había sido adquirido y cómo se lo habían mandado.

"Sucedió que entre los cortesanos se encontraba un hombre llamado Safar ben Ubayd A-Kalaid, uno de los pobladores de Al-Urdan, quien más tarde fue reconocido como descendiente de los Ansaris y que usaba los colores del Profeta como los califas de la casa Omeya. El emir dio algunas frutas a Safar; éste guardó sus semillas y algún tiempo después las sembró en una villa del distrito de Rayya, en el que residía; cuidó el árbol podando sus ramas y cuando dio fruta, seleccionó la mejor granada, volvió con ella a la corte y se la presentó a Abd al-Rahman. Tan pronto como el emir vio la fruta, que se parecía tanto a la de sus jardines, en color y aspecto y cuyo sabor era igualmente delicado, quedó gratamente sorprendido y preguntó a Safar cómo lo había conseguido. Safar se lo explicó y Abd al-Rahman quedó tan satisfecho que lo felicitó efusivamente por su habilidad y, agradeciéndole su celo, le hizo un considerable presente, ordenando que fueran plantados en Rusafa, y en los jardines de recreo, más árboles de la misma especie.

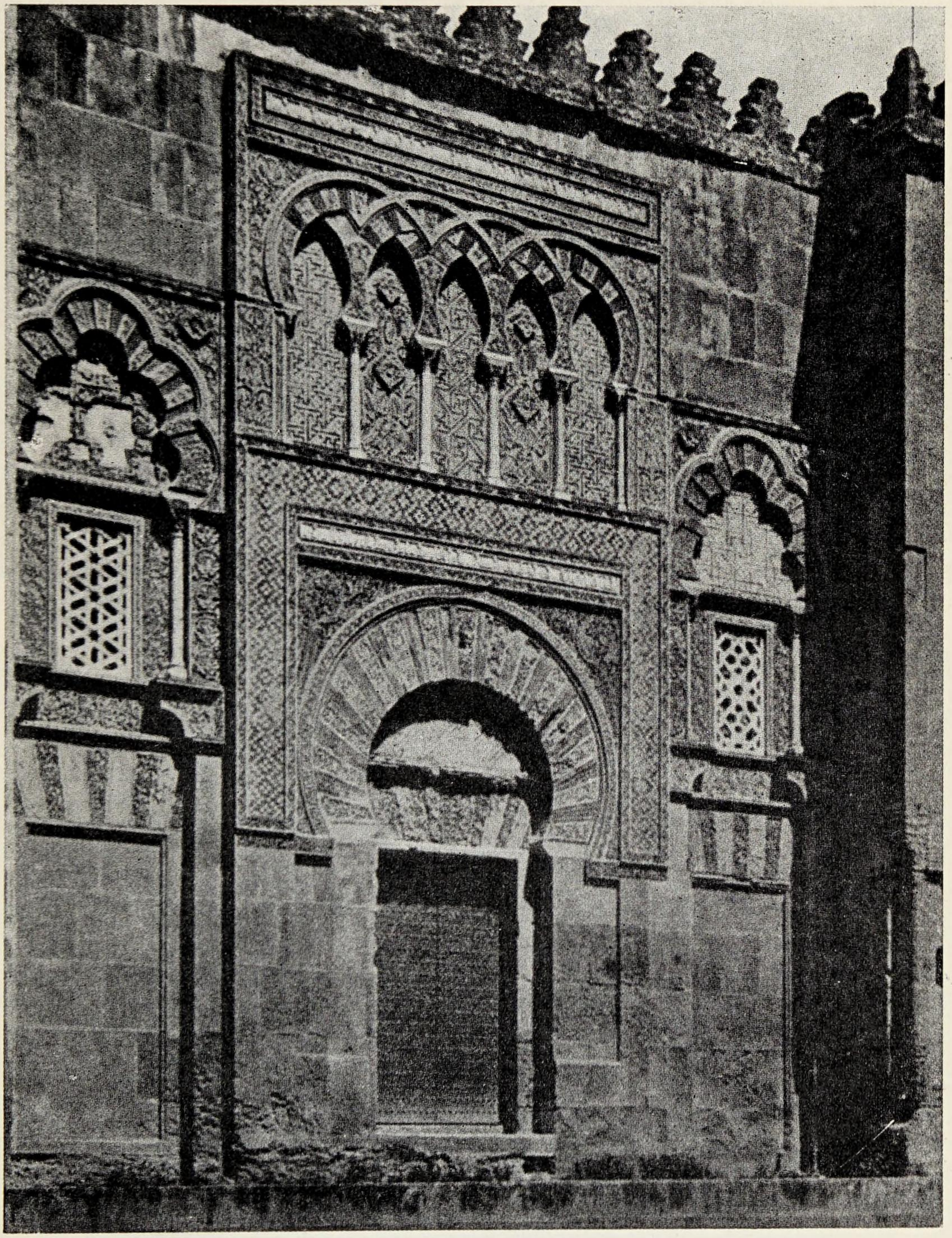
Córdoba. Mezquita. Fachada occidental.



Córdoba. Mezquita. Ampliación de Al-Hakam II.

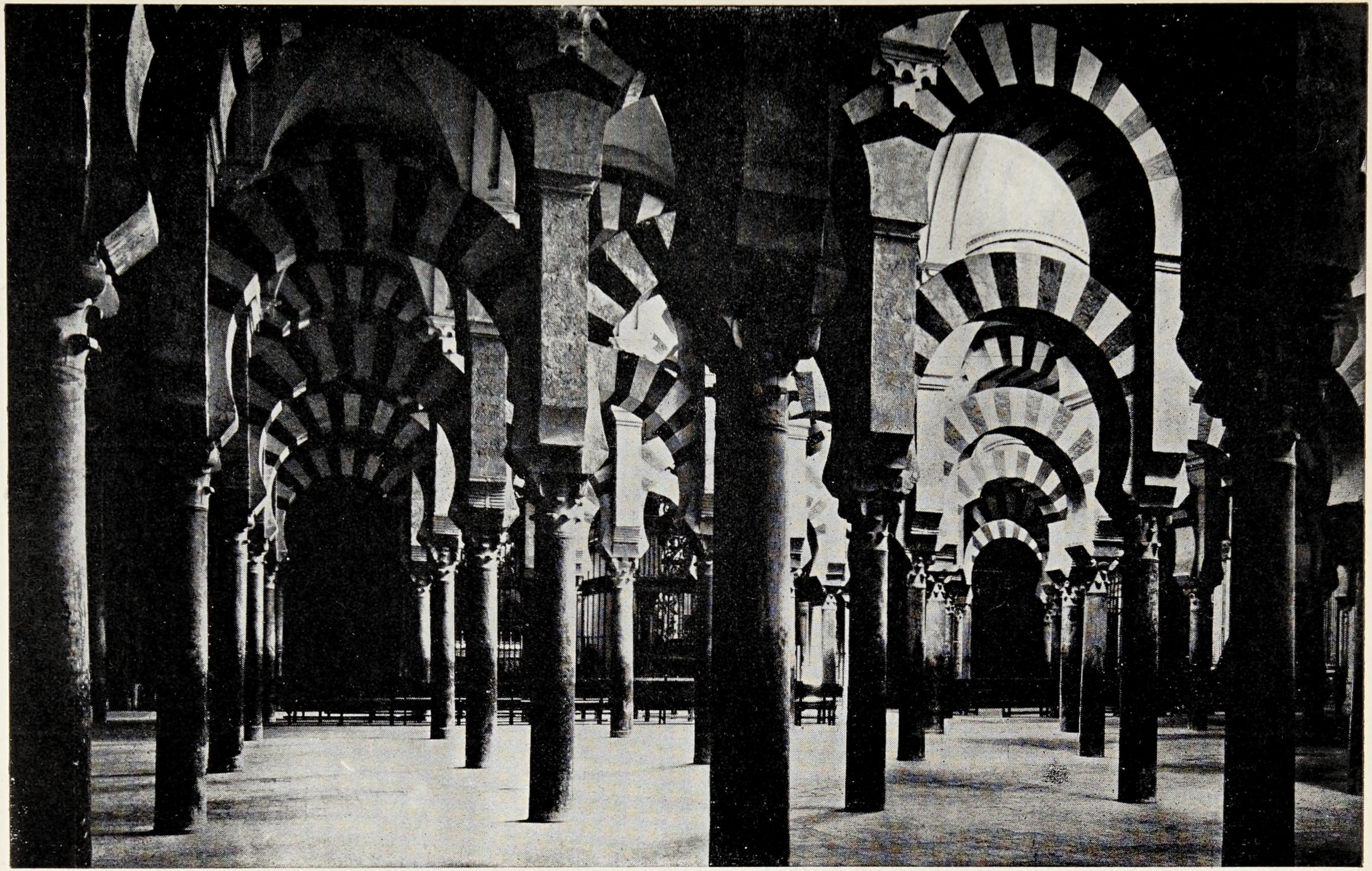


Córdoba. Mezquita. Ampliación de Al-Hakam II.

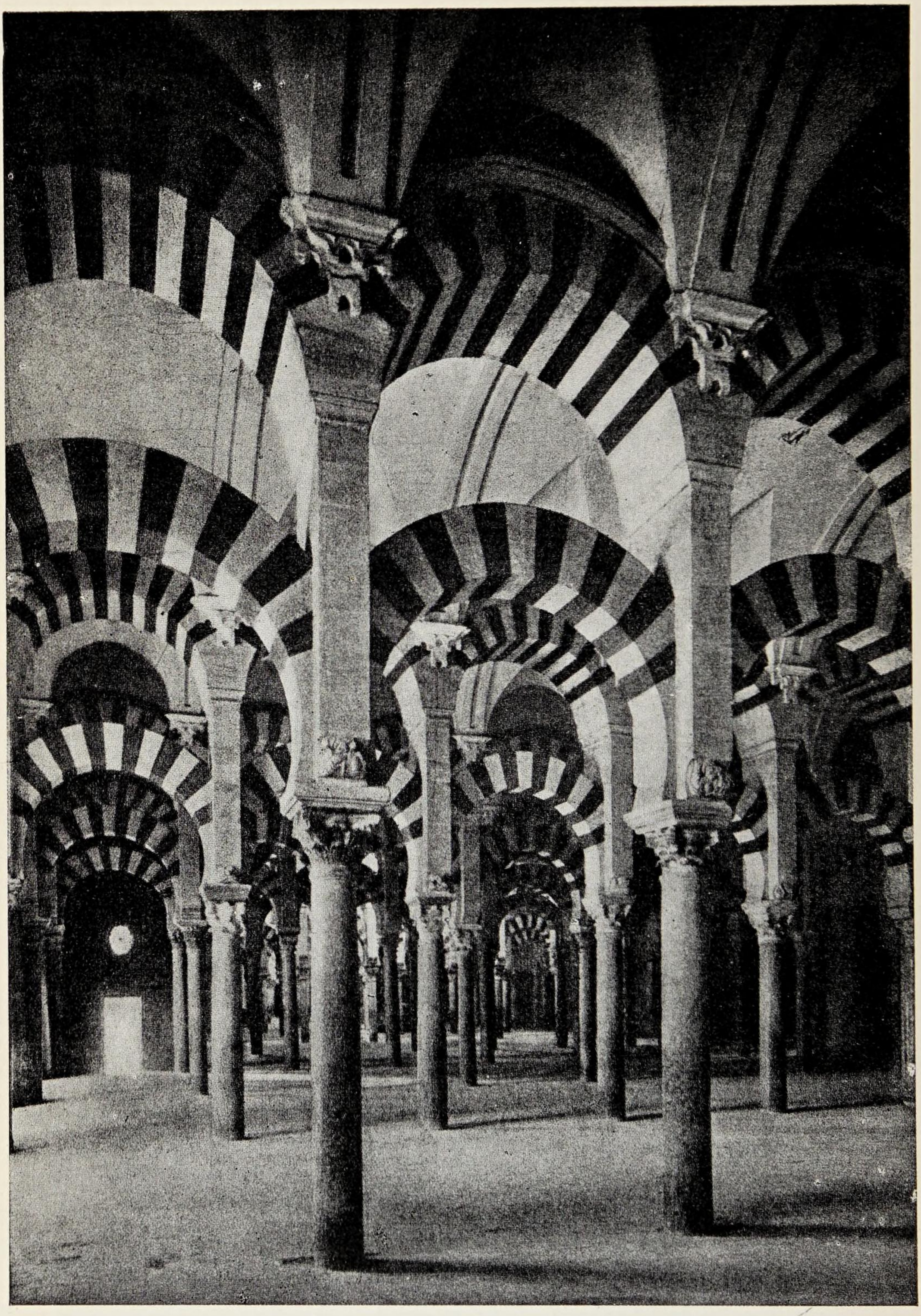


Córdoba. Mezquita. Puerta de la ampliación de Almanzor.

Córdoba. Mezquita. Vistas parciales del Patio de los Naranjos.

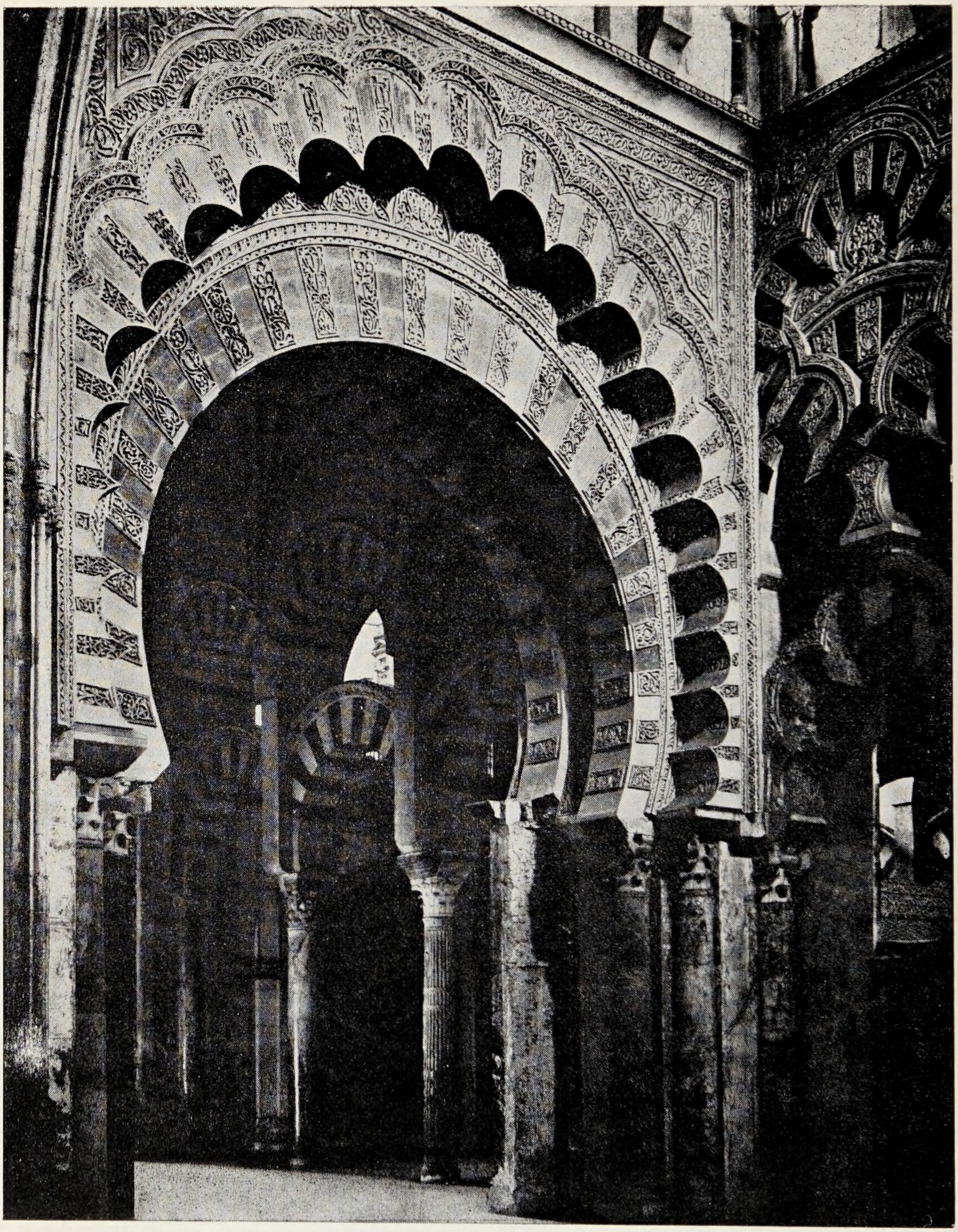


Córdoba. Interior de la Mezquita.

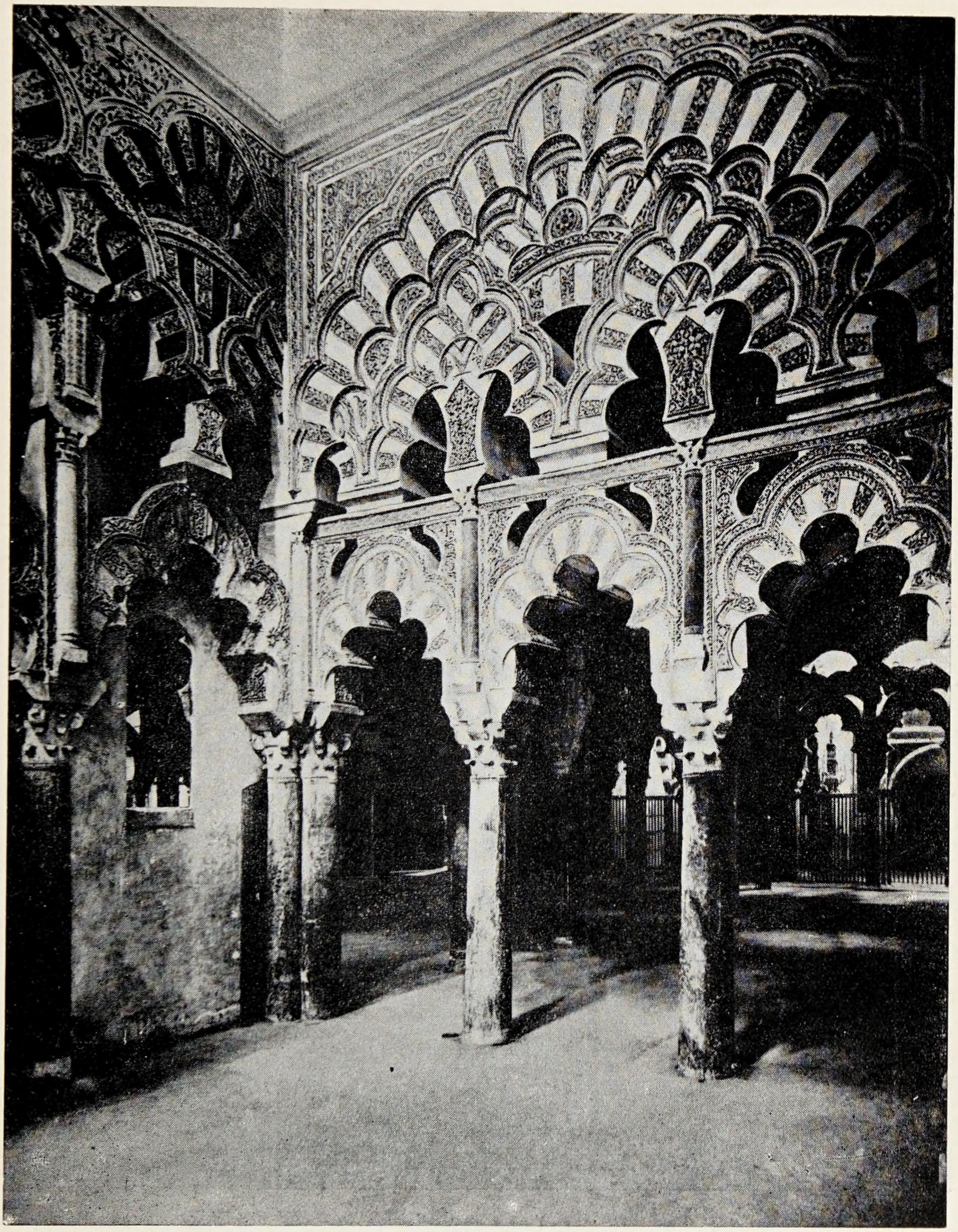


Córdoba. Interior de la Mezquita.

Córdoba. Interior de la Mezquita.



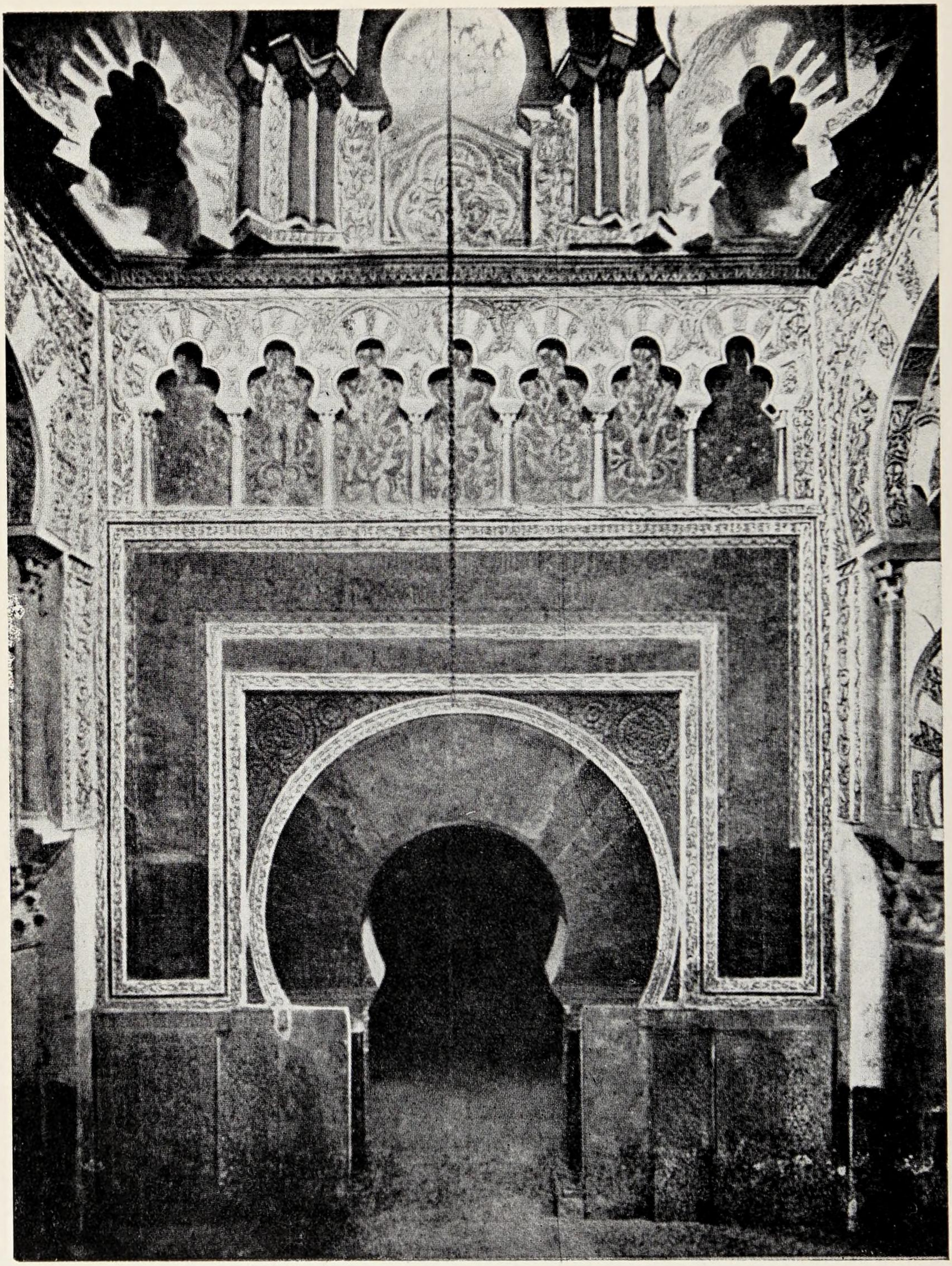
Córdoba. Mezquita. Testero norte de la Capilla de Villaviciosa.



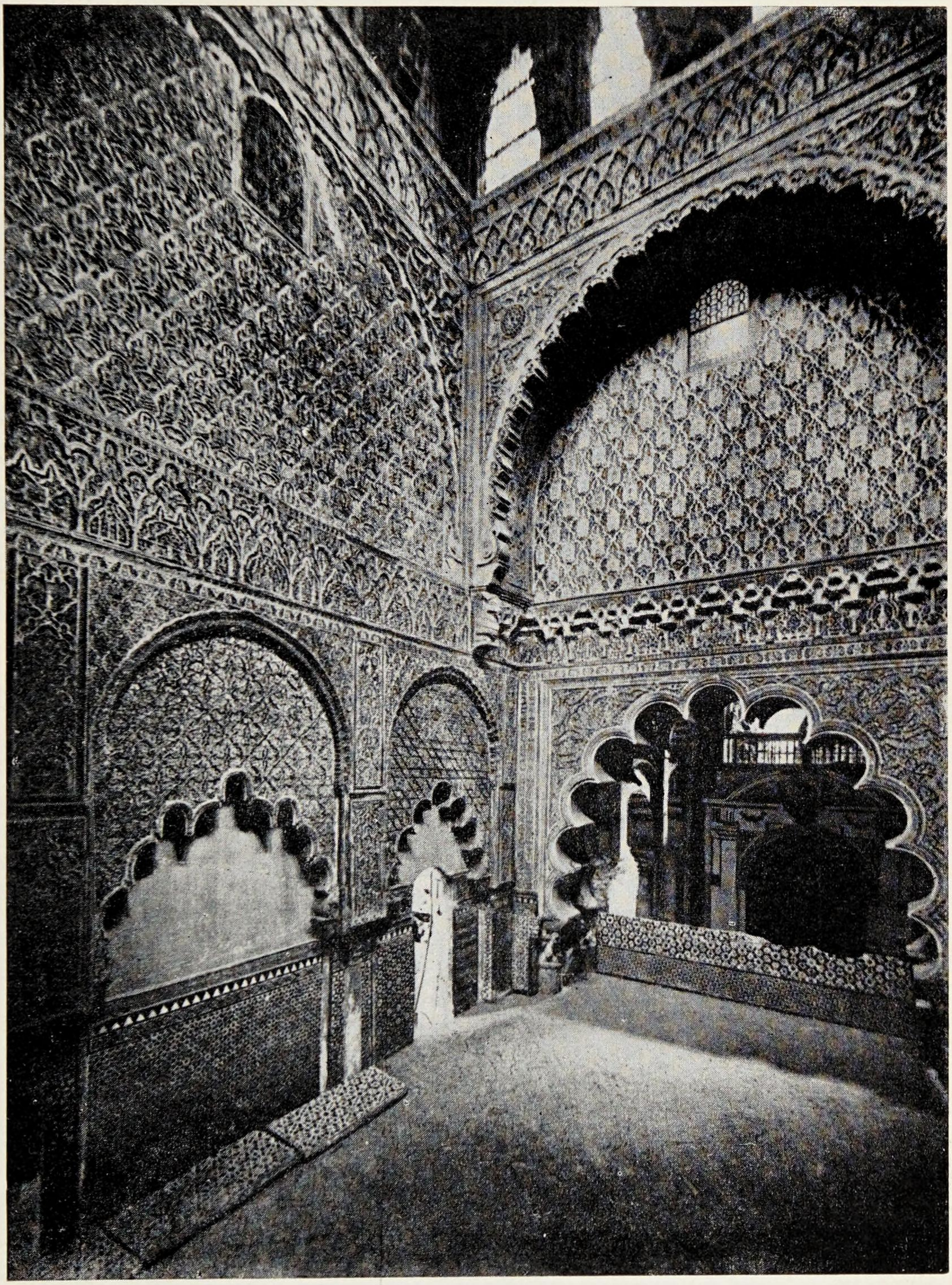
Córdoba. Mezquita. Capilla de la Maqsura.

Arquerías de la Mezquita de Córdoba.

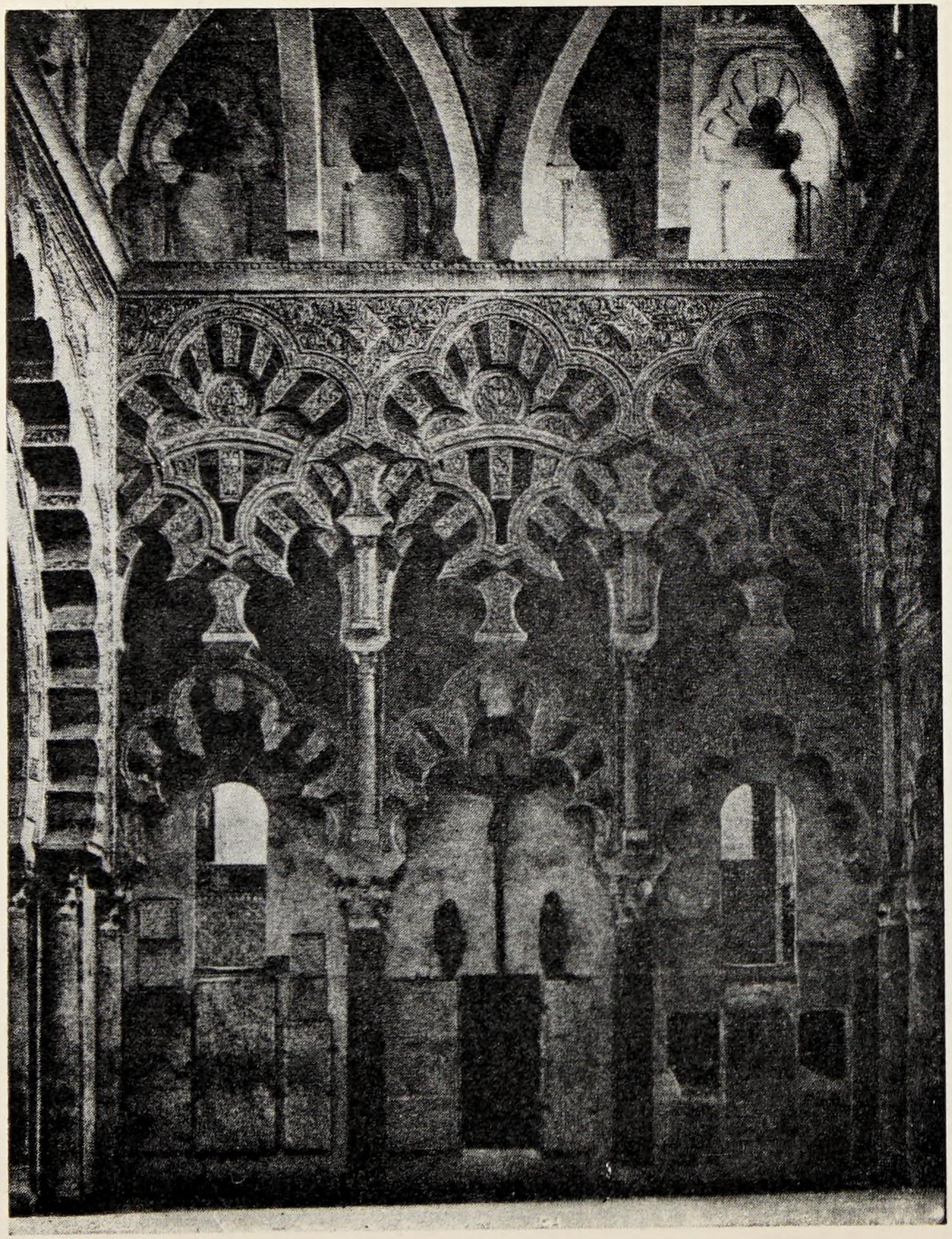
Córdoba. Mezquita. Interior de la Capilla del Mihrab.



Córdoba. Mezquita. El Mihrab.

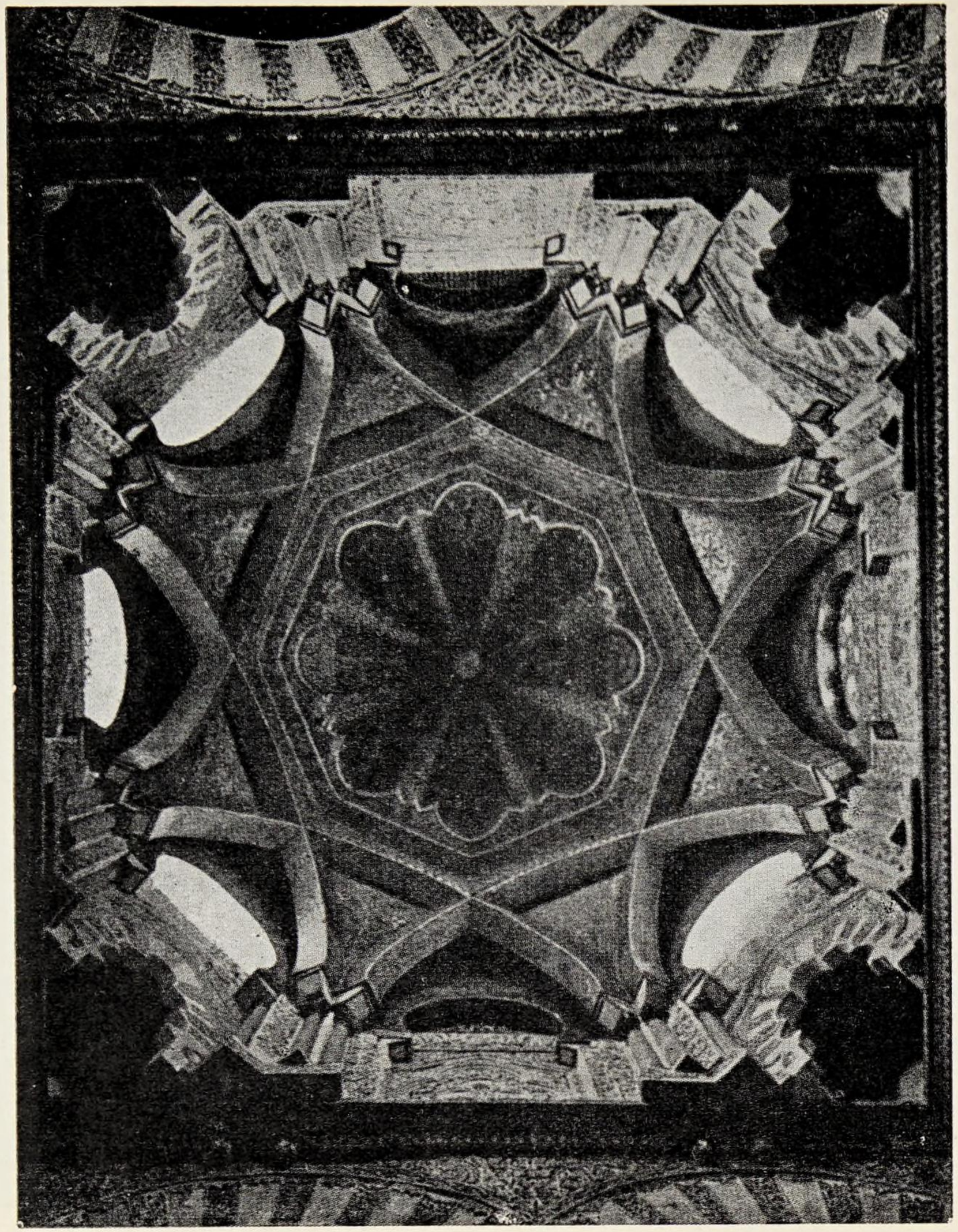


Córdoba. Mezquita. Interior de la Capilla de San Fernando.

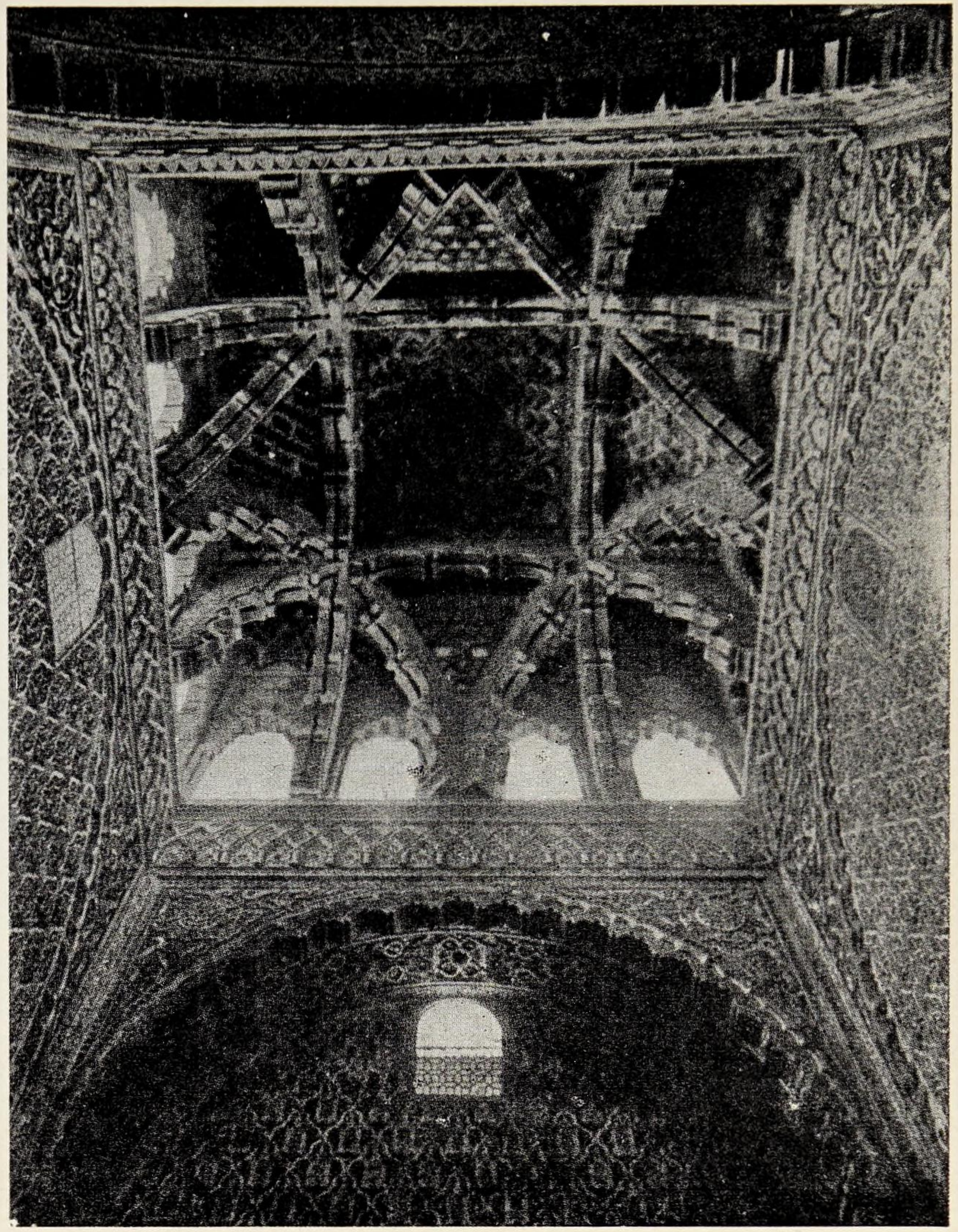


Córdoba. Mezquita. Capilla de Villaviciosa.

Córdoba. La Mezquita vista desde el Mihrab.

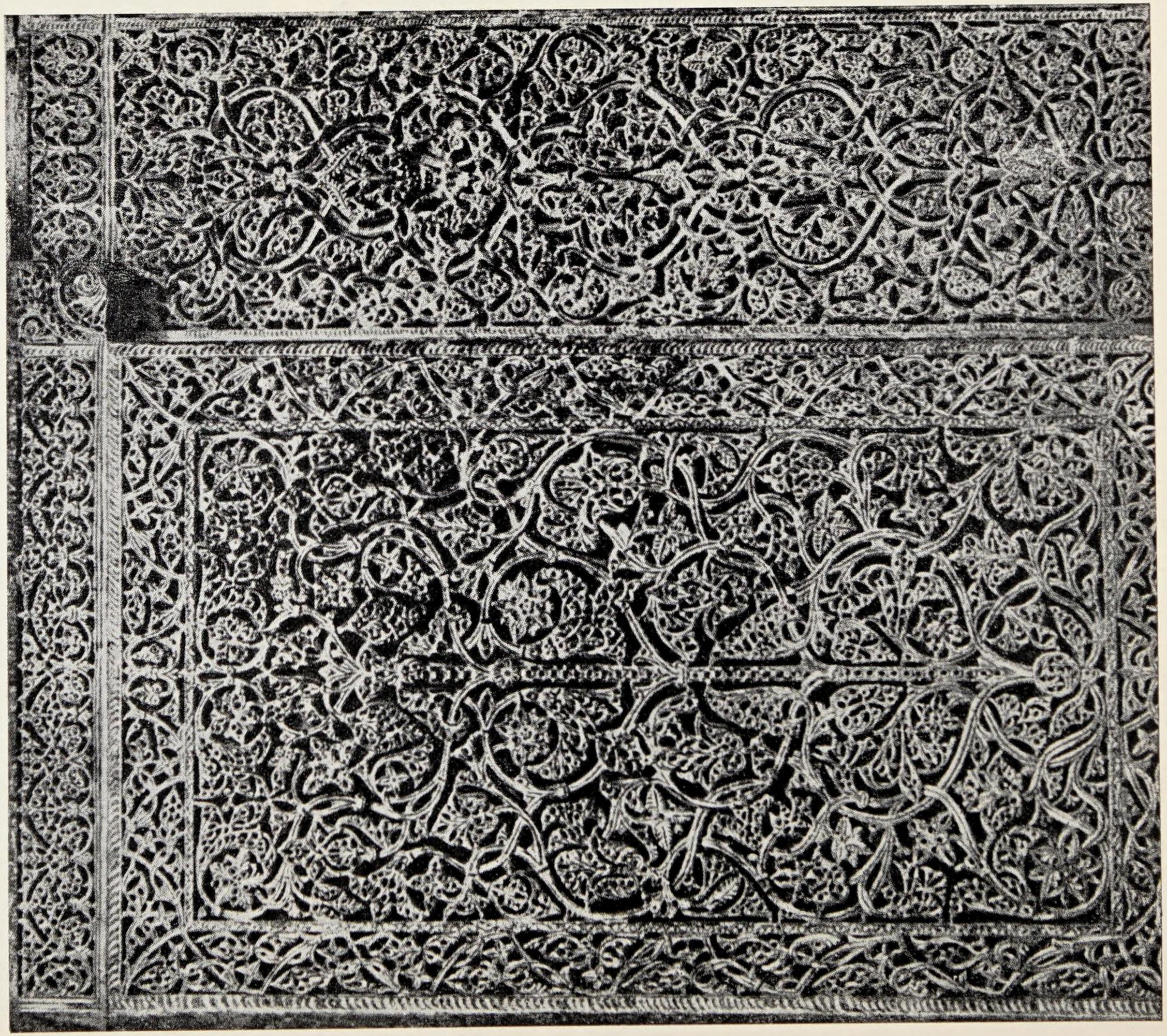


Córdoba. Mezquita. Cúpula del Mihrab.



Córdoba. Mezquita. Cúpula de la Capilla Real.

Inscripción conmemorativa de los trabajos de Al-Hakam II en la Mezquita de Córdoba.



Córdoba. Mezquita. Zócalo de mármol del Mihrab.

"Por su parte, Safar aumentó su plantación y distribuyó la semilla entre sus amigos; y los jardineros andaluces comenzaron a cultivar en todas partes esta fruta, que es hoy día la mejor calidad de granada que existe y que todavía se conoce por Safari, nombre de su introductor".

PALACIOS

Volviendo al palacio de Rusafa, que Abd al-Rahman adornó con costosa magnificencia y al que trajo agua desde lejanas montañas, diremos que se hallaba situado al Norte de Córdoba y se llamaba Munyat al-Rusafa (Jardines de Rusafa), como el palacio del mismo nombre que su abuelo Hixam construyó en Damasco. Abd al-Rahman, por otra parte, estaba orgullosísimo de él y acostumbraba pasar allí la mayor parte del año, como solía hacer su abuelo en el suyo.

Este palacio no fue el único edificado por Abd al-Rahman o sus sucesores; había además en Córdoba varias villas reales notables por su magnificencia, su estructura o espléndida ubicación. A este grupo pertenecían "el palacio del confluente" (Qars al-hachiri); "el palacio del jardín" (Qars al-rauda); "el palacio de las flores" (Qars al-zuhur); "el palacio del enamorado" (Qars al-maxuq); "el palacio del afortunado" (Qars al-mudarak); "el palacio de Rustak" (Qars al-rustak); "el palacio de la alegría (Qars al-surur); "el palacio de la diadema" (Qars al-tach); y "el palacio de las novedades" (Qars al-badi).

Otro palacio llamado Dimaxq es mencionado por Al Fath en su Qalayd, cuando escribió la vida del visir Ben Ammar. Lo describe como una casa de recreo perteneciente a los sultanes de la casa de Marwan, los techos del cual eran soportados por hermosas columnas de mármol y los pisos pavimentados con mosaicos de mil colores.

"Todos los palacios del mundo no son nada comparados con este de Dimaxq, por sus jardines llenos de frutos deliciosos y fragantes flores, hermosas perspectivas, límpidas corrientes de agua y aromáticas nubes de rocío, pues su tierra está siempre perfumada por el riego matutino, su ámbar gris, y, en la noche, por sus jacintos negros".

Otra casa de recreo en Córdoba era la Al-Mushafiya, llamada así por su propietario el Hachib Abu Uthman Chafar ben Uthman al-Mushafi, que fue primer ministro bajo el califa Al-Hakam Al-Mustansir Billah.

Munyat-zubayr era el nombre de otra casa de recreo en las afueras de Córdoba que hizo construir Zubayr ben Umar al-Mulaththam durante su gobierno en aquella ciudad. Había además en Córdoba varios otros jardines y casas de recreo llamadas Munyat, por ejemplo, la Munyat al-Surur (El jardín de las alegrías), que ya hemos mencionado; la Munyat al-Amiriya (El jardín de los Banu Amir), y la Munyat al-Kasira (El jardín de la noria).

El poeta Al-Walid ben Zaydun, en una poesía en que enumera los palacios, jardines y lugares de recreo de Córdoba en su tiempo, ha conservado

los nombres de algunos otros: el Qars al-farisi (El palacio del persa) y March al-nadir (La pradera de oro), un jardín de recreo en las afueras de la ciudad.

Había además otras varias villas, paseos y arboledas para uso y recreo de los habitantes. A este número parecen haber pertenecido March al-jur (La pradera de aguas rumorosas), Fahs al-surraq (El campo de los ladrones) y Fahs al-sudd (El campo de la represa), lugares todos que Ben Said menciona invocando la autoridad de su padre. El último, dice, era el conocido por el nombre de Fahs al-rahi (El campo de los molinos), mencionado por Qasim ben Al-Riyahi.

PUENTES SOBRE EL GUADALQUIVIR

El río Guadalquivir es más bajo en Córdoba que en Sevilla; ésta ha sido la razón por la cual fueron tendidos puentes de piedra en la primera ciudad mientras que la última no tenía ninguno. Este río tiene su origen en las montañas de Segura, desde donde se divide en dos corrientes, una que corre al Este, hacia Murcia, y la otra hacia Córdoba y Sevilla. Al-Razi, describiendo este río, dice: "Fluye tan plácidamente como un chorro de leche, aun cuando sus aguas aumentan por efecto de las lluvias; y es en Córdoba el río más inofensivo, no así en Sevilla, donde, a causa de las lluvias, amenaza siempre destruir la ciudad y ahogar a sus habitantes".

El mismo autor describe el puente de Córdoba como uno de los de más bella estructura de Al-Ándalus. Según Ben Hayyan, fue construido por Al-Samah ben Malik Al-Jaulani, gobernador de España, o como dice el autor de *Minhach al-fakr*, por su sucesor Abd al-Rahman ben Ubayd al-Gafiqi, a instancias del califa Umar, hijo de Abd al-Aziz. Estaba compuesto de 17 arcos, de 50 *spans* (unos 9,20 metros) de ancho cada uno, siendo también de 50 *spans* el espacio intermedio entre los mismos.

Más tarde fue reconstruido y embellecido por los califas de la casa de Marwan. Según la opinión de Ben Hayyan, lo más probable parece ser que hubo un antiguo puente en el mismo lugar, construído 200 años antes de la invasión de los árabes, pero habiéndose quebrado sus arcos y derribado su parte superior por obra del tiempo y quedando solamente los cimientos. el gobernador ordenó construir en el año 101 de la Héjira [719-20] un nuevo puente sobre lo que quedaba del anterior. El largo de este puente, dice Ben Hayyan, es de 800 *cubitos* (más o menos 331 metros), y el ancho de 20 (alrededor de 8,28 metros). La altura era de 60 *cubitos* (más o menos 28,84 metros), se hallaba sostenido sobre 19 arcos (uno más de los que dio Al-Razi), teniendo además 16 torrecillas. Según Ben Hayyan, Al-Razi y Al-Hichari, el antiguo puente fue construido por Octavio, segundo César de Roma, como lo hemos hecho notar en otra parte.

EJIDO DE CÓRDOBA

La cantidad de villas y pueblos pertenecientes a Córdoba era casi innumerable, pues la jurisdicción de la capital se extendía a la vez sobre muchos distritos ricos y populosos. Había algunas ciudades de primera categoría, que también reconocían su autoridad: Almodóvar, distante 16 millas; Mored, 25; Alcozer, 19; Gafek, dos días de marcha; Écija, 36 millas; Baena, dos días de marcha; Estepona, 36 millas; la ciudad de Ronda pertenecía también a Córdoba, pero más tarde fue anexada a Sevilla, de cuya capital está más próxima.

En la vecindad de Córdoba había también no menos de 3.000 villas, provistas de mezquitas, poseyendo además un religioso muqallas, de reconocida erudición, cuyo deber era juzgar de acuerdo con los cánones de la ley civil.

Entre los árabes andaluces ninguno podía usar el "qalas" si no recitaba de memoria casi toda la *Muwatta*, no conocía 10.000 tradiciones respecto del Profeta o no era perfectamente versado en la obra teológica titulada *Al-madunah*. Era obligación de los cadíes de las villas vecinas a Córdoba ir a la ciudad todos los viernes y asistir a la oración pública con el califa en la gran mezquita. Una vez terminada la ceremonia se aproximaban todos a saludar al sultán, para informarlo del estado de sus respectivas poblaciones.

RENTAS

Las rentas que provenían de Córdoba y sus distritos han sido diferentemente establecidas. Un escritor oriental ha dicho que éstas ascendían en la época de Al-Hakam, hijo de Hixam, a 110.020 dinares, 4.700 almudes de trigo y 7.747 de cebada u otra especie. Otro escritor las estima, calculando por lo bajo, en tres millones de dinares, durante la administración de Al-Mansur ben Abi Amir. Pero este último cálculo es erróneo indudablemente, pues las contribuciones obtenidas de Córdoba y sus alrededores nunca se elevaron a tal suma. El autor debe referirse seguramente al total de los impuestos cobrados en los dominios de los califas; pero (en este caso) una vez más está equivocado, por cuanto hemos hecho notar en otro lugar, que se elevaban a una suma más considerable. Pero esto sólo Alá lo sabe.

PRODUCTOS DEL SUELO

Sabemos de cierto que el comercio y la agricultura florecieron en este lugar durante el reinado de los hijos de los Omeya en una escala escasamente vista en ninguna ciudad del mundo; su mercado estaba siempre abarrotado con los frutos de la tierra, los productos de cada distrito y lo mejor de cada país, por ejemplo: telas, no obstante su costo; drogas, a pesar de su escasez; joyas, no obstante su gran valor, y otras curiosidades de tierras

lejanas y desconocidos países. Todos ellos podían procurarse en los bazares de Córdoba y encontraban cientos de compradores.

Córdoba estaba situada en medio de tierras fértiles, regadas por el Guadalquivir y que producían abundantes cosechas; sus habitantes estaban siempre provistos de toda clase de alimentos de la mejor calidad, al precio más reducido. Ben Said llama a Córdoba tierra de promisión y menciona varios minerales que abundan en su territorio, tales como la plata, en el distrito de Qartax, mercurio y cinabrio (bermellón), en el territorio de Sitalisa y muchos otros minerales preciosos.

Otro escritor menciona una clase de piedra llamada "xaranch", la que, es bien sabido, posee la propiedad de detener la sangre cuando se aplica a una herida, y la que se decía abundaba, tan pura como la plata, en el territorio de la capital. Nuestro autor observa que anualmente tales tierras eran transportadas, a lomo de mula, a otros países, donde alcanzaban precios muy altos, hasta 500 dinares el fardo, de acuerdo con sus maravillosas propiedades, que las hacían muy apreciadas.

LÍMITES DE CÓRDOBA BAJO AL-MANSUR

Ya hemos dicho algo en otra parte sobre la probable dimensión y extensión de Córdoba durante la época de su mayor prosperidad. En verdad se aseguraba que, durante la administración de Al-Mansur, fue tal el crecimiento de la población con los innumerables extranjeros que llegaban de todas partes del mundo mahometano para vivir en ella bajo la sombra de su justicia, con las pintorescas tribus de los berberiscos que trajo de África y con los desdichados vestigios de las naciones cristianas que redujo al último extremo, que los límites de Córdoba fueron insuficientes para contener a todos, y muchos tuvieron que vivir acampados en tiendas en las afueras de la ciudad.

Un autor fidedigno que vivió en Córdoba en esa época, nos dice: "Una vez conté todas las casas de la ciudad y sus suburbios y encontré que sumaban 213.077, incluyendo, solamente, en esa cantidad, a aquéllas de la población común, artesanos y labradores, sin incluir las cámaras altas alquiladas, las hosterías, baños y tabernas. Los palacios de los nobles, visires, oficiales de la casa real, jefes de las tropas y otros ciudadanos adinerados, los cuarteles, hospitales, colegios y otros edificios públicos ascendían a 60.300". El número de comercios en esta época es calculado por el mismo autor en 80.455. Otro calcula que el número de mercados era de 4300 y que dentro de las murallas de la fortaleza había arriba de 430 casas, habitadas por los oficiales de la casa real y funcionarios públicos. El número de casas en la ciudad y los suburbios pertenecientes a la población común o a los ciudadanos adinerados es calculado por el mismo autor en 113.000, incluyendo los palacios habitados por los visires, nobles y jefes militares.

Pero hemos leído en alguna otra parte que las cifras ahora mencionadas deben aplicarse solamente a la época de los sultanes Banu Lamtuna (Almorá-

vides) y no a la de los Almohades, sus sucesores, bajo cuyo reinado la importancia y esplendor de Córdoba disminuyó considerablemente, debido a las desastrosas guerras civiles que se sucedieron en su territorio. Como hemos observado en otra parte, el número de casas ocupadas por oficiales del estado y la nobleza sumaban 60.300. El número de mezquitas dentro y fuera de la capital es, de todos modos, calculado con gran discrepancia. Un antiguo autor estima que existieron 490 bajo el reinado de Abd al-Rahman III, pero también es verdad que Córdoba aumentó prodigiosamente con el tiempo. El autor de *Kitab al-Masalik wa-l-Mamalik* las calcula en 471. Hemos visto estimar su número en 837, pero esto debe ser una exageración. Alguien ha dicho que los baños dentro y fuera de la ciudad ascendían a 3.000, otros los apreciaron en 700. Se ha dicho también que los suburbios eran 28 en total, otros los reducen a 20; pero la cifra dada por Ben Baxkuwal es de 21. Ésta cítase más frecuentemente en los manuscritos de la época.

De todos modos, las cifras dadas por Ben Said, autor que tomó su información de Ben Hayyan y de otros historiadores que vivieron en los prósperos tiempos del califato de Córdoba, son las siguientes: 113.000 casas para la población común; y la mitad de aquella cifra, o tal vez más, para los oficiales del Estado, favoritos de la corte, jefes militares y otros.

El número de mezquitas en el período de su mayor esplendor, durante la administración del visir Ben Abi Amir, nunca excedió de 700, ni los baños de 900, pero asegura haber leído en una historia antigua que bajo Abd al-Rahman III, la ciudad de Córdoba contenía 300.000 casas y 877 mezquitas, dieciocho de las cuales estaban dentro de los límites de Xakunda. La cifra dada por Al-Bakri (que es: 477 mezquitas) está aún lejos de aquellas mencionadas anteriormente. Es evidente sin embargo, que durante las guerras civiles que estallaron al comienzo del IV siglo de la Héjira, no solamente una gran parte de aquellos edificios fue demolida y todas las calles abandonadas, sino que algunos de los suburbios fueron arrasados completamente desapareciendo sus rastros para siempre.

Del *Nafh al-Tib* de Al-Maqqari (Según versión inglesa de Gayangos, I, 207).

LA SUCESIÓN DE AL-HAKAM II. — LOS EUNUCOS DERROTADOS

Los eunucos que servían en los palacios cordobeses procedían de diversos países europeos —en Verdún hubo a lo que parece una "manufactura" de ellos— pero eran llamados eslavos, porque los más procedían de las costas eslavas de la Europa Oriental, de las que eran importados a Córdoba por mercaderes judíos. En la corte califal siempre habían tenido importancia —les hemos visto disponer del trono a la muerte de Abd al-Rahman II— pero su número y su potencia aumentó con el crecimiento del lujo palatino

en la época califal. Al morir Al-Hakam II proyectaron entregar el poder supremo a un hermano del muerto y no a su hijo, todavía muy pequeño. Los escrúpulos de uno de ellos permitieron al canciller del soberano difunto, Al-Mushafi, deshacer sus torpes planes mediante el asesinato —crueles tiempos— del príncipe en quien habían pensado los eunucos. Un funcionario civil, sólo conocido hasta entonces por sus éxitos entre las mujeres del harén y por los favores de la favorita, pero llamado a grandes destinos por su talento y su audacia: Ben Abi Amir, "Almanzor", se encargó de la ejecución del desdichado Al-Mugira. El canciller y él mellaron luego el poder de los eunucos, pero Al-Mushafi no logró sus propósitos de dominar Al-Ándalus en nombre del califa menor, porque en su camino se interpuso el ahora ejecutor de su crimen.

Los eslavos servían en palacio, pero reinaban en él como señores, y constituían el elemento más brillante y más íntimamente consagrado a la defensa de la corte. Los califas habían puesto el mayor empeño en reunir gran número de ellos. Al-Nasir y después Al-Hakam les habían otorgado su intimidad, a tal punto que en el reinado del último habían cometido excesos vergonzosos sobre los cuales había el príncipe cerrado los ojos, a pesar de su inclinación general a la justicia y a la represión de la violencia: "Son para nosotros, decía, gentes seguras y en los que se puede confiar para la vigilancia del harén; el pueblo debe de mostrarse tolerante con ellos y tratarlos con suavidad, y no tendrá que temer ningún daño de los mismos, porque no nos es posible intervenir a cada instante contra ellos".

A la muerte de Al-Hakam, los eslavos formaban el grupo más importante y audaz, creían que nadie podía sobreponerlos y que el gobierno habría de estar en sus manos. Constituían un cuerpo de más de mil eunucos y tal cifra nos autoriza a imaginar la multitud que gravitaba en torno de ellos. El principal eunuco era Faiq, llamado Nizami, era gran maestro del guardarropa y de la fábrica de tapices de seda (tiraz). Su segundo era su camarada Chawdar, gran orfebre y gran halconero. Uno y otro mandaban a los funcionarios del palacio y además al cuerpo de guardias no eunucos. Inmediatamente después de la muerte de Al-Hakam, ocurrió entre ambos jefes eunucos y el canciller (*hachib*), Chafar al-Mushafi, lo que sigue. Como el califa estaba enfermo desde hacía tiempo y había frecuentes altos y bajos en su estado de salud, escapó a Mushafi y a los otros ministros el momento preciso de su muerte, y no fue al principio conocido más que por los dos eunucos citados, que estaban constantemente a su lado. Tomaron ambos las precauciones necesarias para ocultar el suceso, hicieron guardar el palacio y se consultaron. Resolvieron entregar el poder a Al-Mugira, hijo de Al-Nasir y hermano del califa difunto, porque temían que la autoridad peligrara entre las manos de Hixam, tanto por su juventud como por el poco contento que el pueblo mostraba por su advenimiento al trono; pero con la condición de que Al-Mugira asegurase la sucesión de su sobrino

Hixam. De tal suerte Mugira, a quien hubieran hecho califa, habría quedado obligado a ellos, permanecerían fieles a su difunto señor en espera de la llegada de su hijo a la edad madura y la autoridad continuaba sin embargo en sus manos. El plan estaba bien tramado, pero hubiera sido necesario que Alá hubiese consentido su realización.

Convenidas así las cosas, Chawdar dijo a Faiq: "Es necesario ahora hacer venir al canciller (*hachib*) para cortarle la cabeza y así todo irá bien". "¿Cómo, hermano, exclamó Faiq, quieres matar al secretario de nuestro señor, uno de nuestros jeques, sin que haya hecho nada para merecer la muerte? Acaso no haga ninguna oposición a nuestros proyectos y no tendremos que comenzar derramando sangre". Hicieron, pues, venir a Chafar, le anunciaron la muerte del príncipe, le pusieron al corriente del plan que habían concebido: "Es lo mejor y lo más conveniente, respondió Chafar. Os toca mandar. Os apoyaré con mis amigos. Haced lo que pensáis, pero asegurándoos el consentimiento de los grandes para evitar toda oposición. Me voy a la puerta de palacio que guardaré en persona y allí espero vuestras órdenes". Les dejó para ir a guardar la puerta y convocó a sus amigos Haximíes, es decir: a Ziyad ben Aflah, cliente de Al-Hakam, Qasim ben Muhammad, Muhammad ben Abi Amir, Hixam ben Muhammad ben Uthman y otros personajes semejantes. Hizo también venir a los Banu Barzal, que eran los miembros del *chund* (ejército regular) con quienes podía contar con más seguridad, y a los otros principales oficiales del *chund*, y reunió así con tales elementos fuerzas suficientes para obrar como le conviniese. Participó a sus amigos la muerte del califa y el proyecto de los eslavos de no respetar el juramento de fidelidad prestado a Hixam; les dirigió palabras de estímulo y continuó en estos términos: "Asegurando la transmisión del poder a Hixam, nada tendremos que temer por lo que hace a nuestra seguridad personal y la autoridad seguirá en nuestras manos. Si triunfa Mugira nos quitará nuestros cargos e intentará satisfacer sus odios". Todos los presentes le aconsejaron hacer ejecutar a Mugira antes de que tuviera noticia de la muerte de Al-Hakam y Al-Mushafi reconoció la necesidad de tal ejecución y aprobó tal decisión. Pero sus amigos retrocedieron ante la precisión de poner tal acuerdo por obra y se endosaron unos a otros el cumplimiento de la empresa. Entonces Muhammad ben Abi Amir, dando un paso hacia adelante, habló así: "Amigos, temo que se eche a perder vuestro asunto; puesto que todos apoyamos al jefe que está presente —aludía a Chafar— es necesario que no nos opongamos a sus designios. Si él me encarga de la misión, la cumpliré en vuestro lugar. Estad tranquilos". Su proposición agradó a Chafar y a los otros y le confiaron la tarea diciéndole: "Eres el llamado para acometerla por tu intimidad con el califa Hixam y por el puesto que ocupas en la corte". Chafar le hizo marchar con un escuadrón formado por los principales hombres del *chund* que merecían su confianza.

Ben Abi Amir montó en seguida a caballo con el caíd Badr, cliente de Al-Nasir, y, con cien guardias de corps, se trasladó al palacio de Mugira.

Colocó a los últimos a la puerta del mismo, le hizo rodear por las otras tropas que le seguían y penetró rápidamente en la morada del príncipe, al que encontró tranquilo y que no había hecho ningún preparativo para defenderse. Le anunció la muerte de su hermano Al Hakam y el advenimiento de su sobrino y añadió que los visires, temiendo que se opusiera a la sucesión de Hixam, le habían enviado para saber a qué atenerse. Mugira, aterrorizado al principio, tomó luego aliento y manifestó su alegría por el advenimiento de su sobrino: "Di a los visires, añadió, que estoy dispuesto a obedecer y a cumplir el juramento que he prestado a Hixam; exígeme todas las garantías que te plazcan". Después intentó convencer a Ben Abi Amir y le conjuró, en el nombre de Alá, a respetar su vida y a abandonar sus proyectos homicidas, y lo hizo con tanto éxito que Muhammad tuvo lástima y escribió a Chafar anunciándole la sinceridad de las disposiciones del príncipe y el estado de calma y de confianza en que le había encontrado y solicitando autorización para perdonarle la vida. Chafar le contestó amonestándole por su retraso en cumplir su tarea e invitándole a llevarla a cabo: "Nos has engañado, le decía en la respuesta, cumple tu deber o vente y enviaremos a otro para reemplazarte". Muhammad, obligado así a seguir el juego trágico, enseñó la carta al príncipe y se retiró. Luego hizo entrar a los soldados. Estrangularon éstos a Mugira en su propio salón y suspendieron después su cadáver en un gabinete contiguo, como si se hubiera suicidado. Todo pasó ante los ojos de las mujeres de la víctima. Los asesinos anunciaron en seguida que el desdichado se había ahorcado, porque habían querido obligarle a acudir cerca de su sobrino. Así pereció este príncipe a los veintisiete años. Entonces Muhammad, para ocultar lo que había ocurrido, ordenó enterrar el cadáver en el salón e hizo cerrar las puertas, para que las gentes del palacio salvasen a los hijos y los bienes del difunto.

Volvió entonces junto a Chafar y le contó lo que acababa de suceder. Tranquilizado el ministro con la noticia hizo sentar a Muhammad a su lado y le mostró su reconocimiento por lo que había hecho. Shawdar y Faiq supieron pronto la suerte de Mugira. Quedaron estupefactos y se arrepintieron de su conducta. "Te había prevenido, dijo el primero —mucho más astuto —al segundo, pero no quisiste escucharme". Sin embargo, se presentaron ante Chafar, se mostraron satisfechos de lo que había hecho y se excusaron del plan que habían concebido. "En nuestra turbación, no habíamos imaginado, dijeron, lo que Alá te ha inspirado. Quiera Alá premiarte por lo que has hecho en servicio del hijo de nuestro señor, del Estado y de los musulmanes". Chafar les contestó simplemente algunas palabras corteses. Durante algunos días estuvo enteramente absorbido por los preparativos de la entronización, pero su enemistad con los eslavos no le dejaba digerir tranquilo y los eslavos tenían igualmente lleno de odio el corazón.

En la mañana del lunes 4 de Safar 366 [2 octubre 976] Chafar hizo instalar a Hixam ben Al-Hakam en el trono para recibir el juramento de la

corte y del pueblo. Fue Ben Abi Amir quien procedió a llamar a los obligados a jurar y no hubo dos personas que se negaron a hacerlo. Fue para él un éxito que produjo gran efecto y que fue muy comentado: su situación y su influencia aumentaron así y su renombre se difundió por todas partes.

Como pronto comenzara a reinar una cierta frialdad entre Chafar y los eslavos, éstos permanecieron alejados del ministro y se mostraron poco favorables al gobierno de Hixam, por lo que Chafar tomó todas las precauciones necesarias. Los espías que había puesto en campaña le informaron que Chawdar y Faiq trabajaban contra el gobierno y mantenían secretas inteligencias con jefes de los guardias de corps y de las tropas que dependían de ellos. Como se servían de la Puerta de Hierro para sus idas y venidas, el canciller la hizo tapiar y en adelante no se pudo entrar en palacio sino por la puerta de *Al-Suda*, lo que detuvo a los eslavos en sus maquinaciones y los colocó bajo vigilancia. Resolvió, además, separar (de la obediencia) de los dos jefes eslavos, con la ayuda de Muhammad ben Abi Amir, los guardias de corps no eunucos, y le envió secretamente para tratar con los que quería influir. Muhammad pudo así atraerse a su persona a quinientos de entre ellos, lo que aumentó su fuerza y su autoridad. Aseguró el alojamiento y el sueldo a sus nuevos partidarios. Los Banu Barzal abrazaron igualmente su causa y se pusieron a sus órdenes. La reunión de los grupos le colocó a la cabeza de fuerzas superiores a las de sus enemigos. Todo el *chund* le siguió y desde entonces no tuvo que contar con los eslavos.

En tal situación Chawdar pidió autorización al califa para retirarse a su casa abandonando su servicio. Contaba con que le sería rehusado el permiso solicitado, pero le fue otorgado. Sus compañeros profirieron entonces diversas amenazas y propagaron largas prédicas contra el gobierno.

El más violento de todos era Durri, segundo de Chawdar, quien se señaló por su turbulencia y su necedad. Para ponerle en razón y desembarazarse de él, por instigación de Chafar, Ben Abi Amir hizo decir secretamente a los habitantes de Baeza, que vivían en tierras de Durri, que presentaran querella contra él y sus mayordomos, prometiéndoles que se pronunciaría sentencia adversa a su señor y que no tendrían que sufrir en adelante sus violencias.

Hicieron en el acto la denuncia y el canciller sometió el asunto al príncipe, pero Ben Abi Amir había ya preparado a éste contra Durri y en secreto ordenó que fuera careado con los denunciantes, para juzgar de las reclamaciones de los mismos. Durri fue llamado al visirato, pero cuando llegó a la puerta y vio a los soldados reunidos en el interior, comprendió la suerte que le esperaba y quiso retroceder. Ben Abi Amir se lo impidió y le sujetó por el cuello. Vinieron entonces ambos a las manos. Durri tomó por la barba a su adversario. Muhammad llamó en su auxilio a los soldados. Los españoles respetaron a Durri, pero los Banu Barzal acudieron en seguida, se arrojaron sobre Durri y le golpearon. Un sablazo de plano en la cabeza le hizo perder el sentido. Le llevaron en el acto a su casa y en ella

fue rematado la misma noche. Faiq y varios de los principales eslavos recibieron órdenes de retirarse a sus moradas y de no salir de ellas. Obedecieron y así se quebró su poder. Ben Abi Amir se dedicó entonces a hacerles restituir sumas considerables de que les hizo extorsión. Faiq fue enviado a las islas Baleares y allí murió.

El poeta Said de Santarem habla así de su expulsión de palacio: "Han sido expulsados de la dirección del palacio del Iman los eunucos altaneros y violentos. Los que hemos visto de entre ellos nos han dicho: "No maltratéis al eslavo sino después de haber maltratado a otros". El dorso del rey se ha sentido entonces aligerado de un peso notorio. Ha empezado a brotar de su faz el agua de la ciencia después que hubo apartado su espeso vinagre y ha frecuentado en su palacio asiduamente el hipódromo de los negocios en compañía del visir eminente y puro".

Después de haberse desembarazado de tales eunucos, Chafar confió el cuidado del palacio y del harén a Sukr, uno de ellos, les calmó, les mantuvo sumisos y consiguió su obediencia, hasta que su jefe Chawdar excitó su resentimiento con ocasión del movimiento que preparó.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idhari (Según versión francesa de Fagnan, II, 430).

"NO TE FÍES DE LA FORTUNA"

Tiene nombre de mujer y es caprichosa como todas las mujeres. Al-Mushafi, de Al-Hakam II, ministro o canciller, a la muerte de su señor aseguró en el trono al niño Hixam II, para gobernar España en su nombre. Hombre de pocos escrúpulos, ni había sido siempre justo ni reparó en el crimen para alcanzar el poder. Tenía un declarado rival en el general vencedor de África y en la frontera cristiana, Galib. Pero su caída fue obra de alguien que le debía el comienzo de su carrera. En medio de las sombras, que no lograban romper las luces de las medianías políticas y militares de la época, surgió el relámpago del genio de "Almanzor". Sin escrúpulos también y apoyado por la sultana, que le amaba, su talento y su habilidad maniobrera le permitieron conseguir la caída de Mushafi, con ayuda de Galib al que luego venció y mató. El omnipotente canciller de Al-Mustansir Billah fue condenado por la enemiga de Al-Mansur a lenta agonía. Con el relato de su caída y de su fin la historia nos dispara desde el fondo de los siglos un trágico mensaje, que nos grita lo vano de todo orgullo, lo repugnante de los aduladores de los grandes, luego, sin transición, sus verdugos, y el valor de la dignidad en la desgracia, cuando la fortuna, femenina y mudable, nos vuelve la espalda.

CAÍDA, TORTURA Y FIN DE UN MINISTRO OMNIPOTENTE

El príncipe hizo en seguida sentir su cólera a Chafar ben Uthman Mushafi y le exoneró de sus funciones de canciller el lunes 13 Xaban 367

[26 marzo 978]. Le hizo detener, destituyó de todos sus cargos a sus hijos y a su sobrino Hixam, ordenó el secuestro de sus bienes y les impuso fuertes multas. Ben Abi Amir les exigió cuentas de su administración y consiguió así confiscarles sus bienes, deshonrarles y de tal modo les abrumó con males sin número, que les redujo a la nada. Hizo en seguida asesinar en la prisión donde se hallaba a Hixam, hermano de Chafar, que era de toda la familia de Uthman su enemigo más encarnizado, y el cadáver de la víctima fue entregado a los suyos. Durante varios años Chafar vivió una existencia desgraciada, unas veces libre y otras encarcelado. Compuso estos versos para mover a piedad a Ben Abi Amir.

"Que Alá te perdone ¿No puede tu misericordia concederme un tardío perdón? Si he cometido sin premeditación una gran falta, tu poder es, sin embargo, más grande y más alto que mi delito. ¿No has visto a algún servidor traspasando los límites de sus derechos, pero también a un señor perdonando y a un hombre justo marchando en línea recta? Son menos culpables quienes habiendo alcanzado tu indulgencia han reparado sus faltas. Perdóname, para que el Eterno te perdone, Él te guardará y te salvará de la perdición".

Chafar ben Uthman se mostró en su desgracia el más débil de los hombres, el más falto de respeto de sí mismo, el más aferrado a la vida. Empujado por el deseo de vivir llegó incluso a importunar a Ben Abi Amir con la oferta de servir de profesor a sus dos hijos Abd Allah y Abd al-Malik. Pero su afortunado rival respondió: "¡Quiere hacerme pasar por necio y perjudicar mi reputación! ¡Antes se me ha visto solicitar a su puerta y hoy se le verá en mi vestíbulo como profesor!"

Ben Abi Amir hizo en seguida investigar con cuidado cuanto se le atribuía y escudriñar minuciosamente sus cuentas. Le hizo comparecer en el palacio califal, ante la asamblea de los visires, para proceder al examen contradictorio de los abusos de confianza que le eran imputados. Tuvieron lugar diversas audiencias a tal propósito y la última vez que el ex canciller acudió a palacio bajo la vigilancia del carcelero Watik, fue empujado y maltratado por su guardián, porque sus penas y su edad avanzada le habían debilitado y hacían torpe su paso: "Despacio, hijo mío —le decía Mushafi— llegarás a lo que deseas: quisiera que pudiera comprarse la muerte. Pero Alá le ha fijado un precio demasiado elevado". Llegó así a la sala de la audiencia, donde los visires habían ya ocupado sus puestos. Se sentó al fondo de la sala sin saludar. Al punto el visir Muhammad ben Hafs ben Chabir, uno de los fieles de Ben Abi Amir, avanzando hacia él, le interpeló groseramente, le llamó ignorante y le reprochó no haber siquiera saludado. Chafar se volvió sin responderle, pero como el otro continuara injuriándole, pronunció estas palabras: "Eres tú quien desconoce las consideraciones que me debes y reprochas ignorar las leyes de la cortesía a quien las conoce; no sólo olvidas los beneficios recibidos, sino que ofendes al mismo a quien se los debes". Ben Chabir, turbado al principio por tal réplica, respondió en seguida: "He aquí la mentira en persona. ¿Cuáles son los grandes beneficios

que te debo? ¿Se trata de esto o de esto otro?", dijo y enumeró diversas cosas. "No, contestó el viejo, todo eso nos es conocido; me refiero a que mi intercesión cerca del difunto califa, cuando te declaró culpable de haberte apropiado tal suma, te valió el no tener ahora cortada la mano". Ben Chabir negó tal hecho, pero Ben Chafar exclamó: "En nombre de Alá conjuro a que hable quienquiera que tenga conocimiento de lo que acabo de decir". El visir Ben Ayyax tomó entonces la palabra y habló así: "Sí, Abu-l-Hasan, hay algo de verdad en lo que dices, pero hubiera sido mejor para ti no decir nada". —"Este hombre, dijo Chafar, me ha irritado y por ello he hablado". Entonces el visir Muhammad ben Chahwar avanzando hacia Ben Chabir le dijo: "¿No sabes que quien ha incurrido en la cólera del príncipe no debe saludar a los amigos del soberano? Si le responden, ofenden al califa al dirigir a su enemigo un deseo de seguridad. Si no le responden, faltan a su deber con Alá, que manda devolver el saludo. Lo mejor que puede hacer quien está en desgracia es abstenerse de saludar y no lo ignora Abu-l-Hasan". Tales palabras avergonzaron a Ben Chabir e iluminaron el rostro de Ben Chafar.

Se pusieron de nuevo a interrogarle para sacarle dinero y el culpado respondió: "Juro delante de Alá que he perdido cuantos bienes adquiridos o heredados poseía; podríais cortarme en pedazos y no podríais sacarme ni un dirhem". Se lo condujo de nuevo a la prisión criminal de Al-Zahra y ésa fue la última vez que se le vio.

Cuando encarcelado por Al-Mansur se hallaba invadido y abrumado por las preocupaciones, compuso los siguientes versos en que se quejaba de su suerte y parangonaba sus males presentes con la pasada ventura.

"Pago en su misma moneda a la fortuna tal como se presenta, como hace mi alma con sus propios suspiros. Si al exhalar uno de ellos se desgarra, le oculta a quienes le rodean. Si un golpe adverso de la suerte me golpea, le oculto la cabeza con mi pecho".

He aquí otro hermoso verso donde habla de su cambio de fortuna y trata de escapar a la tristeza que le minaba:

"He opuesto la paciencia a la adversa fortuna y mi alma, que he forzado a la constancia, la practica en adelante. ¡Qué maravilla ver a mi corazón tan paciente y a mi alma antes tan vanidosa ahora humillada! Mi alma no está ya sino donde la pone su guardián; sus aspiraciones no pasan del estado de deseo y si no los tiene goza de calma. Antes jactanciosa, se ha hecho humilde viéndome soportar su abatimiento. Muere considerada, la he dicho, porque la fortuna otrora favorable se ha apartado de nosotros".

He aquí lo que hay de cierto sobre su muerte en prisión: cuando se ordenó su encarcelamiento, se despidió de su familia y de sus hijos, diciendo: "Llega el momento que he esperado desde hace cuarenta años. Va a ser escuchada la plegaria". Y como le preguntaran qué quería decir, respondió: "Bajo el reinado de Al-Nasir, se presentó una denuncia contra un hombre a quien se quería mal y fui encargado de instruir el proceso contra él; como resultado del mismo fue condenado a azotes, a la pérdida de sus

bienes y a una larga detención. Una noche vi en sueños a alguien que me decía: "Devuelve la libertad a fulano. Su plegaria contra ti ha sido oída y se cumplirá sin que puedas escapar a su ejecución". Me desperté aterrorizado, hice venir a aquel hombre y le rogué que me sustrajera a las consecuencias de tal amenaza. Se negó a ello y como le conjurase a confesarme qué plegaria había hecho contra mí, me dijo: "He pedido al Señor que te haga morir en el más estrecho calabozo, igual al que yo he ocupado por tu orden tanto tiempo". Comprendí entonces que su oración debía cumplirse y fui presa de remordimientos, pero demasiado tarde. Hice devolver la libertad al encarcelado, mas desde entonces he esperado siempre el cumplimiento de tal amenaza".

Después de su último interrogatorio, sólo pocos días permaneció en prisión, pero fue su cadáver el que salió de ella para ser entregado a su familia. A lo que se dice fue estrangulado en la cámara llamada de las pulgas, en la misma cárcel, pero, según otra versión, se le dio a beber un brebaje envenenado.

Muhammad ben Ismail, secretario de Al-Mansur, cuenta lo siguiente: "Me trasladé a Al-Zahra con Muhammad ben Maslama para entregar el cadáver de Chafar a su familia y a sus hijos y para asistir a su inhumación. Examiné el cadáver. No mostraba ningún signo particular y no estaba cubierto sino por un viejo vestido perteneciente a uno de los porteros y echado por él sobre el cuerpo del difunto. Un lavandero enviado por Muhammad ben Maslama procedió a lavar al muerto sobre el batiente arrancado de una puerta de la prisión, mientras yo reflexionaba sobre las vicisitudes de la fortuna. Seguimos hasta la tumba a la parihuela que condujo sus despojos. Sólo nos acompañó el Imán de la mezquita, llamado para que recitara las últimas oraciones. Nadie osó alzar sus ojos sobre el cortejo. Vi en ello un hecho como no ha podido oírlo semejante ningún buscador de advertencias morales, como no puede verse ni oírse. En la época de su omnipotencia, me situé un día por el camino que había de seguir, para entregarle una instancia que le estaba personalmente destinada. Pero por ningún medio pude conseguir acercarme a él, tan numeroso era su cortejo y tantos eran los que se apretaban en torno del mismo. El pueblo llenaba las plazas y las calles para verle y para saludarle, en tal forma que hube de entregar mi solicitud a uno de sus secretarios, colocados a los lados del cortejo para recibir los memoriales, y me retiré sofocado de tal espectáculo. No mucho después Al-Mansur le hizo sentir el peso de su cólera; le encarceló, le llevó consigo en su cortejo en sus expediciones, tratándole sin ninguna consideración. Una noche, en Galicia, me encontré cerca de su tienda en un campamento en que Al-Mansur había prohibido encender fuego alguno, para que su presencia no fuera descubierta por el enemigo. Atestiguo que vi a Uthman, hijo del desgraciado Chafar, darle una mezcla de agua y harina para que no entregara su alma, porque no tenía provisiones ni dinero para comprárselas. Le escuché entonces decir estos versos:

"Examinando el curso de los acontecimientos, siempre les he visto alcanzar al hombre generoso. Transcurrieron días que siguieron su curso regular y cuyo recuerdo nunca perderé; tiempos en que, olvidados de la fortuna adversa, hemos gozado de serenidad y de alegría; noches en que el destino contrario, desconocedor aún de nuestra casa, no nos había golpeado con la desgracia. La vida sólo contempla nubes derramando por doquier ora la felicidad, ora la adversidad".

De Chafar son los siguientes versos: "No te fíes jamás de la fortuna porque nos procura muchos cambios. Antes hasta me hizo temer de los leones, hoy me hace temblar delante de un zorro. ¡Qué vergüenza, qué humillación para un hombre valeroso, deber siempre implorar la clemencia de un ser vil!".

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDHARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 444).

ALMANZOR O EL GENIO

"Almanzor", de noble origen pero de corto patrimonio, entró al servicio de la corte como intendente del hijo, recién nacido, del califa. De tan humilde puesto, tras una rápida carrera, alcanzó a gobernar Al-Ándalus como verdadero soberano, mientras el legítimo monarca rezaba y amaba en el retiro del harén. Ningún obstáculo le detuvo en su camino. Tomó del tesoro las sumas que quiso, a fin de triunfar de la vanidad de la sultana y de la codicia de los capitanes; se manchó con la sangre de un príncipe inocente, para asegurar la regencia de su protector; traicionó luego a éste y le hizo padecer largo calvario, después de reemplazarle; se apoyó para lograr su caída en el generalísimo de las huestes del califa, aprendió con él el arte de la guerra y le mató más tarde; había fingido amor a la madre del califa a fin de disponer de la débil voluntad de éste y la echó por la borda cuando estuvo seguro, y no vaciló en ordenar la ejecución de varios gobernadores y visires y hasta la de uno de sus hijos, para afirmar su autoridad. En contraste luminoso con tantas tinieblas, dio la paz a Córdoba con mano de hierro; fue inquebrantablemente justiciero con los grandes y con los humildes; recompensó, con generosidad y largueza, a cuantos se le acercaron; favoreció el progreso de la capital del califato; se mostró a la par, según los casos, riguroso y benigno; su conocimiento de los hombres y de los negocios fue profundo y sutil; y, capitán y estratega extraordinario, venció cien veces a los cristianos septentrionales. "Almanzor" o el genio, podríamos decir. Sí, es preciso incluirle entre las individualidades de excepción, de las que la humanidad ha alumbrado pocas en el curso de los siglos. Como todas ellas, "Almanzor" nos lanza las mismas interrogaciones turbadoras: ¿Cuál es la función del héroe, en el amplio sentido del vocablo, en la vida de los pueblos? ¿Es el fruto milagroso que empuja a las naciones con su fuerza cósmica o el hombre superdotado que sabe aprovechar el dinamismo de su pueblo y pone en movimiento su fluido vital en la ocasión más oportuna?

¿Es una bendición o una maldición para los suyos? ¿Construye sobre rocas o sobre arena? Una enumeración de los que parieron los tiempos, desde el confín de la historia hasta hoy mismo, de los que precedieron y han seguido a "Almanzor", nos brindaría la más dramática e inquietante de las meditaciones. "Almanzor" llevó al cenit la fuerza política y militar de Al-Ándalus. Poco después de su muerte el califato de Córdoba se escindió en más de una docena de reinecillos impotentes, que desgarró la guerra civil. ¿Qué quedó de su obra? ¿Qué ha quedado de las hazañas de sus pares? El apogeo cultural de la España mora del siglo XI, como el del mundo post-alejandrino o el de la Francia del siglo XIX ¿han tenido su origen en la conmoción que la acción desorbitada de tres genios militares produjo? No es probable.

COMIENZOS DE SU CARRERA POLÍTICA

Según un cronista, que declara saberlo por conducto del secretario Ben Husayn, del literato Abu Ishaq ben Muhammad Aflili y de otros jeques, el canciller Chafar ben Uthman Mushafi, que estaba encargado del gobierno en el reinado de Al-Hakam, hablando un día personalmente con el juez Muhammad ben Ishaq ben Al-Salim, oyó de éste la contrariedad que le causaba la situación de Ben Abi Amir y le expuso ésta. Cuando Al-Hakam pidió a Chafar un intendente para su hijo que acababa de nacer, el ministro le habló en términos elogiosos de Ben Abi Amir y suministró a la madre del joven príncipe informes sobre diversos candidatos. La opinión favorable de Chafar inclinó la voluntad de la princesa en favor de la elección de Ben Abi Amir y éste fue agregado al servicio de la madre y del hijo.

Después de la muerte del príncipe, Abd al-Rahman continuó sirviendo a la princesa y cuando dio a luz a Hixam fue nombrado intendente del recién nacido. Al ser nombrado intendente del primero, el 9 Rabi I, 356 [22 febrero 967], se le asignó un sueldo de quince dinares de buena ley, por mes. Pero se dio a conocer por su lealtad y su buena administración y cuando en seguida Alá llamó a sí a Abd al-Rahman, fue nombrado intendente de Hixam el miércoles 4 de Ramadan 359 [11 julio 970], después de haber sido además designado inspector de la Casa de la Moneda, el sábado 13 Xawwal 356 [2 septiembre 967]. A más de intendente fue nombrado tesorero, después curador de sucesiones, el jueves 7 Muharram 358 [1º diciembre 968]; el miércoles 12 Dzu-l-hicha 358 [27 octubre 969], juez del distrito de Sevilla y Niebla; y en Chumada II 361 [marzo-abril 972]. Al-Hakam le confió el mando del segundo cuerpo de la *churta*, o policía. Le llamó luego al control de los fondos secretos que se gastaban en África septentrional. Ben Abi Amir restableció allí el orden y se concilió a las poblaciones indígenas y por ello el califa le nombró gran juez de la parte occidental del litoral africano, ordenando a los gobernadores y capitanes que no resolvieran nada sin contar con tal magistrado. Y después, durante el ataque de parálisis de que murió, le encomendó las funciones de mayordomo.

Se dice también que se dio a conocer por su servicio cerca de la princesa Subh [Aurora] la Vasca, madre de Abd al-Rahman y de Hixam, y que gracias a ella llegó tan rápidamente y tan alto. Supo atraerse a esta mujer por sus buenos servicios, por los placeres que le proporcionó y las considerables sumas que puso a su disposición, y en tal manera, que la fascinó y consiguió dominar su corazón. Como ella dominaba a su señor, Ben Abi Amir se esforzaba para testimoniarla gran respeto y para no interrumpir jamás sus atenciones hacia ella, inventando y haciendo las cosas más fantásticas. Cuando era aún subordinado, fabricó para ella un palacio de plata, al que consagró grandes sumas y que era la cosa más bella que nunca se había visto. Fue expuesto fuera de la morada de Ben Abi Amir a la admiración del público y éste quedó asombrado del trabajo y habló de él mucho tiempo. En una palabra, reinaba como señor absoluto en el corazón de tal mujer, que por su parte le daba múltiples pruebas de estima y se ocupaba tanto de él que la opinión pública murmuró de la inclinación que Aurora le demostraba. Al-Hakam dijo un día a sus amigos: "¿Por qué hábiles procedimientos este joven se atrae de tal modo a todas mis mujeres que sus corazones le pertenecen? En vano están rodeadas del mayor lujo deseable, no aprecian más que los halagos que vienen de él y no les gusta más que lo que les trae. Es un sabio hechicero o un buen servidor. ¡Temo lo que tiene entre sus manos!" El califa recibió denuncias y el favorito fue acusado de haber malversado las sumas que antes se guardaban en la Casa de la Moneda. Al-Hakam quiso asegurarse de que el dinero estaba intacto y ordenó que le fuese presentado; Ben Abi Amir, que había gastado una gran parte, fingió gran rapidez en obedecer, y acudió a su íntimo amigo el visir Ben Hudayr, para pedirle un préstamo con que cubrir el déficit. El visir consintió. Toda sospecha desapareció así y Al- Hakam tuvo por engañosas las murmuraciones que habían llegado hasta él; admiró aún más al funcionario y le confirmó en su puesto. Ben Abi Amir devolvió el dinero prestado por su amigo, permaneció agregado al servicio de Al-Hakam y siguió figurando en el número de los ministros.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idhari (Según versión francesa de Fagnan, II, 414).

EN LA CUMBRE DEL PODER: MEDINA AL-ZAHIRA

En 368 [9 agosto 978] Al-Mansur Ben Abi Amir hizo construir un palacio llamado de Al-Zahira; cuando su posición era preponderante, su llama brillaba en todo su esplendor, su independencia era manifiesta y eran numerosos sus enemigos. Temeroso de arriesgar su vida por más tiempo en el palacio del príncipe y de exponerse allí a alguna emboscada, tomó precauciones que descubrieron a su señor lo que le había estado oculto hasta entonces, a saber: que su ministro era más poderoso que él y que rehusaba reconocer su supremacía. Se alzó al orden de los reyes haciendo construir un palacio para residir en él con su familia y los suyos, para con-

vertirle en la sede de su autoridad y marcar así su seguridad y para reunir sus esclavos y sus guardias. Eligió como emplazamiento (del mismo) un lugar que hizo suyo, llamado Al-Zahira, notable por sus palacios espléndidos, situado sobre una punta de la región que avanzaba sobre el gran río de Córdoba, y allí dispuso y arregló cuanto pudo hacerle extraordinario. En el año señalado comenzó su edificación, para la que hizo venir obreros y trajo máquinas considerables, y revistió a sus palacios de un brillo que alucinaba. Dio a la población grandes proporciones y mostró grandes deseos de verla desenvolverse extensamente en el llano; la rodeó de altas murallas, y nada perdonó para igualar las alturas y los barrancos del interior. La ciudad pudo a la postre mostrar sus grandes dimensiones en muy breve plazo, porque su mayor parte fue terminada en dos años y tal rapidez es una de las cosas más notables que se cuentan.

En 370 [17 julio 980] Al-Mansur se trasladó a ella "y allí se instaló con cuantos le rodeaban de cerca o de lejos; la convirtió en su residencia; la guarneció con todas sus armas, y llevó a ella sus bienes y sus negocios. Instaló allí las diversas reparticiones de la administración y de la hacienda, estableció dentro de los muros los graneros y permitió a los molinos alzarse en el llano; después dio en feudo los alrededores a sus ministros y a sus secretarios, a sus oficiales y a sus chambelanes, para que ellos edificaran allí importantes residencias y palacios considerables, y no descuidó las zonas intermedias que constituían propiedades productivas y pabellones bien tenidos. Abrió mercados, frecuentados por numerosas caravanas; acudieron pobladores a porfía para fijarse allí y establecer su domicilio en las vecindades de quien ejercía la máxima autoridad; construyeron en competencia sus moradas en los alrededores, y con ello sus arrabales llegaron a tocar a los de Córdoba y se produjo un gran progreso en toda la región cuyo centro ocupaba la sede del poder. El califa, privado de toda influencia, sólo estuvo en adelante adornado de un vano título y Al-Mansur hizo del califato un perfil que se borraba poco a poco. Allí tuvo Al-Mansur consejo con sus visires, ordenados jerárquicamente, y con sus principales oficiales; allí convocó a los funcionarios para los asuntos del servicio; a la puerta de tal lugar colocó su guardia y estableció un jefe, como si se tratase de la sede del califato y de igual manera que para la autoridad suprema. Órdenes enviadas a todas las provincias de España y del litoral africano dispusieron el envío a Al-Zahira del monto de los impuestos, se prescribió a los gobernadores y a los solicitantes que acudieran a ella y se tomaron medidas para que nadie se apartara de Al-Zahira en busca de la puerta del palacio califal. Allí fueron resueltos toda clase de asuntos y allí afluyeron las gentes venidas de cualquier parte. Muhammad ben Abi Amir consiguió así lo que anhelaba y vio cumplidos sus deseos: el palacio califal fue privado de visitantes y por ende de todo partidario devoto. Entonces cerró la puerta del palacio del príncipe, para que no llegase hasta él ninguna noticia, encargó a personas de su confianza su custodia, que ejercieran en él plenos poderes, vigilaran en su nombre a cualquiera que entrase en él e impidieran todo

movimiento sospechoso en su interior. Colocó porteros vigilantes que por la noche hacían centinela unos tras otros, que de día y de noche montaban guardia ininterrumpida en torno a las gentes del palacio y que vigilaban ostensible y secretamente todos sus movimientos. Había arrebatado ya al califa todo su poder administrativo, y con tales medidas le impidió ejercer ninguno de los atributos de la realeza. Hixam fue así privado de libertad y de influencia; fue olvidado su nombre; se debilitó su inteligencia; su puerta, siempre cerrada, no dejó en adelante penetrar hasta él a sus amigos; nadie, ni íntimo ni extraño, le vio más ni tuvo nada que temer o esperar de él; y no se supo desde entonces sino su nombre acuñado en las monedas o pronunciado desde los púlpitos. Su ministro le había suplantado, había revestido el aparato real, hizo desaparecer la pompa que pertenecía a su señor, enseñó al pueblo a prescindir del [califa] y a apartar de él sus deseos; gracias a tales maniobras los súbditos llegaron a desconocerle, y al fin prohibió que se hablara más de él.

... ...

En 371 [7 julio 981] Ben Abi Amir tomó el sobrenombre de Al-Mansur (el victorioso) y con este título hizo que se le nombrase en los púlpitos de las mezquitas, acabando así de arrogarse todos los atributos de la realeza. Sus cartas estaban encabezadas así: "En nombre del canciller (*hachib*) Al-Mansur Abi Amir Muhammad ben Abi Amir a fulano". Sus visires comenzaron los primeros a besarle la mano y después siguieron tal ejemplo los jefes Omeyas, de suerte que cuantos tenían acceso hasta él llegaron a hacerlo y al dirigirse a él le trataban de Mawla (Señor). Tal uso se impuso a todos, grandes y pequeños, y cuando aparecía uno de sus hijos, todos se levantaban y se precipitaban a porfía para besarle la mano o tocar con sus labios alguna parte de sus personas. Muhammad ben Abi Amir llegó, pues, a ser igual al califa en todos los honores y era tratado como él. No había entre ellos otra diferencia que en lo relativo al nombre, colocado a la cabeza de las cartas de él emanadas. Tal era el alto, el supremo grado de gloria, de honor, y de poder a que había llegado.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idhari (Según versión francesa de Fagnan, II, 447, 465).

SU FALTA DE ESCRÚPULOS Y SU CRUELDAD AL DESHACERSE DE SUS RIVALES

Después de haberse así izado hasta la cima del poder, Ben Abi Amir se ocupó del general en jefe, su suegro, Galib Nasiri, y preparó su ruina. Pensó en oponerle un adversario entre los hombres de espada y de renombre, porque Galib le superaba en lo que concernía al arte de la guerra, era más valeroso que él y le aventajaba en un orden de conocimientos al que Ben Abi Amir no se había dedicado. No encontró para ello nadie más calificado por su energía, su firmeza y su gran notoriedad y por las grandes fuerzas de que disponía que Chafar, el hijo de Ali ben Hamdun, llamado Ben al-Andalusi. El ministro se esforzó, por tanto, en atraer a su partido

a tal jefe, que habitaba, como los descendientes de Ali, en África septentrional, entre las Zanatas, y reconocía la soberanía del califa Hixam. Ben Abi Amir le envió mensajeros y le dirigió carta tras carta y Chafar confió entonces el cuidado del gobierno a su hermano Yahya y se embarcó para España con sus tropas. Se alojó en Al-Kasar al-Uqba, donde todo había sido preparado para satisfacerle. Al-Mansur le nombró su ministro, le otorgó como tal una gran autoridad, le trató con la misma confianza que a un hermano y le dio paso sobre todos los grandes. Chafar encontró cerca de él cuanto podía desear y más de lo que había supuesto; de otra parte y gracias a los bereberes, la situación de Al-Mansur fue más sólida y más fuerte. Este primer grupo contaba unos seiscientos hombres. Al-Mansur continuó reclutando otros y otros, garantizándoles que serían bien tratados y recompensados con largueza, de suerte que muchos se apresuraron a pasar a España. Todos esos jinetes que venían sin interrupción se agruparon en torno de Ben Abi Amir. Desembarcaban con los vestidos en jirones y montados sobre rocines, pero en seguida Al-Mansur les vestía de sedas bordadas y de otras ricas telas, les daba caballos de raza y los instalaba en palacios, de los que nunca habían visto semejantes. Acabaron así por ser más numerosos que los soldados españoles del *chund* y fueron siempre los familiares e íntimos de Ben Abi Amir y los más ricos e influyentes.

Galib comprendió, al conocer la llamada de Chafar, que era una maniobra dirigida contra él; estalló la desavenencia entre suegro y yerno, y ella provocó diferentes encuentros y combates, ventajosos para Ben Abi Amir. Galib, que le combatía por medio de cristianos, que había atraído a sí por medios largos de contar, pereció en una carga de caballería en que su adversario estuvo a punto de ser derrotado. Se mató, según unos, sobre su silla de montar o pereció, según otros, de modo diferente. Su muerte fue el más dichoso golpe de fortuna para Ben Abi Amir, que no tuvo en adelante a nadie a quien temer.

Desembarazado de Galib, acudió a un ardid para deshacerse de Chafar ben Ali, que había sido su auxiliar más poderoso contra el primero. Sobornó a tal propósito a Abu-l-Ahwas Man ben Abd al-Aziz al-Tuchibi, el campeón árabe, quien a la cabeza de una tropa de españoles, sus partidarios, le mató por traición en 373; después Al-Mansur hizo asesinar a su vez a Abu-l-Awas y así quedó solo (y sin rival).

En 373 [26 junio 982] hizo ejecutar a Chafar, hijo de Ali ben Hamdun o Ben al-Andalusi. Bajo pretexto de honrarle, pero en realidad para matarle a traición, le invitó en la noche del domingo 3 Xaban [21 junio 983]. Cuando en el curso de la reunión, el copero ofreció a Ben Abi Amir la gran copa que hacía circular entre los comensales, aquél le dijo: "¡Preséntasela a quien estimo más!" El copero, perplejo, no sabía a quién ofrecérsela de entre todos aquellos nobles invitados, y entonces su amo, riñéndole y maldiciéndole, le ordenó que la presentase a Abu Ahmad. Entonces Chafar, levantándose, la

tomó como una prueba de estima y loco de alegría se puso a bailar y todos los asistentes siguieron su ejemplo sin excepción. Le sirvieron numerosas copas y tenía la cabeza muy pesada cuando a medianoche se retiró con algunos pajes. Fue entonces asaltado por Man y por sus confidentes. Su estado de ebriedad no le permitió defenderse. Cayó atravesado a puñaladas y los asesinos no abandonaron sino su cadáver ya frío. Su cabeza y su mano derecha fueron presentadas secretamente a Ben Abi Amir, que dio, sin embargo, pruebas públicas del dolor que le había causado su muerte.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDHARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 463, 466).

ORDENA LA EJECUCIÓN DE UNO DE SUS HIJOS

El año 379 [11 de abril 989], Al-Mansur hizo matar a Abd al-Rahman ben Mutarrif, gobernador de Zaragoza y de la Frontera Superior. Tal jefe al reflexionar sobre el fin que habían sufrido por orden de Al-Mansur los principales jeques (de Al-Ándalus), suerte a la que sólo él había escapado hasta allí, había comenzado a temer que acabaría siendo tratado como ellos. Sucedió a la postre lo que estaba escrito, y el destino le movió a conspirar contra Al-Mansur. Le estimuló mucho a ello el hijo del mismo, Abd Allah ben Al-Mansur. He aquí lo ocurrido.

Abd Allah residía en Zaragoza cerca de Abd al-Rahman y estaba amargado contra su padre a causa de la preferencia que éste mostraba por su otro hijo: Abd al-Malik. Abd Allah, en efecto, se consideraba mejor dotado que su hermano, en valor e inteligencia, y más hábil guerrero a pie y a caballo, y juzgaba que su padre cometía una irritante injusticia colocándoles en el mismo plano y, con más razón, prefiriendo a Abd al-Malik. Abd al-Rahman ben Mutarrif no dejó de atizar el fuego que abrasaba por ello al hijo de Al-Mansur. Convinieron entre ellos que Abd Allah aprovecharía la primera ocasión para atacar a su padre y acordaron que se repartirían España; la capital correspondería a Abd Allah y la frontera a Abd al-Rahman. Comenzaron entonces a preparar los medios para lograr sus fines y para abrirse camino. Contaban con la complicidad de algunos jefes del ejército, de algunos funcionarios, etc., incluso en Córdoba, y les seguía entre otros el visir Abd Allah ben Abd al-Aziz al-Marwani, gobernador de Toledo. Pero corrieron rumores del complot que se tramaba y Al-Mansur verificó la autenticidad de los mismos y no pudo dudar. Hizo entonces venir a su hijo desde Zaragoza y, para adormecer su desconfianza, comenzó por testimoniarle mucho cariño y por ascenderle en su carrera. Alejó a Al-Marwani de Toledo, pero de la manera más honorable, y después de algún tiempo le quitó el visirato y le confinó en su casa. Luego Ben Abi Amir emprendió una campaña contra Castilla y vinieron a unírsele tropas auxiliares de las fronteras y con ellas Abd al-Rahman ben Mutarrif y sus guerreros de Zaragoza. Cuando llegaron a Guadalajara, los habitantes de la Frontera, secretamente excitados por Ben Abi Amir, presentaron una denun-

cia contra Abd al-Rahman. Sirvieron de instrumentos a las órdenes del ministro y declararon que Ben Mutarrif sustraía sus sueldos para apropiárselos. Al-Mansur le destituyó entonces de su mando en Zaragoza el 29 Safar del 379 [8 junio 989] y le reemplazó por Ben Abd al-Rahman Yahya, llamado Samacha, con la esperanza de asegurarse así la fidelidad de los Tuchibíes, tribu a la que pertenecía el último. Durante algún tiempo Abd al-Rahman ben Mutarrif permaneció aún en libertad, pero después fue detenido el martes 12 Rabi II [20 junio 989]. Al-Mansur mostró entonces su cólera y ordenó que le tomaran cuenta de su gestión y más tarde fue muerto en Al-Zahira, ante los ojos mismos de aquél.

Al-Mansur, temeroso de que su hijo Abd Allah se excitara y se dejara arrastrar a algún movimiento subversivo le hizo venir al campamento y le trató con dulzura, con el propósito de despertar en el mismo mejores sentimientos para con él. Pero ello era difícil de lograr, porque tenía el corazón ulcerado y se hallaba poseído de un odio violento. Entretanto Al-Mansur estableció su campo bajo los muros de San Esteban de Gormaz y, mientras los musulmanes combatían la plaza, Abd Allah huyó con seis de sus pajes y se acogió al enemigo de Alá. García, hijo de Fernando, señor de Álava —conde de Castilla— recibió al fugitivo y le protegió contra su padre. Al-Mansur acometió entonces a García para obtener que le entregara su hijo, jurando que no cesaría de perseguir al cristiano hasta que le hubiese enviado a Abd Allah. Como García se obstinara en negarse a entregarle, Al-Mansur le venció, dispersó sus tropas, se apoderó de la mitad de Álava —Castilla—, tomó al asalto el castillo de Osma y estableció en él una guarnición musulmana. García se vio así obligado a aceptar las condiciones que le impuso Al-Mansur, tanto por lo que hacía a Abd Allah, como sobre los otros puntos señalados por su vencedor y éste consintió en tratar con él.

El príncipe cristiano confió a Abd Allah y sus partidarios a un grupo de sus hombres. Montados en mulas avanzaron hacia el campo musulmán, en el que fueron recibidos por Saad, funcionario agregado a la corte. Sobre su mula, fogoso y vestido con un traje de brocado de seda ricamente trabajado, Abd Allah llegó alegremente junto a Saad, porque se hallaba persuadido de que su padre le perdonaría. Saad le besó la mano, se mostró muy cortés y afirmó su confianza hablando de su rebelión como de una simple escapatoria. Pero no lejos del Wadi Chawfi (¿Duero?) se detuvo en la retaguardia y dio orden a algunos de sus soldados de proceder a la ejecución del prisionero, que fue en el acto rodeado por ellos y a quien se previno de que iba a morir. Ante esta nueva de la terrible suerte que le aguardaba, Abd Allah obedeció sin resistencia la orden de echar pie a tierra y marchó con serenidad hacia el puñal que le aguardaba, atestiguando una firmeza de ánimo que admiró a los testigos. Le decapitó Ben Jafif, de la policía, al ponerse el sol del 14 Chumada II 380 [8 septiembre 990]. Al-Mansur, que hacía entonces su campaña cuadragésimo quinta, envió al califa la cabeza de su hijo con un parte de victoria. El cadáver del joven que murió a los veintitrés años fue inhumado en el mismo lugar de la

ejecución. Pero como consecuencia de tal suceso, Saad y Ben Jafif llegaron a ser carga pesada para Ben Abi Amir, que concibió contra ellos un odio sin respiros y les hizo ejecutar después de haberles sometido a tortura. Al hacer decapitar a su hijo Ben Amir vio aumentar el temor respetuoso que inspiraba y todos los corazones temblaban ante él.

A propósito de Abd Allah, el visir Abu Umar ben Abd al-Aziz escribe lo que sigue: "Después de la ejecución del hijo de Al-Mansur el pueblo fue presa del terror, sintió repulsión por el ministro, se habló mucho del caso y se aventuraron muchas conjeturas sin que nadie hallase en la conducta de la víctima motivos para haber merecido la pena capital. Al-Mansur salió en seguida para otra de sus numerosas expediciones y cuando llegamos a Calatrava —continúa el narrador— nos invitó a una comida, en el curso de la cual, como la conversación recayese sobre Abd Allah, todos los invitados a la vez le hicieron la misma pregunta: "Alá ayude a Al-Mansur. Te has colocado, señor, por su muerte en una situación extrema y difícil de soportar. ¿Por qué le ejecutaste?" "He aquí el único motivo, respondió, cuando me presentaron a su madre me enamoré de ella al punto y mi corazón fue sacudido por una pasión tan violenta que constituía una verdadera obsesión. Después de haberla comprado a un precio excesivo, la llevé a casa de uno de mis parientes, donde iba cada día a verla para informarme si estaba o no encinta. Cuando se dio cuenta de mi pasión amorosa, me dijo, por condescender a mis deseos, que el período legal de espera había terminado. Pero me mentía, con la intención de contentarme, avanzando la fecha fijada para el cumplimiento de mis apetitos. Me acosté con ella antes de que concluyera el plazo legal y yo dudaba de que Abd Allah fuese en verdad mi hijo". El fruto de tales relaciones nació en 358 [25 noviembre 968].

Más tarde tuvo lugar una conversación mordaz entre Al-Mansur y uno de los principales jefes bereberes: Zatarzun ben Nizar Barzali, que en una reunión donde el ministro le trataba familiarmente, le hizo esta pregunta: "¿Por qué mi señor, hiciste ejecutar a tu hijo Abd Allah?" y continuó exaltando el valor y las calidades del difunto. "No lo sientas, dijo Al-Mansur, porque si no me hubiese adelantado, me hubiese matado él. No tenía mi sangre. Cuando nació sospeché de la fidelidad de su madre, que era una esclava deshonesta. Ya se ha dicho que malas madres sólo dan productos corrompidos". "Entonces, señor, respondió el ignorante Zatarzun, ¿ha habido adulterio de la madre y crimen del padre?" "El miserable, exclamó Al-Mansur enrojeciendo, ha hecho mi desgracia en vida y tras su muerte". El ministro se apartó del necio de Zatarzun, pero durante mucho tiempo su frase fue repetida en las conversaciones populares.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idhari (Según versión francesa de Fagnan, II, 470).

ELOGIOS CORTESANOS DE SU TALENTO Y GENEROSIDAD

La administración de la ciudad por Muhammad hizo olvidar, a sus habitantes, a los más distinguidos y hábiles de sus predecesores. (Hasta su nombramiento de prefecto de policía, los cordobeses) habían tenido mucho que sufrir, obligados como estaban a velar toda la noche para guardarse de los malhechores, pues tenían que temer de sus andanzas más que los habitantes de las fronteras de los ataques del enemigo.

Pero Alá puso fin a tales males con la llegada de Muhammad, que desplegó todo su talento y se abstuvo de las costumbres atribuidas a su predecesor, el hijo de Chafar (Al-Mushafi). Se negó a escuchar ninguna recomendación y castigó sin piedad a todos los malhechores, con tanto éxito que los habitantes recobraron su seguridad. Los malhechores contaban hasta allí con la protección, que hallaban hasta en el séquito del príncipe, y Muhammad sorprendió tal complicidad hasta en casa de uno de sus hijos. Hizo venir a éste a la sede de la policía *(churta)* y le hizo azotar tan vigorosamente que acabaron con él. De esta forma reinó en Córdoba, en su época, el orden más completo.

Se distinguió particularmente por el buen fondo de su naturaleza, la confesión que hacía de sus faltas, el temor que tenía de su señor y soberano, y el celo que puso en hacer la guerra santa. No se hacía en vano la invocación del nombre de Alá en su presencia y le detenía la amenaza de los castigos divinos. No cedió jamás a ninguna de las seducciones a que obedecen los príncipes, salvo al vino, al que renunció también dos años antes de su muerte. Llegaron a ser proverbiales su justicia para con los grandes y los pequeños, su imparcialidad, sus costumbres y su manera de dar a cada uno su derecho, aunque fuese contra el más próximo de sus familiares o de su cortejo.

He aquí un ejemplo de su justicia. Un hombre del pueblo se presentó un día en su audiencia y le interpeló en estos términos: "Oh protector del derecho, soy víctima de una injusticia por parte de ese esclavo que está a tu lado", y designó al escudero de Ben Abi Amir, que gozaba de un gran favor cerca de su amo, "le he llamado en vano delante del juez —continuó— y no se ha presentado". —"¿Cómo?, dijo Al-Mansur, incluso Abd al Rahman ben Futays ha llegado a tal grado de debilidad y de abandono de sus deberes. Le creíamos más exacto. Exponme tu queja". El hombre contó entonces que habiendo firmado un contrato con el esclavo, éste había faltado a él sin ninguna equidad. —"¡A qué duras pruebas nos exponen estas gentes!" exclamó Al-Mansur. Y volviéndose hacia el esclavo que temblaba de miedo, le dijo: "Entrega el escudo a fulano, baja humildemente y preséntate como el igual de tu acusador hasta que se resuelva si tienes razón o no". Habiéndose colocado el esclavo delante de Al-Mansur, éste dijo al prefecto de policía *(churta)* afecto a su servicio: "Toma de la mano a este injusto bribón y llévale con su adversario ante el juez y que éste aplique la pena más severa, prisión o la que sea, a que haya lugar". Así lo hizo.

Luego el demandante vino a dar gracias a Al-Mansur y éste le dijo: "Se te ha hecho justicia, puedes retirarte, ahora me toca a mí tomármela de quien me expone al desprecio de las gentes" e infligió toda clase de humillaciones al esclavo y le alejó de su servicio.

He aquí otro caso de la misma naturaleza. Su principal liberto, llamado Al-Mayurqi, había tenido una cuestión con un comerciante magribí. El pleito había sido llevado ante el juez, quien falló contra el Mayurqi, pero este eunuco, que era entonces el principal de los servidores de Al-Mansur, cuya casa y cuyo harén dirigía, rehusó obedecer al juez, en la creencia de que su situación le sustraía a tal deber. Su adversario reclamó justicia a Al-Mansur un día, cuando éste se dirigía a la mezquita, y el ministro le hizo conducir en el acto por su guardia ante el juez, quien hizo ejecutar su sentencia. Al-Mansur, irritado contra su servidor, confiscó sus bienes y le desterró.

Otra anécdota nos muestra a Almanzor respetando la justicia en su propio daño, a propósito de Muhammad, que era su barbero, su servidor y su hombre de confianza. Tuvo un día necesidad de él para hacerse sangrar y envió a buscarle. Pero su mensajero encontró a Muhammad detenido en la prisión del juez Muhammad ben Zarb, que le había castigado por haber maltratado a su propia mujer. Creía que escaparía al castigo en atención a sus funciones. Al-Mansur, informado por su mensajero de lo que ocurría, le hizo salir de la prisión, pero bajo la custodia de un carcelero, que debía de acompañarle hasta que hubiera cumplido su misión para luego volverle a la cárcel. El barbero se quejó del tratamiento que recibía, pero Al-Mansur le interrumpió: "Te quejas del cadí y está en su derecho de hacer lo que hace; me habría aplicado a mí la ley y no hubiera yo podido sustraerme a su autoridad. Vuelve a la prisión, confiesa tus culpas: así podrás recobrar la libertad". El cirujano quedó aterrado y comprobó que el favor no servía para nada. La noticia de las palabras de Al-Mansur llegó a oídos del cadí; reconcilió éste al prisionero con su mujer, pero sus sentencias fueron en adelante todavía más severas.

He aquí una prueba de su penetración que nos refiere Ben Hayyan. En una noche muy fría en que soplaba el viento con fuerza y llovía con violencia, Al-Mansur se hallaba sentado en su tienda de campaña cuando llamó a un jinete y le ordenó que fuera al desfiladero de Taliares, se apostara allí en acecho y le condujera al primero que pasara por allí que pudiera detener. El jinete obedeció y fue a apostarse en el desfiladero y en él permaneció, maltratado por el frío, la lluvia y el viento. Cerca de la aurora pasó por allí un viejo de edad avanzada, montado en un asno y provisto de las herramientas propias de los leñadores. El jinete le interrogó y le preguntó dónde iba, a lo que el viejo respondió que iba a cortar leña. "¿Qué puede interesar a Al-Mansur un desdichado viejo que va a cortar leña al monte?" se dijo el caballero. "Le dejé alejarse, cuenta el mismo jinete, pero luego reflexioné en las palabras de Al-Mansur y temiendo su severidad, me acerqué al viejo y le dije que viniera conmigo junto a Al-Mansur,

a lo que él me respondió: "¿Qué puede querer Al-Mansur de un pobre viejo como yo? Por Dios, déjame ganarme la vida". Pero el caballero rehusó ceder a sus ruegos y llevó su presa al ministro. No había éste dormido en toda la noche y cuando le presentaron al prisionero dio orden a los esclavos de registrarle. No le encontraron nada; pero hizo entonces registrar la albarda del asno y en ella descubrieron una carta de los cristianos que habían abandonado a sus compatriotas para servir a Al-Mansur, quienes escribían a sus correligionarios para que vinieran a atacar en un lugar determinado. A la salida del sol hizo conducir a su presencia a los cristianos autores de la carta y les hizo decapitar, con el viejo que se había hecho pasar por leñador.

A los mismos propósitos puede citarse aún esta anécdota. Un joyero de Oriente había venido de Aden a ver a Al-Mansur. Eligió éste lo que le agradó entre el surtido de alhajas y de piedras preciosas que le fueron presentadas y devolvió al comerciante su bolsa, hecha de un paño yemení. El joyero se retiró por el camino de Al-Ramla, que seguía la orilla del río. A mitad de ruta, como hiciera mucho calor y le cayeran grandes gotas de sudor, tuvo la idea de refrescarse tomando un baño, y dejó en la ribera sus vestiduras y la bolsa. Un milano que volaba por allí vio la bolsa, la creyó un pedazo de carne y lanzándose sobre ella la alzó en el aire, mientras el mercader la seguía con los ojos, enloquecido al comprender que no la recobraría ni con engaños ni atacando al milano. Ocultó su pesar, pero éste le produjo una enfermedad que le afectó muchísimo. Cuando llegó el momento de pagar a los mercaderes proveedores de palacio, el joyero se presentó en persona, pero Al-Mansur advirtió en seguida su visible estado de depresión, de tristeza, de falta de animación y de alegría y le preguntó la causa de su mal. El comerciante le contó lo ocurrido. —"¿Por qué no viniste en el acto a referirme el suceso?, le dijo Al-Mansur. Habríamos recurrido a algún medio para remediarlo. ¿Viste bien la dirección que tomó el pájaro?" —"Voló hacia el Este, por encima del jardin contiguo a tu palacio, es decir, hacia Ramla". Al-Mansur llamó al prefecto de policía adscripto especialmente a su persona y le ordenó que trajese en el acto a los jeques de Ramla. Cuando éstos fueron introducidos en su presencia, les mandó que averiguaran quién de sus conciudadanos pobres había cambiado súbitamente de fortuna y sin transición había escapado a la miseria. Después de haberse consultado entre ellos declararon que sólo conocían a uno. Antes no tenían él y sus hijos sino sus brazos para trabajar e iban siempre a pie porque carecían de cabalgadura, y al presente habían adquirido una y todos iban ahora vestidos como gentes de condición media. Al día siguiente Al-Mansur hizo llamar al hombre señalado y ordenó también al joyero que se presentara en palacio. Hizo acercarse al primero y, mientras el segundo presenciaba la entrevista, le dijo: "He perdido algo que me pertenecía y que ha caído entre tus manos". —"Lo tengo, señor", contestó el interpelado, golpeando la cintura de su pantalón, y sacó en efecto la bolsa del joyero. Éste lanzó un grito y estuvo a punto de enloquecer de alegría.

—"Cuéntame lo sucedido", dijo Al-Mansur. —"Con gusto. Estaba en mi jardín trabajando en una palmera cuando esta bolsa cayó a mis pies; la recogí del suelo y su belleza me encantó y me hizo pensar que el pájaro la había tomado de tu palacio, que no está lejos. La guardé, pero la miseria en que estaba me hizo tomar diez piezas de oro que había en ella, porque, me dije: es la menor recompensa que puedo recibir de Monseñor". Tales palabras pluguieron a Al-Mansur. Dijo al mercader que tomase la bolsa y verificase su contenido. Lo hizo el joyero y respondió: "Nada falta, señor, en ella, sino los diez dinares de que ha hablado y que yo regalo a este hombre". —"Ese cuidado nos incumbe a nosotros y no podemos menguar tu alegría; pero si este hombre hubiera hecho otra cosa que concebir buenas intenciones y después confesar, habría sido recompensado con mayor largueza". Reembolsó los diez dinares al mercader y dio otros diez al labrador por no haber hecho mal uso de su hallazgo, y le hizo notar que si antes de la investigación hubiese dado a conocer su encuentro le habría tratado más generosamente. El comerciante —continúa Ben Hayyan— comenzó entonces a hacer el elogio de Al-Mansur, recobró todo su entusiasmo anterior y juró que referiría por todas partes la autoridad de que gozaba tal príncipe y cómo su poder se extendía sobre los pájaros tanto como sobre los hombres, hasta el punto de que ni aquéllos podían sustraerse a su obediencia ni perjudicar a quien él protegía. Al-Mansur le respondió sonriendo que hiciera lo que se proponía y fue muy celebrada entre el pueblo la manera hábil y sagaz con que había logrado disipar el disgusto del mercader.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idhari (Según versión francesa de Fagnan, II, 442 y 481).

SUS OBRAS PIADOSAS

Entre los actos piadosos y meritorios a los ojos de Alá, de Al-Mansur, se cita la edificación de la mezquita mayor, es decir, las adiciones con que la amplió en 377 [3 mayo 987].

Otra de sus obras piadosas fue la construcción sobre el Guadalquivir en Córdoba de un puente, comenzado en 378 [21 abril 988] y acabado hacia mediados del año 379 [oct.-noviembre 989] y que costó ciento cuarenta mil dinares. Este puente rindió grandes servicios y constituyó el principal de los títulos eminentes de quien lo hizo construir. Como no se podía evitar para construirle el ocupar un pedazo de terreno perteneciente a un viejo de la plebe, Al-Mansur ordenó a sus intendentes satisfacer con generosidad al propietario. Fue llamado por ellos, estaba prevenido y cuando le regatearon el valor de la propiedad y le comunicaron la orden de Al-Mansur de no pagarle sino un precio equitativo, respondió pidiéndoles a lo menos diez dinares, la suma más elevada que imaginaba poder conseguir, y estipuló, además, que la moneda debía de ser de buena ley. Aprovechando su ingenuidad, los intendentes le pagaron tal suma y le hicieron firmar la escritura.

Cuando sus agentes contaron el caso a Al-Mansur se echó a reír de la ignorancia del viejo y, enrojeciendo a la idea de engañarle, le hizo entregar diez veces la suma que había pedido y recomendó que se la pagaran en piezas de buena ley, como él había querido. El viejo estuvo a punto de perder la cabeza y de volverse loco de alegría y corrió a manifestar su gratitud a Al-Mansur. La noticia del suceso corrió de boca en boca.

Al-Mansur escribió de su propia mano un Corán que llevaba consigo en viaje y que estudiaba para atraerse la bendición de Alá. Lleno de esperanza en la bondad divina tenía cuidado de reunir todo el polvo que le cubría el rostro en el curso de sus campañas y en los combates que libraba a los infieles. Cada vez que se detenía, sus servidores se lo tomaban con toallas y así reunió una gran bolsa que según sus órdenes debía agregarse al número de los aromas destinados a enterrarle. Y la llevaba siempre consigo así como el sudario, a la espera de la llegada del instante supremo. Había adquirido el sudario con la suma de proveniencia más sin tacha de cuantas poseía: de la venta de la propiedad de su padre y del hilado de sus hijas. Alá escuchó su petición de ser llamado por Él en el camino de la guerra santa.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDHARI (Según versión francesa de Fagnan, 479, 480).

INTOLERANCIA MUSULMANA

Pasa como verdad indiscutible entre el público culto que los musulmanes de España fueron dechado de tolerancia y suele contrastarse esa tolerancia con la bárbara intolerancia de los cristianos españoles. Fueron éstos, por el contrario, modelo de gentes tolerantes en una Europa abrasada por la pasión religiosa y donde no había lugar para el hombre de fe diferente. Y aquí siguen dos noticias dramáticas de dos procesos por impiedad, en la Córdoba del siglo IX uno, y otro, en la Córdoba de "Almanzor". En virtud del primero la Inquisición condenó a ser crucificado al sobrino de la favorita del emir Abd al-Rahman II por una frase irreverente para la divinidad y el soberano destituyó a los funcionarios sospechosos de debilidad con el impío. La generosa intervención de un teólogo salvó la vida del otro acusado y la tibieza religiosa del omnipotente ministro de Hixam II confirmó el acuerdo. Pero de ambas noticias resulta que la impiedad era castigada con la pena de muerte.

EXTERMINIO DE UNA SECTA RELIGIOSA

Posteriormente apareció en Algeciras una secta protestante cuyas doctrinas eran parecidas a las que profesaban los Jarichíes en la época en que se mantuvieron rebeldes contra Ali, Muawiya (Dios se contente de ambos) y sus sucesores. Abd ben Nasib escribió a Al-Hakam unos versos instigán-

dole contra ellos e incitándole a reprobar aquellas novedades. En los versos se decía:

"Lánzate con furia sobre el cachorro que están criando para rebelarse contra ti.

Antes de que te lo envíen más crecido y vigoroso".

Al-Hakam, al recibirlo, dijo: "¡Sí, voto a Dios!, lo he de hacer". Fuése allá en persona, llegó a Algeciras, acampó a las puertas de la ciudad y pasó a cuchillo a la mayor parte de sus habitantes.

Del *Iftitah al-Ándalus* de Ben Al-Qutiya (Trad. Ribera, 39).

DOS PROCESOS POR IMPIEDAD

La causa que motivó la destitución de Muhammad ben Zayd de su cargo de juez fue lo que ocurrió con el sobrino de Achab, a saber, lo siguiente:

Se hizo una información de testigos que declararon contra ese sobrino por una frase (irrespetuosa para la divinidad) que pronunció desdeñosamente en un día de lluvia. Abd al-Rahman II ordenó que se le metiera en la cárcel. Achab solicitó con insistencia que se le sacara del encierro. Este Achab podía tomarse tal confianza con el soberano, por la estima y consideración con que el padre de éste lo había distinguido. El monarca le dijo a él:

—Examinaremos las opiniones de los ulemas a ver la penalidad en que ha incurrido por haber pronunciado esa frase y, luego, ya lo recomendaré yo para que se le favorezca.

El monarca ordenó a Muhammad ben al-Salim, zalmedina en aquel entonces, que citase al juez y a los faquíes de la ciudad y que los reuniera en asamblea magna (o tribunal de inquisición). Formaron parte de esta asamblea Abd al-Malik ben Habib, Asbagh ben Jalil, Abd al Ala ben Wabb, Abu Zayd ben Ibrahim y Aban ben Isa ben Dinar. Se les consultó acerca del caso, refiriendo además taxativamente la frase pronunciada. No se decidieron por aconsejar la pena de muerte el juez Muhammad ben Zayd, Abu Zayd, Abd al-Ala y Aban; e informaron que debía matársele, Abd al-Malik ben Habib y Asbagh ben Jalil. El zalmedina, Muhammad ben al-Salim, dispuso que consignaran por escrito sus informes respectivos en un documento que luego había de elevarse al monarca. Así lo hicieron; y cuando el soberano examinó detenidamente lo que ellos habían expuesto, se decidió en favor de lo que habían dicho Abd al-Malik y Asbagh, es decir, pensó que debía condenársele a muerte y ordenó a su paje Hasan que les comunicara su resolución. El paje salió y dijo al zalmedina:

—El monarca se ha enterado del informe jurídico que los faquíes han presentado en el proceso de este impío. El soberano dice al juez: vete, porque te hemos destituido. Ahora, en cuanto a ti, Abd al-Ala, sabemos que Yahya ben Yahya en cierta ocasión declaró que tú eras un ateo, y de los informes de aquél que es tachado de ateo no debe hacerse caso. En cuanto a ti, oh Aban ben Isa, habíamos pensado nombrarte juez de Jaén; pero

ahora pensamos que no sirves para ocupar ese cargo, porque una de dos: si has sido en esta ocasión sincero (eso quiere decir que no sabes derecho), y ya no es hora de que te pongas a aprender las decisiones legales; y si fuiste mentiroso, al mentiroso no se le debe prestar crédito ni confianza. Y al otro (Abu Zayd, que no quiso nombrar) le dirigió frases tan soeces, que ni entre criminales se emplean, dándole a entender que el soberano pensaba que debía dedicarse a ser maestro de párvulos.

El paje Hasan dijo al zalmedina:

—El monarca me manda que salgas ahora mismo con estos dos señores, Abd al-Malik y Asbagh, y que vayan con cuarenta sayones a cumplimentar la pena o castigo que ellos creen que merece ese impío.

Abd al-Malik salió diciendo:

—El Dios a quien servimos ha sido escarnecido; si no lo defendiéramos, realmente seríamos unos malos siervos.

Luego se sacó de la cárcel al impío, y esos dos señores estuvieron delante de él hasta que fue izado en el poste o cruz. El impío decía entonces a Abd al-Malik:

—Oh Abu Marwan, teme a Dios por haber sido causa de que derramen mi sangre. Yo testifico que no hay más Dios que Alá y que Mahoma es su Profeta.

—Sí; ahora lo dices —contestaba Abd al-Malik—; antes, sin embargo, eras un rebelde.

Todo esto sucedía mientras lo estaban crucificando; luego los dos señores se marcharon.

Del *Kitab Qudat Qurtuba* de Al-Juxani (Trad. Ribera, 127).

☆

Ocurrió en Córdoba un caso sorprendente en tiempos de Al Mansur Ben Abi Amir. Había allí un individuo llamado Qasim ben Muhammad al-Sambasi, al cual acusaron de herejía, y lo envió Almanzor a la cárcel, donde permaneció una temporada, juntamente con unos cuantos literatos, personajes importantes de Córdoba, tachados, igualmente, de impíos y libertinos. Todos los viernes anunciaban, mediante un pregón, que quien tuviera que hacer contra ellos alguna acusación, acudiera a la puerta de la mezquita mayor al terminar la oración solemne del día y prestara su declaración.

Se instruyó por el juez un proceso contra Qasim, en el cual constaban las declaraciones de los testigos, acusándolo de una serie de hechos reprobables que implicaban la existencia de la herejía y de la impiedad. Fue elevado aquel proceso al palacio real, donde tuvo lugar una sesión magna, en la que, consultada la opinión de los jurisconsultos, con respecto al caso de Qasim, aquellos dictaminaron que debía ser condenado a muerte. Mandaron traer a Qasim, y al tiempo que lo traían, también acudieron su padre y dos hijos que tenía, vestidos con traje de luto. El padre se trajo consigo

las angarillas que se utilizan para transportar los muertos, y los hombres que las habían de conducir. El padre y los hijos de Qasim quedáronse llorando a la puerta del palacio, y allí presenciaron cómo llegaba el verdugo que había de cortarle la cabeza, llamado Ben al-Chundi, y cómo le traían del palacio unos sables y se ponía a afilarles el corte y a probarlos.

Hallábase presente a la reunión el alfaquí Abu Amra al-Maqudí, de Sevilla, que había acudido a ella contra su voluntad, después de haberse negado a asistir. Pidiéronle que emitiera su informe, y se expresó en estos términos:

—¡Señores! No ha de haber sangre derramada mientras la justicia no esté clara y terminante, sin que exista la menor sombra de duda. ¿Creéis, acaso, que Al-Sambasi es algún gallo? ¿Por qué, pues, lo vais a degollar?

—Por cosas que para mí están bien probadas y que he considerado con la mayor atención —contestó el juez Benalxarfí.

—Dame que yo me entere —repuso el alfaquí, a la vez que cogía el proceso y se ponía a examinarlo. Después que lo hubo examinado, prosiguió:

—Explícame cuáles de éstos son los testigos cuyas declaraciones te han determinado a condenarlo a muerte.

—Éste, éste y éste —contestó el juez, y le señaló hasta cinco.

—¿Y lo condenas en virtud de lo manifestado por todos ellos? —preguntó el alfaquí.

—Así es —respondió el juez.

—Y si dos de ellos hubieran declarado en sentido distinto de los demás, ¿lo habrías condenado?

—Entonces, no —replicó el juez—, porque la fuerza del testimonio está en que se apoyen unos a otros, y su multiplicidad es para mí indicio de autenticidad.

Y dirigiéndose el alfaquí a los demás que antes dieron su dictamen, les dijo:

—¡Señores! Según vosotros se condena a muerte a los musulmanes y se derrama su sangre, en virtud de unas manifestaciones cuya veracidad se funda tan sólo en su mutuo apoyo. Pues yo no opino que debe ser condenado a muerte, ni propongo tal cosa.

Adhiriéronse los alfaquíes a sus palabras, sin que nadie opusiera la menor cosa en contrario, después que seis meses antes habían sentenciado condenándolo a muerte.

Se disolvió la multitud, volvió el sable a su vaina y voló el portador de la grata nueva a Ben Abi Amir. Informó a éste el mensajero de lo ocurrido en la sesión, y al oírlo, exclamó Ben Abi Amir:

—Ibais a dar muerte a Ben Al-Sambasi y habéis dado sepultura al juez. Con el interés que yo había puesto en que se le diera muerte, velando por la verdadera fe... En verdad que no hay quien mate a una persona, mientras no le llega el plazo que Dios le ha marcado para morir.

Pusieron en la prisión a Ben Al-Sambasi por unos días, al cabo de los cuales le dieron libertad.

Después de lo ocurrido, contó Ben Daqwan al juez lo siguiente:

—Preguntaron a uno en un caso semejante al presente:

—¿En qué conoces a Dios?

—En que destruye mis planes —respondió.

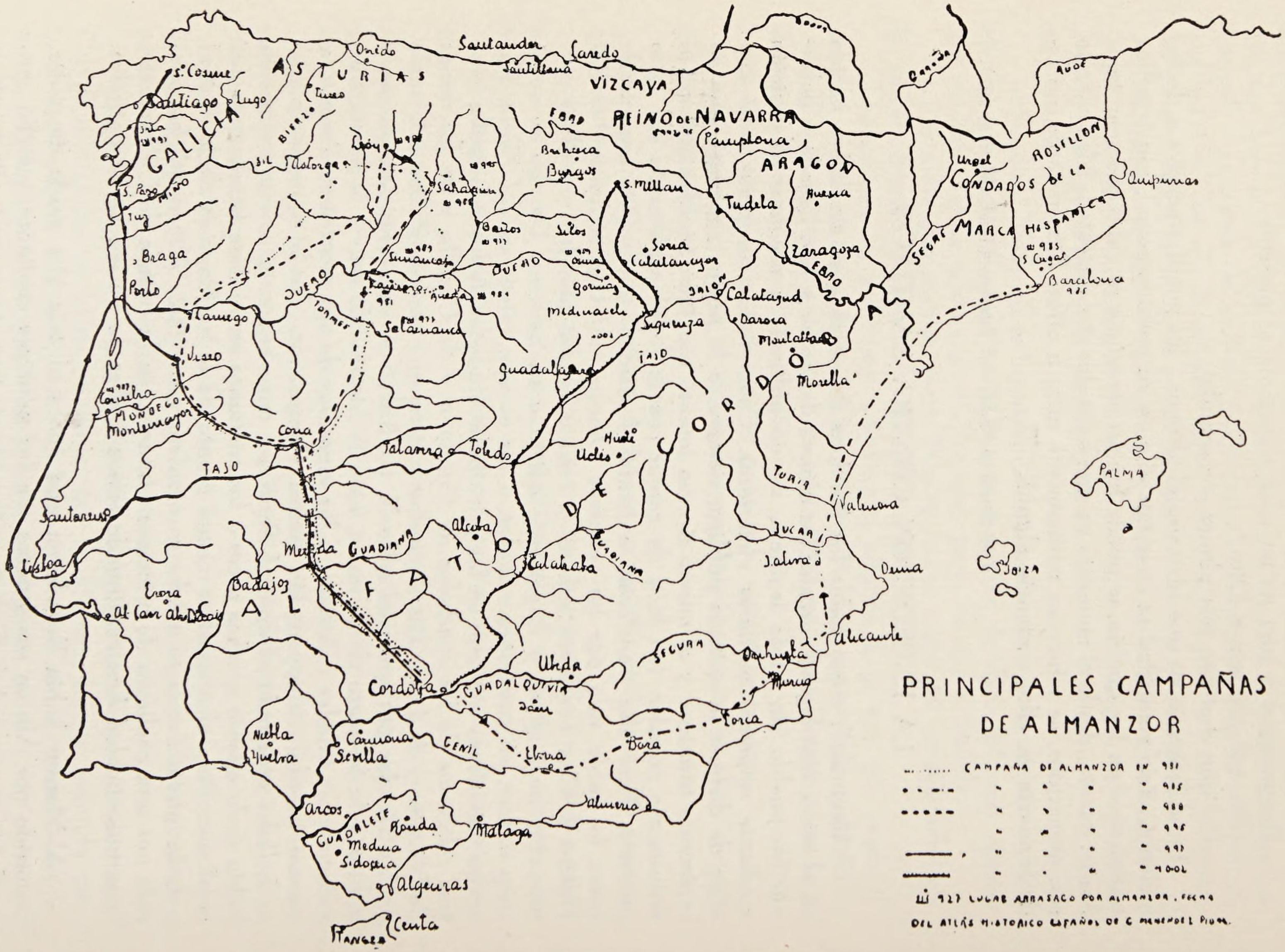
En el lenguaje de que hizo uso el alfaquí, "las manifestaciones o declaraciones, cuya veracidad se base tan sólo en su mutuo apoyo", son aquellos testimonios en los que no se puede fundar sentencia ni cabe que sean tenidos en cuenta, desde el momento en que haya dos que disientan. Mas cuando son numerosos, se refuerzan mutuamente unos a otros. Sin embargo, no ha de fundarse en ellos sentencia alguna.

Del *Sirach al-Muluk* del TURTUXI (Trad. Alarcón, 282).

LA EXPEDICIÓN CONTRA SANTIAGO

"Almanzor", como todos los hombres de genio que, sin haber nacido en el trono, han logrado escalar las alturas del poder y han llegado a gobernar un pueblo sin título legítimo, se vio obligado a asegurar su posición mediante empresas militares victoriosas. Como todos sus pares trató con ellas de distraer la opinión pública, siempre, a la postre, soberana, aun en regímenes tiránicos, y al mismo tiempo intentó con tales triunfos atraerse el entusiasmo popular, tan fácil de captar con la hábil explotación del éxito guerrero. Para ello transformó a fondo el ejército, que seguía organizado como lo había sido por los primeros Omeyas, Abd al Rahman I y Al-Hakam I. Con bereberes, eslavos y cristianos creó una fuerza militar permanente, muy eficaz y ciegamente adicta a su persona. De ella se sirvió para vencer, en campañas anuales, a los estados cristianos del Norte. Sus armas victoriosas entraron en las principales ciudades de los principales centros religiosos de los condados de Cataluña y de Castilla y de los reinos de Navarra y de León. Las discordias civiles, que ensangrentaron este suelo en las décadas postreras del siglo X, facilitaron su empresa; pero su genio militar y la fortaleza de su nuevo ejército hicieron lo más y le permitieron reducir a los infieles politeístas a las espesuras de sus montañas. Coronó su carrera triunfal su expedición contra Compostela, donde se suponía que se hallaba enterrado el apóstol Santiago, cuya supuesta celeste protección había dado aliento muchas veces a los cristianos en su duro batallar con los muslimes. Pero el apóstol se vengó pronto de la profanación de la ciudad y de la iglesia donde se alzaba su sepulcro y en 1002 "Almanzor" fue vencido por una coalición de príncipes hispanos, en la batalla de Calatañazor, cuya autenticidad han confirmado textos árabes no ha mucho encontrados.

Al-Mansur había llegado en esta época al más alto grado de poder. Socorrido por Alá en sus guerras con los príncipes cristianos, marchó contra Santiago, ciudad de Galicia que es el más importante santuario cristiano de España y de las regiones cercanas del continente. La iglesia de Santiago



PRINCIPALES CAMPAÑAS DE ALMANZOR

CAMPAÑA DE ALMANZOR EN 981
" " " " 985
" " " " 988
" " " " 996
" " " " 997
" " " " 1002

927 LUGAR ARRASADO POR ALMANZOR. FECHA DEL ATLAS HISTORICO ESPAÑOL DE C. MENENDEZ PIDAL.

es para los cristianos como la Qaaba para nosotros. La invocan en sus juramentos y van a ella en peregrinación desde los países más lejanos, incluso desde Roma y de más allá. Pretenden que la tumba en ella visitada es la de Jacobo, quien era entre los doce apóstoles el que gozaba de la mayor intimidad de Jesús; se dice que era su hermano, porque estaba siempre a su lado y algunos cristianos creen que era hijo de José, el carpintero. Está enterrado en tal ciudad y los cristianos le llaman hermano del Señor —¡que Alá sea exaltado y desvanezca tal creencia! Jacobo, nombre que equivale a nuestro Yaqub, era obispo de Jerusalén y se lanzó a recorrer el mundo para predicar su doctrina; vino a España y llegó hasta Galicia, volvió a Siria y fue allí condenado a muerte a la edad de ciento veinte años solares; pero sus compañeros trajeron sus huesos para enterrarlos en esta iglesia que se hallaba en el límite extremo hasta donde había llegado en sus viajes. Ningún príncipe musulmán había sentido aún la tentación de atacar tal lugar ni de llegar hasta allí, en razón de las dificultades que se oponían al acceso hasta él, de su emplazamiento en tierra abrupta y de la gran distancia a que se hallaba.

Al-Mansur dirigió contra tal ciudad la expedición estival que salió de Córdoba el sábado 23 Chumada II de 387 [3 julio 997], que era su cuadragésimo octava campaña. Entró primero en la ciudad de Coria; después, a su llegada a la capital de Galicia, Viseo, se le reunieron gran número de condes que reconocían su autoridad y que se le presentaron con sus guerreros y con gran pompa, para unirse a los musulmanes y comenzar las hostilidades. Por orden de Al-Mansur una flota considerable había sido reunida en Kasar Abu Danis (Alcaçar do Sal), situada en la costa occidental de la Península. En ella habían de transportarse diversos cuerpos de infantería, los aprovisionamientos y las armas. Con tales preparativos podía confiar en llevar su empresa hasta el fin. Llegado a un lugar llamado Porto, sobre el Duero, la flota remontó el río hasta el lugar elegido por Al-Mansur para el cruce del resto de las tropas, y las naves sirvieron allí de puente junto al castillo que se alzaba en aquel punto. Se repartieron en seguida los víveres entre los diversos cuerpos del ejército y, aprovisionados éstos abundantemente, entraron en país enemigo.

Tomada la dirección de Santiago, Al-Mansur atravesó extensas regiones, cruzó muchos grandes ríos y diversos canales o rías en que refluyen las aguas del Océano; llegó en seguida a las llanuras de Valladares, Malasita y Al-Dayr y de las comarcas vecinas; desde ellas avanzó hacia una elevada montaña muy abrupta sin vías ni caminos, pero los guías no pudieron señalar otro itinerario. Por orden de Al-Mansur grupos de obreros trabajaron para ensanchar las huellas de los senderos, a fin de que pudiera pasar el ejército. Atravesado el Miño, los musulmanes desembocaron en anchas llanuras y en fértiles campos y sus exploradores llegaron hasta Dayr Kustan (¿el monasterio de San Cosme y San Damián?) y el llano de Balbenut situado sobre el Océano; tomaron por asalto la fortaleza de San Balayo (San Payo) y la saquearon, y después de haber atravesado unas

marismas, arribaron a una isla en la que se habían refugiado gran número de habitantes de la región. Los invasores los hicieron prisioneros y llegaron a la montaña de Morrazo, que el Océano rodea por todas partes; se internaron en ella, arrojaron de la misma a quienes la ocupaban y se apoderaron del botín dejado por ellos. Atravesaron en seguida la ría de Lurqui por dos vados que les fueron señalados; después cruzaron el río Ulla y penetraron en llanuras bien cultivadas y abundantemente abastecidas; en las de Unba, Karachita y Dayr Sontebria por ejemplo. Llegaron así a la ría de Iliya (Padrón) donde se alzaba uno de los templos consagrados a Santiago, que para los cristianos seguía en importancia al que encierra su sepulcro, por lo que acudían a él devotos de las regiones más distantes; del país de los Coptos, de Nubia, etc. Después de haberlo arrasado por entero, fueron a acampar ante la orgullosa ciudad de Santiago el 2 de Xaban [10 agosto]. La habían abandonado todos sus habitantes y los musulmanes se apoderaron de todas las riquezas que en ella hallaron y derribaron las construcciones, las murallas y la iglesia, de modo que no quedaron huellas de las mismas. Sin embargo, los guardias colocados por Al-Mansur para hacer respetar el sepulcro del santo, impidieron que la tumba recibiera daño alguno. Pero todos los hermosos palacios, sólidamente construídos, que se alzaban en la ciudad, fueron reducidos a polvo y no se hubiera sospechado tras su arrasamiento que hubieran existido allí la víspera. Se llevó a cabo la destrucción durante los dos días que siguieron al miércoles 2 Xaban. Las tropas conquistaron después las comarcas vecinas y llegaron hasta la península de San Mankas (San Cosme de Mayanca) que avanza en el Océano, punto extremo al que ningún musulmán había arribado hasta entonces y que sólo había sido hollada hasta allí por los pies de sus habitantes. Y en ella se detuvo la caballería que no fue más allá.

Al-Mansur comenzó su retirada desde Santiago, después de haber avanzado más lejos que ningún otro musulmán. De regreso de su campaña se dirigió hacia el territorio de Bermudo (II) hijo de Ordoño, a fin de saquearle y devastarle; pero cesó en sus razzias al llegar a las comarcas regidas por los condes confederados que servían en su ejército. Continuó su marcha hasta la fortaleza de Lamego, que había antes conquistado y allí despidió a los condes, a los que hizo desfilar, cada uno en su puesto, y a los que hizo distribuir vestidos así como a sus soldados. Desde Lamego envió a Córdoba la relación de sus victorias. En esta campaña repartió entre los príncipes cristianos y musulmanes que se habían distinguido en ella: dos mil doscientas ochenta y cinco piezas de seda bordada, veintiún vestidos de lana merina, dos de *anbarí* (¿de piel de cachalote?), once de *ciclaton* (seda bordada con oro), quince *murayyazat* (paños rameados), siete tapices de brocado, dos piezas de brocado romano y pieles de alfeneca (comadreja). El ejército entero entró en Córdoba sano y salvo y cargado de botín, después de una campaña que había sido una bendición para los musulmanes. ¡Alá sea alabado!

En Santiago, Al-Mansur no había encontrado sino un viejo monje sen-

tado junto a la tumba del santo. Le preguntó: "¿Por qué estáis ahí?" —"Para honrar a Santiago", respondió el monje, y el vencedor dió orden de que le dejaran tranquilo.

Del *Bayan al-Mugrib* de BEN IDHARI (Según versión francesa de Fagnan, II, 491).

AMORES Y AMORÍOS EN LA CÓRDOBA CALIFAL

Junto a las fórmulas normales de amor de todos los tiempos y países, cada época y cada pueblo ha conocido las suyas peculiares, porque también el amor es en el hombre historia. La singular temática amorosa de los hispano-musulmanes fue historiada y estudiada por el gran poeta y psicólogo Ben Hazm en "El collar de la paloma". Algunos de los casos anormales de amores y amoríos por él señalados merecen ser conocidos. La neurosis amatoria entreverada con el sultanismo está registrada por él al narrar la vida amorosa de un sobrino de Almanzor. Y otras dos de las anécdotas por él recogidas muestran a dos complacientes cordobeses consintiendo el adulterio de sus amadas o de sus mujeres, en una ocasión para satisfacer turbios apetitos sexuales. Como en todas partes también "se cocían habas" en Córdoba y a veces con un tufo repugnante para el olfato hispano-cristiano.

El hastío es una de las cualidades innatas en el hombre. Al que tiene la desdicha de padecerlo le suele acontecer que no tiene ningún amigo sincero ni ninguna verdadera amistad; no puede guardar ningún concierto, ni mostrar constancia en la afección, ni conceder mucho tiempo sus favores a un mismo amante; nadie puede fiarse de sus amores ni de sus odios. Lo mejor que pueden hacer las gentes es no intimar con el que es así y evitar su encuentro y su compañía, pues no han de sacar de él ningún provecho. Tal es la razón de que no hayamos atribuido esta cualidad a los amantes, sino a los amados, que, por lo común, son recelosos, mal pensados y propensos a la separación. El que se da el título de amante, si tiene como prenda la inconsecuencia, no lo es de cierto; antes bien merece que se le huya y se le aparte de los verdaderos enamorados, sin contarlo entre ellos.

Nunca vi a nadie de quien esta condición se hubiese apoderado como de Abu Amir Muhammad ben Amir (¡Dios lo haya perdonado!). Si alguien me contase ahora parte de lo que yo sé de él, no lo creería.

Las gentes de este carácter son las criaturas más prontas en enamorarse, pero las de menor fijeza en sus afectos y en sus aversiones, pues, viceversa, su apartamiento del amor es tanto como su celeridad en concebirlo. Nunca te fíes de un inconstante, ni ocupes con él tu ánimo, ni concibas esperanzas en su lealtad. Y, si por fuerza te ves empujado a amarlo, considéralo como una cosa variable, trátalo en cada instante según la diversa actitud en que lo veas, y correspóndele de modo análogo.

Este Abu Amir, de quien venimos hablando, en cuanto veía a una esclava, no podía contener su impaciencia, y se sentía acometido por un desaso-

siego y una tristeza tales, que estaban a punto de acabar con él, hasta que la poseía, aunque para lograrlo se interpusiesen setos de espinoso tragacanto; pero, en cuanto estaba cierto de que era suya, el amor se tornaba esquivez, y la pasión, desvío; la desazón que le llevaba a ella, en desazón por apartarse de ella; la tendencia por llegar a ella, en tendencia por desprenderse de ella, y acababa vendiéndola por el precio más vil. Tal era su costumbre, y en cosas como las mencionadas malgastó enormes sumas de decenas de miles de dinares. A pesar de ello era (¡Dios lo haya perdonado!) hombre letrado, avisado, agudo, hábil, dulce, ardiente, dotado de gran distinción, alto linaje y vasto poder.

La hermosura de su rostro y la perfección de su figura desafiaban toda ponderación, pues la imaginación era incapaz de dar la más pequeña idea de ellas y nadie alcanzaría a describirlas. Sólo por verlo, las calles se despoblaban de transeúntes, pues todos se encaminaban adrede a cruzar frente a la puerta de su casa, por la vía que, arrancando del Arroyo Chico, en la parte a saliente de Córdoba, pasaba por nuestra puerta e iba a parar al callejón que llevaba al palacio de Al-Zahira. En esta calle estaba su casa (¡Dios lo haya perdonado!) contigua a la nuestra.

Por su amor murieron varias esclavas que tenían puestos en él sus pensamientos y habían sido criadas para él, pues, habiéndolas engañado en sus esperanzas, fueron presas de la extenuación, y la soledad acabó con ellas. Yo conocí a una, llamada Afra, y me acuerdo que no podía ocultar su amor, donde quiera que se hallaba y que jamás se enjugaban sus lágrimas. Al salir de casa de él, pasó a poder de Abu-l-Barakat, un liberto de Jayal y prefecto de las edificaciones palatinas.

Él mismo (¡Dios lo haya perdonado!) me decía, hablando de sí, que sentía tedio de su propio nombre, para no hablar de otras cosas. De amigos cambió muchas veces en su vida, a pesar de que no fue larga. Cambiaba asimismo y a menudo de atuendo, como un camaleón: unas veces vestía ropas de rey; otras, iba ataviado como un bandolero.

Al que tiene la desgracia de tratar a una persona así, por cualquier modo que sea, le conviene no malgastar todo su esfuerzo en amarla y aprovechar en defensa propia la desesperación de que sea constante. Cuando nazcan los primeros síntomas de hastío, apártese de ella durante unos días, a ver si se reanima su voluntad, y se le pasa, y luego vuelve. Tal vez, de esta manera, pueda durar el amor.

Sobre este asunto he dicho:

No esperes nada de un inconstante.
Con el inconstante no se puede contar.
Deja el amor del inconstante:
es un préstamo que hay que devolver.

☆

Hay otra especie de conformidad que voy a mencionar, pidiendo a Dios refugio contra ella y contra las gentes que la usan, y alabándole por haber enseñado a nuestras almas el modo de evitarla. Consiste en que el hombre —perdida del todo la razón, corrompido el carácter, arruinado el discernimiento, dando por fácil lo difícil, falto de celos, desnudo de pudor— consienta en repartirse con otro el amor del ser que ama. Tal cosa ha sucedido a no poca gente (¡Dios nos libre de tal desgracia!), y no se compadece más que con un natural cínico; con una flojedad del entendimiento, que debe imprimir su contraste en cuanto a él está sometido, y con una sensibilidad rudimentaria, unido todo a un amor intenso y avasallador. Cuando se juntan estas circunstancias, y estas cualidades se mezclan y fecundan, entremetiéndose unas en otras, dan de sí este vil natural, engendran esta cualidad abyecta y resulta esta acción fea y torpe. Por poco amor propio y menguada hombría que tenga un individuo, queda todo esto más lejos de él que las Cabrillas, aunque se muera de pasión y se desgarre de amor.

Sobre este asunto he dicho, denigrando a un complaciente de este tipo:

Veo que tienes manga ancha en aceptar lo que ocurre,
y lo mejor que puedes hacer es ser blando e indulgente.
La parte que tú tienes es en algunas aceñas la mejor,
pues tu posesión se reduce a la muela.
Un cuarto de camello pesa doble de lo
que puedes suponer en un cabrito. No hagas caso de quien te censura.
El juego del que tú amas en dos espadas es maravilloso.
Sigue, pues, el mismo camino que él siga.

☆

La desventura puede ser tan grande, el apetito carnal tan desmedido, lo malo puede parecer tanto para poco, y la fe puede flaquear hasta el extremo de que el hombre, con tal de satisfacer su deseo, acepte gustoso las mayores vergüenzas. Algo así le aconteció a Ubayd Allah ben Yahya al-Ahdi, conocido por Ben al-Chaziri, que consintió en dejar su casa, prostituir su harén y exponer su familia a todos los riesgos, con tal de conseguir lo que ansiaba de un mancebo de quien andaba prendado. (¡Refugiémonos en Dios para librarnos del extravío y pidámosle que nos guarde y haga buenas nuestras obras y famas!) El pobre se convirtió en comidilla de las reuniones y blanco de poemas satíricos. Era un "consentido" (dayyut), palabra que viene de "consentir" (tadyit), o sea "facilitar", pues no cabe dar mayores facilidades que permitir semejantes cosas. También se dice "un camello consentido" (mudayyat), es decir "domado". Y, por vida mía, si hasta en la naturaleza de las bestias se hallan los celos, ¿qué no deberá ser entre nosotros, donde los ha reforzado la ley religiosa? ¡No hay mayor desgracia que no tenerlos en ese extremo!

Yo conocía y tenía por discreta a la persona citada hasta que Satanás lo alucinó. ¡Librenos Dios de incurrir en Su desamparo!

Sobre él dijo Isa ibn Muhammad al-Jawlani:

¡Oh tú que haces del honor de tus mujeres legítimas
red con que cazar crías de gacela!
Veo que la red se rompe y que no conseguirás
nada, sino la vileza de quedar con las manos vacías.

Yo dije sobre él:

Prostituyó Abu Marwān a sus mujeres legítimas
para conseguir sus deseos de una sola cría de gacela.
Yo le censuraba el "consentimiento" en tan fea acción;
y él me recitaba con cruda desvergüenza:
"—Pero logré mis deseos, aunque mis gentes
me injurian porque los he conseguido yo solo".

De *El Collar de la Paloma*, de Ben Hazm (Trad. Emilio García Gómez, 168, 221, 263).

CAÍDA DE LOS AMIRÍES Y COMIENZO DE LAS REVOLUCIONES

Por obra de su talento, de su audacia y de sus crímenes, "Almanzor" se había encaramado hasta el solio de Al-Ándalus. Su autoridad, sin título antiguo ni legítimo, había suplantado a la del califa. Ante ella habían debido inclinarse todos, desde los príncipes de la sangre hasta el último menestral. Había gobernado, despótica y generosamente a la par, durante dos decenios, y había alcanzado grandes triunfos militares. Pero los pueblos se cansan de sus amos, cualesquiera que sean sus larguezas y sus éxitos, y olvidan pronto victorias y prosperidades para recordar sólo sus gestos tiránicos y crueles. Sus crímenes y las humillaciones que hizo sufrir a los grandes le crearon, además, enconados y poderosos enemigos. Cuando murió en 1002, tras su derrota, auténtica, en Calatañazor, la sombra de su grandeza, y la perfección de la máquina militar y administrativa creada por él, permitieron a su hijo Abd al-Malik al Mudaffar, que no carecía de condiciones de capitán y de gobernante, seguir rigiendo Al-Ándalus. El cachorro de Almanzor consiguió algunos triunfos sobre los cristianos, triunfos que hoy conocemos por el tomo del Bayan al-Mugrib publicado por Lévi-Provençal. Pero la salud y la fortuna le volvieron la espalda, le derrotó el conde de Castilla, Sancho Garcés, en 1008, y la muerte le sorprendió cuando intentaba tomar la revancha. Su hermano Abd al-Rahman, hijo de una princesa navarra y a quien llamaban Sanchol, en recuerdo, grotesco, de su abuelo cristiano, carecía de las dotes de su padre y, sin embargo, se atrevió a lo que no habían osado sus antecesores: a hacerse nombrar sucesor por el califa de los tristes destinos, Hixam. El ambiente en Córdoba se tornó cada día más tenso. El odio a los Amiríes crecía. Al-Mudaffar había ahogado en sangre un primer conato de revuelta. Estalló otra cuando Sanchol emprendió una campaña contra los cristianos y las tropas mercenarias salieron de Córdoba. Un príncipe logró apoderarse del palacio califal mediante un golpe de mano y arrancó a Hixam la abdicación a su favor. El pueblo acogió con entusiasmo

la caída de los detestados Amiríes. La cólera de unos y el instinto predatorio de las turbas, lanzó a las masas al saqueo de la riquísima y bella ciudad palacio de Almanzor, Medina al-Zahira, que acabó siendo consumida por el fuego. Sanchol trató de regresar a Córdoba para aplastar la revuelta, pero fue abandonado —sólo un conde cristiano le fue fiel—, fue muerto y su cabeza permaneció expuesta muchos días sobre una lanza, en la puerta de Al-Suda. La revolución había comenzado. Como toda crisis de un gran imperio gobernado despóticamente durante decenios, la del califato cordobés dio al traste con la obra de siglos.

MUERTE DE ABD AL-MALIK, HIJO Y SUCESOR DE ALMANZOR

Al-Mudaffar había regresado de la expedición del verano del 398 [1008] sin haber podido rechazar al enemigo de Alá, Sancho, hijo de García. Llegó a la capital a mediados de Muharran 399 [sept. 1008] no repuesto aún por completo de su enfermedad: ésta le había privado de la esperanza de vencer al rey cristiano y dándose cuenta de que sus fuerzas le traicionaban prefirió volver a su tierra. No permaneció en la capital sino el tiempo necesario para recuperar sus fuerzas y tomó la firme decisión de caer de improviso durante el invierno sobre el enemigo de Alá, Sancho, hijo de García, esperando que le vencería. Salió de Córdoba el 15 Safar 399 [19 octubre, 1008]. Tal día, al alba, sintió los primeros síntomas del mal que iba a llevárselo; pero no renunció a marchar y, afrontando el dolor, montó a caballo con la esperanza de que su dolencia disminuiría en el camino. Pero durante el mismo día el viaje le agotó y su mal aumentó; estaba atacado de una angina que se agravaba de hora en hora y que acabó por provocarle ahogos. Entonces se acostó y trató de advertir (a los suyos). Sus servidores permanecieron a su lado en el lugar donde se había detenido, para asegurar su reposo, y transmitieron de su parte a las tropas la orden de hacer alto y de acampar allí. Tal decisión causó descontento en el ejército que la comentó con malevolencia.

Al día siguiente de la salida, el cadí Ben Dharkwan fue puesto al corriente del estado de Al-Mudaffar y aconsejó que fuera trasladado a su palacio en una litera. Se anunció la vuelta a Córdoba y cada uno se puso en marcha como quiso. Los servidores de Abd al-Malik permanecieron junto a él y le transportaron en silla de mano. Una parte de ellos ha sostenido que murió en camino, frente al convento de Armilat. Continuaron caminando hasta el palacio de Al-Zahira, donde fueron depositados sus despojos.

Su hermano Abd al-Rahman pasó la noche siguiente en el palacio de Al-Zahira con los principales dignatarios del Estado y, sin ninguna dificultad, al día siguiente se arrogó el poder de su hermano y su autoridad.

Cuando se extendió la noticia de la muerte de Abd al-Malik de manera tan repentina, las gentes no dejaron de decir que había sido víctima de un

envenenamiento. Su hermano Abd al-Rahman le habría hecho presentar una bebida por uno de sus servidores y ella le habría causado la muerte.

Pero no hay acuerdo sobre si tomó en verdad una bebida. Alá sabe mejor lo que ocurrió.

Del *Bayan al-Mugrib*, t. III, de BEN IDHARI (Según versión francesa de Lévi-Provençal. Hist. des musulmans d'Espagne de Dozy, ap. 213).

ABD AL-RAHMAN "SANCHOL" SE HACE NOMBRAR PRÍNCIPE HEREDERO

Era hermano de Al-Mudaffar y se tituló Abd Al-Hachab al-Mamun Nasir dawla (el canciller fiel que presta su ayuda a la dinastía) y fue apodado Sanchol (Sanchuelo).

Inauguró su gobierno con una vida desordenada y de libertinaje, saliendo de la satisfacción de un placer para entrar en otro, de unas danzas y pasiones para entregarse a otras, y llegó a hacerse pública su afición al vino y a los vicios más torpes. Después exigió a Hixam al-Muwayyad, amenazándole de muerte si no lo hacía, que le nombrase príncipe heredero sucesor suyo, y fue grande la alarma por esa causa.

Entonces cabalgó Sanchuelo desde Al-Zahira, y con él los servidores armados, el visir, el juez supremo, los alfaquíes, los notarios, los jefes de policía y los notables, según sus jerarquías, se dirigió a la puerta del Alcázar de Córdoba, se presentó a Al-Muwayyad Hixam y ante éste sacó y leyó un documento, que había sido redactado por el visir Abu Umar y en el cual se decía:

"En el nombre de Alá, el clemente, el misericordioso. Esto es lo que promete Hixam Al-Muwayyad Billah, Emir de los Creyentes, respecto de los súbditos en general, y jura especialmente por sí ante Dios —que es poderoso y excelente— y le otorga chocando su mano derecha, según contratación perfecta, después que ha considerado y reflexionado largo tiempo. Le ha preocupado gravemente la carga del principado que Dios le impuso, le ha sido difícil el gobierno que le entregó, ha temido incurrir fatalmente en aquellos actos que no es lícito cometer o en la omisión de otros lícitos, y que se volviesen contra él la decisión divina y su fallo fatal, sin que aprovechara a esta nación cima alguna de que pueda valerse, ni refugio alguno a que acogerse, si él se presentaba ante su Señor Dios —bendito y excelso— olvidado y descuidado de cumplir los deberes que a ella se deben. Por tanto, prescinde (Hixam) de las jerarquías de los hombres, de que sea o no de los descendientes de Quraix, aquel que merezca le sea confiado el sostenimiento de este gobierno y le reemplace en él, prefiriendo únicamente a quien se haga digno de ser proclamado por su religiosidad, lealtad, bondad, continencia y alejamiento de las pasiones, amor a la justicia y aproximación a Dios en aquello que a Él satisface. Y después de recorrer los más remotos y de examinar los más próximos, no ha encontrado otro varón más digno de ser investido en la jerarquía de príncipe heredero y de confiarle, después

de sí, el califato, dadas la bondad de su espíritu, su nobleza, su ilustre ascendencia, su alta dignidad, juntamente con su temor a Dios, su continencia, su ilustración, su energía e inteligencia, que el fiel, el designado por Dios, el sincero y excelente Abu-l-Mutarrif Abd al-Rahman Muhammad ben Al-Mansur Abu Amir ben Abi Amir —Dios le bendiga—, a quien el Emir de los Creyentes tiene ya bien probado y examinado y cuya personalidad ha estudiado y experimentado. Y lo ha visto siempre correr afanoso hacia las virtudes, como caballo más avanzado en las carreras y dueño de las metas, y acumulando proezas, de quien fue su padre Al-Mansur y su hermano Al-Mudaffar. Y es indudable que llegará al extremo del camino de la liberalidad y recorrerá toda la senda del bien. A más de que el Emir de los Creyentes —Dios le honre—, por lo que ha examinado de los arcanos de la ciencia y le ha sido revelado de los indicios ocultos, ha llegado a creer que sea ya su príncipe heredero Al-Qahtani, de quien, según la tradición transmitida por Abd Allah ben Amru ben Alas y Abu Huraira, dijo el Profeta —Dios le bendiga y salve—: "No pasarán las horas sin que se alce un hombre de Qatan que conduzca a los árabes con su báculo".

"Por cuanto, pues, tal preferencia corresponde (al susodicho Abu-l-Mutarrif Abd al-Rahman) y con él se conforman los indicios de la tradición, sin que a ningún otro mejor competan, ni se acomoden, le hace entrega (Hixam) de la dirección de los negocios públicos durante su vida y le confía el califato después de su muerte, a toda su voluntad, satisfacción y libre juicio.

"Y el Emir de los Creyentes reitera, ratifica y declara válido este su pacto jurado, sin estipular en él excepción ni opción alguna, y jura en su privado y público, de palabra y de hecho, por el testimonio de Dios y sus promesas, por la responsabilidad de su Profeta Muhammad —Dios le bendiga y salve—, por la de sus padres, los califas que siguieron el recto camino, y por la de sí mismo, que no lo alterará, ni modificará, ni lo tergiversará, ni lo invalidará. Sobre todo lo cual pone por testigo a Dios omnipotente y a sus ángeles, y aunque es suficiente tener a Dios por testigo, pone también por testigos a los que firman en este escrito. Y él reitera la orden y ratifica las palabras y hechos en presencia de su príncipe heredero Al-Mamun Abu-l-Mutarrif ben Abd al-Rahman ben Al-Mansur —Dios le sea propicio y bendiga su aceptación del cargo que le confiere y de la obligación que le impone—. Y esto (fue escrito) en el mes de Rabi I del año 399 [noviembre de 1008].

"Después de esto, los visires, justicias y alfaquíes firmaron como testigos ese escrito".

Luego que (Sanchuelo) tuvo cumplidos sus deseos de ser príncipe heredero y fue como tal proclamado sobre los púlpitos, comenzó a desordenar y perturbar las cosas más respetables y decidió emprender una campaña contra los cristianos. Hixam, a este efecto, le autorizó para que tanto él como los restantes del ejército vistiesen el turbante. Lo hizo así Sanchuelo, alzó sus pendones, y salieron todos revestidos con los turbantes, ofreciendo

un vergonzoso espectáculo, por ser aquello contrario al uso establecido. Sucedió esto en viernes, a 12 días que iban pasados del mes de Chumada I [13 de enero de 1009].

Marchó Sanchuelo a la campaña referida, que es llamada la campaña del lodo, y se dice que llegó a Toledo. Pero allí tuvo noticia de que se había alzado Muhammad ben Hixam ben Abd al-Chabar, a quien le había destituido a favor del emir Al-Muwayyad, y había destruido a Al-Zahira.

Entonces el pueblo hizo que el ejercicio del poder fuese devuelto a Hixam; mas pronto se apartó de éste y se unió a la causa de Muhammad ben Hixam ben Abd al-Chabar.

Del *Nihayat al-Arab* de AL-NUWAYRI (Trad. Gaspar y Remiro, II, 62).

LA REVOLUCIÓN ESTALLA EN CÓRDOBA

Abu-l-Walid Muhammad ben Hixam ben Abd al-Chabar ben Abd al-Rahman al-Nasir fue el undécimo de los reyes Omeyas en España. Se apoderó del gobierno en Chumada II del año 399 [febrero de 1009].

Exponemos aquí la causa de este suceso, cómo fue el alzamiento de Muhammad al-Mahdi y cómo se apoderó del mando; porque en todo esto hubo cosas extraordinarias y novedades de aquellas cuyo acontecimiento explicamos por su causa, cuya observación es provechosa y de las que saca experiencia todo el que reflexiona y sabe que los destinos divinos corren sin sujetarse a medida alguna, y que cuando Dios quiere que suceda una cosa, prepara sus causas. Fue, pues, al comienzo del suceso en cuestión que Hixam ben Abd al-Chabar, padre de Muhammad al-Mahdi, de que se trata, había pretendido ya con empeño para sí el gobierno del reino y se propuso destituir a Hixam al-Muwayyad. Pero supo esto Abd al-Mudaffar Abd al-Malik y mató a Hixam ben Abd al-Chabar, antes de que pudiese llevar su empresa a feliz término, en el año 399 [1008]. Aunque Muhammad ben Hixam era hombre audaz, esforzado y bravo, no se le ofrecía fácil su intento, por temor a Abd al-Malik y a la fuerte unión de sus tropas. Mas no por esto cesaba Muhammad de persistir en su propósito, hasta que muerto Abd al-Malik, ocupó el gobierno Abd al-Rahman, pretendió ser príncipe heredero, lo cual consiguió y salió a campaña contra los cristianos, según mencionamos antes. Entonces quedó vacía de tropas la ciudad, y dos varones, que fueron Husayn ben Hay, el alfaquí, y Mutarrif ben Taalaba, animaron a Muhammad a poner en práctica su intento. Muhammad, durante el tiempo de su instrucción, había tenido familiaridad con una tropa de mendigos audaces para toda empresa de peligro, a quienes puso ahora en comunicación secreta unos con otros, dando a cada uno desde cinco a diez y más monedas de plata, hasta que se le juntaron de ellos como unos cuatrocientos hombres. También se le unieron para la misma empresa muchos Marwaníes, por haber salido de ellos el mando y pasado a manos de los Banu Amir.

Abd al-Rahman, Sanchuelo, antes de su partida, había ordenado los cargos de la ciudad, encomendando la intendencia y gobierno de la plaza a Ahmad ben Hazm y a Abd Allah ben Zalima, llamado vulgarmente Ben al-Xaris, y la defensa de la Al-Medina a Abd Allah ben Amru, más conocido con el sobrenombre de Ben Asqalacha, que era uno de los Banu Amir. Pensaba Sanchuelo que las cosas no sufrirían alteración, y que aquel gobierno de su dinastía estaba ya bien consolidado.

Entretanto, Muhammad seguía firme en su propósito. Comenzó la gente a divulgar que alguien iba a levantarse contra los Banu al-Aglab. Llegó el rumor a oídos de Ben Asqalacha, quien realizó las pesquisas esforzándose por descubrir la verdad que hubiese en él; pero nada se le traslució. Registró muchas viviendas y tampoco halló pruebas evidentes sobre el particular.

Sin embargo, un martes, hacia la mitad del mes de Chumada II (febrero) pernoctó en Córdoba Ben Abd al-Rahman (Muhammad al-Mahdi) y ordenó a 30 hombres, de los infieles partidarios suyos, que tomasen sus espadas, y entrasen por la Puerta del Puente, separados unos de otros, hasta venir a detenerse sobre el murallón que domina la calzada de la ribera y su vecindad, en la misma actitud del que desea pasear en aquel lugar. Les encargó mucho que nada hiciesen hasta que él les diese nuevas órdenes, exhortó a sus insolentes (amigos) y les señaló una hora antes de la puesta del sol. Aquellos individuos hicieron lo que les tenía ordenado Muhammad, y aparte de ellos había otros esperando también el momento que les había sido fijado. Muhammad montó en su mula, y completamente solo atravesó el Puente hasta llegar a la Puerta de Al-Xical (de las trabas), donde se le juntaron algunos de los suyos que estaban apostados junto a la Puerta del Puente. Entonces se precipitaron todos (sobre la puerta) bruscamente. Se les opuso la guardia y quiso rechazarlos. Pero corrió Muhammad y penetró, y aquellos sujetos desenvainaron sus sables y acometieron a los guardias. Vino a ellos el jefe de la Al-Medina, Ben Asqalacha, aunque se ha dicho que estaba bebiendo con dos jóvenes mancebas que tenía, cuando le sorprendió Muhammad y hallándole completamente descuidado, lo mató, y le cortaron la cabeza. Se juntaron a Muhammad sus partidarios de los otros puestos; de suerte que cuando llegó la nueva a Medina al-Zahira, al caer de la tarde, ya era grueso el contingente de sus defensores y de los que se le juntaban, tanto de la población como de la campiña. El alcázar fue aportillado por la parte de la Puerta de Al-Siba (de los Leones) y de la Puerta de Al-Chinan (de los jardines) sin que pudiesen sostenerse sus guardias, y entró a él Muhammad por la puerta de Al-Suda.

Entretanto, la gente de Medina al-Zahira ignoraba toda la verdad del suceso y sospechaba que se trataba de un asunto que fácilmente podría sofocar el jefe de la Al-Medina, hasta que supieron con toda certeza que Muhammad había penetrado en el alcázar y llegaron a creer que en aquella misma noche serían acometidos en Al-Zahira.

Una vez que Muhammad penetró en el alcázar, Hixam al-Muwayyad le envió a decir que, si le aseguraba la vida, le cedería el gobierno. Pero

Muhammad le respondió: "¡Sea Dios alabado! ¿Por ventura crees tú que yo me he alzado para matar a la gente de mi familia, siendo así que tan sólo lo he hecho en su defensa, en la mía propia y la de mis primos? Si de tu libre voluntad haces renuncia del poder, yo lo aceptaré, y a mi lado tendrás lo que quieras".

Entonces llamó Hixam a los alfaquíes y notables del pueblo, haciéndoles comparecer ante él, y escribió el documento de su dimisión y de la proclamación de Muhammad, que pasó aquella noche en el alcázar. Los de Bellas, que era Medina al-Zahira, no se movieron ni uno solo, aunque constituían un numeroso contingente, de ellos Abu Amru Ben Hazm, Abd Allah ben Zalima, Ben Abu Ubaida, Ben Chahwuar y muchos alfaquíes, visires, eslavos que eran los alazanes, un cuerpo de las tropas, los tesoreros y los secretarios.

Se levantó Muhammad en la mañana del miércoles, nombró canciller suyo a su primo Muhammad ben Al-Mugira y jefe de la Al-Medina a su otro primo Umayya ben Ishaq y ordenó a ambos que inscribiesen en el registro militar a todos los que viniesen a ellos. Ninguno quedó sin inscribirse, hasta los monjes, los devotos, los prestes de las mezquitas y otros recibieron la soldada, y de igual suerte los comerciantes más ricos. También se adhirieron a él los habitantes de la campiña y los del pueblo bajo.

Envió Muhammad a su primo Ben al-Mugira con una tropa del pueblo para atacar a los de Bellas; pero éstos le rechazaron y le pusieron en vergonzosa fuga hasta el interior de Córdoba. Mas aumentó la tropa de los de Muhammad, y fue saqueada. En esto los visires y eslavos pidieron la seguridad de sus vidas, y Muhammad accedió a su petición. Marcharon a él y aunque les reprendió duramente, luego les concedió su perdón.

Ben Al-Xaris vino con el canciller para trasladar los valores, provisiones y armas que hubiese en Bellas, cuando ya había sido arrebatado de todo ello en cantidad incalculable; pues en la noche del miércoles fueron saqueados los muchos aduares que poseían los Amiríes, así como también los de los visires que estaban próximos a Bellas. Fue tal el saqueo en Medina al-Zahira que desaparecieron hasta las puertas y maderas, y con esto se trasladó el canciller (a Córdoba). Pasados que fueron cuatro días, mandó Muhammad que fuese prohibido el saqueo practicado por la multitud, y se quedó sólo para transportar lo que quiso. Y se dijo que lo que le llegó de Medina al-Zahira en tres días importó la suma de 1.500.000 piezas de oro y 2.100.000 de plata, y aun fueron encontradas después de eso algunas orzas que contenían 200.000 piezas de oro. Por fin, Medina al-Zahira fue incendiada a diez días que restaban de Chumada II [19 de febrero de 1009].

En la oración pública fue invocado luego el nombre de Muhammad dándole el título de califa y siendo omitidos los nombres de Hixam y de Sanchuelo. Después de la oración del viernes fue leído un documento en que se maldecía y execraba la memoria de Sanchuelo, y otro escrito de parte de Muhammad aboliendo los usos corrientes y las cargas establecidas recientemente. Presidió Muhammad la oración pública del viernes, a cuatro

días que restaban del mes de Chumada II, se proclamó a sí mismo y tomó el título de Al-Mahdi sobre el púlpito, y luego que descendió de él, fue leído un decreto convocando a la guerra santa contra Sanchuelo. La gente de las más remotas comarcas de España vino a purificar sus armas. Muhammad nombró jefes de sus tropas a médicos, tejedores, carniceros y silleros, salió juntamente con ellos y acampó en Fahs al-Suradiq (Campo de las tiendas), ordenando a la gente de las regiones que levantasen sus tiendas alrededor de la suya.

Del *Nihayat al-Arab* de AL-NUWAYRI (Trad. Gaspar y Remiro, II, 65).

TRÁGICO FIN DE "SANCHOL"

Por lo que hace a Sanchuelo, había llegado ya a Toledo, cuando tuvo noticias de los sucesos (de Córdoba). Entonces dio la vuelta hacia Calatrava; mas ya los suyos se abstenían de seguir defendiendo su causa. Sanchuelo trató de ganarles, a fin de que le siguiesen; pero ellos se resistieron, diciendo que ya habían avanzado por él una vez y no estaban dispuestos a avanzar nuevamente. Conoció, pues, Sanchuelo que los suyos iban a abandonarle, llamó a Muhammad ben Yali Al-Ribahi, que era de los resueltos a no seguirle, y le pidió su parecer sobre la situación en que estaban. Al-Ribahi le aseguró francamente que ni él ni ninguno del ejército combatirían por su causa. Entonces Sanchuelo pidió una prueba de lo que afirmaba a Al-Ribahi, quien le contestó que no tenía más que ordenar la marcha de su cocina hacia Toledo, aparentando dirigirse a esta ciudad y sabría quiénes le seguían o no. Sanchuelo hubo de reconocer la verdad de las palabras de Al-Ribahi.

Iba con Sanchuelo el conde Ben Gómez, quien se dirigía a Córdoba con intención de tratar con aquél que le auxiliase contra otros condes vecinos de su tierra. Cuando se percató Ben Gómez de la mala disposición de las cosas para el Sanchuelo, aconsejó a éste que marchase con él a su país, en donde serían como un solo hombre y compartirían el lugar de su salvación mutua. Pero Sanchuelo se negó a esto, diciendo que le era indispensable marchar a Córdoba; pues confiaba en que luego que apareciese en dicha capital, sus habitantes abandonarían por él a Muhammad al-Mahdi y se inclinarían a su causa, reconociendo su autoridad y prefiriendo su gobierno. El conde le replicó que se asegurase bien y estudiase detenidamente la situación, verdaderamente comprometida, por tener a su ejército más en contra que a favor suyo. Mas Sanchuelo insistió en que no le quedaba otro remedio que marchar a Córdoba. Entonces el conde le dijo: "¡Iré contigo a pesar de que no admito tu juicio y reconozco tu error!"

Sanchuelo marchó de Calatrava, cuando llegaban repetidas nuevas de que los habitantes de Córdoba se ponían de parte de Ben Abd al-Chabar (Muhammad al-Mahdi). Al llegar Sanchuelo a Mancil-Hani le abandonó durante la noche el cuerpo de berberiscos. Esto sucedía a fin del mes de Chumada II (febrero). Después le abandonó otra gente hasta quedarse con

un pequeño grupo de sus domésticos y una tropa de cristianos con el conde Ben Gómez, el cual le dijo: "Marcha con nosotros de aquí, antes que ocurra lo que nos imposibilitará de hacer eso". Mas Sanchuelo no aceptó este nuevo consejo del conde, alegando que ya había enviado al juez a pedir su amnistía. Sin embargo, llegó a titubear Sanchuelo sobre su situación y se encaminó a un monasterio llamado Dair Xux en la noche del viernes, a tres días, que iban pasados, del mes de Rachab [3 de marzo].

Supo Muhammad la situación de Sanchuelo y envió en busca de éste a su canciller con 200 jinetes. El canciller, a su vez, envió por delante a Ben Dura, cliente de Al-Hakam, el cual llegó de avanzada al monasterio mencionado, al amanecer del susodicho viernes. Cuando vio Sanchuelo a Ben Dura, y a los que venían con él, les dijo: "¿Qué buscáis en vuestro camino? ¡Yo me he sometido ya!" Pero aquéllos le echaron fuera del monasterio, así como al conde Gómez y a todos los que acompañaban a ambos, y cogiendo a las mujeres de Sanchuelo, que eran 70 jóvenes, las enviaron a Córdoba. El canciller vino a juntarse con Ben Dura, antes de la hora de la oración de la tarde del mismo día viernes. Al verle Sanchuelo, se apeó del caballo y besó la tierra en presencia del canciller repetidas veces. Entonces se le dijo que besara el casco del caballo del canciller. Sanchuelo lo hizo así, y le besó su mano y su pie. Después de esto fue obligado a ir en otra montura que no era su caballo.

Entretanto el conde Gómez caminaba callado, sin pronunciar palabra. El canciller hizo indicaciones para que quitasen a Sanchuelo el bonete con que tocaba su cabeza, como así fue hecho, y se puso en marcha de vuelta hacia Córdoba, caminando hasta que se ocultó el sol. Entonces hizo alto y mandó que fuese Sanchuelo maniatado fuertemente. Mas éste les pidió luego que se compadeciesen de él y le dejaran libres sus manos, a fin de reposar un rato. Le soltaron las manos, y en el acto sacó de su botina un puñal, brillante como un rayo; pero fue sujetado rápidamente, antes que pudiese cometer cosa alguna con él. De seguida el canciller lo hizo humillar y lo degolló. También fue muerto el conde Ben Gómez. Tomadas las cabezas de ambos, fueron puestas en la carga juntamente con los restos de Sanchuelo, y el canciller siguió su marcha con todo ello hasta llegar al alcázar de Córdoba.

Muhammad al-Mahdi ordenó que fuese practicada una fisura en el vientre de Sanchuelo, que le extrajesen las vísceras y lo rellenasen con plantas aromáticas, a fin de conservarlo. Después hizo que su cabeza fuese clavada en una lanza y expuesta sobre la puerta de Al-Suda. Cabalgó luego sobre sus restos, los revistió con camisa y zaragüelles; los expuso clavados en una tabla junto a la puerta de Al-Suda y mandó al hombre que había sido el jefe de policía de Sanchuelo, que gritase: "¡Éste es Sanchuelo al-Mamun!" y que le maldijese, como también a sí mismo. Esto aconteció en el sábado, a cuatro días que eran pasados del mes de Rachab [4 de marzo].

Había durado el gobierno de Sanchuelo 4 meses y días, en cuyo tiempo

observó una conducta detestable, entregado a toda negligencia y desenfreno de las pasiones. Entre otras acciones suyas, impropias de todo musulmán, se dijo de él que al oír al almuédano que llamaba a la oración diciendo: "¡Venid a la oración!", replicaba el Sanchuelo: "¡Mejor sería que dijese ¡venid al pecado!", y otras muchas expresiones semejantes a ésa.

Del *Nihayat al-Arab* de AL-NUWAYRI (Trad. Gaspar y Remiro, II, 68).

COMIENZA LA GUERRA CIVIL: INTERVENCIÓN DEL CONDE SANCHO DE CASTILLA

El golpe de Estado había triunfado en Córdoba en una jornada. Una ola de entusiasmo sacudió a los cordobeses todos, que odiaban la dictadura amirí y se sentían liberados de su ominosa opresión. Pero ésta había socavado de tal modo los cimientos del califato, que el viejo edificio no pudo resistir el huracán, siempre nuncio y compañero de la tronada. La revolución no había hecho sino comenzar. Córdoba encerraba en sí una población muy compleja. Junto a la aristocracia de la sangre, de la riqueza y de la corte, había una gran masa burguesa enriquecida en el comercio y en la industria o que mal vivía en los cargos de la administración, y una plebe numerosa, integrada por millares y millares de trabajadores y por los últimos detritus sociales, siempre de fácil acumulación en la gran cloaca que constituye sin remedio toda gran ciudad. En el derrocamiento de la tiranía había habido acuerdo entre las tres clases y lo había en el odio a los sostenedores de la dictadura, las dos fuerzas creadas en su apoyo por "Almanzor": los eslavos y los berberiscos. Más ignaros los africanos y más brutales, contra ellos se concentraba especialmente la saña de los cordobeses. El nuevo califa, Muhammad Abd al-Chabbar al-Mahdi la sentía en igual grado que sus súbditos. Le faltaron el talento y la habilidad precisas para dominar su propio odio o la fuerza de los bereberes. Les humilló sin dominarlos y como ellos se sentían fuertes frente a los cordobeses, desarmados o poco preparados para la lucha, se alzaron contra Al-Mahdi y proclamaron califa a Sulayman, también príncipe Omeya. Suave y débil, el biznieto de Al-Nasir hubo de habituarse a la ferocidad de sus partidarios y hubo de someterse a sus dictados. Pero Zawi ben Ziri, el caudillo berberisco, no se sentía seguro de la victoria y buscó el auxilio del conde Sancho de Castilla, cuyo padre había muerto cautivo en Córdoba y a quien Almanzor y su hijo habían derrotado más de una vez y habían arrebatado gran parte de su condado. Sancho aceptó la alianza que se le ofrecía, porque le proporcionaba ocasión para tomar revancha contra sus enemigos seculares. Y castellanos y berberiscos vencieron a los cordobeses y entraron en la antigua capital del califato. He aquí cómo relataron el suceso los redactores de la Primera Crónica General, siguiendo a Ximénez de Rada, a su vez inspirado en la misma fuente arábiga que Ben Al-Athir.

LA ESPAÑA CALIFAL
SEGÚN AL-BAKRĪ Y AL-HIMYARĪ
DE LA PÉNINSULE IBÉRIQUE AU MOYEN ÂGE
DE LÉVI-PROVENÇAL
IFRANŶA
ŶABAL AL-BURT
AL-BAŠKUNAS
AŠTŪRIŠ
YILLIKIYA
LIYŪN
QAŠTALA
AL TAGR AL-A'LĀ
AL TAGR AL-AWSAT
AL TAGR AL-ADNĀ
ŶABAL AL-ŠĀRRĀT
AL-ANDALUS
IFRANŶ
WĀDĪ IBRO
WĀDĪ TAŶU
WĀDĪ ANA
FAHŞ AL BALLŪT
AL-ŠARAF
AL-GARB
TUDMĪR
AL-BAHR
AL-MUHĪT
AL-'IDWA
AL-MAGRIB AL-AWSAT
AL-BAHR AL-MUTAWASSIT
AL-ŠA'MĪ
AL-ŠARQIYA
MAYŪRQA
MINŪRQA
NARBŪNA
BARŠILŪNA
TARRAKŪNA
ŠARAQUSTA
TULAITULA
MADĪNAT SĀLIM
BALANSIYA
MURSIYA
MĀRIDA
BAṬALYAWS
AL-UŠBŪNA
ŠANTARĪN
QURTUBA
IŠBĪLIYA
ILBĪRA
MĀLAQA
QĀDIS
SABTA
TANŶA
AL-MARIYA
ŠILB
UKŠUNUBA
BĀŶA
SALAMANQA
QŪRIYA
MALILA

En este anno dicho los de Cordoua, ueyendose tan maltrechos daquel Mahomat Almahadi et que assi les auie muertos muchos de los suyos, alçaron entonces por su princep a un moro de tierra de Barbaria que auie nombre Çulema, et era sobrino daquel Yssem Arasit que Mahomat descabesçara. Et andauan por la tierra en derredor, ca non osauan entrar en la cibdad por miedo de Mahomat. Et ellos andando assí por la tierra, acaescio que una partida daquellos barbaros quisieron alçar entressi por su cabdiello a otro moro cormano de Çulema que dizien Maruhan, et desi dieronle un cauallo et una espada et dixieronle que si el pudiesse matar a Çulema que luego alçarien a el por so rey; mas esto sopo luego Çulema por un su amigo que ge lo descubrio, et fizo prender a aquellos barbaros, et descabeçolos luego; et priso otrossi a aquel su primo Maruhan, et echol en grandes prisiones. Et desi puso este Çulema sus treguas firmes et buenas con don Sancho, conde de Castiella, et enuiole luego grand auer de que guisasse sus yentes yl uiniesse ayudar contra aquel Mahomat Almahadi; el conde saco entonces muy grand hueste et guisose estonces muy bien et uenol en ayuda. Et aquel Mahomat Almahadi, quando oyo que Çulema uinie con el conde don Sancho sobrel, enuio luego dezir a Medinacelim et a o tros logares muchos quel uiniessen acorrer; et ellos uinieronle, et uino y con los de Medinacelim un moro Alhagib que llamauan Albahadi Alhmeri. Et los que eran dentro de la çibdad, auiendo a coraçon de lidiar con la hueste del conde don Sancho, mandaron allannar las carcauas et todos los logares embargados de aderredor por que pudiessem salir a ellos mas sin embargo; et pero que les defendio Mahomet que non saliessen, ellos non lo dexaron por esso. Et pues que se ayuntaron las huestes unas con otras, ouieron muy grand batalla; mas al cauo uencio Çulema con ayuda del conde don Sancho, ca lidiauan los cristianos muy de rezio et muy esforçadamientre; et murieron y de los de Mahomat Almahadi XXX uezes mill moros. Et entraron los cristianos el arraual de Cordoua, et mataron y muchos moros et catiuaron muchos, et leuaron ende grandes robos, et destruyeron todo lo al. Quando aquel moro Alhagib Alhameri uio tan grande mortandad en su campanna, tomose con aquellos quel fincauan que uinieran con el de los Medinacelim, et fuxo. Et Mahomat Almahadi otrossi fuxo pora el alcaçar de Cordoua. Çulema con los cristianos que con el eran cerco estonces la çibdad. Et aquel Mahomat Almahadi, quando aquello uio, saco de la prision a Yssem, el rey que diximos suso que fiziera creer a las yentes Mahomat que era muerto, et demostrol a todos quel uiessen, conseiandolos que tomassen a el antes por rey que a Çulema; mas tan grand fue el miedo que ouieron todos aquellos quel aquello oyeron dezir, que por ninguna guisa non gelo pudo fazer creer que aquell era Yssem. Almahadi, quanto esto uio, fue et ascondiose en casa de un alaraue que auie nombre Mahomat el Toledano, todo ya como desesperado, et fuxo de noche et uenose con aquel Mahomat pora Toledo. Çulema priso estonces la çibdat de Cordoua por fuerça, et assennorose del alcaçar et apoderose del regno; et regno VII meses. Esta batalla fue nombrada entre los alaraues et dizienle la batalla de Cantiça. Empos

esto Çulema, non se fiando en los de Cordoua, salio se de la çibdad et andido y por las tierras et por los logares de aderredor, que eran cerca de la uilla, con todos los cristianos que eran y con ell; mas los moros de Cordoua ouieron un dia su acuerdo entressi que fuessen a Çulema yl dixiessen que entrasse en la çibdad et que non temiesse de ninguno. Et ellos fueron a el; et dixoles estonces el conde don Sancho: "¿como osaste aca ueni?, ca tres sennales de locura mostrastes en uuestra uenida: la primera que fuestes medrosos quando començastes la batalla connusco, seyendo uos umchos ademas et nos pocos, et uos uenciestesuos et fuxiestes, que es aun uileza mas que locura; la segunda que uiniestes aca non uos assegurando nos; la tercera que pecastes et errastes malamientre contra Dios et contra natura que quisiestes comprar por sieruas uuestras mugieres et uuestros fijos et los otros omnes de uuestra ley, los que nos agora catiuamos en esta batalla". Et ellos fueron todos marauillados daquellas palabras tan sabias que el conde don Sancho les dizie. Mas pues que Çulema ouo assessegados los coraçones de los de la çibdad con palabras mansas et grandes aueres que les partio et dio a todos, seyendo el ya seguro dentro en la uilla, dixol un moro daquellos de Berberia: "sennor, si lo tu por bien touiesses et lo mandasses, matariemos nos estos cristianos que son aqui contigo, ca muy ayna assi como siruen agora a ti, assi seruiran oy o cras a otro rey, et uenirte a ende periglo et crebanto"; respondiol Çulema: "a segurança de mi fe et de mi uerdad uinieron a mi, et por ende nin faria yo nin fare tan grand nemiga como esta". Et por que Çulema ouo miedo que uernie a los cristianos alguna periglo de tal fecho como aquel moro penssarra yl dixiera, dioles muy grandes aueres et mandoles que se fuessen; et ellos tomaron lo que les dió aquel rey moro, et tornaronse pora Castiella muy ricos et muy onrrados.

De la *Historia general que mandó componer Alfonso el Sabio* (Ed. Menéndez Pidal, 455, § 766).

BEREBERES, CATALANES Y ESLAVOS EN CÓRDOBA

El triunfo de castellanos y bereberes no puso fin a la disputa por el señorío de Al-Ándalus. Los eslavos no se dieron por vencidos y no consintieron en aceptar el papel secundario a que habían quedado reducidos. El ejemplo dado por el caudillo berberisco Zawi al solicitar el apoyo del conde Sancho de Castilla, era demasiado tentador. El eunuco Wadih, jefe del partido eslavo, dominaba además con sus tropas la Frontera Central cuya capital era Medinaceli, y la Frontera Superior, el valle del Ebro, cuya raya oriental llegaba hasta los condados catalanes. Wadih trató de ganar tiempo frente a Córdoba mientras negociaba la intervención de los que en Al-Ándalus eran llamados francos. Y después de pactar con los condes de Barcelona y de Urgel, marchó con ellos contra Sulayman y los berberiscos. Fueron éstos vencidos por la torpeza y cobardía de su califa y Al-Mahdi, los eslavos y los catalanes entraron en la capital del califato.

El historiador marroquí que refiere estos sucesos, por musulmán detestaba a los catalanes y por africano simpatizaba con los bereberes; de ahí que se complazca en relatar los atropellos de los primeros y en culpar a los cordobeses por su enemiga a los berberiscos. En todo caso Córdoba fue otra vez la víctima de la disputa entre las dos fuerzas creadas por "Almanzor" para asegurar su dictadura. Y en el curso de las jornadas sangrientas, la revolución, como ha ocurrido siempre sin excepción alguna, empezó a devorar a sus criaturas o, para decir mejor, a sus progenitores. El primero en caer fue Muhammad Abd al-Chabbar al-Mahdi, el que la había provocado con su "golpe de Estado" contra Sanchol, el segundón de Ben Abi Amir. Las aguas del turbión parecieron buscar su viejo cauce y fue restaurado en el trono el pío y débil Hixam II, el califa de los tristes destinos. Sin embargo, las tormentas no habían terminado. Los francos, es decir, los catalanes, regresaron a sus hogares, no sin sufrir graves pérdidas y sin menoscabar su aureola de valor. Pero las espadas de las dos facciones permanecieron tendidas frente a frente y entre ellas siguió condenada a sufrir sus golpes Córdoba, la otrora sonriente, burlona, rica, culta y próspera capital de Al-Ándalus.

REINADO DE SULAYMAN BEN HAKAM AL-MUSTAIN BILLAH

Su genealogía: Sulayman ben Hakam ben Sulayman ben Abd al-Rahman (III) Al-Nasir. Su *kunya:* Abu Ayyub. Su título de Califa: Al-Mustain Billah. Su madre: una esclava cristiana *(rumiyya)* llamada Zabya (gacela). Su edad (en el momento de su ascensión al trono): 52 años, siete meses y tres días. Su Califato: subió al poder dos veces, la primera el miércoles 17 de Rabi I de 400 h. [noviembre 8 1009], el día siguiente a la huida de Al-Mahdi (Muhammad ben Hixam ben Abd al-Chabbar), y fue destronado el domingo 18 Xawwal del mismo año [mayo 29 de 1010]; su primer reinado fue de siete meses, el segundo de 3 años y tres meses y medio, desde el día en que destronó a Hixam (II) ben al-Hakam hasta el día en que lo mataron. Su nacimiento: nació el mismo día en que nació Hixam ben al-Hakam. Fue muerto junto con su hermano Abd al-Rahman y con su padre por mano de Ali ben Hammud el Ali, como diremos en su oportunidad. Su físico: tez morena, ojos grandes, buena estatura, nariz recta, constitución robusta, hermoso rostro. Poseía cierta cultura literaria y poética. Su cadí (principal): Ben Dzakwan (Ahmad ben Abd Allah) durante su primer reinado, y Abd Allah ben Al-Saffa durante el segundo. Inscripción de su sello: Sulayman ben al-Hakam.

Dice Ibrahim ben al-Hasan: En este mes de Rabi I [octubre 23-noviembre 21 de 1009] Sulayman nombró a los gobernadores y a los varios funcionarios del Estado, ordenó y prohibió, mientras que (Muhammad ben Hixab Al-Mahdi) Ben Abd al-Chabbar, en Córdoba, iba de casa en casa, sin dejar de entregarse a la bebida y a actos deshonestos. Sulayman decretó suprimir una parte de la caballería de Ben Abd al-Chabbar; pero los jinetes

rehusaron obedecer gritando: "¡Queremos obedecer solamente a Al-Mahdi!"; muchos de ellos fueron muertos. Los berberiscos se habían acuartelado en Al-Zahra; los cordobeses, en su perversidad, los odiaban y mataban a traición a cuantos hallaban aislados. Cuando los berberiscos iban a los mercados de Córdoba, recelaban del populacho, y si un caballo relinchaba hacia otro caballo, sembrábase el pánico, debido al odio fanático que suscitaban en el pueblo. Sin embargo, tenían paciencia e impedían a los fascinerosos y a los esclavos atacar a los españoles.

Ben Abd al-Chabbar había ido a visitar a un amigo suyo, llamado Sulayman ben Isa, en cuya compañía acostumbraba a beber. Cierto día en que éste salió para evacuar una diligencia, al volver sorprendió a Ben Abd al-Chabbar con su mujer. Fue entonces a ver al jefe de la policía, y le informó de que Ben Abd al-Chabbar se encontraba en su casa. Pero éste, cuando supo que había sido delatado, huyó con trece esclavas que llevaba consigo. Una que no huyó con él fue llevada a Sulayman ben al-Hakam. La casa de Sulayman (ben Isa) fue saqueada.

Ben Abd al-Chabbar partió de Córdoba y a principios de Chumada I [21 diciembre 1009-19 enero 1010] llegó a Toledo, cuyos habitantes le depararon la mejor acogida. Cuando supo esto Sulayman, envió a Toledo a Ahmad ben Wadaa con un ejército, para intimar obediencia a los habitantes y hacer cesar la sedición. Ben Wadaa volvió trayendo la noticia de que los habitantes de todas las fronteras y Wadih rehusaban someterse y permanecían fieles a Ben Abd al-Chabbar. Sulayman envió un grupo de alfaquíes y visires para intimarles la rendición, mas volvieron sin haberla logrado. Sulayman se dispuso, entonces, a atacar Toledo y las demás zonas fronterizas. Después de haber atado a las lanzas los estandartes, en la mezquita aljama, partió el lunes 11 de Chumada II [30 enero 1010]. Siguió el camino de los montes, y una vez que llegó cerca de Toledo, envió a los alfaquíes para exigir obediencia a sus habitantes; pero éstos continuaron oponiendo resistencia. Sulayman prosiguió, entonces, su viaje sin entrar en Toledo, con la esperanza de someterla sin recurrir a la violencia, y se dirigió hacia la frontera. Hizo en Medinaceli una parada, desagradable a causa del frío, de la nieve y de la escasez de provisiones, por lo cual no se detuvo allí mucho tiempo, regresó a Córdoba y llegó a ella el 27 de Xaban [15 abril de 1010].

Ben Wadaa se unió a Ben Abd al-Chabbar con gran número de esclavos, e hizo lo mismo el jefe de la policía, Ben Maslama. Wadih partió de Medinaceli y fue a Tortosa. Desde allí escribió a Sulayman pidiéndole que lo dispensara del servicio y lo enviara a Lorca, donde quería retirarse del mundo y llevar una vida ascética. Se trataba de un engaño y de un ardid. Sulayman le escribió que vigilara todo el territorio fronterizo y combatiera a los infieles. Wadih hizo esto para entretener a Sulayman hasta llevar a cabo su propósito de conducir a los francos (catalanes) contra él. Logró su intento, y convino con los cristianos (*Rum*) que entrarían en Medinaceli y les sería entregada la ciudad. Hizo por tanto salir de ella a todos

los musulmanes y estableció allí a los infieles para que pelearan con él contra los berberiscos, en ayuda del impío Ben Abd al-Chabbar. Los francos entraron en Medinaceli, capital de la Frontera Central, y se apoderaron de ella. El primer lugar en que penetraron fue la mezquita catedral (laguna de tres palabras), y en ella hicieron repicar las campanas y removieron la *qibla* (laguna de dos palabras). Luego impusieron a Wadih la condición de que cada uno de ellos recibiría dos *dinares* diarios, además de vino, carne y otras cosas a proporción; que el conde recibiría 100 *dinares* por día, además de la comida, vino y demás cosas a proporción; que les pertenecería todo lo que arrebataran a los berberiscos: armas, ganado y dinero, y que dispondrían libremente de las mujeres y de las vidas y bienes de los berberiscos, sin intromisión de nadie. Le impusieron otras muchas condiciones, y todas les fueron concedidas.

Partieron los francos y su vanguardia llegó a Zaragoza; vejaron en ella con dureza a sus habitantes, maltratando a sus esclavos, sus hijos y sus mercaderes, y se acuartelaron en sus casas. Wadih se dirigió con ellos hacia Toledo para reunirse allí con Ben Abd al-Chabbar. Cuando Sulayman al-Mustain Billah se enteró de ello, el lunes 5 de Xawwal [22 mayo 1010], llamó a los habitantes de Córdoba a guerrear contra los francos. Pero los cordobeses, demostrando desgano y temor de pelear, pidieron ser dispensados de hacerlo, y Sulayman consintió en ello.

El 14 de Xawwal [31 mayo 1010] Sulayman partió de Córdoba para oponerse a los francos; los dos ejércitos se enfrentaron el viernes [2 de junio]. Los berberiscos colocaron a Sulayman detrás, con la caballería de los magrebíes, y le dijeron: "No te retires de tu puesto, ni siquiera si la caballería se te viene encima". Luego avanzaron y recibieron una violenta arremetida de los francos (catalanes). Entonces abrieron sus filas, con la intención de tender una insidia a sus enemigos; pero Sulayman, como viera la caballería de los francos romper las líneas de los berberiscos, se imaginó que éstos hubiesen sido derrotados, y huyó inmediatamente con los que estaban en derredor suyo. Los berberiscos, en cambio, rodearon a los francos, los deshicieron y dieron muerte a su rey Ermeqund (Armengold de Urgel) y a gran número de oficiales. De la infantería de los berberiscos perdieron la vida cerca de 300 hombres y un solo caballero.

Mas cuando los berberiscos vieron a Sulayman en fuga, se retiraron a Al-Zahra, e hicieron salir de ella a sus familias, con sus hijos y sus bienes. Todos, sin excepción alguna, abandonaron la ciudad la noche del sábado. Sulayman, con los de su séquito, llegó, huyendo, a Játiva. El populacho de Córdoba entró en Al-Zahra y saqueó allí los muebles y utensilios de los bereberes y dio muerte a todo el que encontraran, y penetraron en la mezquita catedral y arrebataron los tapices, las lámparas, los ejemplares del Corán, las cadenas de las lámparas y los batientes de las puertas. Muhammad ben Abd al-Chabbar y Wadih, que habían ido rumbo a Córdoba, entraron en ella y el primero retomó el mando.

SEGUNDO REINADO DE MUHAMMAD BEN HIXAM BEN ABD AL-CHABBAR

Cuando, en el mes de Xawwal ya nombrado, Sulayman fue puesto en fuga, Ben Abd al-Chabbar se estableció en su casa, en los suburbios de Córdoba, y prestó solemne juramento de no cejar ni descansar hasta que acabara con los bereberes. Éstos, según hemos dicho, se habían llevado a sus familias, y después de haber ordenado nuevamente sus tropas, se trasladaron hacia Algeciras (al-Hadra). Al-Mahdi penetró en Córdoba y en ella recibió el homenaje de fidelidad. El primero en prestárselo fue Hixam al-Muayyad (el ex califa Hixam II); y luego juraron todos los ciudadanos, según la jerarquía de su clase. Ben Abd al-Chabbar pidió a los habitantes de Córdoba una suma de dinero, y ellos la recaudaron, según la antigua costumbre. Y en seguida partió en persecución de los berberiscos con las tropas cristianas que tenía consigo, con todo el ejército de las fronteras y con otras fuerzas, después de haber entregado sus estipendios a los francos (catalanes).

En el *Kitab al-iqtidab* se refiere que Ben Abd al-Chabbar llevaba consigo cerca de treinta mil musulmanes y además los cristianos que eran nueve mil. Marchó con ellos contra los bereberes; pero éstos le infligieron la célebre derrota de Guadiaro, y Ben Abd al-Chabbar volvió a Córdoba vencido. Los bereberes tomaron a manos llenas ganado y objetos diversos, y los cristianos se desvincularon de Ben Abd al-Chabbar y lo abandonaron. Los bereberes se dirigieron hacia Reyyo (Málaga). Sulayman ben al-Hakam al-Mustain Billah avanzó desde Oriente con quienes se habían agrupado en torno de él y unióse a los bereberes. Informado de ello, Ben Abd al-Chabbar, de acuerdo con los cordobeses, decidió resistir el asedio, y todos se prepararon para la lucha.

En la misma fecha de la derrota de Ben Abd al-Chabbar y de los cristianos en el Guadiaro, Ali ben Hamud cruzó el mar y se apoderó de Ceuta en nombre de Sulayman, diciendo a los habitantes que Ben Abd al-Chabbar había sido depuesto y que Sulayman era el califa legítimo. Y desde entonces fue señor de Ceuta.

La derrota del Guadiaro sucedió a fines de Xawwal del 400 [15 junio 1010], y en ella los bereberes eran menos de la undécima parte de los que mandaba Ben Abd al-Chabbar. Mientras tanto habían llegado a Córdoba un cierto número de eslavos Amiríes desde Játiva y otras regiones. Entre ellos se encontraban Anbar y Jayran, y con ellos llegó Mundhir ben Yahya, gobernador (*sahib*) de Zaragoza, con sus partidarios. Ben Abd al-Chabbar se alegró de su venida, pero los eslavos mencionados odiaban en secreto a Ben Abd al-Chabbar, por lo que había hecho, en el pasado, contra Hixam al-Muayyad y Ben Abi Amir, y además, porque había exigido homenaje de fidelidad como califa. Por ello, cada vez que Sulayman se acercaba a Córdoba, los eslavos se insubordinaban movidos por su resentimiento, hasta que por fin se amotinaron, como diremos luego.

Ibrahim ben al-Qasim dice en su libro: "Cuando Ben Abd al-Chabbar y Wadih llegaron a Córdoba, mataron por maldad, parcialidad, impiedad y arrogancia a todos aquellos que tuvieran semejanza con los bereberes y a cuantos eran de origen africano, aunque no hubiesen visto nunca África ni oído hablar de ella". Se llegó al extremo de que si alguien enemistado contra otro decía: "Éste es un bereber", bastaba para que se le diera muerte, sin que nadie reclamara castigo por ello. Mataron a niños, abrieron el vientre a mujeres encintas. Tomaron a la hija de un hombre del campo, que era hermosa y agradable. Su padre conocía al franco (catalán) que se la tomara, y se presentó a Wadih, diciéndole: "Ese franco se ha llevado a mi hija, aunque no es berberisca". Wadih le contestó: "No me hables más de eso. No hay manera de obtener su restitución, pues les hemos concedido por un convenio la facultad de hacer lo que hacen". El hombre se fue llorando a ver al franco y le rogó que le devolviese su hija, prometiéndole en cambio el pago de cuatrocientos *dinares*. El franco (catalán) recibió el dinero y luego lo mató. Fue éste uno de los hechos más dolorosos y terribles (de aquellos días): aquel infeliz había ido a rescatar a su hija, su dinero fue aceptado y luego fue muerto. ¡Perdió su dinero, su hija y su vida! Y ninguno de los cordobeses tuvo palabras de condena o de reprobación".

Entre los ejemplos de la poca consideración en que el pueblo de Córdoba tuvo al Islam durante esta guerra civil, puede citarse el caso de un cristiano, que en medio de una calle principal de Córdoba empezó a decir (laguna de dos tercios de renglón) blasfemó contra el Profeta. —Alá ruegue por él, lo salude, lo honre y lo ennoblezca— y nadie le dijo nada. Un musulmán, movido por el celo hacia el Profeta, exclamó: "¿No desaprobáis lo que oís? ¿Acaso no sois musulmanes?" Y muchos cordobeses le contestaron: "Vete a tus quehaceres". Cuando los francos (catalanes) oían la llamada a la oración, proferían palabras que no es posible repetir, y nadie hacía objeción alguna. Los cordobeses juntaron mucho dinero para los francos, y pidieron al cadí Ben Dzakwan que les diese las sumas custodiadas como pía fundación en el tesoro (*maqsura*) de la mezquita. No consintió en ello y entonces abatieron la puerta del tesoro, se llevaron el dinero, y se lo entregaron a los francos.

Ben Abd al-Chabbar y Wadih pidieron a los francos que marcharan contra los berberiscos, pero ellos mostrábanse perezosos. No dejaron de adularlos y de humillarlos, hasta que por fin consintieron en partir, y su vanguardia marchó con Wadih. Se puso en camino también Ben Abd al-Chabbar y partieron con él todos los cordobeses y los campesinos aptos para llevar armas, pues se consideró tal expedición como una verdadera guerra santa. El jueves 6 de Dzu-l-qada del 400 [junio 21 1010, miércoles] se enfrentaron con los bereberes en Guadiaro. El combate fue violento y los francos, con Wadih y Ben Abd al-Chabbar, sufrieron una completa derrota; murieron más de tres mil francos (catalanes), muchos de ellos ahogados.

Los bereberes recogieron en el campamento de los francos y en el de

Wadih y Ben Abd al-Chabbar tiendas, dinero, armas, cabalgaduras, etc. Entre los muertos en el campo de batalla había un hebreo ministro del rey de los francos, y los bereberes encontraron en su tienda treinta mil mizcales. Hallaron sobre los cuerpos de los francos cinturones llenos de dinares y de dirhemes de un valor incalculable. Murió aquel día Abu Yadas ben Dunas al-Yefreni, el más valiente y esforzado de los bereberes. De los Banu Yefren y Banu Birzal murieron diecisiete jinetes y de los bereberes solamente quince jinetes.

Los fugitivos llegaron a Córdoba el segundo día después del combate, y su odio hacia los bereberes se acrecentó. Ben Abd al-Chabbar y Wadih pidieron a los francos que volvieran con ellos a atacar a los bereberes, porque habían matado a sus jefes; pero se negaron (laguna de medio renglón). Luego abandonaron Córdoba el viernes 24 de Dzu-l-qada, y los cordobeses quedaron tan afligidos por su partida que se dirigían mutuos pésames, como suele hacerse con los que han perdido sus parientes o sus bienes; tan grande era el dolor por su alejamiento y su temor ante la llegada de los bereberes.

Entonces Ben Abd al-Chabbar impuso a los cordobeses una tasa y se preparó a marchar contra los bereberes, obligando a Wadih a hacer lo mismo. Salieron con las milicias de la Frontera, con los eslavos y con todos los cordobeses, decididos a hacer frente a los bereberes y haciendo alarde de valor y de constancia. Pero después de haber recorrido 30 millas desde Córdoba, volvieron atrás por miedo a los berberiscos. Ben Abd al-Chabbar, vuelto a Córdoba, hizo cavar un foso y erigir un muro detrás de él, cerca de la ciudad. Los bereberes realizaban diariamente incursiones por los alrededores de Córdoba, sin que nadie saliera a su encuentro. Se apoderaron del monte llamado Bobastro, rico en aguas, pastos y sembrados, en donde se había refugiado Ben Hafsun, lo que acrecentó su fuerza. Ben Abd al-Chabbar tomó todo lo que había en el castillo de Córdoba, en la Naura y en la Rusafa y, como Dios quiso, lo disipó en compañía de sus soldados. Con todo seguía entregándose abiertamente a la lujuria y a la bebida y se mostraba tacaño con los cordobeses y codicioso con los mercaderes. Wadih lo odiaba por lo que había hecho a Ben Abi Amir y a los Amiriyya y por verlo fornicador y ebrio y manchado por toda clase de iniquidades. Empezó a conspirar con una facción de eslavos para eliminarlo, y por fin logró su designio.

MUERTE DE MUHAMMAD BEN HIXAM BEN ABD AL-CHABBAR

Una facción de eslavos Amiriyya conspiró con Wadih, y el domingo 8 de Dzu-l-hicha del 400 [23 junio 1010] —el eunuco Wadih había sido nombrado *hachib* por Ben Abd al-Chabbar— los conjurados se unieron a él y se rebelaron. Entraron en el alcázar y tomaron posesión del mismo; luego fueron a ver (a Ben Abd al-Chabbar), pusieron en libertad a Hixam al-Muayyad e hicieron sentar a Ben Abd al-Chabbar frente a él; Al-

Muayyad empezó a increparlo (laguna de tres palabras). Murió por mano de un esclavo de Al-Hakam llamado Al-Xafaq. Los esclavos amiriyyas lo degollaron, le cortaron la cabeza y echaron su cadáver sobre el empedrado (*al rasif*). Cayó en el mismo lugar en donde estaba el cuerpo de Ben Asqalacha desde el día en que Ben Abd al-Chabbar lo había hecho matar. Su cabeza fue enviada a los bereberes por Wadih, y su cadáver permaneció colgado por varios días; después fue sepultado en una cloaca, debajo del patíbulo de los condenados a la crucifixión, y Alá puso término a su disolución y a su maldad. Vivía en Córdoba un hijo de Ben Abd al-Chabbar de edad juvenil —tenía dieciséis años cuando murió su padre— y los partidarios de Ben Abd al-Chabbar lograron hacerlo llegar a Toledo, donde la población lo recibió, nombrándolo su jefe. Permaneció allí hasta que concibió la idea de reconquistar el país que había pertenecido a Muhammad (su padre). Muharib al-Tuchibi fue a su encuentro, lo venció y lo envió prisionero a Wadih, quien lo hizo matar.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idhari (Según versión de Lévi Dellavida. Cuadernos de Historia de España, V, 1945).

CÓRDOBA SITIADA Y AL-ÁNDALUS ASOLADO POR LOS BEREBERES

No se habían agotado aún las horas amargas de Al-Ándalus y Córdoba tenía que beber hasta las heces la copa envenenada. En la disputa por el señorío de la España musulmana, los bereberes eran los más fuertes; pero la gran metrópoli andaluza constituía un bocado demasiado grande para ser devorado con rapidez, pues por la extensión de su área geográfica podía ofrecer una larga resistencia frente a las divisiones africanas. Los cordobeses no eran buenos soldados, pero su odio a los berberiscos redoblaba su valor, y su pánico a la ferocidad de sus enemigos exaltaba hasta la obstinación su voluntad de pelear, y aumentaba hasta los límites de lo humano su capacidad de sufrir los dolores del asedio. Mientras Córdoba le soportaba con tenacidad los bereberes asaltaron y saquearon otras ciudades, razziaron Al-Ándalus en todas direcciones, y de tal modo aterrorizaron el país, que sus caminos, otrora frecuentadas arterias de un intenso tráfico, quedaron desiertos muchos meses. La capital del califato resistió tres años el sitio berberisco. Durante tan largo plazo sufrió todas las calamidades y vivió todos los dramas propios de tamaños cercos. Los cordobeses conocieron las revoluciones cruentas y las traiciones fallidas, el crimen y el vicio, la crueldad y el heroísmo, el saqueo y la miseria, la riada y el hambre... y llegaron hasta practicar la antropofagia. El conde Sancho de Castilla —Ben Mumadona le llamaban por sarcasmo, haciéndole sólo hijo de su madre— constituyó a la par su pesadilla y su esperanza. Al cabo de tres eternos años de dolores sin fin, que arrancaron a los poetas sombrías elegías, llegó la hora más cruel. Los berberiscos entraron por traición en Córdoba y durante tres meses

robaron, incendiaron y mataron con saña bárbara y cruel. En esas jornadas terribles perecieron millares de cordobeses y entre ellos algunos de sus más excelsos hijos —el cadáver del historiador Ben al-Faradi quedó muchos días tendido a la puerta de su casa— y la ciudad se arruinó para siempre. El autor del Bayan al-Mugrib, *al referir el asedio, atenúa la crueldad de los berberiscos, sus coterráneos —Ben Idhari era africano— y calla los horrores que siguieron a su entrada en la ciudad. Tuvo ésta que soportar aún muchos años de martirio. Sulayman sufrió la misma suerte que Al-Mahdi en julio de 1016. Córdoba padeció después las horas tenebrosas del señorío de los Hammudíes, también bereberes. Las vejaciones de éstos empujaron a la exasperación a los cordobeses, tomaron las armas el 31 de julio de 1023; el 6 de setiembre les expulsaron de la ciudad y el 31 de octubre, en una heroica salida, les vencieron y se liberaron de ellos para siempre.*

COMIENZA EL SITIO DE CÓRDOBA Y EL ASOLAMIENTO DE AL-ÁNDALUS

Después de la muerte de Ben Abd al-Chabbar el día de Mina del año 400 [8 de Dzu-l-hidcha — 23 julio 1010], el califato volvió a Hixam ben al-Hakam, el cual convocó una asamblea para la proclamación del califa, y le fue renovado el homenaje de fidelidad. Nombró *hachib* a Wadih, el primer eunuco, remitió la cabeza de Ben Abd al-Chabbar a Sulayman al-Mustain Billah y escribió a los bereberes invitándolos a sometérsele. Celebrada la fiesta del fin de la peregrinación [10 de Dzu-l-hicha — 25 julio 1010], Hixam al-Muayyad Billah subió a caballo y se dirigió al foso, nombró a los funcionarios según el grado de energía y de capacidad administrativa de cada uno y preparó al pueblo para que se defendiera contra el enemigo. En aquel tiempo Hixam no ocultaba la esperanza de reconciliarse con los bereberes, por confiar en que se desorganizarían y volverían a él, alejándose de Sulayman. Sin embargo, los bereberes sentían aversión por los habitantes de Córdoba, como consecuencia de las atrocidades cometidas contra ellos. Sulayman reprochaba a Wadih la muerte de Ben Abd al-Chabbar, su traición y su falta de fidelidad.

Los bereberes se establecieron en Segunda y en el paso de Al-Mahida, realizando incursiones y matanzas, mientras que Hixam con sus súbditos y Wadih con sus tropas permanecían detrás del muro, sin cruzarlo un solo palmo. La situación permaneció grave en extremo y el camino falto de (laguna de un renglón); se guerreaba diariamente y las matanzas eran repentinas. Faltaban dinero y hombres y a ello añadíanse epidemias y enfermedades. Sin embargo (los cordobeses) seguían deseosos de combatir a los bereberes, aunque estuviesen incapacitados para hacerlo y se hallasen desprovistos de medios. A diario Wadih entretenía al pueblo con mentiras y esparcía innumerables falsos rumores acerca de los bereberes. Cada día los cordobeses se ponían en marcha para enfrentarse con los sitiadores, pero no iban más allá de la trinchera. Si alguien era herido, volvían diciendo:

"Hemos matado a tal bereber, y han huido en tal dirección", multiplicando así mentiras y embustes.

El año 401 [com. 15 agosto 1010] los bereberes se movieron hacia Córdoba y entraron en Al-Zahra el sábado 25 de Rabi I [lunes 6 noviembre 1010]. Al-Zahra estaba defendida por una parte del ejército; algunos (de sus defensores) fueron condenados a muerte, a otros se les perdonó la vida. Los bereberes se instalaron allí y nadie cruzaba la trinchera. Wadih, a fuer de malvado y traidor, dejó plena libertad a los facinerosos para ensañarse contra la bella y graciosa villa (*munya*) de Al-Rusafa; fue destruida e incendiada y sus árboles fueron talados, por temor de que los bereberes irrumpieran por aquel lado. Luego se arrepintió y comprendió que constituía una fortaleza para su defensa.

El 25 de Xaban [3 abril 1011] los bereberes salieron de Al-Zahra y empezaron a hacer correrías en las zonas próximas y lejanas de la región, saqueando, destruyendo, incendiando y matando. Si Wadih enviaba contra ellos un cuerpo de jinetes, éstos no los alcanzaban, porque les tenían miedo, y se limitaban a saquear lo que dejaran los bereberes en los pueblos y sus términos, retirándose luego. Los moradores de todos los alrededores acudieron (a Córdoba) por temor a los bereberes, y llegaron a ser más numerosos que los mismos ciudadanos. La mayoría murió de hambre o fueron muertos fuera de la ciudad, y todo su ganado pereció.

Los bereberes llegaron hasta Málaga, asolaron sus alrededores y dieron muerte a algunos habitantes. Después se desviaron hacia Elvira, que saquearon y demolieron, cautivando a las mujeres. Si se enteraban que alguna de ellas tenía dinero, la colgaban por los senos. Y colgaron (laguna de $^{2}/_{3}$ de renglón); luego volvieron todos a Málaga; pero sus habitantes, que habían pedido el indulto a Sulayman, lograron alejarlos mediante el pago de setenta mil dinares. Entonces los bereberes entraron en Algeciras, mataron a todos los que allí se hallaban, demolieron las casas, hicieron prisioneros a los niños y tomaron los bienes (de sus moradores), Más tarde Sulayman ordenó que los prisioneros fueran llevados al arsenal y los dejó libres. Algunos de ellos llegaron a Málaga, algunas mujeres se desposaron con soldados, pero la mayor parte murió. Los bereberes cortaron los abastecimientos de Córdoba, de modo que el hambre fue intensa y los víveres faltaron.

Dice Ibrahim ben al-Qasim: Los cordobeses, pese a su aflicción y gran tormento, permanecían en su actitud sediciosa y en su odio fanático contra los berberiscos. El hablar de paz costaba la vida, al extremo que un varón, eminente entre los sabios, dijo en la mezquita aljama: "Alá, ¡danos la paz!", y fue muerto en el mismo sitio. También otro que dijo en la aljama: "Alá ama la paz y la exige", perdió la vida en el instante. Una mujer, al regresar del horno, dejó caer una olla que se quebró. Como era negra, se levantó un grito: "¡Una berberisca negra!", y la mataron. Otra volvía del río llevando una jarra sobre los hombros. Ésta se le cayó y también a ella la mataron. Podrían referirse innumerables casos de este género. Dice el autor:

El ejército demostraba su desprecio por Wadih, lo tenía en poca consideración, lo injuriaba y le maldecía en voz alta.

Llegaron mensajeros de Ben Mama al-Qumis, rey de los cristianos (Sancho, conde de Castilla), para exigir la entrega de las fortalezas prometidas, con la condición de que no enviaran intimaciones ni llevaran ningún ataque a las fronteras. Aceptados los términos, se presentaron los alfaquíes, los asesores (adules) y el cadí y redactaron el documento oportuno.

Dice (el autor): Cuando los mensajeros llegaron a Córdoba, se presentaron los alfaquíes, el cadí y los asesores y escribieron un documento sobre las condiciones de la entrega de las fortalezas a los cristianos; fue leído frente al pueblo, en presencia de Hixam y de Wadih, y todos los circunstantes le garantizaron con su testimonio. Luego abandonaron todos el alcázar alegres por lo que había sucedido. Las fortalezas que pasaron a poder de Ben Mama habían sido tomadas todas por Al-Hakam ben Abd al-Rahman, Muhammad ben Abi Amir (Almanzor) y por su hijo Al-Muzaffar. Esto sucedió por ligereza de Hixam.

Así narra Al-Raqiq en su libro.

Mientras tanto los bereberes, cuando fueron rechazados de Córdoba, en donde perecieron muchos de ellos, destruyeron muchas ciudades y dieron muerte a sus moradores; quedaron inmunes solamente Toledo y Medinaceli. La caballería berberisca llegó hasta los suburbios de dichas ciudades y aún más allá, tanto que un hombre podía viajar a caballo durante meses enteros sin que viera a nadie en los caminos y en los villorrios. El maldito Ben Sancho (de Navarra), cuando supo que habían sido entregadas algunas fortalezas al maldito Ben Mama, escribió con amenazas, exigiendo otras; se le concedió lo que pedía y se le escribió que le serían dadas las fortalezas. Todo ello ocurrió por la obstinación de no querer llegar a un acuerdo con los bereberes

ASESINATO DEL CANCILLER WADIH

Finalmente Wadih, viendo que el ejército le era hostil y deseaba deshacerse de él, resolvió enviar un emisario a los bereberes, e hizo creer que realizaba esto por consejo de Hixam, por el cuidado que él tenía por el bienestar de las clases superiores y del pueblo. Wadih envió a los berberiscos a un hombre llamado Ben Bakr, quien se entrevistó con Sulayman y trajo su respuesta. Pero el ejército excitado contra él lo mató, sin que Hixam y Wadih fueran capaces de defenderlo. Le cortaron la cabeza y la pasearon por la ciudad sobre una lanza. El ejército y el pueblo (*al-Raiya*) estaban resueltos a combatir, y el cadí ponía todo su empeño en ello, y prometió quinientos caballos de los bienes de las fundaciones pías para la infantería de los eslavos; sabía muy bien que tanto los que mataran como los que murieran irían al infierno, pero nada le importaba. El país sufrió mucho por la escasez de dinero y de provisiones, y el ejército se mostró pusilánime y negligente. El soberano reunió en el alcázar a los mercaderes, quejándose

por la escasez de dinero y pidiéndoles una ayuda pecuniaria. Ellos contestaron: "Muchas veces hicimos todo cuanto podíamos; ahora es mejor para nosotros morir. Envíanos contra nuestros enemigos, los bereberes, pero no daremos nada". Wadih se asustó y decidió huir.

Cuando Wadih resolvió huir y el ejército tuvo indicio de ello, Ben Wadaa penetró en su casa con cierto número de soldados; lo sacaron afuera de ella y Ben Wadaa le echó en cara el haber malgastado los dineros públicos y el haber querido entenderse con los bereberes. Luego Ben Wadaa se abalanzó contra él y lo hirió con la espada; los soldados se le arrojaron encima y acabaron con él. Le cortaron la cabeza y la llevaron por las calles y su cuerpo fue lanzado contra el empedrado, en el mismo lugar en donde habían sido echados Ben Asqalacha y Ben Abd al-Chabbar. Saquearon las casas de sus amigos y secretarios y encontraron en la de Wadih muchas cosas de valor ya empaquetadas por él, con ánimo de llevárselas en la huida. Hixam al-Muayyad mostró buena cara, diciendo: "No quiero a otro *hachib*; yo mismo cuidaré mis intereses". En efecto, durante varios días celebró audiencias públicas, pero luego volvió a sus costumbres y los ministros comenzaron a dirigir el gobierno del país.

Hixam confió a Ben Wadaa el mando de la policía de la ciudad, y éste tomó severas medidas contra las personas sospechosas. El ejército y todos lo temían. Un destacamento de bereberes desde Jaén realizó una incursión contra Valencia, llevándose quinientos caballos, de propiedad del gobierno, y apresando a trescientos hombres, oficiales del ejército, secretarios y agentes, que allí se encontraban. Sucedió esto en el año 401.

Hixam había hecho construir sobre la trinchera una sala elevada, desde la cual se dominaba con la vista a los bereberes, y la había llamado *al-Daydaban* ("la atalaya"). Allí celebraban los ministros sesiones diarias con los alfaquíes para consultarse sobre las disposiciones necesarias al gobierno, pero lo que hacían hoy, lo deshacían mañana.

Ese año una gran inundación del río de Córdoba destruyó cerca de mil casas en los alrededores de la ciudad e innumerables mezquitas y diques. Casi cinco mil personas murieron ahogadas o sepultadas bajo los escombros; los muebles y bienes del pueblo se perdieron y casi todo el muro se derrumbó, sepultando gran parte de la trinchera. Tres días duró la inundación. Así cuenta Al-Raqiq en su libro.

RESISTENCIA OBSTINADA

La población y los eslavos se reunieron en Córdoba, y se empeñaron recíprocamente, bajo solemne juramento, a unir sus fuerzas y a mantenerse unánimes en la guerra contra los bereberes. Confirmaron el juramento y se obligaron a ello por escrito, tomando como testigos a los visires y a los grandes. Los precios iban subiendo cada día más y la situación empeoraba; las gentes huían a las playas y a los campos. La situación de Córdoba se agravó tanto que la población se alimentaba con sangre de bueyes y de

ovejas sacrificadas y con animales muertos por enfermedad y (laguna de una palabra) podridos.

Unos hombres estaban en la cárcel: uno de ellos murió y los otros se lo comieron. En medio de tanta miseria se tomaba vino públicamente, la fornicación era lícita, los vicios contra la naturaleza manifiestos; no se veían más que personas pecando delante de todos.

En el mes de Chumada I 403 [30 diciembre 1011 - 28 enero 1012] los bereberes partieron de Jaén hacia Guadalmellato y robaron a manos llenas bueyes y ovejas, en tal cantidad que no alcanzaban a custodiarlos. Los cordobeses hambrientos salían de noche para asaltar a los pastores dispersos y tomarles cuanto podían, y nadie tenía escrúpulos en comprar los animales capturados. Cuando los bereberes se apercibieron de ello, se pusieron al acecho y cada noche mataban a diez, veinte o treinta hombres. Una noche mataron más de cien, y entonces los cordobeses dejaron de robar el ganado de los bereberes y se limitaron a raptar y sacrificar los animales del país, y la gente los comía como si fuera sin duda alguna lícito.

Sulayman escribió a los cordobeses exhortándolos a acabar con la guerra civil y enumerando las pruebas de amistad que los bereberes les habían dado de buena fe, y los dolores e ignominias por ellos soportados. Les recordó cómo había salvado a los cordobeses de la opresión de los francos, cuando, por compasión hacia ellos, salió a pelear en compañía de los bereberes; y agregó otros argumentos eficaces. Una parte se inclinó hacia la paz, otra la rechazó. Mientras tanto los bereberes invadían los campos alrededor de Córdoba, segando las mieses y alimentándose con ellas. Después de haberse detenido cerca de la trinchera, exclamaban a manera de escarnio y de irrisión: "Enviadnos segadores, y os aseguramos que no dejaremos ni un solo grano"; pero nadie, perteneciera o no al ejército, podía salir de la trinchera y llegar hasta ellos.

Llegó el día de la terminación del ayuno, 1º Xawwal de 402 [abril 26 1012], y como nadie podía ir al lugar de la plegaria (*al-Musalla*), oraron en la mezquita catedral llenos de miedo y congoja. La aflicción de los cordobeses iba aumentando; se puso fuego al mercado de los carpinteros y a muchos otros mercados; se produjo un gran incendio, y los eslavos saquearon lo que no habían devorado las llamas. Algunos cordobeses quemaron la mezquita catedral de Al-Zahra y se llevaron todo cuanto quedó: lámparas, batientes de las puertas, el púlpito y los tapices. Un grupo de bereberes bajó a la orilla del río, invitando a la paz. Ben Munawi, que era favorable a ella, contestó: "Haremos la paz con vosotros si nuestro soberano lo considera justo". Ben Munawi tenía el título de Dzul-Wizaratayn. Pero los alfaquíes se opusieron, diciendo: "Si se estipula la paz, todo acabará para nosotros". Y fueron todos juntos a ver a Ben Munawi y le dijeron: "Para nosotros es más segura la guerra con los bereberes que vuestra paz". Evitaron hablar de paz y la guerra civil volvió a la situación anterior.

Un cierto Ben Farruh gozaba en aquel tiempo de la intimidad de Hixam al-Muayyad, quien lo trataba familiarmente y se deleitaba con su compañía.

Ben Munawi supo que aquel hombre había predicho el futuro de Hixam en estos términos: "Tu reino no prosperará por medio de uno de los Amiriyya, sino por medio de uno de tus esclavos". Ben Munawi lo mandó llamar y le hizo cortar la cabeza, sin miramiento a su posición privilegiada cerca de Hixam. Ben Munawi era un Amiriyya. Además detuvo a muchas personas que se sospechaba favoreciesen a Sulayman y a los bereberes, y las hizo decapitar y crucificar. Ordenó que las puertas de la ciudad quedaran abiertas para la gente que quería salir; y cuando los que habían salido se encontraron fuera de la ciudad y hubieron caminado un trecho, ordenó que se les tomaran sus bienes. Hizo matar a la mayoría junto con las mujeres que los acompañaban, y vendió a algunas como si fueran prisioneras de guerra. Ésta fue una de las calamidades que sufrió Córdoba.

NEGOCIACIONES FRUSTRADAS

Llegaron a Córdoba cartas de los habitantes de las fronteras: "O lográis un acuerdo con los bereberes —decían— o hacedles la guerra con energía, pues ni vosotros ni nosotros tenemos fuerza contra ellos. Tal vez podríais escribir a Ben Mama Duna (el conde Sancho de Castilla) que venga pronto con sus tropas en vuestra ayuda". Los visires, los alfaquíes y los grandes del reino se reunieron a deliberar en el alcázar, y en nombre de Hixam escribieron a Zawi ben Ziri exhortándolo a cumplir las obligaciones contraídas y ofreciéndole lo que deseara en dinero, gobierno, etc. Llegó su respuesta en estos términos: "En cuanto a la posibilidad de romper la fe jurada a mi soberano y de oponerme a mis compañeros, no hay manera de hacerlo; pero trabajaré con todas mis fuerzas por la paz, y seguiré buscando la concordia y la unidad entre los musulmanes. Me esforzaré en hacerlo, por Dios, pues así mereceré el favor del Señor, poniendo término a la guerra civil y al derramamiento de sangre y restaurando la concordia.

La situación empeoró, y Ben Munawi receló que le sucediera lo mismo que a Wadih. Por eso habló a los visires y a los alfaquíes incitándolos a hacer la paz, que declaró aceptaría sólo de común acuerdo con Hixam ben al-Hakam y con todos los eslavos. Los alfaquíes le agradecieron su intención de acabar con la guerra civil.

Cuando llegó el martes 1 Dzu-l-hidcha 402 [24 junio 1012], ben Munawi fue a visitar a Hixam al-Muayyad con los jefes de los eslavos y del ejército, y todos le revelaron la situación del país con estas palabras: "Las cosas han llegado a una situación extrema, y nosotros nada podemos hacer contra esa gente. El pueblo está dividido: hay quien pide la guerra y quien no la quiere. Nos falta dinero; hemos arruinado a nuestros súbditos (*Raiya*) con los impuestos. Los precios son altísimos, el ejército es pobre, cunde el desorden en las fronteras, y los cristianos, que disponen de grandes fuerzas, meditan atacarnos, mientras nosotros no estamos en condiciones de resistirles". Cuentan que Hixam rompió en amargo llanto:

"Obrad como queráis —dijo— prescindiendo de mí. Nada puedo hacer

ni por vosotros ni por mí mismo. Tomad, pues, las resoluciones que os resulten provechosas y ejecutadlas. Yo os seguiré". Ben Munawi entró en el alcázar, tomó todos los objetos de valor, se los llevó de noche y huyó desde Córdoba a Badajoz. Y Córdoba permaneció en poder de los eslavos y de la ínfima plebe.

El año 402 los cordobeses escribieron una carta a los bereberes en nombre de Hixam y Ben Munawi, instigándoles a poner fin a la guerra civil y a devolver la autoridad a Hixam al-Muayyad, quien tenía mayor título para ello por el homenaje de fidelidad con que se había obligado el pueblo antes de prestarlo a otros. Sulayman sería su heredero y su delegado y gobernaría el califato en su lugar. Llevaron la misiva algunos notables de la ciudad; éstos avanzaron hasta llegar a la presencia de Sulayman, a quien entregaron la carta de Hixam y otra de los visires dirigida al colegio de los visires bereberes. Cuando Sulayman vio el sobre escrito: "De parte del siervo de Dios Hixam ben al-Hakam, Príncipe de los Creyentes", arrojó lejos de sí la carta, estalló en improperios y dijo: "Yo soy el Príncipe de los Creyentes, y a Hixam no pertenece este título". Todos los bereberes dijeron: "Éste es el Príncipe de los Creyentes: no hay otro más que él, y nadie, sino él merece mayor respeto". No se leyó ni una sílaba de las dos epístolas: Sulayman hizo desgarrar con un cuchillo la que le fuera enviada, y los berberiscos rasgaron la otra. Sulayman dijo: "¡Por Dios!, jamás he prestado homenaje de fidelidad a Hixam, pues cuando fue elegido, yo tenía ocho años. Él, en cambio, me ha jurado fe espontáneamente, sin ser obligado. Tiene más obligación de ser juicioso y de cumplir con su deber". (Los enviados de los cordobeses) relataron después: "Nos despedimos, entonces, y salimos acompañados hasta la puerta por los visires bereberes. Llegados a Córdoba, nos presentamos a Hixam. ¡Por Dios!, él no nos preguntó qué había sucedido con Sulayman, no tuvo palabras de agradecimiento ni de reproche, sino que permaneció callado. Y tan pronto salimos, Hixam ordenó que le fuera renovado el homenaje de fidelidad por todo el pueblo".

Llegó entonces una carta del comandante de la Frontera anunciando que vendría a Córdoba con Ben Mama Duna (el conde Sancho de Castilla) y las tropas cristianas para ayudarles contra los bereberes. Los cordobeses recibieron con ella una gran alegría, pero no se cumplió el anuncio y nada aconteció, porque Dios los quería probar y afligir.

LLANTO POÉTICO POR LA SUERTE DE CÓRDOBA

Un poeta, llorando la suerte de Córdoba, escribió:

"Llora el resplandor de Córdoba, porque la desgracia la ha alcanzado.
El destino le hizo crédito, pero luego le pidió el pago de su deuda.
Estaba en el apogeo de su belleza y de una vida dulce y fácil;
después las cosas se trastornaron, y ahora no ves en ella ni a dos que estén alegres.
Dile adiós, pues, y vete en paz, si has decidido partir".

Otro, en su *casida* sobre el mismo tema, dijo:

"Os ha faltado resolución en el gobierno de vuestros intereses: mañana conoceréis la ruina completa.

Si vierais vuestro estado con los ojos de la inteligencia, lloraríais lágrimas de sangre por haber durado en el poder.

Pero la enfermedad de la ceguera ha oscurecido vuestra vista, y os ha revestido con vestiduras nuevas, destinadas a la consunción.

¡Oh pueblo que ha rasgado el velo de su propia maldad! No todos los que se envilecen encuentran provecho en envilecerse.

En el sura de la Resurrección han sido revelados versículos muy claros relativos a vuestra situación, que no olvidan a ninguno de vosotros;

y en el sura de la Caverna, el final del versículo veinte os condena a "no ser nunca felices".

Considerad cuán triste será vuestro castigo, pues sois agobiados por un dolor que nunca terminará".

He leído en una historia de Al-Ándalus: "Cuando la corrupción entró en Al-Ándalus, Córdoba estaba tan floreciente que hubiera hecho olvidar a Bagdad en los tiempos de Harun al-Raxid. Su reino era poderoso, su autoridad fuerte, firme su condición. Alcanzó su apogeo en la época de Al-Nasir Abd al-Rahman (III) y de Al-Hakam (II) y siguió así hasta la muerte de Ben Abi Amir ("Almanzor"); pero luego su gloria se desvaneció. Esto se explica porque al progreso sigue el retroceso y la perfección cede el paso a la deficiencia. No hay cosa perfecta que no sufra un menoscabo inevitable. Dios envió a Muhammad ben Hixam (Ben Abd al-Chabbar) a fin de que, por su medio, fuera extirpada la raza de los Omeyas y se acabara su prosperidad, porque Dios —gloria a Él— quiso destruirlos así como aniquiló a Tasm y a Chadis: "¿Has oído a alguien hablar de ellos o mencionarlos siquiera?"

EXPUGNACIÓN DE CÓRDOBA

A fines de Dzu-l-hidcha 402 [julio 1012] los bereberes bajaron a la parte occidental del río, y se adelantaron dos visires bereberes, Jazrun ben Muhammad y Hubasa ben Maqasan, quien por su coraje y valor despreciaba a los cordobeses y no les hacía caso. Montado en un caballo bayo peleó valerosamente y fue después a un lugar donde no había lucha. Allí se detuvo con unos pocos caballeros que le acompañaban, y dejaron pacer las cabalgaduras. Cuando he aquí que un numeroso grupo de cordobeses vio desde la trinchera cómo ellos, creyéndose seguros, habían quitado las riendas a sus caballos. Los cordobeses les acometieron y antes de que Hubasa ben Maksan tuviera tiempo de afirmarse en su silla, mientras sus compañeros hacían lo mismo, cayeron setenta caballeros sobre los cinco berberiscos. Resistieron éstos, sin embargo, y dieron muerte a muchos cordobeses; pero uno de ellos alcanzó a Hubasa con un golpe de lanza que lo derribó. Sus compañeros huyeron abandonándole, y fue hecho prisionero.

Cuando lo reconocieron lo mataron, lo hicieron pedazos, se repartieron su carne y se la comieron, porque había dado muerte a muchísimos de ellos, haciéndoles experimentar su valor y procurándoles grandes daños. Si lo hubiesen reconocido antes de prenderlo, nadie habría osado atacarlo.

Cuando su hermano Habus ben Maksan, su tío Zawi ben Ziri y su familia supieron la suerte que había corrido, se afligieron grandemente y de noche se prepararon para la lucha. A la mañana siguiente trabaron con los cordobeses un violento combate, como no se había conocido otro, y al día siguiente los bereberes tendieron una emboscada a los cordobeses: las tropas de Córdoba abandonaron la trinchera, provocadas por los bereberes, los vencieron y empezaron a perseguirlos velozmente; pero de pronto, detrás de ellos se levantaron los que estaban en acecho y dieron muerte a tanta gente, que no faltaríamos a la verdad diciendo que no se salvó un solo caballero.

En el año 403, el día sábado 26 de Xawwal [10 mayo 1013] los cordobeses sufrieron una derrota, como hemos dicho. Se reunieron y efectuaron una salida general el domingo, segundo día después de la batalla, para combatir a los bereberes y a Sulayman, pero fueron vencidos rápidamente una vez más y con muerte de muchísimos. El pueblo gritaba por todas partes, y Córdoba fue expugnada. El cadí Ben Dzakwan con algunos alfaquíes se presentaron a Sulayman y a los jefes de las tribus berberiscas pidiendo el amán, que les fue concedido mediante el pago de grandes sumas de dinero. Tan sólo a Ben al-Sarh fue impuesta una multa de cien mil *dinares* y a cada uno se le exigieron cantidades por encima de sus posibilidades. Y los bereberes se apoderaron del país.

LOS BEREBERES DUEÑOS DE CÓRDOBA Y DE AL-ÁNDALUS

Sulayman entró en el alcázar de Córdoba el lunes 27 de Xawwal 403 [11 mayo 1013, domingo], y una vez allí hizo venir a Hixam al-Muayyad y le increpó diciéndole: "¿No habías abdicado el califato en mi favor y estrechado mi mano? ¿Qué te ha inducido a violar tu promesa y a desligarte de tu compromiso?" Él se disculpó diciendo que le habían hecho violencia.

Ante los reproches de Sulayman, presentó sus excusas, abdicó el califato en su favor y le cedió el mando, entregándose a él. Dice Ben Hayyan: Sulayman asumió de inmediato el título soberano de Al-Mustain Billah y se trasladó a Al-Zahra con todos sus bereberes y con el ejército. Como Al-Zahra resultara demasiado pequeña para ellos, se establecieron en los alrededores. Ali y Al-Qasim, hijos de Hammud, jefes de la facción *(firqa)* de los Alíes, se establecieron en Secunda. Hixam al-Muayyad desapareció, y no se sabe con certeza cuál fue su suerte: unos dicen que murió después de entrar en el castillo, otros, que huyó.

Ese año Sulayman al-Mustain Billah nombró a Ali ben Hammud comandante de Ceuta, y distribuyó algunas tierras en Al-Ándalus entre los jefes de las tribus berberiscas.

Dice Ben Hammada: Eran seis tribus: los Sinhacha recibieron Elvira, que permaneció en manos de Habbus y de sus descendientes alrededor de cien años; el Norte fue entregado a los Magrawa; Mundhir ben Yahya recibió Zaragoza; los Banu Birzal y los Banu Yefren obtuvieron Jaén y sus alrededores; los Banu Dammar y los Banu Ahdacha lograron Sidonia, Morón y otras fortalezas. Se dice que Al-Qasim ben Hammud consiguió el gobierno de Tánger y Arzila. En cuanto a Ali ben Hammud, Sulayman le dio el gobierno de Ceuta. Cuando Abd Allah al-Birzali tuvo noticia del nombramiento de los dos hijos de Hammud, se presentó a Sulayman: "Príncipe de los Creyentes, díjole, ha llegado hasta mí la noticia de que has entregado el gobierno de Magrib a los Banu Hammud". "Sí", contestó. Y el otro: "¿Los Alíes no son acaso Talibíes (Sciies)?" Contestó: "Por cierto". Díjole: "Tú vas hacia unas serpezuelas que harás transformar en gruesas serpientes". Sulayman dijo: "Ya he despachado la orden".

Después que Sulayman y los bereberes se apoderaron de Córdoba, en esta segunda época, el *hachib* y los visires se unieron a ellos. Con Sulayman empezó el reinado de los bereberes en Córdoba; el reinado de los Omeyas terminó en Al-Ándalus, habiéndose mantenido durante 268 años y 43 días.

Cuando Sulayman entró en Córdoba, un habitante de la ciudad se presentó a Habus ben Maksan y le dio a conocer al que matara a su hermano. Aquél entró en la ciudad a caballo con unos compañeros; los habitantes lo miraban medio muertos de espanto. Por fin llegó a la casa de su adversario, le hizo salir y le dio muerte; y luego incendió la casa. Encontró en ella algunas riquezas, que se llevó; entre otras cosas había 14 esclavas, muchos tapices y armas. Hizo desenterrar a su hermano y no halló más que los huesos, pues sus carnes habían sido devoradas. "¡Por Dios!, dijo, yo no concedí nunca el indulto a ninguno de los esclavos de los Omeyas". La gente le tuvo miedo, y muchos huyeron abandonando sus casas y sus bienes que llegaron a poder de los bereberes. Éstos se repartieron el país y lo dominaron: mataban a todo aquel que se les oponía, e incendiaban y destruían cualquier lugar que ofrecía resistencia.

Del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idhari (Según versión de Lévi Dellavida. Cuadernos de Historia de España, V, 1945).

DE LOS TOCADORES DE LAS DAMAS MUSULMANAS A LOS SAGRARIOS CRISTIANOS

En las mismas cajas de marfil donde se conservaban ayer —y a las veces se conservan todavía hoy— veneradas reliquias de santos en iglesias y monasterios españoles, guardaron hace mil años sus perfumes las princesas cordobesas, las damas de la corte de "Almanzor" y de su hijo, las señoras del Toledo de Al-Mamun y las de los magnates almorávides y almohades. Los artistas que labraron sus bellas trazas —especial mención merecen los que trabajaron en el taller de Cuenca— consignaban, en sencillas inscripciones,

los nombres del príncipe o magnate que había encargado la obra o el de la dama a quien era destinada, los nombres del artífice y de la población en que había sido tallada la caja, el año de su terminación y una invocación piadosa o alguna frase poética. Esas inscripciones nos ayudan a formar idea clara de la sociedad califal.

"Esto fue hecho para la señora hija de Abd al-Rahman, Príncipe de los Creyentes".

"En el nombre de Dios. Esta (caja) fue mandada hacer para Saidat Allah, la esposa de Abd al-Rahman, Príncipe de los Creyentes, que Dios le compadezca y se halle satisfecho de él".

"En el nombre de Allah, el clemente y misericordioso, ésta es la obra de la hija de la princesa hija de Abd al-Rahman, Emir de los Creyentes. La misericordia de Allah y su gracia sean sobre él".

"Bendiga Allah al Imán, siervo de Allah, Al-Hakam Al-Mustansir Billah, Emir de los Creyentes. (Esto es) de lo que mandó hacer para la señora madre del (príncipe) Abd al-Rahman, por manos del maestro Al-Sagir, el año tres y cincuenta y trescientos" (353 H.-964 J. C.).

"En el nombre de Allah, bendición de Allah, prosperidad, felicidad y alegría para la hermana (del califa) por la labor hecha en Medina Al-Zahira en el año cinco y cincuenta y trescientos" (355 H.-966 J. C.).

"Hecho por Halaf". "Es más bello que un cofrecillo adornado de pedrería y sirve de receptáculo para el almizcle, el alcanfor y el ámbar; su vista es para mí el más bello espectáculo y me inspira generosidad hacia el infeliz que viene a mi casa".

"Bendición de Allah, favor, alegría, prosperidad para Al-Mugira, hijo del Príncipe de los Creyentes, compadézcase Allah de él; esto fue hecho en el año siete y cincuenta y trescientos" (357 H.-968 J. C.).

"En el nombre de Allah, clemente y misericordioso, bendición y prosperidad, y felicidad para Rayad ben Aflah, capitán de la guardia superior. Esto fue hecho en el año nueve y cincuenta y trescientos" (359 H.-970 J. C.).

"Bendición de Allah para el siervo de Allah, Al-Hakam Al-Mustansir Billah, Príncipe de los Creyentes".

"En el nombre de Allah. Bendición y victoria y apoyo para el visir Abu-l-Mutarrif, hijo de Al-Mansur, Abu Amir Muhammad, hijo de Abu Amir,

que Allah le apoye. (Esto) fue hecho en el año nueve y ochenta y trescientos" (389 H. - 999 J. C.).

"En el nombre de Allah, felicidad, dicha, esperanza de obras puras..., del fin que se propone para el Hachib Saifu-l-Daulah Abd Al-Malik, hijo de Al-Mansur, que Allah le dé suerte. Esto fue hecho por orden suya, bajo la dirección de su gran servidor Numair ben Muhammad al-Amir, su esclavo, en el año cinco y noventa y trescientos" (395-1005).

"En el nombre de Allah. La felicidad, la prosperidad y la fortuna para el Hachib Sayf al-Daulah. Esto es, de lo que se mandó hacer bajo la dirección de... (se ha roto el nombre)... Liberto alamiri".

"En el nombre de Allah, la bendición de Allah, la felicidad, prosperidad, buena fortuna, perfecta salud y paz de entendimiento, perpetuo placer y deleite para el propietario de esta cajita".

"...para su dueño, conserve Allah su vida largos años; esto fue hecho en la ciudad de Cuenca. (Año) siete y diez y cuatrocientos (417 H.-1026-1027 J. C.). Lo hizo Muhammad ben Zayan, su siervo, glorifíquelo Allah...

Inscripciones reproducidas por Ferrandis: *Marfiles y azabaches españoles*, 63 y siguientes.

DEL AMOR PLATÓNICO ENTRE LOS MUSULMANES ANDALUCES

Mientras la capital del califato padecía las crueles jornadas de las revoluciones, y el saqueo y el fuego hacían presa en las ciudades-palacio de Medina al-Zahira y de Medina al-Zahra y la hermosa Córdoba sufría las tristes horas de la gran penitencia por obra de los feroces berberiscos y se sucedían efímeros califas en el trono de los Abd al-Rahman y los Al-Hakam y comenzaban a sublevarse las provincias, un joven magnate, hijo de un ministro de "Almanzor", escribía en Játiva [1018-1023] un delicioso libro sobre el amor. Mientras los cordobeses temblaban ante la tiranía Hammudí o morían víctimas de ella, el poeta y el psicólogo que se reunían en Ben Hazm [994-1063] empleaban las horas lentas del destierro en referirnos con ímpetu poético la historia amorosa de la última generación cortesana de Al-Ándalus. En contraste con las torpes imágenes de placer sensual destacan en ellas las que nos descubren el amor romántico del noble doncel. Dozy explicó tal contraste por el origen hispano de Ben Hazm. Asín ha hecho derivar su concepción erótica de raíces orientales. La influencia del ascetismo cristiano habría engendrado en Arabia el casto amor udri, *que llevó a poner en boca de Mahoma este* hadiz: *"El que ama y muere virgen, muere mártir". Y ese erotismo singular habría sido luego desenvuelto por sufíes, místi-*

cos y ascetas y habría llegado y triunfado en la Córdoba de fines del siglo X, transida del refinamiento intelectual y emocional precursor de la decadencia. No es sin embargo segura esa genealogía del amor romántico de Ben Hazm y de otros poetas de su generación, pues media gran distancia entre el sentimiento amoroso de los mismos, que no implica renuncia al deseo, y el místico amor sufí. Constituye además ese poético erotismo un islote brevísimo en medio del océano de la torpe sensualidad arábiga que nos descubren las fuentes hispano-musulmanas, en las que abundan alusiones a escenas de desenfrenada lujuria y hasta de pederastía. De pura cepa hispana —Ben Hazm fue español hasta el cogollo del alma y la mujer ha alcanzado desde siempre en España una posición peculiar de señorío frente al hombre— o derivado de una fugaz moda oriental que no dio demasiados frutos en Oriente, el platonismo erótico de Ben Hazm hizo escuela en Al-Ándalus, pasó después los Pirineos y engendró en Provenza el amor caballeresco, que no es posible enlazar con las auténticas teorías amorosas de Platón ni con los puros ideales cristianos. La sensibilidad exquisita y enfermiza de un español de excepción habría tal vez quintaesenciado, hasta trocarla en forma literaria, remotísimas concepciones hispanas de la relación amorosa de hombres y mujeres.

"En el palacio de mi padre, dice Ben Hazm, vivía una joven que recibía allí su educación. Tenía dieciséis años, y ninguna otra mujer se le podía comparar en beldad, talento, modestia, discreción y dulzura. Las pláticas amorosas, el burlar y el reír no eran de su gusto por lo cual hablaba poco.

"Nadie osaba levantar hasta ella sus pensamientos, y, sin embargo, su hermosura conquistaba los corazones; pues aunque orgullosa y reservada en dar muestras de su favor, era más seductora que las que conocen a fondo el arte de encadenar a los hombres. Su modo de pensar era muy severo, y no mostraba inclinación alguna por los vanos deleites; pero tocaba el laúd de un modo admirable. Yo era entonces muy mozo, y sólo pensaba en ella. A veces la oía hablar, pero siempre en presencia de otros, y en balde busqué durante dos años una ocasión de hablarle sin testigos. Ocurrió en esto que se dio en nuestra casa una de aquellas fiestas que se acostumbran en los palacios de los grandes, y a la cual asistieron las mujeres de nuestra casa y las de mi hermano, y donde, por último, estuvieron convidadas también las mujeres de nuestros clientes y más distinguidos servidores. Después de pasar una parte del día en el palacio, fueron éstas a un pabellón, desde donde se gozaba de una magnífica vista de Córdoba, y tomaron asiento en un sitio desde el cual los árboles de nuestro jardín no estorban la vista. Yo fui con ellas, y me acerqué al hueco de la ventana donde se encontraba la joven; mas apenas me vio a su lado, cuando con graciosa ligereza huyó hacia otra parte del pabellón. Yo la seguí y se me escapó de nuevo. Mis sentimientos le eran ya harto conocidos, porque las mujeres poseen un sentido más perspicaz para descubrir las huellas del amor que se les profesa, que el de los beduinos para reconocer la vereda

trillada en sus excursiones nocturnas por el desierto. Por dicha, ninguna de las otras mujeres advirtió nada de lo ocurrido, porque estaban todas muy embelesadas con la vista, y no prestaban atención.

"Cuando más tarde bajaron todas al jardín, las que tenían mayor influjo por su posición o por su edad, rogaron a la dama de mis pensamientos que entonase un cantar, y yo uní mis ruegos a los de ellas. Así rogada, empezó, con una timidez que a mis ojos realzaba más sus encantos, a pulsar el laúd, y cantó los siguientes versos de Abbas, el hijo de Ahnaf:

En mi sol pienso sólo
Con mi muchacha linda.
¡Ay que perdí su huella
Tras de pared sombría!
¿Es de estirpe de hombres,
O de los genios hija?
Ejerce de los genios
El poder con que hechiza;
De ellos tiene el encanto
Pero no la malicia.
En su cara de perlas,
Su talle palma erguida,
Blando aroma su aliento,
Ella gloria y poesía,
Ser de la luz creado,
Graciosamente agita
La veste vaporosa;
Y ligera camina;
Su pie no quiebra el tallo
De flores ni de espinas.

"Mientras que cantaba, no fueron las cuerdas de su laúd, sino mi corazón, lo que hería con el plectro. Jamás se ha borrado de mi memoria aquel dichoso día, y aun en el lecho de muerte he de acordarme de él. Pero desde entonces, nunca más volví a oír su dulce voz, ni volví a verla en mucho tiempo.

"No la culpes, decía yo en mis versos, si es esquiva y huye. No merece por esto tus quejas. Hermosa es como la gacela y como la luna; pero la gacela es tímida y la luna inasequible a los hombres.

"Me robas la dicha de oír tu dulce voz, decía yo además, y no quieres deleitar mis ojos con la contemplación de tu hermosura. Sumida del todo en tus piadosas meditaciones, entregada a Dios por completo, no piensas más en los mortales. ¡Cuán dichoso Abbas cuyos versos cantaste! Y sin embargo, si aquel gran poeta te hubiese oído, se hubiera llenado de tristeza, te hubiera envidiado como a su vencedora, porque mientras que cantabas sus versos, ponías en ellos un sentimiento de que el poeta carecía o que no supo expresar.

"Entretanto sucedió que tres días después que Al-Mahdi subió al trono de los califas, abandonamos nuestro nuevo palacio, que estaba en la parte de Oriente de Córdoba, en el arrabal de Zahira, y nos fuimos a vivir a nuestra antigua morada, hacia el Occidente, en Balad-Mugayth; pero por

razones que es inútil exponer aquí, la joven no se vino con nosotros. Cuando Hixam II subió otra vez al trono, caímos en desgracia con los nuevos dominadores: nos sacaron enormes sumas de dinero, nos encerraron en una cárcel, y cuando recobramos la libertad, tuvimos que escondernos. Entonces vino la guerra civil; todos tuvieron mucho que padecer, y nuestra familia más que todos. Entretanto, murió mi padre el 21 de junio de 1012, y nuestra suerte no se mejoró en nada. Cierto día, asistiendo yo a las exequias de un pariente, reconocí a la joven en medio de las mujeres que componían el duelo. Muchos motivos tenía yo entonces para estar melancólico: se diría que venían sobre mí todos los infortunios, y sin embargo, no bien la volví a ver, me pareció que lo presente, con todas sus penas, desaparecía como por encanto. Ella evocó y trajo de nuevo a mi memoria mi vida pasada, aquellos días hermosos de mi amor juvenil, y por un momento volví a ser joven y feliz, como ya lo había sido. Pero ¡ay! este momento fue muy corto. Pronto volví a sentir la triste y sombría realidad, y mi dolor, acrecentado con las angustias de un amor sin esperanza, se hizo más devorador y violento.

"Ella llora por un muerto que todos estimaban y honraban, decía yo en unos versos que en aquella época compuse; pero el que vive aún tiene más derecho a sus lágrimas. Es extraordinario que compadezca a quien ha muerto de muerte natural y tranquila, y que no tenga compasión alguna de aquel a quien deja morir desesperado.

"Poco tiempo después, cuando el ejército de los berberiscos se apoderó de la capital, fuimos desterrados, y yo tuve que abandonar a Córdoba en el verano de 1013. Cinco años pasaron entonces, durante los cuales no vi a la joven. Por último, cuando en el año de 1018 volví a Córdoba, fui a vivir a casa de uno de mis parientes, donde la encontré de nuevo; pero estaba tan cambiada, que apenas la reconocí, y tuvieron que decirme quién era. Aquella flor, que había sido el encanto de cuantos la miraban, y que todos hubieran tomado para sí, a no impedirlo el respeto, estaba ya marchita: apenas le quedaban algunas señales de que había sido hermosa. En aquellos infelices tiempos, la que había sido criada entre la abundancia y el lujo de nuestra casa, se vio de pronto en la necesidad de acudir a la subsistencia por medio de un trabajo excesivo, no cuidando de sí misma ni de su hermosura. ¡Ay!, las mujeres son flores delicadas: cuando no se cuidan se marchitan. La beldad de ellas no resiste, como la de los hombres, a los ardores del sol, a los vientos, a las inclemencias del cielo y a la falta de cuidado. Sin embargo, tal como ella estaba, aún hubiera podido hacerme el más dichoso de los mortales si me hubiese dirigido una sola palabra cariñosa; pero permaneció indiferente y fría, como siempre había estado conmigo. Esta frialdad fue poco a poco apartándome de ella. La pérdida de su hermosura hizo lo restante.

"Nunca dirigí contra ella la menor queja. Hoy mismo no tengo nada que echarle en cara. No me había dado derecho alguno para estar quejoso. ¿De qué la podía yo censurar? Yo hubiera podido quejarme de ella si me

hubiese halagado con esperanza halagadora; pero nunca me dio la menor esperanza; nunca me prometió cosa alguna".

"Estaba yo perdidamente enamorado de una muchacha mía, que en vida se llamó Felicidad (Nuam). Era una niña tan linda y tan buena, que no cabía desear más. Ella correspondía de todo corazón a mi cariño; yo era su primer amor. El mutuo afecto que nos profesábamos nos bastaba. Pero pronto el destino fatal me privó de ella, la lóbrega noche y el aciago día me la arrebataron, el polvo y las piedras cubrieron su tumba. Mi edad entonces no llegaba a los veinte años y ella era más joven que yo. Cuando me vi sin ella, siete meses pasé desconsolado, sin despojarme de mis vestidos para dormir y sin cesar de llorar, a pesar de la natural dificultad que mis ojos tenían para las lágrimas... Después que ella murió, la vida ya no tuvo para mí ningún atractivo."

"Dirigíame yo (decía al-Ramadi) a la Aljama un viernes, a la hora de la oración, cuando al pasar junto a la Puerta de los Perfumistas me encontré con una linda muchacha, y, dejando el camino de la mezquita, púseme a seguirla. Marchaba ella en dirección al puente del Guadalquivir, y así que estuvo cerca del arrabal de los Banu Marwan, al otro lado del río, viéndose sola conmigo, volvióse hacia mí y me dijo: "¿Por qué vienes detrás de mí?" Yo entonces le declaré mi amor; pero ella me interrumpió diciendo: "Déjate de eso, y no busques mi deshonra, porque lo que tú quieres no puedes lícitamente conseguirlo". Yo me apresuré a tranquilizarla diciendo: "¡Pero si yo me contento con sólo mirarte!" "Eso, bien; porque ya te es lícito", añadió la joven. "¿Eres libre o esclava?", le pregunté. "Esclava", respondió. "¿Cuál es tu nombre?" —"Dulzura". —"¿De quién eres?" —"Más fácil te sería averiguar lo que hay en el séptimo cielo que eso que me preguntas. No te empeñes, pues, en saber lo imposible". "Y ¿dónde podré volver a verte, señora de mis pensamientos?" "Donde me has visto hoy, todos los viernes a la misma hora. ¿Pero te marchas tú o me marcho antes yo?" "Márchate tú en paz de Dios". Dirigióse la muchacha hacia el puente, pero volviendo a cada paso la cabeza para evitar que yo la siguiese, y una vez que traspuso la Puerta del Puente, desapareció ya de mi vista. ¡Cuántas veces, desde entonces, he pasado, los viernes, por la Puerta de los Perfumistas y por el arrabal, sin poder averiguar su paradero! ¡No sé si el cielo se la llevó o si la tierra la devoró! ¡Lo que sí sé es que en mi corazón dejó siempre viva el ascua de su amor!"

De *Tauq* o Epístola del collar de la paloma sobre el amor y los amantes de Ben Hazm, según versiones de Asín (Abenhazam de Córdoba, 44 y 54) y de Valera (Pons Boigues, Historiadores y geógrafos arábigo-españoles, 132).

ZAMBRA NOCTURNA EN MÁLAGA

Mientras Córdoba sufría las horas crueles del asedio y del asalto, y el espionaje y la delación, el hambre y la muerte, el saqueo y el incendio hacían estragos en la ciudad y en sus habitantes, la vida seguía cobrando su diario tributo de placeres y dolores en las otras poblaciones de Al-Ándalus. Los malagueños, olvidados de las tragedias de los cordobeses y aun de los otros muchos musulmanes de España víctimas ya de los pródromos de la guerra civil, y sin poder adivinar las suyas futuras, continuaban gozando de su gusto por zambras y músicas nocturnas. También a los pueblos y a las ciudades conviene el "genio y figura" del adagio. He aquí la prueba de cómo, a principios del siglo XI, merecía ya Málaga el calificativo de "cantaora" que le aplicó Machado, al definir las capitales andaluzas, a principios del siglo XX.

Cuenta un literato: Estuve en Málaga, una de las ciudades de Al-Ándalus, el año 407 de la Héjira [1016-1017], y habiéndome enfermado allí por largo tiempo, tuve, mientras tanto, que privarme de andar a mi arbitrio y necesité quedarme en la casa.

Me cuidaban, en tal oportunidad, dos compañeros que estaban conmigo y que me atendían con comedimiento.

Sucedíame que cuando sobrevenía la obscuridad de la noche se agravaba mi insomnio, mientras resonaban a mi alrededor, desde todas direcciones, las cuerdas de los laúdes, de las tamboras y de las liras, mezclándose los sones con los cantos, lo que me irritaba mucho y aumentaba mi desasosiego y sufrimiento.

Por propia idiosincrasia, me disgustaban tales tocatas y detestaba aquellas voces, (debido a lo cual) deseaba encontrar un aposento donde no oyera nada de lo uno ni de lo otro. Pero me resultó imposible hallar una habitación así a causa de lo muy generalizado y frecuente de esa costumbre (de las zambras) entre las gentes de aquella región.

Una noche en que estaba desvelado después de haberme sumido en el primer sueño, sucedió que se acallaron aquellos odiosos sonidos y perturbadoras tocatas, percibiéndose de pronto una música oculta, moderada y agradable, de la que no había oído yo igual. Era como si mi alma se complaciera en ella y por ella se colmara, sin sentir la aversión que por otras había experimentado. No la acompañaba ninguna voz. La música comenzó a elevarse paulatinamente, seguida por mi espíritu y escuchada por mi oído, hasta que su intensidad llegó al máximo. No obstante, me producía tal contento que olvidé el dolor (que padecía), invadiéndome una alegría y una dulce emoción. Se me imaginó que el piso de la casa se elevaba conmigo y que sus muros temblaban a mi alrededor. Yo entretanto, (aún) no oía ninguna voz. Entonces me dije: "¡Qué música insuperable!" "¡Quién supiera qué voz tiene el ejecutante y en qué lugar toca!"

Apenas (dije esto) comenzó una esclava a cantar con ese verso, luciendo una voz más brillante que las flores después de la lluvia y más dulce que el frescor agradable sobre las entrañas del enamorado ardiente. No pude, entonces, contenerme, y me incorporé. Mis dos amigos dormían. Abrí la puerta y seguí a la voz, que resultó estar cerca de mí.

Divisé desde dentro de mi casa una residencia espaciosa, en medio de la cual había un gran jardín, y en medio del jardín se celebraba un sarao como de veinte hombres, que estaban acomodados en filas, teniendo a su frente bebidas, frutas y esclavas que estaban de pie con laúdes, tamboras, flautas y otros instrumentos de música que mantenían silenciosos. La esclava (de referencia) estaba sentada aparte, con su laúd en la falda. Todos tenían la mirada puesta en ella y la escuchaban con atención mientras ella cantaba y tocaba.

Estaba yo parado en un lugar desde donde los veía sin que me vieran, y a medida que (la esclava) iba entonando los versos los retenía en la memoria, hasta que, después de cantar varias estrofas, se calló.

Volví a mi sitio como si —Dios lo atestigüe— hubiera sido liberado de una atadura y como si no padeciera ningún mal...

Luego, a la mañana de aquella noche salí (a la calle), encontrándome con un docto amigo cordobés, que vivía en Málaga, a quien le referí lo que me había sucedido. Le recité la poesía y le describí la mansión; entonces se sonrió y mirando hacia arriba me dijo: "La residencia es del visir Fulano; la esclava es Fulana la Bagdadí, una de las virtuosas del canto, ex esclava de Al-Mansur ben Abi Amir, que pasó a propiedad de ese visir después de la muerte de Al-Mansur y de la desintegración de su reino.

Del *Hadiqat al-Afrah* de AHMAD AL-YAMANI (Trad. inédita de O. Machado, según el texto de la Crestomatía de Asín).

EL ÚLTIMO CALIFA DE CÓRDOBA

Tras la expulsión definitiva de los Hammudíes y de los berberiscos, los cordobeses eligieron un califa. Otra vez pusieron su esperanza en la vieja dinastía que les había dado siglos de prosperidad y a la que Córdoba debía su grandeza. Obreros y soldados proclamaron en la mezquita a Abd al-Rahman V. Poeta y mozo, se rodeó de jóvenes y poetas, y fueron sus visires Ben Hazm y Ben Zaydun. Ni la aristocracia ni los alfaquíes vieron con buenos ojos al nuevo gobierno, y las masas obreras, sin trabajo por la ruina económica de la ciudad, se sublevaron contra él, le asesinaron siete semanas después de su proclamación [18 enero 1024] y llevaron al trono a un príncipe demagogo, hechura suya. Muhammad II, Al-Mustakfi tuvo por ministro a un tejedor y gobernó con crueldad. En mayo fue asesinado su visir y él hubo de huir de la ciudad. A lo largo de seis meses, Córdoba no tuvo califa. Durante ellos las ranas cordobesas buscaron en vano un rey. Ni el hammudí de Málaga: Yahya, ni los eslavos de Almería y de Denia:

Jairán y Muchahid quisieron regir a un pueblo inconstante que se cansaba rápidamente de sus amos. El patriciado de Córdoba halló al cabo un príncipe pobre que aceptó el califato. La brevedad de las palabras dedicadas al último califa de Al-Ándalus en la gran obra de Ben Al-Athir es indicio de la insignificancia de su papel en la tragicomedia de la historia islámica, y la frase del último pretendiente al solio de los Omeyas de Occidente: "Hoy el trono, mañana la muerte", reflejan, con lo efímero del poder califal en sus postreras jornadas, lo que ha podido siempre la vanidosa apetencia de la soberanía.

Cuando Yahya ben Ali terminó de reinar en Córdoba en 417 [21 febrero 1026] los cordobeses se pusieron de acuerdo para renunciar a los Alíes, demasiado inclinados a favorecer a los bereberes, y para tomar a un Omeya como califa de Al-Ándalus. Fue Abu-l-Hazm Chahwar ben Muhammad ben Chahwar quien dirigió el asunto. Después de entenderse con los habitantes de las fronteras y con los señores de las regiones más cercanas a Córdoba, proclamó califa a Abd al-Malik ben Abd al-Rahman al-Nasir, que residía en Alpuente desde la muerte de su hermano Al-Murtada. Tuvo lugar su proclamación en Rabi 418 [abril-mayo 1027]. El nuevo soberano tomó el sobrenombre de Muttad Billah y se dirigió a las plazas de la frontera, donde, yendo y viniendo de un lugar para otro, tuvo que vencer graves dificultades por la resistencia que le oponían los jefes. Acabó por decidir volver a Córdoba y entró en ella el 8 de Dzu-l-hicha del 420 [17 diciembre 1029] y en ella permaneció hasta su deposición, que ocurrió el 2 de Dzu-l-hicha del 422 [20 noviembre 1031] en las siguientes circunstancias.

Su visir Abu Asim Sad Qazzaz, que era nuevo en el ejercicio del poder, no siguió la conducta de sus predecesores; con diversos pretextos se apoderó de sumas pertenecientes a comerciantes y a particulares; favoreció a los bereberes con regalos y bondades; los cordobeses le abandonaron y apostaron gentes para que le mataran; y, en seguida, a consecuencia de la conducta de su ministro, perdieron su afección por Hixam y le desposeyeron.

Entonces Umayya ben al-Nasir entró en el palacio con una tropa de jóvenes y reivindicó el poder para sí. Algunas gentes del pueblo le prestaron juramento de fidelidad y como algunos cordobeses le hicieran observar que debía temer el fin funesto de su empresa, pues los Omeyas no tenían suerte, contestó: "Hoy el trono, mañana la muerte".

Los notables de la ciudad le intimaron, y a Muttad, la orden de salir de ella. Muttad se despidió de los suyos y se retiró al castillo de Muhammad ben Al-Xur, en la Sierra de Córdoba; y allí permaneció hasta que (Al-Xur) pereció víctima de la traición de sus partidarios. Encarcelaron éstos a Muttad en otra fortaleza, pero el príncipe logró huir de noche cerca de Sulayman ben Hud Chuchami, que le recibió bien y le guardó consigo hasta que la muerte arrebató al último de los príncipes Omeyas de Al-Ándalus, en

Safar del 428 [noviembre-diciembre 1036]. Fue enterrado en los alrededores de Lérida.

Umayya, al principio permaneció oculto en Córdoba; pero en los mercados y arrabales de la misma se leyó una proclama ordenando que ningún miembro de la familia Omeya podía permanecer en la ciudad ni recibir hospitalidad de ningún ciudadano y entonces salió de la población en unión de varias otras personas. Se perdieron sus huellas durante algún tiempo, después volvió a Córdoba movido por el deseo de residir en ella. Pero los jefes cordobeses le impidieron realizar su proyecto y se dice que fue muerto secretamente en Chumada II del 424 [mayo 1033]. Después se aflojaron los lazos del gobierno republicano y se produjo el fraccionamiento del país.

☆

El gobierno de Córdoba recayó en Abu-l-Hazm Chahwar ben Muhammad, antiguo visir de la dinastía amirí, hombre habituado al ejercicio del poder, notable por su penetración y su inteligencia y que hasta entonces no sólo no había intervenido en las revueltas, sino que había permanecido cuidadosamente apartado de ellas. Sin embargo, cuando vió el campo libre y que se presentaba una ocasión propicia, la aprovechó atrevidamente y se encargó de la administración y de la protección de la ciudad. No tomó abiertamente la posición de señor de Córdoba, pero se ocupó de administrar la urbe activamente y se mostró capaz de defender sus intereses, en espera del día en que pudiese entregar el poder a quien lo deseara y fuese aceptado por el pueblo. Dejó en los diversos palacios la misma burocracia de porteros y empleados que había habido hasta allí bajo la dinastía precedente, y no abandonó su propia casa para instalarse en el alcázar. Las rentas de las propiedades reales fueron confiadas a funcionarios designados para tal servicio que estaban bajo su vigilancia. Organizó una guardia compuesta de gentes de los mercados que recibían el interés de las sumas que manejaban, sumas de que no podían disponer. De tiempo en tiempo iba a sus casas para examinar (las cuentas y ver) si los capitales estaban o no intactos. Cada uno de ellos había recibido armas que llevaba consigo, para estar siempre dispuestos en caso de necesidad. Fiel a las costumbres de los hombres de bien, Chahwar asistía a los funerales, visitaba a los enfermos y aparecía en las fiestas, pero no dejaba por ellos de dirigir los asuntos de Estado tan bien como pueden hacerlo los príncipes. No desmereció la confianza puesta en él y durante su época el pueblo vivió tranquilo.

Del *Kamil fi-l-Tarij* de Ben Al-Athir (Según versión francesa de Fagnan, Annales, 435 y 437).

TOMO I

ÍNDICE

Pág.

Prólogo a la Segunda Edición 7
Introducción 11

I

LA CONQUISTA Y LAS GUERRAS CIVILES. AL-ÁNDALUS SEPARADO DEL CALIFATO

Conquista de España por los Árabes 33
Antecedentes legendarios 34
Rodrigo y Táriq 35
Conquistas de Táriq y sus tropas 36
"Muza" en España 39
La conquista del Noroeste 41

Capitulaciones 42

Ingratitud califal 43
"Muza" castigado 43
La sentencia pronunciada contra "Muza" 46

De la leyenda de "Muza" 47

Botín 48
Las diademas del palacio de Toledo 48
Leyendas 49
La mesa de Salomón 50

El primer crimen político en la España Árabe: Asesinato de Abd al-Aziz 50

Reparto de tierras entre los conquistadores 53

La primera derrota musulmana en España 56
El relato cristiano 57
La noticia musulmana 58

Fin del avance musulmán allende el Pirineo: Poitiers 59

Cómo se nombró a un gobernador de la España musulmana 61

Sara, la goda 63

Comienzan las guerras civiles entre los conquistadores: Bereberes, Baladíes y Sirios 63

Proyección en la España musulmana de las luchas tribales de los Árabes 69

Emigración del primer Omeya de España 72
Matanza general de los Omeyas 72
Fuga de Abd al-Rahmán 74
Abd al-Rahmán en África 76

Pág.

Negociaciones de los clientes Omeyas para traer a España a su patrono Abd al-Rahmán 77
Al-Sumayl sitiado en Zaragoza por los yemeníes 78
En socorro de Al-Sumayl 79
Los clientes Omeyas fracasan cerca de Al-Sumayl 81
Los clientes Omeyas y los yemeníes traen a España a Abd al-Rahmán 83

Cómo triunfó en España la dinastía Omeya 84
De regreso de una campaña en el valle del Ebro 84
La sorpresa de Yúsuf 85
Imprevista ruptura 86
Comienzo de las hostilidades 87
De Almodóvar a Córdoba 88
La batalla 89

Contemporáneos de Abd al-Rahmán I 90
Al-Sumayl 91
Abú Sabbá 91
Saíd al-Yahsubí 91
Al-Sulamí 92
Venganza 92
Firmeza 92

Rebeliones contra el primer Omeya de Al-Ándalus 93
Rebelión y muerte de Yúsuf al-Fihrí 93
Frustrada intervención abbasí 96
Rebelión en Toledo 97
Abd al-Rahmán se defiende personalmente 97
Los emigrados Omeyas sostienen a Abd al-Rahmán 98
Rebelión de Zaragoza e intervención de Carlomagno 99

Noticias de un hijo de Vitiza 100

Multa impuesta a la población mozárabe de Granada 102

Arrogancia de los familiares de los príncipes 103

Dos juicios sobre Abd al-Rahmán I 106

II

EL EMIRATO DE CÓRDOBA

Los rubíos, prolíficos y poetas emires cordobeses 109
Sus retratos 109
Poesías de Abd al-Rahmán I 110
Poesías de Al-Hákam I 111
Respuesta poética de Abd al-Rahmán II 112
Versos de Abd Allah 112
Una poesía de Abd al-Rahmán III 113

La sucesión de Abd al-Rahmán I 113

Instantáneas de Hixam I 115
Piedad y justicia 116
El precio de la sangre 116
Mordido por un perro 117
Consulta a un astrólogo 118

Pág.

Abd al-Karim Ben Mugayth frente a Alfonso El Casto 118
Asturias resiste 119
Campaña contra Castilla 120

Triste fin del último príncipe emigrante 120

Frente a los invasores francos de Cataluña 121

La jornada del foso: matanza en Toledo 123

Revolución en Córdoba 125
Conjuración traicionada 125
La jornada del Arrabal 126
Los emigrados cordobeses en Alejandría y Creta 128

Alto relieve de Al-Hákam I 129
Su justicia 130
Traición, odio y generosidad 131
Orgullo y elegancia 132
Repugnancia ante la crueldad 133
Elogio de un cortesano 133

Los soberanos francos alientan a la mozarabía 134

El primer mensaje diplomático de un emir de Córdoba 135

Noticias sobre la primera invasión normanda en Andalucía 138

Alzamiento y sumisión de las Baleares 140

Relato legendario de la embajada del poeta Al-Gázal ante un rey normando .. 141

En defensa de los mártires cordobeses 144

Retrato de San Eulogio 149

Persecución 150

Preparación al martirio de Flora y María por San Eulogio 151

Nuevo retrato del sensual Abd al-Rahmán II 153
Elogio cortesano 153
Sensualidad 154
Indulgencia generosa 154
Treinta mil dinares por una copla 155
La sultana del collar 156

Cómo empezó a reinar Muhámmad 157

Reacción musulmana frente a los mártires 160

Desmayo y tibieza de los mozárabes 161

Justicia en Córdoba 163
Te vas al infierno: un error judicial 163
Igualdad, ante el juez, del pordiosero y del magnate 164
Un ordenanza del juzgado obliga a acudir a juicio al gobernador de Córdoba 165
El juez amenaza a un ministro 166
Un ministro del emir llamado a juicio 166
Fidelidad en la custodia de un depósito 167
Intentos de cohecho 168
El juez rechaza una recomendación del canciller 169

Pág.

Toledo contra Muhámmad: La jornada del Guadacelete 170

Instantáneas de varios jueces de Córdoba 172

Muerte del moro "Muza", "tercer rey de España" 176

Para la historia de la "buena sociedad" de Al-Ándalus 179
Insolencia de los jóvenes magnates y de los jóvenes príncipes 179
Reuniones principescas: cantares, celos y golpes 180

Madrid, castillo famoso 181

El eterno pueblo andaluz 182
El pueblo resiste las modas de Oriente 183
Dos jueces burlados 183
Murmuraciones 184
La chupa parlante 185
Una broma andaluza 185
Hipérboles cordobesas 186

Campañas contra la Castilla en gestación 187
La expedición de la Morcuera 188
Otra vez en las fronteras de Castilla 189

Cómo nombraba Muhámmad sus secretarios 190

Un canciller de Muhámmad 192
El emir y sus ministros 192
Se deshace de un enemigo 193
Cautivo de un rebelde 194
Defendido por un adversario 195
Su fin trágico 195

Comienza la gran rebelión de los maulas o renegados 196

Sobre la organización militar de Al-Ándalus 200

Perfiles de Muhámmad 204

Un gran soberano malogrado 208

El gran caudillo de los renegados andaluces frente a los Omeyas 209
La astucia de Umar ben Hafsún frente a la fuerza de Al-Múndhir 210
Triunfos de Umar ben Hafsún 213
Conversión al cristianismo, caída y ruina de Umar ben Hafsún 214

Rebelión general de Al-Ándalus contra Abd-Allah 218

Guerra poética en Granada 222

Discordias civiles en Sevilla 226
Un gran señor andaluz 227

Crímenes principescos 230

Jornada del foso de Zamora 233
Una campaña de los fronterizos 233

El hipócrita y sanguinario Abd-Allah 238

III

ESPAÑA CALIFAL

Pág.

Abd al-Rahmán III frente a los rebeldes. Conquista de Bobastro 243
Siete años de campañas 243
Toma de Bobastro y profanación del sepulcro de Ben Hafsún 246

Sumisión de Sevilla 247

Asaltos y sorpresas 249

Abd al-Rahmán III frente a los reyes cristianos 251
Campaña de Muez 251

El primer filósofo hispano-musulmán 255
Vida de Ben Masarra, El Cordobés 255

La ciudad-palacio de los califas cordobeses 256

Doble y terrible derrota del primer califa de Córdoba 260
La versión cristiana 261
La versión islamita 262

Otra vez Bizancio y Córdoba 263

Las autoridades de Córdoba 265
El Cadí o juez de la ciudad 266
El Sáhib al-Madina o gobernador 266
El Sáhib al-Suq o juez de mercado 267

Los jueces de Córdoba y los borrachos 268

El califa de los catorce días felices 271
Borrachera en la Corte 271
La nobleza hispano-árabe juzga a Abd al-Rahmán III 273
Parricidio califal 274
Su cultura literaria 274
Los catorce días felices de un califa 274

El romance y los latinados en la arabizada Andalucía 275

La mujer hispano-musulmana 277
Novias incógnitas 278
Divorcio 278
Insistencia femenina 280
Veneno de reyes 280
El mercado de esclavas de Córdoba 281
Poesías a mujeres 283
El gran pensador Ben Hazm juzga a las mujeres 284
Las mujeres andaluzas según Averroes 285

Juramento del nuevo califa 285

Ordoño IV ante Al-Hákam II 287
Un rey cristiano en Córdoba 288

Construcción y descripción de la mezquita de Córdoba 291
Historia de su edificación y ampliaciones 291
Inscripciones conmemorativas de obras en la mezquita de Córdoba 297
Descripción de la mezquita 298

Pág.

Embajadas de príncipes cristianos españoles ante Al-Hákam II 302
Recepción de los enviados de Borrell I de Barcelona 303
Los embajadores de la reina Elvira de León injurian al califa 304
El conde de Castilla, García Fernández, ataca a Deza mientras sus enviados se dirigen a Córdoba 305

Expansión en Marruecos del califato cordobés 306

Libros en Córdoba 310
Mercado de libros 310
Quema de libros por Almanzor 311
Música en Sevilla y libros en Córdoba 311

Mandas piadosas de un califa moribundo 312

La mozarabía en la época califal 312
Memoria poética de una fiesta nocturna celebrada por los mozárabes de Córdoba 313
Testimonios epigráficos de la mozarabía de la época califal 313

Córdoba: La mayor ciudad de Occidente 314
Extensión 315
Suburbios que contenía 316
Puertas 317
El palacio califal 318
Jardines 320
Palacios 321
Puentes sobre el Guadalquivir 322
Ejido de Córdoba 323
Rentas 323
Productos del suelo 323
Límites de Córdoba bajo Al-Mansur 324

La sucesión de Al-Hákam II. — Los eunucos derrotados 325

"No te fíes de la fortuna" 330
Caída, tortura y fin de un ministro omnipotente 330

Almanzor o el genio 334
Comienzos de su carrera política 335
En la cumbre del poder: Medina al-Zahira 336
Su falta de escrúpulos y su crueldad al deshacerse de sus rivales 338
Ordena la ejecución de uno de sus hijos 340
Elogios cortesanos de su talento y generosidad 343
Sus obras piadosas 346

Intolerancia musulmana 347
Exterminio de una secta religiosa 347
Dos procesos por impiedad 348

La expedición contra Santiago 351

Amores y amoríos en la Córdoba califal 355

Caída de los Amiríes y comienzo de las revoluciones 358
Muerte de Abd al-Málik, hijo y sucesor de Almanzor 359
Abd al-Rahmán "Sanchol" se hace nombrar príncipe heredero 360
La revolución estalla en Córdoba 362
Trágico fin de "Sanchol" 365

Pág.

Comienza la guerra civil: Intervención del conde Sancho de Castilla 367

Bereberes, catalanes y eslavos en Córdoba 370
Reinado de Sulaymán ben Hákam Al-Mustaín Billah 371
Segundo reinado de Muhámmad ben Hixam ben Abd Al-Chábbar 374
Muerte de Muhámmad ben Hixam ben Abd Al-Chábbar 376

Córdoba sitiada y Al-Ándalus asolado por los bereberes 377
Comienza el sitio de Córdoba y el asolamiento de Al-Ándalus 378
Asesinato del canciller Wadih 380
Resistencia obstinada 381
Negociaciones frustradas 383
Llanto poético por la suerte de Córdoba 384
Expugnación de Córdoba 385
Los bereberes dueños de Córdoba y de Al-Ándalus 386

De los tocadores de las damas musulmanas a los sagrarios cristianos 387

Del amor platónico entre los musulmanes andaluces 389

Zambra nocturna en Málaga 394

El último califa de Córdoba 395

ÍNDICE DE GRABADOS

PLANOS Y MAPAS INCLUÍDOS EN EL TEXTO

Pág.

España en 1086 al ocurrir la invasión almorávide 105
Teatro de las hazañas de los Beni Casi 177
Alrededores de la Córdoba califal 257
Plano de la mezquita mayor de Córdoba 294
Córdoba califal 316
Principales campañas de Almanzor 352
La España califal 368

MAPAS FUERA DEL TEXTO

El Guadalete 36-37
La conquista de España por los musulmanes 42-43

ILUSTRACIONES

El río Guadalete desde Arcos de la Frontera, y Córdoba. Puente sobre el Guadalquivir 38/39
Vista parcial del Valle de Covadonga y La gruta de Covadonga 56/57
Toledo a vista de pájaro y Vista general de Toledo 170/171
Poza de la Sal y La hoz de la Morcuera 188/189
El valle del Guadalhorce, desde Bobastro, e Iglesia de Bobastro y tumba de Umar ben Hafsún 212/213
Vista aérea de Zamora y El Duero al pie de Zamora 235/236
Córdoba. Medina al-Zahra 256/257
Ruinas del palacio. Detalle de ornamentación en piedra.
Ruinas de un arco. Detalle ornamental de un arco.
Salón de Abd al-Rahmán III.
Basa del salón de Abd al-Rahmán III (año 953).
Panel en piedra del salón de Abd al-Rahmán III.
Pilastra de mármol del salón de Abd al-Rahmán III.
Basa y capitel.
Puerta lateral parcialmente restaurada. Último pequeño patio excavado en Medina al-Zahra.
Vista desde el gran patio de Medina al-Zahra. Otra vista desde la parte alta.
Arqueta de la Catedral de Zamora, de la época califal. Córdoba. Ciervo procedente de Medina al-Zahra.
Córdoba. Jarro y plato hallados en Medina al-Zahra.
Arqueta de marfil de la Catedral de Pamplona. De la época califal.
Calleja de los Arquillos, de la Córdoba califal.

PÁG.

Arco del Portillo de la Córdoba califal.
Velo de Hixam II. Academia de la Historia. Madrid.
El castillo de Al-Bakar, de la época califal. El castillo de las Navas de Tolosa, de la época califal.
Córdoba. Mezquita. Fachada occidental 320/321
Ampliación de Al-Hákam II.
Puerta de la ampliación de Almanzor.
Vistas parciales del Patio de los Naranjos.
Interior de la Mezquita.
Interior de la Mezquita.
Testero norte de la Capilla de Villaviciosa.
Capilla de la Maqsura.
Arquerías de la Mezquita.
Interior de la Capilla del Mihrab.
El Mihrab.
Interior de la Capilla de San Fernando.
Capilla de Villaviciosa, y La Mezquita vista desde el Mihrab.
Cúpula del Mihrab, y Cúpula de la Capilla Real.
Inscripción conmemorativa de los trabajos de Al-Hákam II, y Zócalo de mármol del Mihrab.

Este libro se terminó de imprimir
el 15 de Septiembre de 1960 en los
Talleres Gráficos
Rodriguez Hnos. y Cía.
Tte. Rangugni 2882
Lanús Oeste

Date Due

		OCT 21	1999
NOV 24 1971			
OCT 27 1978			
JAN 12 1983			
MAR 20 1987			
FEB 23 1999			
FEB 12 1999			
OCT 28 1999			

bdy CAT. NO. 23 233 PRINTED IN U.S.A.

TRENT UNIVERSITY
0 1164 0436093 9

DP100 .S3 1960 t.1

Sánchez-Albornoz y Menduiña, Claudio

La España musulmana.

DATE	ISSUED TO
	56145

56145

DP 100 S3 1960 t.1
Sánchez-Albornoz y Menduiña, Claudio (ed.)
La España musulmana.
2. ed.

Trent University